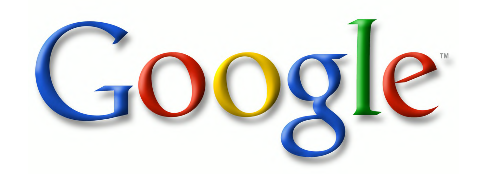
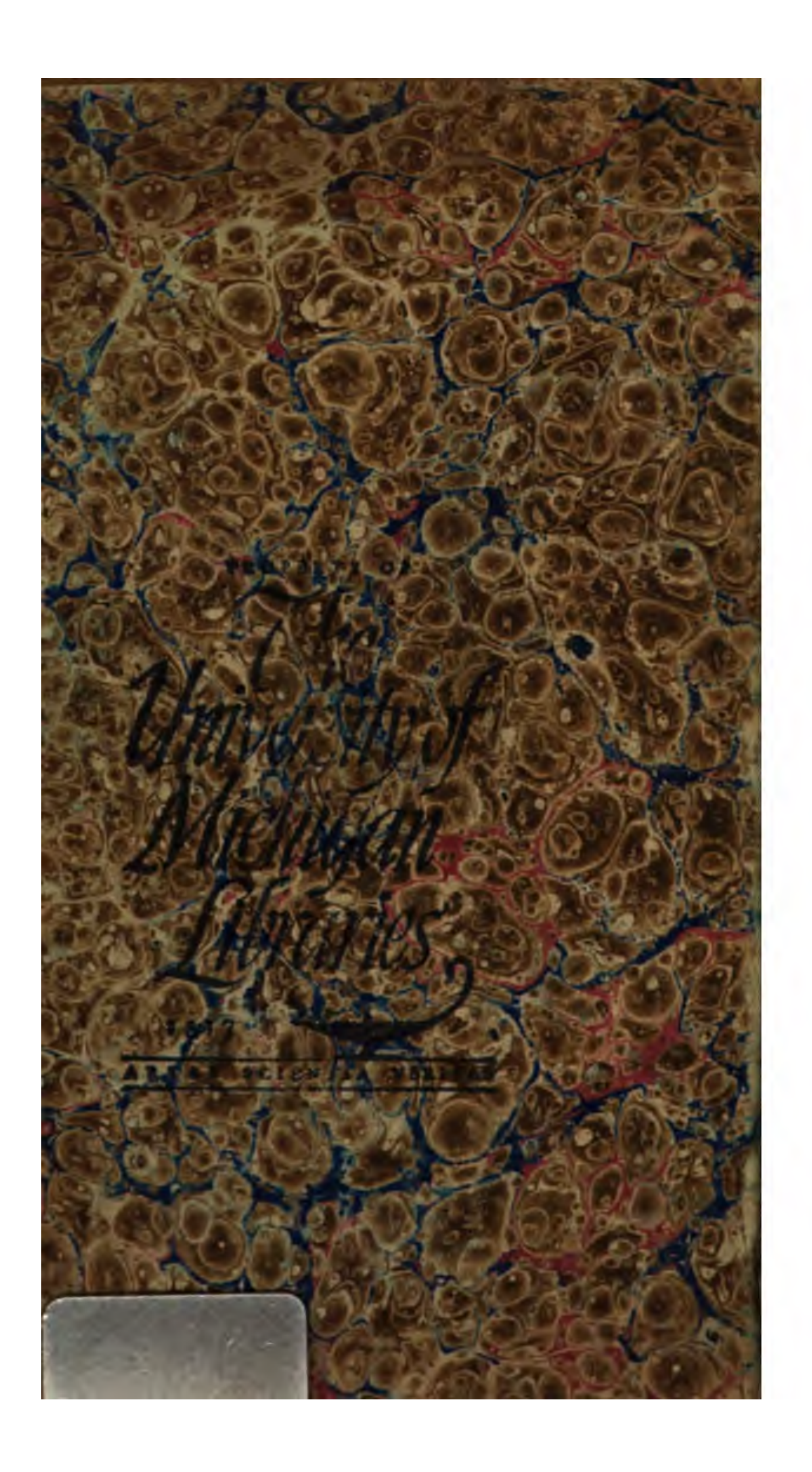
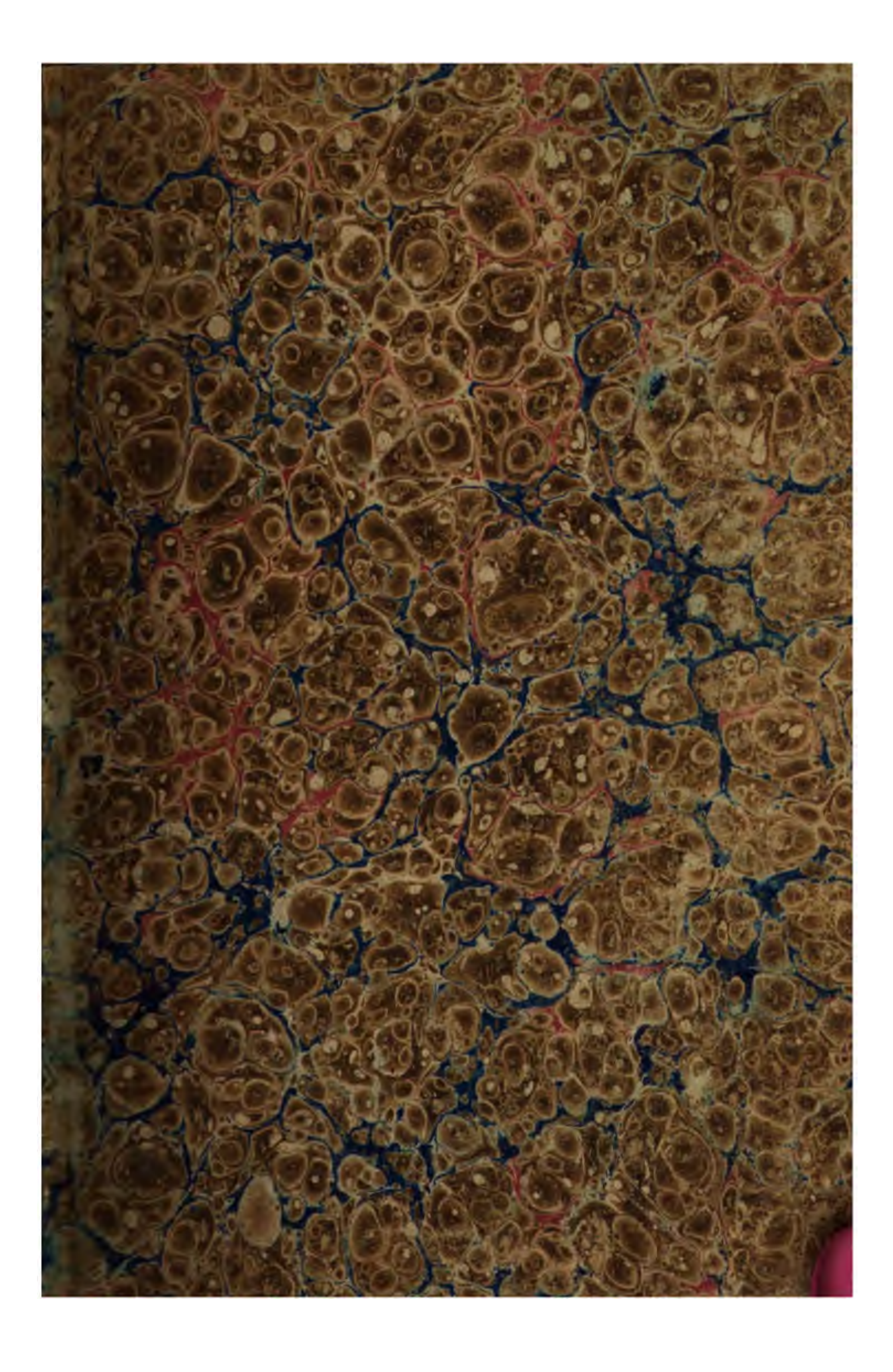



A 404153


The University of Michigan Libraries



HERNAN CORTÉS.

GLORIAS NACIONALES.

HERNAN CORTÉS

(DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE MÉJICO)

NARRACION DRAMÁTICA

en presencia de las obras de

Lamartine, Chateaubriand, Solis,

Prescott, Gomara, Roberston, Humbold, etc.

Tomo III.

U. MANINI, editor.

CALLE DE SAN BERNARDO, NÚMERO 12.

MADRID:—1869.

PARTE TERCERA.

LA RUINA DE UN IMPERIO.

Capítulo I.

Dos personajes.

I.

Por más que mientras acaecian en Méjico las escenas que hemos referido en los libros anteriores estuviesen sumamente preocupados los ánimos en España con los acontecimientos que tenian lugar, y en que figuraba, ganando poco á poco el renombre que ha dejado en la historia, el gran emperador Cárlos V, no faltaba en España quien tuviese fija su atencion en la conquista de aquel país, del que tan maravillosas descripciones habian hecho por referencia Francisco de Montejo y el licenciado Benito Martin.

Aparte del interés que debia inspirar naturalmente á los padres de Hernan Cortés y á su esposa Catalina, seguian con la mayor atencion los sucesos el arzobispo de Búrgos y el señor de Chievres, preceptor primero y favorito despues del monarca español.

II.

Gran agente de Velazquez habia sido cerca de las personas que más influian en el rey, el licenciado Benito Martin.

No sólo habia logrado las mercedes de que ya tienen noticia nuestros lectores para su poderdante, sino que al dar cuenta de las intenciones que tenian de perseguir como rebelde á Hernan Cortés, les habia asegurado que el sucesor de aquel capitan, fiel observador de las órdenes de Diego de Velazquez, daria parte de los descubrimientos que hiciera al arzobispo y al señor de Chievres antes que al mismo rey; y si como todos esperaban, eran inmensas las riquezas de aquel país, natural y legítimo parecia que Diego de Velazquez las compartiese en lo justo con sus favorecedores.

III.

Habia además un motivo poderoso para que el arzobispo de Búrgos influyese en contra de Hernan Cortés.

Aquel prelado habia ejercido una triste influencia cerca de los Reyes Católicos en perjuicio de un gran hombre, del descubridor del Nuevo Mundo, de Cristóbal Colon.

Los que hayan leido la historia del inmortal genovés, tendrán noticias del obispo Fonseca.

IV.

Aquel prelado que con tanta saña habia perseguido á Cristóbal Colon, que habia tratado de eclipsar su gloria, que habia contribuido á que recibiese en premio de sus grandes servicios la más negra de las ingratitudes, era á la sazon arzobispo de Búrgos, y por su talento, por las altas dotes de que estaba adornado, habia conseguido el mismo prestigio, la misma consideracion que habia disfrutado cerca de los Reyes Católicos y de doña Juana su hija, cerca de Cárlos V.

V.

No habia olvidado quiénes habian sido los amigos de Cristóbal Colon, y habia llegado á convertirse en su alma en un sentimiento tan arraigado, tan profundo, el ódio que experimentaba hácia la memoria del genovés, que todas cuantas personas habian influido en su favor, y más tarde en favor de sus hijos, habian sido objeto de su persecucion.

Villejo, el esposo de Isabel, la hermana adoptiva de los hijos de Cristóbal Colon, habia sufrido en muchas ocasiones las consecuencias de aquel ódio.

VI.

El arzobispo de Búrgos no habia olvidado que Hernan Cortés habia sido amigo del ilustre marino, que habia ido á las Indias favorecido por su hijo Diego Colon, y esta circunstancia, unida á las esperanzas más ó ménos legítimas que podia abrigar acerca del resultado de la conquista de Méjico, confiada en otras manos, le habia movido á ponerse de parte de Benito Martin, menoscabando en lo posible la reputacion que Francisco Montejo habia dado á Hernan Cortés cerca del monarca, al presentarle la carta de aquel y los presentes que le enviaba desde Zempoala.

VII.

Algunos meses despues del rápido y brillante triunfo obtenido por Hernan Cortés sobre las tropas de Pánfilo de Narvaez, hallábase en Valladolid el arzobispo, viejo ya, pero vivo siempre, á pesar de sus años, y siempre preocupado, no sólo de las cosas de España, sino de las cosas de las Indias, y cerca de él, en un sitial, estaba el señor de Chievres, su íntimo amigo.

VIII.

Es imposible bosquejar la antipatía que este buen señor habia inspirado á los españoles.

De orígen flamenco, llegó á España con el monarca, y por haber sido su ayo y por haberse aprovechado de la influencia cerca del jóven soberano para vender al mejor postor los oficios de la corona, se habia grangeado el ódio de todos los vasallos del monarca, insistiendo aparentar á los ojos del vulgo que no se mezclaba para nada en los asuntos del Estado, con lo que consiguió que se aplacase un tanto el rencor que les inspiraba.

Pero si bien era cierto que vivia algo alejado de su antiguo discípulo, no lo era ménos que aun influia poderosamente sobre su ánimo, porque el jóven rey era agradecido, y sobre todo por que veia representados en aquel hombre los hermosos primeros años de su infancia, época triste de su vida.

No asistia al consejo, vivia alejado de palacio; pero aunque de tarde en tarde, cada vez que veia al monarca aprovechaba su visita.

Por entonces una de las mayores preocupaciones del señor de Chievres, que cuanto más avanzaba en edad más apego tenia al dinero, era el resultado que podrian tener los planes de Diego de Velazquez, en los que tan interesado estaba.

IX.

Algunos dias antes del en que hallamos reunidos al arzobispo de Búrgos y al señor de Chievres, habia llegado una carabela directamente desde Santiago de Cuba, y en ella pliegos para el arzobispo de Búrgos, que conservaba siempre la direccion de los negocios de las Indias.

Los pliegos eran de Velazquez, y el arzobispo habia llamado al señor de Chievres para darle cuenta de su contenido.

Despues de saludarse cordialmente, y de tomar asiento uno al lado del otro:

X.

—O mucho me equivoco,—dijo el señor de Chievres,—ó á pesar de la serenidad contínua de vuestro semblante, creo leer en él que vais á comunicarme buenas noticias.

—No os engañais.

—Más vale así.

—Ante todo, ¿habeis hablado con vuestro muy alto y poderoso señor el rey Cárlos I de España y V de Alemania?

—Está preocupado con las nuevas de Flandes, y al mismo tiempo los asuntos de Francia le traen inquieto.

Pero he logrado que se interese mucho en las cosas de las Indias, demostrándole que si ha de luchar necesita dinero, y que el dinero puede encontrarse allí, toda vez que tanto oro se trae de aquellas tierras.

—¿Y habeis procurado inclinar su ánimo en favor de Velazquez?

—Ya sabeis que aprovecho todas las ocasiones para demostrarle la fidelidad, la inteligencia, el valor de ese funcionario, con quien tan buena amistad nos une.

XI.

—Pues bien,—dijo el arzobispo;—hé aquí las noticias que acabo de recibir de Santiago de Cuba.

—¿Se sabia algo de Hernan Cortés?

—Sabemos más nosotros que Diego de Velazquez, toda vez que nosotros hemos visto al capitan Francisco de Montejo, su enviado: por él hemos sabido que Hernan Cortés, con sus soldados, ha sido muy bien acogido en algunos puntos del territorio mejicano, y hasta hemos visto joyas y adornos de algun valor, enviados por él al monarca.

—¿Y Velazquez ignora todo eso?

—Absolutamente todo: me participa que ha reunido una escuadra de once navíos y siete bergantines, en los cuales ha embarcado unos ochocientos hombres al mando de un bizarro capitan.

XII.

—¿Cómo se llama?—preguntó Chievres.

—Pánfilo de Narvaez.

—Ilustre nombre tiene.

—El capitan y sus soldados habian partido resueltos á castigar al rebelde, á llevarle prisionero á Cuba, y lo que es más, á continuar su comenzada empresa, que es, despues del castigo del culpable, lo que más convenia á la honra y al provecho de nuestro serenísimo monarca.

—¿Y vos creeis?...

—Yo creo que ochocientos hombres pueden más que trescientos ó cuatrocientos, por una parte; y por otra, como Pánfilo de Narvaez no vá á prender á Hernan Cortés en nombre de un gobernador cualquiera, sino de un adelantado, de un funcionario á quien el rey ha colmado de honores y de privilegios, no le será difícil llevar á cabo su empresa.

XIII.

—¿Y si llegaran tarde las tropas de Velazquez?—repuso Chievres.

—¿Qué quereis decir?

—Las noticias que tenemos demuestran que la suerte ha sido hasta ahora favorable á Hernan Cor-

tés, que ha penetrado en el territorio mejicano, y que los caciques de aquel país se han apresurado á reconocerle, á agasajarle y á prestarle toda clase de auxilios.

—Si la suerte le ha favorecido, y ha llegado has- Méjico, y lo ha conquistado, lo cual no es de creer, eso ménos tendrá que hacer el enviado de Velazquez.

—Me parece que veis las cosas bajo el prisma de la ilusion.

—Lo que nos conviene por de pronto es evitar que nuevos emisarios de Hernan Cortés lleguen á la presencia del monarca.

Por lo demás, uno de los soldados que le acompañaron hasta Zempoala, y que regresó á España con el capitan Francisco de Montejo, se ha quedado por allá y le estoy esperando, porque he escrito á Sevilla, adonde vá, encargando á un amigo que me lo recomendó por haber estado en las Indias y ser yo el presidente del Consejo.

Ese hombre nos revelará muchos pormenores de la expedicion.

De cualquier modo, nos facilitará los medios de estar en guardia para evitar que se defrauden las esperanzas de nuestro protegido.

—¿En ese caso esperaremos?

—Sí; pero como no hay que perder tiempo, quiero pediros un favor. Su majestad está en Tordesillas: necesito que se vaya.

XIV.

—¿Para qué?—preguntó Chievres sorprendido.

—Tengo noticias de que los padres de Hernan Cortés, ancianos ya, y que residen en Medellin, han enviado una solicitud al rey, pidiéndole que favorezca la empresa de su hijo, y al mismo tiempo suplicándole que les favorezca con algun auxilio, porque están sin noticias de él, las vicisitudes han mermado su fortuna, tienen en su compañía á la esposa y al hijo de Hernan Cortés, y apenas pueden vivir con lo que les produce su casa solariega.

—Veo que teneis muy bien montada vuestra policía.

—Sé todo lo que pasa, porque tengo buenos amigos.

—¿Y qué deseais?

—Que esa solicitud no llegue á manos del monarca, y si llega por casualidad, que no la despache favorablemente.

—Así se hará.

—En cuanto yo hable con el hombre á quien espero, os avisaré.

XV.

El señor de Chievres se despidió del arzobispo de

Búrgos, y al dia siguiente fué á desempeñar la mision que le habia confiado.

Pocos dias despues llegó á presencia del prelado el antiguo soldado de Hernan Cortés que habia regresado á España con Francisco de Montejo.

Capitulo II.

Preguntas maliciosas.

I.

Llamábase Antonio Robles, y podria tener unos treinta y cuatro años.

Desentendiéndose desde los primeros momentos de la vida aventurera de sus camaradas, pensando más de lo que convenia á su situacion en su patria y en su familia, aunque se batió como los demás en Tabasco, cayó al llegar á Zempoala en el mayor desaliento, se puso enfermo, y Hernan Cortés le concedió licencia para que acompañase á Montejo, y si no mejoraba de salud, se quedara en España.

Al desembarcarse quedó en Sevilla, en tanto que Montejo buscó al rey para desempeñar cerca de su persona la mision que le habia confiado Hernan Cortés.

II.

Apenas se vió en tierra, y sobre todo apenas recuperó el aire natal, recobró la salud; pero se halló sin recursos.

Durante muchos dias la curiosidad que inspiraban las reseñas que hacia de sus viajes le proporcionaron sustento y hospedaje.

Pero poco á poco fueron cansándose los curiosos de oirle, y sobre todo de admirarle, y salió de Sevilla con ánimo de presentarse al rey para implorar su caridad.

Fué mendigando hasta Madrid, y allí, en la mayor miseria, llamó á la puerta de un convento para implorar una limosna.

III.

Apenas supo el guardian que regresaba de las Indias, le abrió las puertas del convento, porque en aquella época inspiraba á todos los españoles viva curiosidad lo que pasaba al otro lado del Océano, y se tenia por una gran fortuna conversar con algunos de los que habian vivido en aquellas lejanas tierras.

Estuvo Antonio Robles regalado durante algunos dias, y como manifestó su deseo de ir á echarse á los piés del monarca para pedirle proteccion, el guardian le dió recomendaciones para los conventos de la

misma órden del suyo que hallaria en el camino; y dando á todos ellos noticias de sus viajes, pasó más de dos meses de comunidad en comunidad, regalado siempre.

IV.

Habia ido el rey á Barcelona, y allí se encaminó el soldado.

En un convento de Zaragoza, despues de oirle contar su vida y milagros, el superior mostró vivo interés por su suerte, y le dijo:

—Permanecereis aquí algun tiempo, porque quiero recomendaros á un prelado que tiene gran valimiento con el rey, y si él os toma por su cuenta, podeis decir que habeis hecho vuestra suerte.

V.

Antonio Robles agradeció en extremo esta deferencia, y seguro de que le valia más tardar en presentarse al rey con tal de que le recomendara al prelado, aguardó con calma las órdenes de su protector.

Este fué quien anunció al arzobispo de Búrgos la llegada á su convento de Antonio Robles, y con carta suya fué desde Zaragoza á Valladolid el soldado en cuestion.

VI.

Robles era un hombre vulgar.

Estimaba á Hernan Cortés, porque habia peleado á sus órdenes, porque habia corrido con él algunos peligros, y sobre todo, porque habia admirado su valor.

Pero soldado mercenario, sin entusiasmo por la causa que defendia, sin más esperanza ni más estímulo que las soldadas, y considerando la guerra como una ocupacion, como un trabajo, como un deber penoso, no comprendia la importancia de la conquista de Méjico, estaba satisfecho de haber abandonado aquellos países salvajes, y si le alegraba haber estado en ellos por la importancia que se daba al referir sus aventuras, estaba muy contento de haber vuelto á su patria; y al envidiar la gloria de los que habian sido sus compañeros, lo único que sentia, en el caso de que triunfasen, era que no le alcanzase una parte del botin.

VII.

Robles, al presentarse al arzobispo de Búrgos, sólo iba preparado para buscar el medio de ganarse la vida, valiéndose del favor que podia dispensarle aquel alto personaje.

Llegó, pues, á Valladolid á los dos ó tres dias de

la entrevista que celebraron el arzobispo de Búrgos y el señor de Chievres.

VIII.

El guardian del convento de Zaragoza le habia proporcionado recursos para que llegase hasta Valladolid.

Pero seguro, por lo que le habia dicho de que el arzobispo le hospedaria en su casa y le socorreria, jugó el poco dinero que le quedaba en una venta, y llegó á Valladolid con mucha necesidad de presentarse inmediatamente al prelado.

Hízolo así, en efecto, y declarando, porque la necesidad le apremiaba, que aun estaba en ayunas, dispuso su protector que su cocinero le pusiese en disposicion de contestar categóricamente á las preguntas que tenia que hacer.

IX.

Cuando hubo descansado el viajero, pidió licencia al arzobispo para hablar de su pretension.

—He leido la carta que me habeis traido,—le dijo Fonseca,—y por ella veo que habeis estado en las Indias.

—Sí, eminentísimo señor.

—Y ¿cómo habeis vuelto?

—Yo no sé mentir, y ménos delante de vuestra eminencia. Es verdad que en las Indias logran los ca-

pitanes grandes ventajas; pero los soldados sólo conseguimos pasar hambre, vivir lejos del mundo, y recibir á lo mejor un flechazo para no poder descansar en tierra sagrada.

—¿Es decir, que no deseais volver allí?

—¡Ay! No, señor; me parece mentira haber vuelto á mi patria.

X.

El arzobispo le dijo que en vista de su angustiosa situacion, le tomaba á su servicio hasta que pudiera tener ocasion de recomendarle al monarca por los servicios que habia prestado, consiguiéndole algun empleo ó cargo de mayores ventajas.

Agradeció en extremo Antonio Robles aquella proteccion, é iba á pedir licencia al arzobispo para retirarse, cuando este, obedeciendo á una idea del momento:

XI.

—No te retires,—le dijo, tuteándole ya por formar parte de su servidumbre;—quiero hacerte algunas preguntas.

—Mande vuestra eminencia lo que guste á su siervo.

—He oido hablar de Hernan Cortés á muchas personas. Cada cual le ha pintado á su manera.

Tú, que de seguro no tendrás prevencion alguna

contra él, vas á decirme si es tan valiente como suponen.

—¡Oh! Muy valiente,—exclamó Antonio Robles, recordando las proezas que habia visto ejecutar á su antiguo jefe.

—Pero ¿qué es lo que pasó cuando salió de Santiago de Cuba para esa expedicion?

—Si he de deciros la verdad, yo no estoy enterado de todos los pormenores.

Unicamente recuerdo que en la Habana nos anunciaron que el gobernador de Santiago de Cuba habia mudado de opinion, y que queria quitar el mando de las tropas á Hernan Cortés: para someterle á su obediencia, envió órden al alcalde de la Habana.

Hernan Cortés habló con los capitanes que llevaba, estos á su vez hablaron con nosotros, y todos aceptamos obedecer al que era nuestro jefe.

—¿Luego hubo rebeldía de su parte?

—Así parece.

—¿Y los capitanes estiman mucho á Cortés?

—Mucho; y eso consiste en que es muy campechano.

Mire vuestra eminencia, no ha dado un solo paso sin consultarlo con todos nosotros. Y aun hay más.

—¿Qué? Habla.

XII.

—Cuando el gobernador de Cuba,—dijo Robles,—quiso quitarle el mando:

»—Yo no conozco,—dijo,—más autoridad que la de mis capitanes y la de mis soldados.

Y dirigiéndose á todos nosotros:

»—En vuestras manos,—añadió,—deposito el baston de mando que me han dado.

»La expedicion hemos de llevarla á cabo, porque nuestro amor propio está empeñado en ello.

»Pero yo obedeceré como el último soldado si confiais el mando á alguno de los presentes.

XIII.

—Y todos le aclamarian, ¿no es eso?—exclamó el arzobispo de Búrgos.

—Pues ¿cómo habíamos de atrevernos á convertirle en un simple soldado, ó siquiera en un capitan?

—¿Y qué tal hombre es?... ¿Será orgulloso?...

—No lo crea vuestra eminencia. Su principal esmero consiste en asemejarse en todo y por todo al último soldado.

En muchas ocasiones ha comido peor que nosotros.

—Eso lo haria para captarse vuestra voluntad.

—Tal vez; pero el hecho es que á los soldados nos gustaba mucho verle pelear á nuestro lado cuando era preciso, y cuidarnos como si fuéramos hijos suyos, lo mismo en la travesía que al saltar en tierra.

XIV.

—¿No estaba casado Hernan Cortés?—prosiguió preguntando el arzobispo.

—Dicen que sí; pero un compañero mio me contó que al embarcarse envió á España á su mujer.

—Es cierto; la envió á España, y la tiene abandonada.

—¡Bah! Las mujeres no sirven de nada para la guerra... Aunque miento como un bellaco, porque la verdad es que á una mujer ha debido Hernan Cortés gran parte de sus últimos triunfos.

—¡A una mujer!...

—Sí por cierto; á una india. La hallamos en Tabasco, y se echó á las plantas de Hernan Cortés.

Yo no sé qué contaron de su historia... Desde entonces se aplicó tanto á aprender el castellano, y acogió con tanta fé la religion cristiana, que por ella hemos podido entendernos con todo el mundo y conocer el flaco de los enemigos.

—¿Qué circunstancias tiene esa mujer?

—Es la más guapa de todas las indias que hemos visto.

—¿Lo que quiere decir, que será la manceba de Hernan Cortés?

—¡Poh!... Acá para mis adentros, yo creo que sí, porque ella es, con perdon de vuestra eminencia, capaz de cualquiera cosa.



HERNAN CORTÉS.—Eres un buen muchacho, y harás fortuna,—le contestó su eminencia.

Pero si ellos se entienden es con recato.

XV.

—Está bien,—añadió el arzobispo.—Veo que eres buen muchacho, sincero sobre todo, y me propongo protegerte.

—Dios se lo pague á vuestra eminencia.

—No te pesará el haber venido á verme.

—Esa era al ménos mi esperanza.

—Pues retírate, y ya te avisaré cuando llegue el caso.

—Soy muy agradecido, y bástase que vuestra eminencia se haya compadecido de mí, para que yo esté dispuesto á hacer por vuestra eminencia toda clase de sacrificios.

XVI.

De esta manera terminó el diálogo entre el arzobispo de Búrgos y el antiguo soldado de Hernan Cortés, Anton de Robles.

El primero habia logrado averiguar un dato preciosísimo.

Hasta entonces no se conocia á Hernan Cortés más que como un rebelde.

Despues de las noticias que le habia dado Robles, podia presentarle á los ojos del monarca y de los al—

tos funcionarios que influian en el ánimo del rey, como un libertino, como un perjuro, toda vez que sostenia relaciones, estando casado, con otra mujer, que por añadidura no profesaba su misma religion.

Quedóse largo tiempo sólo, y como la soledad trae la meditacion, instigado por el deseo que tenia de favorecer á Velazquez y perjudicar á Hernan Cortés:

XVII.

—Si es tan valeroso como suponen sus soldados,—se dijo,—es muy posible que cuando el capitan Pánfilo de Narvaez haya llegado, en vez de encontrarle en Zempoala, haya avanzado hasta el imperio de Méjico.

En este caso, será más fácil someterle á la obediencia; pero por lo que pueda suceder, conviene estar prevenido, y yo creo que la persona que mayores servicios puede prestarnos en esta ocasion es la misma esposa de Hernan Cortés.

Es necesario averiguar por qué motivos viven separados; es necesario averiguar si ella sabe las relaciones ilícitas que con esa india sostiene su marido, y en vista del carácter que tenga su esposa, aprovechar los celos que naturalmente se despertarán en su alma para que contribuya de una manera más eficaz que puede hacerlo un ejército á satisfacer los deseos de Diego de Velazquez.

XVIII.

Algunos dias despues volvió el señor de Chievres á visitar al arzobispo.

—He llegado á tiempo,—le dijo,—para evitar que la solicitud de los padres de Hernan Cortés sea presentada al emperador.

—Perfectamente; yo he hecho otras averiguaciones, de las que me propongo sacar gran partido.

—¿Puedo saberlas?

—Todavía no. Dejad á mi cuidado la ejecucion del plan que me han sugerido ciertos datos. Yo os aseguro que si sale como espero, quedaremos completamente satisfechos.

XIX.

Estas palabras apaciguaron la curiosidad del señor de Chievres.

El arzobispo necesitaba un hombre para que comenzase á poner en ejecucion su proyecto.

Este hombre le tenia á su lado.

Era uno de sus pajes.

Capitulo III

El paje del arzobispo de Búrgos.

I.

El paje en quien habia puesto sus ojos el arzobispo de Búrgos para que le ayudase á ejecutar sus planes, se llamaba Anton Perez.

Podia tener entonces unos veintidos años, y á pesar de su corta edad, revelaba una inteligencia superior y un exquisito tacto para los asuntos de la vida.

Hijo de una pobre lavandera de Valladolid, quedó huérfano cuando apenas tenia cuatro años, porque su padre habia muerto como buen soldado en las guerras de Italia, y su madre pereció en una peste que asoló la ciudad, diez y ocho años antes del en que pasa la accion que vamos describiendo.

II.

Anton Perez fué recogido en un convento, y de allí le sacó el arzobispo de Búrgos para llevársele como familiar suyo.

Todavía no habia recibido las sagradas órdenes, pero se preparaba para recibirlas.

Acostumbrado á ocultar su inteligencia, su viveza, su ingenio, con la máscara de la humildad, habia tal bondad en su rostro, y era tan reposada, tan tranquila, tan inocente su mirada, que parecia un santo.

III.

El principal rasgo de su fisonomía era el candor.

Habia hecho un gran estudio para mostrar aquella candidez, y hasta entonces sólo el arzobispo habia descubierto al hombre que bajo aquel disfraz se aparecia á los ojos de todos.

Conoció desde luego que por sus cualidades podria servirle de mucho, y se estableció desde entonces entre los dos una especie de complicidad moral, si se nos permite usar esta frase.

Los dos se comprendian, pero no se lo confiaban.

IV.

Desde luego eligió el arzobispo á Anton Perez como el más á propósito para llevar á cabo su proyecto.

—Ven acá, hijo mio,—le dijo un dia;—necesito de tu auxilio para un asunto de la mayor importancia.

—Ya sabe vuestra eminencia que estoy siempre á sus órdenes,—dijo con humildad el paje.

—Siempre es grato para nosotros traer al redil la oveja descarriada.

No hay un pecador que no reclame nuestra asistencia.

Ahora bien, hijo mio: se trata de salvar á un pecador y de hacer un bien, aunque en la apariencia resulte lo contrario.

—Mandad, y obedeceré.

—Ya has oido hablar de Hernan Cortés varias veces. Sabes que contra la voluntad del gobernador de Santiago de Cuba, y por consiguiente del rey nuestro señor, ha emprendido la conquista de un vasto territorio.

—Algo sé de eso.

—Pues bien: no se trata de su rebeldía. Ese hombre, antes de partir, contrajo matrimonio con una dama de Santiago de Cuba; pero la abandonó, y segun mis noticias, sostiene relaciones ilícitas con una india.

—¡Qué horror!—exclamó Perez, santiguándose.

V.

—Su esposa,—contestó el arzobispo,—segun las averiguaciones que he podido hacer, está en España.

—E ignorará tal vez...

—Lo ignora todo.

—Pobre señora.

—Vive pobremente con los padres de Hernan Cortés.

—¿Y qué desea vuestra eminencia?

—Una cosa muy sencilla: en primer lugar, conocer las causas de ese abandono, de esa separacion. Despues tener noticia del carácter de la esposa de Hernan Cortés, de la situacion en que se encuentra, los pensamientos que abriga; y por último, si lo ignora todo, como supongo, buscar una ocasion en que revelarla su desdicha para incitarla á apartar á su esposo del peligro en que está.

—¡Noble deseo!

—Tú, hijo mio, vas á encargarte de realizar mis propósitos.

Lo más pronto posible vas á ponerte en camino para Medellin.

Allí vive la esposa de Hernan Cortés, como te he dicho antes, con los padres de su marido.

Fácilmente podrás ingerirte en su casa.

Los padres de Hernan Cortés han elevado una solicitud al monarca, pidiéndole socorros.

Tú se los llevarás, no de parte del monarca, sino de Hernan Cortés, su hijo.

—Sí, ya comprendo,—dijo el paje.

VI.

—En ciertas ocasiones es necesario emplear la imaginacion, y hasta prescindir de la verdad, para hacer bien,—repuso el arzobispo de Búrgos.

—Desde luego.

—Tú has podido conocer en Sevilla á algunos de los que han regresado de los países en donde se halla Hernan Cortés con su enviado Francisco de Montejo; ese hombre ha podido caer enfermo, y temeroso de morir, ha podido confiarte que Hernan Cortés le dió una cantidad para sus padres, encargándote tú de ponerla en sus manos.

—Perfectamente.

—Si la esposa, comprendiendo el peligro que corre su marido, encontrase algun medio de ir hasta donde él se halla, y allí, impulsada por los celos, que son siempre malos consejeros, desesperada al ver que no podia apartarle de la senda que le conduce al abismo...

—No diga más vuestra eminencia; me parece que he adivinado todo su plan.

—Yo me intereso vivamente por don Diego de

Velazquez, el gobernador de Santiago de Cuba, y Hernan Cortés es su enemigo.

Disponedlo todo para partir mañana.

VII.

Al dia siguiente se puso en marcha Anton Perez, llevando bien repleta la bolsa para atender á las eventualidades de su mision.

Ocho dias tardó en el viaje, porque necesitó, para dar mayores visos de verdad á su fábula, ir primero hasta Huelva, y desde allí buscar un arriero que le condujera á Medellin, y que pudiera atestiguar su procedencia.

VIII.

La casualidad quiso que al llegar á Huelva estuviese allí esperando ocasion de regresar á su casa el famoso arriero á quien ya conocen nuestros lectores con el nombre del tio Picospardos.

Alojóse Anton Perez en una casa, y despues de anunciar al posadero que llegaba de Sevilla:

IX.

—Necesito marchar á Extremadura,—le dijo,—y

si sabeis de algun arriero que vaya allí, os agradeceré que me lo aviseis.

—Su merced llega en buen hora,—dijo el ventero.—Hace dos dias que ha llegado con carga un arriero de los que mejor conocen el camino, y está aguardando, para no volver de vacío, á que haya quien le diga por ahí te pudras.

—¿Y á qué punto vá de Extremadura?

—A Medellin.

—¡Qué casualidad! A esa misma ciudad voy yo.

—Pues le viene á su merced de perlas.

—Habladle cuanto antes, y que me avise cuándo podemos ponernos en camino.

X.

El posadero bajó al hogar, y allí encontró al tio Picospardos, que era tambien su huésped.

Le anunció los deseos de Anton Perez, y el tio Picospardos, frotándose las manos:

—Llévame á su hospedaje para que hagamos el ajuste, y que yo tome sus órdenes.

XI.

El trato quedó cerrado en breve, y convinieron en ponerse en marcha al dia siguiente de madrugada.

Nuestros lectores recordarán que el tio Picospar-

dos no habia nacido para trapense, ó lo que es lo mismo, que hablaba por los codos.

XII.

—Aunque vuestra merced perdone,—dijo á Anton Perez apenas salieron de la ciudad,—¿es su merced clérigo tan jóven?

—Todavía no lo soy; pero como si lo fuera, porque me he criado en un convento y me falta muy poco para tomar las órdenes.

—¡Qué fortuna la de vuestros padres tener un hijo que se consagra á la Iglesia!

—Mis padres han muerto.

—Tanto peor para ellos y para vos. Pero segun me han dicho, llegábais de Sevilla, y no teneis el acento sevillano.

—Soy castellano viejo.

—¡Ah! Vamos; habrá ido su merced á Sevilla para asuntos...

—Sirvo en calidad de paje al arzobispo de Búrgos, que es tambien el primado de las Indias, y me mandó su eminencia á Sevilla con encargos, y allí me han confiado la mision que voy á realizar á Medellin.

XIII.

—Apuesto cualquiera cosa á que se trata de Hernan Cortés,—dijo el tio Picospardos.

—¿Le conoceis vos?

—¡Que si le conozco! Tanto ó más que sus padres... Es de mi pueblo, de Medellin, y ya de chiquitico, chiquitico no; pero, vamos, de mozo, le llevé á Salamanca en uno de mis mejores mulos, mucho mejor que el que lleva su merced, que ahora hasta parece que se han acabado las buenas bestias. Y vamos, le he tomado ley. ¿Con que me he equivocado, ó no?

—No por cierto; pero siento que hayais adivinado la causa de mi viaje, porque yo hubiera querido guardar el mayor secreto.

—Pues figúrese su merced que lo ha echado todo en un pozo. Con que me diga su merced si está bueno ó malo, y si le vá bien ó mal, ya estoy contento.

—Le vá bien, muy bien.

—Pues eso me pone tan alegre como unas páscuas. En cuanto lleguemos y lo sepan doña Catalina y don Martin, sus padres, dos pobres viejos, pero que todavía andan muy derechos, y sobre todo cuando lo sepan su mujer y su hijo...

—Es necesario que no lo sepan por vos.

—Tiene razon su merced.

XIV.

—Para que el tio Picospardos se olvide de lo que ha adivinado, tengo yo una receta,—dijo Perez.

—¿Cuál?

—Ahí vá,—dijo, alargándole unas cuantas monedas.

—¡Bien dicen que los que estudian saben mucho!

—Más sabeis vos que yo, y conviene que los dos sepamos lo mismo.

—No comprendo lo que quiere decir su merced.

—Deseo dar una agradable sorpresa á los padres de Hernan Cortés, y yo desearia, por lo tanto, que no supiesen el objeto de mi viaje hasta un momento oportuno.

—Nada más fácil.

—¿Podríais vos hospedarme en vuestra casa?

—Con alma y vida.

—Pagaré bien mi hospedaje.

—¿Quién duda eso?

—Pues en ese caso, figuraos, repito, que no sabeis absolutamente nada, y que voy á Medellin, porque los médicos me han mandado que tome aquellos aires para restablecerme de una enfermedad que he padecido. De esta manera tendré ocasion, sin ser sospechoso, de ver de cerca á los padres y á la esposa de Hernan Cortés, y entonces, cuando yo crea llegada la ocasion de hablarles, les hablaré.

—Pues nada, es cosa hecha.

XV.

Convenidos los dos, realizaron su convenio al lle-

gar á Medellin, y aunque no tardó todo el mundo en saber que habia en la villa un forastero, el tio Piesespardos desempeñó tan bien su papel, que lo más que dijeron las gentes fué:

—¡Pobrecito! ¡Ojalá se ponga bueno respirando estos aires!

XVI.

Como Anton Perez no podia perder mucho tiempo, despues de averiguar la existencia del viejo criado Meliton, convencido de que aquel hombre podia auxiliarle en su empresa, se proporcionó una entrevista con él, para la cual sirvió de gancho el arriero.

Capitulo IV.

Un hombre de mal humor.

I.

El viejo Meliton no tenia más que un vicio.

Todas las tardes, despues de desempeñar sus faenas, dedicaba una gran parte del tiempo á saborear el zumo de las viñas, y al anochecer solia ponerse como una cuba.

No era esto un obstáculo para que al oir el toque de oraciones fuese á la iglesia á rezar, y se estuviese allí despues durmiendo hasta que el sacristan ó los monaguillos le echaban.

II.

A los dos dias de la llegada á Medellin del tio Pi-

cospardos y Anton Perez, se encontró el primero á Meliton.

Salúdóle con cortesía; pero el viejo le respondió de mala gana.

—¿Qué es eso, compadre?—preguntó el tio Picospardos.—¿Estamos de mal humor?

—Estoy que trino.

—¿Pues qué pasa?

—Si no tuviera uno tanta ley á los amos...

—¿Te han regañado?

—Reñir... Buenos están ellos para reñir. Cuando los amos no tienen dinero, no riñen; pero hacen una cosa que es peor: no pagan la soldada á los criados, y cuando uno no tiene una blanca, no puede empinar el codo.

—¿Te burlas de mí?

—No, hombre. Ya sé que eres un santo, y aunque te veo tan mohino, no me olvido de que eres alegre cuando llega la ocasion.

—Bebo algo, ya se vé que sí; pero es por que á mi edad está flojo el estómago y hay que darle fuerza.

—¿Y hoy no has bebido?

—Hoy no; en casa no lo gastan los amos, y á mí se me ha acabado mi repuesto. He pedido algo á cuenta de lo mucho que me deben para comprar una azumbre siquiera á la tia Fibas, y me han contestado con el: «Perdone su merced por Dios.» No sé como lo sufro.

El tio Picospardos se sonrió.

Despues, dándole un golpe en el hombro:

III.

—En los buenos tiempos, bien os cuidábais,—le dijo.

—Sí; pero de lo bueno se olvida uno pronto cuando está en lo malo.

—¡Válgame Dios! ¿Quién habia de decir á don Martin Cortés que se veria reducido á tanta pobreza? Bien podia el rey darle algo, porque al fin y al cabo, su hijo está sirviéndole.

—Ya le ha hecho un memorial.

—¿Sí?

—Vaya; con letra muy pulida, y muy parlado.

—¿Y lo ha enviado al rey?

—Hace ya tiempo.

—¿Le habrá dado respuesta?

—Sí; la callada.

—¿Qué me cuentas?

—Los reyes no se acuerdan para nada de sus vasallos, sobre todo cuando estos no pueden servirle. Así es que don Martin está que trina, y doña Catalina su mujer... no hay quien pueda sufrirla.

—Vaya, hombre, vente conmigo á casa, que yo siempre tengo un poco de lo añejo para los amigos.

—No quiero que digas que te desprecio. Vamos allá.

IV.

Los dos se encaminaron á casa del tio Picospardos.

Este hizo un guiño á Anton Perez, como diciéndole:

—«Este es Meliton, el criado de don Martin. Puede su merced explorarle á sus anchas.»

V.

El primer saludo que hizo Meliton al paje del arzobispo de Búrgos fué muy poco expresivo.

Necesitaba echar un trago para ser tratable.

Apenas empinó el jarro, como si hubiera conocido que habia faltado á la cortesía con el huésped de su amigo:

VI.

—¿Su merced es el clérigo que ha venido á esta villa con el tio Picospardos?—le preguntó.

—Para lo que gusteis mandar.

—Por muchos años. Por ahí dicen que habeis venido á respirar estos aires para poneros bueno...
No teneis mala cara, sin embargo...

Algo endeblillo el cuerpo... pero ya os repondreis.

Esta es tierra de muchos viejos, y en donde hay viejos hay salud.

—Traigo el encargo de hacer una visita á vuestros amos; pero dicho sea acá para entre los dos, os agradeceria que con toda lealtad me informáseis antes acerca de su carácter, para saber si mi presencia les molestará ó no.

—Si no quiere su merced aburrirse, no vaya á verlos.

—¿Por qué?

—Porque dicen que en donde no hay harina todo es mohina, y los pobres viejos viven á la cuarta pregunta; con que no le quiero decir nada á vuesa merced.

—¡Es extraño eso! ¿No son los padres del ilustre caudillo que está en las Indias?

—Sí; pero el hijo es un desagradecido como todos.

Por allí andará triunfando, sin acordarse de mandar un mal ducado á sus padres.

La hacienda apenas dá para mal comer á mis amos.

Se pasan unos dias y unas noches, que como esto dure, van á matarme á pesadumbres.

VII.

—¡Ved lo que son las cosas!—dijo Anton Perez.—

Yo me los figuraba tan dichosos; porque si no estoy mal informado, tienen en su compañía á la esposa de su hijo y á un nieto.

—En mal hora vinieron.

—¿No se llevan bien?

—No lo digo por eso, sino por que aunque dicen que donde comen dos comen tres, eso, en primer lugar, es una mentira, y aun cuando no lo fuese, donde comen dos no pueden comer cuatro á gusto.

—¿Es decir, que es gravosa á los padres de su marido?

—Si no fuera por ella, lo que es para comer nosotros no nos faltaria.

VIII.

—Pero los padres de Hernan Cortés,—repuso el clérigo,—darán por bien empleado el sacrificio que hacen.

Al fin y al cabo, un nieto para unos viejos es siempre un motivo de alegría.

—¡Bah! No lo crea vuesa merced.

El chico está siempre enfermizo. El y su madre se pasan todo el dia en su cuarto, y aunque todos se quieren bien, hay un no sé qué... Vamos, que no hay alegría en la casa.

—¿Y es jóven la esposa?

—Jóven y guapa; pero más orgullosa que don Rodrigo.

—¡Hola, hola! ¿Con que es orgullosa?

—Siempre está tan estirada, tan... Cualquiera diria que consideraba como una reina á los vasallos á todos los que la rodean.

IX.

—¿Y vos, señor Meliton,—dijo Anton Perez,—estimais á vuestros amos?

—¿Por qué no he de decirlo? Les tengo ley. ¡Hace ya tantos años que estoy con ellos!...

—En ese caso, voy á revelaros un secreto que os complacerá.

—¡Calle! ¿Secreticos tenemos?—dijo el tio Meliton, apurando un vaso de vino.

X.

—Hace poco,—repuso Anton Perez,—habeis calumniado al hijo de vuestros amos.

—¿A Hernan?

—Sí por cierto.

—¿Qué quiere decir su merced?

—Que no es tan ingrato como parece.

—Pues lo que es las muestras...

—Prometédme no revelar á nadie lo que vais á oir, y os diré mi secreto.

—Vaya, ya he entrado en ganas. Desembuche su merced.

XI.

—Hernan Cortés,—prosiguió Perez,—no se olvida de sus padres, y tanto es así, que les ha enviado algunos recursos con un soldado de los que estaban á sus órdenes en las Indias, y que ha regresado á España.

—Así será; pero lo que es por aquí no hemos visto un mal maravedí.

¿Quién se fia de soldados?

—Poco á poco; no calumnieis á los hombres de bien.

Ese soldado llegó á Sevilla, y allí cayó enfermo.

La casualidad me puso á su lado, y comprendiendo el pobre que por su mal estado de salud no podria desempeñar la mision que le habia confiado su capitan, me encargó á mí que trajese el dinero.

XII.

—¿Será posible?—exclamó Meliton, frotándose las manos.—¿Con que vos traeis monedas?

—Traigo una cantidad corta; pero bastante para que puedan salir de apuros vuestros amos.

—¿Y es para ellos el dinero?

—El soldado así me lo ha dicho, y por cierto que

me extraña mucho, porque al fin y al cabo algo debia enviar á su esposa.

Esto me ha hecho pensar si existirá en este matrimonio algun pesar oculto.

—Tambien yo me lo he maliciado.

—Pues bien; no digais nada, que yo iré lo más pronto posible á saludar á vuestros amos y á cumplir el encargo que me han dado para ellos.

Pero al mismo tiempo, seria bueno saber si existe algo, en efecto, entre Hernan Cortés y su esposa, porque si existe, no es justo que sea gravosa á sus padres.

—Eso digo yo.

—Pues nada, nada; vos me facilitareis los medios de que yo pueda hablar con ella, de que yo la conozca.

Mi estado no me hace sospechoso, y por otra parte, como sólo trato de hacer una obra buena...

—Cuente su merced conmigo para todo.

—Entonces os autorizo desde luego para que anuncieis á vuestros amos que me habeis conocido, y que al verme solo, en un país extraño, me habeis dicho que no tomarian á mal que fuese á visitarlos, razon por la cual iré mañana mismo á ponerme á sus órdenes.

—Así se hará.

XIII.

El tio Picospardos tenia que llevar el jarro á Me-

liton; y este, al irse á su casa, ya muy entrada la noche, iba por el camino murmurando:

—No, lo que es ella no disfrutará de esos recursos que envia Hernan Cortés á sus padres, y lo que es yo, haré que me paguen mis atrasos.

Al dia siguiente desempeñó la mision que le habia confiado Anton Perez.

Capítulo V.

Muchas cosas en poco tiempo.

I.

Anton Perez fué á visitar á los padres de Hernan Cortés.

Recibiéronle estos con cortesía, pero sin afabilidad.

El aspirante á clérigo notó desde el principio que su visita era molesta.

No tuvo más remedio que anticipar sus planes.

II.

—Os habrá parecido extraño,—les dijo,—que sin título alguno para vuestro aprecio me haya presentado en vuestra casa.

No lo hubiera hecho, si no hubiera recibido el encargo de visitaros.

III.

Esta declaracion sorprendió á los ancianos.

—¿Vos traeis el encargo de visitarnos?

—Sí; pero no he querido decirlo á nadie, porque en los pueblos todo se sabe, y la mision que he traido es muy delicada.

—Hablad por Dios,—dijo doña Catalina;—vais á darme alguna triste noticia.

—Al contrario.

—¿Se trata de nuestro hijo?—preguntó don Martin.

—Sí; de él se trata.

—¿Vos le conoceis?

—No.

—¿Teneis noticias suyas?

—Sí.

—Hablad, hablad por Dios,—dijeron á un tiempo los ancianos.

IV.

—Aunque algo perseguido por el gobernador de Cuba,—dijo Anton Perez,—que fué quien le confió el mando de la expedicion en que se halla ocupado, la fortuna, al parecer, le es propicia y ha enviado á Es-

paña á uno de sus capitanes con una mision para el rey nuestro señor.

Se conoce que tiene más confianza que en el capitan en uno de los soldados que regresaban, y no teniendo tiempo para escribir á sus padres, puso en sus manos algunas joyas de oro de las muchas que se encuentran en aquellos países, con el encargo de que las vendiera á algun mercader en Sevilla y viniera á traeros su importe.

El soldado cayó enfermo despues de haber realizado parte de la órden de su jefe.

Las joyas estaban vendidas, y en su bolsa el importe de ellas; pero no pudiendo él desempeñar el encargo por haber caido enfermo de gravedad, me lo ha confiado á mí, y tengo el placer de entregaros en nombre de vuestro hijo esta bolsa llena de oro.

V.

—¡Dios le bendiga!—exclamó doña Catalina.

—Perdonadnos, señor,—dijo don Martin á Anton Perez,—si no os hemos tratado con más cortesía.

Pero la alegría que experimento al ver que nuestro hijo se acuerda de nosotros, al ver que con esos recursos podremos atender á nuestras necesidades, os demostrarán claramente que la tristeza y el desencanto han sido causa de nuestra descortesía.

VI.

Viendo la buena acogida que le dispensaban, quiso anticipar más los sucesos el paje del arzobispo de Búrgos.

La situacion en que estaba le sugirió una idea.

—El soldado,—añadió,—traia un encargo para la esposa de vuestro hijo.

—¿Dinero tambien?—preguntó doña Catalina.

—No; sin duda conoció que estando á vuestro cargo nada le faltaria.

Pero nunca faltan entre esposos noticias que comunicarse, y yo, si me lo permitís, hasta haber tenido el gusto de hablar con doña Catalina, reservaré las palabras que en nombre de su esposo me ha encargado el soldado que le diga.

—Sea en hora buena.

—Entonces me permitireis que la hable á solas.

—Con mucho gusto.

VII.

La madre de Hernan Cortés condujo á Anton Perez á la habitacion de Catalina, y despues de decirle el encargo que traia para ella, los dejó solos.

—Dicen que venís á hablarme en nombre de Hernan Cortés,—le preguntó.

—No he recibido de él semejante mision,—repuso Anton Perez.

Y le refirió la fábula que habia inventado.

VIII.

—Es extraño,—añadió Catalina,—que no haya tenido tiempo de escribir á su esposa; que haya confiado un secreto, si lo es, á un soldado.

—No quisiera afligiros,—dijo Anton Perez.

—Hablad.

—¿Me perdonareis si con mi franqueza os causo algun pesar?

—Más pesar me causais con ese misterio.

—Pues bien, señora; voy á confiaros un secreto y el motivo de mi visita á solas.

Hernan Cortés, vuestro marido, no ha enviado encargo alguno para vos.

Sólo para vuestros padres dió á ese soldado una cantidad, que acabo de entregarles.

Yo he conocido que si llegábais á saber que habia recordado á sus padres y se habia olvidado de vos, sufriríais mucho, y he querido calmar vuestra ansiedad, vuestras dudas, revelándoos lo que de su propia cuenta me ha dicho el soldado.

XI.

Catalina no le contestó.

Sufria mucho.

—Vuestro esposo ha obtenido grandes triunfos. En el momento en que entregó esa cantidad al soldado para que la trajese á vuestros padres, le faltaba tiempo para poder dedicaros un minuto siquiera.

X.

»—Que no atribuya, pues, á falta de cariño,—me ha dicho el soldado,—este olvido.

»Cuando yo esté bueno, cuando yo pueda ir á verla, la probaré hasta la evidencia que su esposo la ama con delirio y piensa á todas horas en ella y en su hijo.

XI.

Al terminar estas palabras Anton Perez, miró fijamente á Catalina, y vió que sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—¿Sufrís?—le dijo despues de una breve pausa.

—No, — contestó Catalina, reponiéndose, — no sufro.

—Haceis mal en ocultármelo. Ya veis que mi mision en la tierra es consolar á los que padecen.

Tengo derecho para penetrar en la conciencia de los séres humanos.

¿Importaria algo que delante de mí, que puedo ser, aunque indigno, representante de Dios en el mundo;

importaria algo, repito, que exhaláseis las quejas de vuestro corazon?

XII.

Catalina miró entonces por la primera vez á Anton Perez, y su fisonomía angelical la engañó.

—Teneis razon,—le dijo;—pero no debeis extrañar mi reserva.

Vivo aislada; vivo lejos de lo que más quiero en el mundo.

He llegado á desconfiar de todos los que me rodean, y os he confundido á vos con los que no me comprenden.

—¿Creeis que he hecho mal viniendo á veros?

—Al contrario.

—Debo tambien deciros que con ese soldado han venido dos capitanes, enviados por Hernan Cortés al emperador, y es muy posible que alguno de ellos os traiga carta suya.

Veo que esta esperanza os sonrie.

Bien, señora, bien; no os avergonceis de amar á vuestro esposo.

—¿Yo avergonzarme de eso? Al contrario: aunque me despreciase, aunque hubiese olvidado el sentimiento que estrechó nuestras almas para siempre, aunque no recordase que su hijo vive de mis cuidados, le amaria, le amaria con delirio.

XIII.

Esta declaracion alegró extremadamente á Anton Perez.

—Permitidme que me retire,—la dijo,—despues de dejaros más tranquila, y contad siempre conmigo como con un verdadero amigo.

¡Quiera Dios que no necesite ser nunca confidente de vuestras desventuras!

XIV.

Anton Perez se retiró; pero al despedirse de los padres de Hernan Cortés les anunció que todavía tardaria en marcharse algunos dias, para justificar las declaraciones que habia hecho de que el único objeto que le habia llevado á Medellin habia sido el restablecimiento de su salud.

Los recursos despertaron de nuevo la alegría en aquella casa, tanto tiempo triste y sombría.

XV.

Pero Catalina no alcanzó este supremo bien, porque á pesar de las declaraciones que habia hecho, la verdad era que sufria en extremo al ver que su esposo no habia pensado en ella.

Su pesar se agravó, porque su hijo, que estaba muy enfermizo, cayó de nuevo con una fiebre horrible, y puso en peligro su vida.

La situacion del niño obligó á hacer gastos extraordinarios á sus abuelos.

XVI.

Meliton era el encargado de comprar las medicinas y de llamar al médico.

Como estaba enterado del secreto de Anton Perez, veia marcharse el dinero que habian recibido sus amos, y se desesperaba.

Un dia no pudo contenerse, y sin pensar en lo mucho que sufria Catalina y en la situacion grave del niño, estimulado por la embriaguez, se atrevió á tratarla mal.

Le echó en cara lo gravosa que era á los padres de su esposo, y en el calor del altercado la dijo:

—Haceis mal en estar aquí, porque ya sabeis que vuestro esposo no os quiere bien; y si habeis venido aquí, es por que no teneis donde caeros muerta.

XVII.

Catalina se quejó á los padres de su esposo de la grosería del criado.

Los ancianos, que veian con pena aminorarse sus

recursos, y que estímaban verdaderamente á su antiguo servidor, si no le defendieron, al ménos no le culparon.

Desesperada al ver lo que le sucedia, tomó Catalina una resolucion violenta.

Una noche, sin pensar que exponia la vida de su hijo, cuando todos los habitantes de la casa se recogieron, salió con el niño.

—Imploraré la caridad,—se dijo.

Y tomó el camino que conducia á Badajoz.

XVIII.

Poco despues supo Anton Perez la desaparicion de Catalina.

Inmediatamente partió de Medellin.

Capítulo VI.

Donde se vé cómo Anton Perez se aprovecha de la desesperacion de Catalina.

I.

Anton Perez comprendió desde luego que Catalina se dirigia á Badajoz, y en una de las mulas del tio Picospardos fué en busca de la jóven esposa.

No tuvo que andar mucho para encontrarla.

Despues de haber caminado Catalina toda la noche, llevando en sus brazos á su hijo, á cosa de las cuatro de la mañana llegó á una venta que estaba en despoblado, y sentándose á su puerta, permaneció allí aguardando á que amaneciese para pedir auxilio.

II.

El frio de la noche agravó la dolencia de su hijo.

La fiebre le atacó de nuevo con más intensidad, y entonces fué cuando Catalina, comprendiendo la violenta resolucion que habia tomado, deshaciéndose en llanto:

—He asesinado á mi hijo,—exclamó.—Dios no me lo tome en cuenta.

III.

Por la mañana, apenas abrió la ventera la puerta del meson, sacando fuerzas de flaqueza, y pensando sólo en el estado de su hijo, le declaró á la buena mujer lo que habia hecho, y le pidió socorro, asegurándole que desde allí mandaria llamar á don Martin Cortés, padre de su marido, el cual, al saber su triste situacion, acudiria á ampararla.

La ventera se condolió de la suerte de aquella pobre madre, y le ofreció en uno de los cuartos de la venta un jergon para que descansase su hijo.

IV.

No habia pasado media hora desde que la ventera tomó esta resolucion, cuando oyó á lo lejos las pisadas de una caballería, y se asomó á la puerta para ver quién se acercaba.

Era Anton Perez.

—Buena mujer,—le dijo,—¿habeis visto pasar por aquí á una jóven con un niño?

—¿Por ventura la anda buscando su merced?

—Sí por cierto.

—Pues apéese de la mula, que ya ha dado con ella.

—¡Dios sea loado!—exclamó Anton Perez.

—¿Es clérigo su merced?

—Para lo que gusteis mandar.

—Apuesto cualquiera cosa á que os envia don Martin Cortés.

—No os habeis equivocado.

—Hace poco que al abrir las puertas encontré á esa dama con su hijo, y asustada de lo que habia hecho, me lo contó, pidiéndome que la socorriera; aunque me aseguró que no traia consigo ni una blanca, la he hospedado, porque á cristianos no nos gana nadie en el pueblo á mí y á mi marido.

—Habeis hecho bien.

—No me ha dicho la causa de su viaje; pero me la figuro.

Habrá tenido alguna riña con sus suegros, y como el diablo quiere que siempre nueras y suegros, suegros y yernos, anden á la greña, ella se habrá acalorado y...

—Eso es,—dijo Anton Perez;—pero llevadme cuanto antes á su presencia, porque estoy seguro de que al verme se alegrará.

V.

La ventera llamó á su marido, el cual, tomando

del ramal á la mula, la condujo á la cuadra, en tanto que la posadera guió á Anton Perez á la habitacion en donde estaba Catalina.

—Aquí la teneis,—dijo al entrar.

VI.

Catalina levantó los ojos, y reconociendo á Anton Perez, volvió á bajarlos.

El paje del arzobispo de Búrgos hizo una seña á la ventera para que le dejara solo con la viajera.

La ventera se fué.

Hubo una breve pausa, al cabo de la cual:

VII.

—¿Qué habeis hecho, Catalina?—exclamó Anton Perez.

—No me lo pregunteis.

—Ignoro los motivos que os han impulsado á tomar una resolucion tan desesperada.

He sabido vuestra desesperacion, é inmediatamente he comprendido que podia prestaros algun servicio, y he venido en vuestra busca.

Sed leal conmigo.

Confiadme vuestras penas: ya sabeis que me interesa vuestra suerte.

—He cometido una locura, lo comprendo tarde;

y la llamó locura, porque he arriesgado la vida de mi hijo.

Miradle; tomad su pulso, y vereis que la fiebre le devora.

¡Ah! ¡Qué horrible es la pobreza!

VIII.

—¿Os llamais pobre, siendo la esposa de un hombre cuya fortuna será envidiada por los más altos personajes?—dijo Anton Perez, fingiendo extrañeza.

—¿Y qué me importa su fortuna, si será tardía para mí?

—¿Qué decís?

—Mi hijo se muere.

—No desespereis.

—¡Ah! Sí; una madre no se equivoca nunca, y yo veo en el rostro de mi hijo la sombra de la muerte. ¡Ah! ¿Qué vá á ser de mí si le pierdo?

—Tranquilizaos; Dios se apiadará de vuestras lágrimas, y si en sus altos designios hubiese decretado vuestra separacion eterna, la religion os manda que os resigneis.

—Una madre no se resigna nunca cuando pierde á su hijo.

IX.

—Vamos, Catalina,—repuso el paje,—calmaos y

hablad con sinceridad. ¿Por qué motivos habeis abandonado la casa de vuestros padres?

—Porque un criado, un grosero criado, se ha atrevido á echarme en cara que les era gravosa.

—¿Y por las hablillas de un criado tomásteis una resolucion tan violenta?

—Me he quejado al padre de mi esposo, y por toda reparacion he oido la defensa del miserable que se ha atrevido á ultrajar á la esposa de Hernan Cortés, y mi condenacion.

X.

—¿Y no habeis comprendido,—prosiguió Anton Perez, procurando dar á su voz toda la dulzura de que era susceptible;—no habeis comprendido que don Martin Cortés estima en mucho á su criado Meliton?

—Lo he comprendido, y por eso he abandonado la casa.

—¿Y qué vais á hacer ahora?

—Cuidar á mi hijo hasta que exhale el último suspiro, y despues morir.

—¿Y vuestro esposo? ¿Y vuestro deber?

—¡Ah! ¡Callad, callad!

—La desesperacion es mala consejera. Creedme, Catalina. Dirigid vuestras miradas al cielo para que derrame en vuestro corazon el dulcísimo bálsamo de la esperanza.

Yo bien conozco que despues del paso que habeis dado es imposible retroceder.

No debeis volver á la casa de los padres de vuestro esposo; pero tampoco podeis permanecer aquí: vuestro hijo necesita auxilios.

—Imploraré la caridad.

—En ese caso, mi mision es ejercerla.

Permitidme, ya que sois tan humilde y resignada que aceptais la limosna, que yo, de mis escasos ahorros, os proporcione los medios de salir de esta apurada situacion.

—De ningun modo.

—¿Os negais á aceptar de mis manos lo que aceptaríais de las de un desconocido?

—No sé lo que he dicho antes.

Repito que prefiero la muerte.

XI.

—Pues bien,—dijo Anton Perez;—os hablaré con sinceridad.

Yo soy paje de un ilustre varon, de un prelado cuyas virtudes son inagotables.

No hay uno sólo de sus familiares que no reciba de sus manos cuantiosas cantidades antes de ponerse en camino.

—«Los hombres que viajan,—dice su eminencia,—van en busca de la desgracia, la encuentran á su paso. Cuando estos hombres están llamados á ser ministros de Dios en la tierra, cuando lo son, su deber es amparar la desgracia.»

Y como sabe que nosotros no tenemos recursos, pone á nuestra disposicion su bolsa; pero con el encargo de amparar toda clase de desventuras.

—Hé aquí por qué razon, no ya en mi nombre, sino en el de su eminencia el arzobispo de Búrgos, os ofrezco esos recursos.

Y aun haré más.

No os los daré como limosna, porque sois la esposa de un hombre que podrá pagar con creces este beneficio que hoy os puedo dispensar.

El os servirá para que podais llegar á reuniros en un dia feliz con vuestro esposo.

Entonces podreis pagar esa deuda.

XII.

—Sólo de esa manera lo aceptaria,—dijo Catalina, comprendiendo que sin recursos no podria hacer nada por su hijo.

—En ese caso, resolved algo acerca de lo que creais que debeis hacer.

—¿Cómo poder pensar en mi triste situacion?

—Yo os ayudaré. Vuestro esposo sirve al rey; en Sevilla está el consejo de Indias, y por mi parte creo que si presentais allí una solicitud pidiendo recursos para vivir hasta que os los envie vuestro esposo, os los concederán, tanto más, cuanto que el arzobispo de Búrgos, mi señor, es presidente de ese consejo.

Yo le hablaré, y en Sevilla, en una modesta casa,

podeis aguardar el regreso de vuestro marido, que será un verdadero triunfo para él.

XIII.

Catalina no pudo contestar á aquella proposicion.

Su hijo lanzó un grito de pronto.

—¡Dios mio!—exclamó la madre.—¿Qué es esto?

El niño pugnaba por sacar los brazos de la manta que le cubria.

Su mirada era vaga, indecisa.

Todo indicaba en él que era presa de un accidente, de uno de esos accidentes que atacan á los niños, destruyendo por un instante su naturaleza.

XIV.

—¡Mi hijo se muere!—gritó Catalina.

A sus gritos acudió la ventera, y lo primero que hizo fué poner al niño unos Santos Evangelios.

—¿Qué hacer para salvarle?—dijo la infeliz madre.

Anton Perez miró al niño detenidamente, y procurando apartar á Catalina del lecho en donde yacia:

XV.

—¿Qué podeis hacer?—exclamó.—Elevar los ojos

al cielo, pedir á Dios resignacion, pensar en vuestro esposo, y llorar á vuestro hijo, porque ha muerto.

Un grito horrible salió de los labios de Catalina.

Por más que se opuso Anton Perez para que se acercase á la cama, pudo coger una de las manos de su hijo, y al sentirla helada cayó como herida por un rayo.

XVI.

Cuando volvió en sí se halló en otra habitacion, en un lecho, que era el de los venteros.

Estos se lo habian cedido mediante la promesa que habia hecho Anton Perez de pagarles con largueza los servicios que prestasen á aquella desgraciada.

XVII.

—¿Y mi hijo?—preguntó Catalina.

—Vuestro hijo está en el cielo. Sus restos han sido enviados por mí á los padres de vuestro esposo para que le den sepultura en sagrado.

XVIII.

Catalina pasó más de diez dias en peligro.

Anton Perez hizo que desde una ciudad inmediata acudiera un médico, y gracias á los auxilios que



HERNAN CORTÉS.—Pudo coger una de las manos de su hijo, y al sentirla helada cayó como herida por un rayo.

prestaron unos y otros á la enferma, se levantó y pudo entrar en la convalecencia.

Habló con Anton Perez, y convinieron en ponerse en camino para Sevilla.

Pero aun tuvieron que esperar algunos dias.

Catalina habia sufrido mucho, sufria, y sus penas impedian su pronto restablecimiento físico.

Capitulo VII.

Una indiscrecion y una intriga.

I.

Catalina ocultaba á su protector la desesperacion que se habia apoderado de su alma, porque comprendia que le debia inmensa gratitud; pero no por eso, al verse tan abandonada de su esposo, de todo el mundo, dejaba de desear la muerte.

Anton Perez, que iba poco á poco desarrollando su plan, se esforzaba en hacer creer á Catalina que Hernan Cortés la adoraba con delirio; y que si se habia separado de ella, habia sido por no poder llevarla á la guerra; y que si habia arriesgado su vida en los combates, era por adquirir honra y provecho para hacer su felicidad.

Gracias á estas conversaciones, pudo comprender

que Catalina amaba con toda su alma á su esposo, y en las cartas que dirigia de tarde en tarde al arzobispo le referia todos estos detalles.

II.

Al fin llegaron á Sevilla, y se hospedaron en una hostería cerca del sitio en donde más tarde se levantó la famosa Torre del Oro.

A los dos dias de su llegada recibió Anton Perez una carta del arzobispo, en la que le daba instrucciones, porque habian ocurrido sucesos que le obligaban á tomar una resolucion desesperada.

III.

Pánfilo de Narvaez habia regresado de Zempoala, y habia tenido una conferencia con el arzobispo de Búrgos.

Más tarde sabremos lo que hablaron.

Por de pronto baste saber á nuestros lectores que las personas interesadas por Diego de Velazquez comprendieron que era preciso á toda costa atacar á Hernan Cortés, no con la fuerza, sino con la astucia.

Para deshacerse de él tenian un medio poderoso.

Anton Perez se encargó de proporcionarle.

IV.

Habian llegado con Pánfilo de Narvaez algunos de los soldados que no habian querido quedar á las órdenes de Hernan Cortés, y como era natural, se presentaron á los que formaban parte del consejo de Indias.

Como Anton Perez los conocia y los visitaba á menudo, tuvo ocasion de hallar á algunos de aquellos soldados, y les habló.

Despues de repartir entre ellos unas cuantas monedas, les encargó que fuesen á la hostería en donde estaba hospedáda Catalina, y les indicó la conversacion que deberian tener mientras apuraban los jarros de vino y los torreznos que él costearia.

Convenida la hora en que debian reunirse en el punto indicado, fué Anton Perez á visitar á Catalina.

V.

—Por más que he hecho para traeros noticias de vuestro esposo, sólo he podido averiguar que en una carabela que llegó anteayer á Cádiz han arribado algunos soldados de los que formaban parte de sus filas; desde Cádiz se han trasladado á Sevilla; pero no he podido verlos.

Los buscaré, y me informaré de lo que pasa á vuestro esposo.

VI.

Con este motivo insistió de nuevo en asegurarla que Hernan Cortés sólo vivia para ella, despertando en su alma las más halagüeñas esperanzas.

Poco despues oyeron grandes vóces en el piso bajo de la hostería.

Anton Perez, simulando gran inquietud, llamó al hostalero.

VII.

—¿Quién anda abajo que arma tal estrépito?—le preguntó.

—Dispense su merced. Son unos soldados que han llegado anteayer de las Indias, y han venido á pasar el rato; pero si estorban, aunque yo pierda, les diré que se marchen.

—Nada de eso,—dijo Anton Perez.

Y volviéndose á Catalina:

—La casualidad nos vá á proporcionar quizás el medio de saber lo que deseamos.

VIII.

Dirigiéndose al hostalero:

—Oid, maese hostalero; ¿teneis alguna habitacion próxima á la que ocupan esos soldados, en donde pueda esta señora oir lo que hablan?

—No sé si debo...

Anton Perez puso una moneda en manos del hostalero.

—Hay una habitacion contígua,—dijo este,—con una puerta disimulada.

Si la señora quiere, puede permanecer en ella mientras estén ahí los soldados.

—Sí, Catalina, id, que puede ser muy bien que hablen de sus campañas, que mencionen los actos heróicos de vuestro esposo, que alegren vuestro corazon, ridiculizando á Hernan Cortés por el mucho amor que os profesa.

IX.

Catalina cayó en el lazo.

—Yo os aguardo aquí,—dijo Anton Perez.

La jóven siguió al hostalero, y no tardó en oir la conversacion de los soldados.

Llegó en el momento más oportuno.

X.

—Pues yo declaro,—decia uno,—que no hay un hombre más valeroso en el mundo que Hernan Cortés.

—Su última proeza, vencernos con doscientos soldados cuando éramos más de ochocientos nosotros, es lo que nunca se ha visto.

—Si no hubiera caido herido nuestro capitan Pánfilo de Narvaez, no hubiéramos desmayado tan pronto.

—Desengañaos, el valor de Hernan Cortés no tiene igual.

—Pues yo no creo tanto en su valor como en su suerte.

—Mucho pudiera decirse sobre eso.

XI.

—Vamos á ver,—exclamó uno;—¿puede darse mayor fortuna que la de encontrar en los momentos en que empezaba á internarse en Méjico un auxiliar tan poderoso, tan eficaz, tan socorrido como esa india que le tiene barajados los sesos?

—A ella lo debe todo.

—Claro; no sólo le sirve de intérprete, sino que valiéndose de su hermosura, fascina á sus mismos compatriotas y proporciona el triunfo á su amante.

—Así es que Hernan Cortés la adora.

—La moza lo merece.

—¡Cuidado que no parece india!

—¡Qué ojos tan negros y tan expresivos!

—No me extraña que se haya olvidado Hernan Cortés de su mujer.

—Y de todas las españolas seria yo capaz de olvidarme por una india como Marina.

—Si al fin y al cabo, como creen los indios de Zempoala, hacen emperador de Méjico á Hernan Cortés, se casará con ella, y ya no volverá á acordarse de su patria.

—Si nosotros nos hubiéramos quedado por allá, de seguro nos hubiera hecho condes ó duques.

XII.

Catalina no quiso oir más.

Antes de que le faltaran las fuerzas, abandonó la estancia en donde estaba, subió precipitadamente las escaleras, llegó á la habitacion en donde la aguardaba Anton Perez, y dejándose caer sobre un taburete:

XIII.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó.—¡Qué desgraciada soy!

—¿Qué os pasa, Catalina?

—¿Por qué me habeis amparado, por qué no me habeis dejado morir al lado de mi hijo?

—Pero ¿qué teneis? ¿Acaso esos hombres á quienes habeis oido han cometido alguna imprudencia, han hecho alguna revelacion dolorosa?

—Hernan Cortés es un infame.

—¿Qué decís?

—Digo que ya no hay en el mundo para mí más esperanza que la muerte.

Y cayó en un sitial, retorciéndose de desesperacion.

Anton Perez la auxilió, fingiendo que ignoraba lo que acababa de suceder.

Capitulo VIII.

Juegos crueles.

I.

Comprendió Anton Pèrez que habia llegado el momento de recoger el fruto de sus trabajos.

Despues de tranquilizar aparentemente á Catalina, cuando la vió caer en un profundo desaliento:

II.

—¡Ah!—exclamó.—Si mi mision en el mundo no fuese practicar la caridad, si yo pudiera desprenderme por un momento de los altos deberes que tengo que cumplir, midiendo como mido la intensidad de vuestro dolor, en vez de ofreceros consuelos inútiles, os incitaria á castigar al culpable.

—Eso, eso es lo que quiero,—exclamó Catalina.

—No puede perdonarse un crímen de esa naturaleza, y no hay duda de que debe ser cierto.

Cuando esos soldados, que ignoraban vuestra presencia, han hablado de ese modo; cuando aseguran que una mujer os roba el cariño de vuestro esposo, debe ser positivo.

¡Ah! Catalina, debereis sufrir mucho.

—No podeis comprenderlo.

—Me parece que sí, y para que os convenzais, voy á revelaros á vos misma las ideas, los pensamientos que abrigais.

—Es imposible.

—No tanto como creeis. No, no he amado nunca; pero comprendo el amor.

Una mujer que como vos ha consagrado toda su existencia á un hombre, una mujer que ha soñado la más dulce de las felicidades, al ver que se la arrebata una miserable aventurera, siente que se convierte en su pecho el amor que sentia en un ódio profundo, sin trégua, sin piedad.

Sí, Catalina; vos en este instante odiais á Hernan Cortés.

—Con toda mi alma.

—Y le odiais, porque sentís el aguijon de los celos en vuestro corazon.

—Celos no.

Anton Perez fijó una mirada profunda en Catalina.

III.

—Haceis mal en negarlo,—dijo despues.

—¿Celos de un hombre indigno?

—¡Ah! ¿Por qué no? Por ventura el ódio que tiene una mujer que ama al hombre objeto de su amor, ¿no es hijo de los celos?

Los celos avivan vuestra imaginacion; vuestra imaginacion traspasa el Océano, llega hasta esos países donde se halla vuestro esposo, y allí observa, espía, le vé olvidado de sus deberes, engreido con la gloria que alcanza, y arrojando sus laureles á los piés de una mujer indigna por todos conceptos de su aprecio.

Vuestra imaginacion vé todo esto.

Penetra hasta en el hogar de vuestro esposo, le sorprende á solas con su amante, contempla con ansiedad y dolor las caricias que le prodiga, oye los juramentos que le hace; y en ese momento, cuando veis todo eso, cuando pensais que el padre de vuestro desgraciado hijo olvida todos sus deberes, sacrifica vuestro amor á una impura pasion, se arroja en los brazos de una mujer infame; ¡ah! Catalina, en ese momento deseais poder estar á su lado para clavar un puñal en su corazon. ¿He adivinado, ó no, lo que sentís?

—Sí,—exclamó Catalina;—todo eso que acabais de decir lo experimento.

No sé si son celos ú ódio lo que siento.

Daria toda mi vida por poder llegar adonde está mi esposo, caer sobre él y hundir un puñal en su pecho.

Despues de esto, la muerte seria mi única esperanza, mi única dicha.

—No me extraña que penseis de esa manera, y yo os disculpo.

El dolor hace crueles á las almas más sensibles; pero no debo aconsejaros que sigais ese camino.

Compadeced al culpable, que está ciego; perdonad á esa mujer que os roba el cariño de vuestro esposo.

IV.

—¿Jugais con mi dolor?—preguntó Catalina.

—¿Yo? ¡Dios me libre!

—Entonces, ¿por qué razon escudriñais los secretos de mi alma, por qué razon adivinais mis pensamientos, y en los momentos en que me embriaga la alegría de la venganza me recordais los deberes de la religion?

—Cumplo con mi deber, y nada más.

—Pues bien; seré impía, seré indigna de vuestro aprecio y del de las gentes; me odiará todo el mundo, poco me importa: nada me queda ya más que la venganza.

—¿Qué pensais, Catalina?

—¿Por ventura una mujer que vive como yo,

abandonada, en la miseria, sin amparo de ningun género, sabiendo su desdicha, puede permanecer tranquila y resignada?

No; á todo estoy dispuesta.

No habrá peligro que no arrostre, no habrá sacrificio que no acepte, por saborear el placer de la venganza.

¡Ah! ¡Por piedad! En vez de desanimarme, en vez de recordarme el deber de perdonar las injurias, alentadme, dadme algun medio, sugeridme alguna idea, para que yo encuentre al ménos esta satisfaccion que anhelo con la sed del hidrópico.

V.

—Medios hay,—dijo Anton Perez;—pero no seré yo quien os los sugiera.

—¿Por qué no?

—¡Quereis por ventura que yo sea vuestro cómplice?

—¡Estoy loca, apiadados de mí!

—¿Y quién dice que esos soldados no exageran?

—¿Vais á evadiros?

—No; pido á la razon un rayo de luz para que veais claro.

¿Quién no os asegura que esa india, cuya belleza han ponderado los soldados de Hernan Cortés, no es pura y simplemente una amiga de vuestro esposo, una intérprete.

Los hombres son muy dados á la calumnia.

Casi seria bueno que fuéseis vos misma á buscar á vuestro esposo, que os valiéseis de algun medio para espiarle sin ser vista, para sorprenderle.

Entonces es posible que descubriérais la verdad, y si la descubríais, pusiéseis en claro la calumnia; y entonces, en vez de satisfacer una venganza, cayéseis en los brazos de vuestro esposo para llorar con él la muerte de vuestro hijo.

VI.

Anton Perez conocia el corazon humano, ó por lo ménos sabia jugar con sus sentimientos.

Es imposible mayor crueldad que la suya para con Catalina en aquella angustiosa situacion.

La jóven quedó reflexionando algunos instantes.

VII.

—Sí,—dijo hablándose á sí misma, despues de una breve pausa.—Yo deberia ir, espiarle, convencerme, vengarme si era cierta mi desdicha.

Pero ¿cómo? ¿Cómo una mujer realiza esta empresa?

—Una idea se me ocurre,—dijo Anton Perez.

—¡Hablad, hablad por Dios!

—El sufrimiento os ha desfigurado algo.

Por otra parte, vos sois varonil.

¿Por qué no adoptais un disfraz?

La influencia que yo tengo con los que alistan tropas para las Indias, me podrá facilitar el medio de conseguir que os alisten como soldado; ireis á Santiago de Cuba, en donde no os reconocerán con el disfraz, y como parten de allí á cada momento embarcaciones con gente para auxiliar á Hernan Cortés, nada más fácil que realizar vuestro deseo.

—Sí,—dijo Catalina;—yo me siento con valor para ocultarlo todo, para ocultar bajo el traje de un simple soldado la desesperacion que devora mi alma.

VIII.

—Pensadlo bien,—repuso Anton Perez.

—Ya lo he pensado.

Completad vuestra obra, cumplid esa promesa que me habeis hecho.

Haced que me alisten como un soldado cualquiera, como el último.

—Incurro en una gran responsabilidad.

—No la temais.

—¿Y si mañana os arrepentís?

—Nunca os echaré la culpa.

—Catalina, ved que ese paso es muy arriesgado.

—¿Os gozais en mi dolor?

—¿Por qué decís eso?

—Me abrís camino, y lo cerrais en seguida.

—No quiero que me llameis cruel; realizaré vuestros designios.

IX.

Catalina recibió una cantidad de manos de Anton Perez, y se proporcionó con ella el traje para disfrazarse de soldado.

Al mismo tiempo compró un acerado puñal, que guardó en su pecho, recatándole de todo el mundo.

Algunos dias despues, con el nombre de Juan Torralba, salió de Cádiz en una carabela que conducia soldados á Santiago de Cuba.

X.

Anton Perez regresó á Búrgos.

—Están cumplidas vuestras órdenes,—dijo al arzobispo.

—Eres un buen muchacho y harás fortuna,—le contestó su eminencia.

No pudieron hablar más entonces, porque entró á ver al arzobispo Pánfilo de Narvaez.

XI.

Ya volveremos á encontrar á Catalina.

Las vicisitudes que sufria merecen ser conocidas de nuestros lectores.

Hay séres que parecen predestinados al dolor.

Pero abandonando á la desgraciada esposa, veámos ahora lo que habia pasado al capitan vencido por Hernan Cortés.

Capítulo X.

Un encuentro inesperado.

I.

Pánfilo de Narvaez salió de Veracruz con su amigo el capitan Salvatierra y algunos soldados, y cumpliendo la palabra que habia dado á Hernan Cortés, más que por nada por no presentarse en Santiago de Cuba derrotado y con la herida, que habia de ser mientras viviera testimonio de su derrota, llegó directamente á la Península.

Como era natural, se presentó al consejo de Indias, y desde allí, con arreglo á las instrucciones que le habia dado el arzobispo de Búrgos, partió á presentarse á él en compañía de Salvatierra.

II.

En aquella ocasion no le acompañaba Iñigo, por-

que habia preferido quedarse á las órdenes de Hernan Cortés.

Hallándose los dos viajeros pobres, Salvatierra aconsejaba á Narvaez que se olvidase de las promésas que habia hecho á Hernan Cortés, y emplease en su provecho las joyas que aquel le habia dado para su esposa.

Pero Narvaez deseaba volver á ver á Catalina, y no escuchaba los consejos de su amigo.

III.

Separáronse entrambos antes de llegar á Valladolid, porque Salvatierra tenia parientes en Medina del Campo, y quiso pasar con ellos algunos dias, quedando en volver al encuentro de su compañero.

IV.

La noticia de la llegada de Narvaez irritó profundamente al arzobispo de Búrgos.

Su arribo implicaba su derrota, y su derrota era la de Velazquez.

Dominó, sin embargo, su irritacion, y procuró en su entrevista con Narvaez enterarse de la verdadera situacion de Hernan Cortés.

Cuando supo que todas las tropas de Narvaez se habian pasado á las filas de Hernan Cortés; cuando

se enteró del triunfo que habia alcanzado aquel guerrero, llegando hasta Méjico, y apoderándose del emperador de aquel vasto país; cuando comprendió que todos los esfuerzos que hiciera Diego de Velazquez por su parte, y él por la suya, serian inútiles, comprendió que sólo Catalina, impulsada por los celos, podia malograr los triunfos de su enemigo.

V.

Pánfilo de Narvaez no le ocultó que habia recibido de Hernan Cortés el encargo de visitar á su esposa.

—Llegais tarde,—le dijo el arzobispo;—hace algunos dias que, cansada de esperar noticias de su esposo, ha partido á Santiago de Cuba para informarse de su suerte.

VI.

El arzobispo hizo adelantar la salida de una carabela para Santiago de Cuba, y en ella envió al antiguo soldado de Hernan Cortés, su servidor entonces, Antonio de Robles, con un pliego para Diego de Velazquez.

En él le anunciaba la llegada de Pánfilo de Narvaez, la derrota que habia experimentado; le indicaba sus planes, y le anunciaba que Catalina, la esposa de Hernan Cortés, llegaria en breve á Santiago de

Cuba disfrazada de hombre, y con el nombre de Juan de Torralba, encargándole que enviase una nueva expedicion en busca de Hernan Cortés, y que alistase en ella á su esposa, seguro de que lograria más de este modo que enviándole un numeroso ejército.

Hecho esto, esperó los sucesos.

VII.

Pánfilo de Narvaez, dominado por su orgullo, no quiso pedir al arzobispo su proteccion para que le confiriese el rey algun empleo en Madrid, y se retiró con su amigo Salvatierra desesperado de su suerte.

Allí la pobreza le obligó á vender las joyas que le habia confiado Hernan Cortés, proporcionándole recursos para atender durante algun tiempo á sus necesidades.

Los recursos se acabaron, no sabia qué partido tomar, cuando una noche vió salir de la iglesia de Santa María á dos damas encubiertas.

VIII.

Las dos se quedaron mirándole, y despues de cuchichear, se adelantó una que parecia doncella de la otra, y acercándose á él:

—Dios os guarde, capitan Pánfilo de Narvaez, —le dijo.

—¿Quién sois?—preguntó este, asombrado de que pronunciaran su nombre.

—Si deseais saberlo,—añadió la encubierta,—seguidnos, y yo os aseguro que os sorprendereis agradablemente al saber quiénes somos.

IX.

Narvaez siguió á las encubiertas, las cuales, por el Pretil de los Consejos, bajaron á la calle de Segovia, y por la Plaza de la Paja llegaron á la calle del Almendro; se detuvieron delante de una puerta, y la que habia hablado á Narvaez sacó una llave, abrió y dejando al caballero en un zaguan:

X.

—Aguardad un instante,—le dijo,—que pronto vendré á buscaros.

—Aventura tenemos,—se dijo el capitan.

Poco despues bajó con luz la encubierta, conduciendo por una escalera al galan hasta una sala profusamente adornada.

—Aguardad aquí,—le dijo, volviendo á retirarse.

XI.

No tardó en sorprenderse Pánfilo de Narvaez.

Se abrió una puerta, y se presentó á sus ojos una dama, á quien reconoció en seguida.

—¿Vos aquí, Blanca?—exclamó el capitan, reconociendo á su protectora, á su amiga.

—Yo, sí,—dijo Blanca.—¡Cuánto trabajo me ha costado encontraros!

—¿Aun pensábais en mí?

—¿Podeis dudarlo?

—Mi comportamiento no merecia más que vuestro desden.

—Las mujeres que sufren saben perdonar. Pero no hablemos de esto ahora; hablemos de vos.

XII.

—¡En qué estado me hallais!—dijo con tristeza Narvaez.

—Sé todo lo que os ha sucedido, y por esta razon os he buscado.

—Sois generosa.

—No hago más que pagar lo que os debo, porque me habeis librado de la desgracia.

Narvaez fijó su mirada sorprendido en Blanca.

XIII.

—¿Yo?—dijo despues de un momento de pausa.

—Vos, sí; en la época en que nos conocimos estaba yo al borde de un precipicio.

Hubiera llegado á ser la esposa de Diego de Velazquez, y un hombre como él, despues de haberos conocido, me hubiera hecho la más desgraciada de las mujeres.

Apenas partísteis, rompí con él mis relaciones, y viéndome libre y rica, regresé á España con la espe ranza de que algun dia volveríais aquí y seríamos amigos.

Ha llegado ese dia ya.

XIV.

Pánfilo de Narvaez guardó silencio.

—Soy indigno de vuestro aprecio,—dijo despues.—Me presento á vos derrotado, con una marca eterna de mi ignominia, pobre, abandonado, despreciado de todo el mundo.

—Razon de más para que yo me considere dichosa en poder prestaros algun servicio.

Soy viuda, rica, libre: disponed de mi hacienda.

XV.

La pobreza hace cambiar de ideas á los hombres, como el viento de direccion á las veletas.

Pánfilo de Narvaez se separó de Blanca.

Al dia siguiente Aldonza; la camarista de Blanca, fué á ver á Pánfilo de Narvaez.

XVI.

—Vengo sin que lo sepa mi ama,—le dijo.

—¿Con qué objeto?

—Con el de preguntaros por Iñigo.

—Se portó mal conmigo, me abandonó, se pasó á las filas de mi adversario.

—Falso como todos los hombres,—dijo Aldonza.—¡Cómo ha de ser!

Y se dispuso á partir.

XVII.

—¡Ah!—exclamó de pronto.—Ya que he venido, quiero demostraros que os estimo, haciéndoos una revelacion.

—¿Cuál?

—Que lo creais ó no, mi ama está enamorada de vos.

—No es posible.

—No ha cesado de recordaros un solo instante, y estoy segura de que si le pedís su mano os la concederá.

Yo, que deseo no apartarme de ella, contraigo méritos cerca de vos, con la única condicion de que algun dia, si sois su esposo, me conserveis á su lado.

—No llegará ese dia.

—Si vos no lo quereis, no; de lo contrario, creo que sí.

Y sin aguardar más respuesta, partió la jóven, dejando abismado en un mar de dudas á Pánfilo de Narvaez.

XVIII.

Un año trascurrió, durante el cual las noticias que se recibieron de Hernan Cortés despertaron en Pánfilo de Narvaez la ambicion de igualarle.

Tentábale por un lado esta ambicion, y por otro los ofrecimientos de Blanca, que con su fortuna podia facilitarle los medios de realizar sus designios.

XIX.

Al fin y al cabo, pensando en sus dias de siempre, sofocando en su alma el sentimiento que le inspiraba el recuerdo de Catalina, se unió con Blanca, y desde entonces participó de su fortuna.

Los dos no tardaron en adquirir influencia cerca de los personajes á quienes más favorecia el monarca, y Pánfilo de Narvaez, olvidándose de su derrota, sólo buscó desde entonces el medio de borrar sus desgracias con el triunfo.

XX.

Ya volveremos á encontrarle, como á Catalina y á algunos otros personajes de esta historia.

Traslademonos ahora á la imperial ciudad de Méjico, para conocer las causas que habian obligado á Marina á reclamar la presencia de Hernan Cortés y de sus tropas.



Capítulo X.

Lo que inspira la desesperacion.

I.

Al ofrecer Motezuma á Hernan Cortés no abandonar el cuartel de los españoles y velar por la seguridad de los que allí quedaban representándole, si bien es verdad que temia las consecuencias de aquel combate en que iba á verse empeñado su huésped y amigo, por lo que le habian hecho creer, tambien era cierto que en el fondo de su alma se despertaba un deseo vehemente de sacudir el yugo que le oprimia.

II.

—Es cierto,—se decia,—que he dado mi palabra de no abandonar este asilo; que si lo abandono, y Her-

nan Cortés vuelve triunfante, tendrá derecho para exigirme responsabilidad por haber faltado á mi palabra; que si es vencido, y su adversario llega hasta aquí con mayor número de tropas, me tratará con ménos consideracion.

Pero si yo, entre tanto, pudiera recuperar el prestigio que tenia entre mis vasallos, reunir mis tropas y defender mi territorio, ¿no cumpliria con mi deber de soberano?

¿Por ventura los dioses no se habrán apiadado ya?

¿No he hecho cuantos sacrificios he podido para alejar su enojo?

III.

Tales eran los pensamientos que animaban al emperador de Méjico al saber que partia hácia Zempoala Hernan Cortés.

Acaso hubiera intentado realizar aquellos deseos, si Marina, atenta siempre á conservar los triunfos alcanzados por su amante, no hubiera aprovechado todos los momentos oportunos para hacer compañía á Motezuma, fingiéndose más interesada por su bien que por el de los españoles sus protectores.

IV.

Cuando Marina penetraba en el aposento de Motezuma y le pintaba las grandezas de la nacion de los

españoles; cuando le recordaba el carácter enérgico, el corazon generoso, las proezas que habia llevado á cabo Hernan Cortés, se sentia el monarca subyugado por la jóven india, y renunciaba á sus propósitos.

V.

Pero si él podia conformarse con su suerte, y olvidando su grandeza, se resignaba á ser en su propia nacion prisionero de unos extranjeros, no sucedia lo mismo á sus vasallos, que estaban indignados al ver cuánto se prolongaba la estancia de los españoles en su territorio.

En las conversaciones se notaba el espíritu que dominaba por entonces.

—¿No vinieron,—decian,—á traer una embajada al emperador de parte de su rey? Pues si eso es cierto, si han sido recibidos con tantos honores, ¿por qué no se alejan?

—Y si se marcha el jefe de los extranjeros con parte de sus tropas, ¿por qué deja aquí á algunos de sus soldados?

VI.

No podian explicarse este problema.

Es verdad que Ilbialbi habia hecho circular la voz de que un numeroso ejército de los españoles iba á llegar á Méjico para castigar al emperador y á

los mejicanos por haberse negado al principio á recibir á los extranjeros.

Pero si Hernan Cortés salia á disipar la creencia que habia obligado al rey de los españoles á enviar aquellas fuerzas contra los mejicanos, si estaba satisfecho de la acogida que le habian dispensado, ¿por qué quedaba en su poder Motezuma?

VII.

Es muy doloroso para un pueblo que tiene amor á su independencia, que un puñado de extranjeros pueda dominar á su rey; y la certeza, y la seguridad de un hecho de esta especie, alarma á los más pacíficos.

Los mejicanos, pues, no estaban conformes con que los españoles residiesen todavía en la ciudad, y ménos con que Motezuma se obstinase en permanecer á su lado.

VIII.

Fomentaban el disgusto general los teopixques ó sacerdotes, que estaban indignados al ver que el mismo emperador les habia prohibido los sacrificios humanos en las festividades religiosas.

Aquello era un atentado á su religion.

Por otra parte, no podian consentir que en la misma ciudad donde se rendia culto á sus ídolos se hu-

biese destinado un templo para la adoracion de los ídolos de los españoles.

Viendo los sacerdotes que la debilidad que se habia apoderado del monarca le incapacitaba para seguir rigiendo los destinos del país, fijaron desde luego sus ojos en el que debia ser su inmediato heredero, y procuraron á toda costa, primero deshacerse de los españoles, despues llevar á cabo sus intrigas para acabar de una vez con aquel soberano, que tan indignamente abandonaba su pueblo.

IX.

Aherrojado Cacumatcin y odiado por todos á causa de su carácter indómito, siendo en extremo jóvenes los hijos de Motezuma, natural era que heredara el trono el príncipe de Iztacpalapa, primer elector del imperio, y unido por los vínculos de la familia con el emperador.

Convenia á los sacerdotes aquel monarca, porque habia dado pruebas de una gran debilidad de carácter, porque estaban seguros de que los que influyeran en su ánimo serian los verdaderos soberanos del país.

X.

Guacolando, el ministro favorito de Motezuma, que hasta entonces le habia sido fiel, viendo eclipsar-

se por momentos la estrella de su protector, entró en negociaciones con el principe de Iztacpalapa.

En tanto que los teopixques fomentaban en los mejicanos el ódio hácia los españoles, Guacolando y el príncipe de Iztacpalapa buscaban los médios de resolver el problema objeto de todos sus deseos.

XI.

—¡Qué tristes dias han sucedido á aquellos venturosos, en los que el imperio de Méjico era la admiracion y la envidia de todos cuantos tenian noticia de él!—exclamaba Guacolando en presencía de Quetlahuaca.

—Motezuma,—respondia este,—no debió nunca consentir que los extranjeros pusieran aquí su planta.

—Bien sabeis que hizo los mayores esfuerzos para impedirlo; pero consultó á los oráculos, y los oráculos declararon que necesitaba expiar sus culpas.

—¿Y es justo que sufra un pueblo las consecuencias de las faltas de su monarca?

—No es justo.

—Y sin embargo, Méjico las sufre. Los españoles han entrado en la ciudad, y diga lo que quiera Motezuma, se han apoderado de él, porque no se concibe que por su propia voluntad viva un rey alejado de su pueblo.

XII.

—Ya veis ahora lo que pasa,—repuso Guacolando.

Hernan Cortés ha partido.

Un insignificante número de españoles defienden la morada que con tanta largueza les cedió para habitar en ella nuestro emperador.

Y sin embargo, cuando Hernan Cortés estaba aquí, Motezuma salia á los templos, recibia á sus amigos, á sus consejeros.

Y ahora, ahora vive encerrado, no sale nunca del cuartel de los españoles, y hasta la misma emperatriz se queja del desvío con que la trata, no permitiéndola sino de tarde en tarde que vaya á verle y que lleve á sus hijos.

—Los españoles le han hechizado.

XIII.

—¿Y es posible que pueda consentir un pueblo que dirija sus destinos un hombre que se halla bajo la influencia de sus adversarios?—exclamó el príncipe de Iztacpalapa.

—Los mejicanos están indignados de su conducta.

Dentro de poco será difícil contenerlos.

Creedme, príncipe de Iztacpalapa, el trono os pertenece de derecho.

Es necesario aprovechar la ocasion en que el jefe de los extranjeros esté fuera, para exigir de Motezuma que abdique en vos todos sus derechos.

—No soy ambicioso; puedo esperar con calma á que llegue un dia en que el pueblo ciña á mis sienes la corona, y aunque conozco que necesita pronto un nuevo soberano, no seré yo quien conspire contra Motezuma.

—Sois bueno, sois leal.

—Cumplo con los deberes que me impone mi corazon y los lazos que me ligan con el monarca,—repuso el príncipe.

—Pues así no es posible vivir: hay que buscar un medio.

El pueblo pedirá mañana que el emperador abandone su prision y se traslade á su palacio á gobernar como gobernaba hasta que llegaron los españoles.

—¿Creeis que lo pedirá?

—Estoy seguro de ello.

XIV.

—Pues bien,—dijo el príncipe;—en ese caso, lo que procede es que vayais á ver á Motezuma, que le pinteis la situacion de sus vasallos, la ansiedad que experimenta su alma por ver otra vez libre y grande á su rey.

Si esto e mueve á romper las cadenas que le su—

jetan, si se libra, siquiera sea por un momento, de la fascinacion de esos hombres, todo se habrá salvado.

XV.

Guacolando comprendió que en efecto debia dar aquel paso antes de tomar una resolucion extrema, y al dia siguiente fué á ver á Motezuma.

Capítulo XI.

Cuando la mujer quiere.....

I.

La noche anterior al dia de la entrevista de Guacolando con Motezuma, habia Marina fascinado con su conversacion al monarca.

—Aun á riesgo de ser indiscreta,—le dijo,—voy á revelaros un secreto.

—¿Cuál?—preguntó con curiosidad el monarca.

—Antes de partir Hernan Cortés, reconociendo que su rey es heredero legítimo del imperio de Méjico, por ser descendiente del gran Quetzalcoal, declarásteis solemnemente que pasaria á sus sienes vuestra corona.

Pues bien; al hablar Hernan Cortés con sus capitanes de este suceso, les dijo que era casi seguro que al saber el rey de los españoles vuestra determina-

cion mandase una gran embajada para buscaros, con el objeto de que fuérais á su reino y se os tributaran en él grandes honores.

II.

Despues de pronunciar estas palabras, le hizo pinturas magníficas del país de los españoles, embelesando con ellas al monarca.

Aquella noche no pudo ni aun en sueños apartar de su imaginacion la idea del triunfo y la ovacion que le preparaba el rey de los españoles.

Todavía se hallaba bajo esta impresion, cuando se presentó Guacolando á su vista.

III.

Para preparar el ánimo del monarca á la resolucion que deseaba obtener, se presentó á sus ojos azorado.

—¿Qué tienes, mi fiel Guacolando?—le preguntó Motezuma.

—¡Ah, señor! ¡Cuántas desgracias nos amenazan!

—¿Pues qué sucede?

—Tiemblo sólo al pensar que no tengo más remedio que revelároslas.

—Habla; me pones en cuidado.

—Los mejicanos, señor, están profundamente afli-

gidos, y su pena avanza rápidamente á la desesperacion.

—¿Por qué causa?

—Porque no pueden conformarse con la idea de que vivais lejos de vuestro palacio, de que no asistais como antes á las audiencias, de que no os presenteis en público, de que no salgais á los templos, de que no comais en su presencia como otras veces, dándoles muestras del aprecio que os inspiraban.

Este alejamiento en que vivís de ellos, les hace creer que estais prisionero, y que si vivís de esa manera es por que os lo exigen así los españoles, y la indignacion contra ellos se aumenta de dia en dia, hasta el punto de inspirar cuidados, porque será difícil contenerlos.

IV.

—No, Guacolando, no estoy preso,—repuso el monarca;—estoy aquí por mi voluntad, y si en la ausencia de Hernan Cortés vivo más retirado que antes, es por que de este modo quiero mostrar que no es la fuerza la que me domina, sino el deseo de no dejar un átomo de duda siquiera acerca de mi lealtad á los españoles.

—¿Y qué motivo, señor, os impulsa á obrar de esa manera?

—¿Por ventura ignoras que son los descendientes del gran Quetzalcoal, que mi corona y mi cetro no me pertenecen, porque eran de aquel insigne va—

ron que nos abandonó, y cuya descendencia debe ocupar el trono?

Guacolando, tú eres mi fiel amigo; á tí puedo confiarte mis más secretos propósitos.

Cumpliendo mi deber, he decretado que á mi muerte herede el trono el rey de los españoles.

V.

—¿Qué habeis hecho, señor?—exclamó vivamente Guacolando.

—Ya te lo he dicho: cumplir con mi deber.

—Si el pueblo sabe eso, su desesperacion será mayor.

—Poco me importa que lo sepa.

—Al ménos, complacedle para apaciguarle: abandonad este recinto, salid como antes, trasladaos á palacio.

—Mientras Hernan Cortés esté ausente, no.

—Ved, señor, que será muy difícil calmar los ánimos que están exacerbados.

—Mi palabra, si es necesario, los calmará.

—Temo que no.

—De cualquier modo, mi resolucion es irrevocable.

VI.

Viendo Guacolando lo inútil de sus esfuerzos, y

sabiendo además la resolucion que habia tomado Motezuma, se resolvió á buscar en la violencia el medio de devolver á Méjico la paz y el esplendor de otros dias.

Inmediatamente fué á ver al príncipe de Iztacpalapa, y le refirió el resultado de su entrevista con el emperador.

El príncipe:

—Hemos hecho cuanto podíamos hacer,—dijo;—cúmplase ahora la voluntad del pueblo.

VII.

Guacolando se dirigió al templo mayor, y conversó con los teopixques más influyentes.

Todos convinieron en que era necesario aprovechar los momentos para defender á Méjico del conflicto que le amenazaba.

VIII.

A la noche siguiente hubo en el templo una gran reunion, á la que asistieron, no sólo los sacerdotes, sino los príncipes más notables del imperio.

El príncipe de Iztacpalapa se abstuvo de asistir.

Guatimozin se encontraba en Tacuba, y conociendo todos su carácter, no le llamaron.

Guacolando expuso en aquella reunion misteriosa todo lo que pasaba.

Un gritó unánime partió de aquella asamblea.

Todos convinieron en que era necesario sorprender á los españoles, destruirlos, librar á Motezuma de su opresion, exigirle que volviera á su palacio, y si resistia á ello, destronarle y poner la corona en las sienes de Quetlahuaca.

IX.

—Una ocasion favorable se nos presenta para realizar nuestro plan,—dijo Guacolando.—Dentro de breves dias tenemos que celebrar una de las grandes festividades del imperio.

No habreis olvidado que de cincuenta en cincuenta años se entrega el pueblo á grandes festejos, celebrando en honor de sus dioses las fiestas *mitotes*.

Como siempre, asistirán todos los mejicanos á la gran plaza de Tlatelulco.

Los españoles acudirán por curiosidad á presenciar nuestros festejos.

Nada más fácil entonces que levantar nosotros nuestra voz, y capitaneando á los mejicanos, sorprender á los extranjeros, luchar con ellos y no dejar uno vivo.

X.

Todos aprobaron el proyecto.

—Pero es preciso que no sospechen nada,—dijo uno de los conjurados.

—El mejor medio de conseguirlo, es simular hácia ellos gran respeto, pidiéndoles permiso para celebrar esa fiesta.

—Tambien debemos exigir á Motezuma que asista á ella.

—Eso desde luego.

—Al verse entre sus vasallos sacudirá el yugo, recordará su antigua gloria, y se unirá á nosotros para libertar á su pueblo.

XI.

Todos convinieron en realizar aquel plan, y llevarle á cabo con el mayor sigilo.

Algunos dias despues Guacolando volvió á ver al emperador.

—No ignorais, señor,—le dijo,—que se acerca el dia en que debemos celebrar los *mitotes*.

Tal vez concediendo al pueblo ese dia de alegría lograreis calmarle.

Pero como que nada queremos hacer que os disguste, y como sabemos que guardais tantas atenciones á los españoles, hemos resuelto que le manifesteis nuestro deseo de pedirles licencia para llevar á cabo esa funcion.

XII.

Alegró en extremo á Motezuma la humildad con

que hablaba Guacolando, y aquel mismo dia llamó á Pedro de Alvarado para comunicarle el deseo de su ministro.

Alvarado, como era natural, se dió tono y declaró al monarca que al dia siguiente recibiria á los encargados de pedirle licencia.

Acudieron estos, y aquella ceremonia sirvió á los teopixques para avivar más y más en el corazon de los mejicanos el ódio que sentian hácia los españoles.

XIII.

—¡Á qué extremo hemos llegado!—les decian.—Para celebrar una de nuestras grandes fiestas, tenemos que pedir licencia á los extranjeros, y el mismo Motezuma, nuestro emperador, es el primero que consiente en que arrostremos esta humillacion.

Semejantes palabras avivaron más y más el rencor de los mejicanos, y todos aceptaron con júbilo la idea de convertir la fiesta en hecatombe de los extranjeros.

XIV.

Alvarado recibió á los ministros, tratándoles con altanería, y respondió á su súplica diciéndoles:

—Os concedo permiso para que celebreis esa fiesta, seguro de que no alterareis el órden; y tengo esta seguridad, porque si lo alteráseis, bastarian las

fuerzas que tengo para sofocar cualquiera insubordinacion.

XV.

Desde aquel dia comenzaron á hacerse los preparativos para la gran solemnidad.

Marina estaba pensativa.

No comprendia aquella humildad, aquella mansedumbre de parte de los mejicanos, y se propuso observarlos.

XVI.

Una de las órdenes que habian recibido los mejicanos, era ir depositando poco á poco sus armas en las casas del barrio más próximo al cuartel de los españoles para apoderarse de ellas en un momento dado.

Marina llegó á saberlo, y lo comunicó á Alvarado.

Capitulo XII.

Una emboscada.

I.

A pesar de los esfuerzos que hacian los teopixques para resolver á los mejicanos á combatir contra los españoles, estos, que deseaban el combate, se resistian sin embargo, porque para ellos no habia perdido aún todo su prestigio Motezuma, y no faltaba entre ellos quien manifestase que atacar á unos hombres á quienes protegia el emperador, era lo mismo que rebelarse contra él.

Dadas las condiciones del pueblo mejicano, esta rebelion era difícil.

II.

—Consentimos en ayudaros,—dijeron á los que

capitaneaban por gremios á los mejicanos,—si Motezuma asiste á la fiesta y nos autoriza á combatir para defenderle.

En vista de aquellos escrúpulos, convinieron los conspiradores en ver de nuevo á Motezuma y suplicarle que asistiera á la fiesta.

Habia poderosos motivos para que el pueblo se disgustase si dejaba de asistir.

Guacolando se encargó de conferenciar con el emperador y los expuso.

III.

—Ya sabeis, señor,—dijo,—que la fiesta que debe celebrarse sólo tiene lugar de cincuenta en cincuenta años, y que hasta ahora nunca ha faltado á ella el soberano de Méjico en cuyo reinado ha tenido lugar.

Si vos faltais, el pueblo lo interpretará como un desprecio, y yo, que estoy seguro de que será sumiso á vuestras órdenes, que hará los mayores sacrificios por vos si tomais parte en su regocijo, no respondo de su desesperacion si os obstinais en no aceptar.

IV.

Aquellas razones hicieron mella á Motezuma.

No podia, en efecto, negarse á una invitacion, porque su negativa podia significar á su pueblo, ó que

le despreciaba, ó que, como presumia, estaba en poder de los españoles, y no le era posible disponer á su antojo de su persona.

A fuerza de instancias, de súplicas y hasta de amenazas, logró Guacolando arrancar á Motezuma la palabra de que asistiria á la fuerza, y la noticia no tardó en circular, aumentando el regocijo de los mejicanos.

V.

Pero aquel regocijo no significaba su alegría por que el emperador se viese entre ellos y asistiese á aquella solemnidad.

Significaba la esperanza de sacudir el yugo de los extranjeros, de libertar á la patria de su ominosa presencia, y de realizar con un supremo esfuerzo la felicidad de épocas no lejanas.

VI.

Cuando los nobles de la córte pudieron anunciar que Motezuma honraria con su presencia la festividad en la plaza de Tlatelulco, continuaron con más actividad los preparativos para la lucha.

Mariana llegó á tener el convencimiento de que los mejicanos conspiraban contra los españoles.

Alvarado, que al quedarse sólo representando á Hernan Cortés, habia cobrado ciertos humos, y tra-

taba con altanería al mismo Motezuma, no pudo resistir á la influencia de la jóven india.

Como el lector recordará, esta habia llegado á dominarle, y puede decirse que á la sazon sólo ella en Méjico era la que podia contener los ímpetus del valeroso capitan español.

VII.

—Preparaos, Alvarado,—le dijo;—nos tienden una emboscada.

—No es posible.

—Yo os lo aseguro.

—¿Qué motivos teneis para creerlo?

—Lo que han visto mis propios ojos.

—¿Y qué han visto?

—Han visto llegar recatadamente multitud de indios al barrio próximo al cuartel que ocupamos, y depositar en las casas armas, que en un momento dado les servirán para atacarnos.

—No es posible que se atrevan á semejante cosa.

—Su desesperacion es grande, y como ven que nuestras fuerzas son escasas, tienen derecho para creer que alcanzarán el triunfo.

VIII.

—¿Motezuma sabe algo acerca de esos proyectos?—preguntó Alvarado á la jóven india.

—No lo sé,—contestó esta.

—Voy á pedirle cuenta en este instante de la conducta de sus vasallos.

—Haceis muy mal.

—¿Por qué?

—Por que hasta ahora hay motivos para suponer que está de buena fé con nosotros.

Tal vez esa actitud es hija de la creencia que tiene de que ha perdido el prestigio que tenia sobre su pueblo.

Si sabe que se dispone á combatir, sospechará sin duda alguna que le incita al combate algun príncipe que desea arrebatarle el cetro de las manos, y por no perderle, sacrificará en aras de su conveniencia la fidelidad que ha jurado á Hernan Cortés, corriendo á ponerse al frente de los sublevados, en cuyo caso no sé lo que podrá sucedernos.

—Estando en mi poder, no es posible.

—Si él se obstinase en partir, tendríais que emplear la fuerza para evitarlo, y en ese caso se indignaria el pueblo y justificaria cualquier atentado que cometiéseis.

—¿Qué pueden hacer esos miserables, que se desmayan al solo estampido de nuestros cañones?

—Esos hombres, que en una fiesta se muestran tan cobardes, por defender á su rey, por devolver á la patria la independencia, serán capaces de los mayores sacrificios.

—¡Y qué me importa? Yo haré entender á Motezuma...

—No hareis eso,—dijo Marina;—oidme, y seguid mi consejo.

IX.

Alvarado obedeció á pesar suyo.

—Motezuma ha ofrecido á sus ministros que asistirá á la fiesta, porque el pueblo reclama la presencia de su rey.

—Despues de haberse negado, ha consentido...

—No ha podido ménos; ha cedido á las súplicas de sus consejeros.

—Pues es preciso evitar que salga de nuestro cuartel.

—¿Qué duda tiene?

—Y ahora mismo voy...

—No; dejad al pueblo, que espera verle en la solemnidad que con tanto afan prepara.

X.

—A juzgar por los síntomas que he notado,—dijo Alvarado,—los mejicanos tienen miedo; porque si no lo tuvieran, al ver tan pocos españoles, se atreverian á atacar de frente.

—Cuando buscan rodeos, cuando se valen de celadas, conviene más seguir su ejemplo, observarlos atentamente, estar sobre aviso, y anticipar una sorpresa á la suya.

Dejad á mi cuidado el advertiros lo que debeis hacer, y culpadme luego si me equivoco en mis planes.

XI.

Alvarado cedió á las instancias de Marina; pero no dejó de estar sobre aviso, impidiendo á sus soldados que permaneciesen fuera del cuartel, sobre todo desde el anochecer.

Capítulo XIII.

La fiesta de los mitotes.

I.

Llegó el dia en que debia celebrarse la fiesta de los mitotes.

La gran plaza de Tlatlelulco presentaba un aspecto deslumbrador.

Las tiendas estaban cerradas, y ocultas bajo telas de algodon de vistosos colores.

Las mejicanas habian tejido guirnaldas de flores y hojas, y en torno de la plaza las habian colgado caprichosamente, dándole un aspecto fantástico.

II.

Como los conjurados sabian cuál iba á ser el de-

senlace de aquella funcion, hicieron que la emperatriz y sus dos hijos se trasladasen á Tacuba, para que no sufriesen las consecuencias del combate que iba á tener lugar.

Desde muy temprano se reunieron en el centro de la plaza los juglares y los músicos de Motezuma.

Tambien acudieron los mejicanos más adiestrados en los juegos que debian celebrarse.

En torno suyo formaron animados grupos los habitantes de Méjico, y no pocos de las cercanías.

III.

Es imponderable el lujo qne para aquella solemnidad habian desplegado.

Desde el último vasallo hasta el más noble señor, todos llevaban joyas de oro de más ó ménos valor, y en mayor ó menor cantidad.

Los rayos del hermoso sol que alumbraba aquella animada escena, hacian que la plaza apareciese como un inmenso mosáico cubierto de piedras preciosas.

Aquel lujo se habia desplegado de exprofeso para llamar la atencion de los españoles, y excitar su codicia.

En un momento dado debian las mujeres retirarse y los hombres acudir á buscar las armas para dar principio á la pelea.

IV.

Eran los mejicanos diestros gimnastas.

Maravillaba la soltura y la gracia con que ejecutaban todos esos juegos que hoy nos sorprenden tanto en los circos.

Los atletas sostenian á veces hasta diez ó doce hombres, unos encima de otros.

La mayor parte de ellos paseaban, bailaban y saltaban con un hombre en cada hombro, y á veces hasta en cada mano.

Daban saltos mortales con precision y soltura.

V.

Mientras verificaban estos difíciles ejercicios, reinaba en la plaza un gran silencio.

Todas las miradas estaban fijas en los actores, y al terminar comenzaban las músicas.

Entonces en cada grupo se entonaba un arcito, recordando las proezas de los antiguos emperadores, y las innumerables batallas en que habian conseguido el triunfo los mejicanos.

Al final del arcito se reunian las mujeres y bailaban acompasadamente, haciendo mil contorsiones y figuras caprichosas para dar descanso á los juglares.



HERNAN CORTES.—Danzas llamadas Mitoles.

VI.

Los sacerdotes asistian tambien á la fiesta, recordando al pueblo la mision que debian desempeñar aquel dia, para que la distraccion y el júbilo no entibiasen su ódio á los españoles.

VII.

Serian las doce de la mañana, cuando empezó á levantarse un sordo murmullo entre la muchedumbre.

—Motezuma no viene,—se decian unos á otros.

Cada cual comentaba á su manera la ausencia del emperador, y no faltó quien instigara al pueblo para que fuera al cuartel de los españoles á buscarle.

VIII.

El motivo de su ausencia era el siguiente.

El dia anterior habia pedido á su palacio sus mejores joyas y sus más ricas galas para asistir á la fiesta.

Alucinado por las indicaciones que le habia hecho Guacolando acerca del espíritu de su pueblo, del amor que le profesaba y de los deseos que tenia de verle, habia llegado hasta á olvidarse de su cautive-

rio, y creyéndose libre, ni siquiera pensó en anunciar su resolucion á Pedro de Alvarado.

Este, convencido ya del intento de los mejicanos, vigiló de cerca á Motezuma, y llegó á pensar que era cómplice de los propósitos de sus nobles, al ver que se disponia á asistir á la fiesta sin contar con su vénia.

Habia ya hablado á los oficiales y á los soldados que tenia á sus órdenes, y todos esperaban en guardia el momento de la lucha.

IX.

—Motezuma se dispone á partir,—dijo Marina á Pedro de Alvarado,—y es necesario evitar á toda costa que pase el dia entre sus vasallos.

Llamó Alvarado á un oficial y diez soldados, y sin prévia licencia, entró en el aposento de Motezuma, precisamente cuando el emperador acababa de engalanarse.

La presencia de Pedro de Alvarado con aquella fuerza le sorprendió.

X.

—Tengo que hablaros,—dijo el capitan español al monarca.

—Hablad cuanto gusteis.

—Nos conviene á los dos que sea á solas.

Motezuma despidió á su servidumbre.

Alvarado mandó á sus soldados que saliesen de la estancia; pero sin alejarse mucho.

XI.

—Ya presumo lo que vais á decirme,—exclamó Motezuma.

—¿Lo presumís?

—Por un olvido involuntario, he dejado de participaros mi propósito de asistir á la fiesta que hoy celebra mi pueblo: os habeis alarmado, y deseais explicaciones. Os las daré.

—No son explicaciones lo que vengo á buscar,—dijo Alvarado.—Vengo á manifestaros que consideramos vuestra presencia hoy en la plaza de Tlatlelulco como un rompimiento del pacto que habeis firmado con nuestro jefe Hernan Cortés.

—¿Qué decís?—exclamó el monarca lleno de asombro.

—Os digo, aunque con harto sentimiento, que si no accedeis á mis súplicas, tendré que emplear la fuerza para empediros que salgais de aquí.

XII.

Motezuma se indignó.

Retrocedió dos pasos, miró á Alvarado, y al hallar en frente de sus ojos los del capitan español, que

revelaban en aquel momento lo resuelto que estaba á sostener su palabra, dominándose Motezuma:

—Explicadme por qué motivo deseais impedir que yo acceda á los ruegos de mi pueblo.

—¿Quereis saber las causas que me obligan á evitarlo? Pues bien; os las diré.

He descubierto la infame intriga que se ha tramado contra nosotros.

—¿Qué sabeis? ¿Qué intriga es esa?

—¿Os haceis de nuevas?

—Explicaos, porque no os comprendo.

—Me explicaré para que os convenzais de que no es tan fácil como parece sorprender á los españoles.

El pueblo mejicano, que ha empezado á reunirse en la gran plaza de Tlastelulco para celebrar una gran fiesta, instigado por vuestros consejeros, por vuestros amigos, por los nobles del imperio, prepara un atentado contra nosotros.

—No es cierto; yo aseguro...

—Todas las casas próximas al palacio que ocupamos están llenas de armas, y vos vais á salir para poneros al frente de vuestros vasallos, aprovechando la circunstancia de vernos aquí en tan escaso número para destruirnos.

Pero no podreis; he tomado mis medidas, y vuestras esperanzas quedarán defraudadas.

Al mismo tiempo Hernan Cortés me enviará un ejército numeroso para que me ayude en mi empresa, y nuestra venganza será horrible.

XIII.

Motezuma miró fijamente á Alvarado.

—Todo cuanto decís es una impostura,—le dijo.

—Estoy seguro de ello.

—Yo estoy seguro de mí mismo,—repuso el monarca,—y juro por mi honor que si existen semejantes propósitos, no soy cómplice de ellos, y se han tramado contra mi voluntad.

—Un medio teneis de demostrármelo.

—¿Cuál?

—Acceder á mis ruegos; quedaros aquí,—dijo Alvarado.

—Me quedaré,—exclamó Motezuma.—No quiero que digais que he faltado á mi palabra; me quedaré, y si mi pueblo, indignado al ver que soy el único monarca que falta á esa festividad, quiere culparos, yo asumiré toda la responsabilidad, yo me presentaré á sus ojos como el único culpable.

Y así diciendo, comenzó á desprenderse de las galas con que se habia adornado, llamó á uno de sus servidores, y le encargó que avisase á Guacolando.

XIV.

El pueblo, que empezaba á cansarse de esperar á su rey, supo que Motezuma habia llamado á su pri—

mer ministro, y aguardó con ánsia el resultado de aquella entrevista.

Para evitar que se descubrieran sus planes, dispusieron los teopixques que continuasen los juegos y los bailes, atenuando de este modo la impaciencia de los mejicanos.

Capítulo XIV.

Donde se vé cómo se rompieron las hostilidades entre españoles y mejicanos.

I.

Guacolando acudió al llamamiento de Motezuma.

—He resuelto,—le dijo el monarca,—no asistir á la fiesta.

—¡Cómo, señor! ¿Habeis tomado esa determinacion? Vais á dar un dia de luto á vuestro pueblo.

—Si son ciertas mis noticias, él es el que quiere perderme.

—¿Qué decís?

—Vais á ser leal conmigo. ¿Qué proyectos abrigais contra los españoles?

Guacolando retrocedió algunos pasos al verse descubierto.

—¿Con que no me han engañado?—añadió Motezuma.—¿Con que habeis conspirado contra mis ami-

gos, contra mis huéspedes, á quien he jurado fidelidad y proteccion?

—Señor,—exclamó Guacolando,—el pueblo está indignado al veros en su poder, y quiere á toda costa arrancaros de sus manos.

—Recurriendo á la fuerza, ¿no es verdad? ¡Ah! Es necesario que ahora mismo partais en busca de los que han concebido ese descabellado plan.

Si no renunciais á él, si la fiesta no continúa, yo saldré á ponerme al frente de mi pueblo; pero no para atacar á los españoles, sino para perseguiros á vosotros, mis desleales consejeros, y daros el castigo que mereceis.

—Obedeceré vuestras órdenes. Pero los españoles saben...

—Lo ignoran todo,—dijo Motezuma.—Yo solo sé vuestro plan, porque nada de lo que pasa en Méjico se oculta á mi penetracion.

Es necesario que ellos ignoren siempre ese infame proyecto, porque tendrian derecho para despreciarme, al ver que mientras ha habido muchos he sido fiel, y cuando han sido pocos he consentido en ser traidor.

II.

Guacolando, resuelto como estaba á jugar el todo por el todo, al separarse de Motezuma corrió á buscar á sus amigos.

El pueblo al verle le acosó á fuerza de preguntas.

Guacolando se dirigió al templo de Huitzilopochili, en donde estaban esperando los jefes de la conjuracion.

III.

—Motezuma ha sabido todos nuestros planes, —les dijo.

—¿Y los aprueba?

—No; los rechaza, los condena.

—Tanto peor para él.

—Ha resuelto no asistir á la fiesta,—añadió Guacolando.

—Esa resolucion irritará al pueblo, y lo tendremos más de nuestra parte.

—Sí; pero es que ha amenazado con ponerse á la cabeza de los mejicanos si intentan asaltar el cuartel donde habita, no para atacar á los españoles, sino para perseguirnos á nosotros, porque ya sabe quiénes somos los que hemos combinado la sorpresa que preparamos á los extranjeros.

—Cuanto intente hacer, eso será tarde,—dijo uno de los conspiradores.

—Mejor seria desistir.

—¡Desistir!—exclamaron la mayor parte de los circunstantes.

—De ningun modo; es necesario decir al pueblo que Motezuma no asiste á la funcion, porque los españoles se lo han prohibido; y ya que está todo preparado, consúmese nuestro proyecto.

IV.

—Sea en buen hora, puesto que así lo quereis,—dijo Guacolando, doblegándose á la voluntad de la mayoría de aquella asamblea;—pero tened presente que los españoles ignoran nuestro pensamiento.

—Razon de más para dar el golpe.

—¿Y qué debemos hacer?

—Permanecer aquí nosotros para dar órdenes. Llamar á aquellos de nuestros amigos que tienen influencia sobre el pueblo, decirles que estén prevenidos para concitarle al combate, referirles lo que pasa, y hacerles que reanimen el valor de sus hermanos, presentando á sus ojos en extremo aflictiva la situacion de Motezuma.

V.

Así lo hicieron, y mientras conversaban en el templo los encargados de llevar á cabo el plan de la conjuracion, se oyó de pronto un sordo rumor entre la muchedumbre.

Aquel rumor lo produjo la llegada de los españoles, que guiados por su capitan Pedro de Alvarado, se dirigieron á la plaza de Tlatlelulco prevenidos, pero aparentemente movidos por la curiosidad del espectáculo.

Apenas llegaron á la plaza, los espías de los con-

jurados entraron en el templo para anunciar su llegada.

VI.

—¿Qué actitud presentan?—preguntó Guacolando.

—Van armados como de costumbre; pero parece que no les mueve la curiosidad.

—En ese caso, lo que conviene es que continúen los juegos para distraerlos, y mientras tanto que vayan poco á poco los mejicanos á coger sus armas, para que en el momento en que nos vean á todos presentarnos en el pórtico del templo ataquen á los españoles, y mientras unos luchan con otros, se acerquen los demás á su cuartel, penetren en él, saquen á Motezuma de allí, y consigan el triunfo.

VII.

Estas órdenes se obedecieron.

Los agentes de aquellos conspiradores previnieron á sus amigos.

Los juglares continuaron sus vistosos ejercicios.

Los españoles, que aguardaban de un momento á otro la embestida, se retiraron á un punto desde el cual podian luchando retroceder en caso necesario hasta su cuartel.

Alvarado habia dejado algunos soldados preveni-

dos para defender la entrada, y en las calles del tránsito tenia tambien escalonados algunos hombres para que le guardasen las espaldas.

VIII.

Serian las cinco de la tarde, cuando las mujeres empezaron á alejarse.

Uno de los españoles, que expiaba las casas del barrio próximo al cuartel, anunció á Pedro de Alvarado que muchos mejicanos entraban en las casas, sin duda para proveerse de armas.

Hemos dicho antes que habian asistido á aquella funcion todos los mejicanos adornados con las más ricas joyas.

IX.

Alvarado conoció que por una parte la sorpresa, y por otra la esperanza de lucro en sus soldados, eran los únicos medios de obtener el triunfo.

Acercándose á ellos, les dijo:

—Se aproxima el momento de castigar á estos infames, que desean destruirnos; rico botin os ofrece la victoria.

Ya veis cuántas joyas, cuánto oro llevan encima esos hombres y esas mujeres.

Si les cogemos la accion, huirán aterrorizados.

¿Estais dispuestos á luchar y á vencer?

Todos contestaron afirmativamente.

—Pues bien; diseminémonos ahora, mientras acaban los juglares los ejercicios que están haciendo.

Apenas terminen dispararemos los arcabuces sobre la muchedumbre.

Todos avanzaremos hácia el centro, retrocediendo despues hácia nuestro cuartel, para si vinieran mal las cosas, poder retirarnos á él y hacernos allí fuertes.

X.

Las órdenes de Pedro de Alvarado fueron obedecidas.

Diez minutos despues terminaron los juglares los ejercicios, y comenzaron las músicas á llenar el espacio con sus desacordados sonidos.

La música cesó instantáneamente, porque á un tiempo dispararon cincuenta hombres sus arcabuces sobre la muchedumbre, y sorprendidos los mejicanos, comenzaron á correr espantados, confundiéndose con sus voces los ayes dolorosos de los que habian quedado heridos en el suelo.

Las detonaciones, las carreras, las voces, sorprendieron á los conspiradores que se hallaban en el gran templo.

Todos se presentaron en el pórtico, y al ver lo que pasaba, corrieron á calmar á los que huian, gritándoles todos:

—A buscar armas y á luchar con ellos.

XI.

Los que volvian armados hicieron frente á los españoles.

Muchos de los que habian huido corrieron á buscar armas.

Los soldados de Pedro de Alvarado mataron más de doscientos indios, se apoderaron de sus joyas, y parecian resueltos á luchar contra aquella numerosa masa de hombres, que no tardó en presentarse á su vista.

Alvarado conoció cuán difícil iba á ser destruir aquella numerosa falanje de mejicanos, y ordenó la retirada, logrando, gracias á su pericia y al alcance de sus armas, entrar en el cuartel con toda su gente, cerrar las puertas, hacerse fuerte desde allí, y contener el ímpetu de los desesperados mejicanos, que á toda costa querian asaltar el edificio, gritando:

—Dadnos á Motezuma, dadnos á nuestro rey.

XII.

Motezuma corrió á buscar á Pedro de Alvarado apenas supo lo que pasaba.

—Dejadme presentarme á mi pueblo; mi presencia le calmará,—exclamó.

Pedro de Alvarado desoyó sus súplicas, y teme-

roso de que su presencia excitase más el ódio de los mejicanos, le obligó á que volviera á su habitacion y le encerró ella, poniéndole centinelas de vista.

Los jefes del irritado pueblo comprendieron que los españoles, libres de sus flechas, y disparando sus arcabuces, matarian mucha gente, y dieron órden para que cesase el ataque.

Las hostilidades estaban rotas.

El pueblo necesitaba venganza.

Motezuma habia abandonado á los mejicanos.

Una vez las cosas en este estado, el príncipe de Iztacpalapa, que aunque no de una manera ostensible, dirigia la conspiracion, dispuso que se formase el vacío en torno del cuartel de los españoles, y que mientras tanto permanecian encerrados, agotando sus víveres, se dispusiesen todos para sitiar aquel fuerte y realizar el plan que entonces habia fracasado.

XIII.

Desde el momento en que Alvarado supo los planes de los mejicanos, avisó á Hernan Cortés, pidiéndole refuerzos.

Nuestros lectores recordarán en qué situacion confió Ilbialbi á Hernan Cortés lo que pasaba.

El jefe del ejército español, sin dormirse sobre los laureles que acababa de obtener, se dispuso á correr en auxilio de Pedro de Alvarado.

Capítulo XV.

Donde se vé á Motezuma abatido por completo.

I.

No creyó oportuno Hernan Cortés llevar á Méjico aquel numeroso ejército que la victoria le habia proporcionado.

Encargó de nuevo á Gonzalo de Sandoval que custodiase la colonia de Veracruz, y despues de dejarle bastantes hombres para que cuidasen de las naves y para que velaran por la seguridad de la colonia, pasó revista á los soldados que le quedaban.

Formaron delante de él, en la gran esplanada de Zempoala, mil infantes y cien ginetes.

Envió á Juan Velazquez de Leon con doscientos hombres á explorar la provincia de Panuco, que se habia levantado y que convenia someter á su obediencia.

Hernan Cortés envió un indio zempoale á Pedro de Alvarado para que le anunciase su próxima llegada y el triunfo que habia obtenido de Pánfilo de Narvaez.

Acto contínuo dió la órden de partir á marchas forzadas, y esta órden fué recibida por su ejército con la mayor alegría.

II.

A los dos dias llegó á Tlascala con todo su ejército, y su entrada en aquella ciudad fué una nueva ovacion.

El presidente del senado, Magiscatzin, hospedó á Hernan Cortés en su casa.

Los demás senadores imitaron su ejemplo con los capitanes, y tambien alcanzó la prodigalidad de los tlascaltecas á los soldados.

Hernan Cortés, conociendo que necesitaba refuerzos para asegurar el triunfo en Méjico, refirió á Magiscatzin las noticias que habia tenido, y sin pedirle auxilio le inspiró la idea de ofrecérsele.

III.

Los tlascaltecas odiaban á los mejicanos, y deseaban su ruina.

El senado de Tlascala resolvió reunir el mayor número de tropas posible, con ánimo de ponerlas á

las órdenes de Hernan Cortés, porque le halagaba en extremo la idea de que perdiese en importancia la ciudad de Méjico, que era en aquel vasto país la que preponderaba.

Hernan Cortés, despues de haber despertado aquel deseo en los tlascaltecas, cuando le ofrecieron crecido número de hombres para que le ayudasen en su empresa, se negó á aceptar su concurso, asegurando que bastaban las tropas que llevaba para triunfar de los mejicanos.

Los tlascaltecas insistieron, y Hernan Cortés, simulando que por no desairarlos aceptaba las fuerzas que le brindaban, sólo consintió que se unieran á él dos mil tlascaltecas.

No pudiendo detenerse, continuó la marcha con aquel refuerzo.

IV.

A pesar de las noticias que tenia y de las fuerzas con que contaba, no era su ánimo entrar en Méjico en son de guerra.

Por el contrario, deseaba la paz, y se proponia, si los españoles habian dado motivo á que se rompieran las hostilidades, hacer una transaccion decorosa con los mejicanos.

Llegó á Méjico el dia de San Juan, sin que hubiese encontrado en el camino obstáculo alguno.

Las noticias que le daban eran en extremo contradictorias.

Al llegar pudo convencerse de que habia cambiado por completo la actitud de los mejicanos.

Atravesó con su tropa la laguna, sin que encontrase oposicion de ningun género.

Pero vió deshechos y quemados los dos bergantines que habia dejado allí.

Halló desiertos los arrabales, destruidos los puentes que servian de comunicacion á las calles de la ciudad, por la parte que eligió para entrar, que era la más próxima al cuartel de los españoles, en medio de un silencio que tenia mucho de fúnebre.

V.

Seis dias habian trascurrido desde el famoso de la fiesta de los mitotes.

En todo este tiempo no se habian visto obligados los españoles á salir á buscar víveres, porque tenian provisiones; y los mejicanos no les habian atacado, porque conocian lo inútil de cualquiera tentativa, y esperaban que la necesidad les obligase á salir á las calles para batirse entonces con ellos.

Supieron que se acercaba Hernan Cortés, y entonces fué cuando acordaron destruir los puentes y quemar las embarcaciones.

VI.

El bellísimo panorama que ofrecia la ciudad de Méjico estaba cubierto de una negra nube.

No veian los españoles aquella hermosa ciudad entonces de la misma manera que la vieron por la primera vez.

Aquel fúnebre silencio que reinaba en todas partes, aquellos puentes rotos, aquellas casas cerradas, todas aquellas medidas indicaban el recelo, el ódio, el proyecto de una lucha cuyas consecuencias no podian calcularse.

Los soldados de Pánfilo de Narvaez que llevaba á sus órdenes Hernan Cortés, admiraron la belleza del paisaje, y se mostraron deseosos de entrar cuanto antes en la ciudad.

VII.

Hernan Cortés, observado cautelosamente por sus enemigos, llegó al cuartel, y apenas le descubrieron los españoles, prorumpieron en gritos de alegría, abrieron las puertas y las ventanas, y salieron al encuentro de sus hermanos.

Todos se abrazaron con efusion, y los recien llegados comunicaron su alegría á los que veian acercarse el momento de perecer sitiados por hambre.

VIII.

Motezuma, que estaba sobrecogido, sin saber qué partido tomar, y deseando más que nada la llegada de Hernan Cortés, apenas se informó de su arribo, sa-

lió con los pocos criados que le acompañaban hasta el primer patio.

Tendiendo sus brazos al caudillo de los españoles con verdadera efusion, y derramando lágrimas de alegría, porque no dudaba que Hernan Cortés pondria término á aquella lucha, que ya habia herido de muerte su corazon por la inmensa tristeza que le habia producido:

—Bien venido seais,—exclamó;—bien venido seais vos, que venís á devolver la paz á mi reino y á facilitarme los medios de hacer entender la razon á mis servidores, y á castigar á los díscolos que han incitado á los mejicanos contra mi voluntad á romper las hostilidades con mis amigos.

IX.

Hernan Cortés, que no esperaba hallar tan rendido al emperador, dominado por un natural exceso de amor propio, sin aceptar los brazos que le tendia Motezuma:

—Antes de corresponder á vuestro saludo,—le dijo,—necesito averiguar la verdadera causa de lo que aquí ha pasado, porque si no habeis tenido bastante energía para reprimir á vuestros vasallos, yo necesito reemplazaros y enseñarles á tratar con comedimiento á los españoles. Si habeis fomentado la insurreccion, no pueden existir relaciones amistosas entre nosotros dos.

Motezuma sintió aquel desaire; pero no era ya ni su sombra.

—Averiguad la verdad,—le dijo,—y os convencereis de mi lealtad.

X.

El emperador se retiró á su aposento profundamente consternado.

Meditando en sus desventuras estaba, cuando sus servidores fueron á avisarle que habia alojado Hernan Cortés en el cuartel más de ochocientos hombres, y que habia noticias de que en los alrededores de la ciudad tenia á sus órdenes dos mil tlascaltecas.

—Esa es la causa,—exclamó Motezuma,—del desprecio con que me trata.

¡Oh!... Yo me tengo la culpa de todo lo que me sucede.

Me he dejado dominar, y ya es tarde para romper las cadenas.

Abandonado de mi pueblo, despreciado por el hombre á quien he sacrificado todo mi prestigio, sólo me queda asistir al horrible espectáculo de la destruccion de mi pueblo, para buscar despues una sepultura entre sus ruinas.

XI.

Aunque era tarde, y sin hablar con Marina, no quiso Hernan Cortés descansar sin averiguar antes

todo lo que habia sucedido, y al efecto llamó á Alvarado y á los oficiales que habia dejado en su compañía, y en presencia de los que le acompañaban le interrogó.

Apenas se enteró de lo que habia ocurrido, reprendió fuertemente á Pedro de Alvarado por haber aventurado el éxito de la lucha, y no haberse quedado en el cuartel para defenderle, que era, dada la escasez de tropa con que contaba, el partido que aconsejaba la prudencia.

XII.

—Conozco que he obrado con ligereza,—contestó Alvarado;—pero ¿qué quereis? Llegué á figurarme por un momento que nuestro arrojo desbandaria á esa gente.

—No nos conviene luchar con ellos, y por mi parte, aunque hoy, gracias á la Providencia, tengo fuerzas bastantes, no sólo para atacarlos, sino para vencerlos, deseo la paz, y he de poner los medios de obtenerla.

—Uno se me ocurre por de pronto,—dijo Alvarado.

Vuestra bondad hácia mí os impulsa á perdonar mi ligereza.

Yo os lo agradezco, y bien sabeis que si los hechos no han correspondido á los deseos, no ha sido por culpa mia.

Pero si me arrestárais, si apareciera yo castigado á los ojos de los mejicanos, tal vez vendrian ellos mismos á proponeros la paz, y quedaríais satisfecho.

—De ningun modo,—exclamó Hernan Cortés;—eso seria debilidad.

Bien hecho está lo hecho.

Si os he reprendido por haber sido arriesgado, no puedo ménos de reconocer vuestro valor y de aplaudirle.

Las noticias que teníais de los proyectos de los conjurados eran suficiente motivo para que tomáseis la resolucion que habeis tomado.

Yo defenderé vuestra conducta, y pediré explicaciones.

Esto es le que cumple á los que como nosotros sienten en su alma la fé de cristianos y el valor de los caballeros.

Capítulo XVI.

El pecado de Eva.

I.

Al lado de las escenas que tenian lugar entre los españoles y los mejicanos, sucedian otras íntimas familiares, por decirlo así, de las cuales no debemos privar á nuestros lectores, porque no hacemos una historia árida y severa, sino que ampliámos la de la conquista de Méjico, recogiendo los detalles que los historiadores han dejado á un lado, como de escaso interés.

Marina, que habia educado su alma en el trato de los españoles, entusiasmada al ver que poseia el amor de un héroe, de un hombre como Hernan Cortés, cuyo prestigio habia llevado á cabo tan portentosas hazañas, se sentia dominada por una inmensa ambicion.

¿Quién hubiera dicho que la pobre niña, que ar–

rojada con su familia por los españoles de Santiago de Cuba, se creia dichosa al haber hallado un asilo en tierra extranjera?

¿Quién la hubiera dicho que más tarde, despertando una pasion en el alma de un hijo del sol, no habia de contentarse con ser la favorecida del héroe?

II.

Porque, en efecto; Marina, que habia acompañado paso á paso á los españoles, que ni por sueños habia pensado en poder ser en Méjico objeto de consideracion, abundando en las ideas ambiciosas de su amante, consideraba como su bello ideal la conquista de aquel imperio, para ser en él soberana estrechamente unida para siempre con su amante.

Ignoraba Marina los lazos que le ligaban á Hernan Cortés, y le impedian que realizase sus proyectos.

Ni siquiera se le habia ocurrido imaginar que hubiese amado á otra mujer antes de haberla conocido á ella.

Pero no por eso dejaba de sentir celos cuando alguna india le parecia capaz de poder fascinarle.

Ya hemos visto cuál fué la conducta que observó respecto á Guacalcinla.

Despues de haber soñado tantas venturas, la idea de perderlas, la idea de no realizarlas, producia en su alma un inmenso pesar.

Hé aquí por qué razon instintivamente iba formando en torno de Hernan Cortés una especie de lazo, para que en ningun tiempo, ni por ningun motivo, pudieran disiparse sus esperanzas.

III.

Durante la ausencia de Hernan Cortés, Pedro de Alvarado, que sentia una especie de humillacion al ver que Marina le dominaba, quiso defenderse de aquella dominacion y al mismo tiempo vengarse de sus desdenes, sembrando en su alma la desconfianza.

Hubo un momento en el que, conversando los dos, tuvo Alvarado la oportunidad de despertar sospechas en el corazon de Marina.

—¡Cómo me has engañado!—le dijo.

—¡Engañarte yo! ¿Por qué dices eso?

—Me aseguraste un dia que no amabas á Hernan Cortés, que deseabas vengarte de él.

—¿Y quién te ha dicho que te engañaba?

—Pues qué, ¿no hemos llegado á Méjico? ¿No has tenido ocasion de realizar aquellos planes que fingias? ¿Por qué no los has realizado?

—No ha llegado el momento.

—Ni llegará nunca, porque la verdad es que tú amas á Hernan Cortés.

—Y si así fuera, ¿podria alguien oponerse á este amor?

—¿Tan dueña de él te crees?

—Figúrate por un momento que le amo, y no lo dudarás.

—¿Y quién te ha dicho que él corresponde á tu amor? ¿Quién te asegura que no eres para él un pasatiempo, un capricho, una ilusion?

—Si yo quisiera le tendria en mi poder.

—Hoy estás tú en el suyo.

—Nada más fácil para mí, si quisiera, que ser su esposa.

—Y ¿quién te ha dicho que Hernan Córtés no tiene en su patria una esposa, que impediria que tú lo fueses?

Marina no contestó.

Era la primera vez que pensaba en aquello.

Herida como por el rayo:

—No hablemos de eso,—dijo.

Y se separó de Alvarado.

VI.

Pero desde entonces no cesó de sentir aquel dardo de las palabras imprudentes de Alvarado.

Con el objeto de tener un buen espía, se habia mostrado sumamente afable con Ilbialbi.

Este, que prendado desde el primer momento de la hermosura de la jóven, no se habia atrevido á imaginar que pudiera ser objeto del aprecio de Marina, al ver la insistencia con que le buscaba y la confianza que hacia de él, llegó poco á poco á soñar en po-

der conseguir su amor, y de ilusion en ilusion llegó hasta á hacer á Hernan Cortés la confianza y la súplica que recordarán nuestros lectores.

Marina le dió, al partir con Hernan Cortés, cuando el caudillo salió en busca de Pánfilo de Narvaez, el encargo de observarle de cerca y de decirla todo cuanto descubriera referente á su persona.

Ilbialbi supo por los soldados de Pánfilo de Narvaez, y principalmente por Iñigo, que Hernan Cortés tenia una esposa y un hijo.

V.

En tanto que el jefe de los españoles conversaba con sus capitanes para averiguar los motivos que habian impulsado á Pedro de Alvarado á atacar á los mejicanos, Ilbialbi y la joven india conversaban tambien.

Marina preguntaba á su confidente todo lo que habia sucedido á Hernan Cortés desde su salida hasta su llegada.

Ilbialbi refirió á la joven todos los episodios del viaje, la sorpresa que habia preparado Hernan Cortés para atacar á su enemigo, los pormenores de la batalla y el triunfo que habia puesto á sus órdenes las tropas de su contrario.

Despues de entusiasmar á Marina con esta relacion:

VI.

—Tambien he averiguado,—le dijo,—una cosa que vá á sorprenderte; porque ni tú ni yo habíamos pensado en ella.

—¿Cuál?—preguntó la jóven.

—Hernan Cortés tiene en su país una esposa y un hijo.

Marina se inmutó.

Pero conociendo que no debia descubrir su secreto á Ilbialbi, convirtió á sus ojos en sorpresa lo que habia sido indignacion.

VII.

En efecto; aquellas noticias confirmaban las sospechas que habian despertado en su alma las palabras de Pedro de Alvarado.

Si eran ciertas, Hernan Cortés la habia engañado miserablemente.

Pero ¿cómo renunciar á su amor?

Marina se retiró, y lloró su amargura.

Ilbialbi estaba dispuesto á revelarle su secreto; pero ella se separó de él de una manera tan brusca, que le dejó consternado.

—Aguardaré,—se dijo Ilbialbi, frotándose la manos con la mayor alegria.

VIII.

Entre tanto, Marina se desesperaba, sin saber qué partido tomar.

Temia, y deseaba pedir explicaciones á Hernan Cortés.

Preocupado el caudillo con los cuidados que la situacion exigia, despues de separarse de sus capitanes para reposar, se olvidó de Marina, y al dia siguiente, la misma preocupacion le hizo no echar de ménos su presencia.

Muy temprano, subió á la azotea de su palacio para observar la actitud de sus enemigos.

Todo estaba en silencio.

Más que una ciudad, parecia un cementerio la capital del imperio mejicano.

¿Qué significaba aquella conducta?

¿Dónde estaban los mejicanos?

¿Qué planes eran los suyos?

IX.

Un hombre como Hernan Cortés no podia permanecer tranquilo sin saber á qué atenerse, é inmediatamente ordenó á Diego de Orgaz que saliera con cuatrocientos hombres, en su mayor número tlascaltecas, á reconocer las calles próximas al cuartel, pa-

ra observar á los mejicanos y provocarlos al combate, si era preciso.

Instantáneamente fueron cumplidas sus órdenes.

Aunque aquel movimiento de exploracion le arrebatase algunos soldados, era preferible esta pérdida á la ansiedad de la duda.

La jornada era peligrosa.

Veamos lo que sucedió.



Capítulo LXVIII.

Otro combate.

I.

Avisados los tlascaltecas, era tal el deseo que tenian de combatir con los mejicanos, á quienes profesaban un ódio tradicional, que se aprestaron gustosos á obedecer el mandato de su jefe.

Diego de Orgaz, completamente identificado ya con Hernan Cortés, y resuelto á ayudarle en la empresa que habia acometido, para dar ejemplo á su jefe, se puso á la cabeza de la columna con diez soldados, y entre ellos uno de los recien llegados, que debia aquel dia enaltecer su nombre hasta el punto de que la historia lo conservase á la posteridad.

Detrás iban los cuatrocientos tlascaltecas, armados con sus flechas, mazas y lanzas.

Salieron por la puerta principal del palacio, y an-

duvieron toda la calle sin encontrar obstáculo de ningun género.

Las puertas estaban cerradas, y no se oia el menor ruido.

Atravesaron los puentes, y al entrar en la calle que conducia directamente á la plaza de Tlatlelulco, tuvieron que detenerse.

Desde las azoteas de aquella calle dispararon sobre ellos multitud de flechas, quedando heridos no pocos tlascaltecas.

—¡A ellos!—gritó Diego de Orgaz.

II.

Lezcano, que este era el nombre del soldado á quien nos hemos referido antes:

—Si no entramos en las casas y no arrojamos de las azoteas á los enemigos,—dijo,—nos van á acribillar.

Sin aguardar órden de sus jefes, seguido de dos ó tres españoles y de unos cincuenta tlascaltecas, penetró en una casa, subió con su gente hasta las azoteas, y allí sostuvo con los mejicanos de aquella banda un combate reñidísimo.

Los tlascaltecas, por su parte, hicieron prodigios de valor.

Pero Lezcano, que era en extremo corpulento, admiró á sus compañeros.

Colocado cerca del pretil de la azotea que daba á

la calle, arrojó su arcabuz y quedó indefenso para incitar á los mejicanos que se acercasen á él.

Apenas se acercaba uno, lo cogia con sus hercúleos brazos y lo arrojaba á la calle.

Hasta diez arrojó de esta manera.

III.

Mientras que esto pasaba, se reunieron en la plaza de Tlatlelulco más de cincuenta mil mejicanos, armados y dispuestos á luchar.

Era inmenso el griterío que armaban aquellos hombres, porque no se atrevian á avanzar hácia los españoles, al ver que los dispersaban con los arcabuces, y querian al ménos amedrentarles con sus gritos.

El griterío llegó á oidos de Hernan Cortés, quien saliendo á ver lo que pasaba, dió órden á Orgaz para que se retirase con su gente, toda vez que ya sabia el número de combatientes con quienes tenia que luchar y la actitud que presentaban.

En la refriega quedaron muertos más de trescientos mejicanos y unos cincuenta tlascaltecas.

IV.

Apenas se retiraron los españoles, volvió á reinar el mayor silencio, lo que hizo creer á Hernan Cortés que no estaban todavía resueltos los mejicanos á dar la batalla.

Por lo que pudiera suceder, puso centinelas dobles, y envió algunos soldados con destacamento de tlascaltecas en busca de provisiones á los alrededores de Méjico, para que si le sitiaban no padeciesen hambre sus soldados.

Apenas tomó estas medidas, reunió á sus capitanes.

V.

—Anoche,—les dijo,—creia posible la paz, y la deseaba. En vista de lo que hoy ha pasado, la creo de todo punto imposible.

—Tal es nuestra opinion,—contestaron todos á la vez.

—La situacion de los mejicanos ha cambiado de aspecto. Están desesperados, y acaso, no sólo contra nosotros, sino contra su soberano; razon por la cual es necesario estar en guardia y economizar nuestras fuerzas, porque á juzgar por lo que he visto, están resueltos á atacarnos.

—En la plaza de Tlatlelulco,—dijo Diego de Orgaz,—habia más de cuarenta mil hombres.

—No importa su número si logramos atraerlos á campo raso, porque en la ciudad seria perjudicial para nosotros el combate. Desde las azoteas pueden dispararnos sus flechas á mansalva, y librarse de nuestras balas. Por de pronto, tenemos que renunciar á la paz.

—Tanto mejor,—dijeron todos.

—Pláceme veros animados á consumar la obra que bajo tan buenos auspicios hemos emprendido.

Con nuestros mil soldados y el auxilio de las tlaxcaltecas, no hay que temer.

Aunque intentasen asaltarnos, sus esfuerzos serian inútiles.

De cualquier modo, tomadas las precauciones para evitar una sorpresa, no tengo más remedio que celebrar una conferencia con Motezuma, para decirle cuál es la situacion en que se encuentra su imperio y la necesidad que tiene para salvarle de recurrir á la fuerza.

VI.

Aplaudieron todos esta determinacion, y Hernan Cortés pasó inmediatamente al aposento de Motezuma.

Más habia sufrido el emperador de Méjico en aquellas veinticuatro horas que habian trascurrido desde la llegada de Hernan Cortés, que desde que habia empezado su cautiverio.

Habia sido leal, habia cumplido su palabra, habia preferido los españoles á los mejicanos, habia faltado á todos sus deberes de rey por no malquistarse con aquel hombre que tanto le fascinaba: todo lo habia sacrificado al afecto que profesaba á su aliado.

Hernan Cortés, en cambio, le habia mirado con desden, le habia ultrajado.

¡Oh! En el colmo de la desesperacion, Motezuma

se habia olvidado ya de su antiguo esplendor, de su corona, de su cetro, de su familia, de sus ricos palacios, y no tenia más que un pensamiento fijo y un sentimiento que laceraba su alma.

—He sembrado beneficios,—se decia,—y recojo ingratitud.

En vano trataron sus servidores de calmarle.

Su afliccion no hallaba consuelo.

VII.

Hernan Cortés abarcó en la primera mirada la situacion de ánimo en que se hallaba Motezuma.

—Perdonadme,—le dijo,—si ayer os traté con poca cortesía.

Poneos en mi caso: yo ignoraba los motivos de la lucha que habia tenido lugar entre los mejicanos y los españoles.

Sabia que aquellos habian obligado á mis soldados á guarecerse en el cuartel.

No podia imaginar que os hubiese faltado fuerza para contener á vuestros vasallos.

Hoy ya sé todo lo que pasa, y ya no es el aliado, sino el amigo el que viene á veros.

VIII.

Estas palabras sirvieron de algun consuelo á Motezuma.

—¿Me haceis justicia?—le preguntó con acento melancólico.

—Sí; he sabido por mi capitan don Pedro de Alvarado que habeis hecho los mayores sacrificios para contener á vuestro pueblo, que os habeis negado á asistir á la fiesta de los mitotes, y no puedo ménos de mostraros mi gratitud, porque nada me importa que vuestros vasallos sean díscolos, sean rebeldes: mientras yo cuente con vuestra amistad, fuerzas me sobran para contenerlos y castigarlos.

—¡Ah! Hernan Cortés,—dijo Motezuma,—nunca creí que los dioses me reservasen dias tan amargos como los que paso.

Y quedó un momento como abismado en sus reflexiones.

IX.

—¿Qué he hecho yo?—añadió despues el monarca profundamente conmovido.—¿Qué he hecho yo para merecer tantas desdichas?

He dado á mi pueblo dias de gloria como mis antecesores; he estado al frente de mis ejércitos en cien combates, y en todos ellos he dado pruebas de mi valor; he hecho justicia á mis vasallos, y mi voluntad, ¡qué mi voluntad! mi más leve capricho se cumplia inmediatamente por todos.

Habeis venido, os he abierto mis brazos, os he hospedado en mi territorio, he sido vuestro amigo, he cumplido mi deber, porque érais descendiente del

gran Quetzalcoal; y sin embargo, mis consejeros me han abandonado, mis vasallos se rebelan contra vosotros, que sois mis amigos, ó lo que es lo mismo, contra mí.

¡Ah! Yo no puedo vivir de esta manera. Devolvedme la palabra que os he dado. Dejadme salir solo.

Yo iré á buscar á mis vasallos, yo les hablaré, yo sofocaré el ódio que sienten hácia vosotros, y si ya he perdido para con ellos todo el prestigio, si no me obedecen, al ménos pereceré á sus manos.

La muerte es preferible á la angustiosa situacion en que me hallo.

—Eso no, yo mismo hace poco he tenido ocasion de comprender á fondo cuáles son los deseos de los mejicanos.

¿Para qué he de ocultároslos?

Son completamente hostiles á nosotros. Ya no reconocen vuestra autoridad; ya no sienten en su alma más que el deseo de destruirnos.

Si vos saliérais á calmarlos, seríais su primera víctima, y yo no puedo consentirlo.

Pero por la misma razon de que todo lo que sufrís es consecuencia de la amistad que nos habeis brindado, de los beneficios con que nos habeis favorecido, yo tengo el deber de castigar á los rebeldes, y los castigaré sin contemplaciones de ningun género, obligándoles á reconocer en vos la suprema autoridad de la nacion; porque no estaria bien, ni vos lo hariais, dejar solo á la merced de una nacion apa-

sionada y hostil al hombre que ha perdido por nosotros el ascendiente que tenia sobre su pueblo.

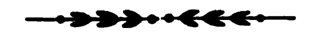
—Yo estoy seguro de que cuento con bastante influencia para obligar á los mejicanos á que renuncien á esa lucha tan dolorosa para mí.

—No lo creais. Están desesperados. Os profesan un inmenso rencor. Sólo las armas pueden obligarles á retroceder, volviendo á aquellos dias venturosos en los que nos trataban como amigos bajo vuestro imperial dominio.

X.

Insistió de nuevo Motezuma en que no se rompieran las hostilidades; pero Hernan Cortés le demostró hasta la evidencia la imposibilidad de la paz, y el pobre monarca, que ya no era más que un autómata:

—Nada puedo deciros,—exclamó;—haced lo que gusteis.



Capítulo XVIII.

El plan de los mejicanos.

I.

Durante el resto del dia, y por la noche, permanecieron silenciosos y retirados los mejicanos.

Al dia siguiente indicaron algunos centinelas que habian visto á lo lejos grandes masas de hombres armados, que desde el campo entraban en la ciudad con el mayor sigilo.

No habia duda.

Los enemigos se preparaban á luchar, y se preparaban para vencer.

Hernan Cortés envió la mitad de sus tropas con los dos mil tlascaltecas á una llanura próxima, para ver si los mejicanos acudian y se resolvia la cuestion.

Estuvieron todo el dia aguardando, y á la noche

se retiraron, sin que nadie hubiera acudido á su provocacion.

II.

Por más que hicieron, no pudieron saber los preparativos que hacian para el ataque los mejicanos.

Al anochecer estaba desesperado Hernan Cortés, porque ignoraba los planes de sus adversarios y los medios con que contaban, y no podia averiguarlos sin arriesgar la vida de sus soldados, en el caso de que los enviase á la plaza de Tlatelulco para explorar el terreno.

III.

—Daria cualquiera cosa,—exclamó de pronto,—por conocer á fondo los planes que meditan los mejicanos.

—Yo puedo complacerte,—dijo Marina.

—¡Tú!—exclamó Hernan Cortés, fijando en ella sus ojos, y leyendo en los de la india la inmensa pena que sentia su alma.—¡Ah! Mi buena Marina,—añadió,—estarás quejosa de mí. ¡Apenas te he hecho caso.

—No importa; yo sé cuál es mi deber, y le cumpliré; ¿No deseas saber cuáles son los proyectos de los mejicanos? Yo te los diré.

En aquel momento estaban solos los dos amantes.

IV.

—Ha llegado la ocasion,—dijo Marina,—de pedir á la guerra lo que ya no puede dar la paz.

Es indecible el ódio que los mejicanos sienten hácia vosotros.

Toda su vida les parece poca para sacrificarla en aras de la independencia de su patria, y hasta los más tímidos, hasta los más débiles, han ofrecido sus pechos á vuestras mortíferas armas para lograr destruiros y libertar á su soberano.

—Pues qué, ¿creen que le tengo prisionero?

—Sí; ya están convencidos de que Motezuma les ha engañado; que desde el momento en que fué trasladado desde su palacio á vuestro cuartel, no ha sido más que un cautivo, y la indignacion que esto produce en su alma aviva su furor.

Hasta el mismo príncipe de Iztacpalapa, que era el más tímido de los consejeros del rey; hasta Guacolando, su primer ministro; hasta los sacerdotes, han resuelto luchar si es necesario, y han empleado todo su influjo para infundir el valor en el corazon de los vasallos de Motezuma.

No contentos con eso, han mandado á pedir refuerzos á todas las ciudades tributarias del imperio, y ya han empezado á llegar numerosas huestes, perfectamente armadas y deseosas de prestar ayuda á los mejicanos, porque en cambio de estos auxilios les han

ofrecido los jefes de la conjuracion la independencia, la libertad.

V.

—¿Con que es decir,—exclamó Hernan Cortés,—que ha llegado el momento de romper por completo las hostilidades, de no dar cuartel á nadie, de llevar á cabo la conquista, ó de perecer en la empresa?

—Sí, Hernan Cortés; ya no te queda otro camino. La ciudad está llena de guerreros.

Las mujeres, los niños y los ancianos, han sido trasladados á las ciudades inmediatas, ó se han guarecido en las montañas, porque los mejicanos han jurado exterminaros ó perecer todos.

—¿Y piensan atacar el cuartel?

—Su proyecto es dar un asalto formidable por todos los cuatro ángulos del palacio, penetrar en él, aunque perezcan á millares, apoderarse de Motezuma, pedirle que se ponga al frente de ellos, ó que renuncie á su corona y huya á esconder su vergüenza en el recinto de la muerte.

—Bien sabe Dios,—dijo Cortés,—que me pesa en el alma esa resolucion. Pero tú,—añadió de pronto,—¿cómo has podido saber todo eso?

—Yo soy leal, y no me olvido nunca de las promesas que hago.

VI.

Marina pronunció estas palabras con un acento de

tristeza y de reconvencion, que no pudieron ménos de llamar la atencion de Cortés.

—Explícate,—le dijo.

—He salido yo sola á la ciudad.

—¿Tú?

—Sí.

—No has temido...

—No; porque he hecho una vez más traicion á mis hermanos para defender á mis falsos amigos.

—Marina...

—Oyeme, y juzga luego.

He salido yo sola, y los espías se han apoderado de mí. Yo no he hecho resistencia de ningun género.

VII.

»—Vengo á buscaros,—les dije.—Conducidme á la presencia de vuestro jefe.

»—¿Para qué?—me preguntaron.

»—Tengo que comunicarle noticias importantes.

Entonces me llevaron á la presencia del príncipe de Iztacpalapa.

»—¿Tú eres,—me dijo,—la amiga de los españoles?... Perecerás.»

—¡Miserable!—exclamó Hernan Cortés, no pudiendo contenerse.

»—Haz de mí lo que quieras,—le contesté;—pero escúchame antes, porque te interesa. Si has creido que puedo olvidar la raza á que pertenezco, si lo que es obligacion, y obligacion penosa, te parece desleal-

tad, razon tienes. Pero yo te demostraré muy pronto que no es el amor á los españoles el que me trae aquí.

»—Habla,—me dijo.—Han llegado las cosas á tal extremo, que es necesario la lucha.

»—Pues bien; antes hoy que mañana. Los españoles esperan grandes refuerzos.

»Mientras no lleguen, temen, porque saben que sois muchos.

»Id esta noche á los alrededores del cuartel. Aprestaos al combate.

»Antes de amanecer vereis una luz en una de las ventanas del edificio.

»Romped entonces las hostilidades. Los españoles estarán ese momento descuidados, y será más fácil el triunfo.

»—¿Quién hará esa seña?

»—Yo, si os fiais de mí. Si no, aquí estoy yo,—contesté;—conservadme en vuestro poder hasta que os convenzais de mi fidelidad.

»—No,—exclamó el príncipe de Iztacpalapa;—vé á cumplir la promesa que nos has hecho. ¡Ay de tí si nos engañás!

Gracias á esto, pude averiguar los planes de los mejicanos.

Mañana temprano, yo haré la señal convenida. Todos los mejicanos caerán de improviso sobre el cuartel.

Si estais prevenidos, al rechazar su ataque podreis darles un golpe decisivo.

VIII.

—¡Ah, Marina, cuán buena eres!—exclamó Hernan Cortés.

—Si alguna gratitud merecen mis desvelos, si el interés que tengo por tí y por los tuyos te inspira hácia mí alguna piedad, déjame que mañana, despues de hacer esa seña fatídica, con la que voy á llenar de lágrimas y de luto á mis hermanos, me aleje para siempre de tu lado.

—¿Qué dices?...—exclamó Hernan Cortés sorprendido.

—Es una súplica, y nada más.

—¿Pero estás loca?... ¿Cómo quieres que yo consienta en que te alejes de mi lado?... ¿Qué motivos tienes?...

—No me lo preguntes.

—Exijo una respuesta.

—Es imposible.

—¡Imposible! ¿Por qué?

—Porque no es la esclava quien debe reconvenir á su amo.

—¿Tú mi esclava?

—Yo, sí; lo he sido y lo soy sin esperanza alguna.

Y la jóven no pudo contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus hermosos ojos.

IX.

—¿Lloras?—exclamó Hernan Cortés, viendo el intenso dolor que revelaba el semblante de Marina.

—No lloro.

—Explícate; tú sufres mucho.

—Sufro, sí; por eso deseo la muerte. Concédeme la licencia que te pido, déjame partir á ocultar mi dolor y mi vergüenza.

—De ningun modo: yo necesito que me expliques el profundo pesar que se retrata en tu semblante.

—¿Para qué quieres que en la víspera de un combate sangriento debilite tus fuerzas y te dé parte de la pena que experimenta mi alma, si es verdad que sientes hácia mí algun deseo?

—¿Puedes dudarlo?

—¡Quién sabe!

—Marina, tus palabras me llenan de turbacion. ¿Te he dado algun motivo?...

—Me has engañado.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Qué es lo que dices?

—Me has jurado amor.

—Y bien, te amo.

—Mientes.

—¿Yo mentir?

—Tú no puedes amarme.

—¿Por qué?

—Te ruego que no me lo preguntes.

—Y yo te mando que contestes. ¿Qué motivos tienes para dudar de mí? ¿Por ventura no has sido mi confidente, no has participado de todas mis venturas, de todas mis desdichas?

—¿Y no te decia tu conciencia cuando me jurabas amor que me engañabas?—repuso Marina con febril exaltacion.—¿No escuchabas al mismo tiempo que imprimias un beso en mi frente la voz de tu conciencia?

X.

Estaba tan obcecado Hernan Cortés, que no comprendia á qué aludian las palabras de Marina.

—Marina,—exclamó,—yo no sé lo que quieres decirme; lo único que puedo asegurarte es que por gratitud primero, y por amor despues, te has hecho dueña de mi alma.

Yo no sé si es amor lo que siento hácia tí; pero puedo asegurarte que todas mis penas se acaban cuando te veo, si en tus ojos hallo la imágen de la esperanza.

¡Ah! Despues de haber oido de tus lábios una palabra cariñosa, me encuentro con fuerzas para arrostrar todos los obstáculos con la seguridad de vencerlos.

¿Qué más puedes pedir?

XI.

Al oir aquellas palabras Marina, dijo de pronto:

—Pues bien; voy á poner á prueba tu amor.

—¿Qué deseas?

—¿Aspiras á conquistar el imperio de Méjico? Mi corazon me dice que lo lograrás.

Cuando ese cetro esté en tus manos, ¿me harás tu esposa?

Hernan Cortés se estremeció.

—Aunque conquistase ese imperio,—la dijo,—no es para mí: es para mi rey.

—Pero, ¿me harás tu esposa?—repitió la jóven india.

—Marina, eso es mucho exigir.

—¡Ah! Ya lo sabia yo. Tú no puedes ser mi esposo, porque lo eres de otra mujer, porque amas á otra, porque tienes un hijo de ella.

XII.

Hernan Cortés quedó anonadado.

Durante aquellos minutos cruzaron por su imaginacion infinitas ideas.

Recordó la conversacion que habia tenido en Zempoala con Pánfilo de Narvaez.

Recordó á Catalina, á su hijo, y comprendió cuán

indigna era de un cristiano, de un caballero, la conducta que observaba.

Pero la situacion era crítica.

Marina le embelesaba.

Tenia en sus ojos una fascinacion tal para él, que no podia mirarla sin electrizarse.

Por otra parte, se decia á sí mismo:

—No puedo desprenderme de Marina. Antes que nada soy el jefe de un ejército, soy la encarnacion de una gran idea, tengo que realizar una empresa, y en estos instantes tan críticos la ausencia de Marina me dejaria perdido.

Ella es mi intérprete, ella encuentra siempre recursos para salvarme en los trances apurados.

Y engañándose á sí propio, justificando su pasion con la necesidad:

XIII.

—Marina,—exclamó de pronto,—es cierto lo que dices. Antes de conocerte, en mi patria, me he unido con una mujer, y he tenido de ella un hijo.

Pero ¿es la culpa mia? ¿Me has oido alguna vez recordarla? ¿No has comprendido que al verte hasta he faltado á mi deber y he olvidado á esos séres, cuya existencia me recuerdas?

Seré leal contigo.

No puedo ser tu esposo, porque me unen lazos indisolubles con otra mujer; pero seré tu amante, nunca te olvidaré, viviré para tí.

¿Puedes pedirme más?

—Me engañas,—dijo Marina.

—No; si tú te conformas con la suerte, si me amas por mí mismo, si el nombre de esposo no tiene precio alguno á tus ojos y te basta el de amante, ese te doy. ¿Puedes pedirme más?

—No, no es ambicion lo que me inspira el deseo de unirme para siempre contigo,—exclamó la jóven india.

Tu amor me basta, aunque me consideres como una esclava.

Pero ámame, y viviré.

Júramelo... júramelo por ese Dios que me has enseñado á conocer y á amar.

XIV.

Hernan Cortés, ébrio de pasion, porque la tristeza embellecia á la jóven.

—Lo juro,—exclamó.

Marina cayó en sus brazos.

En aquel momento entró Ilbialbi en la estancia donde se hallaban los dos amantes.

Hernan Cortés, al verle, recordó la promesa que le habia hecho, y se horrorizó.

Marina huyó como la gacela sorprendida.

—¿Habeis olvidado la palabra que me habeis dado?—dijo Ilbialbi.

Hernan Cortés, mirándole con altanería:

XV.

—Mañana, al romper el alba,—le dijo,—van á asaltar nuestro cuartel los mejicanos. Los valientes obtendrán el premio; los cobardes sufrirán el castigo que merezcan.

Y alejando á Ilbialbi, llamó á sus capitanes para advertirles el riesgo que corrian, ocupando con ellos el resto de la noche en hacer los preparativos para responder con energía al ataque de los mejicanos.

Capítulo XIX.

Ataque al cuartel de los españoles.

I.

Marina no habia engañado á Hernan Cortés.

Desde las primeras horas de la noche los mejicanos acudieron á situarse en las casas de los alrededores del cuartel de los españoles, y tomaron todas las providencias necesarias para lanzarse sobre el asilo de sus enemigos en el momento en que apareciese la señal convenida.

Es indescriptible el entusiasmo que reinaba entre los habitantes de aquella nacion, que veia hollada su dignidad y encadenado á su soberano.

II.

No hay como el sentimiento de la independencia

de la patria para despertar el valor en el corazon de los hombres.

La patria y la religion son los dos grandes impulsos que agitan á la humanidad.

Los mejicanos veian su patria encadenada, hollada, vilipendiada.

Veian además á su religion escarnecida, porque una indicacion de los españoles habia bastado para que cesasen los sacrificios en los templos, y atribuian sus males al implacable enojo de sus ídolos, hambrientos de sangre humana.

III.

Escenas conmovedoras habian tenido lugar en los dias anteriores, y sobre todo en aquel que debia preceder al del combate decisivo.

Los ancianos, con las lágrimas en los ojos, porque no podian prestar apoyo á sus hermanos, á sus hijos, porque no podian defender á la patria, se alejaban avergonzados, haciendo votos por el triunfo de los suyos.

Las mujeres cogian á sus hijos en brazos, y al despedirse de sus esposos, en vez de derramar lágrimás, les alentaban al combate.

Se habian olvidado todas las jerarquías.

Ya no habia clases en Méjico.

Todos eran guerreros.

Todos eran defensores de la patria.

Todos estaban dispuestos á derramar con el mismo ardor hasta su última gota de sangre.

Y aquellos hombres pusilánimes, aquellos hombres que en una fiesta, al oir el estampido de los cañones de los españoles, habian huido despavoridos, ó habian caido desmayados, trasformados por completo, ávidos de morir, si era preciso, aguardaban con impaciencia á que rompiese el alba y que apareciese aquella luz, signo del comienzo del combate, para lanzarse sobre aquel edificio y poder presentar sus pechos á las balas enemigas, penetrar en el cuartel por las ventanas ó por las trincheras que pudieran, llegar hasta donde estaban los españoles, luchar con ellos brazo á brazo, y convertir toda la ciudad, si era necesario, en un monton de ruinas, en un lago de sangre.

IV.

Las huestes mejicanas, mandadas por el príncipe de Iztacpalapa, se habian dividido en esta forma:

Veinte mil combatientes habian rodeado el cuartel, formando ocho filas, con el objeto de que unas apoyasen á las otras.

El ataque debian darle á un mismo tiempo todos.

Veinte mil hombres estaban reservados para apoyar á sus compañeros, reemplazar las bajas y dar nuevo impulso al ataque.

Otros veinte mil aguardaban en la plaza de Tlatlelulco á que los españoles, arrojados de su cuartel,

fueran allí huyendo, para cortarles la retirada y acabar de destruirlos.

Nuevas fuerzas debian llegar en todo el dia, enviadas por los caciques y soberanos de las ciudades próximas.

Hasta el mismo Guatimozin, el esposo de Guacalcinla, debia ponerse al frente de aquel formidable ejército, y acudir en auxilio de los mejicanos.

V.

Marina cumplió su palabra.

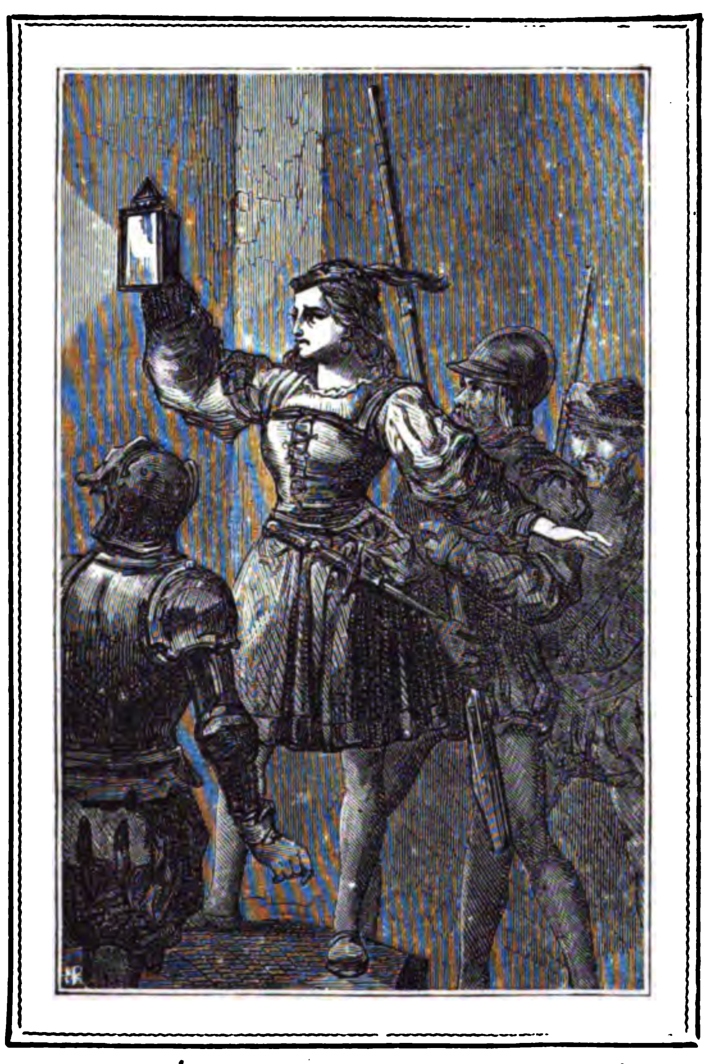
Empezaba á aclarar el dia, cuando asomó una luz en una de las ventanas del edificio.

Instantáneamente sonaron los clarines y los atabales que usaban como música guerrera los mejicanos.

Los españoles habian colocado los cañones de la mejor manera posible para contener y destruir á sus enemigos.

Al mismo tiempo, en cada ventana habia cuatro soldados, y en las azoteas más de cuatrocientos, formando una línea todo alrededor del pretil, para vomitar balas sobre los mejicanos.

Estos adelantaron en toda la circunferencia del edificio, y dispararon una nube de flechas, para que barriendo la muralla, pudiesen acercarse los que inmediatamente debian dar el ataque.



HERNAN CORTÉS. —Empezaba á aclarar el dia, cuando asomó una luz en una de las ventanas del edificio.

VI.

Fueron tan repetidas y tan cerradas las cargas que dieron en el asalto, que pusieron á los defensores en la mayor confusion.

Las flechas que disparaban constituian un número tan formidable, que quedó anegado el cuartel, teniendo que dedicarse á apartarlas para poder maniobrar.

Las armas de fuego y los cañones hacian horrible destrozo en los enemigos.

Pero llegaban tan resueltos á morir ó á vencer, que se adelantaban en tropel á ocupar el vacío de los que iban cayendo, pasando por encima de los muertos y atropellando á los heridos.

El arrojo de algunos llegó hasta el punto de ponerse debajo de los cañones para intentar apoderarse de ellos.

Unos trepaban sobre sus compañeros para suplir el alcance de sus armas.

Otros hacian escalas de sus mismas picas, para ganar las ventanas ó terrados.

Todos se arrojaban al combate como verdaderos héroes, y no desmayaban á pesar de las numerosas bajas que les ocasionaban sus enemigos.

VII.

A pesar de los grandes esfuerzos que hicieron los

mejicanos para obtener el triunfo, fué la resistencia tan tenaz, que se vieron rechazados.

Motezuma, enterado de lo que pasaba, hizo las mayores tentativas para salir de su aposento, presentarse á sus vasallos, contenerlos, y morir á sus manos si era preciso.

Hernan Cortés comprendió que aquella determinacion podia malograr sus planes, y se opuso tenazmente á los designios del emperador.

Tanto insistió este, que no tuvo más remedio que ponerle centinelas de vista y obligarle á permanecer allí, so pena de sufrir un castigo ignominioso.

Motezuma se resignó una vez más con su triste suerte.

VIII.

Es imponderable la energía, el valor, el ardimiento que desplegaron los españoles.

Pero no fueron estos solos los héroes.

Marina, asistiendo á todas partes, llevando las órdenes de Hernan Cortés, curando á los heridos, multiplicándose hasta lo infinito, dió pruebas del inmenso amor que profesaba al caudillo de los españoles.

Al anochecer se retiraron los mejicanos, más que por otra cosa, porque no acostumbraban á luchar en cuanto se ponia el sol.

IX.

Pero al ver lo mal parados que habian quedado

en la pelea, al ver que habian perecido en la lucha más de cuatro mil hombres, que pasaban de diez mil los heridos, se reunieron en consejo los jefes de aquellos valerosos patricios, y convinieron en no perder un solo instante para continuar de nuevo la obra destructora.

Uno de los teopixques, profundamente irritado contra los extranjeros:

—Es necesario incendiar el cuartel,—exclamó,—y que perezcan todos en las llamas.

La idea fué acogida con el mayor entusiasmo por los mejicanos.

X.

Inmediatamente, á favor de la oscuridad de la noche, hacinaron cerca de las puertas del edificio troncos de árboles secos, y al mismo tiempo se procuraron flechas de fuego, colocándose de la mejor manera para arrojarlas á sitios en donde pudieran producir la llama.

En esta operacion emplearon los encargados de llevarla á cabo más de dos horas.

Cuando los españoles iban á entregarse al descanso para continuar la pelea al dia siguiente, porque estaban seguros de que los mejicanos volverian, se vieron sorprendidos de pronto por las llamas, que levantándose á la puerta del edificio, no tardaron en subir hasta del pretil de la azotea.

XI.

Aquel resplandor siniestro en medio de la noche, les alarmó de tal manera, que comprendiendo la inminencia del riesgo, en tanto que los españoles hacian fuego para evitar que se acercaran los indios, los tlascaltecas acudieron á apagar las llamas, sin lograr que dejasen de abrir las puertas, que hasta entonces habian permanecido cerradas.

Derribaron paredes para apagar el fuego con los escombros, y despues trabajaron para cerrar los boquetes ó astillarlos, á fin de impedir que por ellos entrasen los enemigos.

Capitulo XX.

Nuevos combates.

I.

Lo que habia sucedido no era nada en compara-cion de lo que debia suceder.

Apenas amaneció al siguiente dia, volvieron los enemigos, aunque no se acercaron á la muralla, sin duda por que no querian sufrir las pérdidas que el dia anterior habian tenido que lamentar.

Pero desde alguna distancia provocaban á los españoles, excitándoles á que salieran á campo raso, llenándoles de improperios y acusándoles de cobardes y traidores, porque permanecian encerrados sin atreverse á afrontar la indignacion de sus enemigos.

II.

Hernan Coatés vió que se habian anticipado á sus

deseos, porque resuelto á conocer á fondo la verdadera importancia de sus adversarios, habia dado órden á sus soldados para que se aprestasen á abandonar el cuartel y á luchar en las calles, en las plazas y en el campo, si era preciso

Con aquella energía, con aquel entusiasmo que le caracterizaba, arengó á sus soldados, animó á los tlascaltecas, y comprendió con una viva satisfaccion, al oir sus expansiones, que todos deseaban poner término á aquella lucha, escarmentando á los mejicanos.

III.

Inmediatamente dividió en tres grandes grupos su ejército.

A los dos primeros les confió la mision de despejar las calles próximas al cuartel.

El tercero, á cuyo frente debia ponerse, y le formaba el grueso del ejército, debia avanzar por la calle de Tacuba, que era la que conducia á la plaza de Tlatlelulco, ancha y espaciosa via, en donde podia muy bien dar la batalla.

Dispuso las hileras, y distribuyó las armas segun la necesidad que habia de pelear por el frente y por los lados, acomodándose á lo que observó Diego de Orgaz en su retirada, y teniendo por digno ejemplo que imitar lo que poco antes mereció su alabanza, en que mostró la ingenuidad de su ánimo, y que no ignoraba cuánto aventuran los superiores que se

desdeñan de seguir las huellas de los que les precedieron, cuando hay tan poca distancia entre el error y el diferenciarse de los que acertaron.

IV.

Antes de abandonar el cuartel dejó en él suficiente número de tlascaltecas y de soldados españoles, para que le defendieran y para que vigilasen al emperador.

Marina le buscó antes de que se pusiera al frente de sus tropas.

—Quiero ir contigo,—le dijo.

—De ningun modo.

—¿No quieres que comparta contigo el peligro?—repitió la jóven.

—Necesito tu presencia aquí.

—¡Oh! No; yo quiero ir donde tú vayas, morir si tú mueres.

—No temas; el triunfo será nuestro, y es necesario que tú me reemplaces aquí, para que no desmayen mis soldados, si aprovechándose los enemigos de mi ausencia, intentasen un nuevo ataque.

Esto bastó para que Marina obedeciera.

Pero encargó á Ilbialbi que no se apartara un solo instante de Hernan Cortés, y le defendiera con su cuerpo si era preciso.

—Yo te juro,—contestó el indio,—sacrificarle mi vida si fuera necesario.

V.

Las tropas de Hernan Cortés abandonaron, con gran asombro de los mejicanos, que lo observaban de lejos, el cuartel, y no tardó en comenzar el combate.

Es imposible describir los episodios de aquella lucha con más verdad, con más vigor, con más colorido que lo hace en su admirable historia don Antonio de Solís.

Los españoles se lanzaron todos á un tiempo sobre los mejicanos.

Esperáronles los enemigos, y recibieron las primeras cargas sin perder terreno, llegando su heroicidad hasta el punto de confundirse con sus adversarios.

Las cerradas descargas que disparaban los españoles, no les intimidaban, y ellos á su vez les arrojaban una lluvia de flechas.

VI.

Los españoles consiguieron por fin, despues de una desesperada lucha, desembarazar las calles.

Huyeron despavoridos los mejicanos á lo ancho de una plaza, cargaron sobre ellos tres escuadrones, y á su primer ataque desmayaron los indios y volvieron las espaldas, dando á la fuga el mismo ímpetu que demostraron en la batalla.

Hernan Cortés, deseando no derramar más sangre, ordenó no se persiguiese á los fugitivos.

Recogió su gente y se retiró, sin hallar oposicion que le obligase á pelear.

VII.

Las bajas que experimentaron los españoles fueron diez ó doce muertos y unos sesenta entre heridos y contúsos.

Los mejicanos sufrieron horribles pérdidas, y presentaban un aspecto imponente las calles, cuyas acequias estaban teñidas con la sangre de tantas víctimas.

Todos hicieron alardes de valor, y los tlascaltecas rivalizaron con los españoles.

Hernan Cortés dirigió á su ejército como valeroso capitan, acudiendo á todas partes, y demostrando que unia á su gran valor su pericia militar.

VIII.

Hernan Cortés ordenó la retirada para dar descanso á sus tropas y asistir á los heridos.

Esta se hizo con el mayor órden.

Los españoles sentian abandonar á los enemigos despues de haber llevado la mejor parte en la pelea.

Es indecible el valor que inspiraba Hernan Cortés á sus soldados.

Marina salió al encuentro de ellos.

Afortunadamente los mejicanos no habian intentado asaltar el cuartel.

A pesar del triunfo, temerosos de una celada, velaron los españoles para no verse sorprendidos.

Tres dias trascurrieron sin que le hostilizaran los mejicanos, y por lo tanto, sólo se cuidó en este tiempo de defender el cuartel y de estar prevenido para evitar cualquiera sorpresa.

Capítulo XXI.

Donde vuelve á aparecer Cacumatzin.

I.

¿Por qué razon habian cesado en sus hostilidades los mejicanos?

No debe atribuirse á desaliento ni á desesperacion su actitud pasiva.

Habian perdido en los dos dias de combate, entre muertos y heridos, más de quince mil hombres.

Pero habian llegado de refuerzo de veinticinco á treinta mil.

Las desventajas que habian experimentado en la lucha se debian principalmente á su falta de disciplina y á su poco conocimiento del verdadero arte de la guerra.

Divididos en grandes destacamentos, á las órdenes de uno ó dos jefes, se presentaban en masa al ene-

migo, y aun en los momentos en que disparaban sus flechas desde las azoteas, aparecian todos á un mismo tiempo presentando blanco á los arcabuces de los españoles y á las flechas de los tlascaltecas, no ménos certeras que las de los mejicanos.

II.

No pudieron ménos de reconocer la inmensa superioridad que sobre ellos tenian los españoles.

Pero resueltos como estaban á morir, deseaban á toda costa un jefe que pudiera dirigirlos.

De todos modos, era imposible continuar la lucha sin apartar los cadáveres de las calles y curar á los heridos, que pedian á toda costa auxilio para poder volver á combatir.

Dedicáronse, pues, á estas humanitarias operaciones, y estando en ellas llegó á su noticia un importante suceso que habia ocurrido en Tezcuco.

III.

Cacumatzin, aprisionado, como recordarán nuestros lectores, por Motezuma, habia logrado evadirse de su prision.

Se habia dirigido á Tezcuco, habia enviado un emisario á sus amigos, y se habia puesto de acuerdo con ellos para destronar á su hermano y castigar á los que le habian favorecido.

En aquellas circunstancias, la mayor parte de las fuerzas con que contaba Imbilimbo habian salido para Méjico con el objeto de auxiliar á los mejicanos.

Cacumatzin acechó una ocasion, y entrando con sus amigos en el palacio de su hermano en el momento en que este estaba descuidado en compañía de sus consejeros y favoritos, los pasó á todos á cuchillo, alzándose de nuevo con el reino.

IV.

No era sólo su ánimo recuperar el cetro que habia perdido.

Ambicionaba más.

Ambicionaba ceñir á sus sienes la imperial corona de Méjico, y comprendia que ninguno como él podia inspirar valor á los mejicanos y dirigirlos en la pelea.

Envió emisarios al príncipe de Iztacpalapa y á los principales jefes de los mejicanos, anunciándoles que habia recuperado su reino y que estaba dispuesto á alcanzar el perdon por el crímen que la necesidad le habia obligado á cometer, acudiendo en auxilio de los defensores de su independencia y conduciéndoles á la victoria.

V.

El príncipe de Iztacpalapa, Guacolando y los teopixques rechazaron aquel ofrecimiento.

Pero el pueblo, que conocia el valor de Cacumatzin, apenas se enteró de su proposicion, se colocó de su parte é influyó poderosamente para que le aclamasen su jefe y le dieran el mando general de todas las tropas.

Aguardándole, aplazaron el combate.

Por este motivo dieron tres dias de descanso á los españoles, los cuales aprovechó Hernan Cortés en construir cuatro castillos de madera sobre ruedas para que pudieran moverse, y salir con ellos ofreciendo defensa á sus soldados.

VI.

Creyendo que la actitud de los mejicanos en aquellas circunstancias era síntoma de desesperacion, pensó de nuevo en proporcionarles la paz, para lo cual celebró con Motezuma varias conferencias, encaminadas todas al logro de sus deseos.

Hernan Cortés ignoraba cuál era la actitud de los mejicanos, y sobre todo, que la tregua con que le favorecian era síntoma, más que de desaliento, de la resolucion indeclinable en ellos para dar la batalla decisiva.

Poco tardó en convencerse de ello Hernan Cortés.

Capítulo XXII.

Lucha de dos atletas.

I.

Al cuarto dia muy de madrugada oyó cerca del cuartel los atabales de los mejicanos, síntoma que anunciaba sus deseos de provocar de nuevo la lucha.

Un combate desde el cuartel era inútil.

Los mejicanos no se acercaban ya á tiro de bala, y por otra parte, los centinelas anunciaron que se veia mucha gente en las azoteas de las casas de Tacuba y otras inmediatas, y que avanzaba una columna de poca consideracion; pero dispuesta al parecer á provocar á los extranjeros, á obligarles á salir de sus trincheras, y á perecer, si era preciso, para que los vengasen sus hermanos.

II.

Hernan Cortés, que no conocia todavía el núme-

ro de fuerzas que iba á encontrar en frente, que ignoraba que los mejicanos habian aceptado como jefe á Cacumatzin, lo dispuso todo para que sus tropas saliesen.

Mandó sacar del cuartel los cuatro castillos ó máquinas, cuya construccion habia dispuesto.

En ellos iban muchos soldados, que debian atacar á los mejicanos por las trincheras de los castillos, librándose de sus flechas bajo las murallas de tabla.

Al lado de cada castillo iban tambien á la descubierta españoles y tlascaltecas.

III.

Tomadas las medidas para ponerse en marcha, Ilbialbi fué en busca de Hernan Cortés para colocarse á su lado y cumplir los deseos de Marina.

Al entrar en la estancia en donde los dos amantes se despedian, les sorprendió estrechándose con verdadero amor, y oyó decir á Marina:

—Si tú mueres, bien mio, yo tambien dejaré de existir.

Este descubrimiento despertó en su alma los celos de una manera horrible.

La primera idea que cruzó por su mente fué despedazar al hombre feliz que le robaba su ventura.

Pero le vió Marina, y Marina le subyugaba.

—Ilbialbi,—le dijo,—no te apartes de su lado; defiendele.

El indio obedeció á pesar suyo, porque la voz de la jóven le entusiasmaba.

IV.

Sin darse cuenta de lo que le pasaba, salió con Hernan Cortés dispuesto á obedecer las órdenes de Marina.

Llevaba, sin embargo, en su alma una herida profunda.

Estaba como el hombre que acaba de recibir un golpe, y no se dá cuenta del estado en que se encuentra.

Casi al mismo tiempo que salian los españoles del cuartel, se presentaron á tiro de bala los mejicanos que formaban la vanguardia.

Verse y acometerse unos á otros, todo fué uno.

Los mejicanos se lanzaron sobre los españoles, y estos resistieron su empuje, matando gran número de sus adversarios.

V.

Al mismo tiempo trabajaban por órden de Cacumatzin muchos soldados, y destruian los puentes de las calles, y subian á las azoteas grandes moles de piedra con el ánimo de arrojarlas sobre sus enemigos.

La primera columna quedó deshecha.

Otra más numerosa atacó de nuevo á los españoles.

Pero los que la formaban no tardaron en retirarse, porque como estaban á poca distancia de los soldados de Hernan Cortés, diezmaban sus filas las balas de los arcabuces, y veian perder inútilmente sus mejores fuerzas.

VI.

Habian formado en las calles contíguas al cuartel una especie de barricadas ó parapetos, á los que se replegaron para defender palmo á palmo el terreno.

Avanzaron los españoles y los tlascaltecas con no ménos ardimiento que aquellos, tomándoles en breve las posiciones que ocupaban.

Pero desde las azoteas y desde las esquinas de las calles disparaban los mejicanos una lluvia de flechas sobre sus opresores.

Desde la azoteas arrojaban moles inmensas de piedra sobre los castillos, logrando en breve tiempo desbaratarlos.

La lucha tenia lugar al mismo tiempo en las calles, en las casas y en las azoteas, y oponian tal resistencia los mejicanos, que fué de todo punto necesario adelantar algunas piezas de artillería para desalojarlos de sus posiciones.

VII.

Al fin llegaron á un terreno ancho, en donde pu-

dieron presentarse en columna grandes masas de fuerzas, y arrojándose compactas á los españoles, disparaban sus flechas casi á quema-ropa, para dejar lugar á otra columna; notándose en su actitud, en su energía y en su modo de disparar las flechas, que obedecian á las insinuaciones dadas por personas más hábiles y más inteligentes en la guerra que las que hasta entonces habian presidido sus combates.

No sólo tomaban parte en aquella batalla, sino que atacaban en grupo á los españoles dispersos, y al llegar á los canales se arrojaban al agua, defendian el paso con las picas y oponian toda clase de estorbos á la marcha de sus enemigos.

VIII.

Irritaba profundamente á Hernan Cortés aquella resistencia tan obstinada que le oponian.

—No hay duda,—exclamaba;—alguien dirige á estos hombres. Se nota en su manera de pelear que obedecen á una sola voluntad enérgica. Para obtener el triunfo, es necesario buscar esa cabeza y destruirla.

No tardaron las circunstancias en proporcionarle la ocasion de averiguar quién era aquel inteligente adversario.

Los indios mejicanos, viendo que perdian mucha gente y que no lograban avanzar, formaron una gruesa columna, al frente de la cual se puso Cacumatzin,

y avanzó con ímpetu hácia los soldados de Hernan Cortés.

IX.

El caudillo de los españoles reconoció inmediatamente á su enemigo, y dispuso su tropa de la mejor manera posible para que apenas avanzase Cacumatzin con las primeras filas de la columna, se interpusieran luchando á espaldas de ellos con los de las filas de atrás, y se quedó con una compañía de españoles para atacar á su adversario.

Todo se hizo á medida de su deseo, y no tardaron Cacumatzin y Hernan Cortés en presentarse frente á frente.

Al reconocerse los dos jefes, un mismo sentimiento, el de la venganza, se despertó en su alma.

Llevaba Cacumatzin una fuerte maza de pedernal, y en torno suyo multitud de flecheros, que disparaban sobre los españoles, embotándose en sus armaduras las flechas.

Un disparo á quema-ropa de los arcabuceros hizo retroceder á unos cuantos y caer muertos á no pocos.

X.

Hernan Cortés y Cacumatzin llegaron á juntarse de tal manera, que se trabó entre los dos una lucha cuerpo á cuerpo.

—Dejadnos solos,—gritaba Hernan Cortés á sus soldados.



HERNAN CORTÉS.—Hernan Cortés hizo un supremo esfuerzo y arrojó á tierra á Cacutmazin.

La misma órden daba á los suyos Cacumatzin.

Admirados unos y otros de aquel combate titánico, suspendieron las hostilidades en presencia de aquel espectáculo grandioso que se aparecia á su vista.

Eran horribles los esfuerzos de unos y otros combatientes para destruirse.

Cacumatzin llevaba la peor parte, porque no defendia su cuerpo una armadura como la de Hernan Cortés.

Pero el mejicano tenia doble fuerza que su adversario, y abrazado á él, abollaba con su nervuda mano las piezas de acero que defendian á su enemigo.

XI.

Cerca de Hernan Cortés, un hombre espiaba todos sus movimientos y parecia vacilar entre cumplir las órdenes de su jefe y acudir á su defensa.

Este hombre era Ilbialbi.

Ninguno de los dos contendientes perdia terreno.

Hernan Cortés hizo un supremo esfuerzo, y arrojó á tierra á Cacumatzin.

En aquel momento cayó sobre él una lluvia de flechas, hiriéndole una de ellas la mano, por habérsele roto en el combate el guantelete.

En aquellos instantes, poniéndose Ilbialbi delante de Hernan Cortés, con una daga española mató á Cacumatzin.

Los españoles á su vez cayeron sobre los mejicanos, haciéndoles una horrible matanza.

XII.

Al ver muerto á Cacumatzin, huyeron despavoridos sus soldados.

Ya empezaba á anochecer, y como no podian los españoles ganar terreno, como el número de los combatientes que les aguardaba en la plaza de Tlatlelulco era infinitamente superior al suyo, dispuso Hernan Cortés que se retirasen todos al cuartel.

El combate de aquel dia le habia convencido de que todo el valor de los españoles se estrellaria siempre en el gran número de sus adversarios.

Poco importaba que hubiera muerto Cacumatzin.

Aquel desastre aumentaria la desesperacion de los mejicanos, y veia claramente que lo único que podia conseguir aceptando nuevos combates, era conservar su alojamiento.

Esto no podia satisfacer su ambicion de conquista.

XIII.

Apenas cerró la noche, cesaron por completo las hostilidades, guareciéndose los españoles en el cuartel.

En la jornada habia perdido seis soldados españoles, y más de cuarenta tlascaltecas.

Los heridos ascendian á ciento.

Al llegar curó Marina sus heridas, y mandó llamar á Ilbialbi para manifestarle su gratitud por el servicio que le habia prestado.

El indio no parecia.

Los españoles recogieron los cadáveres de los suyos, y entre ellos no se hallaba el del indio.

¿Qué habia sido de él?

XIV.

Pronto olvidó Hernan Cortés á su salvador, porque los cuidados que le asaltaron concentraron su pensamiento en los medios que deberia emplear para no perder lo conseguido y alcanzar lo deseado.

Capítulo XXIII.

En el que Motezuma propone á Hernan Cortés que salga de Méjico.

I.

Motezuma habia podido conseguir de sus guardianes que le dejasen subir á una de las torres del cuartel, y desde allí presenció con horrible ansiedad el combate de sus vasallos y de los españoles.

Una fiebre horrible ardia en las venas del pobre emperador.

El, en otro tiempo ídolo de su pueblo; él, á quien sus vasallos habian adorado con el mismo fervor que á sus dioses, habia llegado á tan mísera situacion, y tenia que asistir á aquel espectáculo sin que su voz se oyera, sin que su influencia pesara para nada en tan deplorable suceso.

No sabia, al seguir con penetrante mirada las peripecias del combate, qué desear más: si la victoria de sus aliados, ó el triunfo de sus vasallos.

II.

La Providencia habia reservado á aquel tirano uno de los castigos más terribles.

Al retirarse de aquel observatorio llegaban los españoles, y Motezuma no tuvo valor para llamar á Hernan Cortés, temeroso de que sorprendiera en su ánimo las vacilaciones, las pesadumbres, el abatimiento que le dominaba.

Bajo el mismo techo pasaron aquellos dos hombres una noche horrorosa.

Pensaban uno y otro qué determinacion deberian tomar.

Hernan Cortés consideraba necesario su alejamiento de la ciudad, y esto representaba á sus ojos una completa pérdida de todo lo que habia conseguido.

III.

—Si abandono la ciudad,—se decia,—creerán los mejicanos que huyo cobardemente.

Los tlascaltecas, tan interesados como yo en la ruina de Méjico, dudarán de nuestro valor, y sin prestigio perderemos su confianza.

Un asilo en Zempoala es el desenlace más triste de esta empresa, despues de los peligros arrostrados y de los triunfos obtenidos.

¿Y quién me asegura que los mismos zempoales, temiendo la venganza de los mejicanos, no nos considerarán como la causa de sus desventuras?

¿En dónde hallar entonces refuerzos para venir con nuevo brío á Méjico á concluir la conquista?

¡Qué alegría experimentaria don Diego de Velazquez al verme derrotado! Antes la muerte. Los mismos soldados de Pánfilo de Narvaez, que ahora militan bajo mi bandera, temerosos del castigo que les esperaria por su defeccion, al llegar á Santiago de Cuba se sublevarian contra mí, me harian prisionero y me conducirian á la presencia de mi verdugo, para alcanzar su perdon de esta manera.

No, mil veces no.

Y sin embargo, no hay más remedio que partir.

IV.

Hasta entonces no habia acercado Hernan Cortés á sus labios la copa del martirio.

En vano pedia á su imaginacion un medio, en vano contaba con su valor y con el de sus tropas. ¿Qué podian hacer tres mil hombres contra un ejército tan numeroso como el de los mejicanos?

V.

Motezuma, por su parte, comprendia que era insostenible la situacion de su país.

Desde el observatorio, espejo de su vergüenza, habia descubierto entre los jefes de sus vasallos al príncipe de Iztacpalapa y á otros muchos personajes de su córte.

—¿Qué significa su presencia al frente de los mejicanos?—se decia.—¿Creen que estoy prisionero y aspiran á libertarme, ó se aprovechan de las circunstancias para satisfacer su ambicion, arrebatar de mis sienes la corona para ceñirlas en las suyas?

Habia momentos en los que creia que apenas oyesen su voz recuperaria su prestigio y los someteria á la obediencia.

Otras veces pensaba en que el pueblo, ofendido con él, no le haria caso alguno.

Al fin, despues de una noche de insomnio, tomó una resolucion.

VI.

Por la mañana muy temprano rogó á Hernan Cortés que fuese á verle para tratar de asuntos importantes.

Su objeto era comunicarle la resolucion que habia adoptado.

Hernan Cortés acudió á su llamamiento.

—¡Cuán pequeño apareceré á vuestros ojos!—exclamó Motezuma.—Los dioses me han castigado, inspirándome hácia vos un afecto, que sin duda ha despertado hácia mí el ódio de mi pueblo.

Ayer he presenciado el combate.

He visto á mis vasallos caer bajo los golpes de vuestras mortíferas armas.

Es necesario que esto termine.

VII.

Hernan Cortés guardó silencio breves instantes.

—Bien sabeis,—dijo,—que la culpa no es mia, que no he provocado el conflicto. Me han atacado y me he defendido.

Hubiera podido incendiar las casas, acometer despiadadamente á los mejicanos.

Lo he evitado, porque he comprendido que no son ellos, sino sus instigadores, los que desean á un mismo tiempo nuestra destruccion y la vuestra.

—¿Eso pensais?

—¿Qué duda tiene? Cacumatzin, el príncipe de Iztacpalapa, el rey de Tacuba, vuestros parientes, vuestros aliados, vuestros protegidos, secundados por los sacerdotes y los altos personajes del imperio, son los que han provocado esta lid desastrosa para todos.

¿Y sabeis con qué objeto? ¡Ah, Motezuma! No lo dudeis.

Os han acusado entre vuestro pueblo de ser amigo, aliado nuestro. Le han dicho que debe arrebataros la corona para colocarla en la frente de uno de esos jefes, que os pagan de ese modo la gratitud que os deben.

La causa sois vos: el pretexto nosotros.

—Pues bien; es necesario poner término á esta angustiosa situacion. Yo confio en que mis vasallos, al verme, al oirme, seguirán mi consejo, abandonarán á sus instigadores, me ayudarán á castigarles, y reinará de nuevo en Méjico la paz y la ventura de otros dias. Yo espero conseguirlo si me ayudais.

—¿De qué manera?

—Creo haberos dado pruebas bastantes de mi respeto al gran Quetzalcoal y del amor que os profeso. He cumplido mi palabra, y he permanecido á vuestro lado abandonando á mis vasallos. No podeis dudar de mí; no teneis derecho á dudar.

—De ningun modo.

—Pues bien; yo creo haber hallado el medio de restablecer la tranquilidad.

—Dispuesto estoy á secundaros.

—Es necesario para ello que abandoneis con vuestras tropas la ciudad.

—¿No veis que atribuirian á cobardía lo que en todo caso no seria de nuestra parte más que un deseo conciliador, un medio de restablecer la armonía entre vos y vuestros vasallos?

—Yo os aseguro,—añadió Motezuma,—demostrar á mi pueblo que habeis accedido á mis ruegos para mostrarle que no soy vuestro prisionero, y que reconoceis en mí todo el poder que tengo.

Además, una vez calmados los ánimos, empeño mi palabra de volver á abrir para vosotros las puertas de mi ciudad, para consolidar la amistad que nos une.

VIII.

Hernan Cortés conoció que no le quedaba más que aquel partido.

—Si ante la fuerza,—dijo,—no cedo, ni cederé jamás, la razon me domina, y estoy dispuesto á obedeceros. Pero tened presente que antes de partir desearia veros obedecido por vuestros vasallos, contribuir al castigo de vuestros nobles, que son los que han provocado el conflicto.

Pero si vos creeis tener bastante fuerza para triunfar de vuestros enemigos sin nuestra ayuda, dispuesto estoy á abandonar á Méjico.

Motezuma, al oir estas palabras, levantándose de su asiento, corrió á abrazar á Hernan Cortés.

—No os podeis imaginar cuán grande, cuán profunda es mi gratitud. Con esa resolucion me devolveis la vida, me devolveis el amor de mis vasallos. En breve voy á dar órdenes para que los mejicanos depositen las armas; y no lo dudeis, la paz y la alegría volverán á mi corazon.

IX.

Apenas terminó Motezuma estas palabras, entraron á avisar á Hernan Cortés un nuevo conflicto.

Los mejicanos, resueltos á jugar el todo por el to-

do, habian rodeado el cuartel, y parecian decididos á morir todos, ó á conseguir el triunfo.

Ante aquella noticia quedó desconcertado Motezuma, y Hernan Cortés salió precipitadamente á dar las órdenes necesarias para contener el empuje de los mejicanos.

Sepamos antes qué es lo que habia pasado entre ellos.

Capitulo XXIV.

Una conspiracion con buenas formas.

I.

La desastrosa muerte de Cacumatzin consternó al ejército mejicano.

Hasta entonces habia confiado en obtener una pronta victoria sobre los españoles.

Víctima su caudillo de los extranjeros, comenzaron á vacilar, y esta fué la causa de su retirada.

Pero no era ya ocasion de retroceder.

Los españoles habian muerto á muchos mejicanos, habian incendiado muchas casas, habian llenado de luto y de desolacion la ciudad, y no era posible dar tregua á la lucha.

El príncipe de Iztacpalapa, abandonando su natural vanidad, participaba de los rencores que abrigaba el corazon de los mejicanos, y tomó una actitud más enérgica.

II.

Si hubiera sido posible conocer á fondo los sentimientos de Quetlahuaca, fácilmente se hubiera descubierto en ellos una secreta alegría por la muerte de Cacumatzin.

En efecto; aquel príncipe, cuyo carácter belicoso se hacia tan necesario en aquellos momentos, despues del triunfo hubiera conquistado la corona de Méjico, que de derecho le pertenecia por ser el primer elector del imperio, y le hubíera sido muy fácil arrebatarla con sus manos de hierro, con el prestigio que habia alcanzado conduciendo á la victoria á los mejicanos.

Comprendiendo, apenas supo la muerte del caudillo, que necesitaba abandonar la templanza por la energía, el espíritu de conservacion por el ardor guerrero, congregando á todos los que le ayudaban á la reconquista de la independencia:

III.

—La paz es imposible,—les dijo;—ya veis la actitud en que permanece Motezuma. Si no estuviera prisionero, habria corrido á nuestro encuentro, bien para contenernos, ó bien para ponerse al frente de nosotros.

Yo no sé si es cómplice de los españoles: su conducta lo hace creer así. Pero si no lo es, si ha consentido soportar el peso de las cadenas, no merece ocupar más tiempo el trono, y yo estoy resuelto á arrebatársele de las manos, porque en ellas se deshonra.

Grandes han sido las pérdidas que hemos experimentado; pero los mejicanos han luchado como héroes, y se vé en su actitud que están resueltos á morir..

Aprovechemos estos nobles sentimientos de su alma, para no dar tregua ni descanso á nuestros enemigos.

Mañana al romper el alba rodeemos todos el cuartel donde se guarecen, y aunque perezcamos la mitad, aunque perezcamos todos, destrocemos las murallas que les libran de nuestras flechas, luchemos con ellos cuerpo á cuerpo en su mismo albergue: ya no es posible soportar más dias la lucha de nuestra desventurada ciudad.

Cacumatzin, por ser príncipe, por ser general en jefe de nuestras tropas, merece que se le tributen grandes honores.

Recoged su cadáver, traedle á palacio, haced que vengan todos los mejicanos á despedirse del que ha dejado de existir, y en su presencia juremos todos obtener el triunfo mañana, ó perecer.

IV.

Todos aceptaron la proposicion del príncipe de Iz-

tacpalapa, y el cadáver del guerrero fué conducido con gran pompa hasta el palacio, siendo colocado en el inmenso salon en donde tenia su trono Motezuma.

Los nobles del imperio, los caciques, los cabos de las tropas, una gran parte de los mejicanos, rodearon aquel cadáver, contemplándole con una mirada que envolvia á un tiempo el pesar que sentian y el deseo de vengar aquella desgracia que les habia sobrevenido.

El príncipe de Iztacpalapa rompió el lúgubre silencio que reinaba en aquella estancia, teatro otras veces de espléndidas fiestas.

V.

—Mejicanos,—exclamó con acento conmovido:—ya no tenemos rey. Si lo tuviéramos, si Motezuma amase como nosotros á su patria, habria corrido á nuestro encuentro, y nos habria dirigido al combate. Cacumatzin le reemplazó dignamente, arrostrando toda clase de peligros, para venir á colocarse al frente vuestro y destruir al enemigo.

Los dioses han querido que perezca. Yo hubiera sido el primero en elevarle al trono, vacante por la traicion de Motezuma, si hubiéramos conseguido el triunfo, ó por lo ménos si la suerte no hubiera condenado al sueño eterno al valiente guerrero.

Pero su ejemplo debe animarnos. A mí me anima de tal modo, que os juro sobre su cabeza compartir

con vosotros los peligros, guiaros al combate, imitando su ejemplo, y perseguir por todos los medios que se nos alcancen á nuestros enemigos, hasta que no quede un solo mejicano ó un solo español.

VI.

Las palabras del príncipe de Iztacpalapa despertaron gran entusiasmo en la muchedumbre.

—Muera nuestro enemigo,—gritaron todos.

—Jurad tambien vosotros,—añadió Quetlahuaca,—seguirme mañana hasta el cuartel de los españoles, rodearlos, atacarlos, y penetrar en él, aunque sea preciso para ello incendiar todo el edificio y perecer con nuestros adversarios en las llamas.

—Lo juramos,—gritaron todos.

—Pues bien; mañana, apenas comience el sol á difundir sus primeros rayos, estad todos prevenidos. Los extranjeros nos creerán en el más profundo desaliento; y la sorpresa primero, y despues el valor, nos darán el triunfo.

VII.

—Antes de separarnos,—dijo Guacolando,—quiero tambien hablaros. Ya sabeis que yo he sido el confidente, el consejero, el amigo leal de Motezuma. He hecho los mayores sacrificios por él, y he intentado por

todos los medios imaginables apartarle de los españoles, que le han hechizado sin duda alguna, y conducirle de nuevo á este aposento, del que nunca debió separarse, porque al hacerlo ha deshonrado á nuestra patria.

Yo seré el primero en combatirle, porque antes que nada soy mejicano, y prefiero la pobreza á la nota de ingrato, á contribuir á los males de mi patria.

Pero si alguna autoridad tiene mi voz entre vosotros, si reconoceis los servicios que he prestado al imperio, permitidme que os recuerde el derecho que tiene el príncipe de Iztacpalapa á suceder en el trono á Motezuma, uniendo á la corona, que estoy seguro le dareis, el reino de Tezcuco, cuyo soberano ha perecido.

—Sí, sí,—gritaron todos;—Iztacpalapa es nuestro rey, es nuestro emperador.

—No,—dijo Quetlahuaca.—Aun vive Motezuma. Mientras viva, yo puedo ser vuestro jefe, pero no reemplazarle en el trono.

No es esta la tradicion de nuestro pueblo. Nadie lo ha hecho así; no lo haré yo el primero.

Venga Motezuma á nuestro poder; juzguémosle como merece, y si creeis que ha sido culpable, que ha sido aleve, que ha sido traidor, démosle el castigo que sea justo, y entonces, sólo entonces, por vuestra voluntad cumpliré vuestros deseos.

VIII.

Los teopixques propusieron que aquella misma noche se celebrasen solemnes sacrificios en aras de sus dioses para que fueran propicios.

Doce zempoales de los que servian á los españoles habian sido hechos prisioneros, y convinieron en que aquellos infelices fueran las víctimas.

Trasladáronse todos al templo mayor, y allí, en medio de las tinieblas de la noche, se celebró la horrible ceremonia.

Casi todos los mejicanos impregnaron la punta de sus flechas en la sangre de los desgraciados que acababan de sucumbir.

Era ya media noche cuando se retiraron todos, dispuestos á obedecer al dia siguiente, apenas amaneciese, las órdenes del príncipe de Iztacpalapa.

IX.

No fué precisamente al amanecer cuando se presentaron en los alrededores del palacio que ocupaban los españoles.

Dispuestos como estaban á quemar el edificio, formaron haces de leña resinosa, y comenzaron á colocarlos al pié de los muros, para prenderles fuego en el último extremo.

Este fué el motivo de que, sin sospechar siquiera sus planes, acudiera Hernan Cortés á conferenciar con Motezuma y de que le sorprendiesen las noticias que le comunicaron, anunciándole la actitud en que acababan de presentarse los mejicanos.

Capitulo XXV.

Atrevimiento y consternacion.

I.

Acudió con presteza Hernan Cortés á todos los puntos vulnerables del cuartel para reforzar la defensa y responder al ataque con el ataque.

Desde el primer momento tomó el asalto proporciones formidables.

La metralla de los cañones, las balas de los arcabuces, las flechas que disparaban los tlascaltecas, todo era inútil.

Perecian muchos mejicanos, pero se multiplicaban.

Sus compañeros trepaban por las ventanas, llegaban á agarrar con las manos los mismos cañones de los arcabuces, y aunque muchos de ellos caian asesinados desde las ventanas, otros los imitaban, y era

de todo punto imposible contener el ardor de aquella gente.

En el gran patio del cuartel tenia Hernan Cortés el grueso de sus tropas, y desde allí las dirigia á los puntos que más peligro presentaban.

II.

Apenas pasó la primera impresion de estupor, Motezuma, al saber la resolucion que habian tomado los mejicanos, comprendió que Hernan Cortés no podia oirle en aquellos momentos, y llamó á Marina.

—He resuelto presentarme á mi pueblo,—le dijo;—es el único medio de contener su ímpetu, de restablecer la paz.

Busca á Hernan Cortés, manifiéstale mis deseos. Díle que quiero subir á la azotea, y presentarme desde el pretil á mis vasallos, y obtener de este modo que se retiren los sediciosos, mandando á mis nobles que vengan desarmados á explicarme la causa de su conducta y á manifestarme sus deseos.

III.

Corrió Marina á comunicar aquel proyecto á Hernan Cortés, y eran tan críticas las circunstancias, que en medio del caos que reinaba, al oir aquellas palabras vió un rayo de luz el caudillo de los españoles.

—Díle que accedo á sus deseos, que se presente pronto.

IV.

Motezuma, animado por la esperanza de que su presencia pondria fin á la guerra, mandó á sus servidores que le presentasen todas sus galas, todos los atributos de su poderío.

Vistióse con precipitacion la túnica régia.

Puso en su frente la corona.

Cubrió sus espaldas con el manto imperial.

Adornó su cuerpo con todas las joyas que usaba en los actos solemnes, y un momento despues, seguido de los servidores mejicanos que aun estaban en su compañía, se presentó en el patio del cuartel.

Hernan Cortés mandó que un destacamento de cuarenta soldados y de cien tlascaltecas subiesen á la azotea con Motezuma y sus servidores, y él mismo se colocó á su lado para asistir á aquella escena que debia resolver el conflicto.

Los combatientes se colocaron en la azotea, aunque á distancia del pretil, y abrieron paso á Motezuma.

V.

Uno de sus servidores, acercándose á la balaustrada, gritó con espantosa voz:

—Mejicanos, cesad en el combate, y oid todos con

atencion, porque el gran Motezuma, vuestro emperador, se ha dignado salir aquí á escuchar vuestras quejas, y hará justicia.

Estas palabras produjeron un efecto magnético en los combatientes.

Todos callaron, y al repetirse entre ellos la voz de: «Ahí está Motezuma,» quedaron como petrificados.

Entonces se adelantó el monarca con gran solemnidad, y al verle doblaron muchos la rodilla, y los más se humillaron, como dice Solís, hasta poner el rostro en tierra, mezclándose la razon de temerle con la costumbre de adorarle.

VI.

En efecto; su figura en aquellos momentos debia imponer á los mejicanos.

No veian á los soldados que estaban detrás de él.

Sólo se les aparecia su antiguo monarca con toda la magnificencia, con todo el esplendor que estaban acostumbrados á ver en él en dias más felices; y se presentaba solo, desafiando la venganza y el ódio de millares de hombres.

Natural era que produjese aquel efecto y excitase la ansiedad de los que le miraban, y se aprestaban á escucharle.

VII.

—Haced que vuestros jefes se acerquen,—excla-

mó;—que vengan á escucharme el príncipe de Iztacpalapa, Guacolándo, todos mis nobles, todos los teopixques.

Esta órden fué obedecida inmediatamente.

Cuando estuvieron los jefes de los mejicanos en sitio donde pudieron oir al emperador, con acento bondadoso, llamándoles amigos, recordando los lazos de parentesco que con él le unian:

—¿Qué es lo que deseais?—les preguntó.

—Vuestra libertad,—gritaron todos.

—Y si no estais prisionero,—dijo el más atrevido,—si permaneceis por vuestro gusto al lado de vuestros enemigos, entonces no queremos vuestra libertad, sino vuestro castigo.

VIII.

La historia ha conservado las palabras que entonces pronunció Motezuma, y como en otras ocasiones, aun á riesgo de emplear aquí una traduccion algo anticuada, creemos deber reproducirlas:

—«Tan lejos estoy, vasallos mios,—dijo,—de mirar como delito esta conmocion de vuestros corazones, que no puedo negarme inclinado á vuestra disculpa.

»Exceso fué tomar las armas sin mi licencia; pero exceso de vuestra fidelidad.

»Creisteis, no sin alguna razon, que yo estaba en este palacio de mis predecesores detenido y violen-

tado, y el sacar de opresion á vuestro rey es empeño grande para intentado sin desórden, que no hay leyes que puedan sujetar el nímio dolor á los términos de la prudencia; y aunque tomásteis con poco fundamento la ocasion de vuestra inquietud, porque yo estoy sin violencia entre los forasteros que tratais como enemigos, ya veo que no es descrédito de vuestra voluntad el engaño de vuestro discurso.

»Por mi eleccion he perseverado con ellos, y he debido toda esta benignidad á su atencion, y todo este obsequio al príncipe que los envia.

»Ya están despachados; ya he resuelto que se retiren, y ellos saldrán luego de mi córte.

»Pero no es bien que me obedezcan primero que vosotros, ni que vaya delante de vuestra obligacion su cortesía.

»Dejad las armas, y venid como debeis á mi presencia, para que cesando el rumor y callando el tumulto, quedeis capaces de conocer lo que os favorezco en lo mismo que os perdono.»

IX.

Pronunció este discurso en medio de un silencio sepulcral, y al terminarle nadie se atrevió á proferir una sola palabra.

Contemplábanle unos con asombro.

Otros con lástima.

Habian creido al verle que condenaria su conducta, que formularia contra ellos terribles acusaciones;

y en donde esperaban la indignacion, sólo hallaban el ruego.

Muchos sentian agolparse á sus ojos las lágrimas al ver tan humillado á su monarca.

El príncipe de Iztacpalapa se confundió entre la muchedumbre, y viendo que iba á perderlo todo, agitó de nuevo á los mejicanos contra Motezuma.

X.

Despues de una pausa bastante prolongada, hubo uno que gritó:

—Tú no eres nuestro rey; abandona la corona y el cetro por la rueca y el uso.

A estas palabras respondieron todos con el grito unánime de:

—¡Muera Motezuma!

—¡Cobarde!—decian unos.

—¡Afeminado!—decian otros.

—¡Eres un miserable prisionero de nuestros enemigos!—exclamaban los más.

—Ved lo que decís,—respondia Motezuma.—Pensad en que los dioses descargarán sobre vosotros toda su indignacion, porque escarneceis en mi persona á sus representantes.

—¡Muera Motezuma!

—¡Muera el que ha vendido á su patria!

Y á estas últimas imprecaciones acompañó un disparo de flechas, demostrando al emperador y á Her-

nan Cortés, que presenciaba aquella escena, que solo las àrmas podian resolver el conflicto.

XI.

A pesar de las flechas, Motezuma, en el colmo de la desesperacion, no quiso separarse del lugar que ocupaba.

Los españoles y los tlascaltecas corrieron á su lado.

Los primeros procuraron cubrirle con las rodelas para evitar que las flechas le hiriesen.

Pero en el momento en que el mismo Hernan Cortés le suplicaba que abandonase aquel lugar peligroso y le prometia vengarle de sus vasallos, una piedra, lanzada por un verdadero atleta, hirió en las sienes al emperador, dejándole caer sin sentido.

XII.

¡Cosa extraña!

Apenas vieron los mejicanos caer al emperador con el rostro ensangrentado, se apoderó de su alma una profunda consternacion.

Hernan Cortés no tuvo ocasion de ver lo que pasaba, porque hizo que llevaran á su aposento á Motezuma, y apenas le dejó al lado de sus servidores y de Marina, que le prodigaba los mayores cuidados,

corrió sediento de venganza á castigar á los autores de aquel atentado.

Pero cuál no seria su asombro al ver que los que tan valientes, tan enérgicos, se habian mostrado, se alejaban profundamente conmovidos y como si el remordimiento hubiese arrojado sobre ellos todo el peso del más profundo dolor.

XIII.

Los mejicanos se asombraron de su obra, pensando instantáneamente en el atentado que habian cometido.

Cada cual halló un adversario temible en su conciencia, y con los ojos bajos, sin atreverse á mirar atrás, sin atreverse á hablar, unos y otros corrieron á esconderse del cielo, porque despues de lo que habian hecho, se creian acreedores al más horrible de los castigos.

XIV.

Hernan Cortés halló, pues, despejados los alrededores del cuartel.

No encontró enemigos con quienes combatir.

Y sin saber si habia empeorado ó mejorado su situacion, comprendiendo que la desgracia de Motezuma podia influir fatalmente en sus proyectos, volvió á ver cómo estaba.

El emperador, objeto de los mayores cuidados, volvió en sí; pero apenas pudo darse cuenta de lo que acababa de sucederle:

—Huid todos de mi lado,—gritó frenético Motezuma;—abandonadme: yo no merezco vuestros cuidados.

Quiero la muerte; sólo la muerte puede librarme del martirio que experimenta mi alma.

Yo, el gran Motezuma, emperador cuyos caprichos eran leyes, cuya voluntad nadie se atrevia á contradecir, he llegado al extremo de verme escarnecido por mis vasallos, y lo que es más, han puesto en mí sus manos, me han herido.

No me han dado la muerte... ¡Ah! Yo no quiero cuidados de ningun género, no quiero que me curen mis heridas. Quiero morir, y si no muero de mi herida, yo sabré darme la muerte.

XV.

En vano Hernan Cortés, Marina, todos los que le rodeaban le hacian oir el lenguaje de la razon.

De la ira pasaba al idiotismo.

De cualquier modo, la idea que dominaba en él era la de mostrar á su pueblo que no habia decaido un solo instante su valor, toda vez que tenia ánimo para arrebatarse la vida.

XVI.

Trascurrieron algunos dias, durante los cuales pareció Méjico una ciudad desierta.

¿Se habia resuelto la cuestion?

¡Ah! No; todavía tenian los españoles que afrontar nuevos peligros, que empeñarse en nuevos y dolorosos combates.

Capítulo XXVI

Una familia desgraciada.

I.

Mientras tenian lugar en Méjico las aterradoras escenas que hemos descrito en los capítulos anteriores, pasaba dias de profunda tristeza en su palacio de Tacuba el príncipe Guatimozin.

En vano Guacalcinla, para desterrar de su alma las sospechas que su imprudente confesion habia despertado, procuraba mostrarse solícita y cariñosa con él.

En vano consagraba á cada instante las caricias al fruto de su amor.

No eran sólo los disgustos domésticos los que producian en el alma de Guatimozin tanta melancolía.

Parecia que su corazon albergaba el triste pre-

sentimiento de lo que iba á suceder, y aunque ajeno por su carácter á toda ambicion, no podia ménos de sentir un inmenso amor á su patria y de llorar anticipadamente aquellas desventuras, síntoma precursor de la esclavitud que le amenazaba.

II.

Guatimozin, á quien más tarde hemos de ver figurar en primer término en esta historia, tenia motivos poderosos para no intervenir en aquella encarnizada lucha que sostenian los españoles y los mejicanos.

En primer lugar, era el esposo de la hija de Motezuma.

Comprendia mejor que nadie las causas que habian obligado al monarca á trasladarse al cuartel de los españoles, para ser á su lado una garantía de paz, ó por lo ménos de la fidelidad con que se proponia tratarles, y al mismo tiempo que admiraba aquella energía, aquella abnegacion, que pasaba por pusilanimidad á los ojos de los extranjeros, no podia ménos de sentir la vergüenza de ver un imperio tan grande y un monarca tan poderoso subyugado por unos cuantos españoles.

III.

Sólo el recuerdo de la admiracion que Hernan

Cortés habia producido en Guacalcinla, sólo la idea de que su jóven esposa habia abrigado en su corazon por un instante sentimientos de simpatía hácia el caudillo de los españoles, encendia en su pecho el rencor y se sentia con ánimos de ponerse al frente de los guerreros, de guiarlos á la destruccion de sus enemigos.

Pero ¿cómo oponerse á la voluntad de Motezuma, en quien reconocia y acataba al poderoso soberano de todo el territorio del imperio?

IV.

Al mismo tiempo, repugnaba á su corazon la idea de que pudieran creer los mejicanos que abrigaba en su alma la ambicion de elevarse al trono por aquel medio.

Sabia que Cacumatzin deseaba el cetro de Méjico.

El príncipe de Iztacpalapa, por otro camino, le anhelaba tambien.

Unos y otros tenian partidarios.

El á su vez contaba con numerosos mejicanos, que apreciando en lo que valian sus cualidades, deseaban, por ser el esposo de la hija mayor de Motezuma, que heredase su corona.

En aquellos momentos en que la independencia de su patria peligraba, ante el enemigo comun olvidaban estos tres caudillos sus ambiciones.

Por todas estas razones, en la soledad de su pa-

lacio, lejos de todo el mundo, pedia á los dioses que alejasen de Méjico los males que afligian al país, y era tal el desaliento en que se hallaba su alma, que ni los cariñosos cuidados de Guacalcinla, ni los juegos infantiles de su hijo Ulitech, bastaban á consolar su espíritu abatido.

V.

Conviene á nuestro propósito, antes de pasar adelante, dar más colorido á la figura de Guatimozin, para que se presente á nuestros lectores bajo su verdadero punto de vista.

El jóven príncipe de Tacuba pertenecia á la dinastía tenapeca, una de las más antiguas é ilustres del Anahuac.

Los tenapecas habian formado el imperio de Atzcapuzalco.

La tradicion de la familia á que perteneció Guatimozin se halla descrita en casi todos los historiadores de Méjico.

La tiranía de uno de los últimos soberanos de esta raza obligó á los tlatoanis, ó nobles mejicanos, y á los señores de Tezcuco, á coaligarse para declararle la guerra.

El tirano aceptó la batalla que le propusieron los enemigos, y despues de una reñida pelea, sucumbió en ella, pasando el imperio de los tenapecas á formar parte del imperio mejicano.

VI.

Un solo vástago quedó de la dinastía destronada.

Motezuma I, emperador de Méjico entonces, fundó el reino de Tacuba, y puso en él por jefe á aquel príncipe.

Este y su protector murieron casi al mismo tiempo, sucediendo al rey de Tacuba su único hijo, llamado Alcoyott.

A este soberano sucedieron en el trono, primero Axayacat, y luego Almitzonzin.

Almitzonzin casó al subir al trono con una hermana de Motezuma, mezclándose por este motivo en Guatimozin la sangre de los aztecas y la de los altos dominadores de la Naguaca.

VII.

Al llegar Hernan Cortés á Méjico, contaba el jóven príncipe veinte años, y hacia ya dos que estaba unido con Guacalcinla.

De su matrimonio habia nacido un niño.

Todo sonreia al jóven príncipe de Tacuba, cuando la llegada de los españoles á Méjico hizo perder la paz á su alma.

VIII.

Hemos dicho que vivia retirado y sin mezclarse para nada en las contiendas que agitaban al país.

Al dia siguiente del combate que habia terminado con el desacato de los mejicanos, hiriendo á su rey, se hallaba Guatimozin en el jardin de su palacio.

Nada más bello que aquel paraíso, en donde poco despues de amanecer buscaba alivio á sus pesares, recreando sus ojos en su hermoso hijo, que jugaba cerca de él en el regazo de Guacalcinla.

«En aquel hermoso jardin, dice una distinguida poetista (1), bajo doseles de verdura, escuchando el blando murmurio de las fuentes y el variado canto de las aves, respirando en las benignas auras matinales los penetrantes aromas del níveo *Floripundio*, del nacarado *Joloxochitl*, que en su forma imita la figura de un corazon, como lo indica su poético nombre (A); de la vistosa *Macpalxochit*, que exhala de su capullo, semejante á un canastillo, el más grato de los perfumes, y de la magnífica *Occloxohil* (B) de atigrado matiz; rodeado, en fin, de las más lindas y amenas producciones de la naturaleza y del arte, parecia extraña la grave y melancólica disposicion de

(1) La señora Gomez de Avellaneda.

aquel adolescente, cuya vida se hallaba, como el dia á que nos referimos, en su apacible mañana.

IX.

Guacalcinla contemplaba á su esposo, quien en aquellos momentos, víctima de su imaginacion, consideraba la aflictiva situacion del imperio y veia con los ojos de su alma el horrible combate, que segun sus noticias, debia tener lugar en aquellos instantes.

—¡Maldita sea la hora,—exclamó el príncipe,—en que llegaron á nuestro suelo los españoles!

—¡Malditos sean! Puesto que tú los maldices,—exclamó Guacalcinla;—malditos sean, porque te han robado la tranquilidad, porque han segado en flor tus venturas, porque en el albor de la juventud y de la felicidad sólo tienen lágrimas tus ojos y suspiros tus labios.

La jóven cayó en un profundo abatimiento.

X.

—En estos instantes,—prosiguió Guatimocin,—se decide tal vez la suerte de nuestra patria. Mis hermanos pelean, y yo no estoy á su lado. Sospecharán quizás de mi valor.

¡Ah! No sé lo que pensarán de mí.

En vano trato de consolarme recordando que he

obedecido á mi deber. Yo no puedo combatir con los amigos, con los protegidos de tu padre.

¡Ah! Guacalcinla; por lo que más ames en el mundo, te pido que apartes de mi vista á mi hijo. Al contemplar sus brillantes y serenos ojos, al ver reflejarse en su frente la inocencia, no puedo ménos de pensar en los dias terribles que le aguardan.

¡Quién sabe si el que ha nacido hijo de un rey tendrá que ser esclavo!

—¡Calla! ¡Calla!—dijo Guacalcinla, ocultando con su cuerpo la alegre y risueña figura del niño.

XI.

De pronto se presentó ante los dos esposos uno de sus más leales servidores.

—¿Qué quieres, Olitlay?—preguntó Guatimocin.

—Señor, acaban de llegar dos emisarios de Méjico. Traen las flechas en la mano izquierda, cubierta la punta con plumas amarillas.

—¡Fatídica señal! Vienen sin duda á anunciarme el luto y la desolacion. Tendré valor para recibirlos. Llévalos á mi estancia. Voy en seguida.

Y dirigiéndose á su esposa:

—Guacalcinla, quédate entre las flores y mírate en tu hijo. Unas y otro serán en lo sucesivo la única alegría que te quede en el mundo. Prepara tu corazon al dolor.

Y sin decir más, partió adonde le aguardaban los dos mejicanos.

XII.

Era uno de ellos Huasco, el fiel servidor del príncipe de Iztacpalapa.

El otro Nothalan, el jefe de las tropas que desde Malpacingo habia enviado el príncipe Olinthet á defender la causa de los mejicanos.

—¿Qué me anuncia vuestra venida? —exclamó Guatimozin.

—El mayor de los desastres.

—Hablad.

—Las calles de Méjico están llenas de cadáveres; la laguna enrojecida con la sangre de los mejicanos.

Los guerreros, resueltos á morir ó á vencer, asaltaron ayer el cuartel de los españoles.

Motezuma, el gran Motezuma, se presentó á su pueblo rodeado de extranjeros, y nos pidió con humildad la paz.

Ostentaba en su frente la corona imperial, el cetro en la diestra, el manto régio cubria sus espaldas.

Pero ¡ay! ¿quién contiene al torrente desbordado?

Guatimozin, prepárate escuchar la más horrible de las desventuras.

Los mejicanos, ciegos de ira, desoyendo la voz del deber, han dirigido sus flechas á su soberano, han arrojado piedras á su rostro, y Motezuma, el gran

Motezuma, ha caido en tierra bañado en su propia sangre.

—¡Ah!—gritó Guacalcinla, que á pesar de los ruegos de su esposo le habia seguido para saber las nuevas que llevaban los emisarios.—¡Mi padre ha muerto! ¡Maldicion sobre sus asesinos!

Capítulo XXVII.

Guacalcinla.

I.

Guacalcinla perdió el sentido, y su esposo llamó á las servidoras de la jóven para que la condujeran á su aposento.

Avido Guatimozin de saber todo lo que habia ocurrido en Méjico, preguntó á los emisarios, y oyó de sus lábios la narracion de aquel espantoso drama.

Todos los mejicanos, desde el príncipe de Iztacpalapa hasta el último mayeque (1); todos los que habian tomado las armas para defender la independencia de la patria; todos, ante la idea de haberse puesto las manos en Motezuma, estaban consternados, se habian refugiado en las montañas, habian abandona-

(1) Labrador.

do la ciudad, y parecia que pesaba sobre ellos una losa: el remordimiento.

II.

—Pero ¿habeis muerto á Motezuma?—preguntaba frenético Guatimozin.

—No lo sabemos. Pocos, muy pocos, fueron los que despues de verle caer se atrevieron á volver los ojos hácia donde habia caido.

—Es necesario que yo sepa la verdad.

—¿Te atreverás á acercarte al cuartel de los españoles?

—No, no,—exclamó Guatimozin, recordando un juramento que habia hecho.—He jurado,—añadió con tristeza el guerrero,—he jurado no acercarme al cuartel de los españoles sino con las armas en la mano, sino para vengar á mi patria, despues de haber salvado de su poder á Motezuma, y no puedo entrar con la punta de la flecha hácia arriba, símbolo de la guerra.

III.

Los emisarios partieron, y Guatimozin quedó absorto en su meditacion.

Su esposa le sacó de ella.

—Guatimozin,—le dijo,—vuelve en tí. No llores las desventuras de la patria. Yo, débil mujer, con la zozobra en el alma, porque no sé si mi padre exhala

el último aliento, vengo á darte energía, vengo á darte valor.

—¡Pobre Guacalcinla!—dijo Guatimazin.—En vano tratas de consolarme. Los suspiros de tu alma brotan de tu acento, y las lágrimas que ocultas para no entristecerme anegan tu corazon.

—Olvídate de mis pesares. Háblame de los tuyos. Díme la verdad, ¿ha muerto Motezuma?

—Los emisarios lo ignoran. Le han visto caer herido.

—Y bien; ¿por qué no vamos allá? ¿Por qué no recogemos su último aliento, si la herida es mortal y aun no ha espirado? ¿Por qué no le asistimos y le cuidamos, si aun hay esperanza de salvarle? ¿Crees que los españoles serán tan inhumanos, que no nos dejarán acercarnos á él?

—Guacalcinla, he jurado no penetrar jamás en aquel recinto, sino para luchar con nuestros adversarios.

—Pues bien, Guatimozin; comprende mi dolor. Déjame ir á mí sola.

—¿Tú?

—Yo, sí. ¿Negarás á la hija este consuelo? ¿Podrás dudar de mí en medio de la afliccion que experimenta mi alma?

—No, vé; ahora mismo voy á disponer que te acompañen á Méjico mis más leales servidores. Yo aquí espero, suplicando á los dioses que me inspiren una idea para salir de esta situacion dolorosa en que me hallo; que iluminen mi mente con un rayo de

luz, para que desaparezca el cáos que la circunda.

IV.

Guatimozin dió órden para que dos tlatoanis de su córte, con los demás servidores que fueran necesarios, acompañaran á Guacalcinla á Méjico.

El dolor habia disipado sus celos, y no recordaba el afectuoso interés que los españoles habian despertado en la inocente alma de Guacalcinla.

En breves horas llegó la comitiva á la ciudad de Méjico.

El corazon de la jóven princesa se oprimia á su pesar al contemplar el espectáculo que se apareció á sus ojos.

Un lúgubre silencio reinaba en los alrededores de la ciudad.

El cielo estaba oculto entre nubes, y aquellas nubes parecian envolver á Méjico como en un sudario.

V.

Avida de llegar al cuartel de los españoles para saber cuál era la situacion de su padre, penetró en la ciudad, y al hallarla desierta sintió que corria por sus venas un frio gracial.

Ni un solo rumor, ni una sola puerta abierta.

Todavía se hallaba en Méjico el fatídico espectro

de la guerra; pero en aquellos momentos inactivo, reposado, adormecido.

Las aguas de los canales estaban enrojecidas por la sangre.

En muchas ocasiones faltó el valor á Guacalcinla, y sólo el deseo de ver á su padre le daba fuerzas para avanzar.

Antes de penetrar en el cuartel de los españoles se dirigió al palacio de su padre para ver á Miazochil, que algunos dias antes habia abandonado á Tacuba.

VI.

El gran palacio de la plaza de Tlatlelulco, tan animado otras veces, estaba desierto.

Guacalcinla cruzó las habitaciones en donde habia pasado sus venturosos ensueños, y sólo halló algunos servidores muy adictos á su familia.

—¿En dónde está la emperatriz mi madre?—preguntó la jóven.

—No la veais,—le dijeron;—no podria soportar vuestra presencia.

En efecto; la emperatriz se habia refugiado con sus hijos en las habitaciones, que sólo ocupaban los individuos de la familia real en cuanto alguno fallecia.

—¿Y mi padre?—preguntó la jóven al hallarse en presencia de Miazochil.

—Aun vive.

—¿Vive?—exclamó con alegría.

—Sí, vive; pero en la desesperacion, porque sus vasallos, que él amaba como hijos, se han atrevido á ultrajarle, á escarnecerle, á herirle.

Guacalcinla hizo que la condujeran al cuartel de los españoles.

VII.

Hallábase de guardia en la puerta principal el capitan Escobar, quien al ver á la jóven princesa embellecida con el dolor, y al oir sus súplicas, se apresuró á anunciar á Hernan Cortés su llegada.

—Llevadla hasta la estancia de su padre,—dijo el caudillo,—y alejaos todos de allí para no turbar su afliccion.

VIII.

Motezuma estaba en el lecho del dolor.

Los cuidados que le habian prodigado, á pesar suyo, los españoles, habian aliviado su herida.

Pero la de su alma era mortal, y al ver entrar la princesa, y al reconocerla, cubriéndose con las manos el rostro:

—¡Huye, hija mia,—le dijo;—huye de mí; yo estoy maldito de los dioses! ¡Tú vista me avergüenza!

A una señal de Guacalcinla, todas las personas que rodeaban al enfermo la dejaron á solas con él.

Capitulo XXVIII.

Donde se vé lo que hace el cariño y lo que hace la pasion.

I.

Guacalcinla se postró de hinojos ante el lecho de su padre.

—Gracias sean dadas al gran Tezcalepuzca,—dijo la jóven.—El ha conservado sus dias á mi buen padre, para que yo no muriera de dolor.

Y al ver que los ojos de Motezuma se inundaban de lágrimas:

—Padre mio y señor,—añadió la jóven.—Desahoga tu corazon en el mio, exhala tus ayes, que hallarán eco en mi alma, y abre tu espíritu á la esperanza, porque ella viene á consolarte.

—No, Guacalcinla; tú eres niña, eres feliz y no puedes comprender mi dolor. Si lo comprendieras, si sintieras en tu alma la humillacion que yo siento al

ver que he perdido todo cuanto tenia, todo cuanto más amaba, el prestigio, el amor, la consideracion de mis vasallos, desearias la muerte como yo la deseo, porque la vida es para mí un contínuo sufrimiento.

Guacalcinla fijó una penetrante mirada en Motezuma.

II.

—¿Ignoras, padre y señor, la consternacion en que se encuentran tus vasallos?

¿No sabes que apenas en un momento de arrebato, de obcecacion, de delirio, se atrevieron á insultarte y te hirieron; no sabes que poseidos de un profundo remordimiento, huyeron horrorizados de su obra, y hoy no se atreven á volver sus ojos á tí, temerosos de que tu indignacion haga caer sobre ellos la ira de los dioses?

Yo estoy segura de su arrepentimiento; yo estoy segura de que hoy han sentido aumentarse en su alma el amor que te profesaban, de que no hay uno sólo que no se halle dispuesto á dar su vida por tu perdon.

—Aunque así fuera, ¿crees tú que Motezuma, el descendiente de tan poderosos monarcas, pueda perdonar semejante injuria? ¿No conoces que no puede haber piedad para los miserables que me han ultrajado?

—Han creido que los abandonabas, que preferias

á los extranjeros, que eras su prisionero, y la indignacion y el pesar les ha obligado á cometer tan espantoso crímen.

Pero créeme, padre mio; ellos volverán á tí humildes, cariñosos; ellos serán tus antiguos y leales vasallos en cuanto abandones esta triste prision, en cuanto vuelvas á tu palacio y desde el trono de tus antepasados fulmines tu anatema contra los que les han instigado á la guerra, y perdones á los que han obedecido al sentimiento del amor á la patria.

Guatimozin, mi esposo y tu hijo, acudirá á prestarte obediencia.

¿Quieres que él mismo exhorte á los mejicanos á que vengan, te busquen y te lleven en triunfo á tu palacio?

¿Quieres que él dé un castigo á los que han instigado al pueblo en contra tuya?

Mi esposo es; le amo más que á mi vida, y sin embargo, yo despertaré en su alma el deseo de complacerte.

III.

Motezuma quedó un instante pensativo.

—Sí,—murmuró;—Guatimozin no ha instigado á los mejicanos, no ha conspirado contra mí como los príncipes de Iztacpalapa y de Tezcuco. El ha sido leal, él es valiente, él puede someter á la obediencia á los mejicanos.

Guacalcinla, hija mia; tú y tu esposo sois mi única esperanza.

Si aun sientes hácia mí algun afecto; si quieres devolverme la paz que he perdido, corre, busca á tu esposo, díle que él es mi única esperanza, que se ponga al frente de los mejicanos, que someta á los jefes de la insurreccion, y entonces yo saldré de aquí para trasladarme á mi palacio y perdonar á los mejicanos.

—No, padre mio,—dijo Guacalcinla;—yo no me separo de tu lado mientras estés en peligro, mientras sufras. Al contrario, deseo para tu alivio que te veas rodeado de toda tu familia.

Que venga la emperatriz Miazochil, que vengan tus hijos, mis hermanos, que vengan los fieles servidores, que lloren tu desventura, y mientras tanto yo avisaré á mi esposo lo que ocurre, y le pediré por el amor que me profesa que cumpla tus deseos; y disipadas las nubes del pesar, sonreirá de nuevo el sol de la alegría.

IV.

Guacalcinla estaba resuelta á no separarse del lado de su padre, y llamando á los tlatoanis de Tacuba que la habian acompañado, les mandó que volviesen á la presencia de Guatimozin y le comunicaran los deseos del emperador.

V.

Inmensa fué la alegría que produjo en el capitan

Escobar la noticia de que Guacalcinla se quedaba en el cuartel asistiendo á su padre.

La belleza peregrina de la jóven le habia fascinado hasta el punto de concebir una pasion por ella.

Todas las noches quedaba un oficial de guardia cerca del aposento de Motezuma, y Escobar hizo lo posible para cambiar con el oficial á quien le tocaba dar la guardia la noche del dia en que llegó Guacalcinla á la presencia de su padre.

La jóven no se apartaba un instante del lecho del enfermo.

Aquella noche mandó á los servidores de su padre que descansasen, dejándole completamente á su cuidado.

VI.

El padre fray Bartolomé de Olmedo, que entendia mucho de medicina, convencido de que se empeoraba la salud de Motezuma, más que por la gravedad de la herida, por las cavilaciones que le quitaban el sueño, habia dispuesto darle una bebida letárgica, para que debilitando su sistema nervioso, le dejara descansar.

La tomó al anochecer, y se quedó profundamente dormido.

En la estancia no quedaron más que el enfermo en el lecho y Guacalcinla á su lado.

En el aposento contíguo, bastante retirado del que ocupaba Hernan Cortés, quedó Escobar con cuatro hombres.

VII.

El oficial se hallaba poseido de los más extraños deseos.

Guacalcinla le habia fascinado.

En las condiciones en que se hallaban los españoles respecto de los mejicanos, le era de todo punto imposible obtener su amor.

Y sin embargo, la idea de renunciar para siempre á ella, despues de haberla visto y haberla admirado, de haberse recreado en su hermosura, le desesperaba, trastornándole el juicio.

VIII.

La pasion convierte al hombre más bueno en un criminal.

Escobar, que hasta entonces habia sido un modelo de disciplina, que sólo habia pensado en la gloria, en el cumplimiento de su deber, tentado por el diablo, llegó á ese cuarto de hora de debilidad de la humana naturaleza.

La ocasion era propicia.

La jóven india no habia reparado en él, y era difícil que al dia siguiente le reconociese.

Pero estorbaban á sus propósitos los soldados, y no sabia qué partido tomar para alejarlos de allí.

De cuando en cuando turbaba el silencio que rei-

naba en torno suyo el ¡alerta! que repetian los centinelas desde los puestos que ocupaban, para evitar cualquiera sorpresa.

Aunque media todas las consecuencias del paso que meditaba, la pasion, dominándole por completo, le hizo resolverse.

—Os doy permiso para que os marcheis á dormir,—dijo á los soldados.—Veo que estais rendidos, y afortunadamente no hace falta vuestra presencia aquí.

Los soldados le obedecieron, y Escobar quedó solo en la estancia.

IX.

Como el criminal en los momentos que preceden al crímen, oprimia con sus manos su pecho para que no se oyeran los latidos, que resonando en su oido, le parecian golpes capaces de resonar en todo el edificio.

Avanzando y retrocediendo, llegó por fin á la puerta de la estancia en donde reposaba Guacalcinla.

Allí le detuvo la respiracion del enfermo, que era el único ruido que se percibia.

La habitacion estaba á oscuras; pero hacia una hermosa noche de luna, y á través de una ventana cerrada con un tejido de palma penetraba alguna claridad, la suficiente para ver los objetos que habia en la habitacion despues de estar un rato en ella.

Avanzó un paso, y vió á la jóven, que contemplaba á su padre con la mayor atencion.

Estaba vuelta de espaldas á él, y no podia apercibirse de su llegada.

Escobar, con esa fiebre que se apodera del que vá á realizar un deseo criminal, avanzó tímidamente hasta donde se hallaba la jóven, y al acercarse á ella con una mano tapó su boca, con la otra la cogió, y sin darla lugar á que profiriera un solo grito, la sacó de la estancia de Motezuma y la llevó á una antecámara, en donde él habia permanecido hasta entonces.

Ebrio de gozo por el triunfo que habia obtenido, iba á saciar sus infames deseos, cuando una voz que resonó en su oido le consternó.

—¡Miserable! ¿Qué haces?... ¡Ay de tí!

X.

Aquella voz era de Marina.

Soltó Escobar su presa, y Guacalcinla, volviendo en sí, corrió á refugiarse en la estancia de su padre.

Escobar reconoció á Marina, y cayendo á sus piés:

—¡Por Dios te pido,—dijo,—que no me descubras!

—Sólo con una condicion lo haré.

—Habla; seré tu esclavo.

—Sé que vais á partir en breve á España para una comision que desea confiar Hernan Cortés. Allí hay una mujer que me estorba. Juradme que la matareis.

—Te lo juro si no me descubres.

—De tí depende que sepan Hernan Cortés y los

mejicanos que has querido ultrajar á la hija de Motezuma, á la esposa de Guatimozin.

XI.

En seguida entró en la estancia donde se hallaba Guacalcinla, y la jóven princesa le manifestó la inmensa gratitud que sentia por haberla salvado de la infamia.

—Pídeme lo que quieras en cambio,—le dijo.

—Tu silencio, porque si Guatimozin, tu esposo, llegara á saberlo, dudaria de tí.

Marina logró con aquel motivo captarse el afecto de Guacalcinla y dominar á un hombre que podia realizar los planes de venganza que abrigaba desde hacia tiempo en su alma, á pesar de los buenos sentimientos que hasta entonces había revelado su carácter.

Capítulo XXIX.

Una madre y un hijo.

I.

Al dia siguiente, antes de que hubiera noticias de la resolucion de Guatimozin en vista de las súplicas de su esposa, tuvo lugar un suceso que merece mencionarse.

Acababa de amanecer, cuando llegó á las puertas del cuartel de los españoles una mujer india con un niño de diez á doce años.

Eran madre é hijo.

Ella tenia todo el tipo de su belleza mejicana.

Ojos regros, rasgados; cabellera negra, cútis de un bronceado claro.

Sus adornos indicaban que pertenecia á la clase de los tlatoanis ó nobles del imperio.

El centinela mandó llamar á Aguilar para que se enterara de las pretensiones de aquella mujer.

El bueno de Aguilar acudió en seguida, y oyó á la india:

II.

—Deseo ver al malinche.

Así llamaban los mejicanos á Hernan Cortés.

En su idioma era esta palabra un título honorífico.

Significaba *jefe supremo*.

—¿Qué objeto se trae?

—Vengo á implorar su proteccion.

—¿De dónde vienes?

—De Tezcuco.

Advirtió Aguilar á Hernan Cortés los deseos de la jóven, y el caudillo de los españoles se apresuró á recibirla en su estancia, encargando á Marina que asistiese á aquella entrevista en calidad de intérprete.

III.

La india y su hijo llegaron á la presencia de Hernan Cortés.

Una y otro doblaron la rodilla en tierra, y acercando la diestra á los lábios, imprimieron en ella un beso; y de este modo saludaron con toda la solemnidad mejicana al jefe de los españoles.

—¿Quién eres y qué te trae aquí?—preguntó Hernan Cortés á la jóven.

—Soy Othalitza, hija del gran Azparak, el amigo, el confidente del padre de Cacumatzin, el de la lanza mortal; y vengo á contarte mis desventuras y á implorar tu proteccion para mi hijo.

—Habla,—dijo Hernan Cortés.

IV.

—Siendo yo niña,—dijo la jóven,—acompañaba á mi padre á los combates contra los habitantes de las serranías, á quienes sometia como aliado del emperador de Méjico.

Cacumatzin fué enviado por su padre al lado del mio para que le enseñara á luchar, y los dos crecimos juntos en medio del fragor de los combates, profesándonos desde entonces un inmenso cariño.

Un dia, siendo yo aun jóven, descubrí la madriguera de un jaguar.

Era una hembra, que dejaba allí sus cachorros para ir á buscarles sustento.

Anhelaba yo poseer uno de aquellos animales, y acechando el momento en que el jaguar salia, entré en su madriguera y le arrebaté uno de sus hijos.

El jaguar me sorprendió llevándomele, y al verle solté mi presa.

V.

Un rugido feroz lanzó la fiera; pero no era más que una amenaza.

Cogió á su hijo, lo llevó á la madriguera, y cuando yo me alejaba, me ví de pronto acorralada por el jaguar.

Corrí para librarme de él, y ya me alcanzaba, cuando de pronto sentí un nuevo rugido.

Volví los ojos, y le hallé tendido en tierra, atravesado por una flecha.

Cerca de allí estaba Cacumatzin, que me habia librado de la muerte con su certera mano.

Desde entonces le adoré como á un ídolo, y él correspondió á mi amor.

De aquel afecto nació este pobre niño, que abandonado poco despues conmigo, cuenta sus dias por sus infortunios.

Cacumatzin se apoderó del jaguar muerto, y le arrancó la piel, conservando su cabeza.

Habia oido decir que la piel de los jaguares infundia valor, y desde entonces es su mejor adorno la piel del que habia muerto para salvarme.

VI.

Aquella piel fatídica le comunicó toda la ferocidad del jaguar, y sediento de la lucha, me abandonó sin volver á acordarse de mí, porque elevado al trono, buscó en otra esposa la felicidad que yo no podia ofrecerle.

Hoy ya ha muerto.

Le perdono con toda mi alma; pero el trono de Tezcuco está vacante.

Los partidarios de Imbilimbo favorecen nuestra causa.

Todos ellos recuerdan que los españoles pusieron en el sólio al soberano á quien amaban.

Cacumatzin ha muerto, y yo he venido á pediros vuestro apoyo para que mi hijo, el hijo de Cacumatzin, herede el trono de su padre, jurando prestar en todo tiempo su apoyo á sus protectores contra los que, desconociendo sus órdenes, se han atrevido á desafiar sus iras.

VII.

Hernan Cortés, que en aquellos momentos deseaba á toda costa aliados, manifestó á Othalitza que estaba dispuesto á favorecer sus deseos, siempre que los partidarios de su hijo fuesen á suplicárselo por medio de una embajada, como era razon.

—Id,—añadió caudillo;—vuestro hijo será rey de Tezcuco; yo os lo aseguro.

VIII.

Othalitza manifestó que algunos mejicanos, adivinando sus deseos, la habia seguido, y temia que no la permitiesen volver á Tezcuco.

Entonces el caudillo de los españoles comisionó á Alvarado para que fuese con veinte jinetes y cien tlascaltecas á acompañar á Othalitza y á informarse

en su nombre de los deseos de los tezcucanos, autorizándoles para sentar en el trono á Ililiti, que así se llamaba el hijo de Cacumatzin.

Partió aquella comitiva, y Othalitza se despidió de Hernan Cortés con lágrimas de gratitud.

Capitulo XXX.

La última esperanza.

I.

El silencio continuaba reinando en Méjico.

Aquellos valerosos adalides que habian peleado como héroes por la independencia de la patria, no parecian.

Sin embargo, Hernan Cortés conocia lo bastante el corazon humano pára comprender qué pasada la consternacion que se habia apoderado de ellos, volverian con nuevo ímpetu, con nueva rábia, á combatirlos.

El cuartel habia quedado muy mal parado despues del último ataque, y empleó á sus soldados en aquellos dias de descanso en reparar los desperfectos y en fortificar mejor, no sólo ya el cuartel, sino sus avenidas.

II.

Motezuma parecia más tranquilo.

La esperanza le sonreia en los ojos de Guacalcinla.

Pero tanto la hija como el padre, esperaban con ánsia la respuesta de Guatimozin.

No tardaron en volver los tlascaltecas á quienes habia comisionado Guacalcinla para que hablaran á su esposo.

Su respuesta era categórica y definitiva.

—Guatimozin, tu esposo,—la dijeron,—está resuelto á recordar su deber á los mejicanos, á devolver á Motezuma todo su prestigio, á colocarle de nuevo en el trono con el mismo esplendor que tenia antes de que vinieran los españoles. Pero exige en cambio una condicion ineludible.

—¿Cuál?—preguntó Guacalcinla con gran ansiedad.

—Exige que primero salgan los españoles de Méjico y vuelvan á su patria. Exige que rompa el pacto que ha hecho con ellos, declarando como heredero de su trono al rey de los españoles; y si no acepta Motezuma esta condicion, si persiste en tener á su lado á los enemigos de los mejicanos, Guatimozin, como esposo y señor tuyo, te manda que vuelvas inmediatamente á Tacuba, porque entonces, sin consideracion de ningun género, procurará ponerse al fren-

te de los mejicanos, no ya para salvar á tu padre, sino para salvar á la patria.

III.

Guacalcinla se apresuró á comunicar á Motèzuma los deseos de Guatimozin.

Las palabras de la jóven produjeron una gran emocion en el emperador.

—Eso nunca,—contestó al oir las proposiciones de Guatimozin.

Yo no puedo faltar á mi palabra; yo no puedo desobedecer la voluntad de los dioses, que de diversos modos me han aconsejado que acate y venere á los españoles como descendientes del gran Quetzalcoal.

Con toda la solemnidad propia de un soberano, he declarado mi heredero al rey de los extranjeros, y los mejicanos deben respetar mi voluntad.

Guatimozin es además de mi hijo mi vasallo, y no soy yo quien debe aceptar sus condiciones, sino él acatar las mias.

—Piensa, padre mio, que es él único medio de devolver la felicidad á tu imperio el que Guatimozin te ofrece.

—¿Cómo se atreve á ofrecerme servicios con condiciones imposibles de aceptar?

Mi resolucion es irrevocable.

Los españoles partirán, porque ese es su deseo, porque así me lo han ofrecido.

Pero no partirán por que yo les arroje de mi lado.

Seria indigno en mí el faltar á mis promesas, á la lealtad jurada, y prefiero la muerte á la deshonra.

—En ese caso, mi deber es obedecer á mi esposo, si él me manda que me aparte de tu lado.

—¿Tambien tú me abandonas?

—¿Qué quieres, padre mio?

—Yo creia que ya se habian acabado los dias del dolor; pero veo que ahora empiezan. ¡Cúmplase la voluntad del gran Tezcalepuzca!

—¡Adios, adios, padre mio!

IV.

Motezuma iba á contenerla; pero en aquellos momentos entró en la estancia Hernan Cortés para anunciarle que la emperatriz, sus hijos y sus servidores acababan de llegar, y deseaban verle.

Poco despues penetraron en el aposento del enfermo, y unieron sus súplicas á las de Guacalcinla.

Todo fué inútil.

Motezuma aseguraba á todos que si los mejicanos no le prestaban inmediata obediencia, que si los jefes de la insurreccion no sufrian el castigo que merecian, él mismo se daria la muerte para que quedara en su pueblo el eterno remordimiento de haberle asesinado.

Viendo lo inútil de sus ruegos, Guacalcinla y su madre, seguidas de sus servidores, abandonaron el cuartel de los españoles, resueltas á influir en el áni-

mo de los jefes mejicanos para que no contribuyesen á la muerte del monarca.

V.

Al verse solo Motezuma, llamó á Hernan Cortés, porque queria saber la verdadera situacion de su pueblo, y ver si aun podia sostener en su alma alguna esperanza.

Con este objeto, suplicó á Hernan Cortés que llamase en su nombre al hueiteopixque, ó gran sacerdote.

Envió Hernan Cortés dos mensajeros de los de la servidumbre de Motezuma para que le buscasen, y algunas horas despues se presentó solo en la puerta del cuartel, siendo inmediatamente conducido á la presencia de Motezuma.

El gran sacerdote iba resuelto á decir la verdad al emperador.

VI.

A las preguntas que le dirigió el monarca, contestó en estos términos:

—Vuestro pueblo, señor, comprende todo lo horrible del atentado que ha cometido, y el remordimiento ha paralizado sus fuerzas y le ha consternado.

Pero no ha borrado de su alma el sentimiento de ódio que experimenta hácia los españoles.

Ese sentimiento le ha llevado á la desesperacion, y conducido por él, se ha atrevido á herir á su soberano.

No hay uno solo en Méjico que no diera su vida por salvar la vuestra.

Pero todos saben cuánta es la obstinacion que teneis en conservar á vuestro lado á los extranjeros, y no habrá medio de calmar su inquietud.

—¿Cómo no se ha presentado á mí el príncipe de Iztacpalapa?—preguntó Motezuma.

¿Cómo siendo mi hermano, cómo habiendo recibido tantos favores de mí, se ha atrevido á ponerse al frente de los mejicanos para atacar á mis amigos?

¿Cómo despues del crímen que han cometido sus soldados, no ha venido á implorar mi perdon?

—Señor, el pueblo mejicano rechaza con indignacion el solemne pacto que habeis hecho con los españoles, declarando á su rey heredero de vuestro trono; y ateniéndose á la tradicion y á su voluntad, ha nombrado para sucederos en la corona al príncipe de Iztacpalapa.

Motezuma dejó escapar un grito de indignacion.

VII.

—¡Ah!—exclamó, ardiendo en ira.—¿Y él la ha aceptado, y han sido mis vasallos tan miserables, que viviendo yo han creido que podian disponer de mi trono?... Pero ¿qué puedo hacer para oponerme á semejante infamia?

Vos, gran sacerdote, ¿cómo no habeis proclamado mi autoridad, cómo no habeis recordado á los mejicanos que soy dueño del trono por la voluntad de los dioses?

—Los dioses están enojados con vos, porque habeis prohibido los sacrificios en los templos, accediendo á los deseos de los extranjeros.

—Que vengan á mi presencia todos los príncipes.

—Cacumatzin ha muerto á manos de los españoles.

—¡Esto más!

—Guatimozin ha jurado no venir al cuartel sino al frente de un ejército, para destruir á los enemigos.

—¡Es posible tanta obcecacion!

—El príncipe de Iztacpalapa no os obedecerá.

—¿Y los mejicanos?

—Los mejicanos nada esperan de vos.

—Bien está,—exclamó Motezuma.—Partid inmediatamente; yo os maldigo á todos.

El gran teopixque inclinó la cabeza y partió.

VIII.

—¡Ah!—exclamó Motezuma.—¿Con que es posible que los dioses me hayan abandonado de este modo? ¿Con que me encuentro sin pueblo, sin corona, sin familia, sin nada? ¡Oh! Esto no es posible soportarlo. ¿Para qué quiero la vida, si es una ignominia conservarla?

Ellos me han herido; ellos sufrirán el castigo de los dioses, y al mismo tiempo el eterno remordimiento por mi muerte, porque moriré, sí; yo mismo acabaré con mi vida.

Y al decir esto se quitó de la frente las compresas que oprimian su herida, y con su diestra procuró abrir de nuevo la llaga.

IX.

En el momento en que acababa de consumar aquel atentado, y en medio de la fiebre de la desesperacion iba á arrojarse sobre el suelo para acabar con su vida, se presentó en la estancia fray Bartolomé de Olmedo, y conteniéndole:

—Hay un Dios,—exclamó,—que os ha dado la vida; solo él puede quitárosla.

El infeliz Motezuma, al oir aquellas palabras, aterrorizado de su propia obra, quedó en la más lamentable postracion.

La fiebre que le devoraba, la herida abierta de nuevo, y el desaliento en que habia caido, agravaron su mal hasta el punto de creer todos que se acercaba el fin de sus dias.

Capítulo XXXI.

La conversion de Motezuma.

I.

No se ocultó á fray Bartolomé de Olmedo el aflictivo estado en que se hallaba Motezuma.

La pena que amagaba los dias de su existencia, la imposibilidad de hallar consuelo para aquella pena, ofrecian la seguridad de su próximo fin.

Pero el deber de fray Bartolomé de Olmedo, como ministro del Sér Supremo, y al mismo tiempo el deseo que tenia Hernan Cortés de realizar uno de los fines principales que le habian impulsado á la conquista de Méjico, pusieron á los dos de mútuo acuerdo para desear que antes de morir Motezuma recibiese el bautismo y acabase sus dias como cristiano.

Esta medida, no sólo satisfacia sus sentimientos religiosos, sino que podia producir un gran efecto moral en los mejicanos, porque en aquellas circuns-

tancias estaban todos arrepentidos del atentado que habian cometido contra su emperador.

II.

La reaccion que se habia operado en los mejicanos habia aumentado el prestigio del monarca, y si sabian que en los postreros instantes de su vida habia abjurado de sus creencias y habia abrazado la religion de los españoles, podian estos prometerse alguna influencia más de la que ya tenian sobre aquellos guerreros, que defendian con tanta energía y vigor su independencia.

III.

Fray Bartolomé de Olmedo tomó á su cargo la mision de instruir en la fé al pobre emperador.

—Volved los ojos al pasado,—le dijo, aprovechando un momento en que estaba tranquilo,—y contemplad lo que son las grandezas humanas. No hace mucho érais un ídolo de vuestro pueblo. Los que antes os adoraban han puesto en vos sus manos. Y sin embargo, en estos momentos una fuerza superior os impulsa á perdonarlos, ¿no es cierto?

—¡Ah! Sí,—exclamó con amargura Motezuma.

—Pues bien; ese sentimiento hácia vuestro pueblo que se ha despertado en vuestra alma, cuando se

acerca el instante en que vais á dormir el sueño eterno, es el primer paso que dais por el camino de la fé. La religion cristiana nos manda perdonar á nuestros enemigos. ¿No experimentais una dicha inefable en medio de vuestra amargura, cuando cruza por vuestra mente la idea del consuelo que llevareis al alma de vuestros vasallos perdonándoles?

—Sí,—dijo el emperador.

IV.

—Pues bien,—prosiguió fray Bartolomé de Olmedo;—esa dicha es la que resulta del cumplimiento de un deber.

Vos, poderoso ayer, que en un momento de desesperacion hubiérais condenado mil hombres al suplicio, hoy, en el lecho del dolor, sentís piedad para vuestros vasallos, y es que el dolor os aparta del mundo y os acerca á Dios.

¿Qué hacen, qué pueden hacer esos falsos ídolos á quien adorais para daros consuelo?

¿Por ventura han impedido que llegueis á la aflictiva situacion en que os encontrais?

¿Han detenido el brazo de vuestros vasallos en el momento en que lo han levantado contra vos?

—Los dioses me han castigado con justicia,—exclamó Motezuma.—Ahora me contemplo despojado de todas las vanidades de la vida, y considero que es justo el castigo que sufro.

Yo he llevado la guerra á las tribus más apartadas de mi ciudad, y aprovechándome de sus escasas fuerzas, las he sometido á la esclavitud, las he uncido á mi carro de triunfo.

De entre los séres indefensos que las formaban, al caer prisioneros en mi poder escogia los que queria, y los enviaba á los templos, donde eran sacrificados para aplacar la cólera de los dioses.

En Méjico mismo he considerado á mis vasallos como ciegos ejecutores de mi voluntad y mi capricho.

He sido un verdadero tirano, y por eso merezco verme abandonado de los dioses, olvidado de mis vasallos, herido por mi pueblo, condenado á una muerte oscura y afrentosa.

V.

Y recordando la situacion en que se hallaba:

—Ya lo veis,—añadió con tristeza;—mi hija se ha separado de mí, porque su esposo no ha querido obedecerme.

Mis deudos, mis amigos, mis favoritos, me han abandonado, porque ya nada esperan de mí.

Hasta mi misma esposa ha huido con sus hijos á ocultar la vergüenza que le causa el triste estado del que en otro tiempo era ídolo de un pueblo.

Al acercarse mi última hora, están lejos de mí todos los séres queridos de mi corazon. Sólo sus sombras, como fantasmas amenazadores, rodean mi le-

cho, y me parece oir en medio del silencio de la estancia en donde agonizo su eterna maldicion.

—¿Y deseais la muerte?

—Sí; la deseo.

—Pero ¿creeis que muere el alma? No, no muere: el Creador de todo lo que existe, al despojar al alma de la materia que la envuelve, la lleva á una mansion de dolor para que purgue allí sus delitos.

—¿Sin perdonárselos?

—¡Oh! No; se los perdona. Pues bien; la religion cristiana, que es la verdadera, tiene piedad para los pecadores. Los que os han conocido, los que como yo hayan podido apreciar lo que vale vuestro corazon, saben que no sois tan culpable como vos mismo presumís.

—¡Oh! Sí,—exclamó Motezuma;—soy muy culpable.

VI.

—El pecador que confiesa su pecado,—prosiguió el misionero,—muestra arrepentimiento, y el arrepentimiento es lo que más aplaca el justo enojo del Dios de justicia. ¿Creeis vos que siendo hechura del Sér Supremo, que habiendo recibido de él la vida, teneis derecho para quitárosla, para destruir su obra?

—No.

—Pues entonces, ¿en qué razon fundais el culto que tributais á vuestros ídolos, reducido á sacrificar en sus aras millares de séres inocentes, que no han

cometido más delito que el de no haber nacido en Méjico?

¿Creeis que pueden ser verdaderos representantes del autor de todo lo que existe unos dioses que necesitan para aplacar su enojo ver á los piés de los altares correr la sangre humana?

Pero ¿qué más? ¿Creeis que si no nos hubiera traido á estas regiones el deseo de convertiros á todos á la fé, de mostrar la verdad divina, hubiéramos arrostrado las penalidades de los viajes, las consecuencias de los combates con la fé y la resignacion, con la energía y el heroismo que nos ha dado el triunfo en todas ocasiones, luchando en corto número contra inmensas falanjes de soldados?

¡Ah, Motezuma! Volved en vos, oid mis palabras y seguid mi consejo. ¡Qué gran fin el vuestro si antes de cerrar los ojos á la luz para dormir el sueño eterno, sentís en vuestra alma el dulcísimo bálsamo de la religion cristiana, morís perdonando y bendiciendo á vuestros enemigos, é implorais con el más profundo y sincero arrepentimiento el perdon de vuestras culpas!

Motezuma guardó silencio breves instantes.

VII.

—¿Tanto poder tiene ese Supremo Sér á quien adorais?—preguntó despues á fray Bartolomé de Olmedo.

—Motezuma, tú has sido uno de los más grandes y más poderosos monarcas de la tierra. Has podido satisfacer todos tus caprichos, someter á tu voluntad á millares de hombres, y sin embargo, no has podido tú mismo fabricar, ni hacer que tus más inspirados artistas fabriquen, un grano de arena como el que el mar arroja á la playa, una humilde florecilla como la que nace en los campos y brota en la alfombra de verdura.

¿No creeis, pues, que existe un sér invisible, mucho más grande, mucho más omnipotente, no ya que un rey, sino que todos los reyes del mundo?

—Ese es Tezcalepuzca.

—Llámale como quieras; pero reconócele, y no te detengas en esa creencia. Cree como nosotros que de una Vírgen inmaculada nació el Mesías, hijo de Dios, con la mision de redimir los pecados del mundo. Que ese hijo predilecto del catolicismo, que Jesucristo su maestro, practicó la caridad, combatió la tiranía y la opresion, y despertando la inteligencia del hombre y su corazon del letargo en que yacian, le dió con el sentimiento religioso esa grandeza que hace que el más insignificante de los cristianos sea infinitamente más grande que tú, adorando ídolos deformes, que ningun consuelo te ofrecen, que no abren á tus ojos ningun nuevo horizonte.

VIII.

Motezuma oia con recogimiento, con fervor,

las exhortaciones del padre fray Bartolomé Olmedo; pero vacilaba.

—Meditad en lo que os he dicho,—añadió el misionero.

Y guardando profundo silencio, permanecieron algunos instantes:

Él moribundo vacilando.

El misionero esperando su conversion.

Capítulo XXXII.

Los últimos momentos de un monarca desdichado.

I.

Poco despues entró en la habitacion Marina, y Motezuma la preguntó:

—¿Tú eres cristiana?

—Sí.

—¿Y cómo has podido olvidar á tus dioses?

—Porque el dios que me han dado á conocer los españoles es más misericordioso, más grande, más justo que el que en mi niñez me han obligado á adorar.

Mira,—añadió, enseñándole un escapulario que Hernan Cortés le habia regalado,—¿ves aquí la imágen de la Vírgen? Todos los soldados españoles llevan en el pecho una imágen como esta, que les preserva de la desgracia y de la muerte.

¿No les has visto combatir contra tus soldados y vencerlos? ¿No has visto cómo obedecen á sus jefes, y cómo se horrorizan ante los sacrificios humanos de su religion?

Ellos adoran á sus dioses de una manera muy distinta.

Invocan su nombre antes de hacer algo.

Le bendicen todos los dias por que les deja ver la luz de un nuevo sol.

Por la tarde, cuando empieza á anochecer, recuerdan el misterio de la inmaculada Madre de Jesucristo; y cuando ya es de noche, antes de cerrar los ojos, se encomiendan á Dios y á los santos con verdadera fé.

Yo puedo asegurarte que al abrazar la religion de los españoles he visto nuevos horizontes, he experimentado felicidades desconocidas, he arrostrado los peligros con más serenidad, he sentido volver á mi pecho la esperanza, y no apartarse de él en ninguno de los instantes de mi vida.

II.

Motezuma guardó silencio.

Su alma era presa de una lucha terrible.

Las ideas que aquellas exhortaciones de fray Bartolomé de Olmedo y de Marina habian despertado en su mente, le habian sumido en gran confusion.

Preciso es confesar que tenia motivos poderosos para dudar de la eficacia de sus dioses.

La Providencia, en sus altos designios, habia querido que Motezuma, el gran Motezuma, emperador de Méjico, no muriese en el error.

Las elocuentes palabras del padre fray Bartolomé de Olmedo, las sinceras confesiones de Marina, hallaron eco en su corazon.

Su vida se acababa por instantes.

No era la herida que habia recibido de manos de sus propios vasallos la que le empujaba á la tumba.

Era una de esas heridas que no se acaban nunca, que no se extinguen más que con la muerte.

III.

Hernan Cortés supo por fray Bartolomé de Olmedo que la situacion de Motezuma se agrávaba por instantes.

La fiebre le consumia.

Al mismo tiempo todo indicaba en él ese estado de agitacion que precede á la muerte.

Era al anochecer.

El caudillo de los españoles entró en el aposento en donde yacia el emperador.

Al verle sintió Motezuma que se llenaban sus ojos de lágrimas.

Eran las últimas que debian brotar de áquellos ojos, escaldados por el dolor.

IV.

—¿Venís á despediros de mí? Haceis bien; no podeis ofrecerme un consuelo mayor.

Al veros, no os lo digo por que me lo agradezcais; no quiero recordaros los beneficios que os he dispensado; pero repito que al veros experimento una alegría dulcísima.

Estoy satisfecho de la conducta que he observado con vos, descendiente del gran Quetzalcoal, ó descendiente de ese Dios de quien me habeis hablado, y á quien me habeis hecho admirar.

No puedo ménos de reconocer en la esperanza que habeis despertado en mi alma una superioridad, una grandeza que no tiene comparacion con nada del mundo.

Mi pueblo me ha abandonado, porque yo he sido vuestro amigo.

Mi pueblo ha querido que rompiese el pacto que hice con vos, dejando mi trono á vuestro rey.

Pues bien: yo compadezco á mi pueblo, yo lamento el error en qué vive.

La única pena que siento en este instante, es no tener bastante fuerza para apartarle de ese error.

Pero nada importa: vos estais á mi lado en los últimos instantes de mi vida.

Vos debeis guiarme.

—Pláceme oiros hablar de ese modo,—dijo Her-

nan Cortés,—porque venís á declarar, en gracia de la amistad de que tantas pruebas nos habeis dado, que escuchais los consejos del sacerdote que en nombre de la religion cristiana os ha hablado.

Sí, Motezuma; profesad la religion nuestra, recibid el bautismo, y yo os aseguro que los últimos instantes de vuestra vida serán los de mayor alegría, de mayor felicidad para vuestra alma.

—Dispuesto estoy á todo,—exclamó Motezuma.

V.

Aprovechando aquella resolucion del emperador, y viendo que eran contados los instantes de su vida, dispuso Hernan Cortés todo lo necesario para la ceremonia.

Inmediatamente se llevó al aposento de Motezuma un altar y una imágen de la Vírgen, que constituia la capilla de los españoles en el cuartel en que habitaban.

Pusieron el altar y la imágen cerca del lecho del moribundo.

Hernan Cortés convocó á todos los capitanes y á algunos de los soldados para que concurriesen á aquel solemne acto, y fray Bartolomé de Olmedo se dispuso á abrir las puertas del cristianismo á aquel gran hombre que iba á dejar la tierra.

VI.

La ceremonia, solemne por lo que representaba, fué sin embargo sumamente sencilla.

No habia cirios que pudiesen aumentar su esplendor.

Los soldados encendieron las caobas, especie de madera resinosa, única que podia reemplazar en aquellos instantes á los cirios.

Fray Bartolomé de Olmedo preguntó á Motezuma si deseaba abrazar el cristianismo y vivir y morir en la religion de los españoles.

El emperador contestó afirmativamente.

Acto contínuo le circuncidó, y de aquella manera tan humilde, tan modesta, terminó la ceremonia.

VII.

Motezuma pasó la noche más tranquilo.

Pero al dia siguiente por la mañana se agravó su dolencia de tal modo, que creyó fray Bartolomé de Olmedo llegado el caso de administrarle los santos sacramentos.

Hernan Cortés y el misionero se quedaron á su lado.

La agonía fué lenta.

La respiracion de Motezuma era cada vez más corta y angustiosa.

Una nube cubria sus ojos.

—No os veo...—decia á cada instante á los dos que le acompañaban.—¿Qué vá á ser de mi pueblo?—exclamó al fin.

—No temais,—dijo Hernan Cortés;—yo os vengaré de vuestros enemigos, yo ejecutaré el pacto que habeis formado conmigo á favor del monarca español.

VIII.

Aquel mismo dia, cuando el sol llegaba al zenit, exhaló Motezuma el último aliento (C).

La situacion de Hernan Cortés llegó á agravarse con este motivo de tal manera, que por algun tiempo no supo qué partido tomar.



Capítulo XXXIII.

Lo que pasó despues de la muerte de Motezuma.

I.

Inmediatamente despues de la muerte del emperador Motezuma, siguiendo sus criados la costumbre establecida en el imperio, vistieron el cadáver con todas las galas y las insignias de autoridad que en vida habia tenido Motezuma, y no atreviéndose á tomar determinacion alguna por hallarse á las órdenes de Hernan Cortés, aguardaron á que este les indicase el partido que deberian tomar.

Durante la noche que siguió á la muerte del emperador, fueron contínuas y penosas las cavilaciones que asaltaron al caudillo de los españoles.

II.

Era de esperar que la noticia de la muerte de Mo-

tezuma aumentase la consternacion de los mejicanos.

Pero instantáneamente á aquel terror que se apoderaria de su espíritu sucederia una reaccion en contra de los españoles, llevándoles de nuevo á pelear con más encarnizamiento.

Y si llegaba este caso, ¿qué podia hacer?

Abandonar á Méjico; pero abandonarle desprestigiado, sin elementos para realizar el sueño de su vida: la conquista que habia dado por segura al rey de España.

III.

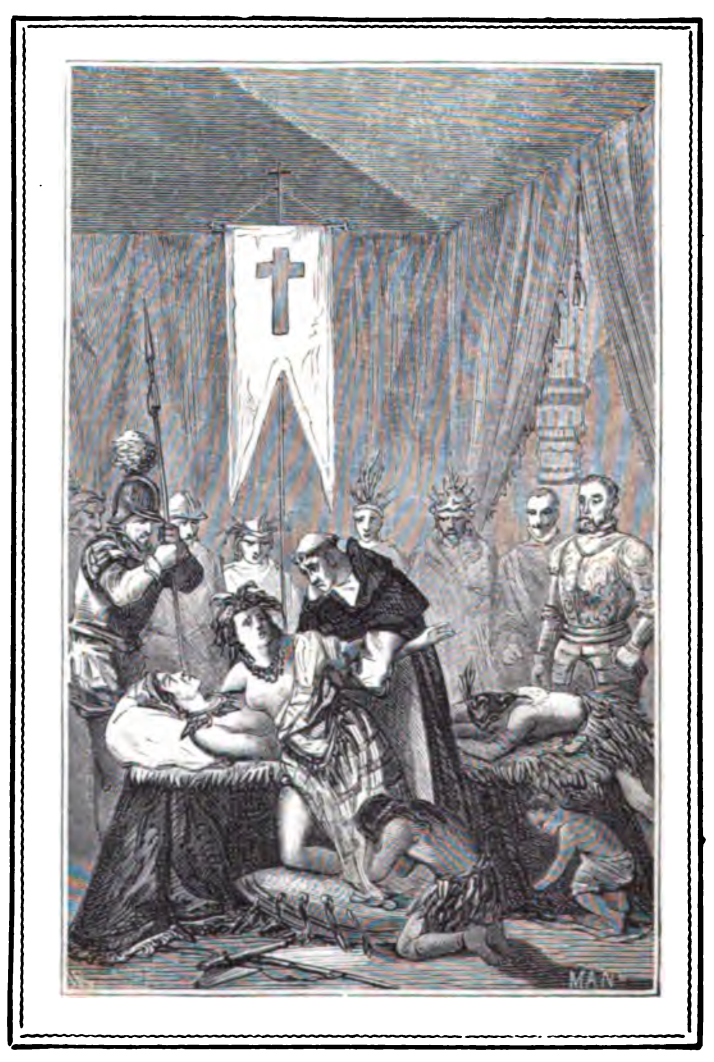
Su primera determinacion fué llamar á la emperatriz Miazochil, anunciándole la muerte de su esposo.

Aquella pobre mujer, en otro tiempo tan varonil, llegó sumisa y resignada adonde yacia el cuerpo inanimado de su esposo.

Cayendo de rodillas ante aquéllos restos de grandeza, de poderío, cubrió la frente del emperador con sus lágrimas y sus besos, y volviéndose á sus hijos, niños aún:

—Renunciad para siempre á la felicidad,—les dijo.—Vuestro padre ha muerto, y ya nada nos queda en el mundo.

—Sí,—dijo Marina, que asistia á la escena.—Os queda la proteccion y el amparo de los españoles. Motezuma ha muerto en la gracia de Dios, porque antes de morir ha escuchado la voz de nuestro buen



HERNAN CORTES.—Vuestro padre ha muerto, y ya nada nos queda en el mundo.

misionero fray Bartolomé de Olmedo, y ha recibido el bautismo, ingresando en el gremio católico.

IV.

A estas palabras añadió otras no ménos expresivas y consoladoras Hernan Cortés.

—Nada os queda en el mundo habeis dicho, gran emperatriz de Méjico. Si aludís al esplendor, al poderío, teneis razon. Los mejicanos nombrarán otro monarca, si es que no le han nombrado ya, y vos tendreis que abandonar el palacio donde habeis compartido tantos dias de ventura con Motezuma.

Vuestros hijos son aún muy niños para poder disputar el trono á sus usurpadores. Pero yo puedo ofreceros la proteccion del monarca español para vos y vuestros hijos, y lo que es más, puedo brindaros un asilo en Tezcuco, en donde gracias á mi influencia, ha sido aclamado por rey el hijo de Cacumatzin y de Othalitza, disponiéndose todos sus habitantes á seguir el ejemplo de Motezuma y á adorar al verdadero Dios.

V.

Miazochil aceptó las ofertas de Hernan Cortés, y le manifestó sus temores por la actitud que tomarian los mejicanos al saber la muerte de Motezuma.

Hernan Cortés suplicó á la emperatriz que fuese

con sus hijos á Tezcuco, y encargó á dcs de los criados que tenia Motezuma á su servicio en el cuartel de los españoles que los acompañasen.

No podia dilatar por más tiempo el informar á los mejicanos de la muerte de su monarca.

Pero podia sacar partido de ella, podia justificar su actitud, ó por lo ménos podia amenazarlos de nuevo.

En una conferencia que celebró con algunos de sus capitanes y fray Bartolomé de Olmedo, convinieron en que seria de gran efecto enviar el cadáver del emperador á los mejicanos para aterrorizarlos más.

Al efecto comisionó á seis mejicanos de los que habian estado siempre al lado del monarca, para que en unas andas condujesen su cadáver al palacio, convocasen al pueblo y le participasen el fatal suceso.

VI.

—Decidles,—exclamó,—que les envio el cadáver de su rey, muerto á sus manos, que antes de morir me ha suplicado repetidas veces que vengase su muerte y castigase á los autores de ella.

Pero añadid, que convencido de su arrepentimiento, de que han obedecido á la desesperacion más que á la voluntad, estoy dispuesto á perdonarlos, á sostener la paz con ellos, siempre que nombren embajadores que se acerquen á mí para tratar las bases de ella.

Si desoyen mis ruegos, si no aceptan mis proposiciones, ya no será sólo el deber de castigar las ofensas inferidas á las españoles el que me mueva á perseguirlos sin tregua ni descanso, sino el deber, no ménos sagrado, de castigar el ultraje inferido á Motezuma.

VII.

Cumplieron los mejicanos las órdenes de Hernan Cortés, depositaron sobre unas andas, con todas las insignias de su pasada grandeza, el cadáver de Mozuma, y en medio de un silencio sepulcral abandonaron el cuartel de los españoles y condujeron el cadáver por la gran calle de Tacuba á la gran plaza de Tlatlelulco.

Al terror de los mejicanos habia sucedido la ansiedad por tener noticias de Motezuma.

Poco á poco habian ido regresando á la ciudad muchos de sus habitantes, y apenas vieron aquella fúnebre comitiva, acudieron á rodearla, no tardando en comunicarse unos á otros la noticia.

VIII

Cuando llegaron los mejicanos que estaban al servicio del emperador á depositar su cadáver en el palacio, era inmenso el gentío que se agolpaba á las puertas.

Muchos nobles y muchos sacerdotes penetraron en la estancia imperial para ver de cerca, inanimado, yerto, al que habia sido su soberano.

Inmediatamente avisaron al príncipe de Iztacpalapa, y al anochecer de aquel dia oian todos de lábios de uno de los mejicanos á quien habia hablado Hernan Cortés, las palabras que el caudillo de los españoles habia dicho, y las proposiciones que por su conducto hacia á los jefes de la rebelion.

IX.

Profunda indignacion causaron á los mejicanos aquellas proposiciones.

Pero su desesperacion llegó al colmo cuando supieron por los que habian acompañado al monarca, que este, en los postreros instantes de su vida, habia abjurado de su religion, habia abrazado la de los españoles y habia sido ungido por ellos.

Al saberlo, olvidando hasta el respeto que solian profesar á los muertos, se lanzaron como fieras sobre el cadáver de Motezuma, rasgaron sus vestiduras, arrancaron de su frente la corona y el cetro de sus manos, y todos á una exclamaron:

—Es necesario conducirle á la cueva de los tiranos.

Esta cueva, como recordarán nuestros lectores, era el volcan de Chapultepek.

X.

Los sacerdotes se interpusieron entre el pueblo, conteniendo su ira.

No podian consentir llevasen á cabo semejante profanacion.

El gran sacerdote recordó á los irritados mejicanos el respeto que merecian los muertos, y mucho más aquel, que habia sido su soberano, y el pueblo, por segunda vez horrorizado de su conducta, huyó temiendo el castigo de los dioses.

El príncipe de Iztacpalapa fué aclamado por los nobles y por los teopixques que se hallaban presentes, y entonces, como pariente y heredero del emperador, dispuso que se le hiciese el entierro que le correspondia por la alta jerarquía que habia ocupado en la nacion.

Pero al mismo tiempo, reanimando el sentimiento religioso en el corazon de cuantos se hallaban presentes:

—Es preciso,—les dijo,—jurar sobre el cadáver de Motezuma que vengaremos la afrenta que nos han hecho los españoles, obligando ó nuestro monarca á abjurar de su religion y á abrazar la de los extranjeros.

XI.

Aquel era un nuevo y poderoso motivo para que

los mejicanos tomasen las armas con más denuedo que nunca y completasen la obra comenzada.

—Mañana,—añadió el príncipe de Iztacpalapa, que entonces era ya sucesor de Motezuma en el imperio;—mañana se celebrarán las honras fúnebres de Motezuma.

Los españoles, al ver que todos nos alejamos para penetrar en el micoatl (1), saldrán de su cuartel para presenciar la ceremonia.

Es necesario que esta misma noche cautelosamente se oculte gran número de mejicanos en el teocalí de Huitzilopochili, y cuando los españoles vuelvan encuentren ocupado su cuartel, ó por lo ménos intercepten su paso desde el templo los mejicanos escondidos en él.

XII.

Entre los que escuchaban á Quetlahuaca, hallábanse Teutila y Pilpatoe, general el uno y gobernador el otro de las provincias que en Tabasco habia dominado el imperio de Méjico.

Los dos habian regresado al saber las desventuras que pesaban sobre su patria, dispuestos á defenderla.

—Vuestra es la culpa,—dijo Teutila,—de que los extranjeros hayan llegado hasta Méjico. Nosotros no tuvimos bastante fuerza para contenerlos. Sin embargo, nuestro es el deber de exterminarlos.

---

(1) Cementerio.

—Tenemos un proyecto,—añadió Pilpatoe;—para realizarle es necesario que os pongais al frente de las tropas que han de combatirlos.

—¿Cuál es vuestro proyecto?—preguntó el nuevo emperador.

—Destruir á Hernan Cortés, bien sea por la astucia ó por la fuerza. En cuanto él muera, todos los demás caerán en nuestro poder.

Esta idea fué aceptada, y Pilpatoe y Teutila quedaron encargados del mando de las tropas que debian guarecerse en el templo de Huitzilopochili para atacar desde él á los españoles.

Capitulo XXXIV.

Ceremonias fúnebres.

I.

Al dia siguiente desde muy temprano se dió comienzo á la solemne ceremonia con que los mejicanos condujeron al sepulcro los restos del emperador Motezuma.

Hernan Cortés supo por los espías, que habian comenzado á refugiarse mejicanos con armas en el templo de Huitzilopochili, y por lo que pudiera suceder, permaneció encerrado en el cuartel, tomando todas las medidas para evitar una sorpresa.

II.

El nuevo emperador Quetlahuaca dispuso que se condujese el cadáver de Motezuma al templo mayor, para que allí los aromas con que incensaban á los

ídolos le purificasen de los errores en que habia incurrido en los últimos instantes de su vida, y le pusiesen en condiciones de recibir los honores fúnebres que se dispensaban á los emperadores de Méjico.

Esta ceremonia tenia tambien por objeto facilitar á los mejicanos que debian ocupar el templo el medio de quedarse en él sin que se sospechara su presencia.

III.

En efecto; despues de haber quemado aloe y de otras varias ceremonias, se alejó la comitiva del templo, los teopixques cerraron las puertas y acompañaron el cadáver del emperador.

Iba este con todas sus insignias y una gran parte de sus joyas, en unas andas conducidas por ocho mejicanos de la familia del emperador.

Detrás, presidiendo el cortejo fúnebre, iba el príncipe de Iztacpalapa con los altos dignatarios de la córte.

Seguian los guerreros más afamados, y cerraban la marcha multitud de mejicanos.

Sus mujeres y sus hijos no habian vuelto todavía de la montaña, razon por la cual no podian asistir al entierro.

IV.

Los teopixques formaban tambien parte de los que presidian la comitiva.

Uno de ellos llevaba una copa de plata, y los demás maderas odoríferas.

El gran sacerdote llevaba una tea ó caoba encendida, y á su lado dos indios tamenes conducian una pira.

V.

La costumbre que por entonces habia en Méjico era quemar los cadáveres y depositar los restos en urnas ó vasos sagrados.

Antiguamente se habian enterrado los cadáveres enteros.

Cuando esto sucedia, los colocaban en las tumbas sentados y adornados con sus mejores galas.

La comitiva debia llegar hasta un templo destinado exclusivamente á la quema de los cadáveres.

Desde allí los comisionados por el príncipe de Iztacpalapa eran los que debian conducir la copa de plata, en donde iban á depositarse las cenizas de Motezuma, al volcan de Chapultepek, considerado como tumba de los tiranos.

VI.

Llegó el fúnebre cortejo con el más profundo recogimiento hácia el teocalí de la cremacion, ó quema de los cadáveres, y allí, con gran solemnidad, se colocó la pira y encima de ella las maderas odoríferas que debian carbonizar los restos de Motezuma.

El gran teopixque encendió las maderas con la tea, y acto contínuo colocaron el cadáver encima los mismos teopixques.

Entonces empezó la ceremonia de la despedida.

Presentáronse primero los bufones de Motezuma, y despues de hacer una reverencia á su cadáver con el rostro muy compungido, volvieron el rostro al príncipe de Iztacpalapa su nuevo emperador.

Pero en aquel momento, á la tristeza sucedió la alegría.

Se despedian del amo antiguo, y saludaban con humildad al amo nuevo.

VII.

Continuaron despues pasando por delante del cadáver que se quemaba todos los que formaban la servidumbre del emperador, los empleados de las fábricas de armas, de las casas de fieras, de los jardines.

Siguieron despues ejecutando la misma ceremonia los altos dignatarios de la córte, los consejeros y los jefes del ejército mejicano.

Despues tocó el turno á los parientes de Motezuma, á su antiguo ministro Guacolando y al mismo Quetlahuaca.

En presencia de este se recogieron las cenizas de Motezuma, se depositaron en la copa, y acto contínuo se entregó á los encargados de conducirla al volcan.

VIII.

Mientras esta ceremonia tenia lugar, los pintores del imperio, que como recordarán nuestros lectores, eran muy diestros en el arte de copiar lo que veian, reprodujeron la escena que tenia lugar.

Los encargados de conducir las cenizas á su última morada partieron, y el príncipe de Iztacpalapa, viendo que los españolos no habian caido en el lazo que les habia tendido, celebró aquella noche un consejo con los notables del imperio.

Antes de la hora en que debia reunirse con ellos recibió un mensaje de Hernan Cortés.

IX.

Diego de Orgaz, con cien españoles, llevando por intérprete á Aguilar, se presentó al nuevo emperador para reconocerle en nombre de su jefe, y rogarle que enviase embajadores para tratar con los españoles acerca de la paz.

El príncipe Quetlahuaca aplazó su respuesta para el siguiente dia, proponiéndose dar cuenta de aquel mensaje á los notables para deliberar con ellos.

El ódio que sentian los mejicanos hácia los españoles habia llegado á tal extremo, que las proposiciones de Hernan Cortés fueron desoidas y despreciadas en medio de la mayor indignacion.

X.

—No queremos la paz,—gritaron todos;—la guerra, una guerra exterminadora, es lo único que puede proporcionarnos la paz que ambicionamos.

Así pues, la respuesta que debemos dar á los españoles es ir de nuevo á acometerlos en su mismo cuartel.

XI.

A pesar de dominar este espíritu en la asamblea, el nuevo emperador dijo á los que allí estaban reunidos:

—Se nos presenta una buena ocasion de conocer la situacion en que se hallan nuestros enemigos y los mejores medios de atacarlos.

Voy á nombrar la embajada que quieren para oir sus proposiciones. Pero la verdadera mision de los que vayan á cumplir este encargo será averiguar las posiciones que ocupan, los elementos con que cuentan para resistir, y los recursos que debemos emplear para exterminarlos.

Aceptada esta determinacion, fueron designados para llevarla á cabo Guacolando, Olonthet, rey de Cinthal, y Huitpozili, jefe de las tropas del cacique supremo de Malpacingo.

XII.

Al dia siguiente, con gran pompa, se presentaron muy temprano en el cuartel.

Los embajadores llevaban cada cual en la diestra una flecha con la punta hácia abajo, lo que indicaba que iban de paz.

Recibidos por Aguilar, los condujo este á la presencia de Hernan Cortés, quien rodeado de todos sus capitanes, les dió audiencia.

Capitulo XXXV.

Donde Cortés propone la paz, y los mejicanos la rechazan.

I.

—Os he llamado,—les dijo Hernan Cortés,—porque las circunstancias han suscitado entre nosotros complicaciones que deben terminar por la paz ó la guerra.

—Traemos órden para escucharos.

—Hablad,—dijo Guacolando.

—No ignorais,—prosiguió Hernan Cortés,—el objeto de mi venida á Méjico; tampoco ignorais la amistad que me ha profesado Motezuma y los sacrificios que le ha impuesto esta amistad.

Pero no hablemos de ello. Dispuesto estoy á perdonaros, á renunciar á la justa venganza que debia tomar por los atropellos que habeis cometido con nosotros.

Yo me alejaré de Méjico con mis soldados para dejaros tranquilamente fundar el nuevo reinado que necesitais. Pero es preciso que reconozcais, ó por lo ménos que reconozca vuestro soberano, todos los actos de Motezuma.

Nosotros partiremos si Quetlahuaca acata la voluntad de su antecesor, y reconoce que el imperio de Méjico pertenece de derecho al rey de España, por ser descendiente del gran Quetzalcoal.

II.

Esta proposicion indignó á los embajadores de Quetlahuaca.

—¿Qué idea has formado de nosotros?—exclamó Guacolando.—¿Has creido que por que el desgraciado Motezuma fué débil y abdicó en su soberanía; que por que desoyó los clamores de su pueblo, y consintió ser vuestro esclavo, los mejicanos y su nuevo jefe han de seguir tan indigno ejemplo?

Estais equivocados.

Nosotros, mejor informados que Motezuma por los mismos augures, sabemos que no sois descendientes de Quetzalcoal, sino unos ambiciosos que aspirais á usurparnos nuestra independencia, á considerarnos como vuestros esclavos.

Eso no sucederá nunca.

Quetlahuaca vengará á Motezuma, vengará al pueblo mejicano, y no hay uno sólo entre nosotros

que no esté dispuesto á derramar hasta su última gota de sangre por la independencia de la patria.

Así pues, si quereis evitar la guerra, si quereis salvar la vida de vuestros soldados, partid inmediatamente; porque de lo contrario, ahora que ya no tienen los mejicanos ninguna consideracion que guardar, ahora que al reducir á escombros, si es preciso, este palacio, están seguros de que no han de coger en él á su soberano, caerán sobre vosotros como jaguares, y no habrá piedad ni compasion para ninguno.

III.

—Ved lo que haceis,—repuso Hernan Cortés;—porque á mi vez tampoco tengo ninguna consideracion que guardar, y puedo convertir la ciudad de Méjico en un monton de ruinas.

—Sea en buen hora; si no teneis que hacernos otra proposicion, nos alejamos.

—¿No quereis la paz?

—No.

—Pues bien; lucharemos, y de antemano os doy una gran prueba de mi generosidad, porque no os encadeno y os pongo delante de la boca de mis cañones.

Los embajadores partieron, y Hernan Cortés, volviéndose á sus capitanes:

IV.

—Ya lo habeis oido,—les dijo;—no nos quedan

más que dos caminos: ó la lucha, ó la fuga. La fuga, es indigna de nosotros, la lucha es difícil; sin embargo, sé por mis espías que los soldados más aguerridos del imperio se han refugiado en el teocali de Huitzilopochili, y es necesario apoderarnos de ese templo.

—¿De qué modo?

—No lo sé; á los soldados españoles no hay que decirles cómo se llevan á cabo las proezas, sino guiarlos donde puedan ser héroes para que lo sean.

—Por nuestra parte, estamos dispuestos á luchar y á morir antes que volver la espalda al peligro.

—Pues eso es precisamente lo que quiero.

Dad inmediatamente las órdenes para que se formen todas las compañías.

Escobar formará la vanguardia. Detrás Pedro de Alvarado y Diego de Orgaz apoyarán á los soldados de Escobar y procurarán á toda costa apoderarse del templo.

Yo, con el grueso del ejército y con los tlascaltecas, completaré la expedicion.

Si conseguimos destruir á los mejicanos que se hallan en el templo, podremos con esta victoría retirarnos á esperar mejores dias, porque la verdad es, señores, que hoy por hoy es de todo punto imposible realizar nuestro plan.

V.

Con rapidez eléctrica se reunieron las compañías,

arengaron los capitanes á los soldados, y se dispusieron á salir del cuártel.

Dejó Hernan Cortés bastante guardia para evitar que pudieran apoderarse de su asilo los mejicanos, y con todas las precauciones necesarias para no emplear fuerzas en estériles escaramuzas, puso en movimiento sus tropas para dár el ataque al templo de Huitzilopochili.

VI.

Habia entre los soldados uno muy respetado y muy querido.

Llamábanle el astrólogo, y teníanle por muy ducho en el arte de adivinar el porvenir.

Su carácter le habia hecho simpático á todos sus compañeros y á sus jefes.

En el momento en que debia salir en la compañía de Pedro de Alvarado, á que pertenecia, le llamó Hernan Cortés.

—Botello, ven aquí.

El soldado á quien llamaban por apodo el Astrólogo, tenia aquel apellido.

—¿Qué quereis, señor?

—¿Qué te parece de la empresa que vamos á realizar?

—Que es muy difícil.

—Pero ¿saldremos bien de ella?

—No sé por qué me dá tristeza hablaros.

—¿Qué me quieres decir?

—No os prodigueis en el combate,
Hernan Cortés le miró sorprendido.

VII.

—¿Luego hay algun signo que te indica que corre peligro mi vida?—le preguntó despues.

—Veo muy negro el horizonte, y os aconsejo, porque sabeis que os quiero bien, que no os arriesgueis como en otros combates. En la guerra se aprende mucho, y hemos luchado tantas veces con los mejicanos, que algo deben de haber aprendido de nosotros. ¿Os acordais de la última salida que hicimos cuando buscásteis al jefe de ellos y luchásteis con él cuerpo á cuerpo?

—Sí.

—Pues ellos, apenas vieron en tierra á su jefe, corrieron amedrentados. No sé por qué se me ha metido en la cabeza que sus mayores deseos son hoy seguir vuestro ejemplo.

«Si destruimos al jefe de los españoles, estos huirán como nosotros,» se han dicho.

No nos conocen, y por lo tanto, si tal hicieran, no quedaria uno sólo vivo; pero os repito que me parece que hoy vá á sucederos algo malo.

VIII.

El soldado partió.

Marina oyó las palabras del Astrólogo, y conociendo que Hernan Cortés no le permitiria que le acompañase en tan arriesgada empresa, disfrazándose con el traje de uno de los soldados que se habian quedado en el cuartel, se confundió entre los que formaban parte de las fuerzas á las inmediatas órdenes del caudillo.

La lucha de aquel dia debia ser sangrienta, espantosa.

Asistamos á ella.

Capitulo XXXVI.

La toma del templo.

I.

Teutila y Pilpatoe estaban resuelto á librar á su patria á toda costa del yugo de los extranjeros.

Al efecto, reunieron en torno suyo en el teocali mayor á todos mejicanos de más empuje, y llenaron de piedras la plataforma ó azotea del templo, en donde, como recordarán nuestros lectores, tanto por la descripcion que de él hicimos, como de la lámina en que lo hemos representado, se hallaba la capilla ó dosel del ídolo Huitzilopochili.

Además de las piedras, tenian flechas, unas mazas de piedra y unas picas ó chuzos, en cuyas puntas habia cortantes pedernales.

Los dos generales habian distribuido sus fuerzas de tal manera, que hicieran imposible la subida de los españolos á la plataforma del templo.

II.

Habia apostados muchos mejicanos detrás de las tapias ó murallas que circundaban en toda su extension el teocali.

En el primer cuerpo del edificio habia tambien mejicanos con piedras y con picas, dispuestos á estorbar el paso á los enemigos si lograban flanquear las murallas.

Por último, el grueso de sus fuerzas se hallaba en la plataforma, y como desde allí podian impunemente arrojar flechas y piedras á los enemigos, al acercarse estaban seguros de que si estos intentaban asaltar el templo, perecerian todos en la empresa.

III.

No se ocultaban á Hernan Cortés las dificultades de aquella lucha, tanto más, cuanto que sabia que por la retaguardia le hostilizarian los mejicanos, y que en un momento dado tendrian que responder á los ataques de los de arriba y de los que saldrian á su encuentro por las calles más próximas al teocali.

Pero era preciso salir de aquella situacion embarazosa.

Era necesario, antes de abandonar á Méjico, necesidad imprescindible, escarmentar á aquellos hom-

bres, para dejar en su memoria el terror, lo cual convenia á sus planes, que no eran otros que los de ir desmembrando poco á poco el territorio del imperio, dando la libertad á los que eran sus tributarios, con el fin de hacerse amigos y parciales, y más que nada con el de dividir las fuerzas de aquellos indígenas, único medio de llegar al logro de su fin, aunque en más tiempo y con mayores trabajos.

IV.

Escobar con los suyos partió inmediatamente al teocali, seguido á poca distancia por Diego de Orgaz y su gente.

Apenas abandonaron el cuartel, tuvieron conocimiento de ello los mejicanos por sus espías, y se prepararon á la pelea.

Una lluvia de piedras recibió á la vanguardia española, y no fueron pocos los que vieron abollarse sus cascos y sus petos, y aun sintieron el golpe de aquellas armas dirigidas con energía y acierto.

Pero no por esto desmayaron, y del primer empuje lograron destruir á los que guardaban la puerta del templo, obligándoles á replegarse en la azotea del primer cuerpo del edificio.

Desde allí continuaron las piedras, á las que respondieron los españoles con sus arcabuces.

V.

Pero á pesar del denuedo de los soldados de Escobar, les era de todo punto imposible avanzar por la gradería de mármol, que se hallaba coronada por multitud de indios, que con piedras y flechas, y en una posicion ventajosísima, contenian el empuje de los españoles.

Acudieron las tropas de Diego de Orgaz, y los tlascaltecas, que deseaban á toda costa secundar en aquella ocasion á los españoles, porque era para ellos cuestion muy importante su triunfo, se lanzaron con más rábia que denuedo, yendo á clavarse ellos mismos en las picas y en las flechas de los mejicanos.

Gracias á esto pudieron ganar terreno los españoles, hasta el punto de luchar cuerpo á cuerpo con los que defendian las azoteas.

Esto fué una ventaja, porque los mejicanos que estaban en la parte superior no se atrevian, ni á disparar flechas ni arrojar piedras; por no herir á sus compañeros.

Así es que desde arriba ellos aguardaron que subieran á unirse sus compañeros para atacar á sus contrarios.

VI.

Con solo que recuerden nuestros lectores la posi—

cion que ocupaba el templo y las condiciones de la ancha escalera que ocupaban los españoles, comprenrán las víctimas que necesariamente tenian que resultar de aquella lucha.

La sangre de los que caian á los golpes de los españoles era un nuevo obstáculo para que estos subieran, porque al manchar las gradas hacian más resbaladizo el mármol.

Todo el empuje, todo el denuedo de los españoles, tenia que estrellarse necesariamente en las ventajas que por el número y la posicion tenian los mejicanos sobre ellos.

VII.

Una hora duraba ya el combate, y los españoles apenas ganaban terreno.

Hernan Cortés perdió la calma, y llegando con todo el grueso de su ejército al pié de la gradería:

—Es necesario que sucumbamos todos, ó que tomemos inmediatamente la posicion de nuestros enemigos.

Y así diciendo, defendiéndose con la rodela y arremetiendo con la espada, subió al frente de sus soldados.

Los tlascaltecas se pusieron delante y sufrieron el primero y arrollador empuje de los mejicanos.

VIII.

Consideren nuestros lectores qué fuerza de repul-

sion no tendrian más de seis mil hombres hacinados en los pretiles en el final de la escalera, arrojando contínuamente piedras y flechas sobre los que intentaban subir.

Pero era necesario sacrificarlo todo á aquel triunfo, y al fin los tlascaltecas y los españoles llegaron á la cumbre y trabaron en la espaciosa plataforma un combate, cuya descripcion horroriza.

Luchaban todos cuerpo á cuerpo.

Ya no se hacia uso para nada ni de los arcabuces, ni de las flechas, sino de las espadas y de las picas.

IX.

Muchos de los mejicanos, poseidos de un inmenso terror al ver que los españoles habian subido hasta la plataforma, se lanzaron desde los pretiles hasta el canal, hallando una muerte afrentosa como justo castigo á su cobardía.

Los tlascaltecas, poseidos de una furia infernal, á trueque de acabar con un mejicano, se abrazaban con ellos, se arrojaban tambien por los pretiles, sucumbiendo juntos los que tal hacian.

No pocos bajaron precipitadamente las escaleras para refugiarse en las habitaciones interiores del templo, y al fin, despues de media hora de una lid salvaje, viéndose perdidos Pilpatoe y Teutila, que para dirigir las operaciones de sus soldados se habian refugiado en la capilla del ídolo, salieron, arrojaron

sus armas, dieron órden á los mejicanos de que pusieran término al combate, y como quien se entrega, se presentaron al caudillo de los españoles, quien al verlos en aquella actitud mandó á su vez suspender la lucha.

Capítulo XXXVII.

Heroismo.

I.

Hallábase en aquel momento el caudillo de los españoles en uno de los ángulos de la plataforma, muy cerca del pretil.

Pilpatoe y Teutila habian concebido un proyecto, y estaban dispuestos á realizarle.

Apenas llegaron adonde estaba Hernan Cortés, se postraron de hinojos.

—Os hemos reconocido,—dijo Teutila,—y de seguro no habreis olvidado que nosotros fuimos los primeros embajadores que os envió el gran Motezuma.

Hemos sabido la lucha que tenia lugar aquí, y como generales del imperio, hemos venido á interponer nuestra influencia para que cesase un combate que el gran Motezuma hubiera reprobado.

El triunfo es vuestro.

Pero sois generoso, y no dudamos que reconociendo en nosotros á vuestros antiguos amigos, nos abrireis vuestros brazos.

II.

Hernan Cortés reconoció, en efecto, á los dos generales, y embriagado por el triunfo y alucinado por la aparente sinceridad de sus palabras, celebró aquella ocasion que ponia término á una lucha, cuyos resultados juzgaba muy mal para su causa.

—Os reconozco,—dijo á Pilpatoe y á Teutila,—y me complazco en hallaros en este instante. Jamás he negado mis brazos á la amistad.

III.

Fingiendo un entusiasmo, que como verán nuestros lectores, tenia mucho de heroismo, corrieron á precipitarse en los brazos de Hernan Cortés, y con arreglo á lo que habian calculado, en vez de estrecharle, cada uno de ellos cogió precipitadamente uno de los brazos del caudillo, y por medio de una evolucion instantánea, en la seguridad de que iban á morir, traspasaron el pretil con ánimo de arrojarse al suelo, arrastrando en su caida al caudillo de los españoles para que sufriera su misma suerte.

Pero en aquel momento, cuando no faltaba más

que un segundo para que, perdiendo el equilibrio Hernan Cortés, fuese arrastrado por sus dos falsos amigos, se precipitaron los españoles sobre él, y cogiéndole por la cintura y por las piernas, hicieron un contrapeso tal, que fué de todo punto imposible á los dos héroes, que héroes merecen llamarse por el sacrificio que iban á hacer en aras de la patria, realizasen sus designios.

IV.

—¡Miserables!—exclamó Hernan Cortés.

—Morirás con nosotros,—decian suspendidos de los brazos de Hernan Cortés y pugnando por arrastrarle.

—¿No os decia yo,—exclamó un soldado, acercándose al grupo,—que presentia algo malo?

Aquel hombre era Botello.

Apenas dijo estas palabras, de un tajo con su espada dividió los dos brazos de Pilpatoe, cortándole las muñecas.

El cuerpo de aquel hombre se desplomó.

—¡Maldito seas!—dijo.

Y á aquella exclamacion acompañó un ruido seco, que estremeció á todos los circunstantes.

—Yo te vengaré,—dijo Teutila, haciendo un supremo esfuerzo para arrastrar en pos de sí á Hernan Cortés.

—Dios no lo quiere,—dijo una voz femenil, al mismo tiempo que una diestra armada de una afilada daga cortaba á Teutila la mano derecha.

V.

El guerrero lanzó un terrible grito, é hizo lo posible para volver á ganar la balaustrada, á fin de vengarse de aquel soldado que le arrebataba su presa.

Marina, que Marina era, con la punta de la daga empezó á dar golpes sobre los dedos crispados de la mano, que aun tenia unida Teutila al brazo de Hernan Cortés; la mano se abrió de pronto por efecto del dolor, y el cuerpo de Teutila siguió al de su compañero, en medio de la consternacion de los mejicanos, que al ver lo que habia pasado, y más que nada al ver á Hernan Cortés, que furioso despues de lo que acababa de sucederle, gritaba: «Pasadlos todos á cuchillo,» corrieron á refugiarse en la ciudad, dejando libre el campo á los españoles.

Todos querian perseguirlos.

Los tlascaltecas eran los que más deseos tenian de correr tras ellos para saciar su sed de venganza.

VI.

Hernan Cortés, dueño del teocali de Huitzilopochili, dejó en él un destacamento de españoles y unos quinientos tlascaltecas á las órdenes de Pedro de Alvarado, y partió con sus tropas al cuartel, en tanto que los mejicanos huian despavoridos y despertaban

la más terrible ira en el corazon del nuevo monarca y de sus consejeros.

—Todo se ha perdido,—gritaron al entrar en el palacio.

—No, no se ha perdido todo,—exclamó un jóven que se hallaba al lado del monarca.—Yo os vengaré de la derrota que habeis sufrido. Yo haré pagar muy caro á los españoles los dias de luto y de desolacion que han venido á traer á nuestra patria.

Por la memoria del gran Motezuma, por el respeto que debo á su sucesor el gran Quetlahuaca, os juro no cesar de luchar al frente vuestro hasta haber exterminado á todos nuestros enemigos.

VII.

El que hablaba de esa manera era Guatimozin.

No sólo le impulsaban á tomar aquella actitud las desventuras de su patria.

Habia sabido la conversion de Motezuma, la conversion de su esposa y de sus hijos, y ya no era posible soportar tanta ignominia, tanta vergüenza.

VIII.

Mientras esto pasaba en el palacio imperial de Méjico, Hernan Cortés, despues de llamar al astrólogo Botello y de estrechar su mano por haberle li-

brado del peligro, preguntaba quién era el jóven español que le habia salvado de las garras de Teutila.

—Ese soldado,—dijo Marina, presentándose con el traje que durante aquel dia le habia servido para estar al lado de Hernan Cortés y luchar como el primero de los españoles;—ese soldado he sido yo.

IX.

Algun tiempo despues decia el caudillo á Marina, que ya habia abandonado su disfraz:

—Marina, te debo la vida, y aun á riesgo de romper los lazos que hacen imposible nuestro amor, juro amarte y ser esclavo tuyo.

Marina abandonó la habitacion de su amante, y ni ella ni él vieron al separarse que detrás del cortinaje de algodon que adornaba el lecho del caudillo se ocultó un hombre, procurando contener su respiracion para que no se apercibieran de su presencia.

Capítulo XXXVIII.

Sed de venganza.

I.

El hombre que se habia ocultado detrás del cortinaje del lecho de Hernan Cortés era Ilbialbi.

Desde el momento en que le hemos visto desaparecer, habia concebido sospechas de que Marina amaba á Hernan Cortés, y que el jefe de los españoles la correspondia.

¿Cómo, si esto era cierto, le habia ofrecido interceder por él?

Semejante engaño exigia una terrible venganza.

Amaba á Marina con verdadero frenesí.

Alentado por la confianza que inspiraba á la jóven, por la intimidad con que le trataba, por la importancia de los servicios que le exigia, habia llega-

do á figurarse que el premio de su fidelidad y de sus sacrificios seria el amor de Marina.

No podia imaginarse que la jóven india amase á un hombre como Hernan Cortés, y mucho ménos que un héroe que tan grandioso se aparecia á sus ojos, participase del afecto, para él problemático, de Marina.

II.

Ilbialbi habia llegado á creer, porque la pasion es muy crédula, que Marina le amaba.

Al sospechar, despues de cumplir las órdenes de Marina, contribuyendo á dar la victoria á Hernan Cortés en el momento en que luchaba contra Cacumatzin, desapareció.

—Si me ama, me buscará,—se dijo.—Si no me ama, al ménos por gratitud, Hernan Cortés y ella me buscarán tambien.

Trascurrió el tiempo, y como sucede siempre en la vida, la felicidad hizo que se olvidara de su servidor.

Los sucesos que tuvieron lugar y las consecuencias de la guerra, borraron por completo de la imaginacion de Hernan Cortés el recuerdo del indio.

No habia duda: eran ingratos.

¡Por unos ingratos habia vendido á su patria, habia contribuido á la ruina de su rey!

III.

El infeliz se consideraba el más infame de los hombres.

¿Qué podia hacer para tranquilizar sus recelos?

Vengarse; vengándose castigaba la ingratitud de aquellos por quienes tantos sacrificios habia hecho, y al mismo tiempo que arrebataba á los amantes la felicidad que él no podia poseer, libraba á su patria del yugo de los extranjeros, paralizando todos sus movimientos, toda su fuerza, con matar á Hernan Cortés.

IV.

Y esto nadie podia hacerlo mejor que él.

Los españoles sabian que era adicto á su jefe.

Podia entrar en su cuartel, recorrer todas las habitaciones sin despertar recelo alguno, penetrar en la estancia del caudillo, ocultarse en ella, darle el golpe con mano certera, conseguir la impunidad del crimen, abandonar el cuartel sin obstáculo alguno, anunciar á los mejicanos lo que pasaba, facilitarles los medios de acabar con los españoles, hacerse por este acto acreedor á la estimacion de sus compatriotas, ganar prestigio y posicion entre ellos, y poder despues del triunfo tomar como esclava á Marina, para vengarse lenta y cruelmente de su desamor.

V.

Ilbialbi habia envenenado la punta de una flecha, y la llevaba con ánimo de clavarla en el corazon del guerrero.

Hernan Cortés quedó solo en la estancia con su enemigo.

Estaba cansado.

Habia sufrido mucho aquel dia, y necesitaba reposo.

No iluminaba la habitacion más que una tea que habia en uno de los rincones.

Hernan Cortés se recostó en el lecho, y no tardó en ceder al cansancio.

VI.

Ilbialbi abandonó cautelosamente su escondrijo.

A pesar del rencor que sentia, no pudo ménos de estremecerle la idea del crímen que iba á cometer.

Pero las esperanzas que le sonreian, el goce que sentia ante la idea de vengarse, le alentaron.

Se acercó cautelosamente al sitio donde estaba Hernan Cortés, empuñó con su temblorosa mano la flecha para clavar su envenenada punta en el corazon del guerrero, y al ir á dar el golpe oyó ruido en la uerta de la estancia.

Ilbialbi volvió precipitadamente á su escondrijo.

—¿Quién vá?—preguntó Hernan Cortés.

—Soy yo,—dijo una voz.

Hernan Cortés salió al encuentro del que llamaba.

VII.

Era fray Bartolomé de Olmedo.

—Perdonad,—le dijo,—si he venido á turbar vuestro reposo; pero las circunstancias en que nos hallamos son tan críticas, y os interesa más que á mí salir de ellas, que no he vacilado en venir á comunicaros las ideas que el insomnio me ha sugerido, porque, creedlo, no he podido dormir.

—Hablad,—dijo Hernan Cortés.

—El dia de hoy ha sido un dia de prueba. Hemos perdido cuarenta soldados, y entre heridos y muertos pasan de trescientos los tlascaltecas que ya no pueden prestarnos auxilio.

—Tambien los mejicanos han tenido grandes pérdidas,—dijo Hernan Cortés.

—Sí por cierto; segun mis cuentas, pasarán de dos mil los que han quedado fuera de combate. Ahora bien; ¿qué habeis pensado vos?

—Que es preciso partir de Méjico.

—Partir despues del triunfo es doloroso. Pero no queda otro remedio.

—Partir ahora para volver más tarde,—dijo Hernan Cortés;—porque los hombres como yo, cuando

conciben un pensamiento, no lo abandonan hasta realizarlo.

—Pues bien; creyendo yo lo mismo que vos, he pensado que lo que nos conviene es abandonar á Méjico, pasar rápidamente por Tlascala, llegar á la colonia de Veracruz, embarcarnos allí todos, y dirigirnos á España.

Allí tendremos ocasion de referir á nuestro soberano, que Dios guarde, todo lo que ha pasado, y no dudeis que cuando sepa el heroismo de los españoles y los triunfos que como jefe habeis conseguido, desoyendo las quejas de Diego de Velazquez y comprendiendo cuánto conviene á su gloria y al esplendor de su corona la conquista de Méjico, os enviará con nuevos elementos, con numerosas fuerzas, á proseguir la conquista, que hoy es, en mi opinion, de todo punto imposible.

VIII.

Hernan Cortés quedó un momento pensativo.

Despues preguntó á fray Bartolomé:

—¿Deseais volver á España?

—Lo deseo, y lo desean todos; vos mismo lo deseais. Pues qué, ¿no teneis allí una esposa y un hijo que os llaman? ¿No gozareis, despues de tantos dias de fatiga, reposando tranquilamente al lado de quien sin duda alguna llora á todas horas vuestra ausencia?

—Padre Olmedo, no me habeis conocido si creeis

que he de volver á España antes de conquistar el imperio de Méjico.

O muero aquí, ó realizo mi empresa.

Además, de un momento á otro debe llegar Montejo, debe traerme el nombramiento real, y acaso refuerzos y víveres, que bien los necesitamos.

Hoy por hoy, es preciso partir de Méjico; de lo contrario, tendria que sostener una desesperada lucha, que desmayaria á mis soldados; y esto no debe suceder.

Con las fuerzas que hoy tenemos, podemos recorrer todo el continente de esta region, y libertando á los débiles del yugo de los opresores, aumentar mi ejército con ellos.

Tal es mi resolucion, y por nada del mundo dejaré de llevarla á cabo.

—Sé que vuestra voluntad es inquebrantable, y no me opongo á ella. Aunque no sea fuerte como vos para luchar, estoy dispuesto á sufrir como el primero, y puesto que mis planes no merecen vuestra aprobacion, me retiro.

IX.

Ilbialbi experimentó una inmensa alegría al ver que iba á quedarse solo Hernan Cortés.

Fray Bartolomé de Olmedo salió, y un instante despues, antes de que el caudillo de los españoles tuviera tiempo de volver á su lado, llegó Marina.

La presencia de la jóven exacerbó la ira de Ilbialbi.

Un idea terrible cruzó por su mente.

—¡Ah!—se dijo.—Los dos van á caer bajo el golpe de mi envenenada flecha.

X.

Mientras esto pasaba en Méjico en el cuartel de los españoles, tenian lugar en el mismo imperio sucesos que debemos referir á nuestros lectores.

Capítulo XXXIX.

Panuco, su cacique y sus guerras

I.

No habrán olvidado nuestros lectores que antes de salir de Zempoala Hernan Cortés dividió su ejército y envió á Juan Velazquez de Leon con cuatrocientos hombres á la ciudad de Pánuco, situada al Norte de Méjico, y que á la sazon se hallaba algo agitada por guerras intestinas.

Tambien habia enviado á Diego de Orgaz á Guazacoalco.

Pero á última hora desistió de este empeño, y aumentando las fuerzas de Velazquez, llevó en su compañía á Diego de Orgaz y al resto de los soldados cuyo mando le habia conferido.

II.

El pensamiento de Cortés, al enviar á Panuco

á Juan Velazquez de Leon, no era otro que el de aprovechar el prestigio de que los españoles disfrutaban en toda aquella region, para conseguir en el Norte lo que ya habia conseguido en el Mediodía.

De esta manera, cualquiera que fuesen las consecuencias de su expedicion á Méjico, podria hacer una buena retirada y contar con elementos para una nueva embestida.

III.

Para que puedan explicarse algunos sucesos de los que muy en breve van á presenciar nuestros lectores, necesitamos abandonar á Hernan Cortés en la crítica situacion en que le hemos dejado, y seguir á Velazquez de Leon para ver cuál fué el resultado de su empresa.

Desde Zempoala, costeando la ribera del Golfo Mejicano, dejó á la izquierda á Naotlan, atravesó un rio, al que dió el nombre de rio de San Pedro, y por Xaxiguohulto, Tatecuco y Tacuatás, llegó á Panuco.

El viaje fué en extremo feliz, porque en su mayor parte eran sus soldados de los que habia enviado al Yucatan Pánfilo de Narvaez, que ávidos de conocer el país avanzaban con rapidez, deseosos de contemplar los preciosos paisajes que á cada instante se desarrollaban ante su vista.

IV.

Habian cundido por todo el país las noticias refe—

rentes á los triunfos que los españoles habian conseguido en todas partes, y los consideraban, no sólo como hijos del cielo, sino como invencibles.

Hernan Cortés y sus capitanes habian adquirido una gran fama, no sólo por las victorias que habian conseguido de los indígenas, sino por la que acababan de realizar sobre otro general de su misma nacion, y estas circunstancias eran causà suficiente para que de todas las poblaciones acudiesen los naturales á saludar á los españoles, á ofrecerles infinitos regalos y á ponerse bien con ellos; porque en honor de la verdad, no habia una sola tríbu, una sola provincia, un solo reino de los que dependian de Motezuma, que no sintiese todo el peso de la esclavitud que aquel monarca les habia impuesto, y que no considerase la llegada de los españoles como un síntoma de su próxima libertad.

Todos estos motivos favorecian en extremo á Velazquez de Leon, razon por la cual llegó, como hemos dicho, á Panuco, despues de un viaje casi triunfal, y llegó en el momento en que el gran cacique de aquella provincia se hallaba en grave peligro de perder el mando.

V.

Gobernaba á la sazon aquella parte del territorio mejicano, con el nombre de gran cacique, un hombre que por su fama como guerrero habia merecido las simpatías de todos los habitantes de Panuco, quie-

nes al ver amenazada su independencia por las tropas de Motezuma. lo eligieron por jefe y le confiaron la defensa de su independencia.

Naothael, que este era el nombre del cacique, habia hecho prodigios de valor para defender á las provincias de yugo de Motezuma.

Grandes eran los triunfos que habia alcanzado sobre sus enemigos.

Pero al fin tuvo que ceder ante la fuerza, y el mismo Motezuma, que habia oido hacer grandes elogios de la bravura de aquel caudillo, le llamó á su presencia y le confirmó en el mando de la provincia, despues de exigirle un tributo como á todos los que caian en su poder.

VI.

Gracias al ascendiente de Naothael, el tributo que les impuso fué ménos gravoso del que pagaban otras provincias.

En su mayor parte dedicados los de Panuco á las labores del campo, abandonaron las armas para cultivar la tierra.

Pero su carácter independiente les hacia considerar como una inmensa desventura el pago del odioso tributo.

Pero en más de una ocasion habian recurrido á Naothael, exigiéndole que rompiese el pacto, que desafiase de nuevo la ira del monarca, y que como ellos prefiriese la muerte á la deshonra.

Naothael habia desoido estos consejos porque su palabra estaba empeñada, y era incapaz de faltar á ella.

Pero las súplicas que él desoyó, fueron acogidas por Nazatcotlan, valiente guerrero tambien, y se formó un partido en torno suyo, que estaba en pugna con el de Naothael.

VII.

Cuando supieron los habitantes de Panuco la llegada de los españoles, la benevolencia y el afecto con que trataban á los tributarios de Motezuma, la proteccion que dispensaban á todos cuantos eran hostiles al emperador, se aumentaron las esperanzas de los partidarios de Nazatcotlan, y el cacique no tuvo más remedio que defender sus ideas con las armas.

Refugiáronse los rebeldes en Tanuco, ciudad vecina á la de Panuco, y desde allí, seguros de que no podria Motezuma enviar tropas en su persecucion, por tener que atender á las eventualidades de la presencia de los españoles, molestaban contínuamente á Naothael, obligándole á tomar parte en escaramuzas y en combates que destruian por completo la paz de su provincia.

VIII.

Nazatcotlan tenia partidarios, más que por sus

cualidades personales, porque representaba para ellos el deseo de independencia.

Apenas supo el cacique que los españoles, ó por lo ménos una parte de su ejército, se dirigia á Panuco:

—No lo dudeis,—dijo á sus consejeros y amigos;—vienen á dispensarnos la proteccion que han dispensado á los de Zempoala, á los de Tlascala, á los de Zocotlan. Su enemigo es Motezuma: brindémosles nuestra amistad, y el deseo que anima á los partidarios de Nazatcotlan se realizará, no por la fuerza, sino por la justicia.

IX.

Gracias á esta circunstancia, la llegada de Velazquez de Leon con los soldados españoles fué un motivo de júbilo para Naothael y para los habitantes de Panuco.

Apenas supieron que estaban próximos, nombraron una embajada, y al frente de ella se dirigió Naothael á recibir y saludar á los españoles, como se verificó, tendiendo los brazos á Velazquez de Leon, anunciándole desde luego que todos acudian á solicitar su amistad y á obtener el permiso competente para agasajarle, como á los demás que le acompañaban.

X.

No podia prometerse Velazquez de Leon una aco-

gida tan benévola, y se alegró en extremo de que así fuera, diciendo al cacique:

—Yo vengo enviado por mi jefe Hernan Cortés, el amigo de Motezuma, á poner término á vuestras disensiones, porque no es justo que los hermanos combatan entre sí cuando tienen un enemigo comun contra el cual deben emplear su fuerza, ó por lo ménos guardarla para cuando llegue la ocasion de emplearla.

Este lenguaje agradó mucho á Naothael, y satisfecho en extremo al saber que los españoles pensaban permanecer algun tiempo en Panuco, dispuso para ellos las mejores casas de la poblacion, enviándoles de su palacio muebles, galas y cuanto pudieran necesitar para su comodidad y recreo.

XI.

No era Panuco, ni con mucho, una ciudad tan magnífica, tan grandiosa como la de Méjico.

Pero si faltaban edificios suntuosos, monumentos como los que constituian el esplendor de Méjico, las casas eran cómodas, bellas; y sobre todo, las ricas arboledas que besaba un caudaloso rio, el de Panuco; las flores y las pintadas aves que con sus cánticos embelesaban el oido, y con sus plumajes, ricos de color, fascinaban la vista, constituian un paraje encantador.

Si á esto se une la amistad que ofrecian los de Panuco á los españoles y los agasajos de que eran obje-

to, fácilmente se comprenderá que Velazquez y sus soldados consideraran aquella ciudad como un verdadero paraíso.

XII.

Velazquez, comprendiendo bajo el punto de vista político las consecuencias de aquel triunfo tan fácil, se propuso consolidar su amistad con Naothael, ignorando las consecuencias que tendria para él aquel deseo.

Vamos á referir los episodios de su estancia en Panuco.

Capitulo XL.

La reina curandera.

I.

A pesar de las costumbres del país, que autorizaban al jefe del Estado á tener cuantas mujeres queria, Naothael habia renunciado á aquel derecho, dominado por la influencia de Litzajaya, que era su esposa.

Litzajaya habia nacido en Guanahani poco antes de que los españoles, al mando de Cristóbal Colon, llegasen á apoderarse de aquella isla.

II.

En una excursion que habian hecho á ella los caribes, segun sus costumbres, se apoderaron de la niña, y se la llevaron.

Lejos de su familia, Litzajaya debió á su hermosura el no ser víctima, como los demás prisioneros, de la voracidad de los caribes.

Una india anciana la cobró gran afecto, la enseñó á conocer las plantas medicinales que más virtud tenian para curar las heridas y las enfermedades; y estas cualidades por un lado, y su belleza por otro, fueron causa de que los caribes de la tríbu adonde habia ido á parar la respetasen y llegaran á amarla.

III.

En una de las expediciones que hicieron los españoles á las islas caribes se apoderaron de ella, y la condujeron á Santo Domingo.

Breve fué el tiempo que pasó allí.

Dotada de una superior inteligencia, de pasiones vehementes, recordando los primeros años de su vida, su familia, su ciudad natal, en una de las expediciones que al Golfo de Darien iban á hacerse por órden de don Diego de Colon, logró que como intérprete la llevasen á bordo de uno de los navíos, en la creencia de que pasarian cerca de Guanahani, y de que volveria á su patria.

De aquella expedicion formaba parte Aguilar, y nuestros lectores saben el resultado que tuvo.

Litzajaya fué tambien prisionera, y enviada como presente por el cacique de Zocotlan al emperador de Méjico.

VI.

Cuando Naothael fué á la ciudad á ajustar la paz con el emperador, conoció á Litzajaya, se enamoró perdidamente de ella y la pidió como esposa.

Los hechizos de la jóven le fascinaron de tal manera, que á pesar de su energía, de su valor, de su entereza, una mirada de la jóven india bastaba para dominarle.

Naothael la amaba con delirio.

Ella habia contribuido á hacerle desear la llegada de los extranjeros, porque refiriéndole su historia, le habia contado cosas que habian despertado en él una viva curiosidad.

V.

Los de Panuco participaban de los mismos afectos que Naothael.

Litzajaya habia hecho curas marávillosas, habia tratado con la mayor afabilidad á los más míseros vasallos de su esposo, y estos motivos, y su hermosura fascinadora, habian contribuido á conquistarle el cariño y la admiracion de cuantos la rodeaban.

VI.

Naothael quiso ofrecer un banquete á Velazquez

de Leon, y fué en persona á invitarle, anunciándole que su esposa Litzajaya habia vivido algun tiempo entre los españoles en Santo Domingo, y se complaceria en extremo conociéndole.

Preguntó Velazquez de Leon quién era aquella mujer y por qué circunstancias, despues de haber estado entre los españoles, habia ido allí, y le refirieron su historia, exagerándola, razon por la cual se despertaron en su alma vivos deseos de conocerla.

El banquete tuvo lugar.

A él asistieron Naothael, Litzajaya, algunos de los personajes más importantes de Panuco, Velazquez de Leon, los cuatro capitanes de las compañías que formaban su ejército, y algunos cabos distinguidos.

El festin fué, para lo que se acostumbraba en el país, muy espléndido.

Litzajaya manifestó desde el primer momento la emocion que habia experimentado al ver á Velazquez de Leon.

VII.

En efecto; la presencia de aquel jóven y gallardo capitan evocó en su memoria recuerdos de otros dias, recuerdos que constituian las primeras impresiones de su vida.

Los españoles, á pesar de los crueles atentados que habian cometido en Santo Domingo, eran considerados por Guacanajari y todos sus vasallos como hijos del cielo.

Inspiraban, por lo tanto, una inmensa veneracion á aquellas sencillas gentes.

VIII.

Por otra parte, cuando Litzajaya los habia visto le habian fascinado, porque sus trajes, la belleza de su raza, la elegancia de sus maneras, el valor, y sobre todo el poderío que ejercian, eran cualidades capaces de exaltar una imaginacion como la de aquella niña, que en los albores de su infancia habia visto el peligro de cerca, se habia criado entre salvajes, y habia recibido tantas emociones.

Niña era entonces, y sin embargo, sin explicarse el amor, hubiera querido ser amada por algunos españoles.

Las circunstancias la separaron de ellos, y ya hemos referido cuál fué su historia.

IX.

La presencia de Velazquez de Leon avivó en su alma pensamientos dormidos, y en su mirada de fuego, mirada que no podia contener, manifestó al caudillo de los españoles el sentimiento que á su vista habia experimentado.

Por su parte, Velazquez de Leon, fogoso, ardiente, galan como el primero, no pudo ménos de admirar la belleza de Litzajaya, y para justificar los de-

seos que nacieron en su alma, acudió como siempre al especioso pretexto de la razon de Estado.

Ella podia favorecerle.

Si cedia á sus halagos, si la buscaba, no era debilidad en él: era necesidad para cumplir las órdenes que habia recibido de su jefe.

Alegraron el festin algunos músicos, y al final unas cuantas indias, con guirnaldas de flores, bailaron danzas del país para festejar á los huéspedes de su cacique.

X.

Aquella noche se sintió Velazquez de Leon enfermo, y al dia siguiente se declaró una fiebre muy violenta, que llegó á inspirar sérios temores á sus compañeros.

Apenas tuvo noticia Naothael de la situacion del cacique de los españoles, acudió á verle, y él mismo tranquilizó á los amigos de Velazquez de Leon, diciéndoles:

—No temais: mi esposa Litzajaya conoce la virtud de todas las yerbas para curar las fiebres, y ella misma vendrá á salvar á vuestro capitan.

XI.

Cuando Naothael anunció á su esposa lo que pasaba, fingió Litzajaya que se sorprendia; pero no era así.

Al oir de los lábios de su esposo los ruegos que formuló para que devolviera la salud á Velazquez de Leon, experimentó una secreta alegría.

Litzajaya habia buscado la situacion en que iba á encontrarse.

Sin que nadie se apercibiera, habia colocado en el cáliz de una flor una yerba que tenia la propiedad de alterar la sangre, y obsequió con aquella flor al capitan de los españoles.

XII.

Como representaba aquel obsequio á los ojos de Velazquez de Leon una prueba del amor de Litzajaya, guardó la flor á la cabecera de su lecho, y la yerba produjo su efecto.

Nadie podia presumir que aquella fuera la causa de la enfermedad de Velazquez de Leon.

Litzajaya tenia los medios de curarle, y así lo hizo, aunque con lentitud, porque deseaba inspirarle gratitud y tener ocasion de entablar con él las relaciones que su vista le habia inspirado.

Capitulo XLI.

Lo que hace la pasion.

I.

El enfermo fué poco á poco recuperando las fuerzas que habia perdido, y cuando supo que debia aquel inmenso beneficio á Litzajaya, no la ocultó su gratitud.

—Bien hayas tú,—le dijo,—que con mano generosa me has devuelto la vida.

—Si algun afecto merece de tu parte,—contestó Litzajaya,—el favor que he podido dispensarte, justo será que exija el premio.

—Pídeme cuanto desees.

—No quiero imponerte un gran sacrificio: sólo te pido una revelacion.

—¿Cuál?

—¿Crees que debemos ser amigos?

—¿Por ventura puedes dudar que correspondo con toda mi alma al afecto que me demuestras?

—Pues bien; en ese caso, contesta á las preguntas que voy á hacerte. ¿Cuál ha sido el objeto de tu venida aquí?

—Restablecer la paz entre los habitantes de Panuco, dar fuerza á tu esposo, defender sus derechos, explorar vuestro ánimo para saber si deseais libraros de la dominacion de Motezuma.

—Lo habia adivinado.

II.

Litzajaya no preguntó más por entonces á Velazquez de Leon.

Dos dias despues dijo este á su salvadora:

—Para aplazar el objeto de mi venida, necesito tu apoyo.

—Cuenta con él.

—Naothael desea sin duda alguna dejar de ser tributario de Motezuma; pero en la duda de si logrará ó no este inmenso beneficio, vacilará en declararle la guerra.

—Tú lo has dicho.

—Pues bien; yo necesito celebrar una entrevista con tu esposo para rogarle que firme un pacto conmigo, que represento aquí á Hernan Cortés, quien á su vez representa en Méjico al monarca de España, declarando que reconoce su supremacía y que al saber las afectuosas muestras de amistad que ha dado

Motezuma á los españoles, deseando interpretar sus sentimientos, sigue su ejemplo.

De esta manera no se compromete, y queda en libertad de responder á todos los cargos que pueda hacerle un dia Motezuma.

III.

—Tus palabras,—dijo Litzajaya,—me demuestran que no es tan desinteresada tu amistad como la nuestra.

—Si eso crees, olvida las palabras que he pronunciado.

—No; yo estoy dispuesta á ayudarte, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—¿No me has dicho que deseas tener una entrevista con mi esposo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando él disponga.

—Mañana mismo.

—¿Cuentas con su vénia?

—Naothael hace cuanto le digo.

—En ese caso, mañana.

—¿Como es natural, desearás que á esa entrevista no asista nadie?

—Ese es mi deseo.

—En cambio, tú tampoco llevarás compañía.

—Mis soldados, que tienen que escoltarme, por-

que es su deber, quedarán á la puerta de vuestro palacio.

—Bien está; hasta mañana.

—¿Pero no me dices qué condiciones exiges de mí para ayudarme?

—Mañana las sabrás. De tí dependen que se realicen todos tus proyectos.

Y al pronunciar aquella frase ofreció en una miráda todo el tesoro de su amor al jóven capitan de los españoles.

IV.

Litzajaya tornó á palacio con su servidumbre, y se guardó muy bien de anunciar á su esposo la pretension de Velazquez de Leon.

Satisfecho Naothael, al saber por su esposa que el capitan de los españoles estaba completamente restablecido, quiso pasar á su alojamiento con gran aparato para manifestarle su inmensa satisfaccion, y al mismo tiempo dispuso que se celebraran solemnes funciones en los templos, dando gracias á los dioses por la alegría que le dispensaban.

Entonces Litzajaya le dijo:

—Su deber es venir á verme, y vendrá. Dispon esos festejos; pero tú no asistas á ellos: es necesario que hables á solas con el capitan de los españoles, que averigües cuáles son sus propósitos.

Naothael se dispuso á complacer á Litzajaya.

V.

Al anochecer salió la jóven india al jardin que rodeaba su palacio, cogió unas yerbas, las machacó con una piedra, la masa que formó la tuvo algun tiempo á la luna, y volvió despues al palacio.

Naothael habia mandado ya á los teopixques celebrar unos sacrificios en accion de gracias, y el pueblo se preparaba para asistir á ellos al dia siguiente.

El cacique se retiró á su aposento, y todo quedó en silencio.

VI.

En medio de la noche llegó Litzajaya hasta la hamaca en donde dormia Naothael.

Con las yerbas que habia cogido en el jardin frotó sus sienes, y se alejó.

Al dia siguiente fueron á avisarla que Naothael sufria.

Corrió á su aposento, le examinó, y tranquilizó á todos los que le rodeaban.

—Podeis ir á las fiestas; Naothael estará bueno en breve, y podrá recibir al jefe de los españoles.

Cuando se quedó sola con su esposo:

—Necesitas descansar,—le dijo;—en el sueño hallarás la salud, y voy á hacer que duermas.

VII.

En efecto; le dió un narcótico, calculando que el estupor que debia producirle durase el tiempo justo para realizar los proyectos que habia concebido.

Poco despues quedó profundamente dormido el cacique.

No habria trascurrido una hora desde que dormia, cuando se presentó Velazquez de Leon.

Para dar una prueba á Naothael de lo seguro que se creia en el palacio, despidió á sus soldados, y atravesó las habitaciones que conducian al aposento de Naothael.

No encontró á nadie hasta llegar á la antecámara del cacique.

Allí se presentó á su vista Litzajaya.

VIII.

—Bien venido seais,—le dijo;—¿estais dispuesto á aceptar mis condiciones?

—Desde luego, si Naothael acepta las mias. ¿Puedo verle?

—Sí; entra.

Velazquez de Leon entró en el aposento de Naothael, y Litzajaya, mostrándole el lecho en donde yacia:

—Mírale,—dijo.

—¿Duerme?

—Sí, duerme; pero no tengas cuidado. Aunque vá á ser testigo de nuestra conversacion, no oirá nada.

—¿Qué es esto?—preguntó Velazquez de Leon asombrado.

—Esto es que yo soy en Pannco quien resuelve todos los asuntos del Estado, y esto quiere decir que acepto desde luego tus condiciones, si tú aceptas las mias.

IX.

A pesar de su valor, no pudo ménos de estremecerse el capitan de los españoles.

—¿Tienes miedo?—le preguntó Litzajaya, profundizando con su mirada el corazon de Velazquez.

—Miedo no,—dijo este.—Habla.

Y comenzó la escena que vamos á referir en capítulo aparte.

Capítulo XLII.

Donde se vé que Litzajaya, á pesar de ser salvaje, está á la altura de las mujeres más civilizadas.

I.

—Tú has venido á Panuco,—exclamó Litzajaya,—con otra idea que la que me has confiado. Yo te conozco bien; he profundizado tu corazon, y he averiguado la verdad. Velazquez de Leon, tú has venido á apoderarte de Panuco.

—Te engañas, Litzajaya,—dijo el capitan de los españoles;—no es ese mi ánimo, y si lo hubiera sido no lo hubiera negado, porque los españoles no ocultan nunca sus designios, y mucho ménos á sus enemigos.

—Lo sé; pero tambien sé que los primeros españoles que llegaron á estas regiones, que no conociais antes, entraron como amigos y no tardaron en tratarnos como señores. Yo era muy niña aún; pero no he olvidado la triste situacion de Guacanajari, no he

olvidado las terribles persecuciones de que fué objeto el terrible Caonabo; no he olvidado que los indios que acogieron con entusiasmo á los extranjeros, que se sacrificaron por ellos, que les ofrecieron cuanto tenian, recibieron en pago de su generosidad el ominoso yugo de la esclavitud, el tributo más odioso. ¿Cómo quieres que dude de las intenciones que te han traido aquí?

II.

Velazquez de Leon no sabia explicarse los motivos que obligaban á hablar de aquella manera á Litzajaya, y la dirigió una mirada escrutadora.

—Litzajaya,—dijo,—háblame con franqueza. Al traerme aquí, ¿me has tendido un lazo?

—¿Puedes creer semejante infamia en mí?

—No lo creo; pero las apariencias te condenan.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo yo? No; harta desgracia seria para Panuco si por acaso me hubieras tendido un lazo. Tú, que conoces á los españoles, sabes muy bien que no perdonan las ofensas que se les infieren.

Pero no hablemos de eso. Yo estoy tranquilo; tú eres la que no pareces estarlo tanto. Por mi parte, declaro solemnemente que sólo he venido á devolveros la paz, á obtener en pago vuestra amistad y vuestra alianza con los españoles, para daros tambien, como un premio á esta amistad, la libertad, la independencia de que careceis, para libraros de un tributo más

ominoso que el que tú sospechas: el que pagais á Motezuma.

III.

No sorprendieron estas declaraciones á Litzajaya. Harto habia comprendido que no era el ánimo de Velazquez de Leon imitar el ejemplo de Colon en Guanahani y en Santo Domingo. Pero convenia á su propósito mostrarse desconfiada al principio para que su confianza fuese más apreciable despues.

—Creo lo que me dices,—añadió,—y en prueba de ello, puedo asegurarte que el lazo que temes no ha de ser tan penoso para tí.

—Explícate.

—¿No ves á Naothael cómo asiste á nuestra conversacion sin enterarse de ella?

Velazquez de Leon fijó sus ojos en el cacique.

—¿Duerme?—preguntó.

—Duerme, sí; pero no temas: no se despertará tan pronto.

—¿No es natural su sueño?

—Tú sabes que conozco la virtud de las yerbas, que te he librado de la muerte. Convenia á mi propósito que los servidores de mi esposo, al verte entrar, ignoraran que iba á hablar á solas contigo.

—¿Y has dado alguna bebida á Naothael?

—Le he hecho un bien,—dijo con cinismo Litzajaya.—Yo deseaba hablarte; voy á hacerte revelaciones que de seguro le mortificarian si las oyera.

¿No es mejor para él que no las oiga?

IV.

Litzajaya se presentaba á los ojos de Velazquez de Leon como una mujer de superior inteligencia.

Cuando un hombre encuentra en su camino á una mujer en quien espera hallar la debilidad, y cuando vé que esta debilidad no existe en ella y se halla reemplazada por una inteligencia superior, el hombre experimenta un inmenso placer por verse subyugado, y la mujer adquiere á sus ojos un valor indescriptible.

Esto sucedió á Velazquez de Leon.

—Oyeme,—dijo la india.—Quizás te sorprenda la revelacion que voy á hacerte. Pero nosotras, las mujeres á quienes vosotros llamais salvajes, somos leales, decimos lo que siente nuestro corazon, y cuando la pasion nos domina no la ocultamos. Es entonces en nuestra alma el torrente que no halla valladar bastante á sujetarla; se desborda, y devasta cuanto encuentra á su paso si no halla un dulce obstáculo, que allí contiene su fuerza, convierte su ímpetu torrencial en multitud de arroyos cristalinos, que bordando los prados, llevan aroma y colores á las flores que nacen en sus orillas. Velazquez de Leon, yo te amo.

V.

Esta declaracion tan ruda, tan inesperada, tan enérgica, conmovió fuertemente al capitan.

—¿Me amas?

—Sí; te amo con esa fuerza, con esa locura, con ese frenesí del amor que encuentra imposibles que vencer. Yo no sé por qué la suerte me ha condenado á nacer en este suelo y á vivir entre estas gentes, en cuya compañía he vivido hasta ahora.

Hay algo en mí que me hace desear todo lo grande, todo lo difícil, todo lo insuperable, y cómo considero que tu amor se halla en ese caso, tu amor me embelesa, tu amor me encita á arrostrar todo género de sacrificios. Ya has visto que he empezado á destruir los obstáculos que pudieran oponerse al logro de mis ensueños.

VI.

Velazquez de Leon vaciló un instante.

Litzajaya tenia condiciones para fascinarle, y le fascinó en efecto.

Siempre ha de haber flaqueza en la humanidad, y cuando la mujer es fuerte el hombre es débil.

Pero aunque la pasion pudiera alucinarle un momento, la razon debia obtener el triunfo en seguida.

Desde luego comprendia que en aquellas circuns-

tancias no podia despreciar á aquella mujer, que se convertiria en una hiena.

Pero sin despreciarla, halagando sus aspiraciones, podia muy bien ir más allá del objeto de su viaje, y ófrecer á Hernan Cortés, no la amistad de un pueblo, sino un pueblo conquistado por las armas españolas.

Todas estas ideas, sumiéndole en una completa abstraccion, paralizaron su voz, y no contestó á las revelaciones de Litzajaya.

VII.

—¿No me respondes?—exclamó la india.—Has oido que te amo, ¿y no me has contestado que participas del amor que yo siento? ¿Y no has caido en mis brazos para jurarme en ellos eterna adoracion?

—Litzajaya,—dijo Velazquez de Leon,—hace poco me preguntaste si temia. Entonces no, ahora sí.

—¿Por qué?

—Porque ese amor que tú me has confesado late en mi pecho desde el primer momento en que te ví, porque al oir tus revelaciones se aviva, y yo no sé si tendrá fuerza para contenerse.

—¿Qué puede atormentarte?

—Ese cuerpo inanimado, que es mudo testigo de esta escena. Ménos temblaria si estuviese despierto; si despues de oirme, enojado y furioso, esgrimiera sus armas contra mí; si en lucha sangrienta pudiera obtener legítimamente el triunfo de su amor.

—¡Ah! No me amas como yo á tí.

—¿Por qué dices eso?

—La pasion es ciega; yo nada veo. Si hubiera obstáculos que vencer, los destruiria.

—Pues bien; seré cobarde hasta ese punto, te amaré en silencio, engañaré á Naothael; pero cuando yo parta de aquí vendrás conmigo.

—No; tú no partirás,—dijo Litzajaga.

VIII.

Pronunció estas palabras con un acento tal, que heló la sangre en las venas de Velazquez.

—Te ofrezco,—continuó la india,—realizar tus deseos si tú accedes á los mios. ¿Quieres la paz de Panuco, la amistad de Naothael, su alianza para secundar los planes de tu jefe en Méjico? Todo cuanto desees lo obtendrás, y obtendrás más aún.

—Explícate.

—No hay en Panuco una sola persona que se atreva á oponerse á mi voluntad. Todos me consideran como su reina, como dueña absoluta hasta de sus caprichos. Una palabra mia es una órden que todos cumplen, que todos se deleitan en cumplir.

—¿Y bien?

—El amor es infinito. Naothael caerá enfermo. Poco á poco irá debilitándose su salud; sufrirá, y tras algunos dias de dolencia vendrá la muerte.

Yo seré libre, seré aclamada reina.

¿Quién se opone á que elija un nuevo esposo? Y en ese caso, ¿quién puede oponerse á que seas tú el elegido?

—¿Tendrás valor?...

—Para todo, Velazquez, para todo.

Entonces tu enviarás lejos de aquí á los soldados que te acompañan; tendrás bastantes para que te defiendan con los de Panuco, y aun haré más por ti: abrazaré tu religion, creeré en lo que tú creas, amaré lo que tú ames, y de este modo, al mismo tiempo que tu dicha podrás ofrecer á tu jefe la realizacion de sus sueños, que á mí no se me ocultan.

El ha venido á conquistar á Méjico, y lo conseguirá.

Nosotros le ayudaremos, y en premio de esta ayuda seremos libres, independientes y dichosos.

IX.

El amor ofrecia á Velazquez mucho más de lo que habia podido imaginar.

Las ideas de Litzajaya le asustaban.

Pero contaba con que el tiempo y los sucesos se opondrian á su realizacion.

De todos modos, no podian dolerle prendas, y jurando de nuevo eterno amor á Litzajaya, selló sus palabras con un tierno y cariñoso ósculo.

De pronto la india se separó de Velazquez de Leon.

X.

—Ha llegado el momento en que vá á despertar Naothael; vé á la antecámara y espera á que te llame.

En efecto; poco despues se acercó Litzajaya al lecho de su esposo.

Cogió de un búcaro unas flores, é hizo que aspirase su aroma.

Al poco tiempo se despertó Naothael.

XI.

—Velazquez de Leon espera tus órdenes para verte,—dijo Litzajaya á su esposo.

Este salió al encuentro del capitan.

Velazquez quedó muy satisfecho de las promesas que le hizo Naothael.

Al retirarse, le recordó Litzajaya con una mirada abrasadora el pacto que habian hecho.

Por la tarde se solemnizó con grandes fiestas el convenio amistoso qne habian celebrado el cacique de Panuco y el capitan de los españoles.

Capitulo XLIII.

Una córte en pequeño.

I.

Esmerábanse los habitantes de Panuco en hacer grato el tiempo que pasaban los españoles al lado suyo.

Velazquez, deseando cumplir la palabra que habia empeñado, envió emisarios á Nazatcotlan, suplicándole una entrevista para tratar con él de la paz.

La entrevista se celebró en una aldea inmediata á Panuco.

Nazatcotlan accedió á los deseos de Velazquez de Leon, porque habia oido hablar de los españoles, y hasta entonces no habia visto á ninguno.

II.

La curiosidad principalmente le movió á acudir á la cita que le dió Velazquez de Leon.

En ella el capitan de los españoles le manifestó el objeto que le habia llevado á Panuco, los vivos deseos que tenia de restablecer la paz, destruyendo la guerra civil que asolaba á una poblacion tan activa, tan industriosa, tan á propósito para ser feliz.

Nazatcotlan contestó que por su parte no habia tenido más objeto al rebelarse contra Naothael, que el de librar á su pueblo del yugo de los mejicanos.

III.

—Pues bien,—contestó Velazquez de Leon;—ése es el objeto que nos ha obligado á venir á estas regiones.

En España ha sabido nuestro monarca, que es el más poderoso de la tierra, que muchos pueblos, que muchas tribus, sufrian un ominoso yugo: que un tirano, Motezuma, con la ley de la fuerza, habia convertido en esclavos á pueblos libres.

No podia consentir nuestro monarca semejante atentado, y hemos venido á devolver la libertad á los que gimen en la esclavitud; pero respetando al mismo tiempo su independencia.

Naothael ha aceptado gustoso mis proposiciones, imitando el ejemplo de los caciques de Zempoala, de Zocotlan, de Tabasco, de Cinthal y de otras muchas provincias, que á estas horas nos deben haber salido de la esclavitud.

Naothael os abrirá sus brazos, si deponiendo las

armas, mostrais que no es una mezquina ambicion, que no es el deseo de arrebatarle el mando, el que os ha movido á encender la guerra.

Pensad en la alegría que dareis á los habitantes de Panuco, vuestros hermanos, reconciliándoles con Naothael, y pensad la alegría que experimentarán todos con un desenlace tan feliz.

IV.

Las palabras de Velazquez de Leon influyeron en el ánimo de Nazatcotlan, y obedeciendo á un impulso de su corazon:

—Llevadme á Panuco,—le dijo;—yo mismo me entregaré á Naothael.

Anunció Velazquez de Leon aquella fausta nueva á su amigo, quien no tardó en difundirla por toda la ciudad, aprestándose todos á recibir con júbilo al que habia sido su enemigo, y al que habia logrado despertar de nuevo en su alma ideas de paz y de conciliacion.

V.

Tres dias pasó Velazquez de Leon con algunos de sus soldados al lado de Nazatcotlan, quien le llevó á su campamento, presentándole á la admiracion de sus soldados.

Cuando uno y otro fueron á Panuco, y vieron á Naothael, no le reconocieron.

A aquella solemne entrevista asistió Litzajaya.

Velazquez de Leon buscó instintivamente la mirada de la india, para preguntarla qué significaba el estado en que se hallaba Naothael.

La mirada respondió.

Velazquez no pudo ménos de estremecerse.

VI.

Naothael manifestó que se hallaba muy mal, que experimentaba unos vivos dolores, que nótaba que le faltaban las fuerzas por momentos, y añadió:

—Todo lo espero de mi buena Litzajaya. Ella me devolverá la vida.

—Si los dioses lo quieren,—respondió con fingida humildad la esposa adúltera.

VII.

Restablecida la paz, y contando Velazquez de Leon con la amistad de Naothael, creyó que debia alejarse de aquella ciudad antes de que tomaran mayor cuerpo los fatídicos planes de Litzajaya.

En una entrevista que pudo proporcionarse con ella á solas:

—Es imposible que continúe más tiempo aquí,—la dijo;—terminada mi mision, infundiria sospechas mi permanencia en esta ciudad. Voy á partir.

—No, tú no te irás,—dijo Litzajaya.

—¿Y qué hacer?

—Aguardar breves dias; muy pocos han de ser.

—Piensa lo que haces.

—Cuando yo tomo una resolucion no vacilo, no retrocedo nunca.

VIII.

Al dia siguiente de esta conversacion entre los dos amantes, la salud de Naothael llegó á inspirar sérios temores.

Todos pedian á Litzajaya que salvase al cacique.

—Hago cuanto puedo para salvarle de la muerte; pero veo que mi ciencia es inútil.

—Que acudan todos los que haya en la provincia que curen las enfermedades para examinar su mal, estudiarle y combatirle,—exclamó uno de los circunstantes.

—¿Puedes creer,—contestaba Litzajaya,—que haya alguien en Panuco que conozca mejor que yo la virtud de las plantas medicinales?

Ante esta pregunta todos callaban.

Pero era tan extraño que un hombre jóven como Naothael, que siempre habia disfrutado de una buena salud, estuviese tan abatido, tan postrado, que no podian explicarse sus vasallos la causa de tan terrible enfermedad.

IX.

Como sucede siempre, cuando el monarca cayó en el lecho del dolor comenzaron á agitarse las ambiciones.

Nazatcotlan pensó en que él debia ser el heredero del poderío que con la muerte iba á abandonar para siempre Naothael.

Obedeciendo á este deseo ambicioso, comenzó á preparar los ánimos en favor suyo.

Litzajaya lo supo, y trabajó á su vez para desprestigiar á Nazatcotlan y para conseguir la realizacion de sus planes.

X.

Durante la enfermedad de Naothael iba todos los dias Velazquez de Leon á su palacio, porque Litzajaya le habia pedido que fuese, asegurándole que los habitantes de Panuco considerarian su ausencia como un desaire, como una ofensa digna de castigo.

En uno de los momentos más críticos de la enfermedad de Naothael, dirigió Velazquez de Leon una suplicante mirada á Litzajaya.

Ella le contestó con otra, dándole á entender que pronto iban á terminar los obstáculos que se oponian á su dicha.

Nazatcotlan sorprendió estas miradas, y abando-

nando el palacio, corrió á buscar á sus amigos para participarles el descubrimiento que acababa de hacer.

XI.

—Litzajaya y el capitan de los extranjeros están de acuerdo,—les dijo;—no ignorais que la esposa de Naothael nos ha hablado muchas veces de los españoles, por haber vivido en una isla de las primeras que han conquistado.

¿Quién sabe si desde entonces se conocen?

¿Quién sabe si la enfermedad de Naothael es el efecto de una intriga tramada entre su esposa y Velazquez de Leon, para entregarle por este medio la provincia de Panuco?

Semejantes noticias alarmaron á los amigos y confidentes de Nazatcotlan.

—¿Y qué podemos hacer?—preguntó uno.

—¿Qué? Aguardar prevenidos los sucesos. Naothael bajará muy en breve á la tumba, y en el mismo momento en que sepamos su muerte, corremos á palacio, me proclamais á mí, y desbaratamos los planes de Litzajaya y de los extranjeros.

XII.

La desaparicion de Nazatcotlan inspiró vivos temores á Litzajaya.

Apenas le vió partir, envió en su seguimiento á uno de sus criados, el más fiel, el que la servia para la realizacion de todos sus planes secretos.

Aizo, que así se llamaba, le anunció aquella misma noche los proyectos que habia concebido Nazatcotlan.

Al dia siguiente amaneció bastante mejorado Naothael.

La noticia se difundió por la ciudad, causando gran alegría.

—Antes de que los conjurados realicen sus proyectos,—se dijo Litzajaya,—caerán en mi poder. Yo les acecharé como acecha el jaguar su presa.

XIII.

En efecto: desde aquel momento los espió sin descanso, aprovechando la primera ocasion oportuna para sorprenderlos y deshacerse de ellos.

Veamos lo que hizo.

Capitulo XLIV.

Dónde Velazquez de Leon se vé obligado á huir del amor.

I.

Lo primero que Litzajaya ideó para deshacerse de sus enemigos, fué referir á Naothael lo que pasaba.

En medio de la desesperacion que producia en él su enfermedad, tener noticias de que Nazatcotlan trabajaba en contra suya, era motivo suficiente para que el cacique de Panuco tomara una resolucion violenta.

Litzajaya, aprovechando uno de los momentos de tregua que le daba su enfermedad:

II.

—Sé,—le dijo,—quiénes son los que ayudan á

Nazatcotlan. Sé que ha llevado su infamia hasta el punto de decir á sus amigos que yo estoy de acuerdo con los españoles para que, si desgraciadamente sucumbes, me apoyen y defiendan. Con este ardid, con esta fábula, ha ganado la voluntad de las personas influyentes, y su plan es acelerar el fin de tus dias á fuerza de disgustos, hallándose prevenido para tomar por asalto el trono que abandones.

—No realizará sus infames proyectos; es preciso que mis soldados se apoderen de él inmediatamente.

—Ese es el medio de que se escapen los demás.

—¿Cómo tomar venganza entonces de su felonía?

—De una manera muy fácil. Dá órden á tus ministros para que me obedezcan en todo y por todo; que pongan á mis órdenes las fuerzas que necesite, á fin de castigar á los culpables.

Naothael, que no sabia negar nada á Litzajaya, y que por otra parte se veia sin fuerzas para combatir con sus enemigos, accedió á los deseos de su esposa.

III.

Desde aquel momento tuvo ella preparados los hombres suficientes para sorprender á los conspiradores y satisfacer sus deseos de venganza.

En efecto; habiendo empeorado Naothael, divulgó esta noticia Litzajaya, y como era natural, los conjurados celebraron una reunion para ponerse de acuerdo.

Aizo espió á los enemigos de Naothael, y con arreglo á las órdenes que habia recibido, anunció á Litzajaya dónde estaban los conspiradores.

La esposa de Naothael, acompañada del primer ministro y de gran número de soldados, rodeó la casa donde se hallaban reunidos los conspiradores, y logró sorprenderlos.

IV.

—Sois unos miserables,—dijo Litzajaya con su varonil energía,—y vengo á daros el castigo que mereceis. Habeis imaginado que pasaria de manos de Naothael á las vuestras el gobierno de Panuco. Pronto sabreis el castigo que merecen los que de esta manera conspiran contra su legítimo soberano.

Buscó Litzajaga con ávida mirada á Nazatcotlan; pero no le halló.

—¿Ha huido vuestro jefe?—dijo.—No importa; ya le hallaremos. En cuanto á vosotros, partid de aquí y seguid al primer ministro, que ya ha recibido las órdenes de lo que debe hacer con vosotros.

V.

Los conjurados fueron encerrados en una prision y destinados á servir de víctimas en el primer sacrificio.

Aquel suceso conmovió á los habitantes de la ciu-

dad, y llegando á noticia de los españoles, se presentó Velazquez de Leon en la morada de Naothael para ofrecerle su apoyo contra los rebeldes, y castigar, si era preciso, á Nazatcotlan por haber faltado á su palabra.

VI.

Cuando llegó, encontró á Naothael en un estado lamentable.

Litzajaya, aprovechando un momento en que estuvieron solos:

—Mañana á estas horas,—le dijo,—habrá dejado de existir Naothael. Al dia siguiente seré yo reina de Panuco. Nuestra felicidad llegará pronto al colmo.

Velazquez de Leon, que á pesar de su valor y de las seducciones que hallaba en Litzajaya, temia las consecuencias de los proyectos de la india; Velazquez de Leon, que estaba seguro de que la esposa de Naothael era capaz de realizar al pié de la letra todos los planes que le habia confiado, tornó á su alojamiento poseido de una viva agitacion.

¿Qué partido podia tomar?

¿La fuga? Si huia desprestigiaba las armas españolas.

Si se quedaba allí, tenia que oponerse á los designios de Litzajaya, y aquella mujer era capaz de cometer cualquier crímen, de envenenar á todos los soldados españoles, de sacrificar á su mismo amante.

VII.

Entre estas dos alternativas sólo un partido le quedaba.

Pero era un partido violento, un partido cuyas consecuencias podian ser tan funestas ó más que las que se prometia tomando cualquiera de las dos anteriores resoluciones.

Podia acercarse con sus tropas á la morada de Naothael para favorecer á los partidarios de Nazatcotlan, entregando á su execracion á Litzajaya.

VIII.

Acaso esta resolucion le habria salvado.

Pero no la tomó, porque á pesar de todo Litzajaya le inspiraba algun afecto.

Resolvió, pues, alejarse, y para justificar su retirada halló un pretexto muy especioso.

—Que resuelvan sus cuestiones los habitantes de Panuco,—se dijo.—Volveré despues, y podré alegar el deseo de no mezclarme para nada en sus asuntos, de no influir en favor de unos ú otros. Antes que todo es mi deber de soldado español y la fidelidad á Hernan Cortés.

IX.

Con el mayor secreto dispuso lo necesario para

partir al dia siguiente; y se alegró de haber optado por este medio, porque momentos antes de salir llegaron dos indios zempoales con un mensaje de Hernan Cortés.

—«Necesito vuestro auxilio, —le decia. — Venid con vuestras tropas sobre Méjico, porque ha llegado ya el momento de luchar, y no nos queda más recurso que vencer á morir.»

Con este molivo, apresuró Velazquez de Leon su marcha, favorecido por el interés que despertaba en todos los habitantes de Panuco el drama cuyo desenlace tenia lugar en la morada de Naothael.

V.

En efecto; las noticias que acerca del estado del cacique recibian sus vasallos, eran cada vez más alarmantes.

Todos los altos personajes de la provincia ocupaban las habitaciones del palacio.

El pueblo llenaba la plaza, y la ansiedad de todos era inmensa.

Mientras esto sucedia allí, conversaban dos hombres en un bosque próximo á la ciudad, y debemos oir su conversacion.

Capitulo XLV.

Un cambio de dinastía en Panuco.

I.

Aquellos dos hombres eran Nazatcotlan y Aizo.

El primero habia logrado evadirse del paraje en que Litzajaya habia sorprendido á los conspiradores, y al querer escapar salió á su encuentro Aizo, deteniéndole.

—Estás en mi poder,—le dijo.

—¿Y qué?—contestó Nazatcotlan con gran presencia de ánimo.—Puedes muy bien llevarme á la presencia del cacique, hacer que me aprisione y me condene á muerte. ¿Qué habrás logrado? Ser siempre un servidor de Naothael, ser un criado, ser un pobre, un miserable; y en cambio yo puedo hacer que seas rico, que alcances honores, que insultes á los que te han despreciado; en una palabra, que seas feliz y idiado.

II.

Las palabras de Nazatcotlan impresionaron vivamente á Aizo.

—¿Y qué he de hacer para eso?—exclamó.

—Sígueme,—dijo entonces Nazatcotlan.

Aizo le siguió.

Convinieron los dos en que era de todo punto imposible que reinase Litzajaya, y que si moria Naothael tenia por fuerza que pasar el mando á Nazatcotlan, que contaba además en toda la provincia con gran número de partidarios.

III.

Aizo se olvidó de su fidelidad á Litzajaya, y ante la esperanza del medro no tuvo inconveniente en vender el secreto de la india.

Pero Aizo no pudo confiar á Nazatcotlan las relaciones que existian entre Litzajaya y Velazquez de Leon.

La esposa de Naothael habia tenido mucho cuidado de ocultárselas.

Libre Nazatcotlan, recurrió de nuevo á aquellos de sus partidarios que no se hallaban en poder de Naothael, y tramó otra conjuracion, cuyo objeto debia ser librar de la muerte á los que habian sido presos

por Litzajaya, y proclamar como cacique á Nazatcotlan en el momento en que espirase Naothael.

IV.

Aizo permaneció, á pesar de sus relaciones íntimas con el futuro jefe de la provincia, al lado de Litzajaya.

Nazatcotlan le habia encargado que en el momento en que empezase la agonía de Naothael fuera á avisarle.

El punto donde debian verse era el bosque en donde los hemos hallado.

Aizo fué á participar á Nazatcotlan que Litzajaya misma habia declarado que Naothael nò volveria á ver el nuevo sol.

V.

—Ante la seguridad de la muerte de su esposo,—añadió,—ha reunido á todos sus amigos para que la proclamen como reina, y cuenta con el auxilio de los españoles.

—Eso no es verdad.

—Ella al ménos lo dice así.

—Mira y convéncete,—dijo Nazatcotlan, mostrando á Aizo los soldados españoles que se alejaban de la ciudad.

—En ese caso, esta misma noche deben acudir á

la morada de Naothael nuestros amigos para colocaros en el puesto que la muerte le arrebata en estos instantes. Yo ya no me separaré de vos.

Nazatcotlan y Aizo partieron á la ciudad cuando empezaba á anochecer.

VI.

Litzajaya no se habia engañado.

Apenas desaparecieron los rayos del sol y comenzó ese nuevo crepúsculo vespertino, tan magnífico en aquella parte del globo, espiró Naothael.

Litzajaya pidió que la dejasen sola con su esposo, para ver si aún podia hacer algo para alargar su vida.

Cerró la puerta de la antecámara, examinó el cadáver de Naothael, se convenció de que ya no existia, y por una puerta retirada que habia en la estancia, y que solo ella conocia, salió del palacio y se dirigió al real de los españoles.

Su asombro fué inmenso al saber que habian partido.

—¿Qué es esto?—exclamó.—¡Me ha engañado Velazquez! ¡Me ha vendido! ¡Oh, yo me vengaré!

VII.

Volvió presurosa á su palacio, y al entrar en su cámara por la puerta secreta oyó grandes voces en la antecámara.

Todos gritaban:

—¡Naothael ha muerto! ¡Viva Nazatcotlan!

Litzajaya no podia creer que eran verdad las palabras que llegaban á su oido.

Poseida de un verdadero frenesí, abrió la puerta de la estancia y encontró al frente de todos á Nazatcotlan y á los conjurados que dos dias antes habia preso y condenado al sacrificio.

—¡Atrás, miserables!—exclamó, ardiendo en ira.—Naothael ha muerto; pero yo vivo, y todos me debeis respeto.

—Es tarde ya,—exclamó Nazatcotlan.—Nadie ignora tus crímenes. Tú has asesinado á tu esposo, porque ambicionabas tener el mando de esta provincia para entregarla despues á los españoles, tus aliados.

El pueblo de Panuco, que conoce mi lealtad y los sacrificios que he hecho por su independencia, me ha elegido su cacique.

Tú no eres más que una criminal, y tu castigo coincidirá con mi elevacion al mando.

Y dirigiéndose á los que le acompañaban:

—Apoderáos de ella,—dijo.

Inmediatamente sujetaron á Litzajaya varios de los circunstantes, y no pudiendo resistir á sus fuerzas, los siguió, protestando y maldiciendo contra lo que pasaba.

VIII.

Litzajaya fué conducida á la prision donde habian

estado los conspiradores, y Nazatcotlan dispuso que despues del entierro de Naothael, cuando se celebraran las fiestas de costumbre por su advenimiento al mando, seria Litzajaya entregada á los teopixques para que la sacrificaran á los dioses.

Como sucede siempre, hasta los partidarios de Naothael le aclamaron y juraron por cacique, reinando gran alegría en la ciudad, porque Nazatcotlan era enemigo de los mejicanos, ofrecia desobedecer á Motezuma, no pagar tributo y defender la independencia de Panuco.

Tambien se alegraban mucho de que los españoles hubieran partido, porque de este modo Litzajaya no podia llamarlos en su ayuda.

IX.

Se celebraron, pues, las fiestas, y llegó el momento en que la esposa de Naothael debia salir de su prision, atravesar por medio de la muchedumbre las calles que conducian al gran templo, y entregar allí su cuello á la cuchilla sacrificadora.

Por la misma razon de que Nazatcotlan la acusaba de haber asesinado á Naothael, todos se preparaban para acudir á presenciar su castigo.

Así es que cuando salieron del templo los teopixques para buscar con toda solemnidad á la culpable y llevarla al suplicio, esperaban los circunstantes su vuelta con ansiedad y júbilo.

De pronto se propagó una noticia que asombró á todos.

—Litzajaya ha desaparecido de su prision,—decian unos á otros.

X.

En efecto; cuando los teopixques penetraron en el calabozo donde se hallaba para conducirla al ara, la buscaron en vano.

La esposa de Naothael, la amante de Velazquez de Leon, habia desaparecido.

—Antes de morir,—se habia dicho,—necesito vengarme.

¿Podria cumplir su palabra?



Capítulo XLVI.

Nuevos enemigos.

I.

La desaparicion de Litzajaya, dadas las condiciones de su calabozo, del cual no habia podido salir sino de una manera sobrenatural, puso en conmocion á todos los habitantes de Panuco.

No faltó quien atribuyera á los teopixques, sus guardadores, la libertad de que gozaba.

Pero al rumor que se levantó contra ellos, contestaron con pruebas, declarando que momentos antes de llegar á buscarla la habian visto personas de toda la confianza de Nazatcotlan.

II.

El nuevo cacique sabia que Litzajaya era una po-

derosa enemiga, y quiso á toda costa buscarla para deshacerse de ella.

Envió emisarios en todas direcciones para que averiguasen su paradero, y lo único que pudo saber fué que ninguno de los habitantes de los alrededores de la ciudad la habian visto.

Aquella misteriosa desaparicion preocupaba fuertemente los ánimos, y el pueblo, que es supersticioso siempre, y más cuando es idólatra, empezó á atribuir á milagro de los dioses la salvacion de la esposa de Naothael.

III.

Aquel dia debia ser un dia de emociones.

Aguardaba Nazatcotlan noticias de Litzajaya, cuando Aizo se presentó á su vista profundamente alarmado.

—¡Ah! Señor,—exclamó,—ocurren grandes novedades.

—¿Qué pasa?—preguntó con gran impaciencia Nazatcotlan.

—Nos han tendido una emboscada.

—¿Quiénes?

—Los españoles.

—Explícate.

—Es cierto que los vimos partir hace poco, y que creimos vernos libres de ellos. Pero su marcha era simulada. Por fuerza deben permanecer cerca de Panuco, aguardando á que lleguen sus compañeros para realizar sus siniestros designios.

—No te comprendo. ¿De qué compañeros hablas?

—Señor,—dijo Aizo,—acaban de llegar á la costa de Panuco, casi desde la azotea de vuestro palacio podeis verlas, cinco embarcaciones monstruosas, como nunca las hemos visto por aquí, y en canoas han salido de ellas muchos soldados como los españoles, deteniéndose á la orilla, sin duda á aguardar órdenes de Velazquez de Leon.

IV.

Nazatcotlan, sobrecogidò al oir aquella noticia, subió acompañado de Aizo hasta la elevada azotea de su palacio, y divisó en efecto á muy corta distancia de la ciudad, en la costa, cinco naves con bandera española.

Inmediatamente reunió á su consejo, le dió cuenta de lo que pasaba, y sometió á su deliberacion el partido que tomaria en aquellas circunstancias.

V.

Por de pronto acordaron reunir todas las fuerzas de que podia disponer Nazatcotlan para distribuirlas convenientemente.

La mitad saldria á la playa al encuentro de los que con tanta osadía, y sin prévia licencia de Nazatcotlan, invadian su territorio.

Las demás saldrian por la parte de tierra al encuentro de las tropas de Velazquez de Leon, las que sin duda alguna, á juzgar por las sospechas de todos, acudirian en auxilio de sus compañeros.

Una hora despues estaban en movimiento las tropas, y Nazatcotlan avanzaba al frente de ellas y se dirigia á la playa.

El pueblo se olvidó de Litzajaya y de su desaparicion, para ocuparse de aquel nuevo y temible incidente.

VI.

Los españoles vieron acercarse en actitud amenazadora á los soldados de Panuco, y como era natural, volvieron á embarcarse en las canoas y se retiraron á bordo.

Nazatcotlan llegó hasta la misma orilla, y desde allí sus soldados desafiaron á los españoles, segun su costumbre, es decir, con un discordante y atronador vocerío.

Por toda respuesta disparó cada uno de los buques un cañonazo, argumento que obligó á los de Panuco á retirarse en tropel, porque las balas abrieron brechas en sus filas.

Nazatcotlan se retiró á Panuco con sus huestes, dejando espías para que le anunciasen la actitud que tomaban los extranjeros.

VII.

—¿Qué hacemos, señor, en esta actitud?—le preguntaron sus ministros.

Nazatcotlan les contestó que al dia siguiente les participaria su resolucion.

El riesgo que corria su independencia necesitaba un pronto y enérgico remedio, y el cacique pasó toda la noche meditando el partido que deberia tomar.

Al dia siguiente llamó á sus consejeros y les participó el plan que habia concebido.

—Conviene que pasemos á los ojos de los extranjeros como cobardes,—les dijo.—Hoy aguardarán sin duda alguna á que volvamos á presentarnos, y como no lo haremos, se envalentonarán. En cuanto anochezca es necesario que vayan á la playa trescientos ó cuatrocientos soldados, que aprovechando la oscuridad de la noche caben en la arena agujeros y pongan sobre ellos ramas, y encima tierra para disimularlos.

Los españoles se atreverán mañana, al ver que hoy no acudimos, á desembarcar, quizás con ánimo resuelto á llegar hasta la ciudad, y á luchar con nosotros.

Pero como al llegar á tierra ciento quedarán sepultados, los demás huirán, nuestra gente estará prevenida, nos apoderaremos de los que hayan caido en esos cepos, y sabremos á qué atenernos.

VIII.

Este plan pareció excelente á los consejeros de Nazatcotlan, y lo siguieron al pié de la letra.

Los espías declararon que durante la noche no habian oido ruido, ni habian visto que los extranjeros tratasen de saltar en tierra.

Al dia siguiente permaneció desierta la playa.

Ninguno de los tripulantes de los buques abandonó su puesto.

Por la noche, á favor de la oscuridad, fabricaron los cepos los soldados de Nazatcotlan, y antes de que amaneciera volvieron á ocultarse tras de las casas más próximas á la playa.

IX.

Las esperanzas de Nazatcotlan no se realizaron del todo.

En vez de saltar á tierra gran número de soldados españoles, vieron que en un esquife llegaron á la plaza doce soldados y un oficial.

Antes de saltar en tierra observaron con el mayor cuidado para ver si habia alguien, y creyendo completamense libre el campo, clavaron un remo en la arena, amarraron á él la barquilla y comenzaron á andar en direccion de la ciudad, ostentando uno de ellos una bandera blanca, como para indicar que iban

de paz á parlamentar con los habitantes de la ciudad.

A pocos pasos se hundieron tres en los cepos, hábilmente formados por los indios.

Los demás, al ver aquello, desearon retroceder; pero de los nueve cinco más quedaron cogidos en el lazo.

Los cuatro restantes iban á acudir en auxilio de sus compañeros, cuando vieron acercarse á los cepos á todo escape á multitud de indios, y para salvar su vida corrieron al esquife, y á fuerza de remo llegaron hasta donde estaban las embarcaciones.

X.

Instantáneamente rodearon los cepos, de donde pugnaban por salir los españoles, más de cuatro mil indios, que entregados á una frenética alegría, saltaban y bailaban en torno de aquellos lazos, manifestando de este modo su júbilo por tener en su poder á los extranjeros.

Sacáronlos de allí, y cogiéndolos en brazos, se dirigieron con ellos á la ciudad.

Cuál no seria su asombro al ver que uno de los prisioneros, hablándoles en un idioma muy parecido al suyo, les dijo:

—Lo que habeis hecho puede costaros caro. No venimos á luchar con vosotros, sino á pediros algunas noticias que necesitamos para seguir nuestro viaje. El lazo que nos habeis tendido irritará á nuestr^

jefe, el cual, desesperado, desembarcará á todas sus tropas y asolará vuestra ciudad.

XI.

El que hablaba de este modo era un escribano, llamado don Lope Barbadillo, hombre ya de edad, que habia acompañado á Cristóbal Colon en su último viaje á Santo Domingo, y habia aprendido perfectamente los varios dialectos de los indios.

Por esta razon habia acompañado á los españoles que habian desembarcado para conferenciar con los de Panuco, con el objeto de servirles de intérprete.

Entre los prisioneros habia uno, al parecer muy jóven, barbilampiño y tan tímido y apocado, que al verse rodeado de indios, al oir sus salvajes gritos y al ver que trataban de apoderarse de él, se desmayó.

XII.

Los prisioneros fueron conducidos á la presencia de Nazatcotlan.

Todos los habitantes de Panuco celebraron aquel suceso, y acudieron á la plaza donde se levantaba el palacio del cacique, ávidos de saber el castigo que iba á imponer á los extranjeros por su atrevimiento.

Capítulo XLVII.

Donde despues de asistir el lector á muchas peripecias, halla á un antiguo personaje.

I.

Nazatcotlan quiso dar una gran idea de su poderío á los españoles, y se presentó á su vista rodeado de todos sus consejeros y de multitud de indios armados.

Los prisioneros quisieron á su vez mostrarse altivos ante el cacique, y el oficial que estaba entre ellos, don Luis de Figueroa, encargó á Barbadillo que se mostrase enérgico y protestase contra el acto que habian cometido los de Panuco.

—¿Qué puede suceder,—le dijo,—que nos sacrifiquen? Antes es posible que acudan en auxilio nuestro, y si esto no sucede, al menos moriremos con honra y dando una alta idea de nuestro valor á esta gente.

II.

El bueno de Barbadillo se habia visto ya muchas veces en situaciones críticas, y tenia una gran serenidad.

Solo entre los soldados españoles llamaba la atencion por su abatimiento el más jóven, el barbilampiño, al cual sus camaradas animaban, diciéndole:

—¿Por qué has querido venir? Los niños no se mezclan nunca con los hombres. Si no te muestras fuerte, nosotros seremos los primeros en castigarte.

El jóven sacaba fuerzas de flaqueza; pero no podia ocultar su emocion.

III.

Nazatcotlan se alegró en extremo al saber que uno de los prisioneros conocia su idioma, y por lo tanto, pudiendo entenderse con él:

—¿Cuál de vosotros,—dijo,—es el que sabe nuestra lengua?

—Yo,—contestó Barbadillo, adelantándose con desenfado.

—Pues tú vas á decirme inmediatamente por qué razon os habeis atrevido á pisar nuestro territorio, cuál es el objeto de vuestro viaje aquí, quién manda esos navíos, de dónde venís, y qué planes son los que hasta aquí os traen.

—Muchas preguntas son esas,—dijo Lope;—pero

tengo buena memoria, y no las olvidaré. Dispuesto estoy á responder á todas.

—Habla.

—Hemos pisado vuestro territorio, porque así nos lo ha mandado nuestro jefe y por que en todos los países, hasta en los de los caribes, los caciques ó reyes que no son cobardes, no tienen inconveniente en recibir á las personas que con el símbolo de la paz se acercan á saludarles, y acaso á ofrecerles sus servicios.

El objeto de nuestro viaje fué saludaros en nombre de nuestro jefe, y pediros algunas noticias que le importaba saber.

Nuestro jefe es el ilustre capitan don Francisco Garay.

Venimos desde Santo Domingo, donde ya sabreis mandan los españoles, y nuestros planes no son otros que los de buscar á un capitan compatriota nuestro, que debe estar en Méjico, y que se llama Hernan Cortés.

IV.

—Has contestado á mis preguntas sin satisfacer mi curiosidad,—dijo Nazatcotlan,—y para que veas que yo conozco vuestros designios, voy á revelártelos.

—Gran placer me dareis,—dijo Barbadillo,—porque en ese caso podré decir á mis compañeros que hemos llegado á una tierra de adivinos.

—No te equivocas. Vosotros habeis venido aquí á apoderaros de Panuco, como Hernan Cortés se ha apoderado de Méjico.

Contábais con el apoyo de uno de sus capitanes, que ha permanecido aquí algun tiempo esperándole, y que para no suscitar sospechas se ha alejado, aunque quizás no mucho.

No conozco á vuestro jefe ni quiero conocerle; pero no tardará en saber que sus esperanzas no pueden realizarse.

El cacique de Panuco no es tan débil como los de Zocotlan y Zempoala.

No tiene remordimientos que le confundan como el emperador de Méjico, y cuenta con fuerzas suficientes para aniquilar á todos los españoles, que poniendo el pié en su territorio, tratasen de arrebatarle su independencia.

En cuanto á vosotros, vais á ser inmediatamente juzgados por mi consejo.

Mi voluntad es que todos seais sacrificados en aras de los dioses para escarmiento de vuestros compañeros.

V.

Don Lope Barbadillo comunicó aquella triste nueva á sus compañeros, y Nazatcotlan, que los observaba, no pudo ménos de admirarse al ver la actitud enérgica que tomaron los españoles al saber su sentencia.

Mandó que los retiraran, y quedándose á solas con sus consejeros, deliberó con ellos acerca del castigo que deberia imponérseles.

—Aunque estoy resuelto á que todos perezcan,—dijo,—desearia salvar á dos de ellos.

—Designadlos,—exclamó uno de los ministros.

—¿No habeis visto entre esos ocho hombres uno jóven, casi un niño, de rostro melancólico, que parecia asustado en mi presencia, que no se atrevia á fijar sus ojos en mí? Pues á ese quiero salvarle.

—Digno es de un generoso corazon ese acuerdo. ¿Y quién es el otro?

—El otro es el intérprete de los españoles, y conviene perdonarle para despertar en su alma hácia nosotros la gratitud. Puede sernos muy útil para descubrir los planes de los extranjeros.

VI.

Gracias á las intenciones manifestadas por Nazatcotlan, fueron indultados el soldado jóven y don Lope Barbadillo.

Los demás fueron encerrados en un calabozo.

A la prision, sin embargo, fueron conducidos tambien Barbadillo y el soldado que tan vivas simpatías habia inspirado á Nazatcotlan.

Queria el cacique que vieran de cerca el peligro, y que pudieran agradecerle por aquella razon mucho más el beneficio que se proponia dispensarles.

—Los prisioneros,—dijo,—serán conducidos al templo, degollados y quemados en el ara. Sus cabezas las depositaremos en la playa, para que las vean sus compañeros y se horroricen.

VII.

El sacrificio debia verificarse al dia siguiente, cuando los espías anunciaron que habian notado mucho movimiento en las embarcaciones, y todo anunciaba una próxima invasion de los extranjeros.

Para atemorizarlos no habia mejor medio que el que habia ideado Nazatcotlán.

VIII.

¡Qué noche tan horrible pasaron los ocho españoles, aguardando por momentos que llegaran los verdugos para conducirlos al suplicio!

—Cuando nos embarcamos,—decia don Luis de Figueroa,—no hubo uno de nosotros que pensara volver á tierra. Además, los que como nosotros van á conquistar lejanos países, deben estar seguros de hallar la muerte. Pero esta poco debe importarnos; tenemos fé, tenemos religion, y con estas dos virtudes hay valor suficiente para soportar la desgracia.

Animando á sus compañeros pasó la noche, y á la madrugada se quedó dormido.

Los demás hicieron otro tanto.

Sólo el soldado jóven estaba despierto.

La idea de la muerte le horrorizaba.

IX.

Por la mañana entró uno de los ministros de Nazatcotlan á anunciar á los prisioneros que poco despues irian á sacarles de allí para llevarlos al templo, donde serian inmolados.

Esta noticia les consternó.

—¡Animo!—dijo Figueroa.—Empleemos el tiempo que nos queda de vida en ponernos bien con Dios por los pecados que hemos cometido.

Pensad en que nuestros hermanos han de vengarnos; demos ejemplo á nuestros enemigos, seamos fuertes; que vean que la muerte no nos intimida, para que adquieran mayor prestigio á sus ojos los españoles, y se dejen conquistar con más facilidad.

X.

Pusiéronse á orar, y poco despues entraron los soldados acompañados de los teopixques y sacerdotes para conducirlos al ara.

—Ya estamos todos dispuestos,—dijo Barbadillo.

—Para tí hay perdon,—exclamó uno de los sacerdotes.

—¿Para mí?

—Sí; para tí y para ese jóven. Nazatcotlan es demasiado generoso, y no quiere sacrificar á un niño.

—Pues si mueren mis compañeros, yo he de morir con ellos,—dijo Barbadillo.

Ante esta declaracion hizo una seña el sacerdote á los soldados, los cuales, lanzándose sobre don Lope y sobre el soldado jóven, los sujetaron en tanto que los otros sacaron á los prisioneros y los condujeron al templo.

XI.

A pesar de los esfuerzos que hizo Barbadillo para librarse de los indios que le sujetaban, no pudo conseguirlo.

Rendido de luchar con ellos, se dejó caer, y aprovechando aquella circunstancia los que le vigilaban, se alejaron, dejándole encerrado.

Barbadillo estaba furioso.

—No; pues lo que es yo, he de seguir la misma suerte que mis compañeros. En tanto que ellos mueren asados en el ara, yo me romperé la cabeza contra las paredes.

—¡Don Lope! ¡Don Lope!—dijo el soldado jóven, postrándose de hinojos ante él.—La Providencia me ha oido; respetad sus fallos: vos teneis que vivir para mí, porque os necesito.

—¿Qué es lo que estais hablando?

—Oidme por piedad una revelacion que tengo que haceros.



HERNAN CORTES.—¿Y tú eres un soldado?—exclamó.—¿Y tú lloras?

—¿Tú?—dijo don Lope sorprendido.

—Yo, sí.

XII.

Instantáneamente cruzó una idea por la imaginacion de Barbadillo.

Sus ojos se fijaron en los del jóven, y los encontró llenos de lágrimas.

—¿Y tú eres un soldado?—exclamó.—¿Y tú lloras?

—Yo soy una mujer.

—¿Tú?

—Sí; oid ahora la revelacion que voy á haceros, y comprendereis que la Providencia os ha puesto á mi lado, que aun debeis vivir para mí.

El soldado á quien conocian todos sus compañeros con el nombre de Juan Torralba, era, como comprenderán nuestros lectores, la esposa de Hernan Cortés.

Reveló este secreto á Barbadillo, confiándole al mismo tiempo los motivos que le habian impulsado á abandonar la casa de los padres de su esposo, á tomar aquel disfraz, á embarcarse para las Indias y á pedir á don Diego Colon que la alistase en la expedicion que iba á emprender Francisco de Garay para buscar á Hernan Cortés.

XIII.

La narracion de las desventuras de Catalina con-

movió fuertemente á Barbadillo, y enjugando sus lágrimas:

—Tranquilizaos, señora,—le dijo;—yo ignoro la suerte que me está reservada; pero os juro bajo mi palabra de honor, ayudaros á realizar vuestros designios, á emplear todos los medios que me sugiera mi imaginacion para obtener que nos perdone la vida el cacique de Panuco.

Apenas terminó este diálogo entre Catalina y Barbadillo, se presentaron dos ministros de Nazatcotlan con órden de llevar á los prisioneros á la presencia de su amo.

Capítulo XLVIII.

Otro prisionero.

I.

Por el camino dijo Barbadillo á Catalina:

—Es necesario que ignore esta gente quién sois, y al mismo tiempo creo oportuno, para justificar la asistencia que desde ahora me ofrezco á prestaros, decir al cacique que sois mi hijo. Mis canas me autorizan para hacer esta declaracion, y será muy bastante para que la crean cierta.

Catalina agradeció en extremo aquella proposicion, y manifestó su gratitud á Barbadillo.

—Calmaos, señora,—dijo este,—y no dudeis que vuestras sospechas son infundadas. Ya que somos prisioneros del cacique de esta ciudad, haremos lo posible para acercarnos á Méjico y hallar á Hernan Cortés, si es que antes no nos saca de aquí á la fuerza nuestro jefe don Francisco de Garay, que es hom-

bre de energía, y que de seguro querrá castigar el atentado que los de Panuco han cometido con sus soldados.

II.

Llegaron los dos prisioneros á la presencia de Nazatcotlan, y este los recibió con las mayores muestras de simpatía.

—Aunque en justicia todos debiais haber sufrido una misma suerte, os he hecho gracia del castigo, porque quiero teneros á mi lado; pero la condicion que os impongo es que os quedeis á mi servicio para que me instruyais en vuestro idioma, en vuestros usos, para que me deis noticia de vuestro país, para que si vienen españoles á mi territorio pueda yo hablar con ellos y demostrarles que es inútil la fuerza conmigo.

Barbadillo declaró que estaban dispuestos á obedecerle en todo y por todo.

—Tanto más,—añadió,—cuanto que siendo los dos padre é hijo, viviremos felices á vuestro lado.

—En ese caso,—exclamó Nazatcotlan,—tendreis habitacion en mi casa, sereis libres, y lo único que no os permitiré es acercaros á la playa en tanto que no desaparezcan los navíos de vuestros compatriotas.

III.

Apenas terminó su última frase, acudieron en

tropel sus ministros para anunciarle lo que pasaba.

—Cumpliendo tus órdenes,—dijo uno de ellos,—hemos llevado las cabezas de los españoles que han sido sacrificados á la playa.

Apenas las han visto sus compatriotas, han echado al agua multitud de canoas que tenian á bordo en las grandes naves, y en ellas se han dirigido á la playa, volviendo las canoas á buscar más gente. Tus soldados, ignorando tus órdenes, han retrocedido, y nosotros hemos venido á anunciarte lo que sucede. A estas horas habrán desembarcado todos los españoles, y vendrán hasta aquí con ánimo de vengarse. Dispon lo que ha de hacerse.

Nazatcotlan, volviéndose á Barbadillo.

—Ya oyes lo que me dicen,—exclamó.—Los tuyos desconocen el valor de mis soldados y el crecido número de los que puedo enviar á contenerlos.

Voy á reunir mis tropas y á salir á su encuentro. Vosotros os quedais prisioneros aquí, no os estimule á hacerme traicion y á venderme.

IX.

Ordenó que los condujeran á un aposento y que los vigilaran, y saliendo á la plaza, convocó á sus soldados, exhortándoles á luchar con los extranjeros en defensa de la independencia de su patria.

Todos se mostraron dispuestos á seguirle, y se encaminaron á la gran esplanada que conducia á la

playa, á tiempo que el jefe de la expedicion, Francisco de Garay, al frente de sus arcabuceros, avanzaba resuelto á vengarse del inicuo atentado que habia cometido el cacique de Pannco con los emisarios que le habia enviado para proponerle la paz.

V.

—Amigos mios,—dijo Garay á sus soldados.—Es necesario castigar el ultraje que nos han hecho; es necesario vengar á nuestros hermanos.

Corramos al encuentro de los verdugos, peleemos con ellos, incendiemos sus casas, pasemos á cuchillo á sus moradores.

Donde sólo creíamos amigos, tendremos esclavos.

La culpa no es nuestra: ellos nos han provocado, y no se insulta impunemente á los españoles.

VI.

Resueltos todos á seguir á su jefe, avanzaron; y algunos de ellos cayeron en los cepos, lo cual les irritó más aún, impulsándoles á cometer toda clase de tropelías.

No tardaron en avistar el numeroso ejército de Nazatcotlan.

Los indios, al ver á los españoles, comenzaron á gritar, corriendo á su encuentro.

Los arcabuceros de Garay descargaron sobre ellos sus armas, logrando de éste modo contener su ímpetu.

Pero Nazatcotlan, renunciando á la costumbre que tenian los indios de pelear formando una masa compacta, dividió á sus soldados en tres columnas, envió dos á los flancos de los españoles, avanzaron estas á través de los árboles mientras la columna del centro distraia á los enemigos, y lograron acorralarlos.

Indignado Francisco de Garay por aquella sorpresa, sin pensar el riesgo que corria, avanzó en su caballo hasta la columna del centro, la rompió, hirió y mató á unos cuantos indios, y no tardó en verse rodeado por una multitud de estos, que iban á acribillarle á flechazos.

—¡Deteneos!—dijo Nazatcotlan.—Es el jefe de los extranjeros, y su vida me pertenece. Llevadle á mi palacio.

A duras penas sujetaron á Francisco de Garay, y obedecieron las órdenes de Nazatcotlan.

VII.

Los españoles quisieron salvar á su jefe; pero al verle en poder de los indios le creyeron muerto, y se replegaron á la playa con ánimo de volver á los buques y deliberar acerca del partido que tomarian, en vista del desfavorable resultado de la lucha.

Así lo hicieron, perseguidos por los de Panuco á muy corta distancia, y en la retirada perecieron algunos; pero la mayor parte lograron guarecerse en los navíos.

VIII.

Francisco de Garay fué desarmado y conducido al palacio del cacique.

Lleváronle á una habitacion, y cuando repuesto de la sorpresa, prefiriendo la muerte á la prision, iba á luchar cuerpo á cuerpo con sus guardadores:

—Calmaos,—dijo una voz en castellano al lado suyo;—no temais.

Volvió los ojos, y encontró á Barbadillo.

IX.

Los indios le dejaron con don Lope y Catalina, y uno y otra tranquilizaron á Garay, refiriéndole todo lo que les habia pasado, y dándole á entender que ellos aprovecharian la influencia que tenian con el cacique para librarle de todo riesgo.

Barbadillo instruyó á Garay acerca de la conducta que deberia observar para captarse las simpatías de Nazateotlan.

Más tranquilo, aguardó el bizarro caudillo el momento de comparecer ante el cacique.

Pero nuestros lectores desearán saber quién era

Francisco de Garay, y debemos satisfacer su curiosidad.

Tanto más, cuanto que en la historia de la Conquista de Méjico ocupa un lugar importante.

Abramos, pues, un paréntesis, para que en él encuentren nuestros lectores las más interesantes noticias referentes al prisionero.

Capitulo XLIX.

Historia de Francisco Garay.

I.

Los habitantes de una pequeña aldea próxima á Castuera, al abandonar sus labores, saludaban respetuosamente á dos ancianos que la mayor parte de los dias encontraban paseando por aquella deliciosa comarca.

Eran don Mendo de Garay y doña Luz de Armengol, padres de Francisco de Garay.

Don Mendo habia militado en las guerras de Flandes, se habia distinguido por su bravura, por su arrojo, por su pericia, y al finalizar la guerra pidió licencia al rey para abandonar el servicio y retirarse á su casa á reposar de sus fatigas.

No sólo le concedió el rey lo que pedia, sino que deseando recompensar sus buenos servicios, le hizo

donacion de algunos bienes, que unidos á los que constituian su casa solariega, eran suficientes para vivir tranquila y sosegadamente el resto de sus dias.

II.

En la época á que nos referimos podria tener don Mendo unos treinta años.

¿Cómo se explica, dirán nuestros lectores, que un hombre jóven, valiente, favorecido por la fortuna, y habiendo logrado llegar á capitan de uno de los tercios, sacrificaba su gloria, su porvenir al deseo de volver al pueblo que le vió nacer?

¿Acaso sus padres, ancianos ya, reclamaban su presencia?

Desgraciadamente para él, su madre no pudo consolarse de su separacion, y un año haria que se hallaba peleando por su rey y señor, cuando recibió la fatal noticia de su muerte.

El atribulado esposo no sobrevivió mucho á esta desgracia, razon por la cual don Mendo puede decirse que se hallaba sólo en el mundo.

III.

Pero un recuerdo que no se separaba un instante de su mente, una dulce esperanza, el cumplimiento de un juramento, le hacian desear más y más volver á su casa solariega.

Nuestros lectores habrán adivinado que este recuerdo, esta esperanza, era doña Luz, de la que estaba perdidamente enamorado, y de la que se habia despedido al partir á la guerra despues de haber oido de sus labios, en medio de la más inocente turbacion, que le amaba, que esperaria su vuelta, que rogaria á Dios todos los dias para que conservara su vida, y que la mayor felicidad seria consagrarle su alma, su vida entera, uniéndose á él en el altar con indisolubles lazos.

El mancebo por su parte, juró por la fé de caballero que su mayor anhelo era ver realizadas estas esperanzas, y partió á la guerra ávido de conquistar un nombre glorioso que poder ofrecer á su amada, inclinando á sus padres á que bendijeran su union, que dicho sea de paso, no les halagaba mucho, porque ellos disfrutaban de una fortuna superior en mucho á la de los padres de don Mendo.

IV.

Obtenida la licencia del rey, púsose el mismo dia en camino, acompañado de Fortun Moríñigo, soldado valiente y de su mismo pueblo, que habia hecho con él toda la campaña, y que en más de una ocasion habia expuesto su vida por salvar la de su capitan.

Los que hayan vivido largo tiempo fuera de su patria, y mucho más si en ella han dejado recuerdos

de esos que llenan el alma, que nos trasportan á un mundo lleno de dicha, que hacen adivinar en nuestros ensueños una eternidad de placeres, y cuando al mismo tiempo se une al deseo de realizarlos el cumplimiento de un juramento, sellado con una mirada de amor, comprenderán que don Mendo de Garay, olvidándose de su cansancio, sin recordar que podian menoscabar su salud las grandes jornadas que hacia, regresase á España en un período que á él mismo parecia fabuloso hubiese podido ser tan corto.

V.

Una noche, serian las once, acompañado de Fortun llegó á su pueblo.

Anselmo, viejo criado de sus padres, que habia quedado encargado de la casa, al oir llamar á aquellas horas tembló, y santiguándose cien veces, y sin adivinar quién podia ser quien turbaba el silencio que reinaba, notando que cada vez golpeaban la puerta con más impaciencia, se decidió á preguntar entre soñoliento y amedrentado:

—¿Qué quereis?

—Abre, Anselmo; soy yo, ¿no me conoces?

—¡Válgame Dios! Esperad un momento, señor.

Y en su impaciente alegría, el bueno de Anselmo, para no entretenerse en vestirse, cogió una manta para preservarse del frio, se embozó en ella y corrió á encender una luz.

Un instante despues abria la puerta y abrazaba á su amo, que por su parte correspondia cariñosamente á la expansion del anciano, que vertiendo abundantes lágrimas, no cesaba de decir:

VI.

—¡Qué felicidad para los señores haberos abrazado como yo os abrazo! ¡Bien decia mi señora, que no os volveria á ver!... Cuando pienso los proyectos que abrigaba vuestro padre el dia de vuestro regreso, y recuerdo que el infeliz tampoco ha logrado estrecharos en sus brazos... vamos, bien sabe Dios que me parece un sueño que en tan breve tiempo hayan pasado tantos desastres sobre una familia tan cristiana.

Vos, por fin, á lo que veo, estais bueno; vuestra mirada revela la esperanza; habreis hecho fortuna, y ¡qué diantre! cuando las cosas no tienen remedio, el hombre no ha de ahogarse con sus penas.

Animo pues, que yo bien me sé que hay una persona á quien alegrará vuestra vuelta, que todos los dias manda á su criado para ver si se me ofrece algo, por aquello de que por la peana se adora el santo; y lo que es los domingos y fiestas de guardar no hay quien la quite despues de la misa echar un párrafo con el pobre Anselmo, preguntándome siempre de vos, hablando de vos, pensando en vos, á pesar de lo gruñona que es doña Isabel, dueña impertinente que no tolera se hable de amor en su presencia, sin duda

por que la pobre no ha tenido en su vida quien la diga por ahí te pudras...

VII.

—¡No callarás, hablador eterno y sempiterno?—dijo don Mendo, gozando interiormente por lo que acababa de oir.—De poco sirve que Luz corresponda á mi amor, de poco sirve que yo aprecie los tesoros de ventura que encierra su alma, si su padre don Cleofás sigue dominado por el demonio de la avaricia, y cree que sólo puede hallarse la felicidad atesorando cuantiosas cantidades.

Bien es verdad que hoy, gracias á las mercedes de nuestro monarca, que Dios guarde, puedo ofrecer alguna comodidad á la que sea mi esposa. Pero mi fortuna no es suficiente para halagar á ese viejo avaro, y será difícil que consienta en nuestra union.

—No es tan fiero el leon como le pintan, y si yo os dijera...

—¿Qué? Habla.

VIII.

—Aunque nada me habeis dicho, he sabido por un soldado que por aquí pasó los triunfos que habeis conseguido, el aprecio que de vuestros servicios ha hecho el rey. Estas noticias han llegado á oidos de don Cleofás, y no falta quien asegura que al saberlas decia á su hija:

—«Yo no me he opuesto á ese enlace por que careciera de fortuna Mendo. Lo que yo deseaba para tí eran honores, no riquezas; á Dios gracias, tengo dinero suficiente, aunque fuera para fletar cinco buques: lo que yo ambiciono para tí es un esposo, que al ofrecerte su cariño añada un nuevo timbre á tu linaje; si Mendo adquiere un nombre esclarecido, si se distingue en la guerra, si te ama como tú le amas, que venga á pedirme tu mano y me creeré muy honrado y dichoso al concedérsela.

—¡Anselmo, por piedad, no me engañes! ¿Con que es cierto que podré realizar la dicha que ambiciono? ¡Ah! Repíteme por Dios esas palabras, porque ellas, cayendo en mi corazon como gotas de rocío, le inundan de una inefable felicidad.

IX.

El buen Anselmo repitió á su amo la narracion que acababa de hacerle, recordó las infinitas conversaciones que habia tenido con doña Luz, y como la felicidad es egoista, no se apercibió don Mendo, ni de lo avanzado de la hora, ni de que el pobre Moríñigo necesitaria descansar.

Afortunadamente para este, la confianza que durante el camino habia adquirido con su capitan le aconsejó acostarse, y durante la sabrosa plática entre Anselmo y su amo se oian de cuando en cuando sonidos que anunciaban que el que los producia era presa de un profundo y reparador sueño.

X.

La noticia de la llegada de don Mendo corrió por la ciudad con rapidez eléctrica, y el mismo don Cleofás mandó llamar á su casa al dia siguiente al mancebo.

Reiterando éste sus súplicas, el padre de Luz, que se extasiaba oyéndole contar sus proezas, le concedió la mano de su hija, y dos meses despues se celebraron las bodas con gran solemnidad, empezando desde entonces para los cónyuges una vida feliz, tranquila, siendo muy queridos por todos los vecinos del pueblo, que veian en ellos una providencia para el alivio de todas sus desgracias.

XI.

Esta era la causa de que los aldeanos les saludasen respetuosamente, manifestándoles de este modo su gratitud por los beneficios que de ellos recibian.

Capitulo L

Continuacion del anterior.

I.

Tres años de matrimonio llevaban doña Luz Armengol y don Mendo de Garay, y ni la más pequeña disension, el más leve disgusto habia turbado la apacible tranquilidad que reinaba en la morada de los cónyuges.

Una nube, sin embargo, oscurecia su frente.

El cielo no les habia concedido sucesion.

Para dos esposos que se aman entrañablemente, que cuentan con inmensas riquezas, que recuerdan las palabras del sacerdote al bendecir su union, que adivinan los goces supremos, emanacion divina del Creador; goces, repetimos, que experimentarian al contemplar el fruto de su cariño, si el cielo no les concede esta dicha sufren en silencio, y cuando el tiempo ha empezado á convertir el amor-pasion en

amor-sentimiento arrostran con melancólica resignacion la vida, como el viajero que despues de caminar dias y dias, y cuando cree hallarse próximo al término de su viaje, vé con pena que el terreno recorrido no le acerca ni con mucho al sitio donde se proponia llegar, decaen sus fuerzas y casi desespera de realizar su objeto.

En esta situacion se hallaban don Mendo y doña Luz, cuando una mañana, despues de oir misa, como tenian de costumbre todos los dias, y de pedir á Dios que oyese sus oraciones, dijo doña Luz á su esposo:

II.

—Mendo, compañero querido, no quisiera engañarme, pero creo que la Providencia santísima ha oido nuestros ruegos, que se ha apiadado de nosotros, que tal vez la alegría brille de nuevo en esta casa; pero con más esplendor, con más fuerza que antes.

—¿Qué dices, bien mio?—preguntó don Mendo, adivinando lo que querian indicar las palabras de su esposa, pero no atreviéndose á dar crédito á tanta ventura.

III.

Doña Luz, con esa alegría suprema que siente la mujer que vá á ser madre, con ese rubor pintado en el semblante enrojecido por la revelacion que iba

á hacer, con esa grandeza sublime que se apodera del alma de la esposa que siente en sus entrañas un nuevo sér, le dijo:

—Sí, Mendo mio, sí; desde hace algunos dias noto en mi ser un cambio, que parece he pasado á otra vida llena de dulzura; en sueños, aconsejada sin duda por la esperanza, veia, adivinaba, que se acercaba este instante. La imaginacion me presentaba á todas horas un hermoso niño, acariciándome con sus manecitas, fijando en mí sus ojos infantiles, y yo te veia á nuestro lado extasiado, observando sus menores movimientos y haciéndome á mí en aquellos instantes la más venturosa de las mujeres.

Pues bien, dueño mio; yo creo que ese sueño se realizará pronto, y he dicho en mis oraciones á la Vírgen Madre de Dios que le ofreceré al hijo de mi corazon, para que si le cree dígno le admita en su seno y le inspire el amor que yo siento hácia la Madre del Redentor del mundo.

IV.

Don Mendo escuchaba con religioso silencio á su esposa.

La revelacion que acababa de hacerle llenaba todo su ser.

Aquellos de nuestros lectores que no hayan tenido hijos, no podrán comprender la emocion que experimentaba en aquellos momentos.

El amor paternal es un sentimiento que absorbe toda la vida.

El que le experimenta, siente al mismo tiempo que una dicha inexplicable el temor de si se malograrán sus ensueños.

La imaginacion le presenta con vivos colores, al par que las venturas que le aguardan, los temores, los peligros, los sobresaltos que ocasionan esas mil crísis que tiene que atravesar el niño hasta llegar á la pubertad.

Ese cariño innato del padre hácia su hijo, le hace creer en algunos momentos que llegará á ese período, y entonces se preocupa de nuevo al pensar en su porvenir.

Sólo asi se explica que despues de oir la confesion de doña Luz quedase un instante pensativo, hasta que rebosando la dicha que inundaba su alma, vertiendo lágrimas de ternura:

V.

—¡Bendita seas, Luz mia, que tan feliz me haces!—exclamó, imprimiendo un cariñoso ósculo en la frente de su esposa.

Esta, separándose con alegría infantil de su esposo, se dirigió á su habitacion, pasando horas y horas en esos mil proyectos que forman las madres respecto al fruto de su cariño.

VI.

Ocho meses habrian pasado desde la conversacion á que han asistido nuestros lectores, cuando se agolpaban á la puerta de casa de don Mendo los vecinos del pueblo y se oian exclamaciones como las siguientes:

—¡Dios le bendiga! ¡Jesús qué niño tan hermoso!

—¡Vamos, si parece que ya está medio criado!

—No, y lo que es sus padres bien le merecen. Don Mendo es sin duda la Providencia del pueblo.

—Bien decia el señor cura, que Dios oiria sus súplicas.

—La señora está llena de alegría, y ha ofrecido para el dia que salga á misa dar una comida á los pobres y regalar sayas de estameña á doce niñas huérfanas.

—¡Bien haya los que en la tierra emplean sus riquezas en el alivio de sus semejantes!

VII.

A estas exclamaciones que indicaban la parte de ventura que todos tomaban en la de sus bienhechores, sucedió un murmullo que demostraba las pocas simpatías que inspiraba un nuevo personaje que se acercaba á la casa.

—¡La gitana!—dijeron todos.

Y santiguándose y pronunciando mil veces la palabra ¡Jesús! se alejaron, en tanto que aquella penetraba en la casa del recien nacido.

VIII.

Habia en el pueblo la creencia de que Clavellina, que así se llamaba la gitana, era bruja, que hacia mal de ojo á los niños, y que ni los auxilios de la ciencia, ni las oraciones de los sacerdotes, podian conjurar los perniciosos efectos que sus malignos agüeros producian en aquellos recien nacidos en quienes se fijaba.

La tradicion se conservaba de padres á hijos, y aseguraban que los antecesores de la familia de Clavellina ocupaban unas cuevas á la entrada del pueblo, desde las cuales asestaban sus hechizos, especialmente sobre los niños de las familias opulentas.

Aseguraban tambien que sólo la gitana que hacia mal de ojo era la que podia destruir sus perniciosos efectos, y esta era la razon de que cuando llegaba un caso de estos la agasajaban, la colmaban de regalos y no daban parte al Santo Oficio, proponiéndose, por el contrario, captarse sus simpatías para que ella atajase los progresos de los males que ocasionaba.

IX.

La gitana, como hemos dicho, penetró en la es-

tancia, y saludando con esa zalamería propia de las de su raza á don Mendo, le indicó su deseo de ver al niño.

El esposo de doña Luz, que en cien combates no habia vuelto la espalda al enemigo, tembló y no se atrevió á oponerse á los deseos de Clavellina.

Al levantar las colgaduras que guardaban la habitacion en donde se hallaban madre é hijo, una satánica sonrisa brilló en los labios de la gitana.

Doña Luz instintivamente estrechó á su hijo en sus brazos, y al ver á la gitana un sudor frio se extendió por todo su cuerpo, perdiendo al poco tiempo el sentido.

Queria hacer la cruz, y sus manos crispadas le impedian realizarlo.

X.

Como era natural, al volver en sí su primer pensamiento fué su hijo, y al contemplarle dejó escapar un grito desgarrador.

El pobre niño parecia un cadáver.

De cuando en cuando proferia lastimeros quejidos, y con sus manecitas parecia querer apartar de su lado algo que le mortificaba.

Unas veces se ponia tan encendido que parecia iba á darle una congestion.

Otras, por el contrario, quedaba densamente pálido, y hasta se notaba rigidez en sus facciones.

Don Mendo habia acudido á los gritos de su esposa, y un pensamiento siniestro se apoderó de su men-



HERNAN CORTÉS.—Una satánica sonrisa brilló en los labios de la gitana.

te al contemplar el estado lamentable en que se hallaba Francisco.

XI.

Para él no habia duda: la gitana habia embrujado á su hijo.

Su cariño paternal le aconsejaba buscar á la gitana y hundir un puñal en su pecho.

Pero su conciencia de caballero y de cristiano le prohibian teñir sus manos con la sangre de una miserable.

Abatido, anonadado por el dolor, y no queriendo que su esposa se apercibiese de él, abandonó la estancia, no sin tranquilizar antes á doña Luz, aunque su semblante desmentia lo que decian sus labios.

Ardiendo en ira, frenético, fuera de sí, se disponia á salir de su casa para castigar á la bruja causa de sus desventuras, cuando se presentó don Félix Rodrigañez, uno de sus vecinos, el cual, despues de la relacion que le hizo don Mendo:

XII.

—Tranquilizaos,—exclamó:—yo os aseguro que dentro de una hora, ó poco he de poder, ó vuestro hijo estará salvado.

»Conozco las tretas de Clavellina, tiene algunas cuentas pendientes con mi hermano don Baltasar, el

inquisidor de esta diócesis, y si no está mal con su pellejo destruirá la farsa que tan mal rato os ha dado.

»Esa embaucadora está explotando la credulidad de todos, y es preciso que esto acabe.

»Acudid á consolar á vuestra esposa, y aseguradle que pronto estará el niño completamente bueno.

»Entre tanto, yo voy á buscar á la gitana, y no lo dudeis, dejándome á mí obrar, no volverá á ejercer sus malas artes en esta comarca.

Y sin darle tiempo á que contestara, se dirigió Rodrigañez á casa de Clavellina, dejando á don Mendo en un mar de dudas, á pesar de las seguridades que le habia dado respecto al restablecimiento de Francisco. porque el valiente capitan de los tercios de Flandes participaba de las preocupaciones de su época.

XIII.

¿Cómo, dirán nuestros lectores, no participaba tambien de ellas don Félix Rodrigañez?

Van á saberlo en el capítulo siguiente.

Capitulo LI.

Don Félix Rodrigañez.

I.

Era el señor Rodrigañez uno de esos hombres que se encuentran en todas las aldeas, que se sabe no han heredado bienes de sus padres ni dedicádose á ninguna industria, y que sin embargo, sin haber entablado relaciones con la justicia, han conseguido reunir en pocos años una buena fortuna.

Dicho se está con esto que los que tal consiguen deben echar á un lado toda clase de preocupaciones, y natural es que estando tan materializados, no den cabida en su pecho á supersticiones ni brujerías.

II.

Don Félix, en la época en que le presentamos á

nuestros lectores, podria tener unos cuarenta años.

Era soltero, no se le conocia más parientes que un hermano, que vivia en una suntuosa casa, sobre cuya puerta habia un magnífico escudo de armas, indicando la nobleza del que la habitaba.

Achaque ha sido en todos tiempos blasonar de nobleza los que habiendo nacido en humilde cuna, logran por cualquier medio adquirir riquezas.

En su loco desvarío, olvidan los que tal hacen que la verdadera nobleza se revela en las acciones del hombre, y que todos los timbres, todos los blasones, no son más que un efímero barniz que oculta la corteza de las almas vulgares.

III.

Los maliciosos aseguraban que la fortuna de don Félix debia su orígen á haber estado encargado de la curantela de unos menores en una de las provincias de Andalucía; pero lo cierto es que al pasar á su lado todos se descubrian respetuosamente, no se sabe si por sus riquezas ó por el parentesco que tenia con un inquisidor.

De cualquier modo, Rodrigañez era una potencia; los pobres le temian y los ricos buscaban su amistad.

IV.

Poco más de dos años hacia que vivia en el pue-

blo, y las personas principales se creian muy honradas con que admitiese sus obsequios.

Entre los que más le distinguian se encontraba don Pedro de Cevallos y Septien, señor feudal de cuatro pueblos y emparentado con lo más notable de la córte.

Don Pedro habia tenido la desgracia de que al dar á luz su esposa á una linda niña, llamada Laura, sucumbiese, y el anciano formuló el proyecto, para el dia que su vida se extinguiese, de nombrar tutor de su heredera al señor don Félix Rodrigañez.

V.

Fiado en su prestigio, el ilustre don Pedro trató un dia de mediar en una diferencia entre dos pecheros, se puso de parte del que él creia tenia razon en su demanda, y ardiendo en ira el contrario, le asestó un golpe que le dejó mortal.

La justicia se incautó de todos sus papeles, y acatando la voluntad del finado, tomó posesion de la curantela su amigo Rodrigañez.

Laura, que apenas contaba un año, quedó al cuidado de su tutor, que en honor de la verdad, la queria como si fuera hija suya.

VI.

Tal era el personaje que tan oportunamente llegó

á casa de don Mendo, y que no tardó en volver acompañado de Clavellina.

No sabemos qué es lo que la diria por el camino.

Lo cierto es que en el momento de presentarse donde descansaban madre é hijo, pidió Clavellina la dejasen un instante á solas con ellos, y sacando de un pomo con la punta de una espina de erizo una bolita negruzca del tamaño de un garbanzo, despues de calentarla un momento frotó la frente del niño, y con las mismas precauciones guardó lo que sobró en el pomito.

Terminada esta operacion, pronunció algunas palabras ininteligibles para Luz, y un momento despues abandonó la habitacion.

VII.

La gitana, despues de saludar humildemente á don Félix, se disponia á dirigirse á su guarida, cuando este la dijo:

—Calma, Clavellina, no te des tanta prisa. Mientras el niño no esté completamente restablecido estarás en mi poder. Hace tiempo que deseaba encontrarte, y ya puedes suponer que cuando se me presenta esta ocasion no he de dejarla escapar.

Pronunció estas palabras con una aparente bondad don Félix, que heló la sangre en las venas de la gitana.

—Yo, señor, creia...

—Creíais mal,—dijo secamente Rodrigañez, al

mismo tiempo que dos de sus siervos, que aguardaban en el zaguan, penetraban provistos de cuerdas y amarraban fuertemente á la gitana.

VIII.

Como se vé, Rodrigañez era hombre que no se dormia sobre las pajas, porque todo indicaba que habia tomado ya las disposiciones necesarias para conseguir el objeto que deseaba.

Don Mendo presenciaba atónito aquella escena, y le parecia un hombre sobrenatural el que de tal manera desafiaba la ira de la gitana.

De su abstraccion vinieron á sacarle las voces de su esposa, que decia:

—Ven, Mendo; ven, esposo mio: Francisco está ya bueno.

Don Mendo acudió seguido de don Félix, y vieron la favorable crísis que se habia operado en el niño.

A su respiracion angustiosa, entrecortada, penosa, habia sucedido una respiracion tranquila, acompasada, dulce.

A la impaciencia que se notaba en todo su ser, habia reemplazado esa tranquilidad angelical que ofrecen los niños cuando están dormidos.

Un color sonrosado cubria sus mejillas, y en la expresion de su fisonomía se notaba que disfrutaba de una completa salud.

IX.

Don Mendo, siempre bajo la presion del recuerdo de la gitana, y como si temiese que esta podria deshacer su obra, dirigiendo una mirada á Luz y pidiéndole en ella que le apoyase en lo que iba á suplicar á don Félix, le dijo:

—Creo, mi buen amigo, que Clavellina no sufrirá ningun perjuicio por nuestra causa. Antes, por el contrario, desearíamos enviarla algunos ducados, ya que tan solícita se ha mostrado en la curacion de nuestro hijo.

—No es eso lo pactado,—repuso don Félix Rodrigañez.—Hemos convenido en que yo obraria con ámplias facultades en este asunto, y á decir verdad, yo habia pensado ya en la recompensa que merecia esa bruja.

—De todos modos, os suplicamos, por la amistad con que nos honrais,—dijo doña Luz,—que mandeis poner en libertad á Clavellina. Creedlo; mientras no hagais eso, no habrá tranquilidad para esta pobre madre.

Don Félix no podia negarse á las súplicas de los dos esposos, y despidiéndose de ellos, se dirigió á su casa, mandando poner en libertad á la gitana, no sin hacerle algunas advertencias que la hicieron temblar.

X.

Francisco no tuvo desde entonces el más ligero padecimiento, y llegó á los once años con toda felicidad, siendo el embeleso de sus padres por la disposicion que revelaba para el estudio y por las buenas prendas morales que le adornaban.

Capitulo LII.

Resolucion de Francisco de Garay de embarcarse para las Indias.

I.

Queria don Mendo, aprovechando las buenas disposiciones de su hijo, enviarle á estudiar á Salamanca.

Su esposa doña Luz se oponia á separarse de él, y convinieron los padres de Francisco en que un fraile que vivia en el pueblo le enseñase latin.

Tambien le tomaron maestro de armas.

Grandes progresos hacia en sus estudios Francisco de Garay, especialmente en el manejo de las armas.

Todo revelaba en él al futuro guerrero, y aunque como es natural, esta inclinacion halagaba á su padre, doña Luz no transigia con la idea de que se alistase para la guerra.

Don Félix de Rodrigañez continuaba visitando la

casa de nuestro héroe, y cada dia se captaba más y más las simpatías de los esposos.

II.

Viendo estos la amabilidad y el esmero con que cuidaba de su pupila Laura, convinieron en nombrarle tutor de Francisco.

Una epidemia de las mil que por aquella época habia en España, arrebató la vida seis años más tarde á los padres de Garay, y quedó este heredero de una pingüe fortuna.

III.

Laura de Cevallos, que como recordarán nuestros lectores, tenia un año más que Francisco, se hallaba en toda la plenitud de la belleza.

Se notaba en ella una gran prediléccion hácia Francisco, y desde el momento en que pudieron verse con más frecuencia los dos jóvenes, se convirtió la simpatía en acendrado cariño.

Dos años habian pasado desde la muerte de sus padres, y el sacerdote bendecia la union de Francisco de Garay con Laura de Cevallos.

Rodrigañez les puso en posesion de sus bienes, y despues de celebradas las bodas les manifestó su formal resolucion de retirarse á pasar el resto de sus dias en una de las provincias de Andalucía.

IV.

A pesar del cariño que manifestaba Laura á Francisco, á pesar de las comodidades que disfrutaban, comenzaba Garay á aburrirse de la monotonía de su vida.

Hablábase por entonces en toda España de las conquistas de América, y Francisco, que habia oido referir los mil episodios que la distinguian, deseaba con impaciencia alistarse para las Indias.

En un viaje que hizo con su tutor á Sevilla, habia tenido ocasion de conocer á Anton Perez, familiar del arzobispo de Búrgos, y recordando esta circunstancia pensó poner en juego su influencia para presentarse al prelado.

Comunicó su resolucion á Laura, y aunque esta trató de disuadirle, lágrimas y ruegos fueron inútiles para que desistiera de su propósito.

V.

Con gran acompañamiento, haciendo ostentacion de sus riquezas, encaminóse á Búrgos, y no tardó en presentarse en el palacio del arzobispo.

Preguntó por su eminencia, le pasaron recado, y no tuvo á bien el darle audiencia.

Queria el prelado averiguar quién era el que tan

vivos deseos manifestaba de verle, y que se presentaba con tanta esplendidez.

Como siempre, encargó esta comision á Anton Perez, y se alegró en extremo al saber los deseos que tenia Francisco de Garay de emprender el viaje á las Indias, porque dada su ambicion, podia servirle de mucho.

Celebrando la ocasion que le deparaba la fortuna, dió órden para que se presentase Francisco de Garay.

Anton Perez fué á dar tan fausta nueva á su amigo, y un momento despues se presentó ante el arzobispo de Búrgos el ambicioso jóven.

La sagacidad que distinguia al prelado le hizo adivinar desde luego las especiales dotes que adornaban á Garay, comprendió lo útil que podia serle para realizar sus propósitos; pero como hombre de mundo, ocultó hábilmente la impresion que le producia su presencia.

VI.

—No podeis figuraros, amigo don Francisco Garay, el sentimiento que he tenido en no poderos recibir cuando llegásteis la primera vez á mi palacio. Son tantas las ocupaciones que pesan sobre mí, que tuve que privarme de este placer.

Vuestro apellido me recuerda á mi buen amigo don Mendo de Garay, que indudablemente seria pariente vuestro.

—Era mi padre.

—Creo excusado deciros, que habiéndome unido tan buenas relaciones con él, será una satisfaccion para mí el poderos ser útil. Decidme sin ambajes ni rodeos lo que deseais, y no dudeis que haré cuanto pueda por complaceros.

VII.

El obispo de Búrgos, que como ya hemos dicho, se habia enterado por Anton Perez de las pretensiones de Garay, y que conocia todos los detalles de su vida, para animar á su interlocutor y al mismo tiempo para ocultar los antecedentes que de él tenia, continuó preguntándole por su familia.

Al ver la buena acogida de que era objeto:

VIII.

—Como ya he tenido el honor de manifestaros,—dijo Francisco,—mi padre don Mendo sirvió como capitan en los tercios de Flandes, y la narracion que le he oido de sus campañas ha despertado en mi la aficion á las armas.

—Laudable es, en efecto, ese deseo, por más que yo, aun á trueque de quitaros una ilusion, os diga lo difícil que es el realizarlo.

—Soy de la opinion de vuestra eminencia; pero no dudo que su poderoso influjo en el ánimo del rey nuestro señor podria inclinarle á que me concediese lo que deseo.

—Explicaos.

—Tengo una regular fortuna, y aunque disfruto con ella de muchas comodidades, no puedo resignarme á vivir ignorado en un pueblo, hoy que se presenta la ocasion de emprender un viaje á las Indias, adquirir gloria y honores, y volver á la patria á ofrecer al monarca las conquistas que se hayan hecho.

—Ambicioso sois, en efecto; pero son tantos los que se encuentran en vuestro caso, que no confío en que lograreis vuestro objeto. Para que formeis una idea del empeño que tienen algunos en emprender esa expedicion, básteos saber que hay quien ofrece fletar un buque.

—Yo fletaria dos,—dijo febrilmente Garay.

—Es poco, sin embargo, porque como es natural, deseareis que se os confiera el título de adelantado.

IX.

El que obtenia este título tenia derecho al quinto de todo lo que conquistase, y por esta razon eran muchos los aventureros que deseaban ir á descubrir tierras en aquella privilegiada parte del mundo.

Francisco de Garay, que deseaba á toda costa emprender el viaje, y que por otra parte disponia de cuantiosos recursos:

—Me comprometo solemnemente á fletar cinco buques, siempre que su majestad me conceda el título de adelantado de los países que descubra.

—Yo hablaré al rey, me interesaré en vuestro favor, y cualquiera que sea el resultado, lo pondré en vuestro conocimiento.

X.

Francisco se despidió del arzobispo de Búrgos, y se retiró á la posada que ocupaba.

En toda la noche pudo conciliar el sueño, pensando en cuál seria la resolucion que adoptaria el monarca.

Dos dias pasó en febril ansiedad, hasta que el tercero recibió un pliego muy abultado.

Era del arzobispo de Búrgos.

En él le enviaba su título de adelantado, varias cartas de recomendacion para el gobernador de Santiago de Cuba, y le encargaba se pusiese cuanto antes en camino, á fin de activar los preparativos para fletar en Cádiz los cinco buques, y emprender directamente el viaje á Santiago de Cuba.

Francisco de Garay, ébrio de alegría, fué á dar las gracias á su protector, y aquel mismo dia se puso en camino con direccion á su casa, para despedirse de su esposa.

Capítulo LIII.

Donde se vé por qué razon se dirigió Garay á Panuco.

I.

Al verle entrar Laura con la mirada radiante de alegría, adivinó que se acercaba el momento de separarse de ella, toda vez que su viaje á Búrgos tenia por objeto obtener el permiso para su expedicion á las Indias.

Francisco de Garay, alucinado por los proyectos que bullian en su mente, sin reparar el daño que causaba su júbilo á su esposa, le refirió la entrevista que habia tenido con el arzobispo de Búrgos, y le enseñó su título de adelantado.

II.

—Lo que es ahora,—dijo con orgullosa satisfac-

cion,—nada tendré que envidiar á esos nobles que nos insultan con sus títulos y honores. Un presentimiento me dice que he de distinguirme en la conquista de las Indias, y estoy seguro que hasta tú misma, cuando me veas volver triunfante y envidiado de todos, te alegrarás de la resolucion que he tomado.

—Más me alegraria de que correspondieras á mi amor, de que no te dominase esa ambicion que ha de ser tu ruina, de que conservases en tu alma hácia mí, si no cariño, al ménos compasion.

—Vaya, vaya, déjate de filosofías. Cuando se siente bullir una idea en la imaginacion, cuando esta idea nos persigue á todas horas, y teniendo recursos para realizarla no se lleva á cabo, francamente, no comprendo que haya nadie con tanta abnegacion que renuncie á los nuevos horizontes que se le presentan.

III.

Laura comprendió que todas las reflexiones que le hiciera serian inútiles, y resignándose con su suerte, hizo los preparativos para su partida, cuidando de esos mil detalles que una mujer cariñosa realiza siempre en semejantes casos.

Al dia siguiente se despidieron los dos esposos; Francisco se dirigió á Cádiz acompañado de una gran parte de los que habian de tripular sus embarcaciones, y Laura, llorosa y acongojada, volvió á su casa, habiendo obtenido de su esposo la promesa de que siempre que pudiera tendria noticias suyas y de que

le concedia permiso para ir á vivir con una prima suya, casada con un caballero de la córte.

IV.

Francisco continuó su camino, llegó á Cádiz con toda felicidad; por medio de cartas de recomendacion que tambien llevaba de Anton Ferez, favorito del arzobispo de Búrgos, encontró poderosos auxiliares para su empresa, y una vez dispuesto todo se dió á la vela con direccion á Santiago de Cuba.

La travesía fué completamente feliz, y al saltar á tierra la primera noticia que recibieron fué la derrota de Pánfilo de Narvaez.

V.

Entre los que le dieron esta noticia y otras referentes á los sucesos que allí habian tenido lugar antes de su arribo, llamó su atencion desde luego don Lope Barbadillo por los muchos conocimientos que tenia de náutica, y más que nada por su carácter expansivo y lo iniciado que estaba en las costumbres de los indígenas.

Simpatizaron desde luego, y con esa franqueza que se establece entre dos que se encuentran á mucha distancia de su patria, manifestó Garay á Barbadillo su propósito de ir á Santiago de Cuba á ponerse á las órdenes de Velazquez.

VI.

—No hareis bien, á mi juicio, en tomar esa resolucion, por dos razones. La primera, porque la gloria de vuestras conquistas seria para Velazquez; y la segunda, porque en la parte del Yucatan, por donde fué Pánfilo de Narvaez, se conoce que Hernan Cortés tiene grandes influencias y amigos, puesto que tan fácilmente pudo vencer á su enemigo.

—¿Y qué me aconsejais vos?—exclamó Francisco de Garay.

—Difícil es dar consejo en esta ocasion,—dijo Barbadillo,—máxime cuando las consecuencias pudieran seros fatales.

—Yo confio, sin embargo, en vuestra bondad y en el conocimiento que teneis del país, y no vacilaré un momento en poner en práctica lo que tengais á bien aconsejarme.

—Ya podeis suponer que mi mayor deseo en esta ocasion seria poder seros útil; pero un consejo para adoptar cualquiera determinacion no sabemos las consecuencias que puede ocasionaros. ¡Qué remordimiento para mí si por mi causa sufriéseis algun desastre!

Además, que aquí no puede formarse juicio, no sólo exacto, ni aun aproximado, de lo que puede ocurrir.

Los indios, que á lo mejor se presentan respetuo-

sos ante nosotros, que procuran agasajarnos, que nos consideran descendientes del cielo, aconsejados por los teopixques ó sacerdotes, esgrimen sus armas contra nosotros, y aunque casi ajenos al arte de la guerra, la verdad es que con su valor, con su arrojo, con su ferocidad, teniendo tambien á su favor lo numeroso de su ejército, combaten desesperadamente con nosotros y nos ocasionan grandes pérdidas.

—No se me ocultan esos peligros; no los temo, y lo único que os suplico es que vos, conocedor como sois del terreno, me indiqueis el sitio á que debo dirigirme, donde venciendo obstáculos, si no perezco en la lucha, pueda conseguir el objeto que me ha impulsado al venir á estas lejanas tierras.

—En ese caso, os diré que al Norte del imperio que está conquistando Hernan Cortés hay un país muy rico, que se llama Panuco, y yo creo que es el que debeis preferir, porque no tengo noticia de que haya llegado allí ningun español.

VII.

Francisco de Garay agradeció el consejo de Barbadillo, y reiterándole su amistad, dió las órdenes necesarias á su gente para emprender el viaje con direccion á Panuco.

Por esta série de circunstancias, Francisco de Garay habia caido en poder de Nazatcotlan.

VIII.

Volvamos ahora nuestros ojos á los compañeros de prision del capitan español, don Lope de Barbadillo y Catalina, y asistamos á la entrevista que celebraron en la triste y lóbrega mansion en que se hallaban reunidos.

Capítulo LIV.

Ingenio de Barbadillo.

I.

Barbadillo fué el que rompió el silencio, y dirigiéndose á Francisco de Garay, que sufria horriblemente al ver el mal éxito que habia tenido su primera tentativa, y que temia por su vida, toda vez que se hallaba en poder de Nazatcotlan, que tan cruel se mostraba con los españoles; Barbadillo, repetimos, le dijo:

II.

—No desmayeis tan pronto, amigo mio. Grave es, en efecto, nuestra situacion; pero no lo es tanto que desesperemos de salir de ella. Nazatcotlan, por lo que he tenido ocasion de observar, es implacable

con los que se muestran arrogantes, y compasivo con los que aparecen sumisos.

Cuando comparezcais en su presencia mostraros humilde; yo pondré cuantos medios me sugiera mi imaginacion para inclinarle en vuestro favor, y no lo dudeis, las razones que pienso alegar mejorarán nuestra situacion: verá en nosotros unos auxiliares poderosos para su causa, y cuando hayamos logrado inspirarle confianza, nos será fácil evadirnos, si es que antes no hallamos otro medio de conseguirlo.

III.

Francisco de Garay se disponia á preguntar á Barbadillo qué medios se proponia emplear para realizar lo que le ofrecia, cuando se oyeron pasos en la galería que comunicaba con su prision, pasos que cada vez fueron haciéndose más perceptibles.

Un momento despues se abrió la puerta, y Nazatcotlan, seguido de ocho mejicanos perfectamente armados, penetró en la estancia.

IV.

Inmediatamente mandó cerrar la puerta, dejando fuera á dos de los que le acompañaban custodiándola.

Barbadillo se apresuró á saludarle, afectando

siempre la respetuosa humildad que tanto le habia hecho ganar en el ánimo del cacique.

Catalina no pronunció una sola palabra, y únicamente se sonrió melancólicamente.

En cuanto á Francisco de Garay, recordando las indicaciones de su amigo don Lope, apenas se atrevió á alzar los ojos del suelo.

Halagaba en extremo á Nazatcotlan aquella actitud de los extranjeros, y su soberbia le hizo exclamar:

V.

—Hé aquí á los extranjeros, de quien tantas hazañas se cuentan, temblar ante mi presencia. Si en los países que han recorrido hubieran encontrado un corazon enérgico como el mio, á buen seguro que no hubieran conseguido tantas victorias. Es cierto que poseen el rayo y el trueno; ¿pero qué valen ante la fuerza, ante el rigor, ante el arrojo de los que pelean por defender la independencia de su patria?

Ese capitan, que tan arrogante se mostraba hace pocos dias, tiembla en mi presencia como el mísero colibrí ante la tempestad que se desencadena, sin duda por que conoce sus culpas y adivina que dentro de breves instantes será conducido al teocali para ser sacrificado en aras de los dioses.

VI.

Don Lope Barbadillo que, como saben nuestros

lectores, conocia perfectamente el idioma de los mejicanos, al oir el monólogo del cacique creyó que era llegado el momento de realizar el proyecto que habia concebido, y dirigiéndose á él, le dijo:

—Celebro infinito, gran señor, que os hayais dignado bajar á visitarnos, porque el agradecimiento que os debíamos mi hijo y yo nos hacia desear el momento de prestaros un servicio importantísimo. La casualidad nos ha deparado esta ocasion, y por eso damos gracias al cielo.

—No te comprendo.

—Me explicaré.

—Habla,—añadió el cacique, disponiéndose á prestar atencion á Barbadillo, porque las palabras que le habia dicho despertaban vivamente su curiosidad.

—Os he oido decir,—prosiguió don Lope,—que os asombraba cómo los españoles habian podido vencer en casi todos los encuentros que han tenido con vuestros compatriotas.

—No me asombra que hayan vencido. Lo que me asombra y me indigna es, cómo siendo insignificante su número, han sido tan débiles, tan cobardes, tan infames los que se han dejado arrollar por ellos.

—Y sin embargo, no podia suceder otra cosa.

VII.

Nazatcotlan empezaba á impacientarse al ver la arrogancia con que le hablaba Barbadillo; pero do-

minando su ira y obedeciendo á la curiosidad que habian despertado sus palabras,

—Vamos á ver por qué habian de triunfar los extranjeros,—le dijo.

Su interlocutor comprendió el terreno que iba ganando, y confiando en el éxito de la empresa que se proponia llevar á cabo, añadió:

—La causa principal de la ventaja con que luchaban nuestros compatriotas, es la admirable organizacion que tienen sus tropas. Todas obedecen á una sola voluntad, y como los que las dirigen conocen perfectamente el arte de la guerra, de aquí que doscientos hombres basten para contener y destrozar á millares de vuestros soldados.

—¿Es decir,—exclamó con frenética alegría el cacique,—que estando en mi poder su caudillo nada tendré que temer de los extranjeros?

—Así seria en efecto, si en la táctica que observan los españoles no estuviera previsto ese caso.

—No comprendo lo que quieres decir.

—Es muy sencillo. En la organizacion de nuestro ejército, además de los jefes superiores, hay otros subjefes, que ocupan los puestos de aquellos en caso de que sucumban; y está tan sábiamente arreglada esta sustitucion, que aun cuando quedasen solos dos soldados el uno tiene autoridad sobre el otro.

VIII.

Quedó un instante pensativo Nazatcotlan, recono-

ciendo las ventajas que indudablemente tenian sobre sus tropas las de los extranjeros.

Barbadillo, que como hemos dicho, era hombre sagaz y leia en el corazon de Nazatcotlan:

—Hé aquí ahora,—le dijo,—el inmenso servicio que puedo prestaros.

El cacique redobló su atencion.

—Teneis en vuestro poder al capitan don Francisco de Garay, valiente como el que más y entendido como ninguno. Sacrificándole en aras de vuestros dioses, ninguna utilidad podeis prometeros, y en cambio conservándole la vida puede seros muy útil, porque él podrá organizar vuestro ejército, que siendo tan numeroso, una vez iniciados en los secretos del arte de la guerra, no sólo no tendreis que temer una invasion extranjera, sino que obligareis á todas las tribus del imperio á someterse á vuestra voluntad.

Halagó al cacique la idea, y se retiró con ánimo de consultar á sus consejeros y á los teopixques acerca de las indicaciones que acababa de hacerle don Lope Barbadillo.

Los prisioneros volvieron á quedar solos.

Capitulo LV.

Una falsa maniobra.

I.

Francisco de Garay y Catalina, que habian asistido á aquella entrevista, aunque sin entender una palabra de las que se habian pronunciado, acosaron á preguntas á su compañero de prision.

—No me habia engañado,—dijo este,—al ofrecer que conjuraria la tormenta.

Garay se rebelaba ante la idea de hacer traicion á sus compañeros, que representaban para él su patria, dando al ejército de los de Panuco la organizacion de que carecia; pero Barbadillo, para disipar sus escrúpulos:

—No supongais, amigo mio,—le dijo,—que yo habia de hacer traicion á la causa que aquí hemos venido á defender. Mis proposiciones al cacique han tenido por causa principal salvaros la vida, y además

ganar tiempo hasta que las circunstancias nos abran camino.

En esto estaban de su conversacion, cuando se abrió de nuevo la puerta, y Nazatcotlan, presentándose seguido de los que le habian acompañado en la anterior escena:

II.

—Acaban de noticiarme,—les dijo,—que en las embarcaciones de vuestros compañeros están poniendo á toda prisa unos lienzos en la punta de los palos. En el más alto han colocado un lienzo blanco, y en otro más mediano un lienzo encarnado. ¿Qué significa esto?

Francisco de Garay supo por Barbadillo esta noticia, y concibió un rayo de esperanza.

Era indudable que sus compatriotas trataban á toda costa de auxiliarles, y ocultando su emocion, indicó á Barbadillo la respuesta que habia de dar al cacique.

Don Lope, con la serenidad que nunca le abandonaba:

III.

—Eso quiere decir,—le contestó,—que deseosos los españoles de poner término á la lucha que vienen sosteniendo, lucha desastrosa para todos, y animados del propósito de entablar con vosotros las buenas ra-

laciones que sostienen con los de otras provincias del imperio, aguardan les deis permiso para penetrar en vuestro territorio, no como conquistadores, sino como amigos, para poder difundir aquí la civilizacion y que disfruteis de sus ventajas.

Acogió con entusiasmo el cacique las palabras de Barbadillo; pero para proceder con más acierto, le dijo que aplazaba su resolucion hasta consultar á sus consejeros.

Acto contínuo se despidió de los prisioneros, y dió las órdenes oportunas para que se reuniese el consejo.

IV.

Asistieron á él los teopixques, los caciques principales y los guerreros más distinguidos, y despues de saber el objeto de la convocatoria, uno de los caciques, anciano de luenga y blanca barba, de ojos vivos á pesar de su edad, y en cuyo semblante se marcaba esa ironía que producen los desengaños y el conocimiento de los hombres:

—Seríamos muy crédulos,—les dijo,—si diéramos oidos á esas falaces proposiciones. Por lo que he oido hablar de esos extranjeros, que los dioses confundan, si conocen perfectamente el arte de la guerra, son mucho más maestros en el arte de engañar con falaces promesas. No es la primera vez que afectando sentimientos generosos, protestando que al venir á estas regiones no tienen otro objeto que el de difundir la ci-

vilizacion, el de estrechar los lazos que deben unir á todos los hombres, una vez dueños del territorio, han impuesto tributos ominosos á nuestros hermanos, han quemado sus casas, han deshonrado á sus esposas y á sus hijas, y por todas partes han sembrado el luto, la desolacion, el espanto.

Si algo pueden influir en tu voluntad los consejos del que siempre te ha querido como un hijo, del que te ha respetado como á su señor, del que más de una vez ha expuesto su vida por conservar tu prestigio, del que tantas pruebas tiene dadas por el amor de su patria, del que por nada del mundo se doblegaria ante el yugo de unos miserables y ambiciosos aventureros, desecha esas proposiciones que causarian nuestra ruina, medita las consecuencias que produciria la falta de prevision, y obliga á los extranjeros á que se aparten de nuestras costas. Si desoyen tus órdenes, si son sordos á la razon, á la justicia, á la equidad, que aconsejan hablarles de este modo, reune á tus tropas, ponte al frente de ellas, y no dudes que aunque las arrugas surcan mi semblante, que aunque los años debilitan mi cuerpo, me siento con fuerzas suficientes para sostener una lucha con los invasores, porque el sentimiento de la independencia dá vigor á mi espíritu; y no lo dudes, al verme arrojarme el primero sobre nuestros enemigos, no habrá un solo habitante en Panuco que no secunde mis esfuerzos.

V.

Las palabras del anciano hallaron eco en todos los

circunstantes, y Huizbiloncho, guerrero esforzado, terror de los mejicanos por sus hercúleas fuerzas, dirigiéndose y Nazatcotlan:

—Ha llegado el momento,—dijo,—de que terminen las contemplaciones. Esos extranjeros acabarian por hechizarte como han hechizado á otros caciques poderosos, y deber nuestro es impedir que llegue ese caso.

Es preciso que inmediatamente se alejen de nuestras costas esos extranjeros. Si no nos obedecen pronto, presenciará Panuco la más horrible de las hecatombes.

VI.

Nazatcotlan envió un emisario á Francisco de Garay, exigiéndole que diese una órden al jefe de la pequeña escuadra para que se retirase.

Garay y Barbadillo celebraron aquella ocasion que les deparaba la fortuna para ponerse en comunicacion con sus compañeros, y aprovechándose de la ignorancia de los de Panuco respecto á la escritura, en vez de la órden que se les exigia, enviaron una carta confidencial á sus amigos, diciéndoles que se alejasen algo de la costa, que hiciesen una falsa evolucion, que ellos eran objeto de las mayores consideraciones por parte del cacique, que le inspiraban confianza, y que por lo tanto creian fácil encontrar el medio de poder evadirse en dias no lejanos.

VII.

Los emisarios llevaron á Nazatcotlan el pliego que le entregó Francisco de Garay, y el cacique á su vez lo mandó al jefe de la pequeña escuadra de los españoles.

La alegría de los de Panuco no tuvo límites al ver que los extranjeros se alejaban de su territorio.

La tranquilidad volvió á renacer en todos los corazones, y Nazatcotlan aumentó su aprecio hácia sus prisioneros por la prontitud y la eficacia con que se habian aprestado á obedecer sus órdenes.

Una circunstancia, al parecer insignificante, hizo creer á los cautivos que el dia de su evasion habia llegado.

Capítulo LVI.

Esperanzas frustradas.

I.

Conservaba Francisco de Garay en su poder un precioso relicario, que al despedirse le habia dado su mujer.

Tenia en el centro una preciosa imágen de la Concepcion, y se hallabà adornado todo al rededor de perlas y otras piedras preciosas artística y felizmente combinadas.

Más de una vez habia llamado la atencion del encargado de llevar la comida á los presos tan preciosa joya, en nada parecida á todas las que hasta entonces habia visto, y los españoles formularon un proyecto, que indudablemente les proporcionaria los medios de evadirse.

No habia un solo dia que Francisco de Garay no exhibiese ante los codiciosos ojos del indio la imágen de la Inmaculada.

El indígena decia que daria todos los tesoros del mundo por poseerla, y Barbadillo, aprovechándose del deseo manifestado por el indio, comenzó á poner en práctica el plan que habia concebido.

—Nada más fácil para tí,—le dijo,—que poseer esa joya; pero su valor es tanto, que seria preciso te hicieses digno por tu comportamiento á que te la regalásemos.

—Haria cuanto me ordenáseis para obtenerla.

II.

Barbadillo, que no se paraba en escrúpulos en la situacion crítica en que se encontraban, añadió:

—Has de tener en cuenta que el que posee ese talisman es inmortal, y por lo tanto, puedes suponer el aprecio en que tenemos su posesion.

El indio codició más y más desde entonces el precioso relicario.

—No nos desprenderiamos nunca de tan precioso objeto, si no contáramos con la facilidad de poder reemplazarle; pero para esto necesitamos tu ayuda.

III.

Un rayo de alegría brilló en los ojos del calabocero.

—¿Y qué tengo que hacer para eso?—preguntó.

Una cosa muy sencilla. Busca una canoa, amár-

rala á la orilla, y cuando hayas verificado esto, vienes á la prision, nos facilitas la salida, te damos la joya, vamos á reunirnos con nuestros compañeros, que tienen muchas y más vistosas que esa, recogemos unas cuantas, y nos volvemos aquí antes de amanecer para que no se note nuestra ausencia y sufras por nuestra causa.

Vaciló un instante el indio ante la proposicion de Barbadillo.

Su avaricia le aconsejaba que adquiriese aquella joya.

Despues de sostener esta lucha, dando oidos á sus deseos:

—Mañana por la noche estará todo preparado,—dijo.

Un instante despues abandonó el calabozo, y los prisioneros se entregaron á las más dulces esperanzas.

IV.

Aquella noche la pasaron en hacer mil proyectos sobre su porvenir, y comprendiendo Barbadillo que Francisco de Garay podria ayudar en sus propósitos á Catalina, por la que se interesaba vivamente don Lope, refirió al capitan español los pormenores de su historia, y el bizarro caudillo le ofreció dispensarle toda su proteccion.

Veia Francisco de Garay en Catalina un poderoso auxiliar para apartar á Cortés de la conquista de

Méjico, y desde aquel instante empezó á buscar en su imaginacion los medios de debilitar al ilustre conquistador, aunque sin hacerle ostensiblemente la guerra.

Catalina le refirió detalladamente los muchos sufrimientos que habia tenido en casa de los padres de su espcso, las causas que le habian obligado á abando narla, sus padecimientos por la muerte de su hijo, no ocultándole lo herido que se hallaba su amor propio como esposa y como mujer, porque sabia que Hernan Cortés, olvidándose de sus juramentos, de la fidelidad que le debia, sostenia relaciones con otra mujer y se hallaba completamente subyugado por ella.

V.

—Si yo lograse llegar hasta donde se halla, sorprenderle al lado de esa mujer que le ha fascinado y clavar un puñal en su pecho, no me importaria morir despues. ¿Qué es la vida para una pobre mujer que se vé abandonada de su esposo por una aventurera; qué es la vida para una infeliz madre que ha visto espirar en sus brazos, estenuado por el hambre, al fruto de su amor?

Garay y Barbadillo procuraron consolar á la infortunada Catalina, y el resto del dia le pasaron impacientes, deseando llegase la noche, que representaba para ellos el momento de romper sus cadenas.

VI.

La hora en que acostumbaba á ir todas las noches el carcelero habia llegado, y sin embargo, no se presentaba este.

La angustia de los prisioneros era indecible.

¿Habria comunicado sus proyectos á Nazatcotlan, y meditaria este vengarse de su audacia, condenándoles á morir de hambre?

¿Se habria arrepentido el carcelero de lo ofrecido, y temeria presentarse por miedo de arrostrar las consecuencias de su ira?

¿Algun incidente imprevisto habria hecho fracasar los preparativos que se habia comprometido á hacer el codicioso indio?

Estos temores, estas zozobras, estas dudas mortificaban á los prisioneros, que casi desesperaban ya de conseguir lo que momentos antes creian seguro.

VII.

El resplandor de luz que iluminó débilmente la estancia les hizo adivinar que se aproximaba alguno á su prision.

La duda y la esperanza agitaban su pecho.

¿Seria Nazatcotlan, que sabedor de sus designios, venia á notificarles que habia llegado su última hora,

que si aquella situacion se prolongaba no todos podrian arrostrarla.

II.

Cuando más abatidos estaban, cuando empezaban á acariciar la idea de poner término á tantos sufrimientos por medio del suicidio, oyeron golpes en uno de los muros que formaban su prision, y al aproximarse al punto que producia aquel ruido, vieron con sorpresa que se desprendia una enorme piedra, y que por la abertura que se formó penetraba una india, que radiante de hermosura y embellecida por el cansancio, al hallarse en su presencia les dijo:

—Nada temais; he oido todo lo que habeis hablado, y vengo á salvaros.

III.

Quedáronse asombrados contemplándola, y la india, repuesta algun tanto de su cansancio, añadió:

—He jurado vengarme de Nazatcotlan, y arrostrando mil peligros he llegado hasta aquí con el propósito de proporcionar vuestra evasion, exigiéndoos en cambio que me ayudeis á realizar mi empresa.

—¿Quién sois?—preguntaron los prisioneros, bendiciendo á la Providencia, que tan oportunamente les enviaba á la bella india.

—Soy Litzajaya, la esposa del soberano de Pa-

nuco, la mujer que imperaba en este país, la que era acatada y respetada por todos, y que hoy vive triste, errante, con el corazon desgarrado por la infamia de que ha sido víctima, por el perjurio de uno de vuestros compañeros.

Y al pronunciar estas palabras centelleaban los ojos de Litzajaya, sus manos se crispaban, y una mortal palidez cubria su frente.

—Sí,—prosiguió la india despues de una breve pausa;—yo amaba á Velazquez de Leon, y habia oido de sus lábios la confesion de que correspondia á mi amor; yo acariciaba la idea de ser su esposa, y ante este deseo que me embriagaba, ante esta ilusion que trastornaba mi mente, aconsejada por la pasion que despertó en mi alma la gallardía, la apostura, la mirada de fuego de ese infame, lo sacrifiqué todo: patria, honor, religion, y ¡qué más! hasta sacrifiqué á su cariño la vida de Naothael, mi esposo.

IV.

Al oir aquella confesion, no pudieron ménos de estremecerse los españoles.

La vehemencia con que hablaba Litzajaya, el acento de su voz, la palidez que cubria su rostro, todo indicaba en ella que era presa de una febril agitacion.

Un silencio sepulcral reinaba en aquella estancia.

El asombro y el espanto se pintaban en todos los semblantes.

V.

La india continuó:

—Yo confiaba en las mentidas palabras de Velazquez de Leon, y habíamos formado el proyecto de que cuando muriese mi esposo Naothael y me aclamasen por soberana de Panuco, él se enlazaria conmigo.

Para que él no tuviese que abjurar de su religion, yo le ofrecí abrazar la suya.

En el momento en que mi esposo dejaba de existir, cuando más necesaria me era la presencia de mi amante, sin que yo sepa la causa, me abandonó.

Los dioses, irritados contra mí, para castigar mi perjurio, despertaron en Nazatcotlan la idea de proclamarse rey de Panuco.

Los teopixques, indignados por mi conducta, sublevaron al pueblo en contra mia, y la que podia haber sido reina y señora de Panuco, y compañera feliz y cariñosa de Velazquez, vió un dia asaltado su palacio por las tropas de Nazatcotlan, muertos á aquellos de sus servidores que aun le eran adictos, se oyó maldecir por los que sucumbian, y un momento despues, execrada, envilecida, insultada por los que momentos antes acataban hasta sus menores caprichos, fué conducida al teocali para ser sacrificada en aras de los dioses.

VI.

—¿Y cómo pudiste librarte del sacrificio?—preguntó Francisco de Garay.

—Uno de los teopixques se interesó en mi favor, y proporcionándome una de sus vestiduras, me facilitó el medio de evadirme.

—Pero ¿cómo habeis llegado hasta aquí?—preguntó á su vez Catalina.

—Hace diez años,—prosiguió Litzajaya,—vivia en este palacio un anciano venerable, llamado Ulbatthionek. Se hallaba postrado en el lecho, y me mandó llamar.

Me presenté, y apenas me hallé en su presencia, me indicó que necesitaba hablarme á solas.

Hice señal á uno de los servidores que me acompañaban para que se retirase á la estancia inmediata, y quedé á solas con el anciano.

Debo advertiros que desde mis primeros años me dediqué al estudio de las plantas, y que conozco las virtudes medicinales de todas las yerbas.

Despues de cerciorarse el anciano de que estábamos solos, y antes de que yo tuviese tiempo de preguntarle qué me queria, con misterioso acento:

VII.

»—Litzajaya,—me dijo,—te he mandado venir, no sólo por que necesito los auxilios de tu ciencia,

que ya sé que es mucha, sino por que tú puedes prestarme un gran servicio, que hará tu fortuna y me evitará al mismo tiempo los remordimientos que amargarian los últimos dias de mi existencia si llegase á sucumbir.

»—Hablad,—le dije.

»—Tú sabes que de mi matrimonio con Ibarica no he tenido sucesion.

»Hace un año paseaba yo por el bosque inmediato á la caida de la tarde, cuando de repente hirió mi oido un grito desgarrador.

»Acudí con presteza al punto de donde partia, y ví á una pobre mujer que huia despavorida de un enorme jaguar, que ya iba á darle alcance.

»Sin reflexionar el peligro que corria, descargué mi maza sobre la cabeza de la fiera, que bañándose en sangre y lanzando horribles gemidos, cayó en tierra.

»Le asesté dos ó tres golpes más, y cuando me convencí de que estaba muerto, corrí á prestar auxilio á aquella desventurada.

»La infeliz estaba desmayada, y en su paroxismo se pintaba aún el terror de que se hallaba poseida.

»Hice que aspirase unas hojas de zalihuaco, y un momento despues recobró el sentido.

»Cuando volvió en sí me halló á su lado contemplándola con avidez, porque era hermosísima.

»Sonrió melancólicamente al verme, y vertiendo abundantes lágrimas:

VIII.

»—¿Por qué me habeis salvado la vida?—exclamó con tristeza.

»Esta exclamacion indicaba que le era odiosa la vida, y deseando saber la causa de su desesperacion, le supliqué desahogase sus penas.

»—¡Oh! ¡Aun parece que la estoy viendo!

»Bajando sus hermosos ojos, que velaban negras y rizadas pestañas, agitándose convulsivamente su seno, con una turbacion, con una pena que aumentaba su hermosura:

»—No me compadezcais,—dijo,—porque harto merezco las desventuras que sobre mí pesan.

»Yo vivia feliz al lado de mis padres, cuando un dia se fijaron mis ojos en los de un indio, que por su gallarda figura, por su mirada de fuego, me impresionó vivamente.

»El debió notar mi turbacion, y aprovechándose de ella se acercó á mí y me dijo:

»—Anthelaimba, hace tiempo que en silencio aguardaba la ocasion de hallarte á solas.

»Tu padre y tus hermanos han acudido al vecino pueblo, llamados por su cacique.

»Nuestra desigualdad de clases hacen imposible nuestra union.

»Yo te amo más que á mi vida, y si no me sigues, si no abandonas tu casa en este instante, yo mismo

me daré la muerte; y cuando vuelva tu familia encontrará dos cadáveres, porque antes te mataré á tí si desoyes mis súplicas, si no hallan eco en tu corazon mis palabras.

IX.

»Habia tal decision, tal energía, tan amoroso arrebato en el acento de aquel jóven, que no me atreví á contestar.

»Sin darme tiempo á que me repusiera de mi asombro, me cogió en sus brazos y desapareció, internándose en el bosque.

»La noche la pasamos allí.

»Mi amante compañero se separó de mí esta mañana para ver si cazaba algo con que aplacar el hambre que sentíamos, y al notar yo su tardanza, salí á ver si le descubria. Allí,—añadió Antholaimba,—yace el cadáver del que me habia jurado eterna fé. El tigre que habeis muerto habia acabado con su vida.

X.

»Enternecido por el relato de la india, la conduje á mi casa, en la que penetró por un subterráneo que comunica con ella. Este subterráneo tiene entrada por un huerto que rodea esta casa.

»A mano izquierda, frente á un estanque, verás asientos de junco cubiertos de palma.

»El primero es giratorio, y dá entrada al subterráneo.

»Siguiendo á la derecha, encontrarás una puerta, la empujas, y te hallarás en presencia de mi amada.

»Díle que se acerca mi última hora, enséñale este anillo, y entonces ella confiará en tí y te obedecerá en todo y por todo.

XI.

—Yo escuchaba asombrada,—prosiguió Litzajaza;—no sabia qué contestar á lo que me decia el anciano.

Conocia que sus fuerzas se agotaban, y haciéndome señas para que le alargase un búcaro que tenia al lado del lecho, bebió su contenido y prosiguió:

»—Te he dicho antes que podrias hacer tu fortuna, y vas á ver que no te he engañado.

»En la pieza que habita Antholaimba hay enterradas cuantiosas riquezas.

»Repártelas por mitad con ella, y tú proporciona á mi amada y á su hijo, porque has de saber que es madre, el medio de vivir fuera de aquí.

»Ahora puedes bajar por la escalera que hallarás en el ángulo izquierdo de esta habitacion, y al final de ella encontrarás una puerta lóbrega, triste, y en uno de sus muros notarás una pequeña hendidura, perceptible sólo al tacto.

»Empuja con violencia, y te encontrarás en el sitio que te he dicho antes comunica con la huerta.

XII.

Salí inmediatamente á cumplir las órdenes del anciano, y dos dias despues supe habia dejado de existir.

De Antholaimba y su hijo no he vuelto á saber.

Así pues, nada más fácil que vuestra evasion.

Aprovechad los momentos, que la ocasion es propicia, y yo sólo os exijo, en cambio del inmenso beneficio que os dispenso, que me lleveis en vuestra compañía, me presenteis á vuestros compañeros, me proporcioneis un disfraz de soldado, y me conduzcais al paraje donde se halle Velazquez de Leon, causa de todas mis desventuras. Yo os ofrezco solamente no haceros jamás traicion, y despues de hacer ver á ese hombre despiadado lo inícuo de su conducta, yo volveré á Panuco, donde aún tengo leales servidores, aunque pocos; pero que con los tesoros que guardo en el bosque inmediato lograré á mi regreso levantar un ejército que defienda los derechos que me asisten á la corona que tan villanamente me ha arrebatado Nazatcotlan.

XIII.

Despertóse la ambicion en el corazon de Garay al saber que Litzajaya poseia un tesoro, y por un momento cruzó por su mente la idea de arrebatársele.

Pero su conciencia le hizo ver todo lo horrible de

su pensamiento, debiendo como debia su libertad á la apasionada india.

Catalina simpatizó desde luego con su salvadora, porque las dos eran víctimas del perjurio del objeto de su amor, y aquella misma noche los españoles, acompañados de Litzajaya, fueron á reunirse con los compañeros de Garay, que demostraron el más vivo agradecimiento á la india por haber salvado á sus hermanos de la prision en que yacian.

Un momento despues se daban á la vela con direccion á Zempoala.

Capitulo LVIII.

El desenlace de un drama.

I.

Dejemos á los navegantes entregados á sus proyectos, y volvamos nuestros ojos al cuartel de los españoles, en donde, como recordarán nuestros lectores, quedó Ilbialbi oculto detrás del cortinaje que adornaba el lecho del ilustre conquistador, y asistamos á la escena que dió comienzo al presentarse Marina ante su amante.

Notábase en la bella india gran agitacion, y Hernan Cortés, alarmado al verla de aquella suerte, le preguntó cariñosamente:

II.

—¡Qué ocurre, alma mia?

Ilbialbi lanzó un sordo gemido, que no apercibieron los dos amantes.

—No hay tiempo que perder,—contestó Marina.—Los indios se aprestan para una nueva lucha; han pedido refuerzos á los caciques de las inmediaciones, reina gran movimiento en la ciudad, millares de mejicanos, prorumpiendo en frenéticos alaridos, juran que no quedará uno de vosotros, los teopixque imploran el auxilio de los dioses, y todo hace pensar en que las consecuencias de la lucha que dentro de breves instantes vá á comenzar, ha de sernos de fatales consecuencias.

—No es la primera vez que he medido sus fuerzas,—dijo con voz arrogante Hernan Cortés,—y aunque es escaso el número de soldados que me acompañan, avisando que vengan á reunirse conmigo los que recorren las inmediaciones explorando el terreno, creo podré esperar á nuestros enemigos y arrollarlos.

—Es posible que los soldados que recorren las inmediaciones no puedan incorporarse á tu cuartel. Los mejicanos destruyen en estos momentos los puentes, y les será difícil llegar hasta aquí.

—Pues bien; lucharé con las fuerzas que tengo á mis órdenes. Aunque no contase con uno solo de mis soldados, no rehusaria la lucha. Si el cielo, en sus altos designios, no me cree digno de realizar los nobles, los santos, los patrióticos deseos que me han impulsado á venir aquí; si á pesar de los sufrimientos, de los trabajos, de las miserias, de las penalidades que he sufrido, mis dias están contados y sucumbo en la

lucha, al ménos habré cumplido con mi deber y me cabrá la gloria de morir peleando por el engrandecimiento de mi patria y por la noble mision que aquí me ha guiado, de difundir la civilizacion y hacer conocer á estos desgraciados idólatras la luz santa del cristianismo.

III.

Marina conocia el temple de alma del ilustre caudillo, comprendia que por nada del mundo retroce-deria ante obstáculo alguno; pero un sagrado deber la imponia la obligacion de apurar todos los recursos para disuadirle de una lucha que previa habia de ser desastrosa.

—Dignos de alabanza son los propósitos que te animan,—le dijo;—pero hay momentos en los que no somos dueños de arriesgar nuestra vida.

—En aras de la patria debe sacrificarse siempre.

—Y sin embargo, yo creo que otros deberes debian hacértela conservar en estos instantes.

—Marina, te amo más que á mi vida; pero permíteme que te diga que estos momentos no son los más á propósito para recriminaciones.

—¡Recriminaciones!—dijo Marina con tristeza;—no son recriminaciones las que vengo á hacerte, no vengo á implorar tu cariño para mí, sino para otro sér que tiene derecho á toda tu proteccion.

—¡Qué dices, alma de mi alma!—exclamó Cortés con amoroso acento, adivinando en las palabras de

Marina una felicidad inefable; pero que en aquellos momentos era un nuevo torcedor para su espíritu.

—No hace mucho que me era odiosa la vida. Desde el momento en que supe los lazos que te unian con otra mujer, deseaba morir, y pedia á Dios á todas horas que abreviase mis dias. Hoy seria una criminal si tal deseara.

—¡Marina! ¡Amor mio!—dijo con ternura el caudillo.

—Sí, Cortés, en este instante tengo que hacerte una revelacion, que es mi delicia y mi tormento...

—¡Ah! ¡Y yo insensato casi te he tratado con aspereza! Perdóname, luz mia; perdóname, y no atribuyas sino á la agitacion de mi espíritu el desamor con que he oido tus primeras palabras.

—Yo te perdono, porque no puedo guardar rencor al padre de mi hijo.

IV.

Hernan Cortés estrechó cariñosamente en sus brazos á Marina, y durante un momento permanecieron unidos los dos amantes confundiendo sus lágrimas.

Un rugido espantoso, semejante al de una fiera que vá á caer sobre su presa, sacó á los dos amantes del éxtasis en que se hallaban.

Instintivamente Hernan Cortés se desprendió de los brazos de Marina y se puso delante, como para preservarla de cualquier peligro.

Un ¡ay! doloroso le hizo acudir al sitio de donde partia.

V.

Al llegar no pudo ménos Hernan Cortés de estremecerse al ver á Ilbialbi revolcándose en su propia sangre, y profiriendo juramentos que le atemorizaron.

El indio no habia podido contenerse al oir la revelacion de Marina, y al ir á precipitarse sobre ella para clavar en su pecho una flecha envenenada que blandia en la diestra, con el ímpetu del movimiento, ciego por la ira y los celos, se enganchó en la colgadura, detrás de la que se hallaba, y cayendo en tierra se clavó la flecha.

VI.

—¡Qué hacias aquí, miserable!—dijo Hernan Cortés, fijando su mirada amenazadora en el indio.

—Matadme si quereis; esta accion seria más noble que el engaño de que he sido víctima.

—¿Y tú te atreves á reconvenirme? Deten tu lengua, menguado, si no quieres que te la arranque. ¿Con qué derecho te has introducido en esta estancia? ¿Es ese el modo que tienes de agradecer los beneficios que te he dispensado? ¿Por ventura, sin mi proteccion, no continuarias siendo un vil esclavo despreciado hasta por tus mismos compatriotas? ¿Cuál era

el objeto que te proponias al estar escondido en este aposento? Pero ¿para qué cansarme? Yo me tengo la culpa de todo lo que sucede. Yo debia haber adivinado que los de tu raza son incapaces de abrigar en su alma sentimientos generosos, y que el que siembra entre vosotros beneficios, recoge ingratitudes. Aléjate, aléjate de mi vista, porque ¡vive el cielo que si no fuera por deshonrarme te aplastaba como á un vil insecto!

—¡Matadme!—repitió el indio.

VII.

Hernan Cortés, que á pesar de la pasion que sentia hácia Marina, no dejaba de recordar las ilusiones que habia hecho concebir al indio respecto á su enlace con Marina, deseando poner término á aquella escena que le mortificaba:

—No,—le dijo,—te perdono. Acude á reunirte con tus compatriotas. Ha llegado el momento de que cesen todas las contemplaciones, todos los miramientos que tenia con ellos. Dentro de breves instantes comenzará una sangrienta lucha. Tu villana accion hace imposible que permanezcas á mi lado. Huye, miserable, huye, y que no vuelva á verte en mi vida.

Ilbialbi aterrorizado se alejó sin pronunciar una sola palabra.

VIII.

—¡Cuántas emociones en un dia!—dijo Marina.—¡Oh! Yo siento que mis fuerzas decaen; un presentimiento me dice que si te separas de mí ya no volveré á verte jamás.

—¡Por Dios, Marina! Hazte superior á todo, y no quieras añadir nuevos sufrimientos á los que torturan mi alma.

Hernan Cortés ordenó lo necesario para que se prestasen á Marina los auxilios que reclamaba su situacion, y dictó las disposiciones convenientes para aprestarse á la lucha que debia tener lugar de un momento á otro.

Veamos lo que pasó.

Capítulo LIX.

Resoluciones.

I.

Ya dijímos en otra ocasion que Guatimozin, en el consejo presidido por el príncipe de Iztacpalapa, manifestó su deseo de ponerse al frente de las tropas para arrojar á los invasores de Méjico.

En la mañana del dia que siguió al de la escena que hemos referido en el capítulo anterior, despues de reunir á multitud de mejicanos de los alrededores al grueso de su ejército, con la decision pintada en el semblante, latiendo en su pecho el bélico entusiasmo que se despertaba en él, porque iba á redimir á su patria del yugo de los extranjeros, entró en la habitacion de su esposa para despedirse de ella.

Hallábase la india acariciando á su hermoso hijo, y se deleitaba con esas mil ocurrencias que oía de sus

lábios infantiles, ocurrencias que hacen las delicias de los padres.

II.

—Esposa mia,—le dijo Guatimozin;—en este momento voy á ponerme al frente de las tropas para combatir á los españoles. Ya no es posible sufrir más tiempo su yugo opresor. La muerte de Motezuma les envalentona cada vez más; todos los dias son víctimas nuestros hermanos de su insoportable tiranía, y es preciso que cesen estos excesos.

Yo bien sé que los extranjeros tienen en su favor el rayo y el trueno.

Yo sé tambien que esas fieras, que con tanta velocidad se precipitan, guiadas por ellos, sobre nuestras huestes, causan grandes destrozos en nuestras filas; pero nosotros combatimos por la independencia de nuestra patria, y ante este sentimiento generoso cada hombre se convierte en un héroe, y la victoria ha de ser forzosamente nuestra.

Si los españoles, á pesar de su escaso número, han podido vencer en otros combates á nuestros hermanos, es por que á estos les faltaba un caudillo que les dirigiera, una cabeza que impulsara su brazo; pero hoy ya es otra cosa.

III.

La india, con la energía que caracteriza á las de

su raza, inspirándose en las palabras de su esposo, ahogando el sentimiento pátrio al sentimiento maternal:

—Vé, Guatimozin, vé; corre á ponerte al frente del ejército, y mientras tú pelees, tu hijo y yo pediremos á los dioses que regreses victorioso á nuestro hogar.

Cuando vuelvas, cuando la aureola de la gloria corone tu frente, cuando todos te aclamen como el salvador de tu patria, me indemnizaré con creces de la pena que me causa el que te separes de mi lado.

Yo confio en que los dioses no han de permitir que perezcas por tan noble causa.

Si no reclamase mis cuidados este tierno niño, yo te acompañaria al combate, yo lucharia á tu lado, y compartiria contigo todos los peligros, todos los azares, todas las privaciones de la guerra, para hacértelas más llevaderas y para que comprendieras que era digna de tí.

IV.

Guatimozin, que á pesar de su valor y de lo resuelto que estaba á ponerse al frente de las tropas, no desconocia lo grave de la situacion, y en aquellos momentos la presencia de su hijo le recordaba las desventuras que sobre él y su madre pesarian si sucumbia en el combate; deseando poner término á aquella escena, se despidió cariñosamente de su esposa, y despues de colmar de besos al niño y de estrecharle en su corazon, salió de la estancia.

Púsose al frente de las tropas que pudo reunir, y acto contínuo emprendió la marcha con direccion á Méjico.

En breve tiempo atravesó el camino que separaba Tacuba de la ciudad imperial, y una vez allí, se dirigió á palacio.

Anunciaron su llegada al soberano, y el príncipe de Iztacpalapa, rodeado de sus consejeros, se apresuró á recibirle.

V.

—Acabo de llegar con las fuerzas que he podido reunir, y vengo á ponerme al frente de tu ejército, porque ya es vergonzoso sufrir con calma los atropellos de que estamos siendo víctimas.

Es preciso dar la batalla á los españoles, y escarmentarlos para siempre jamás.

La patria exige este sacrificio, y yo estoy dispuesto á perecer si es preciso por devolverle el brillo, el esplendor, la grandeza de otros dias.

—¿Y no te mueve,—dijo con ruda incredulidad Iztacpalapa;—no te mueve á dar este paso otro interés que el de salvar á tu patria del yugo de los extranjeros?

Guatimozin, á quien ofendia la altanera actitud de Iztacpalapa desde el momento en que se presentó á él, con enérgico acento, centelleándole sus ojos y clavándolos en su interlocutor:

VI.

—¿Por ventura,—le dijo,—puede haber nada más noble que pelear por la independencia de su patria?

—Ciertamente que no; pero sed franco: decid que vuestra ambicion os hace ver la posibilidad de ser aclamado soberano de este imperio si conseguís el triunfo, y por eso sin duda acariciais hace tiempo la idea de peneros al frente de mis huestes.

Un relámpago brilló en los ojos de Guatimozin.

Ardiendo en ira, demostrando en su semblante la indignacion que le causaba lo que acaba de oir, exclamó con desprecio:

—No me extraña que penseis de ese modo. Las almas mezquinas son incapaces de comprender el heroismo; permanecen sordas á los gritos de su deber, de su conciencia, y sólo obedecen en todas las acciones de su vida al más vil interés, á la más repugnante ambicion.

VII.

Quedáronse atónitos los consejeros al oir á Guatimozin expresarse con tanta acritud delante de su soberano.

El mismo Iztacpalapa, acostumbrado como todos los soberanos al lenguaje de la adulacion, comprendió que aquel era un hombre superior á él, y no supo qué contestar.

Guatimozin, que como en semejantes casos sucede, no podia ya retroceder, añadió con arrogancia:

—Y bien, ¿qué resuelves?

—Que te pongas al frente del ejército, y que demuestres en el combate esa arrogancia, ese valor, de que tan inconvenientemente haces alarde en estos momentos.

VIII.

Despues de recibir las órdenes para que todas las tropas del imperio le obedeciesen, salió Guatimozin para dar comienzo á los preparativos de la batalla que debia empezar al dia siguiente.

Capitulo LX.

Un combate más.

I.

Apenas amaneció, distribuyó Guatimozin su ejército en las azoteas de las casas, cortó los puentes, y tomó todas las avenidas que conducian al paraje en que se hallaban los españoles.

Un momento despues comenzó á hostilizarlos.

Hernan Cortés montó á caballo, y al frente de sus escasas fuerzas se lanzó sobre los mejicanos.

La lucha tenia lugar en las calles, y como es natural, habiendo tomado los mejicanos las azoteas y las ventanas, descargaban desde allí una lluvia de flechas y de piedras sobre las huestes del ilustre caudillo; lluvia que en algunos momentos oscurecia la luz del sol.

Los mejicanos peleaban con más denuedo, con más ardor, con más decision que nunca.

Pero los españoles, con sus caballos y las armas de fuego, arrollaban á cuantos encontraban al paso.

II.

En lo más encarnizado de la pelea, una flecha atravesó la mano derecha del ilustre caudillo.

Sin desmayar por esto, afianzó la rienda en el brazo herido, y tomando una lanza, continuó á la carrera diezmando á los indios que se oponian á su paso.

Escobar le seguia con la tropa de su cargo.

Los indios que se iban quedando atrás, por apartarse de los caballos, se arrojaban medio vencidos sobre la infantería, que trabajaba poco en acabarlos de vencer.

Hernan Cortés, con un valor que rayaba en temeridad, se adelantó muchísimo de los que le acompañaban, y cuando conoció lo imprudente de su arrojo y quiso retirarse, estuvo á punto de perder la vida, porque el grueso del ejército mejicano corria á darle alcance.

III.

Comprendiendo que si perdia la vida comprometia la victoria de sus soldados, creyendo hallar ménos oposicion, tomó otra calle, y á pocos pasos encontró una numerosa partida de indios, que llevaban preso á su amigo Andrés del Duero.

Habia caido de su caballo, y los indios se apoderaron de él para conducirle al teocali mayor y sacrificarle en aras de los dioses.

Embistió con ellos animosamente, y atropellando la escolta puso en confusion á los demás.

Andrés del Duero tuvo la suerte de que al desarmarle los indios le dejasen por descuido un puñal.

Al ver que Cortés acudia en su auxilio, se desembarazó de los que le rodeaban, y como los de la escolta huyeron, quedó en libertad.

Asestando su puñal sobre cuantos mejicanos hallaba á su alcance, logró recobrar su lanza y su caballo, y uniéndose á su salvador, atravesaron la calle á galope tendido, rompiendo por entre las tropas enemigas hasta llegar á incorporarse con los suyos.

Como se vé, la Providencia se interesaba siempre por el ilustre caudillo de los españoles, y hasta cuando se separaba de los límites que le marcaba la prudencia, encontraba favorables resultados.

IV.

Una de las cosas que más aterrorizaron á los indios, fué que los españoles, reuniendo grandes troncos de árboles y hacinándolos delante de las casas que ocupaban, les prendieron fuego, no tardando en ser presa de las llamas los edificios que ocupaban.

Desesperados, se arrojaban desde las azoteas y las ventanas.

Otros, consternados, no sabian qué hacer, y eran presa de las llamas.

Los más decididos, los que se atrevian á abandonar sus guaridas, hallaban una muerte segura en las picas y en las lanzas de los españoles que rodeaban las casas.

Lo que más indignó á los infelices indios, fué el asalto de su templo, que tambien fué convertido en cenizas.

V.

Hemos dicho antes que la Providencia protegia la causa de los españoles, y sólo así se explica que dada la posicion que ocupaba el teocalí y los numerosos mejicanos que le defendian, pudieran asaltarle los españoles y desalojar á sus enemigos.

Las calles de Méjico estaban cubiertas de cadáveres.

Las llamas que producian los edificios incendiados, los ayes de los moribundos, los juramentos de los heridos, el griterío de los que aun peleaban, todo aquel conjunto componia un cuadro tétrico, doloroso, desgarrador.

Los mejicanos que habian sobrevivido á la lucha huian despavoridos.

La noche se aproximaba, y Hernan Cortés creyó oportuno suspender las hostilidades, retirándose á su cuartel para defenderle de cualquiera tentativa de los enemigos.

VI.

Desgraciadamente para él, acudia tarde.

Los pocos españoles que habian quedado defendiéndole tuvieron que abandonarle al ver aproximarse multitud de indios.

Tuvieron tiempo, sin embargo, para recoger las municiones y las armas que en él habia, y para salvar su vida.

Estas noticias las supo Cortés por el que habia quedado capitaneando aquellas fuerzas, y que llegó felizmente á incorporarse con él cuando se aproximaba al cuartel.

VII.

Es incalculable el número de los mejicanos que perecieron en aquel memorable dia.

Lo que es indudablemente milagroso, es que los españoles no tuvieran un solo muerto, y sí solo unos pocos heridos y algunos contusos.

Asombró tanto á los mejicanos el asalto del adoratorio, que los pintores que acompañaban siempre á su ejército trasladaron fielmente al lienzo las peripecias del combate, sin olvidar el más pequeño detalle referente al incendio y á la ruina de los torreones.

Bien es verdad que estas pinturas representaban

para ellos los documentos históricos, y consideraban como un delito grave engañar á la posteridad.

VIII.

Cuando más tarde pudo Cortés ver estas pinturas, notó, sin embargo, que la parcialidad imprimia sus huellas en la ejecucion del dibujo.

Figuraban en el cuadro muchos españoles muertos y heridos, como dando á entender que si habian obtenido la victoria, habia sido á costa de grandes pérdidas.

Esto demuestra la parcialidad con que en todos tiempos se ha escrito la historia, y viene á confirmar la creencia de que la pluma ó el pincel trazan generalmente, no la verdad de los hechos, sino las simpatías ó las creencias de los que las impulsan.

IX.

Hernan Cortés, que á pesar de la brillante victoria que acababa de obtener, no queria gastar sus fuerzas en luchas estériles, antes de que cerrase la noche, envió emisarios á Guatimozin para que acatase los tratados de Motezuma.

Capítulo LXI.

La diplomacia en aquellos tiempos.

I.

Presentáronse los emisarios á Guatimozin, y al saber este el objeto de su embajada:

—Decid á vuestro caudillo,—exclamó,—que no podemos acatar lo pactado por un monarca que con su debilidad ha sido traidor á su patria. Mientras quede un solo mejicano, luchará con los invasores; y por lo tanto, podeis volver á noticiar á vuestro jefe mi resolucion.

—Pensad,—dijo uno de los embajadores,—que una nueva lucha os será aún más funesta que la anterior, puesto que ya se ha debilitado considerablemente el número de vuestras fuerzas.

—Ya os he dicho antes que mientras aliente un solo mejicano, ese solo procurará vengar á sus hermanos.

II.

Al ver tan terminante negativa, se retiraron los enviados á poner en conocimiento de Cortés el resultado de la mision que les habia confiado.

Apenas supo la determinacion del cacique, y viendo que no le quedaba otro recurso que adoptar, aprovechó la noche en prepararse para una nueva lucha.

Al dia siguiente tuvo otro encuentro con los mejicanos, y no haria una hora que habia comenzado, cuando al ver estos los desastres que sufrian, hicieron señas pidiendo un armisticio, y enviaron á Guacolando para tratar las bases de la paz.

Su objeto, al dar este paso, era ganar tiempo para que pudieran llegar los refuerzos que esperaban para engrosar sus filas.

III.

Aun se hallaba conferenciando Hernan Cortés con Guacolando, sin haberse decidido todavía á acceder á lo que le suplicaban sus contrarios, cuando llegó un emisario que le enviaba Velazquez de Leon.

Supo que este acababa de entrar en Tezcuco, y deseó, como era natural, saber las nuevas que le traia su enviado.

IV.

Mucho halagaba al caudillo de los españoles la nocia de que en dicha ciudad gozaba de gran prestigio, y en las instrucciones que envió al capitan Velazquez le indicó la conveniencia de fomentar el afecto que le tenian, recomendándole eficazmente que pidiese al hijo de Othalitza, que allí reinaba y que debia su trono á la influencia que en su favor habia ejercido, le mandase refuerzos con que poder hacer frente á los mejicanos.

En la seguridad de que el jóven soberano de Tezcuco se apresuraria á complacerle, concedió la tregua que pedian los mejicanos, ofreciendo estudiar las bases de una paz conveniente para los dos ejércitos beligerantes.

V.

Guacolando se retiró para dar cuenta á Guatimozin de la mision que le habia confiado.

Hernan Cortés despachó al enviado de Velazquez, y dispuso le acompañase fray Bartolomé de Olmedo, á quien dió tambien instrucciones verbales acerca de la conducta que debian observar con los habitantes de Tezcuco.

Al despedirse del religioso:

—Nada tengo que advertiros,—le dijo,—respec-

to á mi propósito al enviaros allí. Sabeis la alta mision que aquí hemos venido á cumplir; habeis sido mi más poderoso auxiliar para propagar la civilizacion en estos países, para destruir el error y hacer comprender á los que en él vivian la pura luz del cristianismo, y espero de vuestro celo, de vuestras virtudes y de vuestra ilustracion, que continuareis con feliz éxito ejerciendo vuestro sagrado ministerio.

VI.

Despidiéronse los expedicionarios, y no tardaron en llegar á reunirse con Velazquez de Leon.

El padre Bartolomé de Olmedo fué acogido benévolamente por los tezcucanos, porque la dulzura de su carácter, lo venerable de su figura y la amabilidad con que trataba á todos, le granjeaban el aprecio de cuantos le conocian.

VII.

Como era natural, despues de visitar al soberano, de comunicar á Velazquez las instrucciones que llevaba de Hernan Cortés, fué á ver Miazochil, la desgraciada esposa del infortunado Motezuma.

La antigua soberana de Méjico no hallaba consuelo á su desgracia, y fray Bartolomé de Olmedo, que no desperdiciaba ninguna ocasion para convertir al

catolicismo á los habitantes de los países que recorria, comenzó á trabajar para hacer que Miazochil ingresase en el gremio de la religion de Jesucristo.

VIII.

—Veo que sufrís,—le dijo,—y un deber imperioso me obliga á manifestaros que vuestros padecimientos pueden cesar bien pronto.

La esposa de Motezuma fijó sus ojos en él, y con melancólica dulzura:

—¡Ah! No lo creais: cuanto más tiempo pasa, más acerbo es el dolor que experimento por la pérdida que he sufrido. En vano trato de hacerme superior á la pena que me devora; en vano busco en el recuerdo de otros dias más felices algun consuelo á la afliccion que llena mi alma; en vano imploro á los dioses; y todo me hace creer que dentro de breves dias abandonaré esta vida, que tan odiosa me es desde que ha dejado de existir mi querido compañero, mi esposo Motezuma.

—Decís que habeis implorado consuelos á vuestros dioses, y que no habeis logrado resultado alguno. Es natural que esto sucediera. ¿Qué puede esperarse de unos dioses que necesitan que perezcan en sus aras infinitas víctimas para aplacar sus iras y dispensar sus beneficios? El Dios que nosotros adoramos, el único verdadero, es un Dios de bondad, de paz, de misericordia, de caridad. Los que á él acuden

siempre le hallan propicio á consolarles, y sólo les pide en cambio fé en su omnipotencia, esperanza en su bondad, confianza en su inagotable caridad.

Creedme, Miazochil; abjurad del error en que vivís, abrazad la religion cristiana; yo os instruiré en sus infinitos misterios, y no lo dudeis, si vuestro arrepentimiento es sincero, si recibís el agua del bautismo, la misericordia infinita del que todo lo ha creado os acogerá en el seno de la Iglesia; vuestros pesares cesarán, y entrareis á disfrutar una nueva vida, vida que no tendrá comparacion, por lo feliz, ni aun con los dias más venturosos que en otro tiempo os sonreian.

IX.

Miazochil escuchaba con atencion las palabras del virtuoso sacerdote; pero sus creencias se rebelaban ante la idea de abrazar otra religion diferente de la que hasta entonces habia profesado.

Fray Bartolomé, para convencerla más y más, añadió:

—Pensad si la omnipotencia del Dios verdadero será inmensa, cuando todo lo que existe es obra de su sola voluntad. El cielo, el sol, la tierra, las aves, los peces, los animales, el mundo, en una palabra, todo lo hizo en siete dias. En cambio vuestros dioses, ¿qué han hecho? Destruir, exterminar, sacrificar á millares de víctimas.

X.

Las palabras del misionero hallaban cada vez más eco en el corazon de la india.

—¿No os dicen nada,—prosiguió el padre Olmedo,—las victorias que hemos conseguido sobre vuestros hermanos en todos los combates que han tenido lugar, á pesar de lo escaso de nuestro número? Pues todas ellas las debemos á la proteccion, á la omnipotencia, á la intervencion divina.

Este último argumento convenció á Miazochil.

—¡Ah! Sí, creo todo lo que me decís, porque me parece desde que os escucho que mi corazon se ensancha, que se abren nuevos horizontes á mi vida.

XI.

El piadoso misionero, ébrio de alegría por la conversion que acababa de hacer, dispuso lo necesario para el bautizo de la india.

Se improvisó un modesto altar, los españoles acudieron á la ceremonia, y tres horas despues aumentaba la india el número de los cristianos, recibiendo el nombre de María de la Gloria.

Tambien recibieron el agua del bautismo sus dos hijos, poniéndoles por nombre Juan y Pedro.

Terminado este acto solemne, Miazochil se retiró á su palacio.

XII.

¡Arcanos de la Providencia!

¡Quién habia de decirle que no llegaria á disfrutar los inefables consuelos del cristianismo!

Veamos lo que pasó.

Capítulo LXII.

Muerte de Miazochil.

I.

Al saber Guacalcinla, la esposa de Guatimozin, la hija de Motezuma y de Miazochil, que habia abrazado esta la religion de los españoles, acudió á visitarla.

—He sabido, madre mia,—le dijo,—que tenemos que lamentar una nueva desgracia: el que hayais sido víctima, como mi desgraciado padre y vuestro esposo, de la fascinacion de los extranjeros.

—No he sido víctima de la fascinacion de los extranjeros; es que me han hecho conocer, aunque tarde, el error en que he vivido; es que han iluminado mi razon, haciéndome comprender la diferencia que hay entre un Dios todo amor, todo caridad, todo misericordia, y las innobles pasiones que rodeaban á los dioses que hasta ahora he adorado.

—¡Ah! Callad, callad por piedad, madre mia,—dijo Guacalcinla,—y no irriteis la ira de nuestros dioses en estos momentos en que Guatimozin, mi esposo, al frente de nuestros hermanos, combate por la independencia, por la gloria, por la religion de nuestra patria.

—Yo no puedo obligarte, hija mia,—añadió la emperatriz viuda,—á que sigas mi ejemplo; pero debo advertirte que mi resolucion es irrevocable, y que por nada del mundo abandonaré la religion que acabo de profesar.

II.

Viendo Guacalcinla que seria inútil cuanto hiciera para disuadir á su madre, y deseando poner término á aquella entrevista que le mortificaba:

—Me retiro, madre mia,—añadió,—tranquila, porque hé cumplido con mi deber al haceros conocer el funesto paso que habeis dado; angustiada, porque preveo males sin fin para nuestra patria; y vos, sólo vos sereis la causa de ellos, porque con vuestra conducta excitareis la indignacion de los dioses y su venganza será terrible.

Miazochil quedó entregada á sus pensamientos, y durante todo el dia recordó las palabras que con acento solemne habia pronunciado su hija.

La noche la pasó en completo insomnio, y ya al amanecer, rendida por el cansancio, cedió al sueño.

III.

El espíritu trabajado de la mujer de Motezuma habia de resentirse forzosamente de tantas y tan encontradas emociones como habia experimentado en aquel dia.

Así es que apenas quedó dormida, la asaltó una horrible pesadilla.

Veia una inmensa hoguera, de la que salian innumerables mejicanos pronunciando imprecaciones contra ella.

En otro grupo, en el que hervia la sangre de mil víctimas, un fúnebre cortejo de hombres mutilados, de madres que llevaban en sus brazos á sus espirantes hijos, se oia una voz plañidera, terrible, angustiosa, que la decia:

—«Miazochil, hé aquí los males causados por tu flaqueza. Aleja de tu corazon esas ideas que te han infiltrado los extranjeros, si no quieres que el luto, el espanto, la desolacion se apodere del imperio de Méjico.»

IV.

La infortunada india contemplaba anonada este terrible espectáculo, y un momento despues unos gritos que resonaron en su alma helaron la sangre en sus venas.

—«¡Maldita, maldita seas; tú, que eres la causa de las desventuras que pesan sobre tu patria,—decian los dioses irritados;—que los manes de las víctimas te exijan el castigo que merecen tus culpas!»

La india queria apartar con sus manos á aquella vision, y en uno de sus convulsivos movimientos despertó sobresaltada.

Habia sufrido tanto durante el ensueño, que una fiebre mortal se habia apoderado de ella.

Haciendo un supremo esfuerzo, pidió auxilio, y mandó avisar al padre Olmedo, porque conocia que su vida se extinguia, y queria morir en el seno de la Iglesia católica.

V.

Avisaron á fray Bartolomé, y aunque acudió inmediatamente á prestarle los auxilios que reclamaba su desesperada situacion, llegó tarde.

Miazochil habia dejado de existir.

—¡Que Dios acoja en su seno á esa desgraciada!—exclamó el venerable anciano.—Grandes han sido sus pecados, ha vivido en las tinieblas; pero al fin ha abierto los ojos á la luz del Evangelio, y como la misericordia de Dios es infinita, á estas horas su alma estará gozando de la vida eterna.

VI.

Hízosele un sencillo funeral, y despues de pronun-

ciar el sacerdote con solemne acento, con verdadera uncion, el *aporta inferi. Erue, Domine, animan ejus*; despues de las formalidades que prescribe la liturgia en semejantes casos, bendijo el sitio en donde habian de ser enterrados los restos de la desgraciada india.

Terminadas estas piadosas prácticas, volvió á la estancia donde se hallaban los tiernos huérfanos, que, como recordarán nuestros lectores, habian tambien recibido el bautismo, tomando por nombre el uno el de Juan y el otro el de Pedro, y despues de prestarles los consuelos oportunos, les ofreció su proteccion y les tomó bajo su amparo.

VII.

Viendo que los tezcucanos no podian enviar tan pronto el refuerzo que pedia Hernan Cortés, y conociendo que aún tardarian algunos dias en terminar de reclutar las fuerzas necesarias, indicó á Velazquez la conveniencia de trasladarse al cuartel general.

El padre Olmedo, con los hijos de Miazochil, acompañado de Velazquez de Leon, y con las tropas que mandaba, abandonaron á Tezcuco y se pusieron en camino con direccion al cuartel de los españoles.

Cuando llegaron á la presencia del caudillo le encontraron en una de las situaciones más desesperadas de cuantas habia atravesado.

VIII.

Hemos dicho en uno de los anteriores capítulos, que despues de la batalla que tuvo lugar en la que incendiaron los españoles las casas y los templos de los mejicanos, estos les pidieron un armisticio.

Su objeto no era otro que el de esperar nuevos refuerzos para dar una nueva batalla á los españoles.

Cuando habian ya llegado los que esperaban, antes de romper las hostilidades celebraron un consejo los caciques y los altos dignatarios del imperio, y en él acordaron que para evitar el gran daño que causaban en sus filas las armas de los españoles, seria lo más conveniente sitiarles por hambre.

Al tomar esta determinacion, no esperaban que los españoles se rindiesen.

Conocian su inquebrantable valor, y sólo se prometian que las privaciones debilitarian su espíritu, siéndoles, por lo tanto, más fácil vencerlos en la lucha.

A este fin distribuyeron sus tropas por todas las avenidas del cuartel, destruyeron los puentes que daban paso al camino de Veracruz, y esperaron confiados á que el tiempo completase su obra.

IX.

Los centinelas comunicaron á Hernan Cortés que

los enemigos tenian sitiado el cuartel á mayor distancia de la que acostumbraban; que con el mayor sigilo levantaban trincheras para defender el paso de las acequias, y que estaban destruyendo los puentes y embarazando el camino de Tlascala.

Recibió el caudillo con alguna turbacion esta noticia; pero acostumbrado á vencer los mayores obstáculos, dictó las disposiciones más urgentes que reclamaba la crítica situacion en que se hallaban.

Capitulo LXIII.

En el que Hernan Cortés se propone salir de la ciudad de Méjico.

I.

La primera determinacion que tomó el valeroso caudillo fué mandar construir un puente de madera, suficientemente sólido para resistir el peso de la artillería, y al mismo tiempo dispuesto de tal manera, que se pudiera conducir y trasportar fácilmente adonde fuera necesario.

Convocó en seguida á sus capitanes para deliberar con ellos, y antes que acudieran estos se presentó ante su vista el soldado Botello, conocido entre sus compañeros por el Astrólogo.

II.

—¿Qué te trae aquí á estas horas?—le preguntó Cortés.

Botello, sin turbarse, le contestó:

—Señor, esta noche he tenido un horrible ensueño. Me parecia veros paseando con triste incertidumbre, como aquel que no sabe qué partido tomar ante la gravedad de los sucesos, y al despertarme, lo primero que hice fué consultar á los astros para ver la suerte que os estaba reservada.

Aparentó burlarse el general; pero participando de la superstición de la época en que vivia:

—¿Y qué has leido en los astros?—le preguntó.

El soldado, antes de contestarle, volvió á fijar los ojos en el cielo y permaneció durante algunos instantes mirando las estrellas que brillaban en el firmamento.

Despues, sacando de entre el peto un libro mugriento forrado en pergamino y atado con una cinta, murmuró palabras ininteligibles, pero que excitaron la risa de Cortés, el cual, con el buen humor que no le abandonaba ni aun en los trances más críticos:

III.

—¿Y qué deduces de las investigaciones que estás haciendo?—le preguntó.

—Leo en el porvenir, que las aves carnívoras tendrán abundante alimento con nuestros cadáveres, si antes de que comience el nuevo dia no hemos abandonado esta ciudad. Leo tambien que esta es una de las situaciones más difíciles que habeis atravesado, y

que si lograis arrostrarla llegareis á adquirir gloria y provecho; pero que, si por el contrario, no venceis los obstáculos que se oponen en vuestro camino, la muerte batirá sus fatídicas alas sobre vos y sobre todos los que os acompañamos.

Y así diciendo, exhalando gemidos profundos, se alejó, dejando conmovido, á pesar suyo, á Hernan Cortés por lo que acababa de hacer.

IV.

La llegada de sus capitanes le sacó de su abstraccion, y acto contínuo comenzó el consejo.

Conformes todos en que en vista de lo que sucedia era preciso alejarse de la ciudad imperial, suscitóse un nuevo debate.

Querian unos que la retirada se efectuase de noche.

Otros se obstinaban en que fuese de dia, y todos presentaban razones en que apoyar sus respectivos pareceres.

Alegaban los primeros que la oscuridad de la noche protegeria su retirada, y que, por lo tanto, amparados por ella les seria más fácil evadirse de la persecucion de sus enemigos; y apoyaban tambien su opinion en la costumbre que tenian los mejicanos de no pelear despues de puesto el sol.

Los otros, por el contrario, decian que no era prudente intentar de noche una marcha con bagajes

y artillería por camino incierto, mucho ménos estando tan nublado el cielo, que no se podian ver los obstáculos que pudieran hallar en su camino.

Decian tambien, que cuando supieran las provincias confederadas que huian cobardemente, perderian el prestigio que habian adquirido; y que, por lo tanto, lo que debia hacerse era salir peleando á cuerpo descubierto.

Hernan Cortés dirimió la cuestion, aceptando lo que proponian los primeros, y no faltan historiadores que supongan que su conversacion con Botello fué la que le inclinó á señalar aquella noche para la partida.

V.

Terminado el consejo, se ocupó exclusivamente en activar los preparativos de aquella peligrosa expedicion.

Antes de que se retiraran los capitanes, mandó llamar á Cristóbal de Guzman, su tesorero general, y le ordenó se trasladasen á la habitacion en donde estaba el oro, plata y alhajas que le habia entregado para su custodia y conservacion.

Cristóbal de Guzman no tardó en obedecerle.

Apartó en seguida el quinto que correspondia al rey, escogiendo los objetos más preciosos y de ménos volúmen, y lo entregó á los oficiales que llevaban la cuenta y razon del ejército, proporcionándoles para su conduccion una de sus yeguas.

El resíduo que quedó, deducida la parte que correspondia á la Corona, le hacen ascender los historiadores más fidedignos á setecientos mil pesos.

A pesar de lo respetable que era esta cantidad, manifestó su propósito de abandonarla, y llamando á sus soldados, les habló con aquella sinceridad que siempre presidia á sus palabras.

VI.

La historia ha conservado las que pronunció en aquella ocasion solemne:

—«Os he llamado,—dijo,—para que conozcais la resolucion que he adoptado.

»Las conquistas realizadas hasta el dia han dado por resultado reunir estas joyas y objetos preciosos que veis, además de las que se han apartado por corresponder á nuestro rey y señor.

»Vamos á partir en breve, y aunque esas joyas representan una inmensa riqueza, no es esta la ocasion de retirarla, ni tolerable detenernos á ocupar indignamente las manos, que deben quedar libres para la defensa de la vida y de la reputacion.»

VII.

Pero el ver retratado en el semblante de los soldados el disgusto que les producia abandonar aquel tesoro:

—«No debe considerarse esta retirada,—añadió,—como desamparo del caudal adquirido, ni del intento principal, sino como una disposicion necesaria para volver á la empresa con mayor esfuerzo.»

Quedáronse más tranquilos los que le escuchaban, y revelaron gran satisfaccion al oir de los labios del caudillo que podian aprovecharse de lo que pudieran.

Muchos, sin embargo, prefirieron estar desembarazados para la marcha; pero algunos, y especialmente los que procedian de las filas de Pánfilo de Narvaez, se dieron al pillaje con la mayor avaricia.

VIII.

Hernan Cortés distribuyó las órdenes entre sus capitanes, previendo con singular inteligencia los accidentes que podia ofrecer la marcha.

Formó la vanguardia, que la componian doscientos soldados españoles, con los tlascaltecas que mayor confianza le inspiraban y hasta veinte caballos, á cargo de los capitanes Gonzalo de Sandoval, Francisco de Acevedo, Diego de Orgaz, Francisco de Lugo y Andrés de Tapia.

Encargó la retaguardia, con mayor número de gente y caballos, á Pedro de Alvarado, Juan Velazquez de Leon y otros jefes de los que vinieron con Narvaez.

En el centro de su ejército ordenó que fuesen los prisioneros, artillería y bagajes.

Su escolta la formaban cien soldados escogidos y los capitanes Alonso Dávila, Cristóbal de Olid y Bernardino Vazquez de Tapia.

Arengó en seguida á sus soldados, haciéndoles ver la posibilidad de que, á pesar de su costumbre de no pelear de noche, les combatiesen los mejicanos, y les animó con el recuerdo de los cien combates en que habian salido victoriosos para animar su espíritu.

IX.

Todos parecian gozosos de abandonar aquella ciudad, donde tan crecidos y multiplicados peligros habian arrostrado.

Hernan Cortés y Velazquez de Leon estaban, sin embargo, tristes y pensativos.

El primero retrocedia con pena en un camino emprendido con tanta fé y decision.

El segundo pensaba en Temixpa, y no podia acostumbrarse á la idea de no volver á verla.

—Si pudiera al ménos darla un último y tiernísimo adios,—se decía.—¡Si pudiera verter en su seno las lágrimas que anegan mi corazon! ¡Si aun la oyese una vez, una sola vez, con su gracioso, con su apasionado acento: «Yo te amo y te amaré siempre,» al ménos tendria un consuelo inefable al oir sus protestas de amor.

X.

Nunca su imaginacion le habia presentado tan seductora á la jóven india.

Creia ver á sus piés á la tierna princesa, rogándole con lágrimas que no la abandonase.

Contemplaba sus hermosos ojos, fijos en él con amorosa pasion.

Otras veces, avergonzado de su flaqueza, procuraba aparentar serenidad.

Daba órdenes, las pedia, se ocupaba de la marcha; pero nada de esto lograba calmar su agitacion.

El recuerdo de Temixpa llenaba todo su sér, y en cambio Litzajaya no ocupaba un momento su pensamiento.

XI.

Seria poco más de media noche cuando el ejército se puso en marcha.

Asistamos á aquella terrible hecatombe, conocida en la historia con el nombre de noche triste.

Capítulo LXIV.

La noche triste.

I.

El cielo aparecia sombrío y amenazador, como si anunciase las desgarradoras escenas que iban á tener lugar.

Los truenos y los relámpagos se sucedian sin interrupcion, y una lluvia sofocante caia á torrentes sobre los expedicionarios.

A pesar de lo pavoroso de la noche, muchos de los soldados, dominados por las diferentes pasiones que les agitaban, conversaban, sin preocuparse al parecer por el porvenir que les aguardaba.

El astrólogo Botello cantaba alegremente un romance morisco, y cada estrofa hallaba eco en el corazon de Velazquez de Leon, que se entristecia más y más pensando en Temixpa.

Los ambiciosos soldados que habian atesorado lo que habian podido al concederles permiso para ello Hernan Cortés, formaban mil cálculos de lo que podria valer su presa, y formaban mil proyectos para cuando llegasen á la madre pátria.

Uno de los que habian servido á las órdenes de Narvaez, y que se distinguia por la rudeza de su semblante, por lo intransigente que en todas ocasiones se mostraba con sus compañeros, se lamentaba de la estrechez de las mochilas, y la verdad es que apenas podia soportar el peso que llevaba.

II.

Los que conducian el puente que habia mandado construir Hernan Cortés, le colocaron sin la menor dificultad en el primer canal que hallaron, y el ejército comenzó á pasar sosegadamente.

Los españoles que habian atravesado el canal oian golpes de remo, que cada vez se hacian más perceptibles.

Desde luego comprendieron que se acercaban algunas piraguas.

Cien y cien alaridos penetrantes anunciaron á los españoles el peligro en que se encontraban, y un relámpago que rasgó en aquel momento las oscuras nubes que pesaban sobre la atmósfera, alumbró el espectáculo de un sinnúmero de canoas cuajadas de guerreros.

III.

Arrojáronse multitud de mejicanos para quitar el puente.

Otros cargaron sobre la vanguardia con un ímpetu asombroso.

Por todas partes llovian flechas y piedras.

Aquella lucha era espantosa.

Los españoles, ante aquel ataque tan rudo, tan imprevisto, tan terrible, apenas acertaban á defenderse.

El puente cedió á los multiplicados esfuerzos de los mejicanos.

Los que estaban en él cayeron al canal, y los sofocados gritos de los que se ahogaban, las imprecaciones de los que morian á los golpes de los chuzos de los mejicanos, formaban un contraste aterrador con los alaridos feroces de sus verdugos.

IV.

Repuestos algun tanto los españoles de la primera confusion, pelearon con su acostumbrado valor.

La carnicería se aumentó con la resistencia.

El desórden era espantoso.

Amigos y enemigos, caballos é infantes, jefes y soldados, todos se confundian en el valor del combate, en la embriaguez de la lucha, y se herian á diestro y siniestro.

Uno de los capitanes españoles oye lastimeros ayes que exhala una de las indias que llevaban presas.

En medio de la confusion, se abre paso hácia el sitio de donde parten los ayes, y repartiendo fuertes mandobles á amigos y enemigos, llegá al lado de la infeliz mejicana.

V.

—¡Atrás, miserables!—dice á los soldados españoles que la rodeaban.—Guardad vuestro valor para pelear contra los hombres; pero no cometais la villanía de emplearlo en una mujer indefensa.

—Si supiérais lo que ha hecho esa india, no hablaríais de ese modo.

—Repito que indigna vuestra conducta. Ponedla en libertad; que vaya á unirse con sus compañeros: no mancheis vuestra gloria con un asesinato.

Los soldados obedecieron, sin atreverse á contestar; pero la verdad era que la india habia precipitado á algunos de sus compañeros en el canal.

VI.

En medio de un grupo de indios cubiertos de sangre, se veia un guerrero español que se defendia desesperadamente con la única arma que le quedaba, con un trozo de lanza rota.

Este valeroso adalid era uno de los que formaban la escolta de Hernan Cortés.

Llamábase Domingo Rondero, y nadie hubiera presumido, al ver sus facciones delicadas y la dulzura de su carácter, que abrigase un corazon tan valiente.

Descargaba terribles golpes á todos lados, y mantenia á sus contrarios á respetuosa distancia.

Habia perdido el yelmo en la refriega, y de su descubierta cabeza corria abundante sangre, bañando su frente y sus mejillas.

VII.

Los españoles hicieron gran destrozo en aquella gente desnuda y desordenada.

Muchos de los mejicanos que tripulaban las canoas, con el valor de la desesperacion, treparon sobre la calzada que ocupaba el grueso de los españoles.

Su número era tan inmenso, que apenas podian moverse en el espacio donde se hallaban.

Los españoles los arrojaron al canal, y el número de víctimas fué tan grande, que aseguran historiadores de aquella época que bastaron para cegarle.

VIII.

Al destrozar el puente los mejicanos, dejaron sin romper una inmensa viga.

Colocáronla convenientemente los españoles, y por ella pasó casi toda la vanguardia.

Por la parte del canal cegada con los cadáveres que arrojaron á él, pasó Hernan Cortés con la mitad de sus ginetes, y ordenando á Juan de Jaramillo que los formase en batalla, volvió á la calzada con los capitanes Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Alonso Dávila, Francisco de Morla y Gonzalo Dominguez.

Entró de nuevo en el combate, animando á los que peleaban tanto con su presencia como con su ejemplo.

Distribuyó sus tropas, reforzando principalmente las avenidas de la calzada, y en la imposibilidad de trasportarla, mandó echar al agua la artillería.

IX.

En aquel encuentro perecieron principalmente los que más cargados iban de riquezas.

El peso que llevaban les impedia defenderse; no podian ejecutar las evoluciones con prontitud, y caian en poder de los mejicanos.

Pedro de Alvarado llegó milagrosamente á unirse con Cortés en lo más encarnizado de la lucha.

Habia perdido el caballo, se hallaba perseguido por innumerables indios, y cuando ya iban á darle alcance, cuando prorumpian en grandes alaridos de alegría, porque veian que se acercaba á un canal que le obligaria á detenerse y caer en sus manos, el valeroso Alvarado, apoyando uno de los extremos de la

lanza en el suelo, teniéndola cogida del otro, dió ese salto que se llama de la garrocha en medio de la alucinacion de los indios.

X.

La lucha continuaba siendo cada vez más terrible.

Diego de Velazquez, que tantas pruebas de valor habia dado aquel dia, cayó herido mortalmente.

Litzajaya que le espiaba, aprovechando la claridad de un relámpago, acababa de clavar un puñal en su pecho.

Casi al mismo tiempo Catalina, la esposa de Hernan Cortés, salvaba la vida del caudillo de los españoles, cayendo herida en tierra, atravesada por una flecha.

XI.

Los mejicanos, impulsados por su fanatismo, cargaban con los cadáveres de los españoles y corrian con ellos á los templos para ofrecérselos á los dioses. Uno de los que cogieron fué el de Juan, el hijo del desventurado Motezuma, y al ver que habian dado muerte al hijo del emperador, se creyeron malditos de los dioses.

La noticia de esta catástrofe cundió con rapidez entre ellos, y desde aquel momento la lucha fué ménos terrible, dando lugar á los españoles á que prosiguieran su marcha.



HERNAN CORTÉS.—Y lanzándose sobre él como una hiena, clavó un puñal en su pecho.

XII.

¿Cómo habian llegado á Méjico Catalina y Litzajaya?

Vamos á satisfacer la curiosidad de nuestros lectores; pero antes asistamos á la conversacion que tuvo Cortés con su esposa momentos despues de salvarle la vida.

Capítulo LXV.

Donde se dan explicaciones y asiste el lector á una escena patética.

I.

Hernan Cortés acudió á su vez en auxilio del soldado que tan generosamente habia expuesto su vida por salvar la suya, y mandó que inmediatamente fuera trasladado en una camilla.

Terminada la pelea, quiso saber cómo se hallaba de su herida, y al aproximarse creyó ver en su fisonomía algo que le recordaba deberes que habia olvidado.

II.

—No huyas, Cortés,—le dijo con dolorido y solemne acento,—no huyas; no quieras añadir á lo infame de tu proceder la bajeza de la cobardía.

—¡Catalina!—exclamó el caudillo fuertemente conmovido, sin poder explicarse lo que veia, y sin darse cuenta de cómo aquella infeliz mujer habia llegado hasta allí.

Su esposa clavó en él una penetrante mirada, que apagó la voz en sus lábios.

Durante algunos segundos reinó un silencio sepulcral.

Catalina fué la primera que le rompió.

III.

—He venido á buscarte,—le dijo,—para apurar el cáliz del dolor.

Abandonada por tí, sufriendo miserias, privaciones en casa de tus padres, tuve que abandonarla, porque un criado insolente, viéndome en la desgracia, se atrevió á insultarme.

Tus padres, que veian en mí una carga insoportable, que comprendian que yo no habia de consentir que quedara impune el atrevimiento del criado, para más exasperarme salieron á su defensa, y entonces yo tomé la determinacion que sin duda deseaban.

Una noche, con mi hijo en mis brazos, triste, desolada, casi desfallecida por el hambre, abandoné su morada y comencé á caminar á la ventura.

Una horrible tempestad nos sorprendió en el camino.

El aguacero era cada vez más terrible, y los true-

Capitulo LXV.

Donde se dan explicaciones y asiste el lector á una escena patética.

I.

Hernan Cortés acudió á su vez en auxilio del soldado que tan generosamente habia expuesto su vida por salvar la suya, y mandó que inmediatamente fuera trasladado en una camilla.

Terminada la pelea, quiso saber cómo se hallaba de su herida, y al aproximarse creyó ver en su fisonomía algo que le recordaba deberes que habia olvidado.

II.

—No huyas, Cortés,—le dijo con dolorido y solemne acento,—no huyas; no quieras añadir á lo in-ıme de tu proceder la bajeza de la cobardía.

—¡Catalina!—exclamó el caudillo fuertemente conmovido, sin poder explicarse lo que veia, y sin darse cuenta de cómo aquella infeliz mujer habia llegado hasta allí.

Su esposa clavó en él una penetrante mirada, que apagó la voz en sus lábios.

Durante algunos segundos reinó un silencio sepulcral.

Catalina fué la primera que le rompió.

III.

—He venido á buscarte,—le dijo,—para apurar el cáliz del dolor.

Abandonada por tí, sufriendo miserias, privaciones en casa de tus padres, tuve que abandonarla, porque un criado insolente, viéndome en la desgracia, se atrevió á insultarme.

Tus padres, que veian en mí una carga insoportable, que comprendian que yo no habia de consentir que quedara impune el atrevimiento del criado, para más exasperarme salieron á su defensa, y entonces yo tomé la determinacion que sin duda deseaban.

Una noche, con mi hijo en mis brazos, triste, desolada, casi desfallecida por el hambre, abandoné su morada y comencé á caminar á la ventura.

Una horrible tempestad nos sorprendió en el camino.

El aguacero era cada vez más terrible, y los true-

nos y los relámpagos atemorizaban al endeble niño.

Sola, sin recursos, sin valor pára retroceder ni para avanzar, me cobijé en el quicio de una puerta, y allí nos sorprendió el nuevo dia.

Nuestro hijo, falto de abrigo y falto de alimento, comenzaba á ser presa de una terrible fiebre.

Yo le veia morir en mis brazos, y mi desesperacion era horrible.

Con el valor que infunde el cariño maternal, llamé en la casa en cuya puerta me habia guarecido, y por fin hallé socorro.

¡Ah! Nunca pagaré lo bastante á aquellas pobres gentes el inmenso favor que me prestaron.

IV.

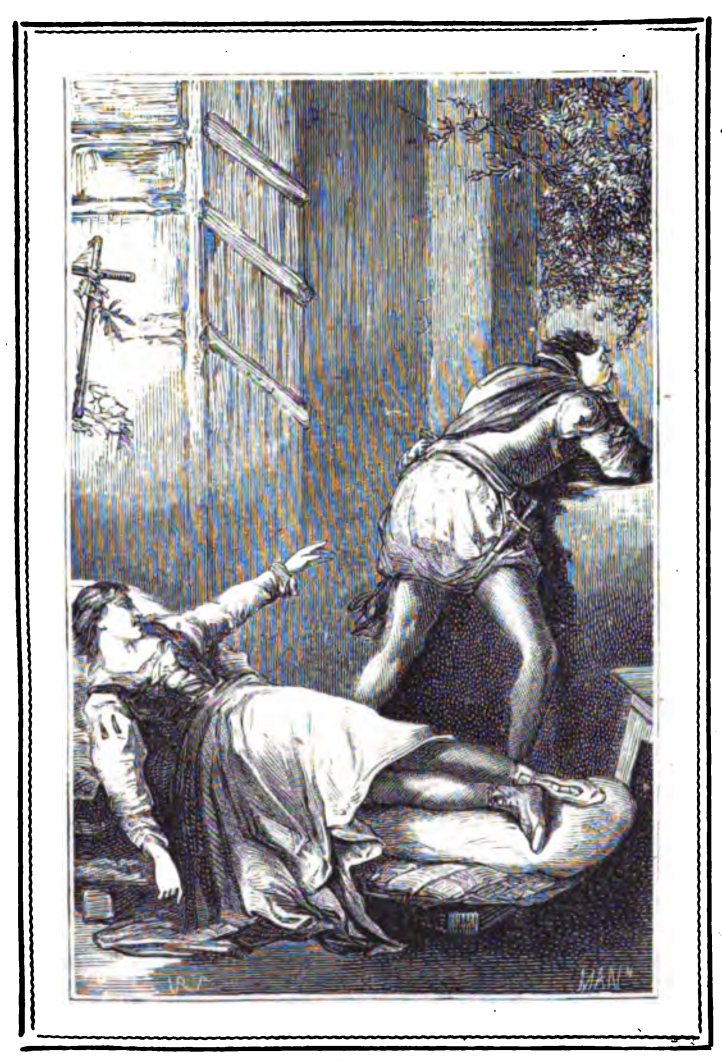
—Segun eso,—dijo Cortés con impaciente cariño,—¿nuestro hijo vive?

—¡Nuestro hijo ha muerto!

—¡Ah! ¡Maldicion!

—Sí, Hernan, ¡maldicion sobre tí, que en pos de la gloria, de la satisfaccion de tus sueños ambiciosos, te has olvidado de los deberes contraidos! ¡Maldicion para tí, porque tú has sido el que ha asesinado al hijo de mis entrañas!

—¡Oh!—exclamó con horror Hernan Cortés, comprendiendo toda la enormidad de su conducta.



HERNAN CORTES.—¡Maldicion para ti, porque tú has sido el que ha asesinado al hijo de mis entrañas.

V.

Su esposa prosiguió:

—La casa donde se interesaron por nosotros, donde hallamos un pedazo de pan y un sitio al lado del hogar, era una posada.

Un jóven sacerdòte supo nuestra triste situacion, y ordenó al posadero que nos facilitase cuanto necesitásemos, comprometiéndose él á abonar el gasto que hiciéramos.

El fué quien facilitó lo necesario para la sepultura de nuestro desgraciado hijo, y posteriormente quien me ofreció recursos para continuar mi viaje. Vé las humillaciones que he sufrido, considera los peligros á que me ha expuesto tu olvido, tu desamor, tu despiadada conducta.

VI.

Una idea cruzó por la imaginacion de Hernan Cortés.

—¿Y tal vez ese sacerdote,—preguntó á su esposa,—te aconsejaria que vinieses á buscarme y te proporcionaria los medios de alistarte como soldado?

—Sí; me dijo que conocia á una persona que disfrutaba de gran influencia, y que si lograba interesarla en mi favor, podria hacer que cesasen mis sufrimientos.

Entonces me indicó la conveniencia de que emprendiese el viaje, y me ofreció recursos, que yo me negaba á aceptar, porque recordaba era la esposa de un caballero, de un hombre que tal vez seria ya dueño de cuantiosas riquezas,—añadió Catalina con amargura.

Por fin, á fuerza de muchos ruegos, y cediendo á la presion de las circunstancias, acepté unas cuantas doblas en calidad de reintegro, y con el corazon traspasado de dolor, pero ambicionando vengarme, emprendí mi viaje á Sevilla, y pocos dias despues obtuve el permiso para incorporarme en calidad de soldado á la expedicion que debia salir para las Indias.

VII.

—Me lo habia figurado,—dijo con acento de indignacion Hernan Cortés.—Has sido juguete de uno de mis mayores enemigos, del arzobispo de Búrgos, del protector de Pánfilo de Narvaez.

—¿Qué dices?

—El arzobispo de Búrgos, abusando del alto ministerio que le está confiado, de la poderosa influencia que tiene cerca del monarca, ha opuesto cuantos obstáculos le ha sugerido su imaginacion para dificultar mi venida á estos lejanos paises, porque temia eclipsase la gloria de sus protegidos. Nada tiene de extraño que os haya espiado, que haya creido sacar partido de vuestro dolor, presentándome á los ojos

de la córte como un libertino; y de ahí la conducta que ha seguido para presentarme á tus ojos como indigno de tu cariño, y quién sabe si hasta habrá apelado á la calumnia, haciéndote creer que yo te habia obvidado por otra mujer..

VIII.

Hernan Cortés trataba de tranquilizar á Catalina, no sólo por cariño, por deber, sino hasta por compasion.

Veia lo que sufria, sabia que los indios envenenaban las flechas, y aunque la herida que recibió su esposa no era de gran intensidad, un presentimiento le hacia creer que iba á separarse para siempre de ella.

La desgraciada esposa iba presentando cada vez ménos probabilidades de vida.

Sus padecimientos morales agravaban su dolencia, y la conversacion que sostenia con su esposo hacia más y más peligrosa su vida.

IX.

—¿Con que es decir,—exclamó,—que negarás que te has olvidado de mí, que sostienes relaciones criminales con otra mujer, con una despreciable india?

—Catalina, tú eres buena, tú eres generosa, tú me perdonarás, y debo decirte la verdad. Mi ambicion, el deseo de gloria, me hicieron separarme de

tí, y una vez dado el primer paso en el olvido de mis deberes, debia recorrer toda la senda á que la fatalidad me arrastraba. Lejos de tí, la casualidad puso en mi camino á una mujer que en más de una ocasion me ha salvado la vida.

Conocia nuestro idioma, y comprendiendo yo que podia ser su concurso muy útil para servirnos de intérprete, la llevé á mi lado. Sus candentes miradas, el interés que manifestaba hácia mí, la eficacia con que me complacia aun en las comisiones más delicadas, me hicieron prescindir por un momento de la fé que te habia jurado; pero no me olvidé de tí, porque te amo más que á mi vida, porque no he amado á esa mujer, porque sólo he sentido hácia ella un loco arrebato, que sólo ha servido para hacerme ver la distancia que existia entre una pasion abominable y el cariño de una esposa.

—¿No me engañas, bien mio?—dijo la desgraciada esposa, concentrando en su mirada todo el amor que sentia hácia su esposo.

—No, Catalina; te juro por la gloria de nuestro hijo que te amo con delirio, que te amaré siempre, que jamás mujer alguna poseerá este corazon que es sólo tuyo.

X.

Catalina tendió la mano á su esposo, y al estrecharla en su corazon la cubrió de besos y de lágrimas.

La emocion que le produjo la escena que acababa

de tener lugar, agravó su mal en términos que inspiró sérios temores á su esposo.

Llevándose la mano á la frente, oprimiendo sus sienes, agitándose convulsivamente, revelaba los padecimientos de que era víctima, y Hernan Cortés salió precipitadamente en busca de un sacerdote.

El padre fray Bartolomé de Olmedo acudió con la evangélica caridad que le distinguia á prestar los auxilios espirituales á la moribunda.

XI.

Un momento despues de su llegada espiró la infeliz, dejando á Hernan Cortés entregado á un inmenso dolor y anonadado por el remordimiento.

Al contemplar el cadáver de su esposa, al recordar la pérdida de su hijo, un completo paroxismo se apoderó de su sér.

El padre Olmedo se apresuró á disponer el entierro de la desgraciada Catalina.

XII.

Cuando Cortés volvió en sí, halló á su lado á Marina, que con voz suplicante y entrecortada por los sollozos y las lágrimas:

—Cortés,—le dijo,—lo he oido todo. ¿Cumplirás el juramento que has hecho á tu esposa, abandonarás á esta desgraciada madre?

Hernan Cortés vaciló un instante.

La lucha que sostuvo en su mente fué terrible.

—No,—dijo al fin;—será execrable mi conducta; pero ya no es posible retroceder.

Y fuera de sí, frenético, calenturiento, abandonó la estancia, consagrándose desde aquel momento á prestar la atencion que de él reclamaban los múltiples deberes que tenia á su cargo.

Dejémosle por un momento, y veamos cómo habian llegado don Lope Barbadillo, Catalina y Litzajaya á reunirse con sus compatriotas.

Capitulo LXVI.

Los fugitivos.

I.

Dejamos á los prisioneros de Nazatcotlan don Lope Barbadillo, Francisco de Garay, Catalina y Litzajaya á bordo del navío en que fué la india objeto de tantas demostraciones de agradecimiento, por haber salvadò á los tres españoles de su cautiverio.

Emprendieron su expedicion costeando hácia el Sur, y cuando llegaron á Zempoala desembarcaron Barbadillo, Catalina y Litzajaya.

Esta se presentó al capitan de las fuerzas que allí habia.

II.

—Espero me dispensareis vuestra proteccion,—dijo,—para llegar al término de mi viaje. Necesito dar

cuenta á Herran Cortés de una mision secreta que me ha confiado, y espero que dictareis las órdenes oportunas para que cuanto antes me conduzcan á Méjico, y al soldado que me acompaña. Un capitan español, que tambien viene á bordo, ignora la mision que tengo que cumplir; podria contrariar los planes del caudillo de los extranjeros que la conociera, y por lo tanto, para evitar sospechas y que yo pueda realizar mis designios, creo que lo más oportuno es que finjais que me prendeis y que me enviais á presencia de Hernan Cortés.

III.

Baltasar Gamboa, que era el capitan con quien hablaba la india, obtuvo de él que la secundase en sus planes, y acto contínuo envió á decir á Barbadillo que no podia consentir en darle entrada en Zempoala, á no ser que trajese una órden de Hernan Cortés; y le mandada que se presentase ante él, porque deseaba conocer los propósitos que abrigaba.

Don Lope Barbadillo adivinó en aquel mandato algun misterio, y deseando descifrarle, acudió al llamamiento del capitan Gamboa.

Una vez en su presencia, simpatizó desde luego con él, hablaron largamente de la situacion ventajosa en que se hallaba la conquista, y don Baltasar admiraba cada vez más las dotes personales que adornaban á don Lope y los profundos conocimientos que tenia el país y del carácter de los indios.

IV.

Cuando ya iba á darse á la vela el navío que debia conducir á Litzajaya y Catalina á Méjico, la esposa de Cortés, que no queria ser ingrata á los beneficios que le habia dispensado don Lope desde el momento que la conoció, le confió el pretexto de que se habian salido para inclinar en su favor al jefe de las fuerzas de Zempoala.

Barbadillo manifestó su deseo de acompañarlas, y el capitan, que como hemos dicho antes, simpatizaba con el bueno de don Lope, accedió á sus deseos.

Los expedicionarios se despidieron de Garay.

La entrevista fué en extremo conmovedora.

V.

—¡Qué Dios os dé buena suerte, Catalina!—dijo Francisco de Garay.—Vos al ménos os aproximais al término de vuestros deseos, y quién sabe si vuestros sufrimientos, si el interés que manifestais hácia vuestro esposo al dar este paso, os abrirá de nuevo sus brazos, os devolverá la felicidad que tan digna sois de disfrutar.

—¡Ah! Dios oiga vuestras súplicas; pero temo que vuestros nobles deseos no se realicen. Ansío que llegue el momento de presentarme ante mi esposo, y al mismo tiempo temo, porque aunque la duda me ma-

ta, aun conserva alguna esperanza mi corazon. Por otra parte, aunque me creo con fuerzas bastantes para realizar mi venganza, tal vez la presencia de esa mujer que me roba el cariño que me pertenece anonade mis fuerzas, y muera sin conseguir el objeto que me ha impulsado á emprender un viaje que tantas lágrimas, tanta desesperacion me ha causado.

VI.

—Vos tambien, amigo don Lope,—continuó Garay,—vais á volver en breve al lado de Hernan Cortés y á disfrutar á su lado de la consideracion que merecen vuestro talento y los nobles sentimientos que alberga vuestra alma. Yo en cambio no sé la suerte que me está reservada, y en la situacion en que me encuentro no sé el partido que me será más conveniente adoptar.

—Yo creo, mi buen amigo, que lo mejor que podeis hacer es seguir costeando, y no presentaros á Hernan Cortés hasta tener una seguridad de que os dé una parte en los beneficios que le proporcionen sus conquistas, en cambio de los refuerzos que le llevais.

VII.

Francisco de Garay agradeció el consejo de Barbadillo, y dirigiéndose despues á Litzajaya:

—Jamás olvidaré,—le dijo,—que sin vuestro auxilio nos hubiera sido muy difícil evadirnos de la prision en que yacíamos. Cualquiera que sea mi situacion, cualquiera la suerte que me depare la Providencia; siempre recordaré la gratitud que os debo, y en todas ocasiones podreis acudir á mí, en la seguridad de que me apresuraré á complaceros.

VIII.

La conversacion fué interrumpida por el cañonazo de leva.

Despidiéronse Catalina, Litzajaya y Barbadillo de Francisco de Garay, y un momento despues se daban á la vela con direccion á Méjico.

Durante el camino, Catalina y Litzajaya desahogaron su pecho, refiriéndose los más pequeños detalles acerca de los motivos que justificaban el paso que iban á dar.

El dolor las identificaba.

Con mucha frecuencia confundian sus suspiros y sus lágrimas.

Catalina hablaba con verdadera sinceridad á Litzajaya.

La india, más astuta que su interlocutora, escondia en el fondo de su alma los proyectos que abrigaba para el momento en que ya se hubiera vengado de Velazquez de Leon.

Capítulo LXVII.

Honras fúnebres.

I.

Hernan Cortés mandó hacer alto á su ejército cerca de Tacuba apenas amaneció, dejando en las cercanías de la laguna á unos cuantos soldados al mando de Alvarado para proteger la salida de algunos españoles y tlascaltecas, que permanecian ocultos en los maizales que habia junto á sus orillas.

Cuando se reunieron con la division, mandó formar á todo su ejército para ver las bajas que habia sufrido.

En la refriega habian perecido más de doscientos españoles, mil trescientos tlascaltecas, cuarenta y seis caballos y todos los prisioneros mejicanos, que sin poderse dar á conocer á sus compañeros, habian perecido á sus manos.

II.

Mucho sintió el ilustre caudillo las pérdidas sufridas, y no pudo consolarse de que en el número de las víctimas se encontrasen Amador de Lariz, Francisco de Morla y Francisco de Saucedo.

No sabia á qué atribuir la desaparicion de Velazquez de Leon, á quien apreciaba muchísimo, no solo por las pruebas de valor y pericia que habia dado, sino por que al abandonar á su pariente don Diego de Velazquez y pasarse al bando de Hernan Cortés, habia demostrado que la razon y la justicia estaban de parte de este.

Al preguntar por Botello, el fingido astrólogo, supo tambien que habia desaparecido, é igual contestacion obtuvo respecto á los hijos de Motezuma, si bien averiguó más tarde que el llamado Juan habia muerto á manos de los mejicanos.

III.

En medio de la afliccion que tantos desastres producian en el caudillo y en sus tropas, sirvió de gran consuelo el que Marina y Jerónimo de Aguilar hubieran podido escapar con vida, porque sin ellos les hubiera sido imposible entenderse en los países que se prometia recorrer.

La Providencia, que como hemos dicho en el curso de esta verídica historia, no desamparaba á Cortés en los momentos más críticos, le proporcionó con la muerte del hijo de Motezuma una tregua para que pudiesen reposar los soldados de las fatigas de la guerra.

IV.

Comenzaron los indios, apenas amaneció, á registrar los cadáveres, y reconocieron entre ellos al hijo de su desgraciado monarca.

Aterrados en presencia de aquel espectáculo, se alejaron á dar cuenta de lo que ocurria, y Guatimozin dió entonces órden para que cesase el combate y comenzase la ceremonia de los llantos y clamores fúnebres que debian preceder á las exequias, hasta que llegasen los sacerdotes á entregarse del cadáver.

V.

«Las ceremonias de las exequias, dice una inspirada poetisa (1) en uno de sus preciosos libros, se limitaban á depositar los parientes algunas joyas y el retrato del finado en el sepulcro que le estaba destinado.

(1) Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.

»En seguida los teopixques llevaban el cadáver á la pira, y lo quemaban con muchos aromas.

»Recogian las cenizas en una copa de plata ú oro, y la colocaban en la tumba, que cerraban despues al compás de un canto fúnebre, en el cual imploraban al sol y á la luna para que alumbrase siempre con serena luz el solitario campo de los muertos.

»Tambien se enterraban algunas veces, en los últimos tiempos del imperio, cadáveres enteros, que colocaban sentados, cubiertos de sus mejores galas; pero era más general la costumbre de quemarlos.»

VI.

Mucho entristeció á Cortés la muerte del hijo de Motezuma, porque le recordaba al desgraciado monarca que tantas pruebas de su amistad le habia dado; pero recobrando el valor y la energía que tan necesarios le eran en aquellos momentos, prosiguió su vuelta hácia Tlascala antes de que los enemigos volvieran á caer sobre ellos.

No dejaron de hallar en el camino algunos mejicanos; pero como era escaso su número y se mantenian á una respetuosa distancia, no dieron importancia á su presencia.

VII.

Pero cuando terminaron las exequias del hijo de

Motezuma se fueron aproximando á ellos en número tan considerable, y acometieron con tanta resolucion, que fué necesario hacer alto para detenerlos.

Formó en ala su ejército, colocó en las avanzadas á los arcabuceros y ballesteros, y comenzó la batalla en campo abierto.

Morian cuantos indios se acercaban.

Pero no por eso escarmentaban los demás.

Las cargas de caballería ahuyentabán á los enemigos; pero á una prudente distancia se rehacian, y con las hondas y los arcos arrojaban piedras y flechas sobre sus contrarios.

VIII.

Cansábanse los españoles de tanto resistir sin esperanza de vencer, y ya empezaba á menguarse su valor, cuando Hernan Cortés, que peleaba como el último de sus soldados, sin descuidar por eso las graves atenciones que sobre él pesaban, descubrió una elevacion del terreno, poco distante del camino que dominaba á aquel vasto territorio, sobre cuya cumbre se levantaba un edificio torreado, que se asemejaba á una fortaleza.

Resolvióse á tomar aquella altura, y lo consiguió, aunque no sin una tenaz rasistencia por parte de los mejicanos.

Era un adoratorio en donde se veneraba al dios Huitbilichilopik, á cuya invocacion encomendaban los indígenas la fertilidad de su cosecha.

Los teopixques le habian abandonado al estallar la guerra, y al llegar los españoles estaba completamente desierto.

Tenia el átrio bastante capacidad, y su muralla, unida con las torres, formaba un buen punto de defensa para las tropas de Cortés.

IX.

Los españoles, agradecidos á la Providencia, que tan oportunamente les deparaba aquel asilo, construyeron despues en el mismo sitio una ermita, á la que dieron el nombre de Nuestra Señora de los Remedios.

No se atrevieron los enemigos á subir la cuesta, ni dieron indicio de intentar el asalto.

Pero se acercaron á tiro de piedra, y rodearon por todas partes la eminencia, haciendo algunos disparos, aunque sin éxito, porque sus flechas iban á embotarse en la muralla que resguardaba á los extranjeros.

Por fin, al declinar el dia, rindiendo culto á su costumbre, y tambien por hallarse fatigados, tomaron el camino que conducia á la ciudad.

X.

Cortés descubrió desde los torreones que al ale-

jarse se detenian como para deliberar acerca de lo que debian hacer, y al verles que se repartian por diferentes puntos, adivinó que intentaban algun nuevo asalto.

Dispuso Hernan Cortés su alojamiento con las precauciones que aconsejaban las circunstancias, mandó que se relevasen con mucha frecuencia las guardias y los centinelas, para que todos disfrutasen del descanso que tanto necesitaban, é inmediatamente mandó recoger las flechas que habia en los alrededores de la fortaleza para quemarlas, evitando que pudieran servirse de ellas los enemigos cuando abandonasen los españoles aquel punto.

Despues de descansar breves horas el ejército, llamó á sus capitanes para ponerse de acuerdo en lo que deberian hacer, y todos convinieron en proseguir la marcha.

Volvamos nuestros ojos á Litzajaya.

Capítulo LXVIII.

Una mujer que espera, y otra que teme.

I.

Ya hemos dicho que en medio de la confusion de la batalla, y á favor de la claridad de un relámpago, reconoció Litzajaya á Velazquez de Leon, y lanzándose sobre él como una hiena, clavó un puñal en su pecho.

No bien cayó exánime el guerrero español, le cogió la india con sus hercúleos brazos, y con él á la espalda atraveso por entre los combatientes y llegó hasta donde estaba el grueso del ejército de los mejicanos.

Al reconocer estos á Velazquez le entregaron á los teopixques, y la india desde aquel momento peleó con denuedo al frente de sus hermanos.

II.

Seria interminable describir el heroismo, la energía, el valor que desplegó Litzajaya en aquella lucha titánica.

Los mejicanos, entusiasmados al ver la serenidad con que combatia, el afan con que acudia á los puestos de más peligro, empezaban á sentir hácia ella un respeto, una adoracion comparable á la que profesaban á sus dioses.

Durante la tregua que siguió al combate, aprovechándose la india de la influencia que ejercia en los mejicanos, queriendo explotar en favor de su causa la admiracion que habia despertado en ellos:

III.

—He venido á reunirme con vosotros, porque sabia que peligraba nuestra independencia, y ante este deber he olvidado lo indigno de la conducta de los que han ayudado á arrebatarme el trono que me correspondia por la muerte de mi esposo, y he corrido á pelear con los extranjeros.

El cadáver que ha poco llevaba en mis brazos es la más elocuente protesta de las calumnias de que he sido objeto.

Si hubiera amado á ese español, no le hubiera dado muerte.

Un grito de aprobacion resonó en todos los que la escuchaban.

IV.

Litzajaya continuó:

—En el tiempo que he vivido entre los españoles he aprendido á conocer sus costumbres, las artes de que se valen para triunfar en los combates; he aprendido tambien su idioma, y si vosotros me ayudais á recobrar el trono que me ha usurpado un ambicioso despreciable, si me acatais como soberana de Panuco, yo, al frente del ejército, podré devolver á Méjico la gloria, el esplendor, la magnificencia de otros dias, y ya no habrá que temer en lo sucesivo nuevas invasiones, porque con la organizacion que se dará al ejército podremos estar tranquilos respecto al porvenir.

V.

Todos escuchaban con interés, con curiosidad á la valerosa india, y en su semblante se revelaba que se hallaban inclinados en su favor.

Algunos que recordaban que habia sido causa de la muerte de su esposo Naothael, no se mostraban tan propicios á secundar sus planes, y con su resistencia pasiva ahogaban el entusiasmo de los que sentian simpatías hácia ella.

Viendo Litzajaya que comenzaba á debilitarse el

entusiasmo que habia producido su llegada, y conociendo que no tenia tiempo que perder, acudió á su imaginacion para que viniera en su ayuda, y les habló en estos términos:

VI.

—Yo hubiera podido,—les dijo,—haciendo traicion á mi causa, disfrutar al lado de los españoles de las ventajas que me ofrecian; pero el recuerdo de mis hermanos me impulsaba á desoir sus proposiciones, á rechazarlas, y afrontando mil peligros he querido consagrarme exclusivamente á la defensa de mis hermanos.

Sé que hay alguno entre vosotros que duda de la sinceridad de mis palabras, que cree que sólo la ambicion, el deseo de recobrar el trono, es el que ha guiado mis pasos: el miserable que tal suponga, que se atreva á revelarlo y le probaré lo que puede la indignacion en una mujer desgraciada; pero que si no retrocede ante ningun peligro, si todo lo arrostra por la independencia de su patria, celosa de su honor, de su buen nombre, no consiente que la calumnia se cebe en su honra, no permite que las almas mezquinas se atrevan á dudar de lo generoso de sus sentimientos.

Entre vosotros, repito, hay algunos cobardes incapaces de haber llevado á cabo las heróicas acciones que yo he realizado: que se presenten ante mi vista, que tengan el valor de decirme los viles pensamientos

que les animan, y en presencia de los demás les arrancaré la lengua y azotaré con ella su rostro.

VII.

Litzajaya consiguió el objeto que se habia propuesto.

Como el número de sus entusiastas admiradores era superior al de los que recelaban de ella, enmudecieron los últimos, y al ver que los primeros ofrecian toda su proteccion á la india, los segundos hicieron coro con ellos, y todos se comprometieron solemnemente apurar todos los medios para que terminada la lucha que venian sosteniendo con los extranjeros, recobrase Litzajaya el trono que habia ocupado su esposo.

VIII.

Mientras estos sucesos tenian lugar, Guacalcinla y una de sus esclavas, en una de las habitaciones del palacio imperial, sufrian aún más si cabe que los autores de aquel terrible drama.

Guacalcinla estrechaba en sus brazos al hijo adorado de Guatimozin, y en aquellos instantes le asaltaba el temor de si su esposo habia sucumbido en la lucha.

Su servidora se encontraha en una posicion más violenta aún.

Su patria, sus hermanos queridos, el esposo de una hermana idolatrada, por un lado.

Por otro el recuerdo de Velazquez, que constituia su vida, su felicidad, su Dios.

Para ella el dilema era terrible.

Si los españoles triunfaban, la esclavitud del imperio seria firmada con la sangre de sus hermanos.

Si los españoles eran vencidos, Velazquez seria una de las primeras víctimas, y tendria que ocultar sus lágrimas, porque todos las considerarian como un crímen de lesa nacion.

¡Oh! Sostenia una lucha interior que la despedazaba.

Unas veces se prosternaba ante una estampa de la Vírgen que le habia regalado Velazquez.

Otras invocaba á los dioses de sus padres, sin acertar á formular lo que deseaba.

Tan pronto estrechaba á Guacalcinla contra su agitado seno, como se desprendia de ella con espanto, porque adivinaba que hacia votos por que perecieran todos los españoles, y veia en su imaginacion moribundo á su amante.

IX.

Las lágrimas que derramaba Guacalcinla, porque temia que su hijo quedara huérfano, excitabán la ternura de su servidora, y exclamaba:

—No sufras, Guacalcinla. Sé tú feliz, porque eres esposa y madre, y las esposas y las madres son queridas de los dioses.

—¡Ah! En vano quiero desechar los tormentos que laceran mi alma,—contestaba Guacalcinla.—¿Qué será de mí y de mi hijo si Guatimozin deja de existir?

X.

Abandonemos á su dolor á la pobre Guacalcinla, y veamos qué habia sido de Botello y de Pedro, el hijo de Motezuma, al separarse de los españoles.

Capitulo LXIX.

Donde se vé á un astrólogo en un subterráneo.

I.

El astrólogo Botello, que á pesar de sus años conservaba la agilidad y el vigor de la juventud, atravesó en poco tiempo un lindero que conducia al bosque vecino.

Se internó en él, y durante un cuarto de hora continuó vagando por la espesura.

Pedro le seguia silenciosamente.

Despues de escuchar largo rato y de convencerse de que nada debian temer, encendió fuego Botello para buscar donde guarecerse.

Al cabo de un buen rato descubrió un agujero que daba entrada á una especie de cueva; se disponia á penetrar en ella, cuando recordó que podia muy bien ser la guarida de algun jaguar, y no le halagaba la idea de ser víctima de su voracidad.

Para resolverse á adoptar una determinacion, evocó á su ciencia; pero desgraciadamente la oscuridad de la noche no le permitia consultar á las estrellas.

II.

Pero como soldado veterano acostumbrado á desafiar los peligros, le cautivaba más y más la idea de penetrar en aquella cueva.

No queriendo exponer á su protegido á las consecuencias de su temeridad, le hizo subir á la copa de un árbol.

Botello, á quien su cualidad de astrólogo no le impedia ser muy gloton, llevaba siempre provisiones.

Dió parte de ellas á Pedro, y se propuso llevar á cabo la resolucion que habia adoptado.

Preparó su ballesta, encendió una gran hoguera al lado de la caverna, y al reconocer la entrada de esta y ver que habia una especie de rambla que conducia al interior, creyó que lo mejor que podia hacer para convençerse de si estaba habitada era encender algunos troncos, rodarlos por la pendiente que formaba la entrada, y aguardar preparado la salida del que allí estuviese, porque el instinto de conservacion le obligaria á abandonar su guarida.

III.

Ningun ser viviente acudió á aquel llamamiento

tan poco galante, y el bueno de Botello, cuya mayor debilidad era un excesivo amor propio, se felicitaba por aquel rasgo de ingenio que tan buen resultado le habia dado.

Despidióse de su compañero, le ofreció volver en su busca cuando terminase su paseo de exploracion, y penetró en la cueva.

Los primeros pasos que dió le convencieron de que hacia mucho tiempo no habia penetrado allí alma viviente.

Millares de insectos de los que se encuentran en los lugares deshabitados y oscuros huian ante el resplandor de la tea que llevaba en su siniestra mano.

Continuó caminando sin encontrar los troncos de árbol que habia arrojado, y esto le indicó que aun le quedaba mucho espacio que recorrer.

IV.

Al fin, en un recodo que hacia cambiar la forma de aquella mansion, notó una especie de verja de hierro.

Estaba enmohecida: así es que sin gran trabajo pudo romperla.

A la violencia de los golpes y al desprenderse la reja de la masa que la sujetaba, se le apagó la tea.

Botello, á pesar de su valor, notó que le flaqueaban las piernas.

Repuesto del susto, encendió de nuevo la tea, y

cuando se persuadió de que nada tenia que temer, exclamó con el buen humor que le caracterizaba:

—Estoy seguro de que si alguno me hubiera visto, creeria que habia tenido miedo. ¡Miedo yo, que soy capaz de luchar con un jaguar y de partirle la cabeza de un puñetazo!

V.

Satisfecho de lo que acababa de decir, prosiguió su marcha, y se sorprendió al ver que una escalera de piedra se presentaba ante su vista.

Bajó unos cien escalones, y su sorpresa creció de punto al hallarse en una magnífica galería, en la que de trecho en trecho habia asientos de piedra.

—Nos sentaremos,—dijo,—porque á lo que se vé, se conoce que hay que recorrer gran distancia hasta llegar al fin, y el arquitecto ha dispuesto hábilmente estos objetos de descanso.

Y así diciendo, hizo un agujero en el suelo para clavar la tea, y se sentó tranquilamente.

VI.

Hemos dicho que era muy gloton, y el estómago empezó á reconvenirle por el descuido con que ya hacia rato le trataba.

—No te incomodes, hijo mio, —añadió Botello, sacando un enorme torrezno.—Nadie se opone á que te complazca, y me parece quedarás satisfecho.

Y al pronunciar estas palabras, engullia sus provisiones y las regaba de cuando en cuando con sendos tragos de un vino rancio, que exhalaba un aroma capaz de resucitar á un muerto.

—Pues, señor,—continuaba con esa alegría que se siente despues de comer,—ó yo estoy soñando, ó me parece que por aquí voy aproximándome á una aventura de esas que hacen época en la vida de los hombres.

No hay quien me quite de la cabeza que esto debe poner en comunicacion á algun palacio, y tal vez esta galería habrá sido testigo de amorosos coloquios.

No, pues lo que es yo no he de quedarme con la duda. Recojamos los trebejos, y en marcha.

VII.

Y al terminar estas palabras continuó caminando, y al poco rato una bocanada de aire apagó de nuevo la tea.

—Vamos, el diablo quiere divertirse conmigo.

Siguió á tientas un momento, y se explicó entonces por qué se habia apagado la luz.

Una puerta medio derruida por la humedad daba entrada por sus resquicios al aire.

La sorpresa de Botello no tuvo límites al percibir por las rendijas que se hallaba próximo á un delicioso jardin.

Violentó la puerta, cedieron los goznes á su ímpetu, y á luz del crepúsculo (ya empezaba á amane-

cer), reconoció aquel jardin, y vino en conocimiento de que era el que rodeaba el palacio imperial.

Ebrio de alegría por el descubrimiento que acababa de hacer, regresó en busca de su compañero.

VIII.

El pobre niño recobró su alegría al verle; Botello le dijo que aguardase en el subterráneo su vuelta, porque iba á separarse de él algunos momentos; y para que pudiese reposar cómodamente, recogió hojas de árbol y algunas ramas, é improvisó un lecho, suficiente para que Pedro, cediendo al cansancio, no tardase en quedar profundamente dormido.

Botello tapó la entrada de la cueva con una enorme piedra, la cubrió con ramaje, y en los árboles inmediatos hizo unas cortaduras, practicando la misma operacion hasta la salida del bosque, con objeto de que le fuera fácil al regresar encontrar aquel asilo.

En seguida se dirigió á participar á Hernan Cortés el resultado de su exploracion, seguro de que por la importancia del descubrimiento que acababa de hacer le perdonaria la desercion de sus filas en el momento más reñido de la batalla.

IX.

Pero ¿cómo, dirán nuestros lectores, una cueva que

tenia salida al jardin imperial era desconocida de los mejicanos? Y si no lo era, ¿cómo estaba tan abandonada y carecia su entrada de la seguridad conveniente para que en ningun tiempo fuera un peligro para los habitantes del palacio del emperador?

La tradicion, que aun se conserva en Méjico, satisfará estas preguntas.

Capitulo LXX.

El vengador de su honra.

I.

En el sitio que ocupaba el Jardin Imperial de Méjico se levantaba un siglo antes de la expedicion de los españoles un edificio, en el que habitaba un mejicano ilustre por el valor que habia desplegado entre todos los de su tribu, consiguiendo que le aclamasen por su jefe y señor.

Llamábase Tangoras, y adoraba con verdadero delirio á una india que por su hermosura cautivaba la atencion de cuantos la conocian.

El jefe de aquella tribu encendió en su pecho el amor, y logró la felicidad de que consintiera en ser su esposa.

II.

Tangoras, vehemente como todos los de su raza,

apasionado como el que más, no consentia á su esposa, no sólo que se fijase en ninguno de sus vasallos, sino que se ofendia de que sus amigos, sus parientes, ponderasen la belleza, la perfeccion de las facciones de Igarniga, que así se llamaba.

No tenia motivos para dudar de su fidelidad, pero sin saber por qué, comprendió al año de su matrimonio que no hacia la felicidad de su esposa, y desde aquel momento una sospecha horrible se apoderó de su alma.

—Ama á otro,—se decia;—pero ¡guay! de ellos si llego á descubrir su criminal pasion.

III.

Tangoras era muy aficionado á la caza.

Pero esta diversion le obligaba á abandonar á su esposa, y como era natural, al hallarse lejos de ella sufria con mucha más intensidad el aguijon de los celos.

Para poder espiarla fácilmente sin que ella se apercibiese, mandó construir el subterráneo descubierto por el astrólogo Botello, y cuando estuvo terminado, todos los dias al llegar al bosque penetraba en él y llegaba hasta el jardin para vigilar desde allí su casa.

IV.

Una mañana, hallándose en su escondrijo, vió lle-

gar cautelosamente á un indio, que aproximándose á la casa dió un silbido, y un momento despues apareció su esposa.

Tangoras sintió que la sangre se agolpaba á su corazon, y su primer impulso fué salir y asestar un golpe con su tomahawk (1) al que indudablemente iba á mancillar su honra.

Pero se contuvo, deseando conocer hasta qué punto era criminal Igarniga.

Esta, al reunirse con su amante, con cariñoso acento le dijo:

V.

—¿Eres tú, mi consolador espíritu? ¿Eres tú, mi único apoyo sobre la tierra? He sufrido mucho en tu ausencia; pero siempre que padezco, que pierdo el juicio, que me siento morir, te hallo á tí que me contemplas cariñoso y me dices: «Vive, Igarniga, porque yo tambien te amo.»

Tangoras tembló de piés á cabeza al oir las palabras de su esposa.

La sangre suspendió su curso á la violenta emocion que experimentó.

No le quedaba ya ni la esperanza de la duda.

El amante de la infiel esposa la contestó con acritud:

—No he venido,—dijo,—porque no me amas;

(1) Especie de maza que usaban los mejicanos.

pero no quiero ser juguete de una ilusion, y mi presencia en este instante quiere decir qué nos despediremos para no vernos jamás.

—¡Oh! No me condenes sin oirme. ¿Acaso puedo sacrificarte más que mis deberes, que mi reposo, que mi tranquilidad.

—Eso no me satisface. Yo no puedo acostumbrarme á que otro hombre tenga derecho á tu cariño, y si fueran verdad las palabras, pronto desaparecerían los obstáculos que se oponen á nuestra dicha.

VI.

El esposo ofendido limpió el sudor que bañaba su frente.

Igarniga permaneció silenciosa.

—¿Nada me contestas?—exclamó el apasionado indio con acento de reconvencion al ver la impasibilidad de su amante.—¡Maldito sea aquel sol que alumbró tu salida al mundo de los hombres! ¡Malditas las entrañas de pedernal en donde se formó tu corazon!

—Perdóname, Obahimo; te amo, y no puedo soportar por más tiempo este fuego que me devora; pero me horroriza penetrar el misterio que encierran tus palabras.

—¿Es decir, que quieres retroceder en la conducta que has observado, que quieres destruir las esperanzas que me has hecho concebir, que quieres

que te maldiga como una despreciable lulaya (1)?

—¡Ah! No. ¿Cómo puedes abrigar esas sospechas, si te amo más que mi vida? Tranquilízate, ilusion querida, y dí qué debo hacer para que desaparezcan estas nubes que oscurecen nuestra felicidad.

Una alegría diabólica brilló en la mirada del indio.

—Toma esta flor,—le dijo,—y cuando tu esposo esté dormido aproxímala á sus labios, y un sueño letárgico se apoderará de él. Yo te aguardaré aquí, tendré preparada una canoa, y antes de que tus servidores se aperciban de la muerte de tu esposo, nos hallaremos tan lejos de este sitio que no podrán darnos alcance.

Yo tengo cuantiosos tesoros, yo te amo como nadie ha amado; y si tú accedes á lo que te propongo, viviremos felices, y nuestra felicidad será eterna, porque, no lo dudes, hemos nacido el uno para el otro.

VII.

Tangoras no pudo contenerse.

Saliendo de su escondrijo, y precipitándose con la ligereza del tigre sobre el seductor de su esposa, le descargó un golpe con su tomahawk, que le derribó en tierra casi exánime.

En seguida se dirigió á Igarniga, y arrastrándola violentamente, la condujo á su palacio.

(1) Embustera.

Allí la encerró, y al separarse de ella la dijo con un acento que heló la sangre en sus venas:

—Pronto volveré á buscarte. Ahora voy á prestar á tu cómplice los auxilios que reclama su estado.

Su esposa nada contestó.

VIII.

Tangoras acudió al sitio donde estaba el mancebo, le trasladó al subterráneo, curó su herida cuidadosamente, y viendo que el pobre indio le daba las gracias por la generosidad con que le trataba y le pedia perdon por el atentado que queria cometer:

—No me deis las gracias,—exclamó afectando la mayor bondad,—hasta que esteis completamente restablecido, que creo será pronto. Procurad descansar, y dentro de breves momentos os traeré provisiones para que sacieis vuestro apetito.

Y así diciendo se retiró, acariciando el momento de poner en práctica un proyecto espantoso que habia concebido.

Con paso agitado, delirante, arrojando espuma por la boca, se dirigió al bosque acompañado de cuatro de sus servidores de más confianza.

Puso una trampa de las que se servia para la caza encima de un hoyo que abrió en breves minutos, y subiéndose él y los que le acompañaban á los árboles vecinos, aguardaron á que alguna fiera cayera en el lazo.

IX.

Cada minuto que pasaba avivaba más en el corazon del esposo ofendido el deseo de venganza.

De pronto un enorme jaguar apareció en direccion al sitio donde se encontraban, y al divisar á uno de los indios que para llamar su atencion se habia colocado junto á la trampa, se dirigió precipitadamente y quedó preso, dando horribles rugidos.

Inmediatamente colocaron una especie de cajon de cedro fortalecido con pieles encima de la trampa, y por medio de un mecanismo muy ingenioso quedó encerrada en él la fiera.

El cedro que formaba el cajon tendria más de cuatro pulgadas de espesor; y además, unas cuerdas que habia colocadas en la parte inferior impedian al jaguar moverse, todo lo cual ofrecia las mayores seguridades para no tener peligro alguno.

Colocaron aquella especie de jaula sobre dos troncos de árbol, y comenzaron á caminar con ella en direccion al palacio de Tangoras.

X.

Cuando llegaron allí, les mandó que abrieran la puerta del subterráneo, y despues de untar el cajon de una materia resinosa y de soltar las cuerdas que

sujetaban á la fiera, cerraron la puerta de la cueva, y prendieron fuego á las tablas.

El jaguar no tardó en despedazar su prision, y huyendo de las llamas, corrió por el subterráneo hasta llegar al sitio donde se hallaba el amante de Igarniga.

Se hallaba durmiendo, ajeno de la suerte que le esperaba, y al despertar lanzó un grito terrible.

XI.

El jaguar se precipitó sobre él, y desgarrando sus carnes, dió rienda suelta á su terrible voracidad.

Tangoras volvió en busca de su mujer, y cuando comprendió que la fiera, entregada á su voracidad, no abandonaria á su víctima tan fácilmente, precipitó á su esposa en aquel sitio de horror, y cerrando la puerta, observó desde la especie de reja que la cubria el desenlace de aquella sangrienta escena.

La carnívora fiera, embriagada con la sangre del indio, apenas divisó á Igarniga se arrojó sobre ella, y un momento despues era aquel antro teatro de otra escena terrorífica.

XII.

A decir verdad, la esposa adúltera apenas sintió los efectos de la ferocidad del jaguar.

Desde el momento en que penetró en aquella lú-

gubre estancia, el espanto se apoderó de su alma y perdió el sentido.

Cuando Tangoras vió que sólo algunos restos quedaban de su esposa:

XIII.

—¡Qué he hecho?—exclamó.—Acaso con su muerte borraré la pena que me devora. ¡Ah! ¡Vuelve á la vida, Igarniga!

¡Oh! ¡Qué dichoso me contemplaba cuando creia que era amado!

¿Qué música es aquella que enseñaron los dioses al hombre, que dice: yo te amo?

¿De dónde proviene el rayo devorador que lanzan los ojos de un amante?

¡Oh! Tú, querida de mi alma á pesar de tu perjurio; tú, más hermosa que el sol y que la luna; tú, cuyas palabras, más suaves que los vientecillos de la noche y que la voz del sinsonte que se querella en el bosque, eran para mi corazon lo que es el rocío para las plantas agostadas; vuelve á la vida, mírame una vez siquiera con tus hermosos ojos, que me hacian morir de felicidad! ¡Vuelve, vuelve á besar mi frente como lo hiciste en aquel dia dulce y feliz en que nos unimos!

¡Tus labios han robado sus llamas al popocatepec, y sus perfumes al floripundio y al jocoxochilt!

¡Tu boca es la puerta del cielo, y por ella salen tus suspiros que abrasan, y tus palabras de amor que

se parecen á los cánticos divinos de los espíritus benéficos!

¡Vuelve á la vida, y déjame sentir el movimiento de tu seno, que se agita como las olas de la gran laguna al recibir el soplo del aura!

El desgraciado esposo no tardó en ser presa de un horrible delirio.

Extrañando su tardanza, al cerrar la noche salieron á buscarle sus servidores, y lé hallaron tendido al lado del subterráneo.

El infeliz hábia sucumbido ante la violencia de las emociones de que habia sido víctima en aquel azaroso dia.

XIV.

Esta conseja ha pasado de padres á hijos, y los mismos teopixques aseguraban que el feroz jaguar, instrumento de venganza de tan terrible drama, habitaba en la cueva, y que los manes de las víctimas se presentaban ante la vista de los que se atrevian á penetrar en aquella pavorosa estancia.

Esta era la causa por la que aun lós más valerosos guerreros no osaban acercarse al subterráneo que presenció la venganza del esposo ofendido.

Prosigamos ahora el curso de nuestra historia.



Capítulo LXXI.

La batalla de Otumba.

I.

Hemos visto que Hernan Cortés, despues de tomar el adoratorio del dios protector de la agricultura, convocó á sus capitanes, y en el consejo que celebraron se acordó que proseguirian la marcha.

En efecto; poco antes de la hora señalada para la partida se despertó la tropa, que descansaba de las fatigas de la pelea, y al saber la resolucion de su caudillo todos alabaron el acierto de sus propósitos.

II.

Mandó Hernan Cortés que se dejasen cebados los fuegos para deslumbrar al enemigo.

Encargó á Diego de Orgaz la vanguardia con guias de toda su confianza.

La fuerza principal la concentró en la retaguardia, y se puso al frente de ella.

Su objeto, al obrar así, era hallarse al frente del peligro, y afianzar con su proteccion la seguridad de los que formaban la vanguardia.

El ejército se puso en marcha.

El héroe de ésta historia ordenó á los guias que se apartasen del camino real, para volverle á cobrar con el nuevo dia.

Con estas precauciones, y en medio del mayor sigilo, caminaron poco más de media legua sin encontrar obstáculo alguno que se opusiera á sus designios.

III.

Pero al entrar en tierra más quebrada y montañosa dieron los batidores en una celada, que no supieron encubrir los mismos que procuraban ocultarse.

Multitud de indios bajaban de los montes y salían de las malezas, acometiendo por los costados.

Hernan Cortés no tardó en destruirlos.

Con la misma molestia caminó el ejército otras dos leguas, y poco antes de amanecer se hizo alto en otro adoratorio.

Descansaron un momento, y continuaron su expedicion, perseguidos siempre por los indios, aunque á bastante distancia.

IV.

Dos leguas más adelante se descubrió un lugar, al parecer de considerable poblacion, y Hernan Cortés le eligió para alojamiento.

Al aproximarse le encontraron completamente desierto.

En las casas hallaron abundantes víveres, que aprovecharon instantáneamente para reparar sus fuerzas.

Dos dias se detuvo allí el ejército, más que con el objeto de descansar, con el de atender al cuidado de los heridos.

Hicieron otras dos marchas los españoles, entrando en terreno de mayor aspereza y esterilidad todavía.

V.

Al terminar estas últimas jornadas, la situacion de aquellos valientes conquistadores fué desesperada.

La lluvia caia á torrentes, y no encontraban donde guarecerse.

El hambre y la sed los devoraban, y la congoja y el desaliento se pintaba en todos los semblantes.

Sin reparar en el riesgo que corrian, porque abundaban las plantas venenosas, comian con ánsia las yerbas y las raíces que encontraban.

Uno de los caballos que murió aquel dia sirvió para regalar el paladar de los que necesitados estaban de alimento.

Prosiguió avanzando el ejército; y no tardó en llegar á un pequeño lugar, pero de pintoresco aspecto.

Sus habitantes franquearon la entrada sin oponer la menor resistencia.

Obsequiaron á los españoles con cuantos víveres tenian, y hasta acudieron á otros lugares cercanos para agasajarlos con mayor esplendidez.

Este era un nuevo ardid de que se servian para que se acercasen confiados los españoles al lazo que les tendian.

VI.

Por la mañana se dispuso el ejército para subir la cuesta que declinaba en el valle de Otumba.

Era indispensable atravesar dicho valle para tomar el camino de Tlascala.

Los españoles no se explicaban por qué razon los indios que venian siguiendo la expedicion manifestaban en sus gestos y en sus gritos la alegría de que estaban poseidos.

Pero Marina, que iba al lado de Cortés, y que velaba siempre por el triunfo de los españoles, fijó su atencion en las exclamaciones de aquellos salvajes, y oyó que decian:

—Andad, tiranos, que presto llegareis á paraje en donde no quede uno solo vivo.

La amante del caudillo le comunicó el descubrimiento que acababa de hacer.

VII.

—Cortés, esposo mio,—le dijo,—un terrible peligro nos amenaza. Esa alegría que demuestran los indios es por que nos aproximamos á una nueva catástrofe.

—¿En qué te fundas, mi buena Marina?

—Acabo de saber que nos tienden un lazo. Tal vez en el valle próximo encontremos fuerzas mejicanas que destruyan á tu valiente ejército.

Yo bien sé que no es posible retroceder; pero te suplico, amor mio, que evites si es posible un nuevo encuentro, que medites el partido que se debe tomar. Si tú murieras, ¿qué seria de mí? ¿Qué de nuestro desgraciado hijo?

—Tranquilízate, Marina. El cielo, que nunca nos ha abandonado, nos prestará nuevo auxilio para arrostrar los peligros que nos amenazan.

—No pierdas tiempo, Cortés; comunica á tus soldados la situacion en que nos encontramos, anímales con tu elocuente voz, que estén preparados para la lucha, porque un presentimiento fatal me dice que ha de ser desastrosa.

VIII.

Cortés mandó hacer alto á su ejército, y ordenó que una avanzada se adelantase á la entrada del valle.

Los batidores volvieron con la noticia de que le tenian ocupado los enemigos, y defendida la entrada por un formidable número de guerreros.

Los mejicanos habian cortado la retirada á los españoles, y ocupaban el llano de Otumba.

Habíanse reunido todos los de las diferentes tríbus, y su ejército se componia de más de doscientos mil hombres.

Para animarlos y dirigirlos en la lucha, se hallaba en el centro de las tropas el capitan general del imperio.

Cuatro indios de los más corpulentos le sostenian en una especie de palanquin, y desde allí daba órdenes, que todos obedecian con la mayor disciplina.

Con su diestra empuñaba el estandarte real.

Componíase de una especie de red de oro macizo, pendiente de una pica.

El remate le formaban plumas de diversos colores, y en el centro habia preciosamente cincelados algunos geroglíficos.

IX.

Hernan Cortés arengó á sus soldados, y fué tan elocuente su discurso, que no le dejaron acabar.

Todos de nuevo desearon medir sus armas con los mejicanos; todos manifestaron que eran dignos hijos de la patria en donde habian nacido.

El caudillo avanzó al frente del escuadron, teniendo cuidado de reforzar los costados y de proteger la retaguardia.

Invocó en seguida al apóstol San Pedro, como tenia de costumbre, y cayó con tal fuerza sobre sus enemigos, que de la primera embestida destrozó á los que defendian la entrada del valle.

Las espadas y las picas no dieron tiempo á los indios á servirse de sus armas.

Cada golpe de los españoles dejaba fuera de combate al que le recibia.

Los tlascaltecas se arrojaban como tigres sobre sus contrarios.

X.

Pero no desmayaban por esto los mejicanos.

Retrocedian cuando se acercaban los caballos, y volvian de nuevo á empeñarse en la lucha.

Cortés acudia á todas partes, y con su lanza sembraba el luto y el terror en las filas de los desnudos indios.

Pero en medio de la embriaguez de la pelea, le contristaba las consecuencias que podrian sobrevenir.

Las fuerzas de sus soldados se agotarian fatalmente en aquella desesperada lucha, y esto le horrorizaba.

XI.

En aquel momento una idea cruzó como un relámpago por su imaginacion.

Recordó haber oido referir á los mejicanos que el conservar ó perder el estandarte real decidia sus victorias ó las de sus enemigos.

A partir de aquel instante, todos sus esfuerzos se dirigieron á apoderarse de aquel trofeo de guerra.

Confiaba en el éxito, porque recordaba el pavor que infundian los caballos en los mejicanos.

Llamando á los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso Dávila, les comunicó el proyecto que habia concebido.

Todos se aprestaron á ayudarle en aquella arriesgada empresa.

Hernan Cortés les ordenó lo que debian hacer, y un momento despues embistieron á media rienda por la parte ménos defendida que conducia al centro del ejército enemigo.

XII.

Retiráronse los indios al ver aproximarse los caballos, y antes de que se repusieran de su sorpresa, atropellando á cuantos hallaban al paso, llegaron sin detenerse al paraje en donde se encontraba el capitan general del imperio.

Una vez allí, Hernan Cortés le dió tan terrible

lanzazo, que al primer bote le sacó fuera del palanquin, cayendo en tierra y sufriendo una mortal herida.

XIII.

Un soldado, llamado Juan de Salamanca, que se hallaba cerca del caudillo, se apeó de su caballo, y arrebatando de manos del general de los mejicanos el estandarte, le asestó un golpe que le dejó sin vida, y despues entregó á Cortés aquel trofeo que tanto estimaban sus contrarios.

Era Salamanca persona de calidad, y al regresar á España premió el monarca su hazaña, concediéndole algunas mercedes y autorizándole para que usara en su escudo de armas, como emblema de su valor, el penacho que coronaba el estandarte.

XIV.

Los mejicanos, al ver en poder de los españoles las insignias de su imperio, abandonaron las armas y corrieron despavoridos á refugiarse en los bosques.

Los fugitivos ocuparon tambien los montes vecinos, y en breve término quedaron los españoles dueños del campo.

Cortés consignó á su ejército dos horas de saqueo.

El botin fué considerable.

Del ejército mejicano murieron más de veinte mil hombres.

Del de Cortés sólo murieron tres, y hubo además unos cuantos heridos y contusos.

El ilustre caudillo recibió una pedrada, que abollando su armadura, le produjo una ligera escalabradura.

XV.

Mientras que los soldados se entregaban al saqueo y registraban á los mejicanos que habian quedado en el campo de batalla, algunos de los fugitivos conversaban en la cumbre de las montañas.

—¿Quién habia de creer,—decia uno,—que un puñado de aventureros habia de poner en fuga á nuestro formidable ejército?

—Es que su caudillo,—decia otro,—es un hombre superior. Su ingenio esclavizó el espíritu del gran Motezuma; su osadia le ha hecho permanecer entre nosotros y mandarnos á pesar nuestro; su fortuna y su valor le acompañan por todas partes, y le hacen más temible que si trajese en su ayuda un ejército tan numeroso como las arenas de la gran laguna.

—Además, que el ejército de Hernan Cortés no es tan insignificante. Forman parte de él los tlascaltecas y algunos tezcucanos, y todas estas fuerzas, dirigidas por una voluntad enérgica, han de producir necesariamente fatales resultados para nosotros.

—Luego,—exclamaba otro,—como son ambiciosos, nada tienen que perder; y como saben que nosotros poseemos inmensas riquezas, luchan desespera-

damente, y el valor de la desesperacion es el más invencible.

XVI.

Hernan Cortés, despues de dar gracias á Dios por la nueva victoria que habia alcanzado, dictó las disposiciones convenientes para proseguir la marcha en direccion á Tlascala.

De esta manera terminó la célebre batalla de Otumba; una de las páginas más brillantes de la historia de la conquista del Nuevo Mundo, uno de los timbres más gloriosos de la vida del ilustre caudillo, y uno de los más ricos florones de su triunfante corona.

Capitulo LXXII.

Despues de la victoria.

I.

La victoria alcanzada por los españoles en la memorable batalla de Otumba se debió principalmente, como todas las conseguidas sobre los indios, á la intervencion de la Providencia.

Un suceso, cuyo recuerdo se conserva todavía, vino á decidir la suerte de las tropas que acaudillaba Hernan Cortés.

En lo más encarnizado de la lucha, en lo más rudo de la pelea, en lo más sangriento del combate, cuando los españoles empezaban á notar que decaian sus fuerzas, cuando se apoderaba de ellos el desaliento al ver lo inútil de su valor, de su arrojo, de su energía; cuando desconfiaban de poder vencer á sus enemigos, que cada vez aparecian más numerosos, un

resplandor dulcísimo, vivificante, consolador, iluminó el espacio.

Instintivamente dirigieron su vista al cielo, y su sorpresa fué indescriptible al distinguir rodeado de una aureola espléndida al Apóstol Santiago, que lanza en ristre y con la mirada fija en los españoles, les animaba á continuar luchando, asegurándoles desde luego la victoria.

II.

Con tan poderoso auxilio los españoles recobraron las fuerzas perdidas, y arremetiendo con más ímpetu, con más vigor, con más decision que nunca contra aquel formidable ejército, no tardaron en quedar dueños del campo.

Los mejicanos, amedrentados de aquel espectáculo, huian despavóridos y apenas oponian resistencia á los conquistadores.

Es tambien indudable que á una inspiracion divina debió Hernan Cortés la idea de apoderarse del estandarte del ejército enemigo, idea que coronó los esfuerzos de su ejército.

III.

Pero continuemos el hilo de esta verídica historia.

Despues de terminada la batalla y de entregarse los soldados á los excesos del pillaje, excesos sólo dis-

culpables por la embriaguez que produce la lucha, Hernan Cortés reunió á sus tropas.

—Es necesario,—les dijo,—proseguir la marcha. Las vecinas montañas, cuajadas de enemigos, son un peligro, una amenaza constante á nuestra seguridad. Cerca de aquí se divisa un caserío de pequeña poblacion. Aproximémonos á él para pernoctar y para atender al cuidado de nuestros hermanos, que se hallan heridos.

Los soldados obedecieron las órdenes de su caudillo.

Los gritos y las amenazas de los indios se oian contínuamente.

IV.

Al amanecer se puso en marcha el ejército español.

Poco despues descubrieron la muralla de Tlascala.

Los habitantes de esta ciudad que formaban parte de la division de Cortés, al regresar á su patria, besaron el suelo como el hijo cariñoso que vuelve al regazo de su madre.

A la entrada de la ciudad habia un manantial de cristalinas aguas.

Allí aplacaron todos la sed devoradora que les habia producido la marcha y las fatigas de la pelea.

Hernan Cortés recomendó á sus soldados que tratasen con el mayor afecto á los tlascaltecas, procu—

rando conservar las buenas relaciones que con ellos tenian.

En su propósito de no aparecer hostil á los de Tlascala, mandó hacer alto en Gualipar, villa de considerable poblacion.

Queria enviar un mensaje al senado, pidiéndole permiso para su entrada en la ciudad.

V.

Los habitantes de Gualipar le recibieron de una manera espléndida.

Todos á porfía ofrecian sus casas á los expedicionarios, les agasajaban con cuanto tenian, y todo demostraba en ellos la sinceridad de su alegría y la veneracion que les producia la presencia de los extranjeros.

VI.

Cuando los enviados de Cortés fueron á Tlascala á dar á conocer al senado los deseos de su caudillo, ya habia llegado allí la noticia de su victoria.

La fama de su gloria cundió por la ciudad con rapidez eléctrica.

Desde aquel momento se aprestaron todos á visitarle.

Magiscatzin, su leal amigo, con los altos dignatarios de la república, corrió á abrazar al caudillo de los españoles.

Acompañaba tambien á la comitiva un anciano venerable.

La bondad de su rostro le hacia más simpático por la desgracia de ser ciego.

Este anciano era Xicotencal, el padre del caudillo indomable del mismo nombre á quien ya conocemos.

VII.

Magiscatzin fué el primero, que adelantándose á la comitiva, estrechó afectuosamente en sus brazos á Hernan Cortés.

De cuando en cuando se separaba de él, le contemplaba con entusiasmo y volvia á abrazarle de nuevo.

Todo en él indicaba la admiracion que le producia qne se hallase vivo despues de la terrible batalla que habia reñido con los mejicanos.

Xicotencal el ciego, extendiendo los brazos hácia el sitio en donde se hallaba el caudillo:

—¿Dónde está, dónde está ese héroe?—exclamaba:—Quiero estrecharle en mis brazos, y sólo siento que los dioses no me concedan la dicha de poder ver su semblante, de poder admirar á ese sér sobrenatural que tantas victorias ha conseguido.

Los senadores, los ministros, los altos dignatarios de la república, iban felicitando al caudillo de los españoles, y despues saludaban afectuosamente á los capitanes y soldados á quienes conocian.

VIII.

Xicotencal el hijo fué el que ménos expansivo se mostró en aquella entrevista.

El recuerdo de que habia tenido que doblegar su indómito carácter, su entereza militar á Hernan Cortés, le mortificaba, y en el fondo de su alma sentia avivarse de nuevo el deseo de la venganza.

IX.

En las conversaciones que tuvo Cortés con los tlascaltecas, se convenció una vez más de la sinceridad de su afecto.

Lo que más le alegró fué la noticia de que estaban reuniendo sus tropas, y de que muy pronto podria tener á sus órdenes treinta mil hombres para que le auxiliasen en su marcha.

Doliéronse de sus heridas, considerándolas como un desman sacrílego de aquella guerra sediciosa.

Sintieron la muerte de los españoles, y especialmente la de Juan Velazquez, cuyas prendas personales estimaban en alto grado.

Al terminar su conversacion, añadieron que podia contar con ellos para todo, porque ya no sólo se consideraban sus aliados, sino los vasallos de su rey; y por estas dos razones creian una obligacion de

amistad y vasallaje ponerse de su parte y morir á su lado si era preciso.

Hernan Cortés les manifestó su gratitud por sus reiteradas ofertas, y se persuadió de que la victoria de Otumba borraba en la imaginacion de los tlascaltecas las pérdidas que habian sufrido al salir de Méjico.

Esta opinion le era muy favorable á su prestigio.

X.

—Ahora, si gustais,—añadió uno de los senadores,—venid á la ciudad, donde hallareis un alojamiento digno de vuestra grandeza.

—Mejor seria,—añadió otro,—que aplazáseis vuestra llegada dos ó tres dias para poder hacer los preparativos necesarios para vuestra recepcion, que debe ser todo lo grande, todo lo espléndida, todo lo magnífica que merece vuestro valor, y que conmemore las hazañas que habeis llevado á cabo.

Hernan Cortés sintió una viva satisfaccion al escuchar aquellos propósitos, y pretextando la conveniencia de que descansara su gente, aplazó la marcha.

XI.

Cuando se retiró la comitiva, Xicotencal, cuya altivez se rebelaba en presencia de Cortés:

—Padre,—dijo al anciano,—bien se conoce que no sabeis toda la hiel, toda la infamia que alberga el corazon de ese extranjero. De otro modo, no hubiérais deseado tanto estrecharle en vuestros brazos.

—¿Qué dices?

—Digo que ese aventurero infame ha de ser la ruina de todos nosotros, como lo ha sido de otras tríbus, y juro solemnemente que el dia que los dioses me sean propicios he de bebér la sangre de ese falso amigo.

Xicotencal el ciego nada contestó; pero desde aquel momento se atenuó en gran parte la admiracion y el respeto que le habia infundido el héroe de nuestra historia.

Capítulo LXXIII.

La amistad de los tlascaltecas.

I.

Tres dias se detuvo el ejército en Gualipar, asistido generosamente de cuanto hubo menester por cuenta de la república.

Hernan Cortés, que como ya hemos tenido ocasion de ver, conocia perfectamente el corazon humano y sabia explotar sus debilidades, ordenó á sus soldados que vistieran sus mejores galas.

Las joyas y las plumas de los mejicanos vencidos completaron el adorno de su traje.

Los indivíduos del senado, los caciques y los ministros, acompañados de sus numerosas familias, salieron á recibir á sus aliados y amigos.

Todos ostentaban lujosos atavíos, y en su continente majestuoso daban á entender el alto aprecio en

que tenian á los extranjeros y el ferviente deseo que les animaba de manifestarles el respeto que les inspiraban.

Cubriéronse de gente los caminos.

Los aplausos y los vítores atronaban el espacio.

Al presentarse los españoles, los atabalillos, las flautas y los caracoles entonaron alegre música.

Todo revelaba la inmensa dicha que embargaba á los tlascaltecas.

II.

El ejército se alojó cómoda y convenientemente.

Magiscatzin se obstinó en llevar á su casa á Hernan Cortés, y este admitió su oferta, porque temia si le desairaba infundir en él sospechas.

Todos los caciques se esforzaban en alojar en sus respectivas moradas á los capitanes; pero Cortés, á quien los triunfos obtenidos no le hacian olvidarse de sus deberes, se negó amistosamente á complacerles, pretextando que las ordenanzas de su ejército prohibian á los jefes separarse de sus soldados.

III.

La entrada triunfal en la ciudad de Tlascala tuvo lugar en el mes de Julio del año de 1520.

Al dia siguiente comenzaron las fiestas que se habian preparado en obsequio de los españoles.

Ya se ordenaban desafíos con premios destinados al que mayor acierto desplegase en el manejo de las flechas.

Ya se competia sobre las ventajas del salto y la carrera.

Habia tambien en la ciudad sitios destinados á representaciones dramáticas.

El principal era un gran terraplen de piedra, y el espacio que ocupaban los actores estaba más elevado para que los espectadores pudiesen verlos y oirlos perfectamente.

Las representaciones tenian lugar al aire libre, y los que en ella tomaban parte elevaban de cuando en cuando su mirada, como para inspirarse en aquel magnífico cielo ecuatorial.

Los bailes y las danzas con que amenizaban estos espectáculos eran alegóricos, expresivos y notables por su elegancia y variedad.

Los cánticos que entonaban les recordaban sus batallas ó los hechos memorables de su historia.

Tambien en ellos se condensaban interesantes episodios amorosos.

IV.

Hernan Cortés agradecia aquellas afectuosas demostraciones, y dirigia entusiastas elogios á los actores de aquellas fiestas.

Sus capitanes y soldados manifestaban tambien el mismo entusiasmo, y para granjearse el aprecio de

los tlascaltecas, repartian con profusion entre ellos joyas y adornos de las que les habian correspondido como botin de la batalla de Otumba.

V.

Pero un funesto contratiempo vino á turbar la tranquilidad, la alegría de que todos disfrutaban.

Hernan Cortés habia descuidado la curacion de la herida que recibió en la cabeza en la última batalla, y el excesivo ejercicio de aquellos dias la habia agravado.

Una inflamacion al cerebro que se presentó, seguida de una fiebre, que se hacia más intensa á medida que avanzaba el tiempo, inspiró sérios temores á los que le rodeaban.

Marina nó se separó un instante de él.

La postracion en que se hallaba su amante la consternó.

En los momentos en que el enfermo cedia al cansancio, los ojos de la india brotaban abundantes lágrimas.

Su corazon se desahogaba entonces.

Cuando Cortés la veia, procuraba mostrarse serena, y este esfuerzo que tenia que hacer la despedazaba el corazon.

VI.

Marina escuchaba sin perder una sola de las palabras que pronunciaba en su deliro Hernan Cortés.

Una noche su desesperacion no tuvo límites.

En medio de su insomnio, presa sin duda de los remordimientos que de vez en cuando mortificaban su corazon, conversaba el caudillo con su esposa Catalina, y con la mayor ternura la juraba que sólo ella era dueña de su corazon.

Cuando esto sucedia, la desesperacion de Marina no tenia límites.

—¡Ah! ¡Estoy maldita!—se decia.—¿De qué me sirven los sacrificios que he hecho de mi religion, de mi patria, de todas mis afecciones?

La muerte, sólo la muerte puede poner término á los dolores que me agobian.

Despues de permanecer silenciosa un momento, horrorizada de la idea que habia cruzado por su imaginacion:

—¡Oh! No,—añadió.—¿Acaso puedo disponer de mi vida en la situacion en que me encuentro? ¿No apareceria como parricida á los ojos de Dios?

VII.

Al despertar Cortés, notó en el semblante de Marina una melancolía como nunca habia visto en ella.

Acababa de salir el ilustre caudillo de una de esas pesadillas que tanto entristecian á su amada, y adivinando lo mucho que sufria:

—¿Qué tienes, vida mia?—la preguntó.—Tu inquietud me hace temer alguna nueva desgracia.

Marina no se atrevió á decirle lo que producia su afliccion.

El caudillo insistió.

—¿No tienes ya confianza en mí? Por Dios, te ruego me digas cuál es la causa de tu quebranto.

—Cortés,—dijo suspirando Marina,—soy tan desgraciada, que sólo la muerte podrá acabar con mis penas.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué desesperas? ¿Acaso te falta mi cariño?

—Sólo puedo decirte,—le contestó,—que si el sér que llevo en mi seno no me exigiese el sacrificio de vivir, mis tormentos cesarian en breve.

VIII.

La emocion que esta escena produjo en el conquistador de Méjico agravó su peligroso estado.

Al contemplarle Marina, al conocer que ella y sólo ella era causa de aquella lamentable postracion, juntando sus manos, elevando su mirada al cielo y en actitud suplicante, exclamaba en medio de la mayor amargura:

—¡Qué he hecho, Dios mio! Tal vez mi imprudente conducta vá á acelerar la muerte de mi amado, y á dejar huérfano al fruto póstumo de nuestro amor. ¡Oh! La Providencia castiga mis pecados, haciéndome sufrir los más acerbos dolores, el más cruel martirio.

IX.

La noticia del grave estado en que se hallaba Cortés circuló entre los tlascaltecas.

Al regocijo que habia reinado en la fiesta sucedió una profunda tristeza.

Los festejos se suspendiéron.

Los nobles estaban preocupados, y contínuamente se acercaban á la morada del caudillo para informarse de su situacion.

Los plebeyos se lamentaban tambien de aquel contratiempo.

Marina, la cariñosa é infatigable india, y los servidores que prodigaban sus cuidados al valiente caudillo, tenian que tranquilizar á cuantos acudian á saber cómo se hallaba, para que con sus exclamaciones no agravasen su dolencia.

X.

Los senadores avisaron inmediatamente á los médicos más famosos de la república.

Su ciencia, como es de presumir, se reducia al conocimiento de las yerbas medicinales.

La práctica les habia hecho apreciar sus virtudes curativas, y las aplicaban con asombrosa oportunidad.

Aunque la ciencia médica se hallaba en su infancia, instintivamente se servian de ciertas yerbas, que por efecto de su aplicacion determinaban las enfermedades, y entonces propinaban al paciente ciertos medicamentos que producian su completa curacion.

Antes de atender á la herida de Cortés, dirigieron toda su atencion á destruir la fiebre que le devoraba, y cuyos progresos hacian temer un resultado fatal.

Cuando esto consiguieron, se dedicaron á cicatrizar su herida, y al poco tiempo lograron el resultado apetecido.

El jefe de los españoles recobró su salud.

XI.

Al saberse tan feliz noticia, la alegría brilló de nuevo en todos los semblantes, y en los dias que siguieron á su restablecimiento se vió rodeado de los senadores, de los altos dignatarios de la república, de los caciques, de los ministros, de todos sus amigos, en fin, que con las frases más cariñosas, con la expresion del más sincero afecto, le demostraban cuánto se interesaban por su salud.

Hernan Cortés, con la bondad que le caracterizaba, con la elocuencia que le era propia, dió gracias á todos por la generosidad de sus sentimientos, y despues de despedirse de ellos reiterándoles su amistad y proteccion, se consagró de nuevo á los delicados

asuntos que reclamaban su cuidado, para llevar á cabo la mision que tenia que cumplir en aquellas lejanas tierras.

Esta mision se hacia cada dia más difícil.

Los soldados perdian la esperanza, los víveres escaseaban; sólo un milagro de la Providencia podia salvar á los españoles.

Capítulo LXXIV.

La curandera.

I.

Deseaba vivamente nuestro caudillo saber el estado en que se hallaban las cosas en Veracruz, porque este punto era de suma importancia para una retirada.

Al efecto escribió á Rodrigo Rangel, que capitaneaba aquellas fuerzas, y este valiente español despachó un emisario para que le enterase detalladamente de cuanto ocurria.

Apenas avisaron á Hernan Cortés su llegada, se apresuró á recibirle.

El soldado con el mayor respeto:

II.

—Esta carta, señor,—le dijo,—me acredita cerca de vos como enviado de Rodrigo Rangel.

—A la verdad que me alegro infinito poder apreciar una vez más la actividad, el celo, la lealtad que distinguen á vuestro jefe. Ahora díme en qué situacion se encuentra Veracruz, y si los soldados se hallan bien asistidos.

—Allí reina una completa tranquilidad. Todos hemos procurado estrechar la buena amistad con que nos han brindado los zempoales, totonaques y demás naciones confederadas; así es que continúan prestándonos su apoyo, y de nada carecemos.

—¿Es decir, que por esa parte nada tenemos que temer?

—Yo no sé qué contestaros. Ocho soldados y un cabo que salieron con direccion á esta provincia, no han vuelto. Por lo que hemos podido comprender, los indios dicen que los han muerto en la provincia de Tepeaca.

III.

Esta noticia alarmó al ilustre conquistador.

Despidió al emisario, porque le era indispensable averiguar cuanto antes lo que habia ocurrido, y no tardó en saber por los tlascaltecas, sus amigos, que era cierta aquella fatal noticia.

Supo tambien que á la provincia de Tepeaca habian llegado algunos mejicanos, y como podian dificultar su paso para Veracruz, trató de excitar á los tlascaltecas sus aliados para que le ayudasen á destruir aquel obstáculo.

El senado vacilaba en acceder á las súplicas de Hernan Cortés; pero una circunstancia favorable á este vino á inclinar en su favor á aquellos altos dignatarios.

Los desmanes que habian cometido algunos de los soldados mejicanos apostados en la frontera, causaron profunda indignacion en Tlascala, y todos desearon secundar los planes de Cortés para castigar las ofensas que les habian inferido al penetrar en su territorio.

IV.

¿A quién obedecian aquellos mejicanos que se unian á los tepeaqueses para dificultar el paso de los españoles?

Van á saberlo nuestros lectores.

El cacique Hijuilho habia recibido una inesperada visita de Litzajaya.

La ambiciosa india aspiraba á ocupar el trono de Méjico, casándose con el príncipe de Iztacpalapa, y este la habia ofrecido que accederia á su proyecto si conseguia antes exterminar á los españoles.

Litzajaya vió la posibilidad de cortarles la retirada por Tepeaca y Zempoala, y con este objeto fué á ver á Hijuilho.

V.

—Traigo para vos una mision importante,—le dijo;—el príncipe de Iztacpalapa, el sucesor de Mote-

zuma, el emperador de Méjico, me autoriza para que pongais á mi disposicion toda la gente que se pueda reunir en este territorio.

—¿Con qué objeto?

—Con el de exterminar á los extranjeros.

—¿Y sois vos quien vá á realizar esa empresa?—dijo con desconfianza el cacique.

—¿Acaso no me creeis con valor suficiente para ponerme al frente de las tropas y morir peleando en defensa de la patria.

Además, no es el sentimiento de la independencia el que me alienta en estos momentos, es el deseo de vengarme de los de Panuco. Yo era reina allí; mé han destrònado, y el actual soberano de Méjico me ha ofrecido su mano si consigo destruir á los extranjeros.

. . . .

VI.

Litzajaya notaba que Hijuilho apenas prestaba atencion á sus palabras.

Sin poder adivinar la causa de su distraccion, atribuyéndola á desprecio, le preguntó ardiendo en ira:

—¿Quereis decirme la causa de ese desvío, de esa indiferencia en estos momentos solemnes, cuando se trata de la salvacion de la patria?

—¡Ah! No me juzgueis tan ligeramente. Es que el dolor se ha apoderado de mi corazon, y ante la gran desgracia que pesa sobre mí, todo cuanto pueda suceder no aumentará mis penas.

—¿Qué decís?

—Mi hija Afhaibima se halla postrada en el lecho, y toda la ciencia de los más sábios no ha conseguido detener los progresos de su enfermedad.

—Yo te prometo, si accedes á lo que te he indicado, devolver la salud á tu hija.

—¡No me engañes! Los dioses no podrian perdonarte jamás que te gozases en el tormento de un padre desgraciado.

—Te juro solemnemente que dentro de breves dias tu hija estará completamente restablecida. Yo conozco la virtud de todas las yerbas y flores, desde el cempoalxochith (1) hasta el xochithpoalhi (2); y cuantos enfermos he asistido hasta ahora, todos han recobrado su salud.

—Que yo no pierda á mi hija, y pídeme en cambio cuanto quieras, aunque sea mi propia vida.

VII.

Litzajaya se dedicó con el mayor esmero á cumplir lo prometido.

A la postracion en que se hallaba Afhaibima sucedió una mejoría notable.

Su demacrado semblante fué llenándose poco á poco.

Sus ojos, amortiguados, tristes, recobraron la viveza, la expresion, la fogosidad de otras veces.

---

(1) Flor de los muertos.

(2) Flor de la vida, ó de la salud.

Su semblante empezaba á recobrar su alegría habitual, y todo hacia prever que la convalecencia seria corta y feliz.

La bella enferma, que apenas tendria quince años, dirigia cariñosas miradas á Litzajaya, y en ellas le revelaba la gratitud que sentia por los cuidados que le habia prodigado.

Era verdaderamente asombroso que una enfermedad calificada por todos de incurable, hubiera cedido tan pronto á las prescripciones de Litzajaya.

VIII.

Cuando el cacique la estrechó en sus brazos, su satisfaccion fué inmensa.

—¿Con qué podré pagarte,—dijo á Litzajaya,—el bien que nos has hecho?

—Con cumplir lo ofrecido. Avisa á tus guerreros, ponlos á mis órdenes, y pronto los españoles hallarán un poderoso baluarte en los pechos de nuestros hermanos, que les obligará á detenerse en su marcha; pronto Tepeaca y Zempoala caerán sobre los invasores y castigarán los desastres que nos han causado.

El cacique obedeció.

Capítulo LXXV.

Actitud del senado de Tlascala.

I.

Cuando Cortés se disponia á salir á castigar á los que se atrevian á traspasar la frontera y á hostilizar á los moradores de la ciudad en donde era objeto de tantas simpatías, le avisaron la llegada de tres embajadores, que en nombre del emperador de Méjico venian á conferenciar con el senado.

Reunióse este, y como era natural, asistió tambien Cortés.

—Yo creo,—decia uno de los senadores,—que debemos negarnos á recibir á esos enviados. La conducta observada por el emperador de Méjico nos releva de toda consideracion.

—Soy de la misma opinion,—añadió otro.—Además, no es posible pactar con los que tan pronto han

olvidado sus deberes, y vienen á hostilizarnos á nuestro mismo territorio.

—¿Quién sabe si proyectan tendernos algun lazo? —prosiguió un tercero.

—De cualquier modo,—dijo un anciano á quien todos respetaban por la profundidad de sus conocimientos, por el tacto con que se conducia en los momentos más solemnes,—no debemos negarnos á recibir á esos embajadores. Oigámosles, estemos prevenidos para cualquiera sorpresa, y si en sus proposiciones descubrimos alguna amenaza encubierta, el valeroso Hernan Cortés que se halla á nuestro lado, nuestro poderoso amigo y aliado, se pondrá al frente del ejército, y la osadía de los mejicanos sufrirá el castigo merecido.

II.

Hernan Cortés aplaudió con entusiasmo la determinacion del anciano.

Sus palabras hallaron eco en todos los corazones, y á su prestigio se debió principalmente el que accedieran á recibir la embajada los que con tanta obstinacion se negaron al principio.

Terminado el consejo, se envió órden á los embajadores, manifestándoles que el Senado se disponia á recibirlos.

Hicieron su entrada con grande aparato y gravedad.

Iban delante los tamenes cargados con ricos presentes.

Consistian estos en adornos y joyas de oro y plata.

Tambien llevaban ropas finas y preciosos penachos.

Toda la comitiva llevaba unas insignias que significaban la paz.

El acompañamiento de criados y servidores de todas clases era numeroso.

El senado, reunido en pleno, esperó en el tribunal la llegada de los embajadores.

III.

Aunque los senadores habian rogado á Cortés que asistiese á aquella ceremonia, se negó, pretextando que queria dejarles obrar con la mayor independencia.

Estaba seguro de la lealtad de los tlascaltecas, y comprendia que le participarian cuanto ocurriera en aquella entrevísta.

Los embajadores se presentaron en el tribunal.

Despues de saludar respetuosamente:

IV.

—Venimos,—dijo uno de ellos,—en nombre del príncipe de Iztacpalapa, del emperador de Méjico, nuestro soberano, á ofreceros de su parte paz y alianza perpétua. Tiempo es ya de que cesen entre nosotros esas terribles luchas, en las que se ha derramado la sangre generosa de nuestros hermanos.

—Tambien nosotros pedimos á los dioses que cesen esas guerras fratricidas.

—Es tambien el deseo del poderoso monarca que nos envia, establecer la libertad de comercio para ambas naciones, y no se ocultará á vuestra ilustracion las ventajas que esta medida ha de proporcionarnos á todos.

—¿Y bajo qué condiciones se ha de celebrar esa paz que proponeis?—preguntó uno de los senadores.

—Con la de unirnos todos para destruir por la astucia ó por la fuerza á esos miserables extranjeros.

V.

Un murmullo de indignacion acogió estas palabras.

El que las pronunció, haciendo caso omiso de aquella protesta, continuó:

—Aun recordamos con dolor los excesos que han cometido los invasores. Nuestras hijas han sido víctimas de la lascivia de los soldados; nuestros ídolos han sido hechos pedazos; han profanado nuestros templos, y la ambicion de esos aventureros rapaces les ha hecho cometer mil crímenes, mil iniquidades para apoderarse de nuestros tesoros.

Rasgad el velo que ciega vuestra razon, considerad esa falsa amistad de los extranjeros en su verdadero valor, y convenceos, antes que los desengaños os hagan sentir las consecuencias de vuestra creduli-

lidad, de que la proteccion de unos extranjeros no puede ser leal, de que abrigan propósitos de conquista que sembrarán el luto y la desolacion en estas comarcas.

—Mengua seria en nosotros acceder á tan infames proposiciones. Nunca lanzaremos nuestros guerreros contra el jefe glorioso, cuya leal amistad apreciamos cada dia más. Retiraos, porque necesitamos deliberar acerca de lo que conviene á la república. Pronto sabreis la resolucion que hemos adoptado para que la comuniqueis al monarca que os envia.

VI.

Los embajadores abandonaron la estancia.

El senado se constituyó en sesion secreta.

—Es imposible acceder á lo que propone el príncipe de Iztacpalapa. Los españoles no nos perdonarian jamás esta traicion.

—Por nada del mundo debemos faltar á la fé jurada á nuestros aliados.

—¿Qué pensarian de los que tan villanamente faltaban á las leyes del hospedaje?

—Que las bases de la paz sean razonables, que no sean atentatorias al buen nombre de ninguna de las dos naciones contratantes, y entonces seremos los primeros en aceptarlas.

—Lo mejor que puede hacerse es enviar tres indivíduos de este cuerpo, haciéndoles conocer nuestro acuerdo.

VII.

Todos aprobaron esta determinacion.

Procedióse en seguida á la eleccion de los que habian de componer la embajada.

Una vez designados, se les recomendó eficazmente la mayor cortesía para llevar á cabo aquella mision.

Los funcionarios encargados del mensaje del senado partieron.

Al llegar al alojamiento designado á los embajadores del emperador de Méjico, no hallaron á ninguno de ellos.

VIII.

Preguntaron á los servidores que habian puesto á sus órdenes, y supieron que los enviados del príncipe de Iztacpalapa, al ver la mala acogida que habian tenido en el senado, abandonaron la ciudad inmediatamente que terminó el consejo.

Añadieron que no habian creido conveniente detenerlos, porque habia corrido la voz en Tlascala de que venian contra los españoles, y temieron algun movimiento popular que atropellase las prerogativas de su ministerio y destruyese los propósitos del senado.

Capítulo LXXVI.

Una ceremonia imponente.

I.

Xicotencal el jóven, que como senador habia asistido al consejo celebrado en Tlascala, guardó el mayor silencio y se dejó llevar de la opinion general.

Sin duda temia la indignacion de sus compañeros.

Cuando terminó aquella reunion, volvió á su casa.

El disgusto se pintaba en su semblante.

De cuando en cuando prorumpia en imprecaciones, y su furor, en vez de calmarse, cada vez tomaba mayores proporciones.

Su padre y su esposa le preguntaron la causa de su agitacion.

II.

—La cólera me ciega,—exclamó.—En este mo-

mento acaba de llegar una embajada del emperador de Méjico proponiéndonos la paz.

—¿Y eso te inquieta?—preguntó su esposa Amaiza.—Yo, por el contrario, doy mil gracias á los dioses, porque de ese modo ya no te separarás de mi lado, ya no expondrás tu vida, y podré yo vivir dichosa consagrándote todo mi cariño.

—No es esa proposicion la que enciénde mi ira. Es que al ofrecer la paz exigian los mejicanos que nos uniéramos á ellos para exterminar á los extranjeros, y el senado, con fútiles escrúpulos, con especiosos pretextos, se ha negado á romper la amistad que le unen con nuestros verdugos.

Cuando pienso que se me presentaba la ocasion de realizar mis deseos, de vengarme de las tropelías que han cometido esos aventureros, y que por la fascinacion de unos cuantos tengo que renunciar á ella, mi sangre arde, y hay momentos en que hasta el suicidio se presenta á mi imaginacion como el único medio de calmar la inquietud que me devora.

—Mucho convendría, en efecto, hijo mio,—contestó su padre, el anciano ciego,—celebrar la paz con el emperador de Méjico, cuyo formidable ejército nos obliga siempre á estar sobre las armas.

Pero el sacrificio que nos impone no es posible aceptarle.

—Es decir, que para vos nada significa el intento de los españoles, de aniquilar y destruir nuestra religion, de alterar nuestras leyes y forma de gobierno, é imponernos un yugo tan deshonroso como el

que impusieron á las tribus que han dado crédito á sus supercherías?

—Los españoles no han demostrado que abriguen esos propósitos que tú supones. Es cierto que en otras tribus han sido causa de mil desastres; pero tambien lo es que sus habitantes no se han conducido con ellos de la manera que merecen.

Nosotros no les debemos más que gratitud, y una prueba del prestigio de que aquí gozan, es el recibimiento que se les ha tributado, la veneracion de que son objeto.

Recuerda el sentimiento que produjo la enfermedad del caudillo en todos los tlascaltecas, y te convencerás de lo imprudente de tus palabras, de que esos exagerados temores no pueden hallar eco en nadie.

III.

Xicotencal, al verse contrariado, abandonó su casa sin despedirse de su padre.

El anciano quedó sumido en la mayor desesperacion, porque conocia el carácter impetuoso de su hijo, y temia que su cólera le arrastrase á cometer algun atentado, cuyas consecuencias fueran desastrosas para todos.

Amaiza, la amante esposa, sufria en silencio, porque no queria amargar los dolores que se revelaban en la fisonomía del anciano.

Xicotencal anduvo maquinalmente más de una hora sin direccion fija.

No sabia qué partido tomar.

De repente una idea cruzó por su imaginacion.

—Consultaré á Azahel acerca de la conducta que debo observar.

Y cambiando de direccion, trepó por una montana, internándose por una estrecha y larga cordillera.

IV.

El viejo Azahel era, como recordarán nuestros lectores, un butío á quien se atribuia gran influencia sobre el mónstruo que habitaba en las entrañas del rio Zalmal.

Cuando llegó Xicotencal á la mazmorra que servia de albergue á aquel agorero, le halló ocupado en una tarea que le horrorizó.

Al rededor de una jaula, dentro de la cual habia un enorme jaguar, habia acopiado grandes troncos de árbol.

En la parte superior de la jaula habia un pequeño agujero.

En el momento de prender fuego á los troncos, colocados de manera que produjeran la llama, pero que no incendiaran la prision de la fiera, comenzó á verter por aquel agujero una sustancia pegajosa y que exhalaba un olor muy acre.

Caia en la cabeza del animal, y poco á poco se iban amortiguando sus fuerzas.

Azahel no separaba la vista de su víctima, y cuando vió que nada podia temer abrió la jaula.

El animal se iba hinchando por momentos, y por sus fauces destilaba un líquido viscoso de un color negruzco.

V.

Xicotencal no se atrevia á desplegar los labios.

Azahel penetró en su madriguera, y no tardó en volver armado de una especie de cuchillo, formado de pedernal muy cortante.

Le pasó dos ó tres veces por la piel del jaguar, y cada movimiento que hacia producia un gemido que helaba la sangre.

Terminada esta operacion, el animal volvia á su inmovilidad habitual.

El butio meneaba de cuando en cuando la cabeza, como dando á entender que no habian correspondido sus experimentos al fin que se habia propuesto.

Despues de permanecer pensativo algun tiempo, arrastró al jaguar hasta la jaula y le encerró de nuevo en ella.

Xicotencal entonces se atrevió á dirigirle la palabra.

VI.

—Venia á consultaros sobre la resolucion que de-

bo tomar en vista de las gráves circunstancias que atraviesa mi patria.

—Adivinaba que llegarias en breve, y me preparaba á satisfacer tu demanda. Ese jaguar que yace casi moribundo debe recobrar la vida antes de que la noche tienda su negro manto. Si esto sucede, es que debes ponerte al frente de tus guerreros para arrojar á los españoles de tu patria. Si muere antes del crepúsculo, es señal de que los senadores, y con ellos la ciudad de Tlascala, deben estrechar más y más la amistad que les une con los extranjeros.

VII.

Xicotencal se asombraba de lo maravillóso de la ciencia de aquel anciano.

No podia explicarse cómo podia conocer con tanta exactitud los propósitos que allí le llevaban.

El anciano continuó:

—Para provocar la reaccion que espero, necesito tu concurso.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Ven conmigo.

Y le llevó á la cueva que le servia de habitacion.

Levantó una piedra que ocultaba un agujero como de media vara de espesor, y acto contínuo aparecieron dos repugnantes hazchacoraides.

—Cógelos,—dijo,—y vé allí fuera mientras yo coloco la piedra en su sitio.

Xicotencal sentia una gran repugnancia en obedecer al anciano; pero por temor de que calificase de cobardía su negativa, se aprestó á obedecerle.

Cuando el anciano se halló en su presencia destripó á aquellos dos reptiles, y con una pluma que impregnó en sus entrañas humedeció las fauces del jaguar.

Esto le produjo una sacudida violenta, que por lo inesperada amedrentó al esforzado guerrero.

Pasada aquella, comenzó á desentumecer sus miembros, y poco á poco fué volviendo á la vida.

VIII.

—Ya sabes lo que tienes que hacer,—dijo Azahel con voz solemne, señalando al jaguar.—Ese animal recobra la vida: que Tlascala recobre la independencia, la gloria, la felicidad de otros dias.

Xicotencal se despidió.

Alentado por lo que acababa de ver, cuando llegó á Tlascala pidió al senado que se reuniese, anunciando que tenia que hacer revelaciones importantes.

Todos se apresuraron á complacerle, y una vez en su presencia les refirió la escena que acababa de tener lugar.

IX.

Todos creyeron aquello una superchería para obligarles á romper la amistad con los españoles.

La indignacion de algunos senadores llegó hasta el punto de pedir la pena de muerte para aquel hombre sedicioso, que intentaba perturbar la tranquilidad pública.

Uno de los que más insistieron fué el padre del delincuente, el venerable ciego, que no podia acostumbrarse á la idea de que un hijo pérfido empañase el brillo de su familia con aquel atentado.

La pundonorosa actitud del virtuoso senador aplacó la ira de sus compañeros, y por unanimidad acordaron atenuar la pena que pensaban imponer al rebelde.

Despues de vituperar su conducta con la mayor severidad y acritud:

X.

—Despojad á ese traidor de las insignias militares,—dijo el presidente á uno de los celadores de aquel alto cuerpo;—quitad de sus manos ese baston que envilece su contacto. Desde hoy cesa en el mando del ejercito, y por lo tanto pierde todas las prerogativas anejas á ese cargo. El que comete el desacato de querer destruir las deliberaciones del senado por medio de viles ardides, no merece más que el desprecio y la execracion de todos.

XI.

Inmediatamente el funcionario dependiente del

senado que asistia á aquel imponente acto acercóse á Xicotencal, y despues de obligarle á subir las gradas del tribunal, hizo la ceremonia de arrojarle violentamente.

Así terminó aquella solemne reunion, y Xicotencal, al verse exonerado, abandonó aquella estancia silencioso, triste, desesperado.

Capitulo LXXVII.

Una resolucion heróica.

I.

La separacion del hijo de Xicotencal del mando del ejército tlascalteca, cundió por toda la ciudad.

Todos aplaudian la determinacion, y aun algunos calificaban de leve el castigo que le habian impuesto.

Hernan Cortés, que veia el prestigio que conservaba entre aquellos indios, trató de aprovecharse de las circunstancias para reiterar su peticion al senado.

—No es posible,—les dijo,—excusar el castigo de esa nacion que ha venido á insultarnos. Su rebeldía, la muerte alevosa que han dado á algunos de mis compatriotas, reclaman un ejemplar castigo. Además, su permanencia en la frontera es un peligro para la república, y yo no puedo, no debo consentir, ni consentiré, como aliado y como amigo, que continúen hostilizándonos. Si no atajamos en su orígen el mal,

podemos sufrir pérdidas terribles. Tal vez Xicotencal en estos momentos haya abandonado su patria y excite á las tríbús vecinas para que vengan contra nosotros. Yo espero, yo suplico, yo exijo de vosotros que pongais á mi disposicion las tropas de la república, y en breve desaparecerán de las fronteras esos rebeldes.

El senado decretó que saliesen los tlascaltecas unidos con los españoles á atacar á los tepeaqueses.

VII.

Despues de haber sido exonerado Xicotencal, se dirigió á su casa.

La desesperacion se pintaba en su rostro.

Su altiva mirada tomaba á veces una expresion siniestra, y todo indicaba en él que acariciaba ideas de venganza.

Amaíza, su cariñosa esposa, comprendiendo lo que sufria su amado, le preguntó:

—¿Qué tienes, bien mio? Hace dias que noto en tí una pena, un malestar que me mortifica. Desecha esas ideas que te agitan, vuelve á mis brazos, y díme cuál es la causa de tu tormento.

El indómito guerrero vaciló en contestar.

Pero al fin, deseando desahogar la pena que le devoraba:

III.

—Amaiza, la patria está en peligro, y cuando

trato de salvarla, en vez de hallar eco mis palabras en los senadores, en los representantes del poder supremo, sólo alcanzo en premio de mis generosos, de mis nobles, de mis patrióticos deseos, el desprecio, la execracion, el insulto.

Los extranjeros que tantas desventuras ocasionaron á Motezuma, se han apoderado de la voluntad de los senadores.

En vano he tratado de hacerles comprender que siendo amigos los tlascaltecas de los mejicanos, que aliándose se salvaria la patria, porque estos últimos no tardarian en seguir nuestro ejemplo, declarándose en república. Tlascala no seria entonces tributaria del imperio, la paz renaceria de nuevo, y unidos todos, aniquilaríamos á esos aventureros, que han venido á sembrar aquí la discordia, el espanto, la desolacion.

Amaiza, al notar la vehemencia con que se expresaba, al contemplar el fulgor que despedian sus miradas, no se atrevió á contestar.

IV.

Xicotencal prosiguió:

—Queriendo convencerme de la oportunidad de mis propósitos, he ido á consultar al butio Azahel.

Antes de que le dijera el objeto de mi consulta me ha demostrado que conocia todas las desventuras que pesan sobre nosotros.

¡Su ciencia es prodigiosa!

Ha hecho varios experimentos en mi presencia, y ellos le han demostrado palpablemente lo acertado de mis propósitos.

Al referir al senado las investigaciones que habia hecho, me han llamado impostor, han calificado de desacato mi noble deseo, y despues de tratarme de la manera más villana, más injuriosa, han llevado su infamia hasta el punto de exonerarme en público.

Al oir estas últimas palabras, Amaiza prorumpió en abundoso llanto.

V.

—No llores; con sangre, no con lágrimas, se borran estas manchas que empañan la honra. Juro por los dioses, que son testigos de la razon que me asiste, que he de vengarme de los que han añadido al insulto la afrenta.

Voy á levantar una faccion de hombres aguerridos, de hombres cuyo corazon se inflame al santo grito de la independencia, y cuando esté reunida caeremos sobre el senado, le incendiaremos, y así concluiré de una vez para siempre con los traidores de la patria.

—Maldicion, hijo infame, maldicion sobre tí que abrigas pensamientos tan cobardes, que revelas tus entrañas de hiena, que en tu deseo de venganza no vacilas en ser parricida,—exclamó, presentándose en la estancia, su padre, que habia oido toda la conversacion.

El hijo quedó anonadado ante la presencia del anciano.

VI.

Este prosiguió:

—¡Dí, miserable! ¿Acaso has olvidado la gratitud que debes á tu patria, que te habia encumbrado á una de las más altas dignidades? ¿Acaso has olvidado que deseando premiar mis servicios se te habia conferido el mando del ejército de la república?

¡Ah!—añadió el anciano, prorumpiendo en amargo llanto.—¡De qué sirve una vida llena de sacrificios, un nombre inmaculado, una existencia honrada, cuando un hijo criminal, cegado por la cólera, quiere añadir á su execrable conducta el atentado de atropellar los fueros del poder supremo, y en su obcecacion no retrocede ante la idea del parricidio!

VII.

Lágrimas de dolor surcaban sus mejillas.

Despues de una breve pausa, continuó:

—¡Oh! ¡Que mis culpas deben ser grandes cuando los dioses me castigan de una manera tan cruel!

Aun recuerdo con espanto aquella noche en que inquieto por tu tardanza, temeroso de que hubieras sido pasto de las fieras, salí en tu busca.

Una horrible tempestad se desencadenó, y el trueno retumbaba en las montañas.

Yo no tenia valor para retroceder, porque mi de-

ber de padre me impulsaba á seguir caminando hasta encontrarte.

De pronto un relámpago brilló en el firmamento, y al extender su resplandor apagó la luz de mis ojos.

La tempestad cesó, y al encontrarme tú en aquel estado, me condujiste á casa y me juraste solemnemente que no me ocasionarias el menor disgusto, que tu conducta me haria borrar los sinsabores de mi ceguera, que tu cariño me indemnizaria de tan espantosa desgracia.

VIII.

Y como si le faltaran las fuerzas para sobreponerse á su infortunio, exclamó con voz suplicante:

—¡Mátame, hijo mio! ¡Mátame, y no me harás tanto daño como el que experimento en el último tercio de mi vida al tener que avergonzarme de haberte dado el sér!

—¡Perdon, padre mio, perdon!—exclamó Xicotencal, postrándose de hinojos y abrazando las rodillas del autor de sus dias.—Vos me habeis recordado mi deber. Yo me haré digno de vuestro aprecio.

—Cumple como bueno,—dijo el anciano.

Y se alejó de la estancia.

IX.

Xicotencal quedó abismado bajo el peso de sus remordimientos.

Contrarias idéas cruzaban por su imaginacion.

Su indómito carácter se rebelaba al pensar que tenia que renunciar á sus propósitos de venganza.

La palabra empeñada á su padre le obligaba á desechar aquellos planes destructores.

Su angustia era terrible.

Despues de una hora de lucha, de tormento, de vacilacion, adoptó una resolucion definitiva.

X.

—Iré á ver á Hernan Cortés,—se dijo;—le pediré que en la expedicion que vá á emprender me permita alistarme como soldado. Lucharé, y si no perezco en la pelea, yo confio en que mi valor ha de conquistarme las simpatías de todos, y el senado ha de devolverme el mando del ejército.

Y así diciendo, se encaminó á la morada del caudillo de los españoles.

Capítulo LXXVIII.

El premio del bien obrar.

I.

—Perdonadme,—exclamó al hallarse en su presencia,—si me atrevo á presentarme á vos, conociendo como conoceis las ideas que he manifestado en el senado. Pero sé que sois generoso, y vengo á sincerarme de mi conducta pasada.

—El que conoce su error está muy cerca del arrepentimiento,—dijo Cortés.—Hablad, os escucho con atencion.

—Voy á hablaros con la ruda franqueza del guerrero que no conoce la adulacion, que no rinde culto á la hipocresía, que no se doblega ni ante su propia conveniencia.

Yo creia que vuestra presencia en nuestros dominios era una amenaza á la independencia de la patria; yo, que abrigaba esta conviccion, no podia ver con

calma que la república de Tlascala hubiera formado con vos un tratado de paz y amistad, y al reunirse el senado para deliberar acerca de la conducta que debia observarse en vista de las circunstancias por que atraviesa el país, yo expuse, con la franqueza que me caracteriza, mi propósito de ponerme al frente del ejército para destruiros.

Al dar este paso, un sentimiento noble, grande, elevado, me impulsaba: el devolver á mi patria su perdida independencia.

Mi conducta, sin embargo, ha merecido la execracion de todos.

Sin duda la salvacion de esa misma patria exigia conservar y estrechar la amistad con vos.

Así me lo ha hecho comprender mi anciano padre, y yo le he ofrecido que mi conducta en lo sucesivo borrará la mala impresion que ha producido en todos las ideas que he sustentado en el consejo á que me he referido.

Por lo demás, no lo dudeis un solo instante: desde el dia en que os conocí, en que nos batimos, he tenido ocasion de apreciar las altas dotes que os distinguen, y la admiracion que me produjo vuestro valor no se ha extinguido en mi pecho.

II.

Hernan Cortés admiraba el entusiasmo, la energía, la sinceridad que revelaban las palabras del guerrero mejicano.

Disculpaba la vehemencia con que se expresaba, y sentia nuevas simpatías hácia el que todo lo arrostraba por la salvacion de su patria.

—Agradezco sinceramente,—le dijo,—la opinion que habeis formado de mí, y no puedo ménos de aplaudir esos nobles sentimientos que demostrais en favor de la independencia de vuestros hermanos, y aun admiro más vuestra nobleza cuando os decidís á renunciar á vuestros propósitos, animado siempre por el ferviente deseo de hacer feliz la tierra que os vió nacer.

—¿Creeis que he obrado bien?—preguntó con ansiedad Xicotencal.

—Sí; vuestra conducta merece ser imitada por los buenos patricios, por más que en esta ocasion sean infundados vuestros recelos. Tlascala debe estar orgullosa de contar entre sus hijos á un guerrero tan esforzado, tan valiente, de tan relevantes prendas.

—En ese caso, si me comprendeis, concededme una gracia.

—Hablad.

—Sé que vais á salir á pelear con los tepeaqueses.

—Es cierto.

—Sé que los tlascaltecas acudirán á vuestras órdenes á tomar parte en la lucha.

—¿Y bien?

—He jurado á mi padre hacerme digno de él, borrar la mala impresion que mi conducta ha producido en el senado, y vos podeis realizar mis designios.

—Explicaos: cualquiera que sea la gracia que me

pidais, la teneis concedida de antemano; quiero demostraros que en mí no existe rencor alguno por los propósitos que abrigábais en contra mia, y al mismo tiempo daros una prueba de que aplaudo la nobleza de sentimientos que os alientan.

—Pues bien; permitidme que forme parte de las tropas que han de ir á Tepeaca; pero en calidad de soldado, ocupando el último puesto, el más insignificante.

—Eso nunca; un guerrero de vuestras prendas no puede ser considerado como un simple soldado. Formareis parte de la expedicion; pero ocupando el puesto á que os hace digno vuestro valor, vuestro arrojo, la fama no desmentida de vuestras hazañas.

—Os agradezco con toda mi alma ese honor, pero no puedo admitir vuestras bondades: soy indigno de ellas.

—No insistiré; haced lo que gusteis.

III.

Xicotencal se retiró.

Hernan Cortés reunió á sus soldados y les manifestó que muy en breve saldrian con direccion á Tepeaca.

Algunos de ellos no ocultaron la repugnancia que les causaba empeñarse en una nueva guerra.

Los que más resistencia opusieron fueron los que procedian de las fuerzas de Narvaez.

El ilustre caudillo de los españoles necesitó todo

el dominio que ejercia sobre sí mismo para no dejarse llevar de la cólera que le producia la conducta de aquellos miserables.

La necesidad que tenia de desembarazar el camino que conducia á la Veracruz, le hizo acallar su indignacion.

Ofreció solemnemente que despues de sujetar á los tepeaqueses podrian retirarse con licencia suya cuantos no se determinasen á seguir sus banderas.

Ante esta promesa cedieron los más rebeldes, y desde aquel momento activó los preparativos de la jornada.

IV.

Eligió ocho mil tlascaltecas de los más aguerridos, y los dividió en compañías, cuyo mando confirió á sus capitanes de más confianza.

Las tropas de Hernan Cortés se componian de cuatrocientos veinte soldados, inclusos los capitanes.

Iban armados de picas, espadas y rodelas.

Llevaban tambien algunas ballestas, y muy pocos arcabuces, porque escaseaba la pólvora.

A diez y siete caballos se reducia la fuerza que formaba la vanguardia.

V.

Dispuesto todo para la marcha, bendijeron los butios las armas de los tlascaltecas.

El padre fray Bartolomé de Olmedo hizo lo mismo con las de los españoles.

Marina quedó confiada al cuidado de Magiscatzin.

El ejército salió de la ciudad en medio de las aclamaciones de los tlascaltecas.

A las tres leguas se hizo alto en un pequeño pueblo, distante de Tepeaca unas cinco horas.

Al aproximarse el ejército huyeron despavoridos sus habitantes.

Cogieron, sin embargo, siete prisioneros, y cuando estuvieron en su presencia les dijo Cortés:

VI.

—Decid á vuestros caciques que he venido con mi ejército á castigar la pérdida de los españoles que han muerto alevosamente en estos dominios; pero que si se arrepienten de su conducta pasada, si alejan de su lado á los mejicanos que han venido á reforzar sus filas para luchar en contra nuestra, si me reconocen y respetan como enviado del poderoso monarca de España, les concederé una amnistía general. De lo contrario, prenderé fuego á los pueblos en donde se alberguen, y no daré cuartel á nadie.

Inmediatamente hizo una señal para que se retirasen los prisioneros.

Corrieron á llevar aquel mensaje, y la respuesta no se hizo esperar.

Llegaron dos embajadores, y con la mayor altanería exclamaron:

VII.

—No queremos la paz. Preparáos para la guerra, porque dentro de breves instantes caeremos sobre vosotros para conduciros maniatados al templo y sacrificaros en aras de los dioses.

Se expresaban con tanta procacidad y valentía, porque creian que siendo muy superior en número su ejército al de Hernan Cortés, habian de alcanzar necesariamente la victoria.

El héroe de nuestra historia les volvió á despachar con un nuevo mensaje.

VIII.

—Decid á vuestros caciques,—añadió,—que no admitiendo la paz con las condiciones propuestas, serán destruidos á fuego y sangre, y quedarán esclavos de los vencedores, perdiendo para siempre la libertad los que escapen con vida de la refriega.

Recordando el asombro que producia en ellos la escritura, dispuso que á su presencia se extendiera por uno de los escribanos aquel requerimiento, y despues de firmado y signado con la mayor solemnidad, les entregó el documento.

La respuesta que obtuvo fué más descortés y más enérgica que la primera.

IX.

Casi al mismo tiempo tuvo aviso de que los enemigos se aproximaban.

Ordenó su gente y salió resuelto á atacarlos.

Los tlascaltecas rivalizaban en entusiasmo bélico con los españoles.

Aguardaban los enemigos mal emboscados en unos maizales.

Los batidores previnieron el lazo que se les tendia, y Hernan Cortés, aparentando como que ignoraba aquella celada, se aproximó adonde se hallaban refugiados, y cargando precipitadamente sobre ellos, les hizo un destrozo terrible.

Los maizales les impedian disparar las flechas y las piedras; así es que sin experimentar pérdida alguna, logró Cortés pasarlos á todos á cuchillo.

X.

Horrorizados los que ocupaban los sitios próximos, huyeron precipitadamente.

Intentaron algunos caer de nuevo sobre los españoles, y entonces un soldado tlascalteca, sin pensar en el riesgo que corria, salió de las filas, y él sólo logró poner en dispersion á un grupo numeroso, compuesto de mejicanos y tepeaqueses.



HERNAN CORTES.—¡Cómo vos aquí y en ese traje! —exclamó Hernan Cortés.

Hernan Cortés quiso conocer á aquel valiente que tan generosamente exponia su vida por proporcionar el triunfo de las armas españolas.

XI.

Su admiracion fué inmensa, cuando al presentarse reconoció en él á Xicotencal.

—¡Cómo vos aquí y en ese traje!—exclamó Hernan Cortés.

—Habia jurado á mi padre que aprovecharia la primera ocasion de demostrar á todos que era digno del nombre que llevaba. Deseaba tomar parte en la primera lucha que sostuvieran mis hermanos con los de otras tríbus. Al separarme de vos, despues de la súplica que os hice, fuí á ver á uno de los soldados que debian formar parte de la expedicion que íbais á llevar á cabo.

»—Déjame ocupar tu puesto,—le dije;—ya has probado tu valor en otros combates: las circunstancias que me rodean me obligan á adoptar esta determinacion. Si logro realizar mis propósitos, mi gratitud será inmensa.»

El soldado consintió gustoso, y me ha proporcionado la ocasion que ambicionaba.

—Sois todo un héroe, y haré que vuestra conducta obtenga el galardon que merece.

—Mi deseo es continuar á vuestras órdenes como simple soldado.

—Vuestra modestia es digna de vuestro valor; pero yo sé lo que debo hacer,—dijo Cortés, dando á entender á Xicotencal con estas palabras que iba á emplear en su favor toda la influencia, todo el prestigio que ejercia entre los tlascaltecas.

El esposo de Amaiza saludó respetuosamente al caudillo, y se retiró.

Capítulo LXXIX.

Peripecias de la guerra.

I.

En la batalla reñida con los españoles perdieron los tepeaqueses y los mejicanos la mayor parte de sus fuerzas.

Tambien cayeron muchos prisioneros.

El despojo á que los vencedores se entregaron fué considerable.

Los tlascaltecas pelearon valerosamente.

Gracias á su buena disciplina, murieron solamente dos ó tres.

Los españoles sólo tuvieron algunos heridos, pero tan levemente, que no les impidió continuar en las filas.

Un caballo pereció en la batalla.

Cortés sintió mucho esta pérdida, por la imposibildiad de reemplazarle.

II.

Al dia siguiente hizo su entrada triunfal en Tepeaca el ejército.

Rompian la marcha cuatro batidores á caballo.

Seguia despues el ilustre caudillo, acompañado de los capitanes que formaban su estado mayor.

Tambien iba en la escolta Xicotencal, que por su valor se habia hecho digno de este honor.

Fuerzas españolas y tlascaltecas cerraban la marcha, llevando convenientemente custodiados á los prisioneros.

III.

Al llegar á la ciudad, los magistrados y altos funcionarios salieron á su encuentro.

Tanto estos como el concurso popular que les seguia, se presentaron en actitud pacífica, humilde.

En su semblante manifestaban que reconocian la gravedad de su delito.

Inclináronse todos respetuosamente hasta besar la tierra, y así permanecieron largo rato.

Hernan Cortés, con voz sonora, con solemne acento, con aquella elocuencia peculiar en él:

IV.

—Alzad,—les dijo,—yo os perdono en nombre

del poderoso monarca de España. Yo, que le represento en estos lugares, tomo posesion de la ciudad en este momento.

Mandó en seguida á los intérpretes que aclamasen al rey don Cárlos V, y todos contestaron con entusiastos vivas.

Hernan Cortés, que temia los excesos á que con los tepeaqueses podrian cometer los trascaltecas embríagados por la victoria, les mandó acuartelarse en despoblado.

El caudillo se alojó con todos los españoles en la ciudad.

Despues tomó algunas disposiciones para su seguridad, y no tardó en convencerse de que eran inútiles.

Los ánimos estaban completamente tranquilos.

V.

La verdad era que si los tepeaqueses se habian lanzado á la pelea, habia sido excitados por los mejicanos.

El respeto, la veneracion que sentian hácia los españoles, llegó hasta el punto de pedir á Cortés que no desamparase la ciudad.

Esto dió motivo para levantar allí una fortaleza, que se les dió á entender era para defenderlos, cuando en realidad era para sujetarlos, y sobre todo para proteger el paso de la Veracruz.

VI.

Cerráronse las avenidas con algunas trincheras de fajina y tierra, y en la parte más elevada se construyó una fortificacion en forma de castillo.

Dióse principio á las obras, y gracias al auxilio de los tepeaqueses, que acudieron en gran número, se terminaron como por encanto.

Hernan Cortés se lisonjeó de contar con aquel abrigo que ofrecia seguridad para una retirada.

La plaza tomó el nombre de Segura de la Frontera, y fué la segunda poblacion española del imperio mejicano.

VII.

Estando allí Cortés, llegaron unos mensajeros de parte del cacique de Guacachula.

Traian una mision confidencial.

Se apresuró á recibirlos, y escuchó proposiciones muy ventajosas.

—Venimos,—le dijeron,—á ponernos bajo vuestra proteccion. Nuestros vecinos, los de Culúa, destrozan nuestras haciendas, abusan de nuestras mujeres y cometen toda clase de excesos. Si nos ayudais á destruirlos, nosotros, en cambio, nos sometemos gustosos á vuestra autoridad y á reconocer como soberano al poderoso monarca á quien representais.

Hernan Cortés aceptó aquella proposicion, y despues de agasajarlos espléndidamente, dió órden para que les acompañasen trescientos españoles, entre ellos trece de á caballo y treinta mil tlascaltecas.

VIII.

Fueron á Cholula, que dista ocho leguas de Segura, y continuaron caminando por tierra de Güexocinco.

Diego de Ordaz supo por un campesino que estaban vendidos.

Añadió que el auxilio que les habian pedido era un convenio entre los de Guacachula y Güexocinco para matarlos y contentar de este modo á los de Culúa, con quien estaban recientemente confederados.

Andrés de Tapia, Diego de Ordaz y Cristóbal de Olid, que eran los capitanes que iban al frente de aquella expedicion, prendieron á los emisarios de Guacachula y á los capitanes y personas principales de Güexocinco que iban con ellos.

En seguida regresaron á Cholula, y desde allí enviaron los presos á Hernan Cortés.

IX.

Confiaron esta mision á Domingo García de Alburquerque, y le dieron una carta para el caudillo de

los españoles, en la que le participaban lo que les habia obligado á adoptar aquella determinacion.

Cuando Cortés recibió la carta y leyó su contenido, se convenció de la ligereza con que habian procedido sus capitanes.

No se comprendia, en efecto, que tuviera fundamento el aviso que habian recibido.

Puso en libertad á los prisioneros, y para mayor seguridad quiso ir á acompañarlos.

Se dirigió con los mensajeros á Güexocinco, y allí concertó con ellos el medio de entrar en Guacachula con más facilidad.

X.

Cortés partió una hora antes de amanecer, y á las diez de la mañana ya estaba sobre los enemigos.

Poco antes de entrar en la ciudad salieron á recibirle muchos vecinos.

Traian más de cuarenta prisioneros de Culúa.

Esto confirmaba lo infundado de las sospechas que abian abrigado los capitanes de Cortés respecto á la sinceridad de aquellos indios.

Animados con la presencia de Hernan Cortés y los refuerzos que traia, cargaron sobre los de Culúa, y un momento despues estaba el campo cubierto de cadáveres.

XI.

Cuando los españoles penetraron en las casas,

completamente desiertas, se entrègaron al saqueo, y despues las quemaron.

Algunos historiadores hacen ascender á cien mil hombres el ejército que peleó aquel dia á las órdenes de Cortés.

XII.

Guacachula es lugar de más de cinco mil almas.

Está situado en un llano entre dos rios.

Le rodea una muralla de cal y canto.

Tiene cuatro puertas estrechas y perfectamente defendidas por una especie de pretil, con buenas condiciones para la pelea.

Por una parte tiene muchos cerros muy ásperos.

En la llanura abunda la labranza.

Tres dias llevaba Hernan Cortés en Guacachula.

Al siguiente nuevos emisarios pidieron licencia para presentarse á él.

Capitulo LXXX.

Donde se cuentan muchas cosas, y algunas otras más.

I.

—No podeis figuraros, gran señor,—le dijeron,—lo agradecidos que estamos á vuestras bondades. A no ser por vos, no hubiéramos conseguido librarnos jamás de los atropellos de los de Culúa. Sin embargo del escarmiento que han sufrido, los que han podido escapar andan vagando por los alrededores. Sabemos que en Izcucan, cuatro leguas de Culúa, están reclutando gente para caer de nuevo sobre nosotros.

—No tengais cuidado mientras permanezcais fieles á la amistad que me habeis jurado. Pronto esos mal aconsejados rebeldes sufrirán el castigo que merecen. Voy á dar mis órdenes para salir inmediatamente en su persecucion.

Los emisarios partieron completamente tranquilos.

II.

Hernan Cortés, al frente de su ejército, se dirigió á Izcucan.

Es verdaderamente fabuloso que su ejército, apenas sin descansar algunas horas, se empeñase todos los dias en nuevas luchas y alcanzase siempre la victoria.

La conseguida allí fué asombrosa.

Despues de desalojarlos de la ciudad, persiguió á los fugitivos, y más de seis mil quedaron fuera de combate.

Bien es verdad que el ejército de Cortés contaba ya con más de ciento veinte mil soldados, número que se aumentaba todos los dias por la fama de sus victorias.

III.

Izcucan es una bonita ciudad.

Su principal riqueza la constituye la abundancia de fruta y algodon.

Tiene tres mil casas, buenas calles, cien templos con cien torres.

En un cerrillo hay una fortaleza.

A excepcion de este punto, lo demás todo es llano.

Pasa por allí un rio, y en las inmediaciones ha-

bia una pared, especie de muralla de piedra que defiende la entrada de la ciudad.

IV.

Despues de la batalla concedió Cortés dos horas de saqueo.

Los indios que formaban parte de su ejército se apoderaron de cuanto hallaron.

El se limitó á quemar los ídolos y destruir las torres.

Mandó poner en libertad á dos de los prisioneros que habian cogido en la refriega, y les encargó que asegurasen al cacique que podia regresar con sus vasallos siempre que reconociese su autoridad.

V.

—Decidle,—añadió,—que nada tiene que temer de nosotros. Si somos severos para castigar las ofensas que se nos infieren, tambien sabemos ser generosos y clementes despues de la lucha.

Todos deseaban volver á sus casas, y ante las seguridades que les ofrecia Cortés, acudieron á presentarse á él y á pedirle perdon.

Cortés les perdonó, y les preguntó cómo no habia venido su cacique.

VI.

—Señor,—dijo uno de ellos,—nuestro cacique es pariente del emperador de Méjico. Sabe las diferencias que de él os separan, y no se ha atrevido á presentarse, temeroso de arrostrar vuestras iras.

—¿Y á quién habeis nombrado para sucederle en el mando de la provincia?

—No hemos logrado ponernos de acuerdo,—dijo uno.

—Decid más bien,—contestó otro,—que os empeñais en que prevalezca vuestra opinion. A no ser así, ya estaria aclamado por nuestro señor el que de derecho le corresponde: un hijo bastardo de Catazinicingo, á quien sacrificó inhumanamente Motezuma.

—No reconozco yo ese derecho que decís asiste á vuestro patrocinado. Si le eligiésemos, daria lugar su eleccion á mil trastornos. El hijo de nuestro actual cacique tiene muchos partidarios, y ya que este abandona nuestro territorio, justo es que aquel le suceda en el mando.

V.

Cortés interpuso su autoridad, y acordaron que el hijo del cacique reemplazara á su padre.

Era pariente muy cercano de Motezuma por parte de su madre, y esto influyó poderosamente para que obtuviera la preferencia.

Sabido es que entre los indios era costumbre que heredasen al padre los hijos habidos en parientes de los reyes de Méjico.

Cortés alegó esta circunstancia que concurria en su protegido, y á esto se debió que recayera en él la eleccion.

VIII.

Estando apaciguando esta diferencia, llegaron embajadores de ocho pueblos de la provincia de Claoxtomacan, distante unas cuarenta leguas de allí, á someterse á su obediencia.

Cortés se felicitó de aquel nuevo triunfo, y despues de acoger benévolamente á los emisaríos, tornó á Segura de la Frontera, dejando en las ciudades conquistadas últimamente los refuerzos que aconsejaba la prudencia, para evitar nuevos disturbios.

Las múltiples atenciones que sobre él habian pesado despues de la batalla de Tepeaca le habian impedido comunicar á Tlascala los triunfos obtenidos.

IX.

Despachó emisarios con este objeto, y en el parte que envió hacia especial mencion del notable hecho de armas llevado á cabo por Xicotencal.

Pedia que al héroe de aquella hazaña se le devolvieran los honores y consideraciones que habia disfrutado en otro tiempo.

En el momento en que se terminó la edificacion de la fortaleza, puso en libertad á los prisioneros.

Este rasgo acabó de captarle las simpatías de todos.

X.

Aquellos infelices estaban inconsolables, porque creian que los españoles seguirian las costumbres que existian entre ellos.

En efecto; entre aquellos indios se practicaba el horrendo crímen de hacer esclavos á cuantos prisioneros caian en su poder.

Despues de herrarlos inhumanamente, los llevaban á los mercados y los vendian.

XI.

Hernan Cortés dejó el mando de las tropas á Alvarado, y fué á Tlascala para presentar solemnemente al senado á Xicotencal.

Al llegar á la ciudad, un anciano y una mujer salieron al encuentro del afortunado guerrero.

Eran su padre y su mujer.

El anciano, ébrio de alegría:

XII.

—Ven, hijo mio, ven á mis brazos,—decia der-

ramando abundantes lágrimas y extendiendo sus brazos hácia el sitio en donde se hallaba Xicotencal.—¡Bendito seas tú, que con tu conducta borras para siempre las penas que me has causado!

—Los dioses han oido mis súplicas,—exclamaba Amaiza.—Cada dia estoy más orgullosa de haberme unido á ti.

Xicotencal, fuertemente conmovido, se dirigió al senado acompañado de Hernan Cortés en medio de las aclamaciones de cuantos le conocian.

Los elogios que de su valor hizo el caudillo de los españoles en favor de su protegido, las repetidas inst. ncias que formuló para que se premiase su heróica accion, obtuvieron el resultado apetecido.

XIII.

El senado, por unanimidad, acordó devolver á Xicotencal el mando del ejército, y aquel solemne acontecimiento se celebró con gran regocijo en la ciudad.

Durante todo el dia se vió rodeada la morada del guerrero por los nobles y altos dignatarios de la república, que acudian á felicitarle por aquel rasgo que acreditaba una vez más su proverbial valor.

XIV.

Hernan Cortés, terminado el consejo, despues de

dar gracias al senado por haber accedido á sus súplicas, se dirigió, como era natural, á la morada de Magiscatzin para ver á Marina.

Los dias que habia vivido separado de la hermosa india le habian parecido siglos.

¡Amargas penas le aguardaban!

Capítulo LXXXI.

Misterios.

I.

Deseando sorprender á su amada, penetró en la morada de Magiscatzin sin avisar su llegada.

Recorrió todas las habitaciones, y no la encontró.

Marina habia desaparecido.

—¿Qué es esto, Dios mio?—exclamó Cortés.—¡Qué nueva desventura me amenaza?

Y sin poder explicarse la causa de aquella desaparicion, salió á buscar á Magiscatzin.

II.

—Al partir para Tepeaca,—le dijo con acritud,—quedásteis encargado de mi fiel servidora, de mi leal

intérprete, de esa india que tantos sacrificios ha hecho por mí. Acabo de ir á vuestra casa, y no la he hallado.

—¡Parece increible lo que decís!—exclamó profundamente conmovido aquel alto funcionario.

—Y sin embargo, desgraciadamente es verdad. Pero vos sois responsable de su desaparicion, y es preciso que inmediatamente me digais dónde se halla Marina.

—Os juro por mi honor, por la lealtad de mi afecto, que hace un instante, al ir al senado, quedó en mi casa. La conciencia no me acusa de haberle dado motivo para fugarse de ella, y no me explico cómo ha podido tomar semejante determinacion.

III.

La sinceridad que revelaban las palabras del presidente del senado, hicieron comprender á Hernan Cortés que era ajeno á aquel acontecimiento.

Inmediatamente mandó á sus servidores de más confianza recorrer los alrededores de la ciudad, con objeto de informarse del paradero de su amada.

El mismo, olvidándose por un momento de las atenciones que reclamaban su cuidado, exploró todas las casas de la ciudad.

Su desesperacion no tuvo límites al ver lo infructuoso de sus pesquisas.

La llegada de sus servidores le reanimó algun tanto.

IV.

—¿Qué habeis averiguado?—les preguntó con febril impaciencia.

—Señor, preguntando por estas cercanías, nos ha asegurado un leñador que hace dos horas ha visto pasar á una india, desconocida en estos contornos. Por las señas que ha dado debia ser doña Marina. Añade que cuatro hombres la acompañaban, y que se han dirigido hácia Tepeaca.

Hernan Cortés no quiso oir más.

Les recomendó eficazmente que salieran en busca de Marina, y les ofreció premiar sus servicios si lograban realizar sus deseos.

El lector debe saber lo que habia pasado.

V.

Litzajaya no ignoraba las atenciones de que era Marina objeto por parte de Hernan Cortés, y los servicios que esta le habia prestado.

Conocia que era un poderoso auxiliar del bizarro caudillo, y formó el propósito de deshacerse de ella.

Habia sabido que los españoles se disponian á abandonar á Tlascala, y que Marina se quedaba allí.

Cuatro tepeaqueses penetraron con el mayor sigilo en la ciudad, y espiando la ocasion oportuna, se apoderaron de ella.

VI.

La india, infatigable siempre por el triunfo de la causa de los españoles, habia salido á dar un paseo para explorar el terreno y formar idea exacta de los alrededores de la ciudad.

No bien se hubo alejado de sus muros, cayeron sobre ella los que la acechaban, y por sendas y atajos llegaron cerca de Zempoala, adonde les aguardaba Litzajaya.

VII.

Un rayo de alegría brilló en la mirada de la india al ver en su poder á la favorita de Cortés.

Ordenó que la condujeran á una cueva, y encargó á sus guardianes que la trataran con las mayores consideraciones.

Estuvo amable, cariñosa con su prisionera, y manifestó grandes deseos de poseer una sortija que brillaba en la mano derecha de Marina.

Mucho le costó desprenderse de ella, porque era un regalo de su amante.

Pero tuvo que ceder á la presion de las circunstancias.

VIII.

Litzajaya se retiró en cuanto obtuvo aquella joya.

La idea de cortar la retirada á los españoles no se abandonaba un instante.

Habia concebido un proyecto, y lo primero que hizo fué acudir á visitar al cacique de Zempoala.

IX.

—Vengo á traeros,—le dijo,—una noticia importante. Acabo de saber que Hernan Cortés ha sido derrotado en un encuentro que ha tenido hace poco. Las escasas tropas que no han perecido en la lucha, se hallan poseidas de un terror pánico. A estas horas proyectan la retirada hácia Veracruz. Aprovechad esta ocasion para reconciliaros con el emperador de Méjico; oponed resistencia á los fugitivos, y si logramos cortarles la retirada por esta parte, en breve caerán sobre ellos los que les persiguen, y su destruccion será completa.

El cacique no daba crédito á aquella noticia.

X.

¿Cómo aquellos hombres, protegidos del cielo, habian sido vencidos tan fácilmente, cuando en cien combates habian salido victoriosos?

¿Cómo era posible que huyeran, cuando su valor y su arrojo habia demostrado que no conocian el peligro?

¿Seria que los dioses habrian aplacado ya su ira y que volveria á recobrar el imperio de Méjico la alegría, el esplendor, la grandeza de otros dias?

Litzajaya adivinó los pensamientos que ocupaban al cacique, y como no queria perder tiempo, añadió:

XI.

—¿No os halaga la idea de reanudar vuestra amistad con Méjico?

—Ese es mi mayor deseo; pero las fuerzas que tienen los españoles en Veracruz pueden venir sobre nosotros y castigar la deslealtad que cometemos, rompiendo un pacto que solemnemente hemos formado con ellos.

—No tengais cuidado. Esos hombres desaparecerán pronto de allí. Vos entre tanto podeis reunir á todos vuestros vasallos, á los de las serranías, á los totonaques, para impedir la retirada de los españoles por estos dominios.

El cacique se comprometió á acceder á lo manifestado por Litzajaya, siempre que ella lograse alejar de Veracruz á los soldados de Cortés.

—Estad seguro de que lo conseguiré,—le dijo la india al despedirse.

IX.

Y abandonando la estancia, se dirigió á la cueva

en donde se hallaba Marina preocupada, más que de su situacion, de la suerte de Hernan Cortés, porque ignoraba los resultados de su expedicion á Tepeaca.

Cuando más preocupada se hallaba, le sorprendió la llegada de la india.

Asistamos á aquella entrevista.

Capítulo LXXXII.

Una intriga.

I.

Al presentarse Litzajaya en la prision de Marina, habló en voz baja con los que la custodiaban, y se puso de acuerdo con ellos acerca de la conducta que debian observar.

Esta precaucion alarmó á la india, y comprendió que se tramaba algun plan abominable.

Aparentando, sin embargo, la mayor serenidad, aguardó el momento en que se dirigiera á ella su opresora.

Litzajaya, dando á su voz una entonacion dulcísima, con una amabilidad superior á cuanto pueda imaginarse, y al mismo tiempo aparentando tristeza por la noticia que iba á comunicarle, la dijo:

II.

—No podeis imaginaros cuánta es mi pena al confiaros un suceso que ha llegado á mis oidos. Hernan Cortés, en el encuentro que ha tenido con los tepeaqueses, ha caido en su poder. No creais que yo vengo á gozarme en vuestro dolor: no abrigo tan mezquinas intenciones; y además, como yo he amado á un español, sé que vos sufrireis mucho al saber la desgracia de vuestro amante.

La sinceridad que revelaban las palabras de Litzajaya, hacian temer á Marina por la suerte de Hernan Cortés.

III.

La india continuó:

—Sí, yo he amado á Velazquez de Leon. Me engañó villanamente, olvidó todas las premesas, todos los juramentos, y al arrebatarme su cariño, hizo nacer en mi pecho el deseo de la venganza. Al abandonar á Méjico me hallé á su lado, y hundí mi puñal en su pecho. Satisfecha mi venganza, pero sedienta siempre de saciar mi ódio en los españoles, juré exterminarlos. Pero al veros en mi poder, al comprender que sois amada del valeroso caudillo de los españoles, al saber que vos correspondeis á su cariño, me he dicho: «Que sean felices, ya que para mí se ha aca-

bado la dicha.» Y desde entonces mi único, mi mayor deseo, es reuniros de nuevo.

Pronto estareis en libertad.

En cuanto á Cortés, de vos depende que se salve en seguida.

Marina prestó mayor atencion á las palabras de Litzajaya.

IV.

—Para ello es preciso,—continuó esta,—que acudan tropas en su auxilio, porque las suyas están destrozadas. En Veracruz hay españoles. Vamos allá; á tí te conocen, díles que vengan con nosotros, y de este modo salvarás á tu amante.

Con la perspicacia que distinguia á Marina, no tardó en comprender que se le tendia un lazo.

Pero su presencia de ánimo le hizo ver que se le presentaba una ocasion propicia para destruir los planes de Litzajaya, y dándole las gracias por el interés que demostraba en su favor, partieron aquel mismo dia en direccion á Veracruz.

V.

Parece increible que la amante de Velazquez de Leon, que la astuta india, fuese ella misma á caer en el lazo que tendia á su prisionera.

Bien es verdad que el deseo de venganza ofuscaba su razon.

Sólo así se explica que su sagacidad le permitiera dar un paso tan imprudente.

En la conversacion que tuvieron durante el viaje, pudo convencerse Marina una vez más de la emboscada que le preparaba.

Pero á su vez formuló el plan que debia llevar á cabo para parar el golpe.

Al llegar á Veracruz pudo Marina, aprovechando un momento oportuno, decir á Rangel:

—Prended á esta india y á los que la acompañan.

VI.

El respeto que todos profesaban á Marina, el prestigio que disfrutaba entre ellos, porque en más de una ocasion á ella, y sólo á ella, debian el haber destruido los obstáculos que imposibilitaban su marcha, impulsaron á obedecer aquel mandato al jefe de las fuerzas de Veracruz.

Pero al ver el misterio con que la favorita de Cortés le daba aquella órden, comprendió que no debia apoderarse de los prisioneros por la fuerza, sino por sorpresa.

Y con este propósito, y para no despertar sospechas en Litzajaya, apenas recibió la indicacion de Marina:

VII.

—Dispensadme,—exclamó.—Recuerdo en este

momento que tengo que comunicar una órden importante á mis soldados. Es cuestion de un minuto; pronto me tendreis á vuestra disposicion.

Y separándose de aquellas dos mujeres, que tan opuesto pensamiento abrigaban, dió á sus soldados las instrucciones convenientes para que á una señal suya se apoderaran de Litzajaya y de los indios que la acompañaban.

Les encargó el mayor sigilo; pero se olvidó de decirles que la futura prisionera sabia el español.

Así es que al pasar á su lado uno de los soldados dijo, contemplando á Litzajaya:

—Dentro de poco caerás en nuestro poder.

VIII.

La astuta india hizo como que no se habia apercibido de aquella expansion del soldado.

Manifestando impaciencia por la llegada de Rangel, hizo como que salia á buscarle, y desapareció.

Cuando este volvió y se encontró sola á Marina, le preguntó dónde estaba Litzajaya.

—Ha ido á vuestro encuentro.

Efectivamente; se internó en las habitaciones por donde se habia dirigido Rangel, y en la primera que vió desierta se asomó á una de las ventanas.

Sin vacilar en el peligro que corria su vida, comprendiendo que estaba en poder de los españoles, su carácter fogoso, soberbio, altivo, la hizo preferir la muerte al cautiverio.

Arrojóse por la ventana, y aunque estaba á una elevacion considerable, no sufrió la más pequeña fractura.

IX.

Marina, que no habia oido la exclamacion del soldado, no podia explicarse cómo Litzajaya habia adivinado la suerte que le esperaba.

Antes que ocurriera algun nuevo percance, mandó Rangel á sus soldados que se apoderasen de los indios que acompañaban á la fugitiva, y que los condujeran á lugar seguro.

Hiciéronlo, en efecto, y cuando le avisaron que habian cumplido sus órdenes, de acuerdo con Marina, dispuso que varios destacamentos recorrieran los alrededores para ver si se apoderaban de Litzajaya.

Esta, que conocia perfectamente el territorio, habia tomado por un atajo, y un momento despues de su evasion se hallaba en los intrincados bosques que tanto abundan en aquellas lejanas regiones.

Sigámosla.



Capítulo LXXXIII.

Donde se vé que Litzajaya, aunque india, es mujer de trastienda.

I.

Litzajaya fué á ver á Hijuilho.

El cacique se habia refugiado en las montañas al saber que se aproximaban los españoles.

Las noticias que adquirió la india le facilitaron encontrarle en breve.

Una vez en su presencia:

—No hay tiempo que perder,—le dijo;—arma á tus tropas, ponte al frente de ellas y ocupa todas estas montañas. Los extranjeros no tardarán en pasar por aquí, y podremos destruirlos.

El cacique creia aventurada la proposicion de Litzajaya.

Esta añadió:

—Tengo un plan infalible. Estad alerta y confiad

Arrojóse por la ventana, y aunque estaba á una elevacion considerable, no sufrió la más pequeña fractura.

IX.

Marina, que no habia oido la exclamacion del soldado, no podia explicarse cómo Litzajaya habia adivinado la suerte que le esperaba.

Antes que ocurriera algun nuevo percance, mandó Rangel á sus soldados que se apoderasen de los indios que acompañaban á la fugitiva, y que los condujeran á lugar seguro.

Hiciéronlo, en efecto, y cuando le avisaron que habian cumplido sus órdenes, de acuerdo con Marina, dispuso que varios destacamentos recorrieran los alrededores para ver si se apoderaban de Litzajaya.

Esta, que conocia perfectamente el territorio, habia tomado por un atajo, y un momento despues de su evasion se hallaba en los intrincados bosques que tanto abundan en aquellas lejanas regiones.

Sigámosla.



Capítulo LXXXIII.

Donde se vé que Litzajaya, aunque india, es mujer de trastienda.

I.

Litzajaya fué á ver á Hijuilho.

El cacique se habia refugiado en las montañas al saber que se aproximaban los españoles.

Las noticias que adquirió la india le facilitaron encontrarle en breve.

Una vez en su presencia:

—No hay tiempo que perder,—le dijo;—arma á tus tropas, ponte al frente de ellas y ocupa todas estas montañas. Los extranjeros no tardarán en pasar por aquí, y podremos destruirlos.

El cacique creia aventurada la proposicion de Litzajaya.

Esta añadió:

—Tengo un plan infalible. Estad alerta y confiad

Durante la batalla que ha tenido lugar en Tepeaca, yo me hallaba en Veracruz.

No sé quién llevó allí la noticia de que habíais sido derrotado, y el jefe de aquellas fuerzas concibió un infame proyecto.

»—Ha llegado el momento,—exclamaba ébrio de alegría y sin saber que yo comprendia su idioma;—ha llegado el momento de que yo realice mis ensueños.

»Marina se halla en casa de Magiscatzin.

»Como es natural, su impaciencia le hará salir á los aldedores por ver si tiene noticias de su amado.

»Nada más fácil que enviar quien la aceche, quien se apodere de ella y la conduzca á mi presencia.

Así lo hizo, en efecto, y hoy ya está en su poder.

Marina me ha suplicado que venga á participaros lo que pasa para que acudais en su socorro.

El capitan de las fuerzas de Veracruz ha querido seducirla.

Hasta ahora ha podido defenderse.

En su despecho, el cobarde seductor la tiene presa y cargada de cadenas, y le amenaza con horribles martirios si no corresponde á su criminal pasion.

Marina, á quien yo conocia desde los primeros dias de su infancia, me divisó desde una de las ventanas de su prision.

Me hizo señas para que me acercase, y echándome esa joya, me dijo:

»—Toma esa sortija. Hernan Cortés la reconocerá; pídele que acuda en mi socorro, porque no tendré

fuerzas bastantes para oponerme á los brutales instintos de mi seductor.

V.

Hernan Cortés sufria lo que no es decible al escuchar las palabras de la india.

—Os doy mil gracias por la revelacion que acabais de hacerme, por más que me desgarre el corazon.

Y deseado desahogar la pena que le dominaba:

—¿Es posible,—decia,—que haya un hombre tan infame que pague los beneficios que le he dispensado hiriéndome en lo que más estimo?

¿No le basta ser desleal, traidor á su causa, puesto que cree que he sido vencido y se aprovecha de esta circunstancia para bastardos fines, y olvidando el respeto que debe inspirarle Marina, porque ella ha sido en más de una ocasion nuestra estrella, nuestro guia, se atreve á abrigar siniestros propósitos acerca de ella?

¡Oh! Yo le juro que el castigo que ha de sufrir ha de ser proporcionado á su maldito crímen.

Yo juro que el escarmiento que he de hacer con Rangel ha de vivir eternamente en la memoria, no sólo de los españoles que me acompañan en estas remotas regiones, sino hasta en la memoria de los indios.

Yo haré ver que si soy bondadoso, que si sé premiar los servicios que se prestan á la causa que defiendo, que si sé apreciar las pruebas de lealtad, de

adhesion, de valor, tambien soy inexorable, severo y hasta cruel cuando se atropellan los más sagrados deberes, cuando se olvidan todas las conveniencias, cuando se atropellan los fueros de la religion, de la justicia.

VI.

Litzajaya gozaba interiormente al ver que su proyecto empezaba á dar los resultados apetecidos, y acariciaba la idea de que pronto se habrian realizado todos sus propósitos.

Hernan Cortés, fuera de sí, sin ocurrírsele siquiera que aquello fuera un lazo, dando completo crédito á las palabras de Litzajaya, pensando sólo en Marina, dió órden á sus soldados para que se aprestasen á seguirle.

Litzajaya quedó aguardándole.

En el momento en que Cortés se separó de ella, ébria de alegría:

—Ya has tragado el anzuelo,—exclamó;—el tiempo hará lo demás.

Y abandonó precipitadamente la estancia.

VII.

Cuando Hernan Cortés volvió con sus soldados, la india habia desaparecido.

Su desesperacion no tuvo límites.

Sin pensar en que Litzajaya hubiera podido tenderle un lazo, salió de Tlascala con direccion á Tepeaca, para desde allí trasladarse á Veracruz.

¿Qué habia sido de la india?

Esto es lo que, si nuestros lectores tienen paciencia, sabrán dentro de poco.

Capítulo LXXXIV.

Sucesos inesperados.

I.

Un nuevo contratiempo impidió al caudillo efectuar su viaje á Veracruz.

Supo en Tepeaca que algunos de sus habitantes recorrian los alrededores en actitud hostil, que los mejicanos les inducian á la rebelion, y que ya habian logrado que se les unieran los de tres pueblos inmediatos.

Mandó un mensaje al senado de Tlascala, dándole cuenta de lo que ocurria y pidiéndole refuerzos.

En tanto que se recibian, llamando á sus capitanes, les habló de este modo:

II.

—No desconozco que ya estareis cansados de la

lucha que venimos sosteniendo. El número de batallas en que hemos tomado parte, casi puede contarse por los dias que llevamos en estas regiones.

Nadie mejor que vosotros sabe que si yo apelo á las armas es cuando ya he agotado los medios de persuasion.

En las circunstancias en que nos hallamos es imposible retroceder.

Necesitamos continuar por el camino que nos hemos trazado, para que los peligros que hemos corrido, las privaciones que hemos sufrido, las contrariedades que hemos arrostrado, no sean estériles.

Yo espero que todos me prestareis como hasta aquí vuestro poderoso, vuestro importante, vuestro eficaz auxilio, para realizar la obra proyectada. En esta confianza voy á pediros un nuevo sacrificio.

—Cualquiera que sea le haremos con gusto por vos,—dijo uno de los capitanes.

—Nuestro mayor deseo es obedecer vuestras órdenes.

—Que vengan nuevas luchas, y os demostraremos que somos dignos capitanes de tan esforzado caudillo.

—Las victorias conseguidas hasta ahora nos hacen esperar el triunfo en lo sucesivo.

—Mientras no nos falte el auxilio de la Providencia, nada tenemos que temer.

—Con recordar la desventaja que teníamos sobre los mejicanos en la batalla de Otumba, y el feliz resultado que obtuvimos, debemos estar convencidos de la proteccion del cielo.

III.

Estas y otras entusiastas exclamaciones salian de todos los lábios, y demostraban que aquellos capitanes reunian todas las condiciones necesarias para la gran empresa que habian ido á acometer: fé, valor, entusiasmo, patriotismo, subordinacion.

—Pláceme en extremo,—dijo Cortés,—esta nueva prueba de vuestra adhesion. Tal vez algun dia pueda premiar como merecen vuestros esclarecidos servicios. En todas ocasiones me ha sido muy grato saber que cuento con tan leales caudillos; pero en las circunstancias actuales este convencimiento me hace más bien que nunca, porque es un gran lenitivo á las aflicciones que torturan mi alma.

IV.

Como se vé, Hernan Cortés, aunque preocupado por los sucesos de la guerra, no alejaba de su imaginacion el recuerdo de Marina.

Dispuso que inmediatamente salieran tres capitanes al frente de unos treinta españoles cada uno y numerosos tlascaltecas para someter á la obediencia á los rebeldes.

En la imposibidad de acudir él en auxilio de la que era dueña de su corazon, dió este encargo á Pedro de Alvarado.

Puso á su disposicion algunos soldados, y le encargó muy especialmente que cuanto antes regresase con la india.

V.

Alvarado fué á cumplir las órdenes de su jefe.

Hernan Cortés quedó de nuevo entregado á sus tristes pensamientos.

La ausencia de Marina le era cada vez más sensible.

Ya no era sólo el amor que sentia hácia la india el que le hacia lamentarse de su ausencia.

Las palabras de Litzajaya habian infiltrado en su corazon la ponzoña de los celos, y esa idea fija, terrible, amenazadora, no le abandonaba un sólo instante.

—Mataré á Rangel,—decia;—sí, le mataré. El ódio que siento hácia él no se satisface con apelar á la autoridad que ejerzo sobre él. Necesito beber su sangre,—añadia fuera de sí;—la accion de la justicia me parece un castigo leve.

Y al pronunciar estas palabras se paseaba febrilmente por la estancia en donde se hallaba, apretaba las manos convulsivamente y su mirada brillaba con un fulgor siniestro.

VI.

Otras veces, para que su tormento fuera mayor,

de idea en idea, de suceso en suceso, llegaba á recordar la escena que precedió á la muerte de su esposa Catalina.

Su imaginacion se la presentaba en el momento en que, fijos sus ojos en él, con balbuciente voz le acriminaba por el abandono en que la habia tenido.

La promesa que le habia hecho de no amar á mujer alguna, se avivaba más que nunca en su alma; y por último, habia momentos en los cuales le parecia que su hijo, su infortunado hijo, le acusaba de su muerte, y la palabra ¡asesino! resonaba en su oido.

Para distraer su imaginacion ante el espectáculo de aquella vírgen y espléndida naturaleza, se asomaba algunas veces á una de las ventanas de su aposento.

Su vaga mirada recorria aquel inmenso horizonte, sin fijarse apenas en la grandeza de cuanto le rodeaba.

VII.

De pronto le sorprendió un ruido que indicaba que fuerzas considerables se acercaban á su morada.

Recobrando toda la calma, todo el valor, toda la serenidad que constituian sus cualidades más relevantes, esperó á que se aproximasen para saber la conducta que debia observar.

Tan preocupado estaba, que no le ocurrió que pudieran ser los capitanes que habia enviado á pacificar los pueblos inmediatos.

Eran, en efecto, y volvian victoriosos.

Al reconocerlos bajó á su encuentro.

Lo que más le admiró fué el extraordinario número de prisioneros que traian.

Aguilar, su buen amigo Aguilar, que en calidad de intérprete habia acompañado á los expedicionarios, fué el primero que le dirigió la palabra.

VIII.

—A pesar de la tenaz resistencia que oponian los indios á quienes hemos salido á perseguir,—le dijo,—han ido derrotados. Muchos de ellos han quedado en el campo de batalla; otros han huido á refugiarse en las montañas; los demás han caido en nuestras manos, y aquí los teneis,—añadió señalando á los prisioneros, que seguramente pasaban de tres mil.—Tambien el despojo que hemos adquirido en el alcance de los enemigos y en los mismos lugares sediciosos ha sido rico y abundante, tanto en oro como en finísimos tejidos de algodon.

—¿Y hemos tenido que lamentar muchas pérdidas?

—Ni una sola baja, no sólo en nuestras tropas, sino en los tlascaltecas que nos acompañaban. La mayor parte de esos prisioneros proceden de Tecamachalco. Hemos sabido que allí dieron muerte alevosa á siete de nuestros hermanos antes de la batalla de Tepeaca, y hemos querido hacer un terrible escarmiento.

—Figuraos,—añadió otro de los capitanes,—que al pasar por allí nuestros compañeros cayó sobre ellos una horda de esos salvajes, y en medio de la mayor algazara los condujeron á una gran plaza. Una vez allí, extendieron la voz de que tenian en su poder á siete extranjeros, y que iban á sufrir un horrible castigo.

Con feroz alegría acudieron todos á presenciar el espectáculo.

Primeramente les sacaron los ojos, á pedradas les arrancaron los dientes, y cada exclamacion de las víctimas era acogida con una ruidosa carcajada.

Despues de tratarles de una manera tan inhumana, encendieron una hoguera, echaron en ella á aquellos desgraciados casi inermes por el tormento que habian sufrido, y haciendo corro bailaron una danza horrible, exhalando de cuando en cuando feroces alaridos, hasta que los cadáveres quedaron reducidos á cenizas.

IX.

—Es preciso,—dijo Cortés, horrorizado por la relacion que acababa de oir,—hacer un escarmiento con esas fieras. Por de pronto, los prisioneros serán considerados como esclavos. Que los conduzcan á una prision, y veremos lo que ha de hacerse con ellos. Esta vez, por más que lo sienta, me es forzoso apagar en mi corazon la voz de la clemencia.



HERNAN CORTÉS.—...haciendo corro, bailaron una danza horrible.

Capitulo LXXXV.

Una conspiracion abortada.

I.

Traslademonos á Veracruz.

El arribo de Alvarado á esta poblacion no pudo ser más oportuno.

Llegó á tiempo de sofocar una insurreccion que hubiera sido fatal para el prestigio de las armas españolas.

La fábula inventada por Litzajaya, y que refirió á Hernan Cortés, habíase convertido en realidad.

Al quedar Marina en poder de Rangel, al contemplar este su radiante hermosura, al mirar la redondez de sus formas, mal veladas por el traje, al adivinar en sus miradas de fuego el tesoro de amor que encerraba en su alma, se despertó en él una violenta pasion.

En vano su deber le aconsejaba desechar de su

imaginacion un pensamiento que podia ocasionar su ruina.

El recuerdo de la india le perseguia á todas horas, y sin reflexionar en lo desatentado del paso que iba á dar, dijo un dia á Marina:

—Hace tiempo que vuestra imágen querida era la personificacion de todos mis ensueños. Declararos la pasion que ardia en mi pecho, ser correspondido y huir con vos, era mi mayor deseo. La casualidad ha hecho que mis esperanzas tal vez se conviertan en realidades, y de vos depende que yo sea el más feliz de los hombres.

III.

Marina, sin ocultar el disgusto que le producian aquellas palabras, nada contestó.

Rangel insistió:

—Yo soy libre; los lazos que á vos os unen con Cortés pueden romperse si mis palabras hallan eco en vuestra alma. Por otra parte, la felicidad que podeis esperar de vuestro amante es bien efímera. Nuestro caudillo se halla dominado por la sed de gloria, y sabido es que los que acarician esta idea no pueden dar cabida en su pecho al amor.

—Os ruego que no prosigais. Si he podido disculpar el atrevimiento de dirigiros á mí en términos tan groseros, de declararme vuestra insensata pasion de una manera tan soez, no puedo consentir, ni consentiré jamás, que hagais apreciaciones calumniosas respecto á vuestro jefe.

—¡Ah!—exclamó con despecho el insolente seductor.—Bien se vé que amais á nuestro caudillo, por más que sea indigno de vuestro amor, porque el hombre que abandona á su esposa y á su hijo, no debe inspirar sino ódio.

—Pensad en lo que decís, porque tal vez tengais que arrepentiros de vuestro inícuo proceder.

—¿Qué es eso? ¿Me amenazais?—exclamó fuera de sí su interlocutor, temblando convulsivamente, excitado por la pasion que le devoraba.—Sin duda olvidais que estais en mi poder, y que toda la fuerza de vuestro amado,—añadió con ironía,—no será suficiente para oponerse á mis proyectos.

—Os engañais lastimosamente si creeis que me asustan esos cínicos alardes. Si sois tan villano que pretendeis abusar de una mujer indefensa, dad un paso más y hundiré este puñal en mi pecho,—dijo Marina, blandiendo en la diestra el afilado acero.

III.

Rangel se detuvo ante la decision que revelaban aquellas palabras.

—No importa,—dijo con acento sordo;—yo sé lo que tengo que hacer.

Y abandonó la habitacion.

No desconocia, á pesar de lo ofuscado que estaba, que si Hernan Cortés llegaba á averiguar el paso que habia dado, le impondria un terrible castigo.

Sabia que llegarian en breve fuerzas para condu-

cir á Marina á Tlascala, y jugando el todo por el todo, concibió un proyecto infame.

—Es preciso que yo me ponga de acuerdo con el cacique de Zempoala, que con sus tropas y las que tengo á mis órdenes nos opongamos á la llegada de mis compañeros. Marina tiene una voluntad de hierro. No podré vencer su desvío, y el mejor partido que puedo tomar es deshacerme de ella; de lo contrario, me comprometeria.

IV.

Fué á ver al cacique, y este aceptó su proposicion.

Volvió adonde estaban sus soldados, y reuniéndolos, les dijo:

—Hernan Cortés ha tenido un encuentro en Tepeaca, en el que han perecido casi todos nuestros hermanos. Su ambicion de gloria, su sed de riqueza, le hace empeñarse todos los dias en las más desastrosas batallas.

Sé que se dirige hácia aquí, tal vez para sacrificarnos á sus descabellados intentos: este es el porvenir que nos reserva la suerte si permanecemos adictos á su persona.

Por el contrario, declarándonos en rebelion, auxiliados por el cacique de Zempoala, que se ha prestado gustoso á favorecernos, podremos emprender conquistas por nuestra cuenta, y en breve regresar á nuestra patria cargados de riquezas. Decidid lo que debemos hacer.

La soldadesca acogió con entusiasmo aquellas palabras.

—Todos os seguiremos,—exclamaron.

V.

La conspiracion iba á estallar cuando llegó Alvarado.

Al ver la actitud hostil que presentaban los soldados de la colonia, adivinando lo que sucedia:

—Compañeros,—exclamó,—aun es tiempo de apartaros del abismo que se abre á vuestros piés. ¿Qué vais á hacer, insensatos? ¿Qué ruin interés os guia á olvidar vuestros sagrados deberes, á perder en un momento de extravío la aureola de gloria que circunda vuestras frentes? ¿Qué idea formarán estos indios, si á los que creen hijos del cielo les ven cometer una accion tan indigna?

Un grito unánime, entusiasta, interrumpió á Pedro de Alvarado.

—¡Viva el emperador Cárlos V!—exclamaron todos.—¡Viva Hernan Cortés!

Y acudieron á confundirse con sus hermanos.

VI.

No tardó en saber Alvarado que el jefe de aquella conspiracion era Rangel.

Mandó que preventivamente le condujeran á una

prision, y nombró para que le custodiaran á los soldados que más confianza le inspiraban.

En seguida dió órden para que se abriese la sumaria, y en breves dias quedó terminada.

Todos los soldados, en sus declaraciones, estaban conformes y aseguraban que habian sido seducidos por Rangel para tomar parte en la rebelion que debia haber estallado.

Al cacique de Zempoala le hizo ver la enormidad de su conducta al proteger los descabellados intentos de Rangel, y oyó de sus labios frases que revelaban lo avergonzado que se hallaba por haberse dejado alucinar por aquel mal español.

VII.

Conferenció con Marina, y despues de oir la relacion de su cautiverio por Litzajaya y de lo amenazada que se habia visto por la brutal pasion del jefe de las fuerzas de Veracruz, confirió el mando de dichas fuerzas á uno de los cabos que con él habia ido, llamado Miguel Ordoñez, y acompañado de Marina y seguido de los soldados que habia traido, regresó al sitio en donde se hallaba Cortés.



Capitulo LXXXVI.

Angustia y amor.

I.

Por el camino tuvo ocasion de conocer que la amistad que habian jurado algunas tribus al ilustre conquistador de Méjico empezaba á amortiguarse.

Agentes mejicanos continuaban excitando á la rebelion, y más de una vez tuvo Alvarado necesidad de esgrimir sus armas para desembarazarse de los que durante el tránsito salian á hostilizarle.

II.

El ejército tlascalteca, que se hallaba en Tepeaca, empezaba tambien á dar señales de disgusto.

Cortés, como ya sabemos, les habia prohibido que

se entregasen al pillaje, y habia amenazado con penas crueles á los que, dejándose llevar de rencores pasados, ejerciesen represalias sobre los vencidos.

—Yo no sé qué ventajas,—decian algunos,—hemos alcanzado despues de empeñarnos en tantos combates.

—Despues de haber arrostrado tantos peligos, no se nos concede ni siquiera el placer de la venganza.

—Ya voy viendo que cuando nuestro caudillo Xicotencal se oponia á todo pacto con los extranjeros, es por que conocia sus propósitos. Son ambiciosos, y lo que es peor desagradecidos.

—Pues lo que es los triunfos que han obtenido últimamente, á nosotros nos los deben.

—Yo no sé qué influencia ejercen, que hechizan á cuantos hablan con ellos.

—Así es; ya ves la oposicion que les hacia Xicotencal, y despues ha sido el primero que se ha puesto de su parte.

—Y ha peleado como un héroe.

—¡Quién sabe si conociendo la influencia que ejerce Cortés sobre el senado, habrá querido granjearse su amistad para que le devuelvan el mando del ejército!

—Desde luego que ese ha sido el móvil de su conducta.

—Si Xicotencal, cuya voluntad de hierro todos conocemos, ha inclinado su frente ante el caudillo de los españoles, ¿qué extraño es que los demás hagan lo mismo?

—Pues yo no puedo conformarme con que las cosas continúen de este modo.

—Ni yo tampoco; ya que los que hemos expuesto nuestra vida no hemos logrado ventaja alguna, al menos que nuestra república ensanche su territorio.

—Dices bien; debemos hacer que Tepeaca quede bajo el dominio de Tlascala.

III.

Estas conversaciones, que llegaron á oidos de Hernan Cortés, y las noticias que le llevó Pedro de Alvarado, le hicieron conocer todo lo grave, todo lo penoso, todo lo difícil de la situacion en que se encontraba.

Sin embargo, antes de adoptar resolucion alguna, dominado por el amor que sentia hácia Marina, habló con ella.

—No puedes figurarte, dueño mio,—le dijo la hermosa india,—las angustias que he sufrido durante nuestra ausencia. ¡Qué de pesares han agobiado mi alma! Pero te contaré en breves palabras cuanto me ha ocurrido desde nuestra separacion.

—Habla, te lo ruego; deseo conocer á los infames que te arrebataron de aquí, para imponerles el castigo que merecen.

—El dia que saliste á combatir á los tepeaqueses, me hallaba yo paseando por los alrededores de Tlascala, cuando de pronto cuatro hombres se apoderaron

de mi y me llevaron á una cueva próxima á Zempoala.

—Pero ¿á quien obedecian esos infames?

—A Litzajaya. Esa mujer, segun he sabido por ella misma, habia tenido amores con nuestro amigo el capitan Velazquez de Leon. Sin duda se cansó de ella, y la abandonó.

Indignada ante este desprecio, juró vengarse, y yo no sé cómo se halló en el encuentro que tuvimos con los mejicanos la noche que abandonamos su ciudad, que ella fué la que hundió un puñal en el pecho de vuestro amigo.

—¿Y esa infame proyectaba, sin duda, hacer otro tanto contigo?

—No lo creas; en el tiempo que he estado en su poder he sido objeto de los mayores miramientos.

—Pues entonces, ¿cuáles eran sus proyectos?

—Había concebido un plan vastísimo para cortaros la retirada hácia Veracruz.

IV.

Marina continuó refiriendo á su amante todos los pormenores que ya conocen nuestros lectores, y cuando Cortés supo la escena que habia tenido con Rangel y el horroroso atentado de sublevar á las tropas que tenia á sus órdenes:

—Es preciso,—dijo,—que inmediatamente salga el escribano real para que sea juzgado Rangel y se le

imponga la pena que merece su inealificable conducta. Mucho siento que se derrame la sangre de uno de nuestros hermanos; pero para conservar la disciplina de mi ejército es preciso que la ley se cumpla.

V.

Barbadillo fué el encargado de cumplir esta triste mision.

Salió aquel mismo dia, y Hernan Cortés, para estar preparado para los acontecimientos que pudieran ocurrir, hizo que le acompañara Cristóbal de Olid.

Dió á este órden para que cuando llegara á Veracruz fletase cuatro navíos de los que allí habia dejado Pánfilo de Narvaez, y con ellos fuese á Santo Domingo para pedir refuerzos de tropas, caballos, espadas, ballestas, artillería, pólvora y toda clase de municiones; paño, lienzo, zapatos y otras muchas cosas.

Escribió al licenciado Rodrigo de Figueroa, incluyendo una especie de Memoria de todo lo ocurrido desde su salida de Méjico, y le encareció la necesidad de recibir cuanto antes los refuerzos que pedia.

Mandó que algunos españoles y algunos tlascaltecas fuesen á ocupar las cercanías de Zacatami y Xalascuco, poblaciones sujetas al dominio de los mejicanos y próximas al camino de la Veracruz, para desembarazar por completo aquella parte; y en segui-

da reunió su gente, y acompañado de Marina, emprendió la marcha con direccion á Tlascala.

IV.

Un suceso inesperado fué causa de que anticipase los preparativos para la conquista de la imperial ciudad de Méjico.

Capítulo LXXXVII.

Noticias alarmantes.

I.

Cuando el ilustre caudillo de los españoles fué á casa de Magiscatzin, le dijeron que se hallaba en el senado.

Trató de verle, se hizo anunciar, y le dijeron que en aquel momento no era posible, porque el senado se ocupaba de un asunto de suma trascendencia.

Su altivo carácter se rebeló ante aquella negativa, y ya empezaba á desconfiar de la lealtad de los tlascaltecas, cuando oyó una conversacion que disipó sus sospechas.

II.

—Alarmantes deben ser las noticias que han traido esos emisarios de Méjico,—decia uno.

—El dolor que manifestaban en su semblante indica que ha sucedido alguna gran desgracia,—añadia otro.

—¿No habeis visto,—exclamaba un tercero,—que tanto ellos como la servidumbre que les acompañaba, traian en el brazo izquierdo un lazo de tela negra?

—¿Si en la epidemia que ahora reina en Méjico habrá sucumbido el monarca?

—Pronto lo sabremos; la sesion no puede durar mucho, porque ya hace más de dos horas que están conferenciando los embajadores con el presidente del senado.

III.

Cortés empezó á explicarse el motivo de no haber salido á su encuentro Magiscatzin.

Esperó á que terminase el consejo, y acercándose al presidente del senado:

—Acabo de saber,—le dijo,—que han llegado emisarios de Méjico. ¿Qué graves noticias traen, que os han impedido acudir á mi llamamiento, y ni siquiera me habeis invitado como otras veces á que asistiera á las deliberaciones del alto cuerpo de que sois presidente?

—Perdonadme si he podido aparecer á vuestros ojos desatento. El mensaje que nos han traido es de tanta importancia, entraña tal influencia para el porvenir de todo el imperio, que preocupado por la no-

ticia que acababa de recibir, dí la contestacion que habeis recibido. Pero no por eso creo que debais dudar de la sinceridad de mi amistad.

—¿Y qué dicen los mensajeros?

—Actualmente una epidemia de viruela diezma á los habitantes de Méjico. Una de las primeras víctimas ha sido su soberano el príncipe de Iztacpalapa, y como es natural, se ha comunicado tan triste nueva á todas las tríbus del imperio.

—¿Y á quién piensan elegir para sucederle en el trono?

—Guatimozin es el que más probabilidades tiene de ceñir la corona á su frente.

—¿Segun eso, cuenta allí con grandes simpatías?

—Tiene muchos partidarios, segun dicen los emisarios.

—¿Y qué objeto han traido con esa embajada?

—Ya os lo he dicho. Darnos cuenta del fallecimiento del monarca.

—¿Nada más?

—Y saber si podrá contar Guatimozin con nuestro apoyo para ocupar el trono.

IV.

Hernan Cortés no quiso saber más.

Desde aquel momento trató de averiguar los partidarios que tenia Guatimozin.

Habia cruzado una idea por su mente, y antes de

ponerla en práctica necesitaba conocer la actitud en que se hallaba el país.

Supo por los indios que le eran adictos, que Guatimozin, apenas ocurrió la muerte del príncipe de Iztacpalapa, habia enviado emisarios á todas las provincias del imperio.

A los que eran tributarios de Méjico les relevaba de esta obligacion.

A los que eran independientes les ofrecia grandes ventajas si protegian su causa.

Su objeto, como fácilmente se comprende, era ganar su voluntad y que le proclamasen emperador.

Al mismo tiempo que los inclinaba en su favor, les excitaba en contra de los españoles.

V.

Sus emisarios llevaban órden de decir en su nombre en cuantas poblaciones recorrian:

—Venimos á participaros la triste noticia de que el emperador de Méjico, Quetlahuaça, ha dejado de existir, víctima de una penosa enfermedad. El sentimiento que han manifestado sus leales vasallos, es sólo comparable á las simpatías que todos han demostrado en favor de Guatimozin, su sobrino, para sucederle en el trono.

Al verse aclamado por todos, no ha vacilado en tomar á su cargo la direccion del imperio.

Que es valiente, esforzado, nadie lo pone en duda;

que reune grandes condiciones de mando, todos lo reconocen; que su corazon abriga los más nobles sentimientos, lo saben cuantos han tenido ocasion de conocerle.

El sistema que se propone seguir ha de atraerle el aprecio de todos.

Es su primer deseo librar á las provincias tributarias de esta ominósa carga.

Las que viven independientes continuarán disfrutando de su libertad.

El poderoso Guatimozin dice, y dice muy bien, que es preciso que cesen esas luchas fratricidas que han llenado de luto á todos.

Cree que, cuando la independencia de la patria se halla amenazada con la presencia de los españoles, debemos unirnos todos para combatir al enemigo comun.

Tiempo es ya de que conozcamos nuestros verdaderos intereses.

Los españoles, á pesar de sus protestas de amistad, no han traido á estas regiones otro objeto que el de dominarnos, para engrandecer la corona del monarca de su nacion.

No sólo está amenazada nuestra independencia, sino nuestras costumbres, nuestra religion.

Si triunfasen los extranjeros, nos impondrian sus creencias, destruirian nuestros teocalis y quemarian nuestros ídolos, como ya lo han verificado en algunas provincias.

En vista de estas razones, la eleccion no debe ser dudosa.

Reconociendo como soberano á Guatimozin y destruyendo á los extranjeros, además de servir á la patria se alcanzará un bienestar como nunca se ha disfrutado.

Conservando la amistad con esos extranjeros, tarde ó temprano seremos todos esclavos suyos.

VI.

Esta alocucion la repetian en todas partes, y en algunas hallaba eco.

Otros preferian permanecer fieles á los españoles, porque aun vivian en su memoria los triunfos alcanzados por sus armas, y consideraban preciosa aquella amistad.

Muchos continuaron indiferentes á uno y otro bando.

VII.

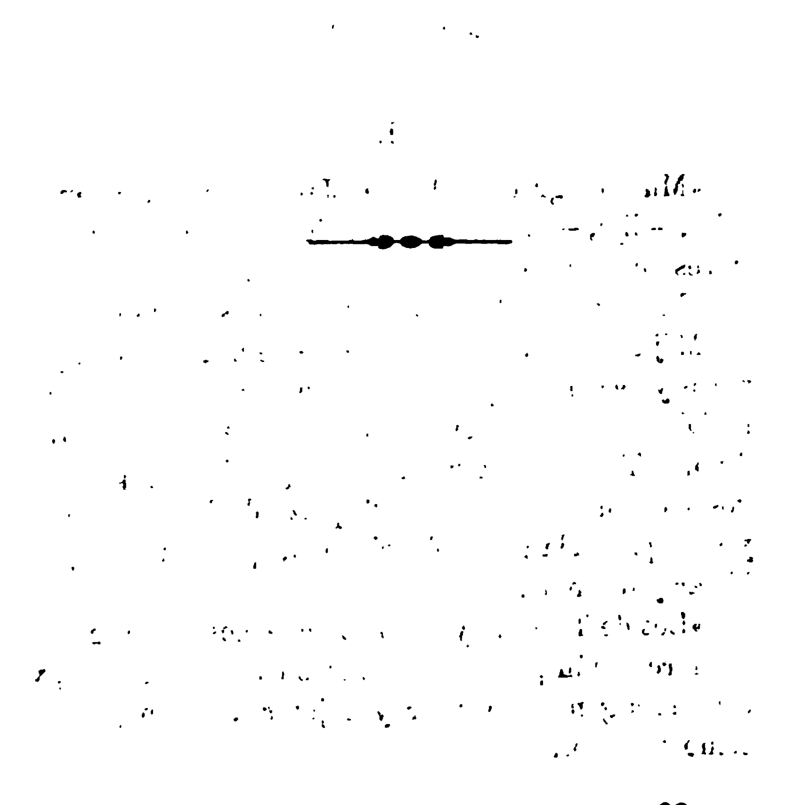
Cortés, que, como hemos dicho, conocia perfectamente lo que ocurria, creyó que habia llegado el momento de dar el golpe decisivo.

Mandó construir bergantines con madera que tenia preparada en Tepeaca, envió á Veracruz por velas, jarcia, clavazon y otras cosas necesarias á su objeto. y cuando la construccion de las naves estuvo terminada, llamando á sus capitanes, pronunció en su presencia una de las más inspiradas alocuciones.

VIII.

La historia la conserva en sus brillantes páginas, y nuestros lectores nos agradecerán seguramente que la trascribamos en el capítulo siguiente.

Así como así trazamos la figura del héroe, y sus palabras son su alma.



Capítulo LXXXVIII.

Dichos y hechos.

I.

«Muchas gracias doy á Jesucristo, hermanos mios,—dijo,—por veros sanos de vuestras heridas y libres de toda dolencia.

»Pláceme mucho que esteis ganosos de volver hácia Méjico para vengar la muerte de nuestros compañeros y recobrar aquella gran ciudad; lo cual espero en Dios hareis en breve tiempo, por tener á nuestro favor á Tlascala y otras muchas provincias, por ser vosotros quien sois, por la flaqueza de los enemigos, y más que nada por la fé cristiana, que vamos á publicar y difundir.

»Los de Tlascala y los otros que nos han seguido siempre, están prestos y armados para esta guerra, y con tanta gana de vencer y sujetar á los mejicanos como nosotros.

»Bien es verdad que en ello les vá, no sólo la honra, sino la libertad, y acaso la vida.

»Si no venciésemos, quedarian ellos perdidos y esclavos.

»Los de Culúa les quieren peor que á nosotros, porque nos han acogido en sus dominios.

»Debemos conservar la buena amistad con nuestros aliados, porque además de su eficaz apoyo, tal vez lograremos atraer á los de otras tríbus.

»Ponen á nuestra disposicion cien mil hombres y gran número de tamenes, que conducirán la artillería, víveres y cuanto sea necesario.

»De vosotros nada tengo que decir. Los que han peleado con doscientos mil enemigos, ganado por fuerza muchas y fuertes ciudades, y sujetado grandes provincias con ménos elementos de los que ahora contamos, no han de retroceder ante el peligro.»

II.

Grandes muestras de aprobacion interrumpian de cuando en cuando al caudillo.

Este prosiguió:

»Los enemigos á quienes tenemos que combatir no son más ni mejores que hasta aquí, segun lo mostraron en Tepeaca, Guacachula, Izcucan y Xalacinco, aunque tienen otro señor y capitan; el cual, por más que ha hecho no ha podido quitarnos la parte y pueblos de esta tierra que le tenemos; antes allá

en Méjico, donde está, teme nuestra ida y nuestra ventura; que, como todos los suyos piensan, hemos de ser señores de aquella gran ciudad de Tenuchtitlan.

»Y mal contada nos seria la muerte de Motezuma, si Guatimozin quedase con el reino.

»Poco habriamos conseguido si no conquistáramos á Méjico.

»Nuestras victorias serian tristes, si no vengáramos á nuestros compañeros y amigos.

»El objeto principal al venir á estas tierras es ensalzar y predicar la fé de Cristo, aunque juntamente con ella se nos sigue honra y provecho.

»Hemos destruido ídolos, hemos estorbado que continúen los sacrificios humanos.

»A los pocos dias de poner la planta en estas tierras, empezamos á convertir indios á nuestra religion.

»No es razon que abandonemos tanto bien, sino que vayamos adonde llama la fé y los pecados de nuestros enemigos, que merecen un gran azote y castigo.

»Si bien os acordais, los de aquella ciudad, no contentos con matar infinidad de hombres, mujeres y niños en aras de sus falsos dioses, se los comen sacrificados; cosa inhumana y que mucho Dios aborrece y castiga, y que todos los hombres de bien, especialmente cristianos, abominan, defienden y castigan.

»¿Qué mayor ni mejor premio desearia nadie acá en el suelo, que arrancar estos males y plantar entre estos crueles hombres la fé, publicando el Santo Evangelio?

»Y puesto que el momento se aproxima, sirvamos á Dios, honremos nuestra nacion, engrandezcamos á nuestro monarca, y enriquezcámonos nosotros, que todo puede esperarse de la gran empresa que vamos á acometer.

»Mañana, Dios mediante; comenzaremos.»

III.

Una exclamacion de entusiasmo contestó á las palabras del ilustre caudillo.

—¡Viva Hernan Cortés!—gritaron todos.

—Viniendo vos al frente del ejército, nada tememos.

—La noble causa que hemos venido á defender nos dará la victoria.

—La Providencia, que nunca nos ha abandonado, nos protegerá en esta expedicion.

Todos manifestaban grandes deseos de volver á aquella ciudad, en donde habian permanecido ocho meses.

El caudillo de los españoles agradeció aquella nueva prueba de adhesion que le daban sus soldados, y en tanto que se disponian para la partida, tuvo una entrevista con Marina.

IV.

—Alma mia,—le dijo,—tal vez se aproxima el

momento de realizar los propósitos que aquí me han traido.

La muerte del príncipe de Ictacpalapa me obliga á anticipar mi viaje á Méjico.

Guatimozin anda reclutando tropas para erigirse en emperador.

Trata de entablar amistad con todos sus vasallos con el propósito de arrojarnos de estos países.

—¡Ah! Yo te acompañaré, yo alentaré con mi ejemplo á los más cobardes, y no lo dudes, el cielo nos concederá la victoria.

—Es imposible que tú nos acompañes. La situacion en que te encuentras se imposibilita para arrostrar las fatigas de la guerra. Créeme, quédate aquí. Magiscatzin es un leal amigo; á su lado nada te faltará. Yo le hablaré, y en tanto que yo corro á pelear, estaré tranquilo respecto á tí.

V.

Marina nada pudo oponer á la juiciosa determinacion de Cortés.

Despues de conferenciar este con Magiscatzin, convocó á los caciques y personas principales de Tlascala, Güexocinco, Cholula y Chalco, y se expresó en estos términos:

—Señores y amigos mios: ya sabeis la jornada y camino que hago.

»Mañana, placiendo á Dios, me tengo de partir á

la guerra y cerco de Méjico, y entrar por tierra de mis enemigos y vuestros.

»Lo que vos ruego delante de todos, es que esteis ciertos y constantes en la amistad y concierto que entre nosotros está hecho, como hasta aquí habeis estado, y como de vosotros publico y confio; y por que no podria yo acabar tan presto esta guerra, segun mis deseos, ni según vuestro deseo, sin tener estos bergantines que aquí se están haciendo, puestos sobre la laguna de Méjico, os pido por merced que trateis á los españoles que dejo labrándolos con el amor que soleis, dándoles todo lo que para sí y para la obra pidieren; que yo prometo quitar de vuestras cervices el yugo de servidumbre que vos tienen puesto los de Culúa y hacer con el emperador que os haga muchas y muy crecidas mercedes.»

VI.

Igual acogida hallaron sus palabras entre los indios, que las pronunciadas en presencia de los españoles.

Dispuesto todo para emprender la marcha, hizo pregonar las ordenanzas de guerra, relativas á la disciplina del ejército, y que copiamos íntegras.

En ellas se consignaba:

«Que no riñese un español con otro.

»Que no jugasen armas ni caballo.

»Que no forzasen mujeres.

»Que nadie tomase ropa ni cautivase indios, ni hiciese correrías, ni saquease sin licencia suya y acuerdo del cabildo.

»Que no injuriasen á los indios de guerra amigos, ni diesen á los de carga.»

Terminado éste acto, el ejército se trasladó á bordo.

Los tequinas (D) del ejército indio le animaban con calorosas frases.

VII.

—¿Qué habia pasado en Méjico desde la salida de los españoles?

Vámos á verlo en los capítulos siguientes.

Capitulo LXXXIX.

Donde se explica cómo murió el hijo de Motezuma, y se asiste al fin trágico de Ilbialbi.

I.

Despues de la batalla que tuvo lugar en la noche triste, recogieron los indios los cadáveres del hijo de Motezuma que se habia bautizado con el nombre de Juan, y el del capitan español Velazquez de Leon.

Sabemos que al primero se le tributaron grandes exequias (E) y que el segundo fué llevado á un teocali para ser quemado en áras de los dioses.

Litzajaya pasó largo tiempo contemplándole.

Antes de que los sacerdotes consumaran el sacrificio, le cortó la cabeza.

Deseaba conservarla, y como conocia las yerbas medicinales, se proponia, por medio de ciertos procedimientos, reducir su volúmen y evitar su descomposicion.

II.

La noticia de la muerte del hijo de Motezuma cundió con rapidez por Méjico, y el horror y la consternacion se pintaba en todos los semblantes.

Al trasladar á palacio al jóven hijo de aquel desventurado monarca, repuestos algun tanto de su primera impresion, acudieron muchos á verle por la última vez.

—¿Qué hemos hecho?—exclamaban algunos en medio de la mayor afliccion.—¡Dar muerte con nuestras propias manos á un descendiente de la familia imperial!

—¡Los dioses no pueden perdonarnos jamás semejante atentado!

—¡Nuestros pecados deben ser muchos, cuando han permitido que se consume tan horrible crímen!

—¡Grandes desventuras amenazan á nuestra patria!

III.

La astuta india creyó que podia sacar partido para sus fines del pánico general, é inventó una fábula.

Se dirigió á palacio, y en presencia de cuantos allí habia:

—Mejicanos,—les dijo,—grande es la pérdida que hemos sufrido, inmenso el dolor que ha producido en

todos; pero no por eso debemos temer, como vosotros suponeis, que los dioses estén enojados con los mejicanos.

—¿Qué dices?—preguntaron algunos con ansiedad.

—Digo que no somos responsables de su muerte, y que el causante de ella ya ha expiado su crímen.

Estas palabras tranquilizaron á los circunstantes.

—Pero ¿cómo sabes?...—preguntó uno.

—Escuchad.

Todos prestaron gran atencion.

IV.

—Como ya sabeis,—continuó Litzajaya,—yo me hallé en aquella sangrienta batalla, que tan funesta fué para nuestros hermanos. En lo más escarnizado de la lucha, cuando peleaba cuerpo á cuerpo con los extranjeros, cuando de cada golpe de mi macana caia á tierra un español é iba á precipitarse en lo profundo del lago junto al que se daba la batalla, oí unos ayes lastimeros que resonaron en lo íntimo de mi corazon.

Abriéndome paso con mi macana, que empuñaba en la diestra, y blandiendo un puñal en la siniestra mano. despues de haber dejado sembrado el camino de cadáveres, llegué hasta el sitio donde resonaban los gritos.

»—Me muero,—decia una voz espirante;—el extranjero me asesina. ¡Maldicion sobre los de su raza!»

Su respiracion se hacia cada vez más difícil, y comprendí que aquel niño acababa de espirar.

En medio de la oscuridad distinguí un bulto que se alejaba apresuradamente, y corrí en su seguimiento.

No tardé en darle alcance, y cuando lo hube conseguido, le dí un golpe tan formidable, que cayó en tierra. Despues hundí en su pecho el puñal.

Para mí no habia duda.

Aquel hombre que huia era el asesino del príncipe.

—¿Y ese hombre?...—preguntó uno.

—Ese hombre era el capitan español Juan Velazquez de Leon, terror de estos contornos, el que más villanías ha cometido, el que más ignominiosamente ha ultrajado á las madres, á las esposas de nuestros hermanos. Un relámpago que iluminó el horizonte me permitió reconocerle.

Lo demás ya lo sabeis.

Yo me hallaba en aquella batalla, porque venia á pedir vuestra proteccion.

Mi esposo Naothael habia muerto.

Nazatcotlan me arrebató el trono de Panuco, que me correspondia por la muerte del soberano mi esposo.

V.

Se retiraron más tranquilos con estas explicaciones los asistentes á aquella escena, y Litzajaya quedó

á solas con Quetlahuaca, príncipe de Iztacpalapa y á la sazon emperador de Méjico.

Entonces le habló de la manera que ya conocen nuestros lectores, y él la ofreció que la haria su esposa si conseguia destruir á los españoles.

Halagaba á Quetlahuaca unir á sus dominios la ciudad de Panuco.

Litzajaya le dió las instrucciones necesarias para cortar la retirada á los españoles.

Lo demás que ocurrió ya lo conocen nuestros lectores.

VI.

Al regresar la comitiva de las exequias del hijo de Motezuma, encontraron á un indio ahorcado de un árbol.

Era Ilbialbi.

¿Qué causas le habrian impulsado á cometer aquel crímen.

La explicacion era muy sencilla.

Ilbialbi habia ido á formar parte de las filas mejicanas, segun le habia aconsejado Hernan Cortés despues de la violenta escena que habia tenido con él, escena que habia presenciado Marina.

Un solo pensamiento le animaba: vengarse de aquella mujer que habia rechazado su amor.

En la batalla de la noche triste fué uno de los que pelearon con más furor, y aprovechándose de la con-

fusion, logró penetrar hasta el centro del ejército de los españoles.

Sabia que allí debia estar Marina, y al descargar su brazo, en vez de herir á la hermosa india, quitó la vida al hijo de Motezuma.

Horrorizado de lo que acababa de hacer, cuando se apoderó del cadáver y reconoció al niño, le abandonó en el campo y corrió al bosque vecino, poniendo fin á sus dias de aquella manera tan trágica.

VII.

Al hallar el cadáver de Ilbialbi se hicieron por los de la comitiva diferentes apreciaciones.

Los que sabian lo adicto que habia sido á Hernan Cortés, creian que el haber adoptado aquella determinacion habria sido por el remordimiento de haber abandonado á sus hermanos.

Los que sabian que el indio habia peleado en aquella ocasion por la independencia de su patria, atribuian su muerte á la deslealtad de haber roto los lazos con los españoles, á quienes consideraban como descendientes del gran Quetzalcoal.

VIII.

Los teopixques explotaban aquel suceso, y las explicaciones que sobre él daban aumentaban más y más el terror de que todos se hallaban poseidos.

Pero la verdad es que desconocian la causa que lo habia impulsado á darse la muerte, porque habian creido la falsa relacion que de la muerte del hijo de su anterior monarca les habia hecho Litzajaya.

Esto nada tiene de extraño.

¡Quedan tantos sucesos envueltos en el misterio!

Afortunadamente, el historiador descorre siempre una punta del velo para los lectores.

Capitulo XC.

La tela de araña.

I.

Quetlahuaca era débil de carácter y muy supersticioso.

Dicho se está con esto que los teopixques ejercerian gran dominio sobre él.

El que más influencia ejercia con él, el que le dominaba por completo, era Guacolando.

Los sacerdotes sabian la importancia que tenia Cholula como ciudad religiosa.

Deseaban que todos los templos fuesen trasladados á Méjico.

Si conseguian que el monarca accediese á esta peticion, serian verdaderos dueños del imperio, y entonces podrian establecer lo que há tiempo ambicionaban: un consejo de teopixques, al que deberia con-

sultar siempre el emperador antes de adoptar resolucion alguna en los asuntos del imperio.

Constantes en su propósito, en las conversaciones que con él tenian procuraban demostrarle que la abyeccion en que habia pasado los últimos dias de su vida Motezuma, que los males sin cuento que habia sufrido la patria, eran sin duda alguna consecuencias inmediatas de haber desoido sus consejos.

II.

—Los dioses están muy enojados,—le decian;—su ira sólo puede aplacarse por nuestra mediacion. Nosotros no interpondremos nuestra influencia en tanto que no ocupemos el puesto que reclaman nuestros talentos. Nosotros prevemos las grandes catástrofes que nos amenazan: vos podeis remediarlas; si os dejais alucinar por vuestra soberbia, si desechais nuestras observaciones, arroyos de sangre inundarán las calles de Méjico, miles de cadáveres cegarán los lagos y los canales, y los manes de las víctimas os maldecirán, y su sombra se os aparecerá á todas horas; y durante el sueño vereis presentarse ante vuestra vista amenazadores fantasmas, que os exigirán la responsabilidad de vuestra conducta.

III.

Estas conversaciones se grababan en la mente de

aquel débil príncipe, y con frecuencia tenia ensueños espantosos.

Una noche despertó sobresaltado.

Habia tenido una vision horrible.

Una culebra como de diez ó doce piés de largo (F) se arrastraba rápidamente hácia su lecho, y sus miradas amenazadoras le horrorizaban.

De pronto se precipitó sobre él, y al enroscarse en su cuello, la violencia del golpe que creyó sentir le hizo despertar.

No pudiendo conciliar el sueño, y dominado por su fanatismo, quiso consultar á un augur sobre aquella vision.

Inmediatamente mandó llamar á uno de los más célebres.

Acudió este, y despues de oir la relacion del insomnio, exclamó con la mayor seguridad:

—Eso prueba que mientras tengas como encargado del mando de tus tropas á Guatimozin, tu imperio se verá contínuamente amenazado de mil catástrofes.

El augur se expresaba de esta manera por consejo de los teopixques.

IV.

Guatimozin era valiente, era esforzado, y no daba crédito alguno á los pronósticos de aquellos indignos sacerdotes.

En cuantas ocasiones se le presentaban procuraba destruir la influencia que ejercian sobre el vulgo,

y dè aquí que se hubiera acarreado la enemistad de aquellos.

No pudiendo frente á frente luchar con él, se valian de cuantos medios les sujeria su imaginacion para hacerle perder el favor que disfrutaba cerca de Quetlahuaca.

V.

El débil príncipe de Iztacpalapa quedó aturdido ante la explicacion que le dió el augur.

Este, despues de consultar á las estrellas y de trazar algunos signos con un pedernal en un trozo de corteza de guayaco, continuó:

—Si no hubieses despertado tan pronto, hubieras visto que la culebra se convertia en tortuga.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Quiere decir que Guatimozin es un ambicioso, un traidor que desea arrebatarte el trono. La influencia que vá adquiriendo en el ejército puede serte muy funesta. Si no le relevas del mando, tal vez no pasarán muchos soles sin que perezcas á sus manos.

Y sin dar tiempo al monarca á que se repusiera de la cruel impresion que despertaron en él sus predicciones, abandonó la estancia.

VI.

Quetlahuaca, obedeciendo al terror que se habia apoderado de su alma:

—Llamaré á Guatimozin,—se dijo;—sondearé su ánimo, y si, como no dudo, es cierto lo que me ha indicado el augur, yo sé lo que tengo que hacer.

Mandó avisar al jefe de su ejército.

Sus órdenes fueron cumplidas.

Guatimozin acudió á aquel llamamiento.

—Estoy á vuestra disposicion,—dijo al presentarse ante él.

—Decidme,—exclamó con sequedad Quetlahuaca,—¿qué móviles os han impulsado á tomar las armas contra los españoles?

—¿Acaso no lo sabeis? El deseo de librar á mi patria del azote de esos extranjeros, el noble propósito de devolverla su perdida independencia, la sed de venganza que arde en mi pecho al recordar los excesos de que han sido víctimas nuestros hermanos.

—¿Y no os guia otro interés?

—¿Podeis dudar de la sinceridad de mis palabras?

—¿Quién sabe?

—Explicaos, porque no puedo consentir que se sospeche en lo más mínimo de mi lealtad.

—Me consta que conspirais contra mí, que tratais de arrebatarme la corona, que procurais ganar simpatías entre el ejército, y que le haceis pomposas ofertas si os ayuda en vuestros criminales intentos.

—Dad gracias á que conozco que os hallais embaucado por las supercherías de los teopixques. Si así no fuera, olvidando todas las consideraciones que os debo como á mi soberano, os arrancaria la lengua para que no insultáseis al que tantas pruebas de adhe-

sion os ha dado, al que se ha sacrificado y se sacrificará hasta verter su última gota de sangre en defensa de la patria.

—Disculpo vuestro furor y desprecio vuestras amenazas, porque bien claramente veo que al hallar descubiertos vuestros planes, habíais de aparentar indignacion para ocultarlos.

—He dicho y repito,—contestó con altanería Guatimozin,—que sólo ansío la independencia, el esplendor de mi patria.

—Para eso basto yo. Y como para nada necesito vuestros servicios, hoy mismo saldreis para Tacuba, donde permanecereis aguardando mis órdenes.

Y al terminar estas palabras, hizo una señal á Guatimozin para que se retirase de su presencia.

VII.

El valiente guerrero obedeció, y se dirigió á Tacuba acariciando mil proyectos de venganza.

Cuando llegó á su casa apenas correspondió á las cariñosas atenciones que le prodigó su esposa.

Esta, deseando saber la causa de su afliccion:

—Guatimozin, esposo mio,—le dijo,—¿qué te sucede que rechazas mis caricias, cuando sabes que sólo vivo para tí, que eres mi único pensamiento? ¡Ah!... Despues de la ausencia en que hemos vivido, cuando logro verte de nuevo á mi lado, apenas fijas en mí tu atencion, ni pronuncias ninguna de esas palabras que sólo tú sabes y que tan feliz me hacen.

—Perdóname, Guacalcinla; pero la indignacion que arde en mi pecho me tiene loco, y hay momentos en los que quisiera poner fin á mis dias.

—¿Pero qué es ello? Me asustas, amado mio.

—Figúrate que cuando me disponia á salir con mi ejército á destruir á esos extranjeros, recibo órden de presentarme á Quetlahuaca.

Acudo á su presencia, y con un cinismo que me ofende hasta recordarlo, me dice que sabe que conspiro, que deseo arrebatarle la corona y otros mil insultos por este estilo.

¡No sé cómo he podido contenerme!

El amor que te profeso, tu imágen querida, que no se separa un instante de mi corazon, me ha dado fuerza para resistir aquellos ultrajes.

Por más explicaciones que le he dado, no ha querido convencerse.

—¡Eso es inícuo!

VIII.

Guatimozin prosiguió:

¡Oh! Pues oye, y juzgarás si tengo motivos para desesperarme. Despues de escuchar las razones que he expuesto para justificar mi conducta, me ha dicho con la mayor altaneria que no necesita mis servicios y que me destierra á Tacuba.

De forma que ya tendré que renunciar á mis sueños de gloria, ya no podré realizar mi más ferviente deseo: ponerme al frente de mis tropas y exterminar a los extranjeros.

—Pero en cambio vivirás á mi lado, no te alejarás más de esta casa, y con mi cariño lograré que olvides esas penas que te mortifican.

Créeme, bien mio; la gloria es un fantasma tras del que corren los hombres, y cuando más creen acercarse, más se separan de él.

En cambio, los goces purísimos de la familia son la única felicidad estable, duradera, que hay la tierra.

¡Ah! Mi pena no es tan fácil... que se borre de mi alma.

IX.

Guacalcinla rompió á llorar.

—¿Penas tú?...—dijo con acento cariñoso Guatimocin.

—Sí; de mis dos hermanos, uno ha muerto á manos de los españoles, el otro le tienen en su poder.

El esposo de Guacalcinla le dirigió palabras de consuelo y de cariño, y la tranquilidad volvió á reinar en el hogar de los conyujes.

Capitulo XCI.

En el que los teopixques deciden á Quetlahuaca á contraer matrimonio.

I.

Volvamos á Quetlahuaca.

Este monarca, cuyo carácter supersticioso, débil, pusilánime, le incapacitaba para regir los destinos de su patria, creia en su insensatez que por haber obtenido aquel triunfo de los españoles en la batalla de la *noche triste*, no se atreverian á volver, porque si bien es verdad que en Otumba habian sufrido sus huestes, el hecho era que los españoles se habian retirado.

Creia tambien que, cediendo algo en favor de los tlascaltecas, estos abandonarian á sus aliados, y en este caso nada tendria que temer de los extranjeros.

II.

El príncipe de Iztacpalapa, como todos los que

ocupan el solio sin tener razon de ser, se cuidaba más de lo accesorio que de lo principal.

Mandó que se reparasen todos los desperfectos que habia producido la guerra en la ciudad.

Dispuso que su palacio se adornara de una manera espléndida, y desde entonces se entregó por completo á la molicie y á los placeres.

Los teopixques, que como ya hemos dicho, trataban de apoderarse completamente de él, fomentaban estas inclinaciones, diciéndole que su alta jerarquía demandaba una vida suntuosa.

Pero no tardaron en comprender que el exceso de los placeres podria arrebatarle la vida, y su muerte seria para ellos la pérdida de sus esperanzas.

Creyeron que lo mejor que podian hacer era obligar al monarca á contraer matrimonio, y eligiendo ellos á la que debia ser su esposa, tendrian absoluto dominio en los negocios del estado.

Guacolando fué el encargado de presentar la cuestion al monarca.

Hallábase este un dia muellemente reclinado en la hamaca real y rodeado de algunos servidores que quemaban perfumes preciosos en braserillos de oro, cuyas espirales de humo embalsaban el aire, cuando presentándose en la estancia el astuto teopixque:

III.

—Señor,—le dijo,—los sacerdotes, que sólo procu-

ran por el bien de su bondadoso monarca, han concebido un proyecto, y me han comisionado para que le ponga en vuestro superior conocimiento. Ordenad á vuestros servidores que nos dejen solos, y tendré el honor de cumplir la elevada, la grande, la noble mision que me han confiado.

—Retiraos todos,—dijo el monarca, èmpezando á obedecer á la influencia de los teopixques.

Su órden se cumplió inmediatamente.

IV.

—Hablad, Guacolando,—añadió afectuosamente Quetlahuaca.

—Reunido hoy con mis compañeros, hemos recordado con placer los triunfos que vuestra pericia, vuestras relevantes dotes, han conseguido sobre los extranjeros. Todos hemos reconocido la superioridad que hay en vos sobre vuestro antecesor Motezuma, y como es natural, hemos deseado que el imperio de Méjico perpetúe la estirpe de monarca tan esclarecido.

—Mucho agradezco la opinion que merezco á los teopixques, y me envanece más que todos los elogios que pudieran tributarme los altos dignatarios del imperio. Pero esto no obsta para que yo reconozca y confiese que si he obtenido los triunfos á que aludis, ha sido por la poderosa influencia que habeis ejercido en mi favor para con los dioses.

—Así es la verdad, y por lo mismo nò podríamos ver con calma que algun aventurero, algun ambicioso, sucediese en el trono al esclarecido monarca que tan alta ha puesto la dignidad de su patria.

—¿Y qué pensais?

—Que elijais una compañera que os ayude á soportar los sinsabores de esta vida, una esposa tierna, dulce, cariñosa, que os haga olvidar esa vida de placeres nefandos que enervan el espíritu y debilitan las fuentes de la vida.

—Jamás he pensado en contraer ese lazo.

—¿Y por qué?

—Porque tengo formada mi opinion de las mujeres, porque sé que todas son falsas, porque sus halagos son hijos siempre del interés, porque con su acento cariñoso ocultan el veneno que hay en su corazon, y al acercarse á nosotros emponzoñan nuestro aliento, se apoderan de nuestro sér, y cuando ya están seguras del dominio que ejercen, nos desprecian, nos maltratan y nos hacen sufrir crueles martirios.

—No me extraña que os expreseis en esos términos.

Esas ideas equivocadas que teneis respecto de la mujer, son eco fiel de la vida que vivís.

Mentidos y efímeros son ciertamente esos placeres á que os entregais. Ellos destruyen las fuerzas vitales, debilitan la inteligencia, y el cansancio que producen degenera en hastío. Pero no compareis esos ilusorios goces con los que proporciona la vida de familia, la santidad del hogar, el consuelo de los hijos.

—Repito que tengo ya formada mi opinion respecto de las mujeres, y que difícilmente cambiaré de modo de pensar.

—¿Y quién os dice que la alta dignidad á que os han elevado vuestros vasallos, que los altos deberes que teneis que cumplir; quién os ha dicho que no tengais que sacrificar vuestros sentimientos á la paz, á la prosperidad, á la tranquilidad del Estado?

V.

Quetlahuaca prestó mayor atencion á las palabras del teopixque.

—La muerte nos sorprende cuando ménos lo esperamos. El dia que os suceda esta desgracia,—que sucederá más ó ménos tarde, porque todos tenemos que pagar este fatal tributo,—vuestro imperio será víctima de espantosas luchas fratricidas.

Las ambiciones, mal encubiertas hoy, arrojarán la máscara por completo, se lanzarán á la lucha, y vuestros votos, vuestros sacrificios para engrandecer el imperio, habrán sido infructuosos.

Algun príncipe que yo sé, y que vos conoceis, el más audaz y el más ambicioso de cuantos desean que llegue ese momento, Guatimozin, no vacilará en los medios de conseguir su objeto, y la ciudad de Méjico presenciará el horrendo espectáculo de desgarrarse sus varones más predilectos, de destruirse los padres y los hijos, de inundar las calles de sangre y de detener

el curso de los rios los millares de cadáveres que resultarán de la lucha.

VI.

Quetlahuaca se hallaba profundamente conmovido por las palabras de Guacolando.

Este, viendo el terreno que iba ganando en el ánimo del monarca, añadió:

—Elegid lo que gusteis. Si persistís en vuestra negativa, el trono de Méjico pasará á vuestra muerte á poder de Guatimozin, si es que antes no os le arrebata; si por el contrario, accedeis á lo que os proponemos, dejareis á vuestro fallecimiento quien os suceda en él, y al efectuarse vuestro enlace desaparecerian las ambiciones que hoy se agitan.

—Pues bien; en ese caso daré mi mano á una mujer á quien he hecho esta promesa.

—¿Podré saber quién es la elegida para disfrutar tan señalado honor?

—Litzajaya; en varias ocasiones me ha demostrado gran adhesion. Recientemente ha estado á visitarme, y me ha indicado los medios que debia poner en práctica para exterminar á los extranjeros. Indudablemente es una mujer superior.

Por otra parte, mi enlace con ella me aseguraria la fidelidad de los de Panuco, que nunca pudo someter á su dominio mi antecesor.

Me parece que no encontraria otra más digna á quien poder llamar mi esposa.

VII.

Guacolando fijó una penetrante mirada en Quetlahuaca.

—Bien os decia antes,—le dijo,—que no conocíais á las mujeres. De otro modo, no hubiérais fijado vuestros ojos en esa, que por ningun concepto os conviene. Hay quien cree que no fué extraña á la muerte de su marido, y en esta suposicion no podríamos consentir en que contrajéseis un lazo que podria comprometer vuestra existencia.

—¿Y á quién recurrir entonces?

—Tranquilizaos; habeis oido que sólo nos ocupamos de vuestra felicidad.

—¿Y bien?

—Que hemos examinado detenida y desapasionadamente á cuantas creíamos dignas de unir su suerte á la vuestra, y por fin hemos visto que ninguna reune las relevantes cualidades que la hija de un poderoso cacique.

—¿Cómo se llama?

—Nincholutzco.

—¿De dónde es cacique?

—De Taxictlan.

—Recuerdo haber oido hablar de él; pero no conozco su historia.

—Prestadme atencion y la sabreis.

—Os escucho.

Guacolando tenia interés en presentar á los ojos de Quetlahuaca la esposa que le destinaba como un verdadero modelo de perfecciones.

El monarca prestó toda su atencion al relato.

Hé aquí la historia que el antiguo ministro de Motezuma refirió á su nuevo soberano.



Capitulo XCII.

Historia del cacique de Taxictlan.

I.

El cacique que anteriormente habia mandado en Taxictlan estaba casado con una india jóven y hermosa, llamada Chumbelia.

De su matrimonio no habian tenido hijos.

El cacique era muy avaro, y temia que á la muerte de su esposa sus parientes le reclamarian los cuantiosos bienes que poseia esta.

Queriendo asegurar la posesion de una fortuna que de un momento á otro podria escapársele, trató de deshacerse de Chumbelia, y con desprecios al principio y con malos tratamientos despues, consiguió que su salud se debilitase.

Nincholutzco, que adoraba en silencio á la bella india, sufria lo que no es decible al saber lo desgraciada que era con aquel mónstruo; pero no se atrevia

á abogar en su favor por temor de despertar sospechas en el inhumano esposo.

Procuraba, sin embargo, acercarse siempre que podia á la desventurada india, y en sus miradas le revelaba la parte que tomaba en sus penas y el ferviente deseo que tenia de hacer que cesasen.

Ella parecia comprender aquellas indicaciones, y por el mismo medio le manifestaba su gratitud.

II.

Así trascurrieron algunos meses, sin que el feroz cacique se apercibiese de aquel mudo lenguaje; pero no faltó quien le dijera que habia inteligencia entre su esposa y Nincholutzco.

Un dia corrió la noticia de que excitado por los celos habia dado muerte á su esposa, y que como escarmiento para las adúlteras conservaba en su palacio la cabeza de la víctima, que exhibia á todo el mundo.

Nincholutzco comprendió que aquello seria un ardid para obligar á la india á que cediese sus bienes á su esposo, y para cerciorarse de una sospecha que habia cruzado por su mente, acudió á ver la ensangrentada cabeza.

Reconoció desde luego que los pendientes y adornos que tenia en las orejas y narices eran efectivamente los que usaba Chumbelia, pero á pesar de lo desfiguradas que estaban sus facciones por efecto de

los golpes, notó que aquella cabeza no pertenecia á su amada.

III.

Desde aquel dia consagró toda su atencion á descubrir el misterio que encerraba la conducta del cacique, y lo primero que hizo fué comprar la fidelidad de uno de sus servidores de más confianza.

Por él supo que Chumbelia no habia muerto, que estaba encerrada en una gruta, que de sol á sol la llevaba exíguos alimentos, que cada dia iba disminuyendo la cantidad de estos, y que la amenazaba con condenarla á perecer de hambre si no le hacia donacion de todos sus bienes.

Sin perder tiempo acudió á un teocali, hizo como que consultaba á los dioses, y al salir, prorumpiendo en grandes exclamaciones:

—Chumbelia no ha muerto,—decia;—los dioses me han indicado el paraje donde se encuentra. Que me sigan los que den crédito á mis palabras; yo me comprometo solemnemente á entregar mi cabeza si no resulta cierto lo que digo.

IV.

El cariño que habia despertado en todos la bondad de la desgraciada esposa, les impulsó á seguir á su libertador, y no tardaron en llegar á la gruta.

Un grito de dolor se escapó de todos los labios al contemplar el triste estado en que se hallaba la prisionera.

Su demacrado semblante anunciaba una muerte próxima.

Los perniciosos efectos de la calentura famélica se revelaban en todo su sér.

Sus manos estaban ensangrentadas.

En su desesperacion habia arrancado piedras de las que formaban la gruta, y sus ojos espantados conservaban esa fijeza que hiela la sangre de cuantos ven á los que se hallan en semejante estado.

La indignacion que produjo en todos aquel horrendo espectáculo, se tradujo en un: ¡Muera el cacique!

Se dirigieron precipitadamente á palacio, se apoderaron de él, y despues de oir de sus lábios la confesion de su crímen, fué conducido al teocali y entregado á los sacerdótes para ser sacrificado en aras de los dioses.

V.

Chumbelia fué trasladada á su morada, y á fuerza de cuidados recobró las fuerzas perdidas.

Nincholutzco no se separó un instante del lecho de su amada durante la enfermedad.

Todos los tlaxictlanecas hacian votos por que Chumbelia pagase el servicio que le habia hecho Nincholutzco enlazándose con él.

Como nuestros lectores comprenden, así sucedió. Restablecida completamente la enferma, dió su mano á su generoso salvador, y aquel fausto acontecimiento borró la mala impresion que el crímen del desnaturalizado esposo habia producido en todos los habitantes.

De este modo consiguió ser nombrado cacique el amante de Chumbelia.

VI.

—Pero hasta ahora,—exclamó Quetlahuaca, que habia oido con grande interés la relacion de Guacolando,—nada me habeis dicho de mi prometida.

—Escuchad hasta el fin. De su matrimonio tuvieron Nincholutzco y Chumbelia una hermosa niña, que hoy podrá tener unos veinte años. Inhijambia, que así se llamaba, ha heredado de su padre la energía, el talento, la decision, y de su madre la dulzura, el cariño, el amor.

Su madre ha muerto hace dos años, y desde entonces su cariñoso padre ha imbuido en su corazon sus más saludables máximas.

Si estas condiciones son apreciables á vuestros ojos, si creeis en la sinceridad de nuestras palabras al aconsejaros deis la preferencia á Inhijambia, dad vuestras órdenes para que salga una embajada á conferenciar con su padre, y para que si consiente en esa union, que tan honrosa es para su familia, y su hija es gustosa, como no dudamos, la acompañen á vuestra presencia.

VII.

Quetlahuaca, comprendiendo la razon que inspiraba tan juiciosas proposiciones, dió las órdenes oportunas para la salida de los embajadores.

Eligió para este cometido á personas muy principales.

Les dió las instrucciones convenientes, y cuando todo estaba dispuesto, partieron los embajadores á cumplir la importante mision que se les habia confiado.

Capítulo XCIII.

Negociaciones matrimoniales.

I.

La embajada se presentó con toda solemnidad en Taxictlan.

Ninchulutzco, al saber que llegaba de parte del emperador de Méjico, se apresuró á recibirla.

—Tenemos el honor de participaros, poderoso cacique,—dijo el más anciano de los embajadores,—que el gran Quetlahuaca, príncipe de Iztacpalapa y soberano de Méjico, nos envia para haceros una proposicion que de seguro ha de agradaros.

—Hablad; yo prometo acceder desde luego á ella, siempre que no atente á amenguar la independencia con que aquí vivimos.

—Al contrario, lejos de atentar á vuestra independencia, trata de estrechar las relaciones amistosas que

con él os unen, y confia en que no vacilareis en acceder á sus deseos.

—Explicaos.

—Altas razones de estado, consideraciones que más tarde sabreis, han decidido á nuestro monarca á elegir esposa. Las razones que han expuesto los teopixques á favor de vuestra hija Inhijambia, la fama de su virtud y su hermosura, han hecho que sea la preferida, y venimos á participaros esta noticia con la esperanza de que concedereis la mano de la jóven al esclarecido soberano que aquí nos envia.

—Me creo muy honrado con esa prediléccion del emperador de Méjico, y podeis asegurarle que mi mayor placer será verle enlazado con mi hija.

Voy, si me lo permitís, á mandar que la avisen para que oigais de sus lábios su opinion, que desde luego confio en que ha de ser favorable á la mision que aquí habeis venido á desempeñar.

II.

Los embajadores hicieron una señal afirmativa.

Nincholutzco, llamando á sus servidores:

—Decid á mi hija que la espero, que se presente inmediatamente.

Un instante despues acudió Inhijambia.

—¿Qué me quereis?—preguntó al autor de sus dias.

—Hija mia,—contestó este,—hace tiempo que me

preocupaba tu porvenir. Repetidas veces habia pedido á los dioses que te deparasen un compañero querido que te defendiera de las grandes tempestades de la vida.

Yo camino ya al ocaso; la nieve empieza á blanquear mi cabeza, y la idea de dejarte sola en el mundo, sin tener quien guie tus pasos, quien te ayude á combatir el huracan de las pasiones, me robaba el sueño, y á medida que ibas creciendo, á medida que se iban desarrollando tus encantos, mi intranquilidad era mayor. Felizmente, compadecidos los dioses de mis martirios, queriendo premiar en tí la virtud de tu desgraciada madre; en tí, que eres en todo reflejo de mi querida compañera, me han deparado la dicha de que pueda ofrecerte un esposo que hará tu felicidad y que al mismo tiempo honrará á nuestro linaje por la esclarecida estirpe á que pertenece.

III.

Inhijambia escuchaba atónita á su padre.

Despues de una breve pausa prosiguió este:

—Sí, hija mia; Quetlahuaca, príncipe de Iztacpalapa y poderoso emperador de Méjico, ha enviado la embajada que aquí ves para pedirme tu mano.

Yo no sé cómo agradecer el honor que nos hace con tan inmerecida predileccion, y yo la he aceptado contando con tu beneplácito.

—Vuestra voluntad es la mia, y agradezco á los

dioses que me hayan proporcionado esta ocasion de manifestaros una vez más el cariño que os profeso, lo sumisa que estoy siempre á acatar todas vuestras indicaciones.

—Digna hija eres de la que te dió la vida.

IV.

La verdad era que si Inhijambia se habia prestado á secundar los propósitos de su padre, era, más que por el deseo de obedecerle, porque comprendia que aquel enlace podia facilitarla el medio de realizar una idea que hacia tiempo no se separaba de su mente.

Habia conocido á Guatimozin, se habia enamorado de él muy niña aún, y al saber que no correspondia á su cariño, y posteriormente que habia unido su suerte á la de Guacalcinla, ansiaba por momentos la ocasion de vengarse.

Dando su mano al soberano de Méjico, seria un vasallo suyo el desagradecido amante, y podria fácilmente hacerle sentir el peso de su venganza.

Todas estas ideas cruzaron por la imaginacion de la india con la rapidez del relámpago, y por esta razon se apresuró á aceptar las proposiciones que llevaban los embajadores de Quetlahuaca.

Pero la verdad es que lo que creia Inhijambia deseo de venganza, era el amor, no extinguido aún en su corazon, que profesaba á Guatimozin.

V.

Los emisarios que asistian á aquella escena no se cansaban de contemplar la radiante belleza de la india.

En efecto; no cabe imaginar nada más bello, nada más tranquilo, nada más angelical que su mirada.

La delicadeza de su cútis era extremada, y á no ser por su color de ébano, cualquiera hubiera creido, al ver la correccion de su figura, que se hallaba en presencia de una europea.

La redondez de sus formas, lo torneado de su garganta, daba nuevo realce á su conjunto y coronaba dignamente los muchos encantos que atesoraba.

VI.

Cuando terminó el diálogo que se entabló entre padre é hija, dijeron los embajadores:

—Grande ès nuestra complacencia al poder anunciar á nuestro monarca que accede gustosa vuestra bellísima hija á las proposiciones que hemos tenido el honor de haceros.

—Manifestadle en mi nombre,—se apresuró á decir Inhijambia,—que este es para mí el dia más venturoso de mi vida, que mi único anhelo es y será hacerle participar de la felicidad que experimento, y

añadid que todos mis desvelos, todos mis cuidados, se dirigirán á hacerle comprender que soy digna de la singular merced que me otorga.

VII.

Nincholutzco estrechó cariñosamente en sus brazos á su hija, y en tanto que los embajadores despachaban un correo para anunciar á su soberano el feliz resultado de su embajada cerca del cacique de Taxietlan, este daba las órdenes para alojarlos dignamente y para preparar un banquete al que debian asistir aquellos altos funcionarios, como fiel expresion de su gratitud al soberano de Méjico por el imponderable honor que le concedia al casarse con su querida hija.

Capítulo XCIV.

Ceremonias nupciales.

I.

La noticia del próximo casamiento del monarca circuló con asombrosa rapidez por Méjico, y como en semejantes casos se celebran suntuosas fiestas, todos deseaban llegase el momento para entregarse al regocijo general.

El opulento Quetlahuaca mandó hacer los preparativos necesarios para que el recibimiento que se tributase á Inhijambia fuese digno de ella.

Casi al mismo tiempo se preparaba en Taxictlan la comitiva que habia de acompañar á la novia.

II.

Cuando llegó el instante de partir, rompian la

marcha unos veinte indios, adornados con penachos de plumas de vistosos colores.

Llevaban en el pecho unas piezas redondas de oro que colgaban de su cuello, y con caracoles de diferentes colores formaban caprichosas sartas que rodeaban á las piernas y brazos.

Seguian despues doce navorias (1) perfectamente adornados tambien, y dos de ellos conducian pendiente de un bambú una preciosa amaca de henequen (2), en la que iba la prometida del emperador de Méjico.

Seguian las servidores de la india engalanadas con vistosas taquiras (3), formadas de cuentas blancas, encarnadas y negras, combinadas con canutos de oro y cuentas del mismo metal.

En las orejas y en las narices llevaban zarcillos de oro.

Inhijambia lucia idénticos adornos, aunque más magníficos, y tambien cubrian vistosas taquiras los tobillos y las muñecas.

El viaje se hizo con toda felicidad, y al presentarse en Méjico salieron á recibirla los altos dignatarios del imperio.

---

(1) Es un indio, que aunque no es esclavo, está obligado á la servidumbre.

(2) Hojas de una planta parecida á la espadaña.

(3) Daban este nombre á una especie de pulseras que sujetaban con un broche.

III.

Quetlahuaca no pudo asistir á aquella solemne ceremonia.

En el momento en que se disponia á salir de su palacio se presentó Litzajaya.

Al verla dió un salto como si hubiera sentido la picadura de un aspid.

—¿Por qué temes?—le dijo la india.

El príncipe de Iztacpalapa nada contestó.

—Tu silencio me demuestra claramente que conoces lo inícuo de tu conducta. ¿Te disponias á salir al encuentro de tu prometida? Yo te aseguro que no irás.

—¡Qué intentas?—exclamó Quetlahuaca, sobrecogido al ver la actitud de la india y sin atreverse á sostener las furibundas miradas que le dirigia.

—Tranquilízate; sólò quiero que escuches mis quejas, que te convenzas de lo indignamente que correspondes á mi cariño, que veas lo mal que pagas los sacrificios que por tí he hecho.

IV.

Litzajaya descansó algunos momentos, porque la vehemencia con que hablaba agotaba sus fuerzas.

—Pero considera que mi tardanza en acudir...

—No tengas cuidado,—dijo Litzajaya, interrumpiéndole;—tu hermosa prometida te indemnizará más tarde con sus caricias de los tormentos que te causa la impaciencia.

—Pero déjame al ménos que avise, que me excuse de asistir.

—Sí; pero sin salir de aquí.

Quetlahuaca llamó á uno de sus ministros.

Le dijo que se hallaba indispuesto, que recibiese en su nombre á su prometida, y que excusase su asistencia por esta causa.

V.

—¿Has olvidado tan pronto, hombre infame, hombre villano, hombre desleal,—continuó Litzajaya,—los juramentos que me hiciste? ¿Acaso para tí nada vale una palabra empeñada? ¿No dijiste que si yo lograba detener en su camino á los españoles te casarias conmigo? Si he cumplido ó no mis compromisos, tú lo sabes: las últimas pérdidas que han tenido los extranjeros podrán decirlo tambien. Y cuando confiaba en obtener el premio prometido, vas á casarte con una mujer á quien tal vez no conoces, que ningun sacrificio habrá hecho para obtener tu amor!

Se notaba en Litzajaya que una fiebre abrasadora la devoraba.

Su rostro se hinchaba por momentos, y su sangre hervia, produciéndole una picazon insufrible.

VI.

—Me siento muy mal,—dijo de pronto;—aunque como sabes, conozco todas las enfermedades, no puedo explicarme la que me aqueja en estos instantes. En el país de donde vengo he visto perecer á muchos, víctimas de ella. Todos mis esfuerzos han sido inútiles para combatirla.... Voy á pedirte tal vez el último favor... Compadécete de mí, dispon que me trasladen al lecho, y ocúltame en tu palacio hasta que me restablezca.

Quetlahuaca, conmovido ante la triste situacion en que se hallaba la india, accedió á lo que pedia.

Mandó llamar á uno de los sábios que se dedicaban al arte de curar las enfermedades, y calificó de incurable la de Litzajaya, añadiendo que viviria breves dias.

VII.

Quetlahuaca, impaciente por conocer á su novia, cuya belleza habian elogiado cuantos la habian visto, corrió á su encuentro.

Inhijambia, ocultando los sentimientos que ocultaba en el fondo de su alma, le manifestó desde el primer momento un amor tierno, mezclado con una humildad y un candor que fascinaba al monarca.

Este la dirigia devoradoras miradas, porque su

extraordinaria hermosura era superior á la de cuantas mujeres habia visto.

El amor que le inspiraba Inhijambia le hizo apresurar los preparativos de la boda.

VIII.

Como hemos dicho en otro lugar, estas ceremonias se parecian mucho á las que celebramos los europeos.

Presentábanse los contrayentes en el teocali, y uno de los sacerdotes, despues de dirigirles preguntas, en las que ratificaban su voluntad de contraer aquel lazo, tomaba con una mano el velo de la mujer y con la otra el manto del marido, y hacia un nudo con los extremos.

De este modo volvian á su casa acompañados del sacerdote, y allí daban siete vueltas, segun disponia el ritual.

Este último detalle era indispensable para que el matrimonio fuera valedero.

Para parecerse en todo á nosotros, otorgaba el marido instrumento público á favor de su mujer respecto á los bienes que le traia en dote, y sus leyes ordenaban, como las nuestras, que los restituyese á sus parientes en caso de fallecer aquella sin dejar sucesion.

IX.

Las bodas se celebraron con gran solemnidad.

Los novios comieron en público acompañados de todos los altos dignatarios de la córte, y durante el festin los bufones lucieron su ingenio, y las músicas dieron más brillo á la fiesta.

Hubo danzas y torneos en la ciudad, y durante tres dias se suspendieron todos los trabajos, se cerraron los tribunales, y hasta en el templo no se sacrificó víctima alguna.

Los esposos, que presidieron aquellos festejos, regresaron al palacio, y allí tuvo lugar una escena, á la que vamos á asistir en el próximo capítulo.

Capitulo XCV.

Una venganza.

I.

El curandero que, llamado por Quetlahuaca, habia quedado á la cabecera del lecho de Litzajaya para prestarle los auxilios de la ciencia, hizo llegar con el mayor sigilo á oidos del monarca que la enferma se hallaba próxima á exhalar el último aliento, y que le suplicaba fuese á verla.

No bien se presentó, clavando en él su mirada Litzajaya, le dijo con acento de desesperacion:

II.

—Ya estarás contento, porque sé que te has casado.

Quetlahuaca, no queriendo amargar los últimos dias de la enferma, contestó con la mayor serenidad:

—Estás en un error; no solamente no me he casado, sino que no me casaré. Si he podido estar obcecado un momento, tus palabras me han recordado mi deber.

Te amo más que á mi vida, y sólo contigo contraeria ese lazo.

—¡Me engañas!

—Te digo que no.

—Sólo de una manera me convenceré de que me amas, de que vas á ser mio.

—Exígeme lo que quieras.

—Dáme tu mano.

Quetlahuaca obedeció.

La india la estrechó con efusion.

—Dáme un ósculo,—le dijo, mirándole cariñosamente.

Al efectuarlo le sujetó la india con sus descarnados brazos, que parecian de hierro, y con alegría infernal exclamó:

—Voy á morir; pero tú morirás abrazado conmigo.

III.

Quetlahuaca forcejeaba por desasirse de sus manos, sin poder conseguirlo.

La agonía de Litzajaya avanzaba por la violenta lucha que sostenia.



HERNAN CORTES.—Voy á morir; pero tu morirás abrazado conmigo.

A los gritos que daba el príncipe de Iztacpalapa acudió el curandero, que se habia retirado á la habitacion inmediata.

—Libradme de esta mujer,—decia horrorizado.

El médico obedeció.

IV.

Litzajaya, casi moribunda, fijando en él sus ojos con siniestra expresion:

—No importa...—dijo.—Ya estoy vengada... has respirado mi aliento... mi sudor se ha infiltrado en tu sangre, y... la... enfermedad... que... yo... padezco... es una... enfermedad... que... acongoja... y que... mata... á los que... se acercan...

El esfuerzo que hizo para pronunciar estas últimas palabras, le arrebató la vida.

V.

La enfermedad de que sucumbia era la viruela.

La emocion que la terrible escena que acababa de presenciar Quetlahuacale produjo, le hizo caer en el lecho.

Desde el primer momento presentaba síntomas alarmantes.

La enfermedad de la india le habia contagiado.

La noticia circuló por la ciudad, y un espantoso pánico se apoderó de todos.

El entierro de Litzajaya se hizo con el mayor secreto.

Los que la condujeron á la última morada, tambien fueron atacados de la viruela.

Esta plaga se extendió por todo Méjico.

Cada dia era mayor la consternacion.

Las víctimas iban siempre en aumento.

VI.

—¡Oh!—exclamaban algunos.—Los españoles han traido ese azote. ¡Guerra y exterminio para ellos!

—Recordad,—decian otros,—que son los descendientes del gran Quetzalcoal. ¡Nada podremos oponer á sus iras!

—¡Ahora pagamos el destrozo que hemos hecho en sus filas!

—¡Los dioses empiezan á abandonarnos!

—¡Que ellos se apiaden de nosotros!

—¡Es preciso, para aplacar sus iras, inmolar víctimas en sus aras!

—Sí, sí; corramos al templo.

Se dirigieron á los teocalis, y comenzaron de nuevo á practicar aquellas inhumanas ceremonias.

Los teopixques participaban de la consternacion general.

VII.

En tanto que esto sucedia, en palacio se alarma-

ban cada vez más al contemplar el estado de Quetlahuaca.

La enfermedad hacia rápidos progresos, y ya se desesperaba de salvarle.

La muerte se apoderó por fin de aquel débil príncipe.

Los partidarios de Guatimozin comenzaron á agitarse.

Los ministros y los altos dignatários, viendo el mucho partido que tenia entre los mejicanos, y deseando evitar mayores males, para acallar al pueblo, que le aclamaba por su emperador, despacharon emisarios á participar al esposo de Guacalcinla el fallecimiento de Quetlahuaca y los deseos que todos manifestaban de que le sucediese en el trono.

VIII.

Cuando los embajadores llegaron á Tacuba y le indicaron el objeto de su viaje, Guatimozin se negó á aceptar aquella proposicion.

Aunque este príncipe era ambicioso, recordaba aún con pena el ultraje que le habia inferido el monarca que acababa de morir al arrebatarle el mando del ejército.

—Decid á todos,—exclamó bajo la presion de aquel recuerdo doloroso,—que agradezco las simpatías que demuestran en mi favor; pero que aun no he olvidado la indiferencia con que permitieron que se me re-

levase del honroso cargo que desempeñaba en otro tiempo.

—Ved que los ánimos están muy exaltados, que sólo vos podeis calmarlos, que la salvacion de la pátria exige que os presenteis en Méjico.

—La ingratitud con que se han premiado mis servicios, hacen que mi resolucion sea irrevocable.

—Pero ahora se trata de reparar la injusticia de un soberano mal aconsejado.

—Consultaré al oráculo, y obedeceré su consejo.

IX.

Acudió á un butío que vivia en las cercanías, y este, que habia sido desterrado allí por sujestiones de los teopixques de Méjico, que sabia que tambien por su influencia habia sido relevado del mando del ejército Guatimozin, conociendo que este se vengaria de aquellos intrigantes sacerdotes:

—Id,—le dijo;—los dioses quieren que salveis á Méjico.

El príncipe se decidió, y despidiéndose de su esposa, que con lágrimas y ruegos le suplicaba que no la abandonase, y estrechando á su hermoso hijo, salió de Tacuba con direccion á la imperial ciudad de Méjico.

Inhijambia permanecia en palacio hasta saber qué disponia de ella su ingrato amante.

X.

Cuando estos sucesos tenian lugar, llegaron á Tlascala, como recordarán nuestros lectores, unos embajadores á participar al senado que el soberano de Méjico habia dejado de existir víctima de la epidemia que asolaba á la ciudad.

Capítulo XCVI.

Entrada de Guatimozin en Méjico.

I.

Guatimozin entró en la ciudad imperial seguido de los embajadores, y la muchedumbre se agolpó á recibirle y á vitoriarle.

Por un momento dieron tregua á su dolor los mejicanos.

La viruela, sin embargo, se propagaba con lamentable rapidez.

Se dirigió á palacio, y ordenó que las exequias de Quetlahuaca se celebraran con inusitada pompa.

El pueblo, impresionable siempre, acudió á aquella fúnebre solemnidad.

Terminada la ceremonia, regresó de nuevo Guatimozin á palacio, y reunió á todos los guerreros que eran decididos partidarios suyos.

II.

—Graves son las circunstancias que atraviesa el imperio,—les dijo;—las noticias que he podido adquirir durante mi permanencia en Tacuba, me hacen temer que se prepara una gran catástrofe. Los españoles tienen por partidarios á los caciques de algunas tríbus próximas, y los refuerzos que estos les proporcionan pueden sernos fatales.

Pero yo, que he jurado exterminar á los españoles, que no me arredran los peligros, estoy decidido á darles la batalla en cuanto se presenten. ¿Puedo contar con vosotros?

—Donde tú vayas te seguiremos,—respondieron todos con entusiasmo.

—No esperaba yo ménos de tan valerosos guerreros. Voy á disponerlo todo para que no nos halle desprevenidos el enemigo.

Y despidiéndose de sus antiguos compañeros, volvió de nuevo á palacio.

III.

No bien estuvo allí, le anunciaron que la emperatriz viuda deseaba verle, y que solicitaba una audiencia.

—La tiene concedida,—contestó.

Inhijambia no tardó en presentarse.

El príncipe Guatimozin reconoció en seguida á su antigua amante.

Pero dominándose, y como si fuera la primera vez que la veia:

IV.

—Os acompaño en el sentimiento que habrá producido en vos la pérdida que habeis sufrido,—dijo,—porque desgracia y grande es verse viuda á los pocos dias de haber tomado esposo.

—Agradezco esos consuelos, que creo sinceros, por más que se conviertan para mi alma en afilados dardos.

—Siento en verdad que mis palabras aumenten vuestro dolor, y bien saben los dioses que no es tal mi intencion al manifestaros que me asocio á vuestras penas.

—Si me habeis reconocido, lo que no dudo, á pesar de vuestro fingimiento, bien comprendereis que he de mirar como un sarcasmo esos consuelos, despues de haber sido vos la causa de todas mis desventuras.

—No es esta la ocasion ni el lugar oportuno para recordar escenas que yo he olvidado por completo.

—No lo dudo,—dijo con acento irónico Inhijambia;—la felicidad nos hace egoistas, y nada puede importarnos que otros séres padezcan.

—Os suplico que echemos un velo sobre lo pasa-, máxime cuando vuestra afliccion no seria tanta,

toda vez que cedísteis á dar vuestra mano á Quetlahuaca. Bien es verdad que la idea de ser soberana de Méjico halagaria vuestro amor propio.

—Digno tambien de vos es ese miserable pensamiento; pero habeis de saber, aunque me cueste rubor confesarlo, que si yo he consentido en ser esposa de Quetlahuaca, era porque me sonreia la esperanza de acercarme á vos, porque queria revelaros los tormentos que he sufrido por vuestro desprecio, y demostrándoos que nunca os habia olvidado, aspiraba á que premiárais mi constancia, mi cariño.

V.

—¿Es decir,—exclamó Guatimozin, que deseaba poner término á aquella enojosa escena,—que al prestar juramento de fidelidad á vuestro esposo, proyectábais un adulterio? ¿Es decir que ni siquiera sentíais agradecimiento al que os elevaba al trono del imperio más poderoso del mundo?

—¿Y qué vale todo eso cuando se siente el vacío en el corazon?

—¿Acaso pueden llenarle pasiones criminales?

—¿Y quién os ha dicho que al corazon se le sujete con absurdas leyes?

—Callad, callad; ese lenguaje mancha vuestros labios, y por más que lamente vuestra obcecacion, no puedo consentir que os expreseis en esos términos.

Por otra parte, debo deciros que renuncieis á toda esperanza. Yo amo á Guacalcinla, ella me correspon-

de, disfrutamos esos goces inefables que proporciona el hogar, nuestra felicidad es inmensa al contemplar á nuestro hijo, y yo por nada del mundo perderia la tranquilidad de que disfruto; porque al perderla, dando cabida en mi pecho á un amor criminal, causaria la muerte á mi querida esposa.

—¡Ah!—exclamó ciega de ira Inhijambia.—¿Con que al desprecio añadés el ultraje? Tú acabas de sentenciar á Méjico á completa ruina. Adios para siempre.

Y ciega de ira, vomitando llamas por los ojos, abandonó la estancia..

Volvió á su cuarto, llamó á sus servidores, les manifestó que deseaba ir á reunirse con su padre, y aquel mismo dia partió.

VI.

Guatimozin se hallaba pensativo por la amenaza que al despedirse la india le habia hecho, y un confuso griterío que llegó á sus oidos le sacó de aquella abstracion.

Se asomó á una de las ventanas de su palacio, y vió al pueblo que en actitud amenazadora se dirigia á su morada.

—Que Guatimozin se ponga al frente de nosotros,—decian;—la peste se deja sentir con más fuerza cada dia.

Los españoles han traido este terrible azote sobre la ciudad.

Salgamos todos á exterminarlos, y venguemos la muerte de tantas víctimas como han perecido por causa de ellos.

VII.

El emperador les tranquilizó, ofreciéndoles acceder á sus deseos, y cuando e disponia á salir al encuentro de los extranjeros, llegaron algunos espías que habia enviado á las tríbus inmediatas para saber el espíritu que dominaba en ellas.

—Los españoles ganan terreno,—le dijeron;—todos los indios enemigos de Méjico se han coaligado con ellos, y con poderosas fuerzas se disponen á volver á la ciudad.

Capítulo XCVII.

Coronacion de Guatimozin.

I.

De *expröfeso* hemos dejado para este capítulo la descripcion de las ceremonias y fiestas que tuvieron lugar cuando la coronacion de Guatimozin.

El dia señalado acudieron á la capital los caciques de todos los pueblos tributarios de Méjico acompañados de un séquito verdaderamente régio.

El movimiento extraordinario que se notaba en todas partes, era indicio de la alegría que producia en todos su elevacion al trono.

II.

Las espaciosas calzadas estaban cubiertas de mul-

titud de curiosos, cuyo número aumentaba de minuto en minuto.

Los canales se veian surcados todas las horas del dia, y aun en las primeras de la noche, por innumerables piraguas cargadas de mercancías y víveres; así es que no escaseaba nada en la gran plaza de Tlateluzco, á pesar del aumento de consumo.

En todos los templos y palacios se hacian preparativos de fiesta, que el pueblo acudia á contemplar invadiendo los pórticos y llenando las plazas.

III.

Amaneció despejado y brillante el dia señalado para la inauguracion del nuevo reinado.

Jamás el sol espléndido de la zona ecuatorial iluminó con más puros rayos las regiones mejicanas.

Diríase que el astro propicio se gozaba en asociarse por última vez, en toda la plenitud de su gloria, á la de los reyes aztecas, próxima á hundirse en un eclipse eterno.

IV.

A los primeros albores, la inmensa ciudad de Méjico apareció engalanada, presentando un aspecto singularmente pintoresco.

Las fachadas de las casas ostentaban colgaduras de varios colores, que ondulaban graciosamente al so-

plo de las auras matinales, relumbrando á los rayos del naciente dia las franjas de oro y de plata con que estaban recamadas las que adornaban los palacios de la alta nobleza.

V.

Las azoteas, cubiertas de tiestos de flores bajo arcos simétricos de enredaderas floridas, parecian jardines aéreos, cuyos perfumes se elevaban como una ofrenda á la aurora, que teñia de azul y rosa las ligeras nubes que flotaban bajo la magnífica bóveda de aquel cielo privilegiado.

El empedrado de las calles desaparecia bajo una alfombra de verdes palmas, que el pueblo tendia con alegre clamoreo, y las jóvenes mezecualas (1), adornadas con su traje de fiesta (G), corrian á los templos, llevando colgados de ambos brazos cestillos de mimbre llenos de resinas olorosas y de flores exquisitas, que depositaban con religioso respeto en los umbrales de las sagradas puertas.

Todos los habitantes abandonaban las casas para acudir á las plazas, especialmente á la de Tlateluzco.

VI.

La concurrencia era tan inmensa, que apenas ha-

(1) Plebeyas.

bria en aquella dilatada extension un palmo de tierra para cada indivíduo.

Los almacenes y las droguerías que cobijaba el grandioso pórtico, rivalizaban aquel dia en el lujo con que ostentaban sus efectos, expuestos en ricas anaquelerías de oloroso cedro y de ébano rojo, conocido vulgarmente por el nombre de granadillo.

Todos los teocalis, abiertos desde el amanecer, exhalaban de los descubiertos altares blancas nubes del precioso *tecopalli*, especie de incienso que se quemaba en honor de los dioses.

El sol reflejaba sus rayos en las láminas de oro é innumerable pedrería que adornaba á los colosales ídolos.

VII.

En el gran templo de Huitzilopochitli debian inmolarse las víctimas humanas que un uso bárbaro prescribia, desde el principio de la monarquía mejicana, como requisito indispensable del ceremonial de la coronacion.

Las víctimas eran, por lo general, prisioneros de guerra hechos por el monarca electo, que los presentaba á los sacerdotes como trofeos de su valor y testimonio de su veneracion por los dioses.

VIII.

Serian apenas las diez de la mañana cuando los

grupos que cercaban el palacio de Guatimozin vieron abrirse sus puertas para dar entrada á los ministros, magistrados y altos dignatarios del imperio.

Saludaron todos á Guatimozin inclinándose respetuosamente, y el más anciano de la comitiva, alzando la voz con acento y ademan grave, dijo:

IX.

—Grande ha sido la pérdida del imperio mejicano al morir el prudente y animoso príncipe de Iztacpalapa, cuando con tan felices resultados comenzaba la gloriosa tarea de arrojar á los extranjeros de este suelo, que ensangrentaban con sus crímenes, y que todavía no han perdido tal vez la esperanza de volverlo á oprimir y á deshonrar con sus plantas.

No te desalientes, sin embargo, generoso jóven, á quien llaman los dioses al sólio de los aztecas.

Ellos acaban de dar una clara muestra del amor que dispensan á nuestra patria iluminando nuestro entendimiento en una eleccion tan difícil, á fin de que unánimemente te ofrezcamos la imperial corona á cuyo peso no bastaria menor fortaleza que la de tu invencible corazon.

¡Regocíjate tú tambien! ¡Oh tierra bendecida!

El señor que te damos no usará de su poder para oprimirte, ni se enervará entre la pompa de la grandeza, haciendo estériles tus entrañas fecundas.

¡Regocijaos todos, pueblos del Anahuac, porque

teneis un soberano que será el padre del huérfano y el apoyo de la viuda!

Y tú, nieto dignísimo del gran Axayacat, vástado doblemente glorioso de dos dinastías supremas, confia en el omnipotente Tezcalepuzca, creador y alma del mundo, rey del cielo y juez de los hombres, que así como te ha elevado á tan eminente dignidad, te dará fuerzas para llenar los graves é importantes deberes que son anejos á ella.

Ven, pues, á recibir en presencia del gran Huitzilopochitli, cuya imágen eres, la corona que te otorga el cielo, y dígnate aceptar con ella la fidelidad constante que te juramos.

X.

Guatimozin respondió con voz notablemente conmovida estas breves y sentidas palabras:

—Concédanme los dioses, ¡oh digno y respetable auditorio! la dicha de merecer la gloriosa eleccion con que me honrais, y no dispensen á mi alma ventura alguna, si no me es dado hacer la del imperio de Méjico.

Apenas terminó estas palabras salió de su palacio la comitiva.

Dos altos dignatarios llevaban en primorosas bandejas de oro las insignias del imperio.

XI.

Todos se dirigieron con gran solemnidad al templo de Huitzilopochitli, donde les esperaba un inmenso gentío.

La procesion recorrió las calles en medio de un grave silencio, y en el momento en que Guatimozin puso el pié en la primera grada, se oyó esta aclamacion unánime, que repitieron los ecos del enorme edificio:

—¡Gloria á Guatimozin! ¡Gloria á Méjico!

La ceremonia religiosa comenzó.

Capítulo XCVIII.

Continuacion del anterior.

I.

Los sacerdotes, envueltos en muchos mantos negros, recibieron al príncipe y á los señores que le acompañaban en la meseta cuadrilonga en que se alzaba el altar del sacrificio, sobre el cual ardian á los piés del ídolo colosal los más preciosos perfumes, envolviendo á los circunstantes en una blanca nube de aromático vapor.

Inclinóse respetuosamente el jóven príncipe ante el monstruoso ídolo.

La comitiva le imitó.

II.

Al propio tiempo se abrieron dos puertecillas de aquella sangrienta capilla.

Apareció en la una el huei teopixque, ó gran sacerdote.

Vestia una ancha túnica escarlata, y cubria sus hombros un blanco manto, en que se veian pintados varios episodios de su mitología.

III.

Por la otra puerta aparecieron los sacrificadores, seguidos de las infelices víctimas.

El teopilzin, ó jefe, vestia de encarnado, como el pontífice.

En la cabeza, á imitacion de este, llevaba un gran penacho de plumas verdes y amarillas, distintivo de su alta dignidad.

Los otros sacrificadores tenian hábitos blancos, que hacian resaltar singularmente los estravagantes matices de sus rostros, pintados con tintas de diversos colores, entre los cuales predominaba el negro.

IV.

En medio de aquellas caprichosas y repugnantes figuras se veian á las desgraciadas víctimas, completamente desnudas, demacradas y pálidas.

En su semblante se reflejaba una profunda tristeza, porque sabian la suerte que les estaba reservada.

Cuando vieron vibrar en la nervuda mano del teo-

piltzin el agudo Iztli que debia despedazar sus pechos y la rojiza luz de veinte teas de maderas resinosas reverberó en la pieza destinada al sacrificio, aquellos infelices, horrorizados, no pudieron reprimir un movimiento espontáneo, y retrocedieron un paso.

V.

Alarmados los verdugos, se abalanzaron presurosos como aves de rapiña encima de su presa, y arrastrándolos al ara, comenzaron con bárbara complacencia los preparativos del sacrificio.

Durante algunos minutos reinó un silencio profundo.

Oyóse en seguida el áspero sonido de la carne que rasgaba lentamente el filo del pedernal.

Vióse saltar la sangre sobre los mármoles de la capilla, manchando los blancos hábitos de los sacrificadores.

Ni un solo gemido indicó los atroces tormentos de las víctimas.

VI.

El pontífice, haciendo levantar á Guatimozin, que durante el sacrificio habia permanecido inclinado sobre las gradas del altar, le mostró los sangrientos despojos de las víctimas, cuyos cuerpos, privados del corazon y la cabeza, que eran las ofrendas gratas al

ídolo á quien se tributaba aquel homenaje, fueron en seguida arrojados, desde lo alto de la meseta en que se consumaba el sacrificio, al pueblo que llenaba la plaza.

VII.

Cumpliendo las fórmulas de su ceremonia, Guatimozin rogó á Huitzilopochitli aceptase grato el holocausto, y á la plegaria que pronunció con este motivo contestaron los sacerdotes con un himno semi-guerrero y semi-religioso.

Terminado este himno, cuyos ecos repitieron las bóvedas del templo, el pontífice se acercó á Guatimozin y le ungió solemnemente con un aromoso óleo.

VIII.

Dos sacerdotes colocaron en sus sienes la corona, que ellos llamaban *copilli*, y otros dos le revistieron con el manto imperial.

El jóven monarca, bello y majestuoso con aquellas insignias, quemó incienso á los piés del ídolo y demandó la bendicion del pontífice, que se la otorgó conmovido, articulando con acento grave estas palabras solemnes:

IX.

¡Guatimozin emperador, sé justo!

¡Guatimozin emperador, sé fuerte!

¡Guatimozin emperador, sé religioso!

Todos los circunstantes exclamaron á una voz despues:

¡Gloria á Huitzilopochitli!

¡Gloria al emperador!

¡Gloria á Méjico!

La ceremonia habia terminado (H).

X.

Los sacerdotes se retiraron.

El emperador y su comitiva salieron de aquel templo para ir á visitar otros que cercaban al del númen predilecto.

Eran estos los de *Tezcalepuzca*, dios creador y juez de los hombres.

Tlalöe, divinidad de las aguas.

Tonatioh, génio de la luz, que era el sol.

Meztli, diosa de la noche, que era la luna.

Yacatenctli, dios del comercio.

Bentcott, diosa de la agricultura.

En fin, todos los genios de su mitología recibieron el puro tecopalli, que quemó en sus aras el nuevo soberano, y los ecos de innumerables santuarios devolvieron las preces, dirigidas al cielo en su favor por los cinco mil sacerdotes que estaban consagrados al servicio de aquella inmensa reunion de templos.

XI.

Era ya de noche cuando Guatimozin, terminada la procesion, fué instalado solemnemente en el palacio imperial.

Al dia siguiente debian acudir todos los caciques tributarios de Méjico á pronunciar en su presencia el juramento de obediencia y fidelidad.

XII.

Algunos minutos despues de las solemnes ceremonias de que hemos dado cuenta á nuestros lectores, se convirtió la poblacion en inmensa escena de regocijos públicos.

Nobles y plebeyos se confundian en alegres danzas, que se formaban en las plazas.

Las jóvenes, adornadas con guirnaldas, entonaban los arcitos del país, y una inmensa multitud se dirigia á los teatros, que como hemos dicho en otro lugar, habia en la ciudad, y todos ellos se hallaban completamente llenos por la excesiva concurrencia que en aquella fausta noche les favorecia.

Capítulo XCIX.

Camino de Tezcuco.

I.

Dejamos á los españoles, con grandes refuerzos de los indios que se habian puesto de su parte, avanzando hácia la imperial Méjico.

Hernan Cortés no creyó conveniente dar el asalto sin tener un punto de apoyo, y recordando que en Tezcuco estaba Othalitza, y que su hijo ocupaba el trono por influencia suya, resolvió dirigirse allí.

Los indios de Guacachula, de Tlascala, de Güexocinco y demás poblaciones que le eran adictas, revelaban gran entusiasmo, porque el caudillo español habia ofrecido destruir á Méjico, para que no continuara siendo la ciudad absorbente de todas las demás, asegurándoles que en cuanto realizase este propósito se retiraria con todos los españoles.

II.

Salió, pues, de Tlascala el dia de los Inocentes.

En la imposibilidad de poder atender al mantenimiento de todo su ejército, que constaba de más de ochenta mil hombres, en tierra de enemigos, llevó sólo veinte mil, quedando los demás en Tlascala hasta que se terminasen otros tantos bergantines que mandó construir.

Aquella noche durmió el ejército expedicionario en Tezmoluzca, distante seis leguas de dicha ciudad, y el cacique y personas principales acogieron con benevolencia su llegada.

Al dia siguiente, despues de cuatro leguas de camino, pernoctó en una sierra.

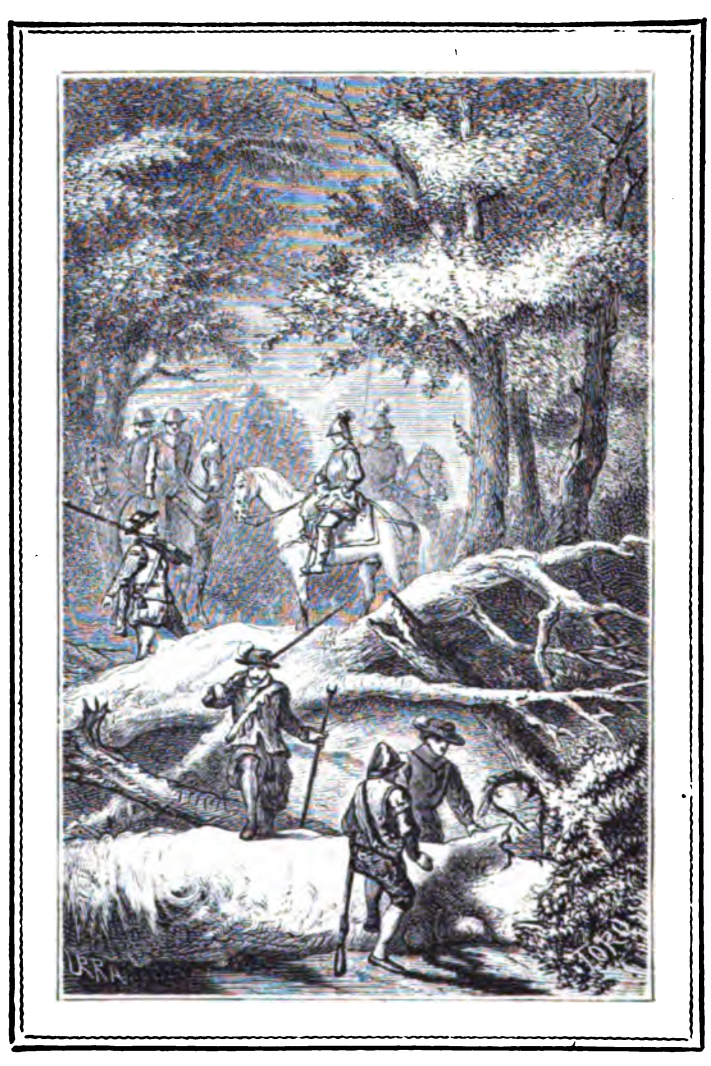
Era tan intenso el frio que allí se sentia, que tuvieron que encender grandes hogueras para no perecer víctimas de él.

III.

Apenas rompió el alba comenzaron todos á subir el puerto.

Hernan Cortés envió delante cuatro peones y cuatro de á caballo á explorar el terreno, y hallaron el camino lleno de árboles recien cortados y atravesados.

Creyendo que más adelante no habria el mismo



HERNAN CORTES.—Gruesos pinos, cipreses y otros árboles, atajaban todas las avenidas.

obstáculo, continuaron caminando hasta un punto del que les fué imposible pasar.

Gruesos pinos, cipreses y otros árboles atajaban todas las avenidas.

Cuando le comunicaron el resultado de sus exploraciones:

—¿Y habeis encontrado gente?—les preguntó.

—Absolutamente á nadie.

Cortés dispuso entonces que le acompañasen todos los de á caballo, y con algunos españoles de á pié y mil indios se dirigió á desembarazar el terreno.

Dió órden para que el resto del ejército le siguiese, y con el concurso de todos quedó limpio el camino y pasó la artillería y caballería sin el menor peligro.

IV.

Los tezcucanos creian que los españoles no elegirian aquel camino, y le abandonaron, contentándose con poner aquellos estorbos.

La verdad es que si se hubieran quedado custodiándolo, favorecidos por lo fragoso del terreno y por el espeso monte que habia á uno y otro lado, hubieran hecho retroceder á sus enemigos.

Tres caminos habia para dirigirse á Tezcuco, y Hernan Cortés eligió el más escabroso.

Sin saber por qué, adivinó que sus enemigos estarian aguardándole al final del más llano.

Un momento despues distinguió las lagunas, y

dió gracias á Dios por que le habia permitido llegar allí sin ningun contratiempo, ofreciendo no volver atrás sin ganar primero á Méjico.

Todos los españoles repitieron este ofrecimiento.

V.

El resplandor de muchas hogueras llamó la atencion del caudillo.

Indudablemente los enemigos estaban próximos, y por medio de estas señales avisaban á sus hermanos para que acudieran al combate.

Pronto resonó un confuso griterío, y vieron que llegaban en tropel multitud de indios con el objeto de apoderarse de unos puentes que allí habia próximos.

Cortés mandó que un escuadron saliera á impedirles este propósito, y despues de tomar el puente les persiguieron unos veinte de á caballo, que los dieron una carga que les destruyó por completo.

VI.

Los españoles, sin haber sufrido perdida alguna, continuaron su marcha, y aquella noche la pasaron en Cuahutepec, que es jurisdiccion de Tezcuco.

En el lugar no habia persona alguna; pero cerca de él estaban más de cien mil hombres en actitud hostil.

Habian llegado de Culúa, Méjico y Tezcuco para impedir el paso de los extranjeros.

Hernan Cortés apercibió á su gente, y estuvo alerta.

VII.

Al dia siguiente de madrugada salió de allí para Tezcuco, que está á tres leguas, y no habria andado un cuarto de hora cuando distinguió á cuatro indios, que con una banderita puesta en una barra de oro, como símbolo de la paz, corrian á su encuentro.

Salió á recibirlos, y por ellos supo que Coaenacoyocin, su señor, les enviaba á rogarle que no hiciese daño en su tierra, que él deseaba paz y amistad, y que se alegraría infinito que pasase á su ciudad á hospedarse con todo el ejército.

Cortés comprendió que aquello era una emboscada; pero les dió las gracias por sus ofertas y se excusó de admitirlas.

Los emisarios partieron despues de oir de labios del caudillo las palabras más afectuosas y tranquilizadoras.

El ejército prosiguió su expedicion, y se alojó en Cuahutichan y Huaxuta, arrabales de Tezcuco.

Derribó cuantos ídolos encontró, y despues penetró en la ciudad.

Halló desiertas muchas casas, y temiendo una traicion, mandó pregonar que nadie, so pena la vida, abandonase la ciudad.

VIII.

Los españoles, despues de descansar un rato, subieron á las azoteas, y desde allí descubrieron que muchos de los habitantes empezaban á abandonar la poblacion.

Cortés quiso remediarlo; pero llegó la noche, y no le pareció oportuno empeñarse en una lucha, cuyas consecuencias no podia prever.

Perdido el miedo que les causó la llegada de los extranjeros, al ver que no les hostilizaban en lo más mínimo, regresaron muchos de los que habian huido.

IX.

Ocho dias estuvo Cortés sin salir de Tezcuco, fortaleciendo la casa en que se hallaba alojado, y despues de abastecerla de víveres, viendo que no le acometian los enemigos, dió órden para que le acompañasen doscientos españoles y unos quince de á caballo con cinco mil indios, y siguiendo la orilla de la laguna, comenzó á caminar con direccion á Iztacpalapa.

Capítulo C.

Que trata de varias cosas.

I.

La guarnicion de Culúa avisó á los de Iztacpalapa que los españoles se dirigian á la ciudad, y salieron á esperarlos unos cincuenta mil, dispuestos á detener su marcha.

La batalla que allí tuvo lugar fué horrorosa.

Los tlascaltecas solamente mataron más de seis mil enemigos.

Los demás huyeron en precipitada fuga.

II.

Cuando un momento despues los españoles se felicitaban de aquella nueva victoria, notaron con asombro que las calles se inundaban de agua.

Los enemigos habian abierto la calzada, y entraba tanta agua que lo cubria todo.

Cortés ordenó que inmediatamente abandonasen la ciudad, y los españoles pasaron una noche muy mala, porque no pudieron recoger en su huida las provisiones, y empezaban á sentir los rigores del hambre.

Cortés estuvo muy triste aquella noche, pensando que con el abandono de la ciudad se envalentonarian los enemigos, y amenguándose su prestigio, no acudirian de otras tribus á solicitar su amistad.

Se retiró con los suyos á la provincia de Chalco, que le era adicta, y aplazó para mejor ocasion el volver á Tezcuco.

Dos dias llevaba allí, cuando se presentó Othalitza seguida de su hijo.

III.

—¿Cómo habeis abandonado la ciudad,—les preguntó Hernan Cortés.

—Callad, señor; las desventuras que sobre nosotros pesan son superiores á cuanto se diga. Despues de habernos librado de una conspiracion que se tramó para asesinarnos, nos hemos visto precisados á huir precipitadamente. Numerosas fuerzas mejicanas han invadido nuestro territorio, y ante el temor de no poder contrarestarlas hemos venido á acogernos á vuestro amparo.

IV.

Cortés la ofreció toda su proteccion.

Un suceso inesperado hizo que pudiera realizar esta oferta antes de lo que creia.

Los caciques de Huaxuta y Cuahutichan vinieron á decirle que fuerzas mejicanas se aproximaban á su territorio, y que para no faltar á la amistad con él pactada, le suplicaban les aconsejase la conducta que debian observar.

Hernan Cortés les dijo que opusieran resistencia, en tanto que él recibia refuerzos que habia pedido á Tlascala.

Los caciques partieron.

V.

Casi al mismo tiempo recibió aviso de que en Veracruz habian desembarcado treinta españoles, sin contar los marineros de la nao, y ocho caballos, y que traian mucha pólvora, ballestas y arcabuces.

Un soldado que llegó en el propio dia le participó que los bergantines que estaban construyéndose en Tlascala se habian terminado, y Cortés comisionó á Sandoval para ir á buscarlos.

La tablazon y clavazon de ellos fué conducida por ocho mil hombres.

Venian en su guarda veinte mil soldados.

Al llegar á tierra enemiga dijeron los carpinteros que por lo que pudiera sucéder seria conveniente que fuese delante la ligazon y detrás la tablazon, por ser cosa de más peso y embarazo.

Así se dispuso, en efecto, y en el camino salió á recibirlos Hernan Cortés con todas las fuerzas de que disponia.

Al llegar á la costa armaron las naves, las botaron al agua, y con el mayor entusiasmo se dirigieron á Tezcuco.

VI.

Poco trabajo le costó obtener la victoria.

Con el numeroso ejército que llevaba destrozó á gran parte de sus enemigos, y los demás se rindieron á discrecion.

Colocó de nuevo en el trono al hijo de Othalitza, y las protestas de amistad y agradecimiento que oyó de sus lábios le indemnizaron de los disgustos que habia sufrido en aquellos dias.

Revistó sus tropas, y al notar que faltaban algunos españoles, comisionó á Sandoval para que con algunas fuerzas recorriera los alrededores de la ciudad.

En un pueblo inmediato supo que al huir los mejicanos habian llevado algunos prisioneros, y que despues de asesinarlos y derramar su sangre por las paredes, se los habian comido por un exceso de ferocidad.

En una de las casas que registró halló escrito con carbon:

Aquí estuvo preso el sin ventura Juan de Juste.

Algunos historiadores hacen subir á cuarenta y cinco el número de los españoles que tan villanamente fueron asesinados.

VII.

Sandoval, indignado por las noticias que adquiria, trató de incendiar el pueblo en donde habian sido inmolados sus compañeros.

Los soldados imitaron á muchos de sus habitantes.

Pero al ver el valiente capitan la ninguna resistencia que oponian, y que lloraban las mujeres por sus maridos, y los hijos por sus padres, él y sus soldados tuvieron compasion, y no derramaron más sangre.

Desistió de incendiar el pueblo, y despues de oir las más lastimeras súplicas de sus aterrorizados habitantes y de convencerse de su arrepentimiento, les perdonó, obligándoles á que prestasen juramento de servirles y ser leales.

Contristado por el desgraciado fin que habian tenido sus hermanos, y en la imposibilidad de encontrar á sus verdaderos verdugos, regresó á reunirse con Hernan Cortés.

VIII.

El caudillo de los españoles oyó con pena la triste relacion que le hizo Sandoval de tan terribles sucesos.

Pero recobrando el ánimo, en vista de las circunstancias por que atravesaba, lo dispuso todo para continuar al dia siguiente su expedicion.

Deseaba cuanto antes tener un encuentro con los de Méjico, y al rayar el alba salió con veinticinco caballos y unos trescientos españoles, entre los que habia cincuenta escopeteros y ballesteros.

A las cuatro leguas de camino se encontraron con un numeroso escuadron de enemigos.

El caudillo español ordenó que los de á caballo les dieran una carga.

Acudieron luego los de á pié, y desbarataron por completo á aquella imponente turba.

Los tlascaltecas hicieron una horrorosa carnicería en los que huian.

IX.

Era tarde cuando terminó la batalla, y los españoles fijaron sus reales en el campo.

La noche la pasaron alerta, porque allí habia muchos de Culúa, y no querian ser víctimas de su imprevision.

A la madrugada tomaron el camino de Xaltoca.

Cortés no manifestó dónde iban.

Recelaba de muchos de Tezcuco que venian con él, y temia que avisasen á los enemigos.

Por fin llegaron á Xaltoca.

Rodea á este lugar una inmensa laguna.

En sus calles hay tambien muchas acequias.

Los habitantes se burlaban de los españoles al verlos andar por aquellos arroyos, y les tiraban flechas y piedras.

—No les hagais caso,—decia Cortés á sus soldados;—pasaremos como podamos, que en estando al otro lado ya castigaremos su audacia.

X.

En efecto; en cuanto que salvaron las acequias arremetieron á sus enemigos, y aunque opusieron una tenaz resistencia, lograron á cuchilladas desalojarlos del pueblo.

Quemaron gran parte de las casas, y despues continuaron su marcha.

Hicieron alto á una legua de allí, donde durmieron.

La noche siguiente la pasaron en Huatullan, poblacion grande, pero completamente desierta.

Sus moradores la habian abandonado aterrorizados al aproximarse los españoles.

XI.

Continuando su expedicion, pasaron por Tenanio can y Accapuzalco, sin encontrar resistencia, y llegaron á Tlacopan.

Esta poblacion se hallaba defendida por grandes fosos, y en sus inmediaciones estaban reunidos todos sus habitantes para estorbar la entrada de los extranjeros.

Lograron por fin entrar los expedicionarios, mataron muchos indios y quedaron dueños del campo.

Era ya de noche, y Cortés dispuso que se alojaran en una gran casa que allí habia.

Descansaron de la jornada, y al amanecer se saqueó el lugar y se quemó casi todo.

XII.

Cortés recordaba con dolor que al abandonar á Méjico habian asesinado á algunos de sus hermanos, y quiso imponerles un castigo cruel.

Seis dias permanecieron allí, y en todos ellos tuvieron alguna escaramuza con los enemigos.

Los tlascaltecas hacian maravillas en estos encuentros.

Los enemigos salieron de Méjico por la calzada á pelear, y para coger en ella á los españoles fingian huir, y de pronto volvian á caer sobre ellos.

Otras veces, presentándose en la entrada de la ciudad:

—Venid, venid si sois valientes; pero estad seguros de qué no saldrá uno vivo.

Nuestro monarca no es tan débil como Motezuma, y de nada os servirán vuestros engaños para facisnarle.

Cortés les hizo un dia seña de que queria hablar con su señor, y ellos le contestaron:

—Todos los que aquí veis son señores; decid lo que gusteis.

XII.

Viendo Cortés que nada conseguia, para amedrentarlos les dijo por medio de un soldado que le servia de intérprete:

—Estais cercados, y tendreis que perecer de hambre. Entregaos, es la única esperanza que os queda.

—No os cuideis de eso; tenemos suficientes provisiones, y cuando se concluyan, los españoles y tlascaltecas que matemos calmarán nuestro apetito.

Despues, arrojando algunas tortas de centli:

—Comed vosotros si teneis hambre, que nosotros ninguna tenemos, gracias á nuestros dioses. Pero lo mejor que podeis hacer es abandonar el campo, porque de lo contrario no vá á quedar uno vivo.

Y al terminar estas palabras, en medio de aullidos espantosos, se precipitaron sobre los españoles.

Cortés se defendió en retirada, y decidió volver á Tezcuco.

No pudiendo hablar con Guatimozin, su permanencia allí no tenia objeto.

XIII.

Los enemigos, atribuyendo á miedo aquella retirada, se envalentonaron.

Por medio de grandes hogueras llamaron á los de las poblaciones vecinas, y una vez reunidos, cayeron con más ímpetu sobre sus contrarios.

Desastrosas fueron las consecuencias de aquel combate para los españoles.

Pero Cortés no tardó en castigar su atrevimiento.

Envió delante todo el ejército y la infantería española con cinco de á caballo.

Hizo á otros seis de á caballo ponerse en celada á un lado del camino, cinco al otro y tres en otra parte, y él se escondió con los demás entre unos árboles.

Los enemigos, que no veian los caballos, arremetieron denodadamente contra la infantería.

Cortés los dejó acercarse, y cuando estuvieron á su alcance salió gritando:

—¡Santiago y á ellos! ¡San Pedro y á ellos!

Como los arremetieron por los flancos y por el frente, los destrozaron por completo.

Despues de esta victoria obtenida sobre los enemigos, entraron y durmieron en Alcolucan, á dos leguas de Tezcuco.

XIV.

El escarmiento que sufrieron los mejicanos fué tan grande, que durante algunos dias no volvieron á hostilizar á los españoles.

Algunos tlascaltecas de los que más se habian distinguido en los combates pidieron y obtuvieron permiso del ilustre caudillo para retirarse á su país á disfrutar de los beneficios que les prometia el rico botin que llevaban.

—>>>••<<<—

Capitulo CI

La batalla de Accapitchtlan.

I.

Convencidos los mejicanos de que sus fuerzas eran ineficaces para combatir con los españoles, decidieron ir sobre Chalco, ciudad muy importante y aliada de los españoles.

Conveníales mucho hacerse dueños de su territorio, porque está situada entre Tlascala y la Veracruz.

Los de Chalco llamaron en su auxilio á los de las provincias de Güexocinco y Guacachula.

Al mismo tiempo pidieron á Cortés algunos refuerzos.

—Señor,—le dijo el encargado de esta importante mision,—los mejicanos acuden en tropel á nuestro territorio. Su actitud amenazadora nos hace temer ›r nuestra seguridad. Si estimais nuestra leal adhe-

sion, si apreciais la sincera amistad de la que tantas pruebas os hemos dado, auxiliadnos, evitad que los enemigos nos avasallen: de este modo, además de nuestra gratitud, podreis conservar por esa parte un camino seguro y en comunicacion con la Veracruz.

—Pláceme que la suerte me proporcione esta ocasion de demostraros que no son estériles los sacrificios que habeis hecho en mi favor, que no es ingrato el que los ha recibido.

Pronto tendreis á vuestra disposicion á algunos de mis valientes compatriotas.

Uno de mis más valientes capitanes se pondrá á su frente, é irá á reunirse con vuestras tropas.

Una vez allí, dirigirá las operaciones del ataque, y como vosotros sois valientes y lo único que os falta es tener quien os guie, conseguido esto podreis luchar con los mejicanos en la seguridad de vencerlos.

II.

El emisario dió las gracias al ilustre caudillo y corrió á participar á sus hermanos el buen resultado que habia obtenido.

Hernan Cortés dispuso que inmediatamente salieran á proteger á sus aliados trescientos españoles y quince caballos.

El mando de estas fuerzas le confirió á Gonzalo de Sandoval.

Este esforzado capitan se dirigió á Huaztepec.

Allí estaban de guarnicion los de Culúa, y apenas le vieron aproximarse salieron á su encuentro con ánimo de estorbarle el paso.

Sandoval arengó los suyos, y arremetiendo despues con los caballos, les dió una carga que les obligó á retirarse dentro del pueblo.

Les siguió en su huida, le acompañaron las fuerzas de infantería, y la matanza que hicieron fué espantosa.

III.

Los fugitivos abandonaron la poblacion.

Los españoles se aprovecharon de aquella circunstancia para reparar sus fuerzas.

Se sirvieron de las provisiones que encontraron, y tambien dieron de comer á los caballos.

Despues registraron las casas, y en algunas encontraron ropas de finísimo algodon.

Un confuso griterío les distrajo de esta ocupacion.

Los enemigos, mal escarmentados por la derrota anterior, se presentaban de nuevo en las calles en actitud hostil.

Por segunda vez les arrojaron á lanzadas del pueblo, y durante más de una legua les persiguieron, haciéndoles sentir el peso de sus armas.

Dos dias permanecieron los españoles en Huaztepec, y al tercero se dirigieron á Accapichtlan.

IV.

Habia allí tambien muchos mejicanos, y antes de empeñarse en una nueva lucha les invitó Sandoval á la paz.

Pero los enemigos, que estaban en situaciones ventajosas, y que comprendian que adonde se hallaban no podrian subir los caballos, despreciaron aquella proposicion y comenzaron á arrojar una lluvia de flechas y piedras, amenazando al propio tiempo á los de Chalco.

Estos, aunque eran muchos, no se atrevian á acometerlos.

Pero los españoles, invocando á su protector el apóstol Santiago, cayeron con ímpetu sobre ellos, y á pesar de la resistencia que oponian y de su ventajosa posicion, lograron apoderarse de la cumbre que ocupaban.

Al huir arrojaban sobre los españoles varas y piedras, causándoles algunos heridos y contusos.

Animados por el valor de las tropas de Sandoval, entraron trás de ellas los de Chalco y sus aliados, é hicieron gran destrozo en los de Culúa.

El terror de los vencidos fué tan grande, que muchos de ellos se despeñaron por un rio que por allí pasa.

Muy pocos escaparon de la muerte, y la victoria de Accapihtlan fué una de las más señaladas para las armas españolas.

Mucho padecieron aquel dia las huestes de Sandoval.

Además del cansancio de la pelea, sentian una sed abrasadora.

Se hallaban cerca de un rio, y no podian aplacarla.

La sangre habia corrido en tanta abundancia, que sus cristalinas aguas se habian enturbiado.

Sandoval volvió á Tezcuco, en tanto que los de Chalco regresaban á sus casas.

V.

Mucho sintieron en Méjico la pérdida de tantos hombres y el abandono de un lugar tan importante.

Tornaron á enviar sobre Chalco un nuevo ejército, antes de que se apercibiesen los españoles.

Aquel ejército obedeció con tal prontitud las órdenes de Guatimozin, que no dió lugar á sus enemigos de esperar socorro de Cortés, como lo pedian y confiaban obtener.

Pero los de Chalco, ante la inminencia del peligro, se juntaron todos y esperaron la batalla.

Esta tuvo lugar, y fué una de las más sangrientas.

Por fin salieron victoriosos los aliados de Cortés.

Mataron muchos mejicanos, y prendieron cuarenta, entre ellos un capitan.

Esta victoria se celebró tanto más cuanto ménos se esperaba obtenerla.

VI.

Cuando llegó Sandoval con los mismos españoles que le habian acompañado al dirigirse la primera vez en auxilio de los de Chalco, ya habian estos vencido á sus enemigos.

No siendo ya necesaria su presencia, volvió á tomar el camino con direccion adonde se hallaba Hernan Cortés, y recogió los cuarenta prisioneros que habian hecho sus aliados para presentarlos al caudillo de los españoles.

Capítulo CII.

Un mensaje de paz que determina la guerra.

I.

Sandoval, como es de suponer, dió cuenta de su expedicion á Hernan Cortés.

—Llegué tarde á la batalla,—le dijo;—pero á Dios gracias, mi presencia no ha sido necesaria.

—¿Segun eso, no se ha derramado sangre?

—Por el contrario, ha corrido á torrentes.

—Explicaos.

—Los de Chalco, al ver que no llegaban los refuerzos que nos habian pedido, sacando fuerzas de flaqueza, esperaron el ataque de los mejicanos. Estos, que sabian que les faltaba nuestro auxilio, dieron principio á la lucha.

La batalla fué terrible.

La carnicería espantosa.

Nuestros aliados lucharon desesperadamente, logrando poner en fuga á sus enemigos.

—Mucho celebro que hayan obtenido tan feliz resultado, por más que sienta que nuestras armas no les hayan ayudado á conseguirlo; esto hubiera aumentado nuestro prestigio.

—Cierto es lo que decís; pero no os inquieteis por eso. Recientemente han tenido ocasion de saber lo que vale nuestro concurso, y la prueba de que le aprecian en todo su valor, son los presos que traigo.

»—Tomad,—me han dicho al entregármelos,—ponedlos á disposicion del ilustre caudillo. Que vea en este acto la expresion de nuestra amistad, de nuestro respeto, del alto y merecido concepto en que le tenemos.

—Mucho me place ver confirmada la sincera amistad que nos profesan los de Chalco, y además esos presos pueden darnos una idea exacta de los propósitos que abrigan sus hermanos.

II.

Y dirigiéndose á ellos por medio del intérprete:

—Vamos á ver,—les dijo,—si puedo conseguir mi más ferviente deseo: que no se derrame más sangre, que pueda entablar con los de vuestra ciudad la amistad que me une con los de muchas tríbus del imperio.

—Eso nunca,—exclamaron;—hemos jurado vuestro exterminio, y pereceremos todos antes que doblegar la cerviz á un yugo extranjero.

—Meditad las palabras que pronunciais,—les contestó;—estais en mi poder, y podria castigar vuestra osadía.

—No nos espanta la muerte. Además, si los que blasonan de valientes son capaces de asesinar á prisioneros indefensos, que no extrañen luego las represalias de nuestros hermanos.

III.

Sorprendia á Hernan Cortés la arrogancia, la insolencia con que se expresaban los prisioneros, y su carácter altivo le aconsejaba vengar aquel ultraje.

Pero su prudencia le presentaba las consecuencias de arrebato, y sacrificando su amor propio, y dando oidos á la voz de la generosidad:

—Lejos de mí,—les dijo,—la idea de derramar sangre de prisioneros indefensos, por más que vosotros no hayais tenido esos miramientos. Bien es verdad que los que tenemos la conciencia de la justicia, de la causa que defendemos, no tenemos que apelar á ruines venganzas.

—Decid más bien que temeis que nuestros hermanos, indignados por vuestra conducta si tal hiciéseis, no dejasen uno vivo; pero debemos ser francos: cualquiera que sea vuestro proceder, hemos jurado ante nuestros dioses vuestro exterminio, y cumpliremos este solemne juramento.

IV.

Cortés, sin desmayar en su propósito, iba cansándose ya de aquella guerra larga y dificultosa.

Deseaba á toda costa que cesasen las hostilidades, y animado por este afan, quiso apurar los medios conciliatorios.

—Yo os ruego,—les dijo,—que vayais á participar á Guatimozin mis intenciones. Que son pacíficas, humanitarias, lo prueba palpablemente la circunstancia de que á todos os concedo la libertad despues de perdonaros la vida, siendo así que aun está vivo en mi imaginacion el doloroso recuerdo de mis soldados asesinados vilmente; que deseo paz y amistad, tampoco admite duda.

Mi ejército valeroso y vencedor en cien combates, y los poderosos aliados que tengo, me proporcionarian una nueva victoria. ¿Pero para qué sacrificar más víctimas en la lucha?

Además, me contrista el considerar que se pierden esas almas. Desconoceis las verdades de la religion cristiana, y es para mí hasta un deber de conciencia procurar por todos los medios imaginables que cese la guerra, que seamos amigos, para difundir en seguida entre vosotros los beneficios de la civilizacion, y lo que es aun más provechoso, los misterios de la religion cristiana, única verdadera.

Así pues, os lo vuelvo á suplicar por vuestro

bien. Id á ver á Guatimozin; decidle de mi parte las ventajosas proposiciones que le hago, y si como creo, se interesa por el bienestar de su patria, las aceptará desde luego.

V.

Las elocuentes palabras del caudillo produjeron excelente impresion en los que las escuchaban.

Pero la verdad era que no se atrevian á llevar al emperador aquella mision, temerosos de sufrir las consecuencias de su enojo.

Al ver que nada contestaban:

—¿Qué resolveis?—les preguntó el caudillo.

—Disponed de nuestra vida; estamos en vuestro poder, y nos resignamos con nuestra suerte; pero por nada del mundo nos presentaríamos á Guatimozin con esa proposicion.

—Pero ¿por qué?

—Conocemos su carácter, y á las primeras palabras que pronunciáramos nos mandaria sacrificar en aras de los dioses. Creeria que deseábamos que cesasen las luchas, y calificando de cobardía lo que sólo era obediencia á vos, nos haria experimentar las consecuencias de su indignacion.

—Hay un medio, sin embargo, de eludir vuestra responsabilidad.

—En ese caso, contad con nosotros. Os debemos la vida, y aunque enemigos, reconocemos la generosidad con que nos tratais.

—Yo puedo daros,—añadió el caudillo,—una carta, que aunque vuestro emperador no entenderá su contenido, será la prueba de que la proposicion la haceis en mi nombre.

—Pues entregadnosla, y correremos á llevarla.

VI.

Cortés puso en práctica lo que acababa de decir, y al poner en mano de los indios la mision, les proporcionó tambien cinco de sus soldados de á caballo para que les acompañasen durante el camino, y nada tuvieron que temer.

Los emisarios llegaron á Méjico.

Por el camino habian acordado hacer caso omiso de la carta, é inventaron una fábula para justificar á los ojos de Guatimozin su evasion del poder de los españoles.

Guatimozin, sin embargo, pudo saber que los extranjeros deseaban la paz, y atribuyendo á cobardía este deseo, insistió más y más en hacerles cruda guerra.

Con este objeto, y para cortarles la retirada, mandó que cincuenta mil mejicanos saliesen á apoderarse de Chalco.

VII.

Los de esta ciudad avisaron este suceso á Hernan Cortés, y le pidieron con urgencia refuerzos.

Acompañaban al mensaje una especie de plano detallando minuciosamente los pueblos y gente que sobre ellos venian, y los caminos que traian.

El dia en que recibió la noticia Hernan Cortés era Viernes Santo.

—Decidles,—dijo á los enviados,—que dentro de diez dias iré personalmente en su socorro. Nuestra religion conmemora en estos dias una de sus más brillantes páginas, y no nos es posible dedicarnos hasta que termine la Páscua á los asuntos terrenales.

Mucho sintieron los de Chalco esta negativa; pero no tenian más remedio que resignarse.

Mas al tercer dia de Páscua, viendo que se aproximaban los mejicanos, enviaron nuevo mensaje á Cortés reiterándole su súplica.

VIII.

Durante este intervalo se presentaron á ofrecer obediencia y fidelidad al caudillo español algunas poblaciones vecinas.

Los caciques de Accapan, Mixcalcinco, Nantlan y otros pueblos dijeron que en su territorio jamás habian hostilizado á español alguno, y traian como presentes abundantes ropas de algodon.

Cortés los recibió y trató con afectuosidad, y se despidió de ellos, aceptando sus ofertas.

Queria acudir en auxilio de los de Chalco, y no podia perder tiempo.

A los pocos minutos partió con treinta de á caballo, y le acompañaron trescientos infantes, cuyo mando confirió á Gonzalo de Sandoval.

Llevó tambien veinte mil indios entre tlascaltecas y tezcucanos.

Aquella noche hizo alto en Tramanalco, donde por ser frontera de Méjico, tenian su guarnicion los de Chalco.

Capítulo CIII.

Nuevas victorias de las armas españolas.

I.

Al dia siguiente de llegar á Tlamanalco corrieron á incorporarse á su ejército más de cuarenta mil hombres.

Supo por ellos que los enemigos le esperaban en el campo, y decidió salir á su encuentro.

Pero antes quiso oir misa.

Participó sus deseos al venerable fray Bartolomé de Olmedo, y este, con el celo que le caracterizaba, dispuso en un momento un altar provisional, y despues de poner en práctica los preceptos de la liturgia, avisó al caudillo para comenzar aquel acto que conmemora el sacrificio de Jesucristo.

Cortés y los suyos asistieron á la misa.

Muchos indios, atraidos por la curiosidad, acudie-

ron tambien, y con el mayor recogimiento presenciaron aquella solemne ceremonia.

Se habia colocado en el altar una imágen de la Vírgen Santísima, y las miradas de todos los indios se fijaban en la Madre de Dios.

El sentimiento del arte es innato en el hombre.

Al comparar aquella efigie con sus monstruosos ídolos, no podian ménos de notar la diferencia de belleza que existia entre una y otros.

II.

Dos hóras despues se puso en marcha el ejército, llegando á un peñon muy elevado y áspero, en cuya cumbre estaban infinitas mujeres y niños.

Por la falda de aquel promontorio habia repartidos multitud de indios.

Al divisar las mujeres desde la altura en que se encontraban á los españoles que se acercaban, hicieron grandes hogueras para avisar á los guerreros la llegada de los enemigos.

Una lluvia de piedras, palos y flechas cayó sobre el ejército de Cortés.

Hubo muchos heridos y contusos, y fué preciso retroceder algunos pasos.

Combatir con aquellas fieras era locura.

Retirarse parecia cobardía.

Por no mostrar poco ánimo, y por ver si de miedo ó hambre se entregaban, acometieron el peñon por tres partes.

III.

El alférez Cristóbal del Corral, al frente de setenta españoles, subió por la parte más escarpada.

Juan Rodriguez de Villafuerte, con cincuenta, subió tambien por el lado opuesto.

Francisco Verdugo, con igual número, acometió por el frente.

Todos llevaban espadas y ballestas, ó arcabuces.

A un toque de corneta corrieron á incorporarse con los primeros, Andrés de Mojaráz y Martin de Hircio, cada uno con cuarenta españoles, y Cortés con los demás.

Ganaron dos vueltas del peñon, pero no pudieron proseguir avanzando.

La subida era tan áspera, que al llegar á dicho punto cayeron todos al suelo.

Hubo dos muertos y unos veinte heridos á consecuencia de las piedras que arrojaban los enemigos.

La verdad es que si hubieran sabido aprovecharse de la ventajosa posicion que ocupaban, no hubiera quedado un solo español sano.

IV.

Cortés comprendió que seria funesto para sus soldedos obstinarse en tomar el peñon.

Se disponia á dar órdenes para cercar á los mejicanos, cuando vió que en socorro de estos acudian huestes numerosas, lanzando gritos y alaridos en son de guerra.

Venian por una extensa llanura, y aprovechándose el caudillo español de esta favorable circunstancia, arremetió con los de á caballo con tal ímpetu, que á lanzadas dejaron libre el campo.

Persiguiéron á los fugitivos más de hora y media, y durante este tiempo fueron muchísimos los que mataron.

Los españoles empezaban á sentir una sed devoradora, que se hacia ya insufrible con el cansancio del combate, y al ir buscando un manantial para aplacarla, descubrieron otro peñon, aunque no tan elevado como el anterior, ni defendido por tan considerable número de indios.

V.

—Pasemos la noche en sus cercanías,—dijo á sus soldados,—y de madrugada asaltaremos ese peñon. Es de todo punto necesarío apoderarnos de él para borrar entre los indios el recuerdo de haber retrocedido algunos momentos en la anterior batalla.

De madrugada examinaron de nuevo el peñon, y vieron que les costaria poco trabajo apoderarse de él.

Pero en unas montañas inmediatas habia muchos hombres que le defendian, y Cortés decidió desemba-

razar estas para apoderarse más fácilmente de aquel.

Al efecto, dijo que le siguiesen todos, y comenzó á subir la sierra.

Los enemigos abandonaron las montañas y se replegaron al peñon.

Hernan Cortés se aprovechó de aquella confusion, y despues de ordenar á uno de sus capitanes que con cincuenta hombres se apoderase de la cumbre más alta, que dominaba completamente el peñon, se dirigió él á este con el grueso de su ejército, y disparando las ballestas y arcabuces que llevaban los suyos, aterrorizó á los mejicanos.

Estos soltaron las armas en tierra en señal de rendirse.

Cortés se alegró infinito del buen éxito que habia alcanzado.

Les acogió con la mayor benevolencia, mandó á sus soldados que no les infiriesen el menor daño, y los puso en libertad.

VI.

Agradecidos ellos por tanta generosidad, enviaron á decir á los del otro peñon que se entregasen á los españoles, porque eran buenos.

Añádian que su resistencia seria inútil, porque los extranjeros tenian alas para subir adonde querian.

Por estas razones, ó por la falta de agua que tenian, ó por retirarse seguros á sus casas, se presen-

taron al caudillo y le pidieron perdon por los dos españoles que habian matado durante la refriega.

Cortés les perdonó de buen grado, porque comprendió que aquella victoria que obtenia sobre ellos habia de influir poderosamente en lo sucesivo á su favor.

Capitulo CIV.

Donde además de referirse sucesos interesantes, se dá cuenta de las ceremonias que tenian lugar cuando moria un cacique.

I.

La estrella de Cortés brillaba de nuevo con todo su esplendor, y como la ambicion era en él la pasion dominante, apenas se acordaba de Marina.

La hermosa india, que tanto se habia sacrificado por él, que tantos servicios le habia prestado, que le amaba con delirio, que, finalmente, tan digna era de su amor, apenas ocupaba su pensamiento.

Si intentásemos justificar al corazon humano de sus extraños caprichos, diríamos que es el amor una pasion tan libre y generosa, que se niega á ser comprada hasta por el amor mismo: que todo lo concede por gracia, y nada otorga á quien demanda con los derechos importunos de acreedor.

II.

No harémos, sin embargo, semejante apología de un instinto tan opuesto á la justicia, contentándonos con observar sencillamente que *el amado* no es por lo comun *el verdadero amante.*

El merecimiento rara vez se encuentra de parte del premiado, y hemos notado, para mengua y vergüenza de la imperfecta humanidad, que las grandes pasiones que debieran poseer una fuerza magnética que todo lo subyugase á su poder, los afectos sublimes que suelen aparecer de tarde en tarde, y que se nos figuran adecuados para hacer la felicidad y el orgullo de la persona que los inspira, pasan desconocidos ó desdeñados, acaso con la triste gloria de ser citados inútilmente como modelos dignos de imitacion, á aquellos corazones vulgares y dichosos á quienes fueron sacrificados.

III.

Esto sucedia á Marina.

Engolfado su amante en los triunfos que obtenia, fijo su pensamiento en la conquista de Méjico, absorbia toda su atencion este propósito, y no tenia para la pobre india ni un fugaz recuerdo.

Ni aun la situacion en que se hallaba era causa suficiente para hacer latir su corazon.

IV.

Despues de la batalla que hemos referido en el capítulo anterior, envió los heridos á Tezouco y él partió para Huaxtepec.

Allí se alojó con todo su ejército en una magnífica casa, rodeada de una huerta de más de una legua de extension, y por la que corria un cristalino rio.

V.

Los del lugar huyeron al rayar el dia, y Cortés y los suyos les persiguieron hasta Xilotepec.

Allí mataron algunos de sus moradores é hicieron muchos prisioneros.

El cacique habia huido al aproximarse los españoles.

Hernan Cortés estuvo esperando dos dias su regreso.

Deseaba aliarse con cuantos pueblos pudiera, y le esperó con este objeto.

Convencido de que el terror le impediria presentarse ante su vista, ya que no realizaba su propósito, mandó prender fuego al pueblo.

La noticia de este suceso llegó á conocimiento de los de Tantepec, y antes de sufrir igual suerte, corrieron á prestarle obediencia.

VI.

Desde Xilotepec se trasladó á Coahunauac, lugar cercado de barrancos.

Dos puentes levadizos que comunicaban con la ciudad los habian levantado los enemigos, imposibilitando de éste modo que avanzase el ejército de Hernan Cortés.

Para poder penetrar en ella, tenian que andar los españoles más de legua y media, y esto era muy peligroso, porque tenian que atravesar por comarcas enemigas.

VII.

Cortés les requirió á la paz; pero no admitiéron su proposicion.

Antes, por el contrario, empezaron á arrojar piedras y flechas.

Uno de los tlascaltecas, sin considerar el peligro que corria, cuando más empeñados se hallaban en la lucha, atravesó el barranco sin que se apercibieran los enemigos.

Cuatro españoles le acompañaron, y los demás, siguiendo sus huellas, llegaron adonde estaban los enemigos y á cuchilladas les pusieron en precipitada fuga.

Se internaron en la sierra, y el ejército vencedor,

para castigar la resistencia que les habian opuesto, incendió el lugar.

VIII.

Por la tarde vino el cacique, acompañado de algunos señores principales, á ofrecer sus vidas y haciendas contra los mejicanos.

Cortés aceptó, lamentando que no hubieran dado aquel paso el dia anterior, porque así se habria evitado la efusion de sangre.

El cacique se retiró, y al poco tiempo de llegar á su morada se vió acometido de un terrible vértigo.

IX.

Las contrarias emociones de aquel dia habian debilitado su salud, y como su edad era avanzada, no pudo resistir la pena que le produjo la destruccion de sus hermanos y el incendio de una gran parte de la ciudad.

Murió aquella misma noche, y se practicaron las ceremonias de costumbre.

Nuestros lectores nos agradecerán que les demos una ligera idea de ellas.

X.

En el momento de morir un cacique tomaban su

cuerpo y le sentaban en una piedra ó tronco de árbol.

En torno de él hacian una hoguera, cuidando que la llama no tocase al cadáver, y le tenian expuesto á la accion del calor para que expeliese toda la grasa y humores.

Le sometian á esta operacion hasta que quedaba completamente enjuto y el pellejo se unia con los huesos, y en seguida le llevaban á una de las habitaciones de su casa, en donde reposaban los restos de sus ascendientes.

Le colocaban al lado del cuerpo de su padre, que á su vez ocupaba el de su abuelo.

De esta manera, al penetrar en aquella lúgubre estancia, observando el órden con que estaban colocados los cadáveres, se veia fácilmente quién era el progenitor de aquella familia y quién el último indivíduo de ella que habia dejado de existir (J).

Capítulo CV.

Donde se vé los muchos peligros que tuvo que arrostrar Cortés antes de llegar á Méjico.

I.

Desde Coahunauac continuó Cortés su camino, y pernoctó á unas siete leguas, en un lugar completamente despoblado y desprovisto de agua.

Mal dia pasó el ejército por la devoradora sed que le aquejaba, y con la esperanza de aplacarla en otra poblacion se dirigieron á Xochmilco.

Esta ciudad está situada sobre la laguna Dulce.

Sus habitantes, y otra mucha gente de Méjico, alzaron los puentes, rompieron las acequias, y se dispusieron á defenderla, creyendo que por ser su número superior al de los españoles obtendrian la victoria.

II.

Cortés ordenó su hueste, hizo apear los de á caballo, y se dispuso con los españoles á ganar la primera albarrada.

Las descargas que hicieron sus soldados sobre los enemigos les causó tal espanto, que desampararon la ciudad.

Los españoles atravesaron á nado el sitio que les separaba del primer puente, y los que le defendian corrieron á refugiarse en las barcas que tenian para proteger su huida.

III.

Terrible fué el combate que se trabó durante la noche.

La victoria se decidia á favor de los españoles, cuando los mejicanos pidieron una tregua por dos ó tres horas.

Su objeto era que llegasen de Méjico refuerzos, y los esperaban pronto, porque sólo distaba cuatro leguas la ciudad imperial.

Cortés comprendió sus intenciones, y arremetiendo con la caballería á los que se ocupaban en romper la acequía, los hizo huir en completa confusion.

Corrió tras ellos al campo, y alcanzó á muchos.

IV.

El ilustre caudillo estuvo á punto de ser víctima de su arrojo.

Su caballo, fatigado por la ruda pelea de aquel dia, cayó al suelo.

Algunos indios se precipitaron entonces sobre él, y hubiera perecido, á no ser por un tlascalteca que acudió en su auxilio.

Descargando terribles golpes con su macana, dejó tendidos en el campo á dos de los que acometian al jefe de los españoles, y puso en dispersion á los demás.

Cuando llegó el resto del ejército de Cortés, no hallaron enemigos que combatir.

Sólo dos españoles perecieron en aquella jornada, y esto por una temeridad.

Se separon de la columna con la intencion de penetrar en una casa y apoderarse de lo que allí encontraran, y hallaron en la muerte el castigo de su mala accion.

V.

Cortés dió órden de regresar á Xochmilco para que descansaran las tropas.

Para mayor seguridad, mandó componer el desperfecto de la calzada con piedras y adobes, y en tan-

to que reposaban sus soldados, con el infatigable celo que le distinguia, subió á una torre para observar desde allí si le amenazaba un nuevo peligro.

Al poco rato notó que por tierra llegaban considerables fuerzas, y que multitud de barcas, perfectamente tripuladas, avanzaban en ademan hostil.

Guatimozin, que habia sabido los últimos sucesos, enviaba dos mil barcas, en las que iban doce mil hombres; y las fuerzas de tierra parecian de sesenta mil mejicanos.

VI.

Cortés repartió los españoles en la guarda y defensa del pueblo y calzada, y él salió en busca de los enemigos con la caballería y seiscientos tlascaltecas, advirtiéndoles que en destruyendo el escuadron de los mejicanos se retirasen á un cerro que se divisaba á una media legua.

Venian delante los capitanes de Méjico esgrimiendo las espadas y gritando:

—Aquí os mataremos, españoles, con vuestras propias armas.

Otros decian:

—Ya murió Motezuma, y por lo tanto no tenemos á quien temer para comeros vivos.

Otros amenazaban á los tlascaltecas, y todos se aprestaban á pelear, repitiendo las palabras:

—¡Méjico! ¡Méjico! ¡Tenuchtitlan! ¡Tenuchtitlan!

VII.

Cortés les dió una carga, y los desbarató.

Se rehicieron, y volvió á acometerlos.

Se dirigió despues al cerro, y al verle ocupado por los enemigos, ordenó que por la retaguardia subiesen los tlascaltecas.

Al caer sobre ellos huyeron hácia el lado donde se hallaba Cortés con las fuerzas de caballería, y allí perecieron más de quinientos.

No desmayaron por esto los contrarios.

Con más decision que sus compañeros, llegó otro numeroso ejército, y despues de desbaratarlo tambien, se retiraron al pueblo.

Nuevos peligros les amenazaban.

Por la calzada venian infinitos mejicanos.

Cortés les puso en fuga, muchos cayeron al agua, y al quedar otra vez dueño del campo, mandó incendiar la ciudad, reservando únicamente la parte en donde habia establecido su cuartel.

VIII.

Allí permaneció tres dias, siempre en lucha con los mejicanos.

Al cuarto se dirigió á Culuacan, distante unas dos leguas de allí.

Los de Xochmilco trataron de embarazar su marcha; pero él les castigó cruelmente.

Estaba Culuacan despoblado, como otros muchos lugares de la laguna.

Pero pensaba por aquella parte poner sitio á Méjico, y queria conocer perfectamente el terreno.

Examinó la calzada, que ocupaba una extension de legua y media, estuvo dos dias derrocando ídolos y destruyendo templos, y despues de encontrar sitio de buenas condiciones para la seguridad de los bergantines, dió vista á Méjico con doscientos españoles y cinco de á caballo, combatió una albarrada, y aunque se la defendieron tenazmente la ganó; y despues regresó á Tezcuco, porque ya habia dado la vuelta á la laguna y visto la disposicion de la tierra.

IX.

En Culuacan tuvo algunos españoles heridos y no pocos tlascaltecas.

Al volver á Tezcuco se empeñó en varios combates con los de Culúa, en los que murieron muchos indios de una y otra parte.

Capítulo CVI.

Donde el lector asiste á los preparativos para el sitio de Méjico.

I.

Una agradable sorpresa aguardaba al héroe de nuestra historia á su regreso à Tezcuco.

Muchos de los españoles que estaban á las órdenes de Diego de Velazquez, atraidos por la fama de sus hazañas, habian llegado á incorporarse á sus filas, y aseguraban que este era el espíritu que reinaba en todos sus compañeros.

Traian muchas armas y caballos, y Cortés les agradeció en extremo aquellos refuerzos y las simpatías que manifestaban por el triunfo de su causa.

Tambien llegaron los caciques de muchos pueblos á ofrecerle fidelidad, unos por el temor de ser destruidos, y otros por el deseo de coaligarse con él para destruir á los mejicanos, á quienes odiaban.

II.

Dos dias llevaba Hernan Cortés en Tezcuco, cuando recibió una carta que al capitan de Segura de la Frontera habia enviado uno de los españoles que formaban parte de la expedicion al abandonar la ciudad imperial.

«Nobles amigos,—decia:—dos ó tres veces os he escrito, y ninguna he obtenido respuesta. No sé si la presente será más afortunada.

»Los de Culúa nos acometen sin cesar, á pesar de las derrotas que han sufrido.

»La ciudad de Chinantla, desde donde os dirijo esta, desea ver á Cortés para ponerse á sus órdenes.

»Aquí convendria mucho un refuerzo de españoles. Si Hernan Cortés enviase treinta, la gratitud de estas gentes seria inmensa.»

III.

No podia el ilustre caudillo enviar el refuerzo que se le pedia, porque pensaba poner sitio á Méjico.

Contestó, sin embargo, dando gracias por los buenos deseos que manifestaban los de aquella ciudad, y esperanzas de que pronto iria á reunirse con ellos.

Era aquel español uno de los que hacia un año que Cortés habia enviado á Chinantla desde Méjico, para explorar el terreno.

El señor de aquella provincia simpatizó con él desde el momento en que le conoció, y le nombró jefe de sus tropas para combatir á los de Culúa, que desde la muerte de Motezuma le hostilizaban contínuamente por haber admitido en su territorio á los extranjeros.

El capitan, al saber que habia compatriotas suyos en Tepeaca, les habia escrito, como hemos dicho antes, aunque sin resultado.

IV.

Mucho se alegraron los españoles por el contenido de la carta que les envió el capitan de Segura de la Frontera.

Daban gracias á Dios por las mercedes que les otorgaba, y sólo á su proteccion atribuian el que no hubiese perecido su compañero despues del abandono de Méjico.

Cortés apresuraba el cerco de la ciudad, abasteciéndose de provisiones y haciendo pertrechos para escalar y combatir.

Activó las operaciones de clavar y terminar los bergantines, y dispuso que se abriese una gran zanja para echarlos á la laguna.

La zanja deberia tener de largo media legua, de ancho unos doce piés y la profundidad necesaria.

Para construirla les sirvió de modelo una de las acequías.

Tardóse en hacerla cincuenta dias, trabajando en cada uno ocho mil tezcucanos.

Los bergantines se calafatearon con estopa y algodon.

Algunos historiadores dicen que los brearon con grasa de hombre, porque carecian de otra cosa.

Los indios se arrojaban sobre los cadáveres que encontraban, y despues de abrirlos sacaban aquella sustancia.

V.

Tan pronto como los bergantines se botaron al agua, reunió Cortés á los españoles.

Ascendian estos á nuevecientos hombres.

Ochenta y seis de caballería.

Ciento diez y ocho tenian ballestas y escopetas.

Los demás llevaban picas y rodelas ó alabardas, sin contar las espadas y puñales que cada uno tenia.

Tambien se veian algunos coseletes y muchas corazas y jacos.

Completaban aquellos aprestos guerreros tres cañones de hierro colado de grueso calibre, y quince pequeños de bronce, con diez quintales de pólvora y muchas balas.

Estos eran los elementos con que contaba Cortés para el sitio de Méjico, la más grande y fuerte ciudad de las Indias y Nuevo Mundo.

Puso en cada bergantin un cañon de los pequeños, y los demás quedaron para el ejército de tierra.

Hizo pregonar de nuevo las ordenanzas de guerra, rogando á todos que las guardasen y cumpliesen, y mostrando los bergantines pronunció una de sus más entusiastas peroraciones.

VI.

La historia la conserva en sus brillantes páginas, y nosotros, interpretando los deseos de nuestros suscritores, la trascribimos íntegra.

«Hermanos y compañeros mios,—les dijo;—ya veis acabados y puestos á punto aquellos bergantines, y bien sabeis cuánto trabajo nos cuesta, y cuánta costa y sudor á nuestros amigos hasta haberlos puesto aquí.

»Muy gran parte de la esperanza que tengo de tomar en breve á Méjico está en ellos, porque con ellos, ó quemaremos presto todas las barcas de la ciudad, ó las acorralaremos allá dentro en las calles, con lo cual haremos tanto daño á los enemigos como con el ejército de tierra.

»Cien mil amigos tengo para sitiar á Méjico, que son, segun ya conoceis, los más diestros y valientes hombres de estas tierras.

»Para que no nos falten provisiones, he tomado disposiciones importantes.

»Lo que á vosotros corresponde ahora es pelear como acostumbrais, y rogar á Dios por salud y victoria, pues es suya la guerra.»

VII.

Terminada la alocucion, que todos acogieron con entusiastas aclamaciones, envió Cortés emisarios á las provincias de Tlascala, Güexocinco, Cholula, Chalco y otros pueblos, para que todos acudiesen dentro de diez dias á Tezcuco con sus armas y demás pertrechos necesarios al cerco de Méjico.

Esta órden fué cumplida, y no tardaron en llegar más de setenta mil hombres, deseosos de ayudar á los españoles en la colosal empresa que iban á acometer.

El héroe de nuestra historia salió á recibirlos, y despues de dirigir cariñosas frases á sus aliados, les alojó cómodamente.

VIII.

El segundo dia de Páscua de Pentecostés salieron todos los españoles á la plaza, y de ellos eligió á los jefes que debian mandar las tres columnas en que dividió su ejército.

Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval, fueron los nombrados para dicho objeto.

El primero, al frente de treinta caballos, ciento setenta peones, treinta mil indios y dos piezas de artillería, debia dirigirse á Tlacopan.

El segundo, con treinta y tres españoles á caballo, ciento ochenta peones, dos cañones y cerca de

treinta mil indios, debia ocupar la provincia de Culuacan.

Finalmente, el tercero llevaba veintitres caballos, ciento sesenta peones, dos cañones y más de cuarenta mil hombres de las provincias y pueblos de Chalco, Cholula, Güexocinco y otras, y las instrucciones que recibió eran destruir á los de Iztacpalapa, fijando despues sus reales donde creyera más oportuno.

IX.

En cada bergantin puso un cañon, seis arcabuces ó ballestas, y veintitres españoles de los que tenian conocimientos navales.

Nombró capitanes de ellos, y él quiso ser el general de la escuadra.

Esta determinacion fué mal recibida por algunos de sus capitanes que iban por tierra.

—Por lo que se vé,—decian unos,—Hernan Cortés comienza á temer el peligro, y por eso quiere ir á bordo.

—Mientras él vá perfectamente seguro, porque las carabelas de los indios no pueden competir con nuestras naves,—añadian otros,—nosotros vamos á buscar una muerte casi cierta.

—No debemos consentirlo,—exclamaban algunos.—Yo me ofrezco á decirle en nombre de todos que no es digna su conducta.

—Sí, si,—gritaron cuantos tomaban parte en esta conversacion.

X.

Cuando comunicaron á Cortés lo que habian acordado, ocultando este la indignacion que producia en él aquellas sospechas:

—Estais equivocados,—les dijo;—es mucho más peligroso pelear á bordo que por tierra. Además, mi presencia es necesaria allí, porque fundo principalmente el éxito de la lucha que en breve vá á comenzar á las fuerzas navales.

Tranquilizáronse algun tanto con estas explicaciones, y el dia 10 de Mayo partieron Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, y fueron á dormir á Acohuan.

Allí se suscitó entre estos dos bravos capitanes una calurosa cuestion respecto al aposento que cada cual habia de ocupar, y hubieran terminado de una manera desastrosa, á no haber mediado otro de los jefes á quien unia gran amistad con los contendientes.

XI.

Al siguiente dia pernoctaron en Xilotepec, ciudad completamente despoblada.

Al tercero entraron de madrugada en Tlacopan, que tambien estaba desierto, como todos los pueblos de la costa de la laguna.

Se alojaron en las principales casas, y apenas repo-

saron un instante, los tlascaltecas dieron vista á Méjico por la calzada, y pelearon hasta que cerró la noche.

A la mañana siguiente, que era el 13 de Mayo, fué Cristóbal de Olid á Chepultepec, y quebró las cañerías que abastecian de agua á la ciudad de Méjico.

Pedro de Alvarado atendió mientras tanto á reparar los caminos y á cegar las acequías para que pudieran pasar los caballos; y en estas tareas se emplearon tres dias, habiendo tenido en todos ellos varios encuentros con los enemigos.

XII.

Alvarado quedó en Tlacopan con su division, y Cristóbal de Olid fué á Culuacan con la suya, segun las instrucciones que habian recibido de Cortés.

Hiciéronse fuertes en las casas de los caciques, que eran las que más seguridad ofrecian, y durante una semana se ocuparon en reunir provisiones, que traian de los pueblos de la sierra.



Capitulo CVII.

Donde el lector verá los destrozos que los vergantines causaron en los indios, y el cómo logró Cortés entrar en la ciudad imperial.

I.

Al saber Guatimozin las disposiciones que habia tomado Cortés para sitiar la ciudad, llamó á los capitanes y altos dignatarios del imperio para deliberar con ellos acerca de la conducta que debia observar en vista de las circunstancias.

—No hay tiempo que perder,—les dijo;—los españoles se preparan para darnos la batalla, y yo no sé qué nos conviene más, si salir á combatirlos ó celebrar con ellos un tratado de paz.

—Mi opinion,—dijo uno de los circunstantes,—es que debemos sostener la guerra. Contamos con mayor número de soldados; y además, la posicion que ocupamos es muy ventajosa.

—Pues yo creo, por el contrario,—añadió otro,—que la guerra será desastrosa, y que ningun resultado favorable deberemos esperar de ella.

—¿Es decir,—exclamó el primero,—que para vos nada significa la independencia, el amor á la patria?

—No por cierto; pero ante el peligro de males más graves, debe sacrificarse el honor de la patria, siempre que redunde en beneficio de la misma.

—Lo primero que en mi concepto debe hacerse,—añadió un tercero,—es sacrificar en aras de los dioses á los españoles que tenemos prisioneros.

—Temerario me parece el consejo, porque dará lugar á represalias crueles. Es preciso hacer justicia á los extranjeros. Hasta ahora no han derramado sangre más que cuando se han visto acometidos. Por lo demás, en todas ocasiones han apurado los medios conciliatorios antes de apelar á las armas.

—Cuando hablais así, no recordais sin duda los atropellos que han cometido con nuestros hermanos. Es preciso escarmentarlos de una vez para siempre.

—¡Sí, que mueran!—exclamaron á coro la mayor parte de los que asistian á aquella reunion.

II.

Algunos opinaron que debia consultarse á los dioses, y para hallarlos propicios se sacrificasen antes algunos españoles.

Guatimozin deseaba la paz con los extranjeros,

porque adivinaba los desastres que produciria la resistencia.

Pero viendo el espíritu que dominaba en aquella asamblea, consintió en que fueran sacrificados cuatro españoles y muchísimos indios de los que se habian rebelado contra el imperio.

Algunos historiadores hacen subir el número de las víctimas hasta cuatro mil.

III.

Despues acudió el soberano al templo de Huitzilopochitli, y habiendo permanecido largo tiempo en oracion, salió diciendo, inspirándose siempre en el espíritu que dominaba en sus consejeros, que los dioses le aseguraban que no temiese á los españoles, que eran pocos, y que los que les acompañaban no perseverarian en ayudarles.

Añadió que el mismo dios de la guerra pelearia á su lado, y que, por lo tanto, debia aguardarse á los españoles sin temor alguno.

Mandó en seguida destruir los puentes, hacer baluartes, armar cinco mil barcas y defender la ciudad; y en estas operaciones estaban ocupados cuando llegaron Cristóbal de Olid y Pedro de Alvarado á apoderarse de los puentes y á cortar el agua á Méjico.

IV.

Alentados los mejicanos por las palabras de Gua-

timocin, no se alarmaron al aproximarse los españoles; antes por el contrario, les decian:

—Venid, venid, que con vuestra sangre alimentaremos todas las culebras de nuestros bosques, y con vuestra carne mantendrémos á los tigres, que ya están cebados con despojos de cristianos.

Otras veces, dirigiéndose á los tlascaltecas, exclamaban:

—¡Ah, cornudos! ¡Ah, esclavos! ¡Ah, traidores á vuestros dioses y á vuestro rey! ¿No os quereis arrepentir de lo que haceis contra vuestros señores? Pues morireis de mala muerte, porque ó perecereis de hambre, ó á los golpes de nuestros cuchillos, ú os prenderemos y comeremos, haciendo de vosotros el mayor sacrificio y banquete que jamás en esta tierra se celebró! Y como juramento de que cumpliremos lo que acabais de oir, os arrojamos esos brazos y piernas que pertenecen á hermanos vuestros, que han sido inmolados en el ara. Si no os entregais, asolaremos vuestras casas despues de la victoria, y no quedará uno solo de vuestro linaje.

Los tlascaltecas se burlaban de estas amenazas y respondian:

—Más os valdria someteros á la obediencia de Hernan Cortés, porque de lo contrario tened entendido que pagareis con la vida vuestra audacia.

V.

Cortés, que tenia noticia de estas escenas, envió

delante á Gonzalo de Sandoval á tomar á Iztacpalapa, y él se embarcó en la misma direccion.

Sandoval comenzó á combatir aquel lugar por una parte, y los vecinos, deseosos de guarecerse en Méjico, salieron por la otra, recogiéndose en las barcas.

Los españoles se apoderaron de la ciudad y la prendieron fuego.

Cortés, en tanto, llegó á un peñon que se alzaba en medio de la laguna y estaba ocupado por mucha gente de Culúa.

En cuanto divisaron los bergantines encendieron grandes hogueras para dar la voz de alarma, y cuando se aproximaron arrojaron sobre ellos multitud de flechas y piedras.

VI.

Cortés saltó con ciento cincuenta compañeros, combatió tenazmente, y consiguió ganar las albarradas que para mejor defensa tenian hechas.

Subió á la cumbre, aunque con bastante dificultad, y la matanza fué tal, que no dejó á uno con vida, á excepcion de las mujeres y niños.

Los españoles tuvieron veinticinco heridos, algunos de ellos de consideracion.

Las hogueras anunciando que se acercaban los extranjeros, aumentaban por momentos, y al rededor de la laguna y de la sierra derramaban su resplandor siniestro.

VII.

Los de Méjico salieron en sus barcas, y algunos personajes del imperio tomaron quinientas de las mejores, adelantándose para pelear con los extranjeros.

No sólo les impulsaba el deseo de vencer, sino la curiosidad de saber qué eran aquellas naves de tanta fama.

Cortés se embarcó, llevando muchas alhajas de las que se habia despojado á los vencidos, y mandó á los suyos que estuviesen unidos y no hostilizasen á los enemigos, para que estos, atribuyendo á cobardía su conducta, acometiesen y les fuese más fácil destruirlos.

Los de las quinientas barcas caminaron á todo remo.

En breve tiempo llegaron tantas canoas, que henchian la laguna.

Daban tantas voces los que las tripulaban, hacian tanto ruido con atabales, caracoles y otras bocinas, que apenas se entendian unos á otros.

Cuando el combate iba á empezar, sobrevino un viento tan favorable á la escuadra de Cortés, que todos atribuyeron á milagro.

VIII.

—Alabemos todos á Dios,—dijo el caudillo á sus

capitanes.—El Señor se ha servido concedernos este auxilio para asegurar nuestra victoria. Arremetamos todos á un tiempo hasta encerrar á los enemigos en Méjico. Del éxito de este combate depende nuestro porvenir; que cobren miedo á los bergantines en este primer encuentro, y nada tendremos que temer en lo sucesivo.

Y al terminar estas palabras dió la voz de mando, y embistieron todos á un tiempo con las canoas, que ya empezaban á huir, porque el viento les era desfavorable.

Con el ímpetu que llevaban destrozaban á unas, echaban á otras á fondo y perecian cuantos las tripulaban.

Bien es verdad que las canoas eran tantas, que unas á otras se estorbaban y no podian maniobrar.

Siguiéronlas los españoles más de dos leguas, y las acorralaron en la ciudad.

No se pudo saber cuántos fueron los muertos; pero debieron ser muchos, toda vez que la laguna estaba cuajada de sangre.

IX.

Alvarado y Cristóbal de Olid, al ver el estrago que hacia Cortés en los de las barcas, entraron por la calzada con sus tropas, combatieron y tomaron ciertos puentes y albarradas, y con el auxilio de los bergantines pusieron en dispersion á los enemigos, haciéndoles saltar al otro lado de la laguna.

Regresaron los españoles, y como Cortés no veia ya canoas, y por lo tanto, nada tenia que temer, saltó en la calzada que empieza en Iztacpalapa con treinta españoles, y despues de apoderarse de dos teocalis y destruir los ídolos, mandó disparar tres piezas de artillería, con lo que desembarazó por completo la calzada.

X.

Un descuido de uno de los artilleros pudo ocasionar graves desgracias.

Se incendió el depósito de pólvora, y aunque no hubo que lamentar desgracia alguna personal, fué una pérdida de consideracion en aquellos momentos.

Cortés envió á pedir pólvora á Sandoval, ordenándole al propio tiempo que mandase cincuenta españoles y la mitad de la gente de Culuacan.

XI.

Noche de angustia y de temor fué para Cortés la que siguió á los sucesos que acabamos de relatar.

Se encontraba únicamente con cien soldados, porque los demás se hallaban á bordo de los bergantines, y con tan escasas fuerzas tuvo que resistir á los infinitos enemigos que en barcas y por la calzada se acercaban con amenazadora gritería.

Pero con el auxilio de los disparos que hacian los bergantines logró dispensarlos.

Al amanecer llegó el refuerzo que enviaba Cristóbal de Olid.

Consistia en ocho caballos y unos ochenta peones.

Los mejicanos combatian de nuevo por agua y tierra; pero Cortés salió á su encuentro, les persiguió por la calzada, ganó un puente con su baluarte, y les hizo tal destrozo con los cañones y caballos, que les obligó á encerrarse en las primeras casas que encontraron.

Quedó, pues, gracias á su valor, dueño de las dos lagunas.

XII.

Al dia siguiente partió Gonzalo de Sandoval de Iztacpalapa para Culuacan, y en el camino tomó y destruyó una pequeña ciudad próxima á la laguna.

Cortés le envió dos bergantines para que, sirviéndole de puente, pasase el ojo de la calzada que habian roto los enemigos.

Dejó Sandoval su gente con Cristóbal de Olid, y seguido de diez caballos, fué á reunirse con Cortés.

Cuando llegó encontró al caudillo empeñado en sangrienta lucha con los mejicanos.

Ayudóle á pelear, y recibió una pedrada que le hizo una gran herida en un pié.

Cortés, terminada la batalla, distribuyó su gente de la manera más conveniente, y se proveyó de víveres de todas clases.

XIII.

Seis dias tardó en estos preparativos, y habiendo hallado canales que les permitian navegar al rededor de la ciudad, entraron en Méjico y quemaron muchas casas de los arrabales.

Cercóse la ciudad por cuatro partes.

Cortés se situó entre dos torres de la calzada que ataja las lagunas.

Pedro de Alvarado fué á ocupar Tlacopan.

Cristóbal de Olid estableció sus reales en Culuacan.

Gonzalo de Sandoval creyó oportuno quedarse en Xaltoca, porque Alvarado y otros dijeron que por aquella parte se saldrian los de Méjico al verse en aprieto.

XIV.

A no ser por temor de que se abastecieran de víveres, Cortés les hubiera dejado libre aquel paso, en razon á que contaba con grandes elementos para combatirlos mejor por tierra que por agua, y porque era partidario de aquella máxima: «Al enemigo, si huye, hazle la puente de plata.»

Capítulo CVIII.

Valor y desesperacion.

I.

Adivinaba Cortés, con ese instinto maravilloso que distingue á las organizaciones privilegiadas, que los mejicanos, á pesar de las derrotas sufridas, no tardarian en rehacerse; y despues de distribuir sus huestes convenientemente para no abrigar temor alguno respecto á las poblaciones de Xochmilco, Culuacan, Iztacpalapa, Mexicalcinco, Cuitlabac y otras aliadas ó vencidas, mandó tambien que los bergantines se colocasen á raiz de la calzada, protegiéndole por ambos lados.

Salió, pues, de su real muy de madrugada con más de doscientos españoles y unos ochenta mil indios.

Los mejicanos, bien armados y dispuestos á la defensa, cubrian la parte quebrada de la calzada.

II.

Acometieron los españoles con su acostumbrada valentía, rompiendo por entre aquellas poderosas huestes.

Los indios aliados, animados con su ejemplo, rivalizaron con ellos en bravura.

Los mejicanos opusieron una gran resistencia, colocándose detrás de un baluarte.

La lucha duró más de tres horas.

Hernan Cortés logró al fin desalojarlos de aquel punto, y les siguió hasta la entrada de la ciudad.

Habia allí una torre, y al pié de ella un puente defendido por una magnífica albarrada, por debajo de la cual corria gran cantidad de agua.

Era indispensable pasar aquel puente.

Pero los indios que le defendian impedian aproximarse á los españoles.

Arrojaban tan gran número de piedras y flechas, que intimidaban á los más valientes.

Los soldados de Cortés empezaban á desmayar ante aquella cruzada resistencia.

El ilustre caudillo, adelantándose á todas sus tropas antes que el desaliento se apoderase por completo de ellas:

III.

—Seguidme todos,—exclamó,—y la victoria será nuestra.

Al mismo tiempo hizo señal para que los bergantines acometiesen por ambos lados, y los enemigos, al ver el peligro que les amenazaba, abandonaron la albarrada.

Saltaron en tierra los que tripulaban los bergantines, y despues en ellos y á nado pasó todo el ejército.

Cortés ordenó que los indios de Tlascala, Güexocingo, Cholula y Tezcuco cegasen con piedra y adoves aquel puente.

IV.

Los españoles continuaron avanzando.

Nuevas luchas, más encarnizadas si cabe que las anteriores, tuvieron que sostener con los enemigos, que peleaban con el valor de la desesperacion.

Por fin ganaron otra albarrada que estaba en la principal y más ancha calle de la ciudad.

Persiguiendo siempre á los enemigos, llegaron hasta otro puente, en donde se habian replegado.

Habian cortado, despues de pasar, la única viga de que constaba, y los españoles no tenian otro recurso que atravesar á nado.

Comprendieron que seria una temeridad efectuarlo, porque su muerte seria segura.

Además, desde las azoteas de las casas les hacian un daño terrible, y Cortés dispuso que la artillería hiciese algunos disparos, al mismo tiempo que los arcabuces y ballestas.

Esto aterrorizó á los enemigos.

Algunos empezaron á abandonar sus puestos.

Los españoles entonces se arrojaron al agua, y á nado ganaron la opuesta orilla.

V.

La confusion que esto produjo en el ejército mejicano decidió la victoria en favor de las huestes de Cortés.

Todos huyeron despavoridos, y abandonaron la albarrada que habian defendido durante dos horas.

Pasó el ejército, y el ilustre conquistador dispuso que los indios cegasen el puente con los materiales de la albarrada.

Los españoles, acompañados de muchos de sus aliados, corrieron al alcance de los fugitivos, y á dos tiros de ballesta hallaron otro puente; pero sin albarrada, situado junto á una de las principales plazas de la ciudad.

Colocaron un cañon, con cuyos disparos sembraban la muerte en el campo enemigo, y cuando los mejicanos empezaron á desmayar al ver diezmados á sus hermanos, jugando el todo por el todo, se decidieron á penetrar en la ciudad los españoles.

VI.

Los fugitivos quisieron hacer un último esfuerzo.

Corrieron á refugiarse en el templo mayor, dispuestos á defenderse hasta perecer todos.

Pero el mortífero fuego del cañon les hizo abandonar aquel asilo, y al salir los alancearon los españoles.

Estos descansaron allí un rato, entreteniéndose en derribar cuantos ídolos encontraban.

VII.

Guatimozin, indignado por la cobardía de sus soldados, reunió á los que habian sobrevivido á aquella batalla, y con la energía que le caracterizaba:

—¡Miserables!—les dijo.—¿Cuándo los mejicanos han vuelto la espalda al enemigo? ¿Cuándo han huido vergonzosamente, abandonando en su huida á sus hermanos, que más valientes que ellos, peleaban con los invasores, y por exceso de su valor, al hallarse en corto número, perecian en aras de la patria?

La muerte es preferible mil veces á la deshonra con que habeis manchado vuestra historia.

Pero aun es tiempo de enmendar vuestra incalificable conducta.

Caed de nuevo sobre los extranjeros, pelead cuerpo á cuerpo con ellos, y pereced todos si es preciso.

Si vacilais, si sois tan cobardes que no quereis volver por el honor perdido, yo solo partiré á su encuentro, para demostrarles que si hay soldados tímidos como el colibrí, tambien hay guerreros que no retroceden jamás.

VIII.

Estas palabras enardecieron á los mejicanos.

—Quedaos aquí; nosotros iremos al encuentro de los extranjeros, y ó pereceremos todos, ó los exterminaremos por completo.

Y con bélico entusiasmo, con extraordinaria ferocidad, en medio de horrible griterío, rodearon el templo en donde se hallaban los españoles; y los más atrevidos, sin considerar el riesgo que corrian, penetraron en él y comenzó una lucha cuerpo á cuerpo, superior á toda ponderacion.

—Morid, perros,—decian;—si no conseguimos arrojaros de aquí, incendiaremos el templo y pereceremos todos.

Muchos soldados españoles, atemorizados por aquel inesperado combate, huyeron despavoridos, á pesar de los esfuerzos que Cortés y sus capitanes hicieron para detenerlos.

En su huida abandonaron la única pieza de artillería que tenian.

IX.

Envalentonados los indios por el triunfo que acababan de obtener, siguieron á los fugitivos.

Afortunadamente para estos, llegaron tres de sus compatriotas á caballo, y alanceando á sus perseguidores, les obligaron á apelar á su vez á la fuga.

Se dirigieron despues al templo, donde se habian hecho fuertes los enemigos, y con cinco españoles de los más valientes subieron las gradas, entraron en las capillas y mataron diez ó doce mejicanos.

Cuando desalojaron por completo el templo, volvieron á salir, y uniéndose á otros seis de á caballo, dieron juntos una carga, en la que perecieron más de treinta mejicanos.

X.

Siendo ya tarde, y deseando Cortés dar descanso á sus soldados, mandó que levantasen el campo.

Entonces tuvieron ocasion los españoles de admirar una vez más la prevision de su caudillo.

A no haberse cegado los canales, no hubieran podido pasar los caballos, y por lo tanto no hubieran podido proteger la retirada.

Antes de abandonar la ciudad, quemaron muchas casas, para que cuando volvieran no pudieran hostilizarles desde ellas los enemigos.

Capitulo CIX.

Horrores de la guerra.

I.

La estrella de Hernan Cortés comenzaba á brillar de nuevo con su antiguo esplendor.

Cincuenta mil tezcucanos, al mando de Iztlixuchilh, jóven esforzado y de veinticuatro años de edad, acudian á ofrecerse á sus órdenes para tomar parte en el sitio de Méjico, y refuerzo tan importante en aquellas circunstancias era de inestimable valor.

El ilustre caudillo agradeció en extremo tan indudable prueba de amistad, y distribuyó veinte mil de aquellos soldados en las guarniciones que tenia en varias ciudades, incorporando los treinta mil restantes al grueso de su ejército.

II.

Cuando esta noticia llegó á oidos de los mejicanos, les afectó profundamente.

Entre aquellos valientes habia muchos que eran parientes y hermanos de los que en la ciudad se hallaban al lado de Guatimozin, y les dolia tener que esgrimir sus armas contra séres queridos de su corazon.

Dos dias despues llegaron otras tribus de la Serranía á ofrecerse á Cortés, rogando que les perdonase su tardanza.

Traian abundantes víveres, tanto más preciosos, cuanto que ya empezaban á escasear los que habia podido reunir Cortés.

Este se alegró sobre manera de aquellas pruebas de amistad, porque contando con su auxilio nada podian temer sus compañeros que habia mandado á Culuacan.

Trató muy bien á los embajadores, repartió entre ellos algunos regalos, consistentes en espejos, cuentas de vidrio y otras fruslerías de las que tanto gustaban los indios, y les despidió diciendo que dentro de tres dias pensaba dar la batalla decisiva, y que para entonces esperaba que vendrian á cumplir lo ofrecido.

Se retiraron jurando solemnemente asistir el dia señalado, como lo verificaron en efecto.

III.

Cortés envió tres bergantines á Sandoval y otros tantos á Pedro de Alvarado, para evitar que los mejicanos se abastecieran de víveres por aquella parte.

La experiencia le habia demostrado la utilidad de las naves colocadas en las inmediaciones de los puentes.

Los capitanes de los bergantines recorrian dia y noche la costa, y apresaban muchas canoas cargadas de víveres y de gente.

Su exquisita vigilancia no permitia entrar ni salir á ninguna barca enemiga.

La víspera del combate mandó Cortés que se dijera misa, á la que asistieron todos los capitanes, muchos de los soldados y algunos indios.

Terminada esta solemne ceremonia, que se verificó en medio del mayor recogimiento por parte de los que á ella concurrieron, indicó á cada cual lo que debia hacer.

Inmediatamente, acompañado de veinte caballos, trescientos españoles, gran número de indios, y llevando dos piezas de artillería, fué en busca de los enemigos.

Estos, que durante tres dias no habian tenido que combatir, se habian aprovechado de la tregua para limpiar los canales que habian cegado los españoles.

Habian construido tambien fuertes baluartes, y allí esperaban á los extranjeros.

IV.

La batalla comenzó de nuevo.

Tarea enojosa y sobrado árdua seria para nosotros el hacer detallada relacion de aquella desesperada lucha, en la que ambos contendientes no veian más alternativa que la de la victoria ó la muerte.

Infatigable era el desvelo en entrambos campos.

Aquella incesante pugna se prolongaba, haciéndose dudoso el éxito.

Pero al ver los mejicanos que avanzaban los bergantines por una y otra parte de la calzada, aflojaron en la defensa.

Los que los tripulaban saltaron en tierra.

El ejército pasó el puente.

Los enemigos corrieron á refugiarse en otro que habia inmediato.

A pesar de su heróica resistencia, tambien tuvieron que abandonarle.

V.

Cortés volvió de nuevo á la ruda tarea de cegar los caños con adobes, piedra y madera, y á allanar los obstáculos que impedian la marcha de los caballos.

Diez mil indios le auxiliaron en esta operacion, y

á pesar de tan crecido número emplearon en ella todo el dia.

Los soldados españoles, en tanto, acompañados de los indios que formaban parte del ejército expedicionario, sostenian escaramuzas con los mejicanos, causándoles muchas víctimas.

Recorrieron tambien las calles que no tenian canales, y sirviéndose de los caballos, lograron ahuyentar á los enemigos, obligándoles á encerrarse en las casas y los templos.

VI.

Los indios aliados se entusiasmaban con las ventajas que alcanzaban sobre los de Méjico, y arrojándoles piernas y brazos de los infelices que habian perecido en el combate, les decian:

—Esta carne es de los vuestros. Esta noche la cenaremos, mañana la almorzaremos, y despues vendremos por más.

—Tomadla,—añadian otros;—ya que habeis de morir de todos modos, al ménos no perezcais de hambre.

Y despues de estas exclamaciones, invocaba cada uno su ciudad natal, y ponian fuego á las casas.

Mucho sentian los mejicanos verse asediados por los españoles; pero les era aún más doloroso el que les ultrajasen los que habian sido sus tributarios.

VII.

Cortés, para atemorizar más y más á los vencidos, derribó muchas torres y quemó los ídolos.

Incendió asimismo las magníficas casas en que se habia alojado en otro tiempo, y la que en la plaza servia para las aves, casa en la que, como recordarán nuestros lectores, se hallaban reunidos los mejores ejemplares de todas especies.

Los mejicanos veian con pena convertirse á cenizas aquellos suntuosos edificios, y jamás habia pasado por su imaginacion la idea de que nadie hubiera cometido semejante atentado, y mucho ménos que unos cuantos españoles habian de privarles de tantas aves, que para ellos representaban recreo y utilidad.

VIII.

Entre tanto que ardia el fuego, recogió Hernan Cortés su gente, y comenzó á retirarse.

Los enemigos cargaron otra vez sobre ellos, y mataron algunos de los que, cargados con el botin que habian hallado al saquear las casas, se habian quedado rezagados.

A no ser por los caballos que llevaban los españoles, hubieran tenido que lamentar grandes pérdidas.

Pero arremetiendo contra sus perseguidores, lograron dispersarlos, en tanto que el ejército ocupaba los fuertes que habia construido.

Mucha fué la matanza de este dia; pero fué más horrorosa aún la quema de casas que se hizo.

IX.

Dos dias descansaron allí los españoles.

Cortés daba gracias á Dios por los triunfos obtenidos, y al retirarse á conciliar el sueño, no podia imaginar la tempestad que se cernia sobre su cabeza.

Capitulo CX.

Un aviso providencial.

I.

Nunca se ejerce impunemente la superioridad del genio.

Jamás los hombres que dominan á sus iguales, por la sola grandeza de su pensamiento, logran inspirar aquella ciega veneracion, que sin dificultad tributamos á la excelsitud del nacimiento.

Esta anomalía se explica fácilmente.

El uno es un derecho concedido por nosotros.

El otro lo dispensa solamente el cielo.

En aquel reconocemos nuestra fuerza.

En este vemos probada nuestra debilidad.

Obedecemos sin repugnancia al dueño que nos elegimos; pero jamás con gusto á aquel que nos manda por decreto más alto de la naturaleza.

Al levantarse los grandes hombres de todos los siglos, de todos los países, han sido siempre anunciados por el instinto repulsivo de las medianías; presentan estas, aun antes de probarla, aquella fuerza extraña que debe dominarlas á su pesar; y afánanse por sacudirla, así como el caballo todavía indómito, bota, relincha y huye al aproximársele el hombre; porque la naturaleza, próvida y maternal con todas sus criaturas, le dió, para advertirle del peligro, un ojo de aumento que le presenta con colosales formas el sér inteligente cuya débil mano debe enfrenarle á su capricho.

II.

Para el bien como para el mal, encuentran resistencia tenaz los que nacen con gran capacidad de practicar el uno ó el otro.

Sus actos todos son otros tantos triunfos, porque su vida entera es un perpétuo combate, combate disculpable y aun legítimo, mientras no sea alevoso, mientras sólo presente por espectáculo la resistencia de muchos al dominio forzoso de uno: la vanidad comun, oponiendo un dique al orgullo invasor de la inteligencia privilegiada.

No siempre, sin embargo, se sostiene de aquel modo la lucha.

No emplea en su defensa la multitud únicamente las armas permitidas, y ni aun bastan alguna vez las del ódio, de la calumnia, de las asechanzas pérfidas.

A veces, realizando á su pesar la fuerza que combate, reconoce su propia insuficiencia comprando con el crímen la victoria.

III.

Hernan Cortés, una de las más grandes figuras que puede presentar la historia; Hernan Cortés, que no ha sido elevado á toda su altura ni aun por aquellos desacertados panegiristas que han alterado la brillantez de los rasgos del *hombre*, queriendo deificarlo; Hernan Cortés, tipo notable de su nacion en aquel siglo, en que era grande, guerrera, heróica, fanática y temeraria; Hernan Cortés, que hubiera sido un Napoleon si hubiese arrullado su sueño de niño el trueno de la revolucion francesa, y que hoy, más glorioso que Napoleon, se nos presenta con la aureola de la conquista de un imperio en la nomenclatura de los ilustres vasallos; Hernan Cortés, en fin, debia tener, y tuvo la suerte comun á todos los hombres célebres.

Persiguióle anticipadamente la envidia.

Afanóse por denigrarlo hasta despues de muerto la calumnia, y acechóle la traicion de los que más debian venerarle.

IV.

Mientras infatigable el caudillo conseguia tán brillantes triunfos, mientras dejaba impreso con su pro-

pia sangre el testimonio de su arrojo, de su valor en aquellos lejanos países, la cautelosa perfidia minaba sordamente su existencia.

Villafraña, uno de sus oficiales, era el jefe del alevoso complot que se tramaba para atentar á su vida.

Muchos de los soldados, alucinados por pomposas promesas, se prestaban gustosos á secundarle en sus infames planes.

El héroe, que milagrosamente habia escapado de las flechas enemigas, estaba, sin sospecharlo, rodeado de traidores.

Con pálido semblante, con trémula mano, que aun empuñaba indignamente un acero de Castilla, salió á su encuentro Villafraña.

X.

Los ojos del águila habituados á los rayos del sol, no se detienen generalmente á examinar los pliegues imperceptibles del reptil que arrastra por el fango su venenoso diente.

Así la mirada penetrante de Cortés, fija constantemente en su porvenir de gloria, no se paró ni un instante en aquella frente marcada ya por las huellas del crímen.

Tembló, sin embargo, el traidor, y en su acento se revelaba la emocion que sentia, cuando le dijo:

—Bendito sea Dios nuestro Señor, que os ha sacado bien de tan recios combates, y ya que el cielo ha

preservado la preciosa vida de nuestro querido jefe, dignaos asistir al banquete que para celebrar tanta dicha hemos preparado.

—Me place vuestro convite, señor Villafraña,—respondió jovialmente el caudillo.—Despues de la lucha sin tregua que venimos sosteniendo, agradecerá mi estómago que le resarza del abandono en que ha yacido.

Pero como debeis suponer, mis capitanes se encuentran en el mismo caso, y no dudo que tambien estarán invitados al festin.

VI.

La asistencia de tanta gente á aquel siniestro banquete, no convenia de modo alguno á Villafraña.

Se excusó, pretextando que no tenia víveres para tanta gente, y Hernan Cortés creyó de buena fé aquella disculpa.

Uno de los tlascaltécas que más cariño tenian al caudillo, que habia asistido á aquella escena, y que sin saber por qué creia ver en aquel convite un riesgo para su persona, le dijo por medio del intérprete:

—Yo os ruego, señor, que si asistís á ese festin, no tomeis nada que no pruebe antes el capitan Villafraña.

Cortés se burló de aquel temor, aunque dió gracias al cariñoso indio.

Un momento despues atravesaba las calles de la ciudad asido familiarmente del brazo de Villafraña,

en cuyo alojamiento le aguardaban ya los infames conjurados.

Ya tenian designado el que habia de sucéder á Cortés en el mando, y consumado el crímen pensaban apoderarse de uno de los bergantines para llevar la noticia á Diego de Velazquez, con cuya proteccion contaban.

Tomadas, pues, todas las precauciones necesarias para el buen éxito de la empresa, esperaban los cómplices de Villafraña, en tanto que este, simulando sincero afecto, conducia á la víctima.

VII.

Pero la Providencia, que velaba por Cortés, no quiso permitir que se llevase á cabo aquel horrendo crímen.

Un soldado de mala traza, y que segun los traspiés que daba y los ángulos que describia en su marcha parecia hallarse embriagado, iba siguiendo á Cortés y su acompañante sin que ni uno ni otro se apercibiesen de ello.

Al entrar en la plaza, y cerca ya de la casa adonde se dirigian, encaminóse en línea recta á los que le precedian, y al alcanzarles volvió á dar muestras de su vergonzoso estado.

Deseaba á toda costa que el caudillo reparase en él, y estaba seguro de conseguirlo, porque la embriaguez era uno de los delitos que más odiaba.

Soltóse bruscamente Cortés del brazo de Villafraña, y con ceñudo semblante trató de acercarse al soldado.

Este, en vez de aguardarle, se alejaba aumentando la distancia que le separaba del indigno capitan.

VIII.

—¿Cómo te atreves á presentarte en ese vergonzoso estado?—le preguntó Cortés.

—Mi general,—exclamó rápidamente el soldado,—no vayais al alojamiento de Villafraña, porque peligra vuestra vida.

Sorprendió aquella revelacion al ilustre caudillo; pero reponiéndose instantáneamente, corrió á reunirse con su traidor amigo, y le dijo con la mayor serenidad:

—Seré con vos al instante, Villafraña; voy á hacer que inmediatamente impongan á ese bribon la pena que merece su conducta.

—No os molesteis; encargaré á uno de mis subordinados que le conduzca donde gusteis.

—De ningun modo; quiero yo mismo ir para que su vergüenza sea mayor.

—En ese caso, permitidme que os acompañe.

—Es un capricho ir solo. Aguardadme en vuestra casa, que pronto vuelvo.

Villafraña obedeció.

Un momento despues vió que Hernan Cortés se

dirigia al fingido beodo, y á fuerza de empujones desaparecia por las calles inmediatas.

Cuando estuvieron seguros de que nadie les espiaba:

IX.

—¿Qué querias decirme?—preguntó Cortés.

—Estais vendido; Villafraña es un traidor, y si os presentais en su alojamiento sereis asesinado vilmente.

Despues de dar gracias al soldado por su lealtad, se dirigió el héroe de nuestra historia en busca de sus capitanes.

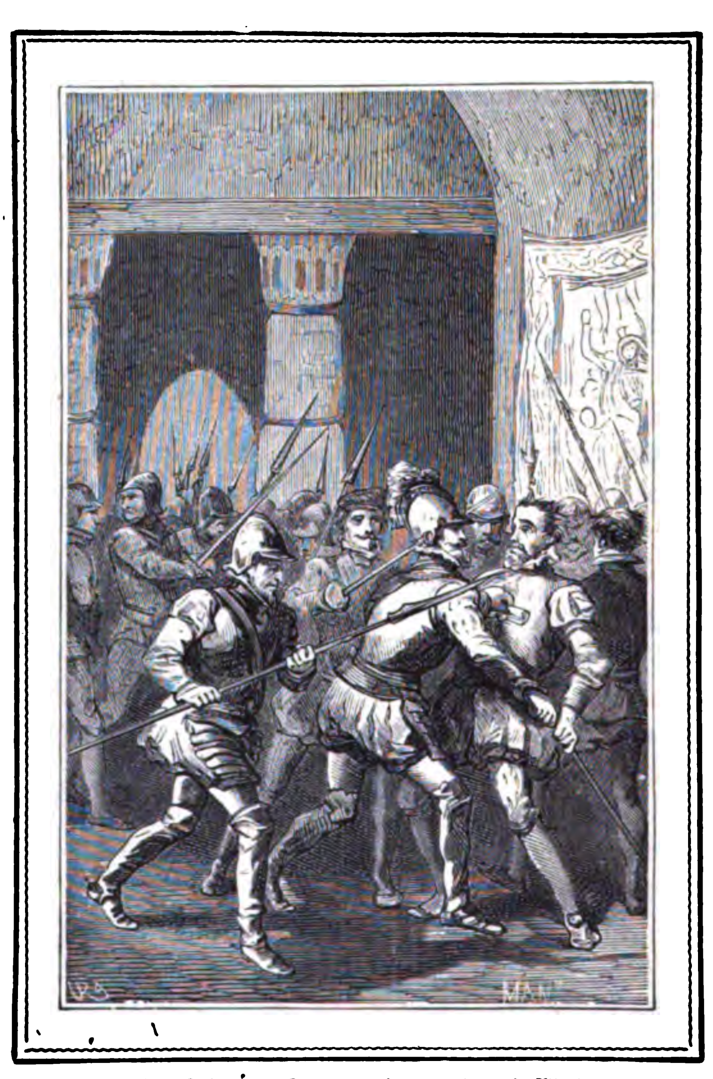
No podia dudar de algunos de ellos, y llamándoles les notició lo que pasaba, preguntándoles si podia contar con su apoyo para hacer en los culpables un terrible escarmiento.

Todos se ofrecieron á ayudarle, y mientras hacian enérgicas protestas contra aquel infame atentado, Hernan Cortés les dirigia escrutadoras miradas para ver si notaba en ellos complicidad.

X.

Un momento despues entraba el caudillo en la habitacion en que aguardaba el festin.

—Sentaos,—dijo Villafraña alargando cariñosamente la mano á su jefe.



HERNAN CORTÉS — Cercaron á los cómplices de Villafraña.

Hernan Cortés correspondió á aquella invitacion, y al estrechar la mano de su falso amigo lo hizo con tal fuerza, que le obligó á lanzar un gemido.

—Teneis una mano de hierro,—exclamó.

—Y una mirada de hielo, puesto que os hace temblar. Pero lo que no sabeis todavía, y os lo quiero probar, es que tambien poseo un corazon invulnerable al puñal de los asesinos, porque lo escuda esta penetracion que llega hasta el fondo del vuestro, y lee en él vuestra traicion, como en vuestra frente el miedo.

En seguida dió una voz, y penetrando en la estancia sus capitanes y muchos soldados armados, cercaron á los cómplices de Villafraña.

XI.

Cortés arrancó del pecho de este la lista de los conspiradores.

La leyó, y á medida que avanzaba en su lectura exhalaba exclamaciones de admiracion y dolor.

Aunque nunca se supieron los nombres de todos los que formaban parte de aquella infame traicion, es de suponer que estaban comprometidos los que más pruebas de amistad le habian dado.

Villafraña y todos los que asistieron al banquete murieron ignominiosamente, y al preguntar Sandoval á Cortés, en presencia de los capitanes, quiénes eran los demás culpables:

XII.

—La lista, señores,—exclamó el caudillo,—se borró en el pecho de Villafraña. Los que pensaban ayudarle en tan vil conspiracion estoy seguro que lavarán la mancha de su honra, vertiendo á arroyos la sangre de los mejicanos.

Capítulo CXI.

Donde se verá que gracias á su elocuencia pudo calmar el conquistador de Méjico la impaciencia de sus soldados.

I.

Preocupado Cortés por la alevosía de que habia estado á punto de ser víctima, pero dando gracias á la Providencia por haberle proporcionado los medios de descubrir aquélla infame trama, despues de oir misa, salió de nuevo con su ejército en direccion á la ciudad.

El tiempo que habia trascurrido en las escenas de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, lo habian empleado los mejicanos en desembarazar los puentes y hacer baluartes.

En el momento en que se retiraron los españoles, con picos y palas habian abierto lo que habian cegado aquellos, y con los materiales que sacaban construyeron albarradas.

De este modo, en breve tiempo fortificaron la ciudad como estaba anteriormente.

Dos dias y dos noches habian empleado en esta faena, y como se hallaban faltos de sueño y cansados por las fatigas de la pelea, perecieron muchos durante las obras.

II.

Mucho sintió Cortés tener que trabar una lucha para recuperar lo perdido; pero no quedándole otro remedio, comenzó su peligrosa tarea.

Combatió dos puentes con sus albarradas, y aunque con gran trabajo, logró ganarlos.

Duró el combate desde las ocho de la mañana hasta despues de mediodía.

Se gastó toda la pólvora y balas, y todas las saetas que los ballesteros llevaban.

Mucho trabajo les costó cegar los puentes, porque al cansancio que sentian se unia el malestar que experimentaban por lo abrasador del dia.

Al retirarse tuvieron algunas bajas.

Los enemigos cargaban sobre ellos como si fueran huyendo, y venian tan ciegos y luchaban con tal desesperacion, que ni siquiera advertian las celadas que les ponian los de á caballo, en las que perecian á centenares.

Sin embargo de estas pérdidas, no retrocedian, y pugnaban por arrojar á sus enemigos de la ciudad.

Pedro de Alvarado ganó tambien en este dia dos puentes de su calzada y quemó algunas casas, auxiliado por los bergantines.

Tambien mató muchos enemigos.

III.

Los españoles empezaban á cansarse de lo estéril de las luchas que venian sosteniendo, y se oian exclamaciones como estas:

—Yo no sé qué plan es el de nuestro caudillo,—decia uno;—pero la verdad es que estas luchas no tienen término.

—Naturalmente, lo que ganamos en un dia lo perdemos en otro.

—De qué nos sirve tomar un puente, destruir una albarrada, si al retirarnos dejamos á nuestros enemigos en libertad de apoderarse de nuevo de él, de construir nuevos baluartes?

—Mientras no conservemos el terreno ganado y asentemos nuestros reales á medida que vayamos avanzando, derramaremos nuestra sangre sin ventaja alguna.

—Además, no hay cuerpo que resista estas incesantes escaramuzas.

—¿Y qué decís,—exclamaba un soldado gordiflon,—de los peligros que corremos con tanto pasar á nado? Yo hasta ahora, á Dios gracias, no me hé visto en ese caso; de lo contrario, me hubiera ahogado, porque no es mi fuerte la natacion.

—Es preciso que hágamos ver á Cortés lo equivocado que está en sus planes. Si no accede á que establezcamos nuestros reales en el terreno que vayamos ganando, al ménos que conservemos los puentes que vayamos tomando, reforzándolos convenientemente.

IV.

Estas palabras fueron acogidas benévolamente, y nombraron á dos de los circunstantes para participar aquel acuerdo al ilustre caudillo.

Pidieron permiso para presentarse á él, y despues de mil protestas de fidelidad, y disculpando su atrevimiento, le comunicaron la mision que les habian confiado sus compañeros.

—No me extraña ciertamente, que fatigados por las rudas luchas que venimos sosteniendo, empiece á debilitarse el entusiasmo en mis filas; pero voy á demostraros palpablemente que no es posible adoptar otro plan diferente del que seguimos.

Si asentásemos nuestros reales en la plaza, nos podrian cercar nuestros enemigos. La ciudad es grande, y el número de sus vecinos infinito. De forma que los que hemos venido á sitiar la ciudad, seríamos á nuestra vez sitiados, y pereceríamos de hambre.

Respecto á conservar los puentes que vamos ganando, se tropieza tambien con dos graves inconvenientes.

El número de españoles es muy reducido, y ade-

más, quedando cansados por las batallas que durante el dia reñimos con los mejicanos, no podrian pelear de noche. Por otra parte, si confiásemos esta mision á nuestros aliados, seria dudosa la defensa y cierta la pérdida ó desbarate.

Por lo tanto, confiando en vuestra adhesion, en vuestro valor, en las infinitas pruebas de disciplina que me habeis dado desde que abandonamos la madre pátria, cuento con vosotros para todas las eventualidades de la campaña, y al mismo tiempo os aseguro que no tendreis que arrepentiros de haber seguido la inspiracion de vuestro jefe.

V.

Los soldados se retiraron á comunicar á sus compañeros el resultado de su encargo.

La tranquilidad renació de nuevo, y los que más habian vituperado al ilustre caudillo fueron los primeros en reconocer lo acertado de su determinacion.

Cortés, como es de suponer, habia tenido que dominarse mucho para no castigar aquella falta de respeto de sus subordinados.

Pero no era esta la primera vez que se habia doblegado ante la fuerza imperiosa de las circunstancias; y por otra parte, disculpaba el atrevimiento de sus soldados, en gracia del valor con que habian arrostrado tan inminentes peligros.

VI.

Se hallaba reflexionando acerca de las funestas consecuencias que habrian sobrevenido si no hubiera logrado llevar el convencimiento al ánimo de los descontentos, cuando le sorprendió agradablemente la llegada de unos embajadores que mandaban los pueblos de Iztacpalapa, Mexicalcinco, Cluitlanac, y otros lugares próximos á la laguna Dulce.

Veamos lo que habia pasado.

Capitulo CXII.

En el que se dá cuenta de las nuevas tríbus que acudian á solicitar amistad con los españoles.

I.

Eran los de Chalco tan fieles amigos de los españoles, y sentian tan irreconciliable ódio hácia los mejicanos, que convocaron muchos pueblos é hicieron cruda guerra á los de las ciudades citadas, que aun no eran aliadas de Cortés, por más que no le hubiesen hostilizado desde que puso sitio á Méjico.

Por esta razon enviaron aquellos embajadores á conferenciar con el ilustre conquistador.

II.

—Venimos á rogaros, gran señor,—le dijeron,—que nos perdoneis si no hemos acudido antes á ofre-

ceros nuestro respecto y sincera adhesion. Tributarios de Méjico, no osábamos desobedecer las órdenes del emperador, que contínuamente nos amenazaba con crueles castigos si pactábamos alianza con vos.

Pero la fama de vuestras hazañas ha llegado hasta nosotros, hemos comprendido que debe ser un enviado del cielo el que ha podido llevarlas á cabo, y no hemos dudado en venir á solicitar paz y amistad, confiando en vuestra proverbial generosidad.

Al mismo tiempo, permitidnos que impetremos vuestro amparo.

Nuestros vecinos los de Chalco, y aliados vuestros, nos hacen cruda guerra. Mandadles que no nos molesten en lo sucesivo, toda vez que deseamos compartir con ellos, en vuestra defensa, las fatigas de los combates.

—Podeis estar seguros sobre ese particular,—contestó Hernan Cortés,—porque desde hoy quedais bajo mi proteccion. Pero para convencerme de la sinceridad de vuestra alianza, necesito pruebas. Es preciso, pues, que vengan vuestros hermanos á incorporarse con mis huestes, y que traigan las canoas que tienen.

Además, necesito con urgencia construir casas para alojar cómodamente á mis soldados y resguardarlos de los frecuentes temporales que aquí sufrimos. Que vengan á ayudarnos en esta tarea, y nuestro pacto quedará formado en acabando las obras.

III.

Los embajadores partieron, y en breve llegaron numerosos indios á ponerse á las órdenes de Cortés para comenzar las construcciones que proyectaba.

Con tan poderosos auxiliares se levantaron como por encanto casas suficientes para albergar, no sólo á los españoles, sino hasta á dos mil indios.

A haber sido necesario, se hubieran hecho más casas; pero los que estaban en Culuacan dormian á cubierto de la intempérie.

Estos nuevos aliados, cuyo concurso era tan provechoso á los españoles, trajeron pan, pescado y mucha fruta.

Hay en aquella comarca tal abundancia de cerezas, cuya cosecha dura seis meses, que hay para abastecer todo el año á aquellos indígenas.

IV.

Cada dia veia Cortés más próximo el momento de apoderarse de Méjico.

Todos los pueblos y tríbus importantes eran aliados suyos.

Bien es verdad que á unos atraia el interés y á otros la curiosidad.

Pero de cualquier modo, lo cierto es que las hues-

tes del ilustre conquistador se elevaban á doscientos mil hombres.

Con tan poderosos elementos podian emprenderse las operaciones en grande escala.

Se propuso desde luego ganar y allanar la calle y calzada que hay desde Tlacopan, por ser muy principal y tener siete puentes.

Una vez conseguido esto, estaria en comunicacion con Pedro de Alvarado, con lo que adelantaria mucho terreno para sus planes.

V.

Al efecto mandó emisarios á los caciques de Iztacpalapa, Mexicalcinco, Cluitlauac, Chalco, Culuacan y otros pueblos de la laguna Dulce, con el objeto de que le enviasen inmediatamente todos los barcos que tuviesen.

Reunió, pues, tres mil, y los distribuyó por partes iguales entre ambas lagunas, poniendo además tres bergantines en una y cuatro en la otra.

Dió órden de que recorriesen la ciudad, incendiasen casas é hicieran todo el daño posible.

Mandó que todo su ejército entrase en la ciudad á sangre y fuego, y él se dirigió por la calle de Tlacopan con ochenta mil hombres.

Ganó tres puentes, y los cegó.

Dejó los restantes para el dia siguiente, y regresó á su puesto.

VI.

Muy de madrugada ya era dueño de gran parte de la ciudad, y sin embargo, Guatimozin no manifestaba deseos de ajustar la paz.

Mucho sentia Cortés que se obstinase en la lucha, porque le era sensible continuar haciendo víctimas, y le dolian aún más las que le ocasionaban en sus filas los enemigos.

VII.

Las frecuentes victorias que alcanzaba Hernan Cortés despertaron viva emulacion en Pedro de Alvarado.

—Es preciso,—dijo á sus soldados,—pasar nuestros reales á la plaza de Tlatelulco. Nos cuesta mucho trabajo conservar los puentes que vamos ganando, y además seria mengua para nosotros, que estando tan cerca de la plaza, la tomase Cortés antes.

Salvemos los puentes que aun nos separan de ella, y una vez conseguido esto, nos será fácil terminar nuestro proyecto.

VIII.

Fué, pues, con toda la gente de su guarnicion, llegó á un puente que tendria unos sesenta piés de lar-

go, combatió con ayuda de los bergantines, y en breve se vió al otro lado.

Dejó allí parte de los soldados que llevaba ocupados en cegar el puente, y con unos cincuenta continuó avanzando.

Los de á caballo no pudieron seguirle, porque las condiciones del terreno no lo permitian.

X.

Los de la ciudad, al ver tan exíguas fuerzas, cayeron sobre él tan repentinamente y con tal denuedo, que le hicieron volver las espaldas y echarse á nado para escapar de sus manos.

Desastrosa en extremo fué para sus tropas aquella tentativa.

Los mejicanos mataron muchos indios, y prendieron á cuatro españoles.

Estos infelices fueron sacrificados y devorados por sus vencedores.

Alvarado se contristó mucho al ver las funestas consecuencias que le habia ocasionado un plan tan imprudente.

—Es una locura la que he cometido,—exclamaba;—bien dice nuestro caudillo, que no se debe avanzar sin dejar primero llano el camino. Y lo que más me duele, es que por causa mia hayan perecido tantos infelices.

IX.

Hernan Cortés, cuando tuvo noticias de estas desgracias, fué á ver á Pedro de Alvarado, y le reprendió por su falta de prevision.

Le dió instrucciones respecto á lo que debia hacer, y se volvió á sus reales.

Capitulo CXIII.

Donde el lector verá el riesgo que corrió Cortés, y cómo se salvó milagrosamente.

I.

No se decidia Cortés, á pesar del espíritu que dominaba en sus tropas, á trasladar sus reales á la plaza.

Confiaba en que Guatimozin capitularia, y además comprendia el peligro que correrian sus huestes contra fuerzas tan compactas.

II.

En efecto; en torno del supremo estandarte del imperio ondeaba la matizada enseña de Zopanco; la lúgubre enseña de Mexilcalcinco, que es negra con estrellas rojas; la argentada de Tepepolco, que deslum-

bra con su brillo al desplegar el viento su pelícano colorido; la de Tula, ostentando en campo verde sus dos torres de nácar; la de Xochimilco, que jamás vió por tierra su cocodrilo azul; la de Atlixco, cuyas guirnaldas de rica pedrería no alcanzan á agitar los hábitos del céfiro; la de Quatitlan, blanca y ligera como espuma, levantando al menor soplo sus floripundios de oro; la singular de Quahuahuac, que se compone de dos anchos girones, color de fuego, sujetos al mástil por una garra de leon, trabajada de finísima plata; otras muchas, en fin, que nos seria imposible especificar.

Bástenos decir que allí se encontraban los altivos moradores de Popoloqui; los bizarros hijos de Malinalco; los siempre inquietos de la bella Tozantla; los del antiguo Zopi; los que huellan la volcánica tierra de Colima; los que escuchan el perpétuo arrullo del mar Pacífico en las frescas riberas de Acapulco; los que habitan las ásperas gargantas de las sierras de Ouspa; y el zaposeca agreste, y el belicoso muixe, y el opulento olancho, que funda su ciudad sobre ruinas de oro; y el montaraz tautamanca, cuyos dominios fragosos se han hecho tan célebres bajo el nombre de San Luis de Potosí; y el voluptuoso mescalense, y el zacualco, de corteses modales, y el que respira todo el año deliciosos aromas en los vergeles de Totonilco.

Por último, todos los pobladores de las amenas orillas del lago de Chapala, así como tambien los que beben las aguas del Hiaqui, los que miran regados sus natales campos por las ondas del Napezle, y los que se

duermen al ruido de las cataratas de Rio-Grande, habian acudido á reforzar la ciudad imperial para impedir que penetrasen los extranjeros.

III.

Pero á pesar de todo, los españoles insistian en que se verificase la toma de la ciudad, y Cortés no tuvo más remedio que acceder á aquelllos reiterados propósitos.

Envió instrucciones á Gonzalo de Sandoval y á Pedro de Alvarado respecto á lo que deberian hacer.

El primero iria á reunirse con el segundo, dejando escondidos en la calzada, tras de unas casas, á diez de á caballo para que si los mejicanos, creyendo que huian, salian en su persecucion, pudieran alancearlos.

Una vez al lado de Alvarado, debia Sandoval tomar los tres bergantines y dirigirse á ganar el sitio en donde aquel habia sido derrotado el dia anterior.

Le recomendó eficazmente que no se alejase nunca sin dejar todo el terreno que fuese conquistando en condiciones favorables para una retirada; y en cuanto á Alvarado, le decia que se internase cuanto pudiera en la ciudad, y que le enviasen ochenta españoles.

Ordenó asimismo que los otros siete bergantines guiasen las tres mil barcas, como la otra vez, por ambas lagunas.

Repartió la tropa que tenia á sus órdenes en tres grupos, porque para ir á la plaza habia tres calles.

IV.

Por una entraron el tesorero y contador con setenta españoles, veinte mil indios, ocho caballos, doce azadoneros y muchos gastadores, para cegar los caños de agua, allanar los puentes y derribar las casas.

Por otra envió á Jorje de Alvarado y Andrés de Tapia con ochenta soldados españoles y más de diez mil indios.

Defendiendo la entrada de esta calle quedaron ocho soldados de á caballo y dos piezas de artillería.

Cortés eligió la calle restante, seguido de gran número de indios y de cien españoles de á pié, de los cuales eran veinticinco ballesteros y arcabuceros.

De esta manera entraron todos á un tiempo en la ciudad, derrocando hombres y albarradas, y ganando puentes.

Los tlascaltecas y demás indios aliados escalaron las casas y cogieron pingües despojos.

Cortés les decia que no pasasen más adelante, que bastaba con lo hecho, no fuera que recibieran algun revés.

Continuamente les advertia que cegasen los canales conforme los fuesen atravesando, porque de esta precaucion dependia principalmente la victoria.

V.

De pronto vió Cortés que los que habian salido con el tesorero real venian huyendo.

En su precipitada fuga, al verse alcanzados por sus enemigos, se arrojaban al agua; peró sus perseguidores hacian lo própio y allí les daban muerte.

Logró Cortés, auxiliado por los soldados que le acómpañaban, salvar á muchos de los fugitivos, que hubieran perecido ahogados á no ser por su proteccion.

Cuando se hallaba entretenido en esta maniobra, se vieron rodeados de multitud de mejicanos.

La sorpresa fué tal, que ya se habian apoderado algunos de Hernan Cortés, y se le hubieran llevado, á no ser por un criado suyo, llamado Francisco Olea.

Este fiel servidor, al ver en inminente riesgo á su amo, cortó las manos de una cuchillada al que le sujetaba.

Desgraciadamente su generosidad le costó la vida.

Un mejicano que se hallaba al lado suyo le descargó tan fuerte golpe con su macana, que le mató en el acto.

VI.

La lucha era cada vez más encarnizada.

Todos procuraban rodear á Cortés, y corria peli-



HERNAN CORTÉS.—...cortó las manos de una cuchillada al que le sujetaba.

gro de caer en manos de los enemigos, cuando Antonio de Quiñones, blandiendo la lanza y acometiendo con singular pujanza, pudo abrirse paso hasta donde estaba el caudillo, y logró sacarle de aquel furioso grupo.

VII.

La noticia de que Cortés habia caido en poder de los contrarios circuló con rapidez entre sus soldados, y todos á porfía acudieron, deseando libertar á su jefe.

Cortés, seguido de los suyos, batiéndose en retirada, llegó á la calle de Tlacopan.

El combate continuó.

En vano el gran capitan español hacia uso de su notable pericia.

En vano desplegaba su singular energía.

En vano hacia contínuo alarde de su personal arrojo.

Los mejicanos se defendian con tanto ardor como perseverancia, animándoles con su ejemplo el mismo emperador, que disputaba palmo á palmo el terreno, á que se lanzaba con sobrada temeridad el enemigo.

VIII.

Estando combatiendo una albarrada el tesorero y sus compañeros, les arrojaron desde una casa tres cabezas.

Eran de unos infelices españoles que habian caido prisioneros.

—Os las enviamos,—decian,—para que sustituyan á las de vuestro caudillo y algunos capitanes, que pronto sufrirán igual suerte.

Aterrorizados los españoles, suspendieron un momento las hostilidades.

Un instante despues vieron subir á las torres próximas á los sacerdotes, y en preciosos braserillos quemar yerbas olorosas en señal de victoria.

Condujeron despues á los españoles prisioneros, que serian unos cuarenta; los desnudaron, les arrancaron el corazon para ofrecérselo á los dioses, y regaron el suelo con la sangre de sus víctimas.

IX.

Los españoles sufrian horriblemente, no pudiendo acudir al socorro de sus hermanos.

Pero los enemigos formaban una masa tan compacta y peleaban con tal desesperacion, que era de todo punto imposible arrollarlos.

Murieron más de dos mil indios del ejército de Cortés.

El recibió una herida en una pierna, y de sus compañeros tambien hubo muchos heridos y contusos.

Tambien se perdieron en la refriega tres ó cuatro caballos, una pieza de artillería é infinitas canóas.

De los españoles que combatian á las órdenes de Alvarado, tambien perecieron cuatro.

Fué aciago aquel dia, y triste y dolorosa la noche para los españoles.

X.

Los mejicanos celebraron aquella victoria con grandes bailes, banquetes y estrepitosa algazara; abrieron las calles y canales como antes los tenian, y por la mañana temprano recorrieron las tribus vecinas, llevando dos cabezas de españoles y otras de dos caballos como prueba del triunfo obtenido, exhortando á todos á que rompiesen la amistad con los extranjeros, y asegurando que muy en breve quedarian destruidos por completo.

Los sacerdotes, por su parte, anunciaban en altas voces revelaciones celestes, profetizando el próximo é inevitable exterminio de los mónstruos de Oriente.

XI.

—Cansado está Tezcalepuzca,—decian;—cansado está de sufrir los ultrajes de esos impíos, y ha ordenado á Tonatioh salga en breve á iluminar la sangrienta hora de la justicia.

Huitzilopochitli se ha levantado indignado de su carro de fuego, y ha hecho resonar en nuestros oidos estas tremendas voces:

»—Sobrado tiempo he dejado á Tlacotecolt someter mi pueblo amado á pruebas amargas y vergonzosas, de las cuales ha salido con gloria, acrisolando su valor en la desventura.

»Tiempo es ya de que terminen los desastres del imperio que me adora y que ha llevado mi nombre por cuanto mira desde su trono excelso el dios de luz, para quien nada es desconocido.

»Tiempo es ya de que mis altares vuelvan á lavarse cada dia con sangre de los enemigos de mi pueblo, y que se levante este, grande y fuerte entre todos los del mundo, como la ceiba gigante en medio de los frágiles arbustos.

»Venga Tlacotecolt á apacentarse en dolores, á beber lágrimas, á recrear su oido con la armonía de los gemidos; pero guárdese de buscar por víctimas á aquellos á quienes yo cobijo con mi escudo.

»Allí están los impíos que han venido de países desconocidos para traer á las tierras de mis adoradores sus extranjeras deidades.

»¡Ellos son tuyos! ¡Oh implacable Tlacotecolt! ¡Son tuyos ya, y la victoria no volverá jamás á tenderle sus palmas! ¡Desdichados de aquellos á quienes halle la luz de la venganza cerca de los impíos! ¡Desdichados de aquellos que se retiren de mis altares santos para rendir tributo á dioses desconocidos!»

XII.

Mucho preocuparon á Cortés estas noticias.

Temia que sus aliados le abandonaran; pero la Providencia no permitió que esto sucediera.

A los dos dias de la desastrosa batalla que acabamos de referir, llegaron al cuartel de los españoles algunos de sus aliados de Coahunanac á pedirle refuerzos para combatir á los de Malinalco y Cuixco, que contínuamente les hostilizaban, arrebatándoles los víveres y cometiendo toda clase de excesos.

Hernan Cortés, aunque tenia más necesidad de ser socorrido que de socorrer, les prometió su amparo.

Algunos de sus capitanes se oponian á ello; pero el ilustre caudillo les convenció de lo conveniente que era atender á sus súplicas, porque de lo contrario perderian el prestigio que disfrutaban entre ellos.

Ordenó, pues, que saliesen ochenta peones españoles y diez de á caballo, y nombró jefe de ellos á Andrés de Tapia.

XIII.

Andrés de Tapia corrió á reunirse con los que con tanta insistencia pedian auxilio, y saliendo á buscar los enemigos, los encontró en una aldea cerca de Malinalco.

Peleó con ellos en campo raso, los desbarató y los siguió á la ciudad, que está situada en un elevado cerro, inaccesible para los caballos.

Volvió en seguida al cuartel general á dar cuenta de su expedicion á Cortés, seguro de que el escar-

miento que habia hecho aseguraria la tranquilidad á los habitantes de Coahunanac.

XIV.

Pocos dias despues acudieron otros aliados, quejándose de que los señores de la provincia de Matalcinco, sus vecinos, les hacian cruda guerra, y que les habian destruido la tierra, quemado el lugar y matado mucha gente.

Añadieron que se dirigian hácia Méjico con el propósito de pelear con los españoles, para que saliesen entonces los de la ciudad y los matasen ó echasen del cerco; y que el remedio urgia, porque se hallaban á unas doce leguas, y su número era considerable.

Cortés comprendió la gravedad que encerraba aquella noticia, y envió á Gonzalo de Sandoval con diez y ocho caballos, cien peones y muchos indios de aquella serranía.

Obraba de este modo el ilustre caudillo, no sólo por no mostrar flaqueza á los amigos y enemigos, sino por socorrer á aquellos.

XV.

Sandoval partió, y durmió dos noches en tierra de Otomitlh, que estaba destruida por las tropelías de tribus vecinas.

Llegó despues á un rio que pasaban los enemigos, los cuales llevaban gran despojo de un pueblo que acababan de quemar.

Los mejicanos huyeron al ver á los españoles, y estos lograron aprovecharse de una buena parte del botin, que aquellos abandonaron en la huida.

Los fugitivos pasaron otro rio, y se detuvieron en un llano.

Sandoval les siguió.

Arremetió á ellos con los caballos, llegaron luego los de á pié, y les causaron gran destrozo.

No desmayaron por esto los vencidos.

Se retiraron á Matalcinco, y allí esperaron á sus perseguidores.

—¡Compañeros,—dijo Sandoval entonces á sus soldados,—poco nos falta para obtener la victoria! ¡Marchemos á tomar posesion de esa ciudad! ¡Que no se oculte el sol sin ver ondear en sus torres la bandera de Castilla!

Y al terminar estas palabras, comenzó de nuevo un encarnizado combate.

En él perecieron más de dos mil mejicanos.

Los demás se retiraron á un cerro, dispuestos á vengar á sus hermanos.

En esto llegaron unos setenta mil indios de los que formaban parte de la division de Sandoval, y cayendo sobre los enemigos, lès hicieron abandonar por completo la ciudad.

Despues de entregarse al saqueo, la incendiaron.

XVI.

Se disponian á continuar avanzando para someter á la obediencia á otros lugares vecinos, y el cacique de uno de ellos se presentó á jurar fidelidad, ofreciéndose tambien á pacificar á los de Matalcinco, Malinalco y Cuixco.

Así lo verificó, en efecto, y el valiente capitan español se retiró con todo su ejército á dar cuenta al caudillo del resultado de su expedicion.

Capítulo CXIV.

Una embajada de paz, que se traduce en guerra.

I.

Veia Cortés con pena que á pesar de las desesperadas luchas que venia sosteniendo con los mejicanos, y á pesar de las victorias que alcanzaba, no lograba someter á su obediencia la ciudad imperial; y deseando poner término á aquellos desastres, envió á algunos de los prisioneros que tenia, en calidad de emisarios, para tratar la paz con Guatimozin.

Llegaron, pues, á la ciudad, y al tener el emperador noticia de que iban en nombre de Hernan Cortés:

—Sean dignamente recibidos esos embajadores,—dijo,—ya sean mejicanos, ya extranjeros; su mision es sagrada é inviolables sus personas.

En seguida se preparó á escucharles, reuniendo en el salon de audiencias á sus ministros y consejeros.

II.

Vivísima impresion produjo en la ciudad la entrada de aquellos nuevos plenipotenciarios, que llegaron á palacio entre oleadas del pueblo y bajo la proteccion de una escolta mejicana.

Turbados estaban al presentarse á su emperador. Echábase de ver que no juzgaban muy honorífica la proposicion de que eran portadores.

Sólo despues de haber sido alentados con benévolas frases que les dirigió Guatimozin, osó expresarse en los términos siguientes, el más audaz de los tres:

III.

—¡Señor! ¡Mi señor! ¡Gran señor! El malinche Hernan Cortés, de quien nos hacen esclavos azares de guerra, nos envia á tí para que sepas de nuestros labios sus intenciones y deseos.

»Agradecido eternamente aquel jefe á los muchos favores y señaladas honras que le dispensó el gran Motezuma, no puede olvidar, en medio de los horrores de la sangrienta lucha que sostiene contra tí, que eres deudo del nombrado monarca, que ha sentado contigo en el trono imperial á una hija de aquel, y que te al-

bergas en una ciudad que fué hospitalaria en otro tiempo á sus extranjeras legiones.

»Tiembla la mano del malinche al levantarse para destruirla.

»Acongójase su ánimo al concebir los desastres que van á llòver sobre el imperio, con quien tan solemne alianza ha pactado á nombre de su rey, y antes de dar el último golpe te conjura por nuestra voz á detènerlo, aceptando la paz con las condiciones siguientes:

Primeramente, desarmarás sin tardanza á tus ejércitos y los harás salir de tu capital.

En segundo lugar, convocarás asamblea de todos tus tlatoanis, y ratificarás con ellos el vasallaje reconocido al soberano español.

En tercero.....

—No digas más,—exclamó, ardiendo en ira, el valiente Guatimozin.—Muda para siempre debiera quedar tu lengua despues que se ha mancillado articulando tan vergoñzosos acentos.

IV.

—Tlatoanis y teutlis,—prosiguió Guatimozin, dirigiéndose á la asamblea,—ya habeis oido cuáles son las primeras condiciones de la paz que nos propone el enemigo; innecesario juzgo indicaros ya cuáles serán las últimas, porque creo que se deducen naturalmente.

Jamás en mi reinado aceptará el imperio de Méjico un yugo ignominioso; jamás, ocupando Guatimo-

tivado su aparicion, dijo con acento grave é imponente:

VII.

—Los dioses me han revelado en la soledad del templo, que se reunian en este sitio los altos dignatarios del imperio para escuchar proposiciones de paz dictadas por el impío extranjero.

Los dioses me han revelado, ¡oh Guatimozin! que tu heróico corazon las rechaza indignado, prefiriendo la muerte á la ignominia.

Pero ¿quiénes son,—añadió, dirigiendo furibundas miradas de ódio,—quiénes son los cobardes, que se quejan de tu constancia?

¿Quiénes los blasfemos que se atreven á pronunciar que es aceptable la alianza con los enemigos de los dioses? ¡Levanten la voz en mi presencia! ¡Levántenla, y caerán heridos de muerte por el santo furor que siento arder en mi pecho y centellear en mis ojos!

Huitzilopochitli ha temblado de ira en su sagrado altar.

Tezcalepuzca se ha arrepentido de haber criado al hombre, indigna hechura de su mano omnipotente.

¡Respiren aquellos que han encendido los divinos furores, y á su vil soplo crecerá devorador el incendio, y ni cenizas quedarán de ellos!

VIII.

Concluyó de hablar el hueiteopixque en medio del mismo general silencio que reinaba al comenzar.

Uno de los altos dignatarios del imperio tomó la palabra un momento despues, y se expresó en estos términos:

—No existe, á mi entender, en esta asamblea, individuo alguno que sea capaz de cobardes votos, atreviéndome á asegurar, sin temor de que ni una voz se levante á desmentirme, que tú, ¡oh teoteutli! (1) puedes volver tranquilo al teocali venerado, asegurando á los dioses que jamás permitiremos en sus altares deidades extranjeras; y que tú, ¡oh soberano hueitlatoani! tú, siempre digno varon en tus sentimientos, siempre gran monarca en tus preceptos, no debes recelar nunca flaqueza ó deslealtad en los que aprenden de tu ejemplo.

A tí solamente reconocemos por emperador, y contigo rechazamos cualquier otro vasallaje, dispuestos á morir antes que á capitular.

IX.

Unánime fué entonces la voz que se levantó vitoreando á Huitzilopochitli, á Guatimozin y al pontífice.

(1) Señor sagrado, ó caballero de Dios.

Todos juraron perecer con las armas en la mano.

—¡Sea como lo decís,—exclamó el gran sacerdote,—si así lo cumplís. Huitzilopochitli os proteja y os premie Tezcalepuzca.

—Y ¡ay! de aquel,—añadió el emperador, poniéndose en pié con ademan firme y severo,—¡ay! de aquel que, perjúro é infame, ose en lo sucesivo articular la palabra *paz* ó prestar á ella su oido. Reo de muerte lo declara mi voz, y como traidor será deshonrado, ya vista la coraza del guerrero, ya la negra capucha del teopixque, ó el régio manto del tlatoani.

—¡Guerra! ¡Guerra!—gritaron todos.

—¡Guerra hasta morir ó vencer!—exclamó con conmovido acento el pontífice.—Yo os lo ordeno é impongo á nombre de Huitzilopochitli.

—¡Guerra!—repitió el emperador, arrojando á los piés de los embajadores el dardo que tenia en su diestra.—Esto habeis de decir, ¡oh teutlis! al extranjero que os envia. ¡Guerra sin tregua hasta el total exterminio de los dos ejércitos!

Llevad esta contestacion que da el imperio á sus odiosos perseguidores, y quedaos entre ellos.

Méjico rechaza á los indignos hijos de su suelo que han osado pisarlo siendo portadores de tan infame mensaje.

X.

Los emisarios se volvieron avergonzados y confusos al campamento español.

Era tan dolorosa la impresion de su vergüenza, tan terrible para sus corazones aquel testimonio de la ira general que les acusaba, tan profunda su pena al verse despreciados por su príncipe, que al atravesar el puente para ir á reunirse con los españoles, deteniéndose de pronto uno de ellos y dirigiéndose á sus compañeros:

XI.

—No voy más adelante,—dijo;—no quiero vivir siervo y deshonrado. Mi patria y mi rey me desprecian: tienen razon, porque he manchado mis labios pronunciando proposiciones indignas. ¡A lavarlas voy de su baldon!

Y así diciendo, se arrojó al lago, yendo á sepultarse en sus aguas.

Los otros dos infelices imitaron su conducta, obedeciendo á un impulso simultáneo.

XII.

Sus cadáveres, recogidos algunas horas despues por los soldados españoles, fueron la única contestacion que recibió el caudillo.

Comprendió que era ya preciso renunciar á todo propósito de conciliacion.

La muerte de sus emisarios, ya fuese un acto de rigor del monarca mejicano, ya de desesperacion por

parte de las mismas víctimas, era indicio vehemente de que no era posible sujetar á aquel pueblo sin aniquilarlo.

—¡Compañeros,—dijo entonces á sus capitanes,—á los primeros rayos del sol de mañana daremos el último ataque á la capital de Méjico!

Capitulo CXV.

Donde se ven los últimos esfuerzos que hicieron los mejicanos para defender su independencia, y los desastres que sufrieron.

I.

Desde aquel momento se consagró Cortés por completo á activar los preparativos necesarios.

Mandó venir de todas las tribus amigas gran número de indios, con sus instrumentos de madera, que llamaban *huictles*, y que servian de pala y azada, para que les auxiliasen en el derribo de las casas y otras operaciones que se proponia emprender.

A los cuatro dias ya habian llegado estos refuerzos, y dispuso su gente para atacar en seguida á la imperial ciudad.

Resuelto á penetrar en ella á todo trance, ordenó bajo severas penas que á proporcion que se fuesen posesionando de las calles se derrocasen sus casas,

dirigiendo todos los esfuerzos á cegar con escombros los canales, hasta convertir en tierra firme lo que era entonces agua.

II.

Corrian los últimos dias del mes de Julio cuando publicó Cortés esta órden terrible, que condenaba á la destruccion más completa á la hermosísima y suntuosa ciudad de los emperadores aztecas, célebre monumento de su civilizacion y grandeza, próxima á desaparecer sin dejar á la posteridad ni un vestigio que las acreditase.

Dióse, en efecto, el ataque segun el nuevo plan de ir ganando palmo á palmo el terreno y asolando la ciudad al paso, para no dejar á su espalda más que ruinas que sirviesen á la retaguardia para cegar los canales.

De este modo se ganaron aquel dia algunas calles, no bastando á impedirlo la desesperada resistencia que opusieron los mejicanos.

III.

Cortés, para hacer mayor destrozo, les formó una emboscada.

Mandó á Gonzalo de Sandoval que viniese con treinta caballos á reunirse con los veinticinco que él tenia.

Envió los bergantines delante y toda la gente, y él se metió con treinta caballos en una de las casas.

Pelearon en muchas partes con los de la ciudad, y se retiraron.

Los enemigos, sin sospechar que era premeditada aquella retirada, corrieron á perseguirlos, y cuando estuvieron próximos á la emboscada, mandó Cortés disparar un arcabuz, que era la señal convenida, y saliendo todos precipitadamente, causaron tal estrago en los enemigos, que perecieron más de quinientos y quedaron prisioneros muchos.

Los españoles penetraron en los templos, y en uno de ellos, al abrir una sepultura, hallaron varios objetos de oro, cuyo valor ascendian á mil quinientos castellanos.

IV.

No se intimidaban, sin embargo, los mejicanos por la mortandad que sufrian.

La lucha continuaba.

La carnicería crecia.

Arroyos de sangre inundaban las calles.

De pronto oyeron los españoles un ruido extraño, cuyo eco repetian las montañas.

Los mejicanos, poseidos de frenético furor, se lanzaron á ellos con embriaguez de sangre, y como si en cada uno de aquellos lúgubres y misteriosos sonidos entendiesen la voz del Omnipotente ordenando el desprecio de la vida y dictando por soberano decreto la satisfaccion de la venganza.

Aquellos graves y solemnes sonidos eran los ecos poderosos del caracol sagrado, custodiado en el gran templo de Huitzilopochitli por más de trescientos sacerdotes, destinados exclusivamente á la guarda y al cuidado de tan venerado objeto.

Sólo el hueiteopixque, ó sumo sacerdote, gozaba el privilegio de hacer resonar aquel instrumento santo, y sólo se verificaba aquello en las ocasiones de inminente peligro para la patria.

V.

Pero el valor que infundió en todos el sonido del caracol sagrado, sólo sirvió para que perecieran en mayor número.

Cebábanse en el pillaje y en la destruccion las huestes tlascaltecas, y al verlas correr furiosas con el hacha en la mano, arrasando los más hermosos edificios con alaridos de feroz complacencia, decíanles con amarga sonrisa los infelices mejicanos:

—Mal haceis en echar por tierra nuestras casas. Si salimos vencedores, vosotros habeis de edificarlas; si triunfais, tambien sereis vosotros los que las levanteis para los españoles.

Los tlascaltecas hacian burla de aquel exacto raciocinio, y continuaban con ahinco su obra destructora.

Doloroso es imaginar aquella régia capital condenada á ser arrasada por un puñado de invasores, que ... por auxiliares á pueblos americanos.

VI.

En el dia que siguió á aquel en que ocurrieron los sucesos que acabamos de referir, observaron algunos oficiales que de las torres del teocali salian espesas columnas de humo, que no podian ser vapores del incienso que los sacerdotes quemaban ordinariamente.

Llamada la atencion del caudillo hácia esta novedad, hizo que subiesen á una pequeña altura varios de sus soldados, procurando descubrir el orígen de ella, y tan grande fué su sorpresa como su júbilo al saber que en medio de las llamas del incendio que consumia ya una parte de aquel notable edificio, ondeaba con majestad, iluminada por rojizos reflejos, la bandera española.

VII.

En efecto; Alvarado, jugando el todo por el todo, acababa de penetrar en Méjico y de posesionarse del teocali.

El momento no podia ser más favorable.

Cortés se aprovechó de él, y ordenó al punto la entrada de sus fuerzas en la ciudad.

A pesar de la consternacion que infundió á los mejicanos la vista del incendiado templo, resistieron como siempre con heróica decision

VIII.

Pero nada era bastante á contener el ímpetu de los ejércitos invasores.

Algunas horas despues la caballería española ocupaba la gran plaza de Tlatelulco.

Las tropas auxiliares recorrian las calles, y con infatigable diligencia continuaban destruyendo los edificios.

¡Jamás se ha verificado tan completo saqueo!

¡Jamás se escribirá en la historia de las conquistas victoria tan sangrienta!

No contentas aún las feroces hordas, despues de asolar gran parte de la ciudad, corrieron al palacio, disputándose el honor de descargar el primer golpe de hacha en aquella mansion régia.

IX.

Guatimozin, despues de defender á palmos con inútil constancia el suelo de su capital, se habia retirado por último completamente derrotado, y teniendo por único refugio uno de los grandes arrabales, que rodeado por todas partes de agua, prestaba recursos á la resistencia.

Allí se retiraron la mayor parte de los que habian escapado de la matanza.

X.

Cortés, no obstante la alegría natural de su triunfo, se sintió dolorosamente afectado por el espectáculo de tan inaudita carnicería, y ordenó suspenderla.

En una de las cartas que dirigió al emperador Cárlos V, le decia:

«Acordé dejar de combatir algunos dias, porque me penia en mucha lástima y dolor que pereciese aquella multitud, y quise otra vez ofrecerles la paz.»

XI.

Hízolo así efectivamente, y debia esperar ver aceptada la capitulacion que proponia, por duras que fuesen sus condiciones, pues era en sumo grado deplorable la situacion de los vencidos.

Encerrados en el recinto de aquel barrio situado en la laguna, escasísimos de víveres, reducidos á beber agua salobre, y sin tener ya ni aun las armas necesarias, ninguna esperanza lisonjera podian alimentar.

Su único medio de salvacion era un convenio con el enemigo, y el emperador debia aceptarle, por más que pudieran resistirse á ello sus fanáticos sacerdotes.

Aun no habia comprendido el caudillo el fuerte temple de aquella alma verdaderamente excepcional.

Aun no habia adivinado que el destino le concedia por víctima á uno de aquellos séres magnánimos, que

eclipsados por el resplandor de una gloria enemiga, quedan muchas veces confundidos en las páginas históricas de sus inevitables desastres.

El empérador Guatimozin, desechando con indignacion las reiteradas proposiciones de capitulacion que por entonces le dirigió el vencedor, tornó á organizar sus huestes y á provocar el combate.

XII.

En tanto que aquel infeliz príncipe hacia, con asombro del enemigo, aquellos últimos esfuerzos de resistencia, que bien pudieran compararse á las convulsiones de un moribundo, el hambre reinaba con todos sus horrores en el arrabal adonde se habian retirado los vencidos.

Veíanse de contínuo vagar por las calles famélicas turbas de mujeres y niños, cuyos llantos y gemidos desgarraban el corazon.

Sus ayes lastimeros se confundian con los que exhalaban algunos heridos, que acercándose al ilustre conquistador, le decian en medio de la mayor desesperacion:

XIII.

—¡Ah, capitan Cortés! Puesto que eres hijo del sol, y este astro dá vuelta al mundo con tanta brevedad, ' diligente como él y acábanos de matar. De este mo-

do iremos á descansar y á reunirnos con el gran Quetzalcoal, que nos está esperando!

En presencia de tantas desventuras, se sentian conmovidos los españoles, y ni la aureola del triunfo bastaba á amortiguar la pena que pesaba sobre su alma.



Capítulo CXVI.

Una mirada retrospectiva.

I.

Nuestros lectores, que conocen ya el carácter y el empuje de los mejicanos; que han tenido ocasion de apreciar la energía, el valor, la decision que en tan alto grado poseia Guatimozin; que saben los grandes elementos con que contaba para oponerse á una invasion, porque gracias á sus correos y á otros recursos que le proporcionaba el estado de civilizacion en que se hallaba, la ciudad imperial tenia exactas noticias respecto á la situacion en que se hallaban los extranjeros; habrán extrañado, primero, que desease la paz; segundo, que habiendo triunfado entre sus consejeros el partido de los que á toda costa querian declarar la guerra, y estando todos resueltos á defender á Méjico, se hubieran dejado dominar por los españoles,

á pesar de las numerosas tríbus que podian auxiliarles.
Esto merece explicaciones, y vamos á darlas.

II.

Dios libre á nuestros lectores de que una mujer quiera vengarse de ellos.

Guatimozin queria la paz, porque gracias á sus emisarios, supo que Inhijambia trabajaba activamente para allegar alianza á los españoles.

Poderoso enemigo es una mujer de bella tez, pálida, de ojos negros y lánguidos, de talle flexible, de cuello delgado, de diminuto pié y afiligranada mano, de mórbidas formas, de abultado seno, que emplea todos estos encantos y su talento en vengar el desprecio con que ha pagado su amor un desdeñoso amante.

Con tales elementos allana todos los obstáculos y hace comprender al objeto de su venganza su imprudente conducta, por haber sido sordo á sus sueños de amor.

III.

Guatimozin recordaba, en efecto, que al terminar la escena que tuvo con Inhijambia despues de la muerte de Quetlahuaca, le habia jurado esta pagar su desvío con la destruccion de su imperio.

—Los españoles,—exclamaba el emperador,—pactarán la paz con todas las tríbus que quieran admitir-

la bajo cualquier condicion. En el momento oportuno dominarán á sus aliados. Cuando estén seguros de que ninguna tentativa pueden hacer contra ellos, caerán sobre Méjico, y mi derrota será segura, no contando con el auxilio de mis provincias tributarias.

Es preciso evitar una lucha desastrosa; es preciso trabajar en favor de la paz, porque nuestra resistencia sólo serviria para que una vez vencidos por los extranjeros, se ensañasen estos y cometiesen todo género de tropelías.

IV.

A decir verdad, no eran sólo las razones de Estado las que le aconsejaban desechar la guerra.

Vivia alejado de su esposa y de su hijo, á quienes amaba entrañablemente, y su separacion le sumia en profunda desesperacion.

Su recuerdo no se apartaba un instante de su mente, y al contemplar las desgracias que sobrevendrian á aquellos séres queridos si perecia en la lucha, agravaba más y más su tristeza.

Para distraer sus penas, se paseaba silencioso durante la noche por los solitarios jardines de su palacio.

Procuraba entregarse á la resolucion de las complicaciones políticas; pero al fijar sus ojos en el cielo le parecia ver en los luceros los ojos de su hijo, en el plateado y melancólico resplandor de la luna la mirada tierna y cariñosa de su esposa Guacalcinla.

Acariciaba entonces mil proyectos para el venturoso instante en que volviera á su lado, y se extasiaba ante tan dulces ensueños, que devolvian la paz á su atribulado corazon.

V.

Pero frecuentemente le sacaban de estas meditaciones las alarmantes noticias que de todas partes del imperio le traian los mensajeros que tenia en movimiento.

Unas veces le decian que los españoles sometian á su obediencia poblaciones importantes de las que se hallaban camino de Méjico.

Otras que engrosaban sus filas tribus importantes.

Añadian, por último, que construian activamente formidables naves; y todo le hacia creer que muy en breve iba á trabarse una lucha sangrienta, horrible, espantosa.

Por estas razones hizo cuanto pudo para preparar la paz, hasta el dia en que, reunidos en consejo todos los altos dignatarios de la córte, la opinion general fué que se rompieran las hostilidades con los invasores.

VI.

Habian osado algunos decir que sus tendencias á la conciliacion tenian por orígen un principio egoista; que obedecia al recuerdo de su tranquilidad per-

dida, de sus goces del hogar, á los que sacrificaba el amor á la independencia de la patria; y queriendo dar un solemne mentís á estos rumores, se consagró con toda su alma á preparar lo necesario para la guerra.

Dotado de un juicio sólido y una consumada prudencia, sabia que Cortés no desistiria de su empeño miéntras pudiese contar con un solo soldado, y mucho ménos teniendo ya por aliados muchos caciques.

Su primer cuidado fué poner la capital en estado de defensa.

VII.

En tanto que fortificaba la ciudad con todas aquellas obras de que eran capaces sus súbditos, los agentes de Ixhijambia recorrian las ciudades, sublevándolas en favor de Hernan Cortés, y asegurándoles que una vez destruido Méjico, cesarian de pagar el ominoso tributo que pesaba sobre ellas.

—¡Ah!—se decia la bella india, ultrajada por el desprecio de su amante.—Ha despreciado mi cariño, se ha atrevido á clavar en mi corazon un dardo emponzoñado, recordándome la dicha que disfruta con el amor de Guacolunla. Yo haré que la destruccion del imperio amargue sus felices dias; yo haré que la guerra le tenga alejado de los séres queridos de su corazon. Que experimente las penalidades que yo sufro, viéndome privada de las caricias del objeto á quien adoro; que se despierte en su corazon el ódio

que yo siento al ver pasar mis mejores años sola, mústia, angustiada, sin tener á quien confiar mis penas, sin hallar con quien compartirlas, sin tener á quien volver los ojos para enjugar mis lágrimas.

Y cuando Inbijambia se entregaba á estos pensamientos, sus hermosos ojos brillaban con resplandor siniestro, acariciando el momento en que pudieran realizarse sus proyectos de venganza.

VIII.

Las obras de fortificacion de la ciudad continuaban en tanto con febril actividad.

Pronto iban á terminarse, y Guatimozin deseaba ya el instante en que pudiera medir sus armas con los extranjeros.

Por entonces se supo la primera victoria que habian obtenido los españoles, y cuando se disponia Guatimozin á ponerse al frente de su ejército para combatirlos, se presentó en el palacio un emisario que pedia con urgencia verle.

Venia de parte de Guacalcinla, y su agitacion revelaba que era portador de una mision dolorosa.

Al verle el emperador no pudo ménos de estremecerse.

IX.

—¿Qué nueva desgracia vienes á anunciarme?—le preguntó.

El emisario nada contestó.

Abundantes lágrimas pugnaban por brotar de sus ojos, y la emocion ahogaba la voz en sus lábios.

Su silencio aumentaba el temor de Guatimozin.

—Habla, mi fiel servidor; ¿qué sucede? Acaso Guacalcinla... Tal vez mi hijo...

—Señor, mi señor, gran señor,—dijo el criado, haciendo un supremo esfuerzo,—pedid valor á los dioses para soportar las penas que os producirán mis palabras. Vuestra esposa os suplica que lo abandoneis todo y corrais á su lado. Vuestro hijo está postrado en el lecho del dolor.

En vano se le han aplicado las yerbas más saludables: su respiracion es cada vez más difícil; su mirada, vaga, triste, indecisa, indica que su espíritu se apaga. Sus dias están contados, y si quereis verle antes de que exhale el último aliento, seguidme al punto. Tal vez llegueis á tiempo de impedir otra nueva desgracia, porque el estado de vuestra esposa inspira sérios temores á todos.

—Sí, sí,—dijo Guatimozin, abismado bajo el peso de aquella nueva catástrofe,—no hay tiempo que perder... Vamos, vamos allá... Yo quiero ver á mi hijo, quiero recibir su postrer aliento... quiero ver á mi esposa.

Y al decir esto recorria á pasos agigantados la habitacion, y en la exaltacion de su mirada se veia que su razon empezaba á extraviarse.

Al cabo de algunos minutos de terrible lucha:

X.

—¡Ah!—exclamó.—¡Que los dioses no permitan que obedezca los impulsos de mi corazon! ¿Acaso puedo separarme de mis vasallos en la víspera del combate? De ningun modo. No faltarian almas mezquinas que interpretarian mi marcha como un pretexto para esquivar los peligros de la lucha. Habria tambien quien viera en este paso mi deseo de no romper las hostilidades con los extranjeros, y el recuerdo de que yo opinaba de este modo en el consejo que tuvo lugar hace poco, les haria suponer que proyectaba que prevalecieran mis ideas, y es posible que se atreviera alguno hasta á calumniarme, suponiéndome en inteligencia con Hernan Cortés.

Prefiero la muerte antes de que tal crean. Mi resolucion es irrevocable; no partiré.

XI.

Pero al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, el recuerdo de su moribundo hijo absorbia todo su pensamiento.

—¿Y qué me importa,—añadió de pronto,—el juicio que de mí puedan formar mis vasallos? ¿No he demostrado en cien combates que no me arredran los peligros? ¿No saben que he hecho los mayores sacri-

ficios por mi patria? ¿Qué me queda en el mundo, si pierdo al hijo de mi corazon, si su madre sucumbe ante el peso de esta desgracia?

Y como si temiera variar de resolucion, salió precipitadamente de la estancia, y fué á buscar á uno de los más esforzados guerreros del imperio, en el que tenia gran confianza.

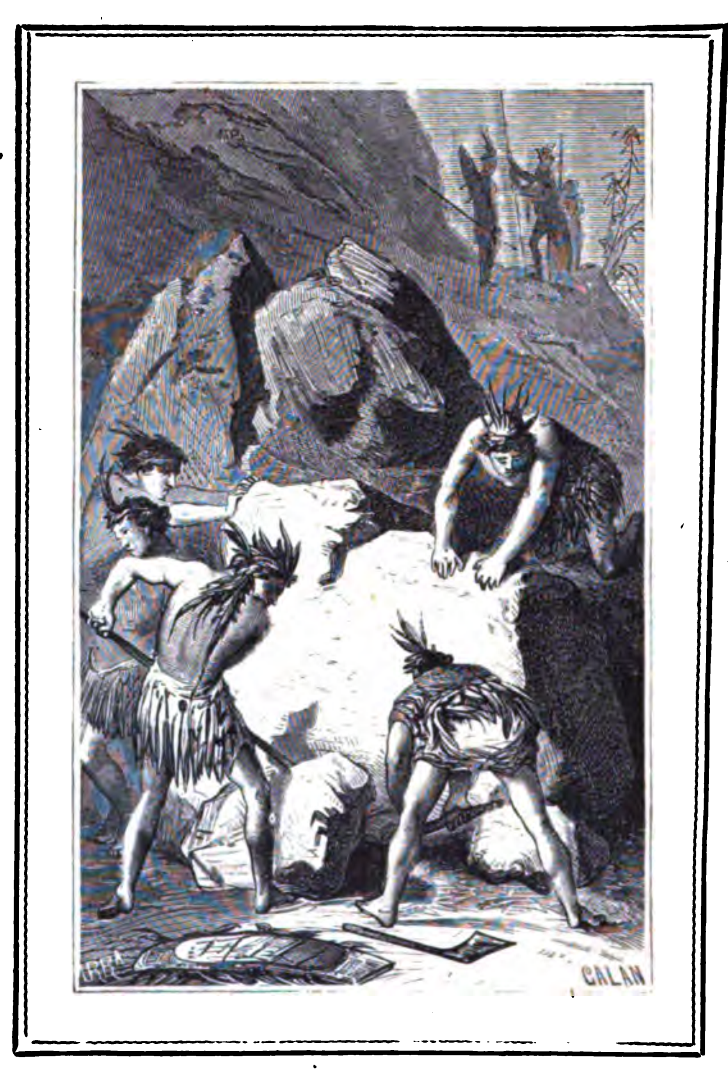
Despues de explicarle los motivos que tenia para dirigirse á Tacuba, despojándose de las insignias reales y entregándoselas á su amigo:

—Ponte al frente del ejército,—le dijo.—Los dioses no permiten que muera defendiendo la independencia de mi patria. Pero tú me reemplazarás dignamente; conozco tu valor, y sé que sucumbirás y todos los que te acompañen, antes que doblegarte al yugo extranjero. Sean las pluma del casco que te entrego la enseña que sigan los valientes; que las vean chamuscadas por el fuego del enemigo, pero nunca holladas por sus infames plantas.

Y un momento despues, sin más compañía que el fiel servidor que habia enviado Guacalcinla, abandonó la ciudad de Méjico y se dirigió cautelosamente á Tacuba.

XII.

Su guia le encaminó por unos senderos que conocia que acortaban poderosamente la distancia que mediaba entre la ciudad imperial y la en que se hallaba Guacalcinla y su hijo.



HERNAN CORTES.—Y le condujeron casi arrastrando hasta una cueva, cuya entrada cerraron con una enorme piedra.

Continuaban silenciosos por aquellos atajos, y Guatimozin, preocupado por los tristes pensamientos que ocupaban su mente, no se apercibió de que subidos en unos árboles había ocho indios que acechaban el momento de que se aproximase para caer sobre él.

En efecto; un momento despues de pasar junto á ellos bajaron estos de su escondrijo, y sujetándole todos á un tiempo:

—Date preso ó mueres,—le dijeron;—vas á ser conducido á presencia del tlatoani de los españoles.

—¡Miserables!—exclamó Guatimozin fuera de sí, haciendo supremos esfuerzos para desasirse de ellos;—matadme si quereis, pero no echeis ese borron sobre mi honra.

Pero sus opresores, sin contestar una palabra, le amarraron fuertemente y le condujeron casi arrastrando hasta una cueva, cuya entrada cerraron con una enorme piedra.

XIII.

Aquellos indios eran aliados de Cortés, y recorrian las inmediaciones para saber la actitud de los mejicanos.

Cuando se llevaron prisionero al monarca, les siguió á respetuosa distancia otro indio.

Era aquel un mejicano, que al saber iban á romperse las hostilidades con los extranjeros, habia huido, porque era muy cobarde, á refugiarse en el bosque.

Reconoció al emperador á las primeras palabras que pronunció, y considerándose impotente para salvarle en aquellos momentos, creyó, sin embargo, que averiguando dónde le conducian, y corriendo á Méjico á llevar la noticia, podria librarle de su cautiverio, y entonces le perdonarian su desercion en gracia del servicio que prestaba.

Apenas vió internarse en la cueva á Guatimozin, corrió á realizar sus propósitos, haciendo señales en los árboles que rodeaban la prision para reconocer el sitio con más facilidad.

Desgraciadamente, no pudo llevar á cabo su propósito.

Llegó en ocasion en que los españoles ocupaban ya la ciudad de Méjico, y cayó en poder de los espías que tenian distribuidos en todas las avenidas.

XIV.

¿Cuál fué la muerte de Guatimozin?

¿Qué resoluciones tomó el caudillo vencedor?

¿Qué habia sido de Marina?

Las respuestas que exigen estas preguntas, y la narracion de otros sucesos muchos más importantes que completan la accidentada vida de Hernan Cortés, las hallarán nuestros lectores en el siguiente tomo.

FIN DEL TOMO TERCERO.

NOTAS DEL TOMO TERCERO.

(A) *Joloxochitl* significa *flor del corazon*, ó segun otros, *flor del amor*. Es la más fragante de cuantas flores indígenas mencionamos aquí. El arbusto que la produce es alto, las hojas ásperas, la flor blanca con el centro nacarado: cerrada figura una estrella, y abierta un corazon.

(B) *Flor del tigre;* llámase así por la semejanza que tienen sus colores con la piel de la expresada fiera.

(C) Fué Motezuma príncipe de raras dotes naturales, de agradable y majestuosa presencia, de claro y perspicaz entendimiento, falto de cultura, pero inclinado á la sustancia de las cosas.

Su valor le hizo el mejor entre los suyos antes de llegar á la corona, y despues le dió entre los extraños la opinion más venerable de los reyes.

Tenia el genio y la inclinacion militar, entendia las artes de la guerra, y cuando llegaba el caso de tomar las armas, era el ejército su cónte.

Ganó por su persona y direccion nueve batallas campales; conquistó diferentes provincias y dilató los límites de

su imperio, dejando los resplandores del sólio por los aplausos de la campaña, y teniendo por mejor cetro el que se forma del baston.

Fué naturalmente dadivoso y liberal.

Hacia grandes mercedes sin género de ostentacion, tratando las dádivas como deudas, y poniendo la magnificencia entre los oficios de la majestad.

Amaba la justicia y celaba su administracion en los ministros con rígida severidad.

Era contenido en los desórdenes de la gula, y moderado en los incentivos de la sensualidad.

Pero estas virtudes, tanto de hombre como de rey, se deslucian ó apagaban con mayores vicios de hombre y de rey.

Su continencia le hacia más vicioso que templado, pues se introdujo en su tiempo el tributo de las concubinas, naciendo la hermosura en todos sus reinos esclava de sus moderaciones; desordenado el antojo sin hallar disculpa en el apetito.

Su justicia tocaba en el extremo contrario, y llegó á equivocarse con su crueldad, porque trataba como venganzas los castigos, haciendo muchas veces el enojo lo que pudiera la razon.

Su liberalidad ocasionó mayores daños, y produjo beneficios, porque llegó a cargar sus reinos de imposiciones y tributos intolerables, y se convertia en sus profusiones y desprecios el fruto aborrecible de su iniquidad.

No daba medio, ni admitia distincion entre la esclavitud y el vasallaje, y hallando política en la opresion de sus vasallos, se agradaba más de su temor que de su paciencia.

Fué la soberbia su vicio capital y predominante.

Votaba por sus méritos cuando encarecia su fortuna, y pensaba de sí mejor que de sus dioses, aunque fué sumamente dado a la supersticion de su idolatría; y el demonio llegó á favorecerle con frecuentes visitas, cuya malignidad tiene sus hablas y visiones para los que llegan á cierto grado en el camino de la perdicion.

Sujetóse á Cortés voluntariamente, rindiéndose á una

prision de tantos dias contra todas sus reglas naturales de su ambicion y su altivez.

Púdose dudar entonces la causa de semejante sujecion; pero de sus mismos efectos se conoce ya que tomó Dios las riendas en la mano para domar este mónstruo, sirviéndose de su mansedumbre para la primera introduccion de los españoles: principio de que resultó despues su conversion de aquella gentilidad.

Dejó algunos hijos: dos de los que le asistian en su prision fueron muertos por los mejicanos cuando se retiró Cortés; y otras dos ó tres hijas, que se convirtieron despues y casaron con españoles.

Pero el principal de todos fué D. Pedro de Motezuma, que se redujo tambien á la religion católica dentro de pocos dias, y tomó este nombre en el bautismo.

Concurrió en él la representacion de su padre, por ser habido en la señora de la provincia de Tulá, una de las reinas que residian en el palacio real con igual dignidad; la cual se redujo tambien á imitacion de su hijo, y se llamó en el bautismo doña María de Niagua Suchil, acordando en estos renombres la nobleza de sus antepasados.

Favoreció el rey á D. Pedro, dándole estado y rentas en Nueva España, con título de conde de Motezuma, cuya sucesion legítima se conserva hoy en los condes de este apellido, vinculada en él dignamente la heróica recordacion de tan alto principio.

Reinó este príncipe diez y siete años; undécimo en el número de aquellos emperadores, segundo en el nombre de Motezuma, y últimamente murió en su ceguedad á vista de tantos auxilios que parecian eficaces. —(*Solís.—Historia de la conquista de Méjico.*)

(D) Para comenzar sus batallas ó para pelear, y para otras cosas muchas que los indios quieren hacer, tienen unos hombres señalados, y que ellos mucho acatan, y al que es de estos tales llámanle *tequina*.

Creen que el tequina habla con el diablo, há de él sus respuestas, y les dice lo que han de hacer y lo que sucederá mañana; porque como el diablo sea tan antiguo astrólogo,

conozce el tiempo y mira á dónde van las cosas encaminadas y las guia la natura; y así, por el efecto que naturalmente se espera, les dá noticia de lo que sucederá y les dá á entender que por su influencia y como motor de todo lo que pasa sabe las cosas por venir y que están por pasar; y que él atruena y hace sol y llueve, y guia los tiempos y les quita ó les dá los mantenimientos; los cuales dichos indios, engañados por él de haber visto que en efecto les ha dicho muchas cosas que estaban por pasar y salieron ciertas, créenle en todo lo demás y témenle y acátanle, y háceule sacrificios en muchas partes de sangre y vidas humanas, y en otras de sahumerios aromáticos; y cuando Dios dispone lo contrario de lo que el diablo les ha dicho y les miente, dáles á entender que él ha mudado la sentencia por algun enojo, ó por otro achaque ó mentira.»—(*Anales de las Indias.*)

(E) Cuando enferma el rey de Méjico ponen máscaras á Tezcalepuzca ó Huitzilopochitli, ó á otro ídolo, y no se las quitan hasta que sana ó muere.

Cuando espiraba enviábanlo á decir á todos los pueblos de su reino para que lo llorasen, y llamaban á los señores que eran parientes y amigos para que acudieran á las honras dentro de cuatro dias.

Ponian el cuerpo sobre una estera, velábanlo cuatro noches gimiendo y llorando, lavabánlo, cortábanle una guedeja de cabellos de la coronilla, y guardábanlos diciendo que en ellos quedaba la memoria de su ánima.

Metíanle en la boca una fina esmeralda; amortajábanle con diez y siete mantas muy ricas y muy labradas de colores, y sobre todas ellas iba la divisa de Huitzilopochitli ó Tezcalepuzca, ó la de algun otro ídolo su devoto, ó la del dios en cuyo templo se mandaba enterrar.

Poníanle una máscara muy pintada de diablos, y muchas joyas, piedras y perlas.

Mataban luego al esclavo lamparero que tenia cargo de hacer lumbre y sahumerios á los dioses de palacio, y con tanto llevaban el cuerpo al templo.

Unos iban llorando y otros cantando la muerte del rey.

Los señores, los caballeros y criados del difunto lleva-

ban rodelas, flechas, mazas, banderas, penachos y otras cosas así, para echar en la hoguera.

Recibíalos el gran sacerdote con toda su clerecía á la puerta del patio, en tono triste; decia ciertas palabras y hacíale echar en un gran fuego dispuesto al efecto, con todas las joyas que tenia.

Echaban tambien á quemar todas las armas, plumajes y banderas con que le honraban, y un perro que lo guiase adonde habia de ir, muerto primero con una flecha que le atravesase el pescuezo.

Entre tanto que ardia la hoguera y quemaban al rey y al perro, sacrificaban los sacerdotes doscientas personas, aunque con esto no habia tasa.

Abrian á las víctimas por el pecho, sacábanles los corazones, arrojábanlos en el fuego del señor, y luego echaban los cuerpos en un carnero. Estos, así muertos por honra y para servicio de su amo, como ellos dicen, en el otro siglo eran la mayor parte esclavos del muerto y de algunos señores que se les ofrecian; otros eran enanos, otros contrahechos, otros monstruosos. Tambien habia algunas mujeres.

Ponian al difunto en casa y en el templo muchas rosas y flores, y muchas cosas de comer y de beber, y nadie las tocaba, á no ser los sacerdotes.

Otro dia cogian la ceniza del quemado y los dientes que no se quemaban, y la esmeralda que llevaba en la boca, todo lo cual metian en una arca pintada por dentro de figuras endiabladas, con la guedeja de cabellos, y con otros pocos cabellos que cuando nació le cortaron y tenia guardados para cuando llegara este caso.

Cerrábanla muy bien, y ponian encima de ella una imagen de palo, hecha y ataviada lo mismo que el difunto.

Duraban las exequias cuatro dias, en los cuales llevaban grandes ofrendas las hijas y mujeres del muerto y otras personas, y poniánlas donde fué quemado y delante del arca.

Al cuarto dia mataban por su alma quince esclavos; á los veinte dias mataban cinco; á los sesenta tres, y á los

ochenta, que era como cabo de año, nueve.—*(Usos y costumbres de Méjico.)*

(F) Uno de los soldados que asistieron á la conquista, dice en sus memorias que en las Indias existen unas culebras delgadas, y luenguas de siete á ocho piés, las cuales son tan coloradas que de noche parescen una brasa viva, y de dia son cuasi coloradas como sangre.

Añade que hay otras de un color parduzco, y que el año 1516 vió una cerca de la costa y al pié de una sierra. La disparó su arcabuz, y despues de muerta la midió. Tenia más de veinte piés de largo, y de gruesa más que un puño cerrado.

Otro soldado de aquella expedicion, llamado Pedro Calleja, tambien consigna en varios apuntes que se encontraron á su muerte, que habia visto en una senda, dentro de un maizal, la cabèza de una culebra que era mucho mayor que la rodilla doblada de un hombre mediano, y que los ojos no le habian parecido menores que los de un becerro grande.

( ) Las mejicanas gastan una especie de túnicas de algodon con las mangas muy cortas. El pelo lo llevan suelto las niñas y las solteras, y trenzado las casadas.—*(Anales de las Indias.)*

(H) Segun la historia de Méjico, llegaron á su tierra los chichimecas en tiempos muy remotos. El primer señor y hombre principal que nombran y señalan en el orden y sucesion de su reino y linaje, es Totepench; y es de pensar, ó que se estuviesen sin rey, ó que Totepench viviese mucho tiempo, que pudo ser muy bien, pues murió cien años despues de que aquellos entraron en dicha tierra.

Al fallecimiento de Totepench se reunió toda la nacion en Tullan, é hicieron señor á Topil, hijo del anterior. Tenia entonces veinte y dos años, y vino á reinar unos cincuenta.

Estuvieron sin rey, despues que Topil murió, más de ciento diez años; pero no cuentan la causa, ó quizá olvidan el nombre del rey ó reyes que hubo en aquel espacio de tiempo, al cabo del cual, estando allí en Tullan, sobre cor-

tas diferencias y pasiones que los advenedizos tuvieron con los naturales se hicieron dos señores.

Piensan algunos que entre los mismos chichimecas hubo bandos sobre quién mandaria, pues como Topil no dejaba hijos, habia muchos deseosos de mandar.

Pero de todos modos se tiene por cierto que eligieron dos señores, y que cada uno de ellos echó por su camino con los de su parcialidad ó linaje.

Uemac fué uno de ellos, y salió de Tullan por una parte.

Nauhiocin, que fué el otro, se salió tambien del pueblo, y se vino hácia la laguna con los de su partido. Fué rey mas de sesenta años.

Por muerte de Hauhiocin reinó Cuauhtexpetlatl.

Tras Cuauhtexpetlatl fué rey Uecin.

Hononalcati sucedió á Uecin.

Reinó despues de él Achitometl.

Tras Achitometl heredó Cuauhtonal, y á los diez años de su reinado llegaron los mejicanos á Chapultepec.

Sucedió en el señorío á este Achitometl Mazazin.

A este heredó Queza.

A Queza siguió Chalchinhtona.

A su muerte vino á reinar Cuauhtlix,

Le sucedió Johuallatonac.

Despues siguió Cinhtetl.

Muerto este, fué nombrado rey Xiuiltemoc.

Cuxcux sucedió á Xiuiltemoc.

Heredole Acamapichtli, y al sexto año de su reinado se levantó Achitometl, hombre muy principal y con deseo y ambicion de reinar, y le mató, tiranizó aquel señorío de Acolyacan cerca de doce años, y no solamente mató al rey, sino tambien á sus hijos y herederos.

Illancuitl, que era la reina, huyó con Acamapichcin, hijo ó sobrino, pero heredero forzoso de Canatlichau.

Doce años despues que Achitometl señoreaba, se fué á los montes desesperado, y por miedo de que no le matasen los suyos, que andaban muy revueltos

Con su ida, ó con las crueldades, muertes, agravios y otros malos tratamientos que habia hecho á los vecinos, se

despobló aquella ciudad de Culuacan, y por falta de rey comenzaron á gobernar la tierra los señores de Azcapuzalco, Cuauhnanac, Chalco, Conatlichan y Huexocinco.

Despues que Acamapich se crió algunos años en Conatlican, le llevaron á Méjico, donde le tuvieron en mucho, por ser de tan alto linaje y legítimo heredero y señor de la casa y estado de Culúa; y como habia de ser tan gran príncipe, luego que fué de edad para casarse, procuraron muchos caballeros de Méjico darle sus hijas por mujeres.

Acamapich tomó hasta veinte mujeres de aquellas más nobles y principales, y de los hijos que tuvo en ellas vienen los más y mayores señores de toda aquella tierra; y porque no se perdiese la memoria de Culuacan, poblóla y puso en ella por señor á su hijo Nauhiccin, que fué segundo de este nombre. Y él asentó y residió en Méjico; fué un excelente príncipe y un gran varon, y cuantas cosas quiso se le hicieron á su sabor, que como ellos dicen tenia la fortuna en la mano.

Tornó á ser señor de Culuacan, como su padre lo fué.

Fué asimismo rey de Méjico, y en él se comenzó á estender el imperio y nombre mejicano.

En los cuarenta y seis años que reinó se ennobleció mucho aquella ciudad México-tenuchtitlan.

Dejó Acamapich tres hijos, que todos tres ocuparon sucesivamente el trono.

Muerto Acamapich, sucedió en el señorío de Méjico su hijo mayor Viciliuitl, el cual casó con heredera del señorío de Cuauhnanac, y con ella señoreó aquel estado.

A Viciiuitl sucedió su hermano Chimapopoca.

A este sucedió otro hermano, llamado Izcona.

Le acompañaron en el gobierno Nezana-lcoyocin, señor de Tezcuco; y el señor de Tlacopan, y de aquí en adelante mandaron y gobernaron estos tres señores cuanto reinos y pueblos obedecian y tributaban á los de Culúa; bien que el principal y el mayor de ellos era el rey de Méjico, el segundo el de Tezcuco, y el menor el de Tlacopan.

Por muerte de Izcona, reinó Motezuma, hijo de Viciliuitl, que tal costumbre tenian en las herencias de no suce-

der en el señorío los hijos á los padres que tenian hermanos, hasta ser muertos los tios; mas en muriendo heredaban los hijos del hermano mayor, como hizo Motezuma.

Hay quien cree que á Motezuma sucedió en el reino una hija suya, porque no habia otro heredero más cercano, la cual casó con un pariente suyo, y de él tuvo muchos hijos. Tres de ellos ocuparon el trono sucesivamente, como los hijos de Acamapich.

Axayaca sucedió su madre, y dejo un hijo, á quien llamó Motezuma como cariñoso recuerdo á su abuelo.

Por muerte de Axayaca reinó su hermano Tizozica.

A Tizozica sucedió Auhizo.

Cuando este murió entró á reinar Motezuma, á quien prendió Cortés.

Desde esta época hasta el reinado de Guatimocin no se encuentra paridad de opiniones entre los autores que se ocupan de la cronologia de los reyes de Méjico.—(*Anales de las Indias*)

(l) Gonzalo Hernandez de Oviedo y Valdés, en una carta que dirigió al emperador Carlos V respecto á los usos y costumbres de los mejicanos, dice: «que cuando algun cacique ó señor principal se muere, todos los más familiares y domésticos, criados y mujeres que de contínuo le servian, se matan; porque tienen por opinion que el que se mata cuando el cacique muere, que vá con él al cielo y allá le sirve de darle de comer ó de beber, ó está allá arriba para siempre ejercitando aquel mismo oficio que acá viviendo tenia en casa del cacique, y que el que esto no hace, cuando muere de muerte natural, que tambien muere su ánima como su cuerpo.»

INDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.



PARTE TERCERA.

La ruina de un imperio.

Páginas.

